NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN) - VII

BRANDON SANDERSON

EL METAL PERDIDO



NOVA

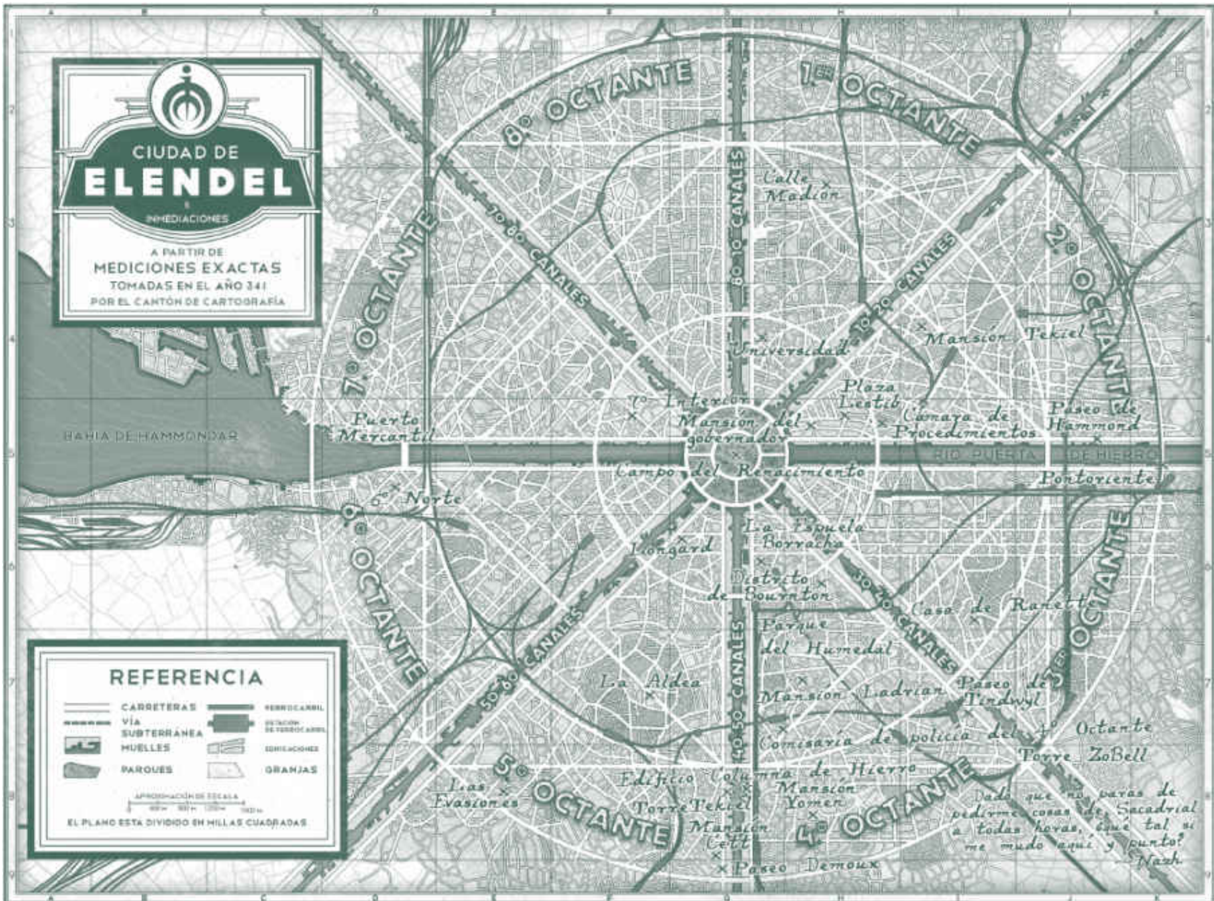
EL METAL PERDIDO

NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN) - VII

BRANDON SANDERSON

Traducción de Manu Viciano
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia




CIUDAD DE
ELENDEL
INMEDIACIONES
A PARTIR DE
MEDICIONES EXACTAS
TOMADAS EN EL AÑO 341
POR EL CANTÓN DE CARTOGRAFÍA
REFERENCIA
CARRETERAS
VÍA SUBTERRÁNEA
MUELLES
PARQUES
FERROCARRIL
GRANJAS
EL PLANO ESTA DIVIDIDO EN MILLAS CUADRADAS
1ER OCTANTE
2º OCTANTE
3ER OCTANTE
4º OCTANTE
5º OCTANTE
6º OCTANTE
7º OCTANTE
8º OCTANTE
BAHÍA DE HAMMONDAR
RÍO PUERTA DE HIERRO
Calle Madión
Universidad
Mansión Tekiel
Plaza Lestib
Cámara de Procedimientos
Paseo de Hammond
Mansión del gobernador
Campo del Renacimiento
Puerto Mercantil
6º Norte
Pontoriente
La Escuela Borracha
Distrito de Bournton
Parque del Humedal
Casa de Ranette
La Aldea
Mansión Ladrian
Paseo de Tindwyl
Comisaría de policía del 4º Octante
Torre ZoBell
Edificio Columna de Hierro
Mansión Yomen
Torre Tekiel
Mansión Cett
Paseo Demoux
Las Evasiones
Dado que no paras de pedirme cosas de Sacadrial a todas horas, ¿qué tal si me mudo aquí y punto?
Nash

Para Ethan Skarstedt,
que es un hombre de Honor

Agradecimientos

Hace dieciséis años, sentado en un reservado sin mucha iluminación de un asador de la zona, planteé por primera vez a mi esposa una idea atrevida que llevaba un tiempo desarrollando. Consistía en tomar un mundo de fantasía épica y expandirlo a lo largo de diferentes eras hasta llegar al futuro. Por aquel entonces ya conocía mezclas de fantasía y ciencia ficción, y también había visto mundos de fantasía épica avanzar poco a poco hacia la tecnología industrial. Pero nunca había visto que un escritor desarrollara un mundo de ese modo, proporcionando una visión amplia de un planeta que avanza hacia el futuro, convirtiendo los sucesos de las anteriores series de novelas en los cimientos de su religión y su mitología.

Era una apuesta por mi parte. A los lectores suele gustarles que los géneros estén bien delineados. Mi propuesta destrozaba esas fronteras entre géneros de una forma que, hasta el momento, nunca había vendido demasiados ejemplares. Sin embargo, yo estaba convencido de que ese proyecto a mayor escala, el de la visión de un planeta y su magia en distintas épocas, hacía que mereciera la pena el riesgo. Y eso fue lo que nos ha traído aquí, al último volumen de la Segunda Era de Nacidos de la Bruma y mi gran experimento con los géneros.

Si hasta ahora me ha salido bien o no, tendréis que decidirlo vosotros, los lectores. Pero una cosa sí que puedo afirmar: desde luego no habría llegado donde estoy sin la ayuda de muchísima gente. Sé que estas secciones de agradecimientos muchas veces se convierten en un borrón de nombres de personas, pero no puedo obviar lo agradecido que estoy a todas y cada una de ellas. Son esa gente que, cuando se me ocurre algún nuevo plan atrevido, no ponen los ojos en blanco, sino que ponen un folio en blanco delante de mí y se arremangan para llevar a buen puerto lo que escriba.

Joshua Bilmes ha hecho su habitual y excelente trabajo en este libro como mi agente. Susan Velazquez y Christina Zobel, de su equipo, también

me han ayudado mucho gestionando los distintos contratos internacionales y a los subagentes.

Ya que menciono el otro lado del charco, para esta novela he recibido una ayuda especial de Gillian Redfearn, mi editora en el Reino Unido, que en esta ocasión se ha encargado de la revisión de estilo que suele llevar a cabo mi editorial estadounidense. Ha hecho un trabajo maravilloso, y me considero afortunado por contar con su ayuda. También querría dar las gracias a Emad Akhtar y Brendan Durkin, de la editorial Gollancz en el Reino Unido, y a mis agentes británicos, John Berlyne y Stevie Finegan de la agencia Zeno.

Aquí, en Estados Unidos, Devi Pillai fue la editora principal de este proyecto, al que aplicó su buen ojo de siempre para la historia y los personajes. También en Tor, quiero dar las gracias a Molly McGhee, Tessa Villanueva, Lucille Rettino, Eileen Lawrence, Alexis Saarela, Heather Saunders, Rafel Gibek, Amelie Littell y Hayley Jozwiak. La revisión ortotipográfica ha corrido a cargo de nuestro colaborador de toda la vida en ese campo, Terry McGarry.

En cuanto al audiolibro, el insustituible Michael Kramer presta de nuevo su voz a mis personajes y hace que mi texto suene bien. Michael, te agradezco mucho todo lo que haces. En Macmillian Audio, quiero dar las gracias también a Steve Wagner, Samantha Edelson y Drew Kilman.

Cada vez más últimamente, mis libros conllevan un montón de trabajo adicional en el apartado gráfico. Así que vamos a asignar su propia sección a estos pistoleros, aunque algunos de ellos se solapen con otros párrafos. Por ejemplo, Peter Lutjen es el director artístico de Tor y merece un gran agradecimiento. Chris McGrath es el ilustrador de la cubierta. El director del departamento artístico interno de Dragonsteel es □□□, el artista antes conocido como Isaac Stewart. Se ha encargado de los mapas, los símbolos y gran parte del trabajo en los pasquines, incluyendo el texto. Tened los ojos abiertos para cuando □□□ publique sus propios libros. (Y sí, acabo de inventarme eso de los símbolos. Estoy autorizado a hacerlo. Tengo licencia literaria). En las páginas de periódico intercaladas en esta novela, Ben McSweeney, buen amigo y colaborador nuestro desde hace mucho tiempo, es el responsable de la mayoría de sus ilustraciones. Rachael Lynn Buchanan ha sido nuestra ayudante artística y Jennifer Neal también ha colaborado en su creación.

El departamento editorial de mi empresa, Dragonsteel, está dirigido por el insaciable Peter Ahlstrom. Karen Ahlstrom se ocupa de la continuidad, Betsey Ahlstrom proporciona apoyo editorial diverso y Kristy S. Gilbert acaba de entrar como editora de producción.

El equipo de realización y acontecimientos de Dragonsteel lo encabeza Kara Stewart, y entre sus miembros están Christi Jacobsen, Lex Willhite, Kellyn Neumann, Mem Grange, Michael Bateman, Joy Allen, Katy Ives, Richard Rubert, Sean VanBuskirk, Isabel Chrisman, Tori Mecham, Ally Reep, Jacob Chrisman, Alex Lyon y Owen Knowlton.

Nuestro equipo interno de publicidad y marketing está liderado por Adam Horne, con Jeremy Palmer como director de marketing. Nuestro equipo de operaciones, dirigido por Mat «Mi verdadero nombre es Matt con dos tes» Hatch, lo componen Jane Horne, Emma Tan-Stoker, Kathleen Dorsey Sanderson, Makena Saluone y Hazel Cummings.

Y, por supuesto, mi maravillosa esposa, Emily Sanderson, es la directora ejecutiva de Dragonsteel. Y también la persona más adorable de esta lista.

Menos adorables, pero aun así muy útiles, son los miembros del grupo de escritura. Para este libro han sido, entre otros, Kaylynn ZoBell, Peter Ahlstrom, Karen Ahlstrom, Alan Layton, Eric James Stone, Darci Stone, Kathleen Dorsey Sanderson, Emily Sanderson y Ben Olsen, alias «Rick Stranger». Y también, desde luego, Ethan Skarstedt, a quien está dedicada la novela. Ethan, además de ser quien inspiró en la vida real a Cikatriz del Puente Cuatro, lleva ya unos veinte años ayudándome con los aspectos militares y armamentísticos de mis libros. Muchas gracias, Ethan, por permitirme fingir que sé de qué estoy hablando.

Mi'chelle Walker creó nuestra base de datos para los comentarios de la fase de lectura beta, que nos vino de maravilla. Entre los lectores beta se cuentan Trae Cooper, Tim Challener, Ted Herman, Suzanne Musin, Sumejja Muratagic´-Tadic´, Paige Phillips, Shannon Nelson, Sean VanBuskirk, Ross Newberry, Rosemary Williams, Richard Fife, Rahul Pantula, Poonam Desai, Philip Vorwaller, Paige Vest, Mi'chelle Walker, Megan Kanne, Matt Wiens, Mark Axies Lindberg, Marnie Peterson, Lyndsey Luther, Linnea Lindstrom, Lauren McCaffrey, Kendra Wilson, Kendra Alexander, Kellyn Neumann, Kalyani Poluri, Joy Allen, Joshua Harkey, Jory «Rascador en jefe de cabezas de pollo» Phillips, Jessie Lake, Jessica Ashcraft, Jennifer Neal, Ian McNatt, Chris «Artillero» McGrath, Gary Singer, Frankie Jerome,

Evgeni «Argento» Kirilov, Erika Kuta Marler, Eric Lake, Drew McCaffrey, Deana Covel Whitney, David Fallon, David Behrens, Darci Cole, Craig Hanks, Christina Goodman, Christopher Cottingham, Chana Oshira Block, Brian T. Hill, Brandon Cole, Lingting «Botánica» Xu, Bob Kluttz, Ben Marrow, Becca Reppert, Bao Pham, Anthony Acker, Alyx Hoge, Alice Arneson, Alexis Horizon, Aaron Biggs, Joe Deardeuff, Rob West y Jayden King.

Para este libro hemos contado con la ayuda de un grupo particular de personas, a las que he pedido que vigilen mis sistemas de magia y me avisen si algo necesita explicarse mejor o si corro el riesgo de contradecirme. Son nuestro equipo de continuidad del sistema de magia, pero de ahora en adelante vamos a llamarlos, oficialmente, los arcanistas. Son Joshua Harkey, Eric Lake, Evgeni Kirilov, David Behrens, Ian McNat y Ben Marrow.

Quiero dar las gracias en particular a mis buenos amigos Kalyani y Rahul, lectores beta desde hace mucho tiempo, que llevaban años animándome a investigar la mitología y la cultura indias como inspiración para la narrativa fantástica. En esta novela me han proporcionado un asesoramiento excelente sobre cierto personaje en quien hemos trabajado los tres juntos para tratar de expandir el Cosmere un poco en esa dirección.

Gracias a todas las personas de esta lista. Y, por supuesto, también a los lectores. Nacidos de la Bruma ha sido un viaje extraño durante estos últimos dieciséis años, y tengo la sensación de que está a punto de volverse aún más extraño… y con un poco de suerte, aún más increíble.

Prólogo



Wayne sabía lo que eran las camas. Había niños en el asentamiento Pesoestaño que las tenían. Sonaban mucho mejor que una estera en el suelo, sobre todo si tenía que compartirla con su madre cuando hacía frío de noche porque no tenían carbón.

Además, bajo las camas había monstruos.

Sí, Wayne había oído historias sobre espectros de la bruma. Se escondían bajo tu cama y robaban las caras de gente a la que conocías. Por lo que las camas eran suaves y mullidas por arriba y tenían a alguien debajo con quien hablar. Tenían que ser el herrumbroso paraíso.

A los demás chicos les daban miedo los espectros de la bruma, pero Wayne suponía que era porque no sabían negociar como era debido. Él podía hacerse amigo de algo que viviese bajo una cama. Solo había que darle algo que quisiera, como otra persona a la que comerse.

De todos modos, Wayne no tenía cama. Ni tampoco sillas de verdad. En casa había una mesa, que había hecho el tío Gregr. Antes de que lo aplastara el millón de rocas de un desprendimiento y lo dejara hecho una papilla que ya no podría dar palizas a nadie. A veces Wayne daba una patada a la mesa, por si el espíritu de Gregr estaba mirando y le tenía cariño. Bien sabía la herrumbre que en aquella casucha de una sola ventana no había nada más que hubiera importado nunca al tío Gregr.

Lo mejor que Wayne tenía para sentarse era un taburete, así que se había sentado y jugaba a las cartas, repartiendo manos y escondiéndose naipes en la manga mientras esperaba. Era un momento nervioso del día. Todas las noches temía que ella no regresara a casa. No porque no quisiera a Wayne: su madre era un estallido de flores primaverales en aquella fosa séptica que

era el mundo. Sino porque un día su padre ya no había vuelto. Un día el tío Gregr —Wayne dio un puntapié a la mesa— ya no había vuelto. Así que su madre…

«No pienses en eso —se dijo Wayne mientras fallaba al barajar y esparcía las cartas por toda la mesa y el suelo—. Y no mires. No hasta que veas la luz».

Podía sentir la mina allí fuera. Nadie quería vivir al lado, así que Wayne y su madre lo hacían.

Se obligó a pensar en otra cosa. En la pila de la colada que había terminado de lavar antes y estaba junto a la pared. Era el antiguo trabajo de su madre, que no daba mucho dinero, la verdad. Así que lo hacía él mientras su madre empujaba carros en la mina.

A Wayne no le importaba hacer el trabajo. Así podía probarse todas las prendas, ya fuesen de abuelos o de mujeres jóvenes, y fingir que era ellos. Su madre lo había pillado unas cuantas veces y se había enfadado. Wayne seguía sin comprender que se irritara. ¿Por qué no iba a querer probarse toda la ropa? ¡Para eso estaba! No era nada raro.

Además, a veces la gente se dejaba cosas en los bolsillos. Como barajas de cartas.

Volvió a barajar mal y, mientras recogía de nuevo las cartas, *no* miró por la ventana, aunque pudiera sentir la mina, aquella arteria abierta como un agujero en el cuello de alguien, roja por dentro y escupiendo luz como sangre y fuego. Su madre tenía que entrar a excavar en las entrañas de la bestia, buscando metales, y luego escapar de su ira. Y la buena suerte no podía durar para siempre.

Entonces la vio. Luz. Lleno de alivio, Wayne miró por la ventana y vio que llegaba alguien por el camino, sosteniendo en alto una lámpara para iluminarse. Se apresuró a esconder las cartas bajo la estera y luego se tumbó encima y se hizo el dormido mientras la puerta se abría. Ella habría visto cómo se apagaba la luz de dentro, claro, pero siempre agradecía que Wayne se esforzara en fingir.

Su madre se sentó en el taburete y Wayne entreabrió un ojo. Iba vestida con pantalones y una camisa abotonada, con el pelo recogido, la ropa y la cara manchadas. Se quedó allí sentada mirando la llama de la lámpara, contemplando cómo titilaba y danzaba, y parecía tener la cara más

demacrada que antes, como si alguien se estuviera dedicando a darle con un pico en las mejillas.

«Esa mina se la está comiendo —pensó—. No se la ha zampado entera como hizo con papá, pero le va dando mordiscos».

Su madre parpadeó y enfocó la mirada en algo. En una carta que Wayne se había dejado en la mesa. Vaya, hombre.

La recogió y entonces lo miró a los ojos. Wayne dejó de fingir que dormía. Su madre era más que capaz de echarle agua encima.

—Wayne —dijo—, ¿de dónde has sacado las cartas?

—No me acuerdo.

—Wayne…

—Me las encontré —dijo él.

Ella extendió la mano y Wayne, a regañadientes, sacó la baraja y se la entregó. Su madre metió la carta que había encontrado en la caja. Vaya, hombre. Ahora se pasaría un día entero buscando por todo Pesoestaño a quien la hubiera «perdido». Wayne no quería que durmiera incluso menos horas por su culpa.

—Es de Tark Vestingdow —murmuró—. Estaba en un bolsillo de su mono.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—Mamá, tengo que aprender a jugar a las cartas. Así podré sacarme un buen dinero y cuidar de nosotros.

—¿Un buen dinero? —preguntó ella—. ¿De las cartas?

—No te preocupes —se apresuró a decir él—. ¡Haré trampas! No sacas dinero si no ganas, ¿verdad?

Ella suspiró, frotándose las sienes. Wayne echó un vistazo a la baraja guardada en su caja.

—Tark es terrisano —dijo—. Como papá.

—Sí.

—Los terrisanos siempre hacen lo que se les dice. ¿Qué me pasa a mí?

—A ti no te pasa nada, cariño —repuso ella—. Es que no has tenido ningún padre bueno que te guiara.

—Mamá. —Wayne se levantó de la estera y le cogió el brazo—. No digas esas cosas. ¡Tú eres una madre estupenda!

Su madre lo abrazó de lado, pero Wayne la notaba tensa.

—Wayne —dijo ella—, ¿le quitaste la navaja a Demmy?

—¿Se ha chivado? —exclamó Wayne—. ¡A la herrumbre con ese mamón herrumbroso!

—¡Wayne! No hables así.

—¡A la herrumbre con ese mamón herrumbroso! —repitió él, pero con acento de ferroviario.

La miró con cara de inocente y ella lo recompensó con una sonrisa que no fue capaz de ocultar. Las voces tontas siempre la hacían sonreír. Al padre de Wayne se le habían dado bien, pero él era mejor. Sobre todo desde que su padre había muerto y ya no podía poner voces.

Pero entonces la sonrisa de su madre se evaporó.

—No puedes quedarte con lo que no es tuyo, Wayne. Eso es de ladrones.

—No quiero ser un ladrón —dijo Wayne en voz baja mientras dejaba la navaja en la mesa al lado de la baraja—. Quiero ser buen chico. Es que… pasa y ya está.

Ella lo abrazó más fuerte.

—Ya eres un buen chico. Siempre has sido buen chico.

Cuando lo decía ella, Wayne se lo creía.

—¿Quieres que te cuente un cuento, cariño?

—Ya soy mayor para cuentos —mintió él, pero deseando con todas sus fuerzas que se lo contara de todos modos—. Tengo once años. Uno más y ya podré beber en la taberna.

—¿Qué? ¿A ti quién te ha dicho eso?

—Dug.

—¡Pero si Dug tiene nueve años!

—Sabe muchas cosas.

—Dug. Tiene. Nueve. Años.

—¿Estás diciéndome que tendré que sacarle yo la bebida el año que viene, porque él aún no podrá pedirla?

La miró a los ojos y soltó una risita. Luego la ayudó a sacar la cena: gachas frías con unas pocas alubias. Pero al menos no eran solo alubias. Wayne se acomodó entre las mantas sobre la estera, fingiendo que volvía a ser un niño que se disponía a escuchar. Eso era fácil de fingir. Aún llevaba la misma ropa, a fin de cuentas.

—Voy a contarte la historia —empezó ella— de Descarado Barm, el Bandolero Cochino.

—¡Uuuh! —exclamó Wayne—. ¿Un bandolero nuevo?

Su madre se inclinó hacia él y meneó la cuchara mientras seguía hablando.

—Este era el peor de todos, Wayne. El bandido más malo, más canalla y más apestoso. Nunca se bañaba.

—¿Porque ensuciarse bien da demasiado trabajo? —preguntó Wayne.

—No, porque… Un momento, ¿cómo que ensuciarse da trabajo?

—Tienes que revolcarte a conciencia.

—En nombre de Armonía, ¿por qué querrías hacer eso?

—Para pensar como el suelo —respondió Wayne.

—¿Para…? —Su madre sonrió—. Ay, Wayne, qué bonito eres.

—Gracias —dijo él—. ¿Por qué no me habías hablado nunca de ese tal Descarado Barm? Si tan malo era, ¿no tendría que ser el primero del que me contaras historias?

—Eras muy pequeño —respondió ella, apoyando la espalda—, y esta historia da demasiado miedo.

Vaya, vaya, iba a ser de las buenas. Wayne dio unos saltitos sentado en la estera.

—¿Quién lo pilló? ¿Fue un vigilante de la ley?

—Fue Alomante Jak.

—¿Tenía que ser él? —dijo Wayne con un gemido.

—Creía que te gustaba.

Bueno, a todos los niños les caía bien. Jak era nuevo, interesante y no había parado de resolver todo tipo de crímenes graves durante el último año. Por lo menos, según decía Dug.

—Pero es que Jak siempre detiene a los malos —protestó Wayne—. Nunca dispara a ninguno.

—Esta vez sí —dijo su madre mientras daba una cucharada a las gachas —. Sabía que Descarado Barm era el peor de todos. Un asesino infame. Hasta sus dos compinches, Gud el Matón y Venga-Ya Joe, eran diez veces peores que cualquier otro forajido que haya pisado jamás los Áridos.

—¿Diez veces? —se sorprendió Wayne.

—Sí.

—¡Pero eso es muchísimo! ¡Casi el doble!

Su madre frunció el ceño un momento y luego se inclinó de nuevo hacia delante.

—Habían robado un cargamento de nóminas, llevándose no solo el

dinero de los gordinflones de Elendel, sino también los salarios de la gente normal.

—¡Menudos mamones! —exclamó Wayne.

—¡Wayne!

—Vale. ¡Menudos mojones normales y corrientes, entonces!

Su madre titubeó de nuevo.

—Wayne, ¿tú… sabes lo que significa la palabra «mamón»?

—Es un mas-mon, un mojón de los gordos, de los que de verdad tienes que soltar pero te los aguantas demasiado.

—Y eso lo sabes porque…

—Me lo dijo Dug.

—Claro, cómo no. Bueno, el caso es que Jak no iba a permitir que nadie robara a la gente humilde de los Áridos. Una cosa es ser bandolero, pero todo el mundo sabe que tienes que quedarte solo con el dinero que va hacia la ciudad. El problema era que Descarado Barm se conocía muy bien la zona, así que huyó a la parte más inaccesible de los Áridos y dejó a sus dos compinches vigilando los puntos clave del camino. Menos mal que Jak era el hombre más valiente del mundo. Y el más fuerte.

—Si era el más valiente y el más fuerte —dijo Wayne—, ¿por qué se hizo alguacil? ¡Podría ser bandido y no habría nadie que lo detuviera!

—¿Qué es más difícil, cariño? —replicó ella—. ¿Hacer el bien o hacer el mal?

—Hacer el bien.

—Y entonces, ¿quién se vuelve más fuerte? —preguntó la madre de Wayne—. ¿Alguien que hace lo fácil o alguien que hace lo difícil?

Anda. Wayne asintió. Pues sí. Sí, tenía lógica.

Ella se acercó la lámpara a la cara para que le brillara mientras hablaba.

—La primera prueba que tuvo que superar Jak fue el río Humano, la enorme corriente que delimitaba lo que antes había sido territorio koloss. El agua se movía a la velocidad de un tren. Era el río más rápido de todo el mundo, y estaba lleno de rocas. Gud el Matón se había apostado en la otra orilla y vigilaba por si llegaba algún alguacil. Tenía tan buen ojo y la mano tan firme que podía hacer saltar un brasero a quinientos pasos de distancia.

—¿Por qué querría hacer eso? —preguntó Wayne—. Es mejor disparar a alguien *en* el brasero, ¿verdad? ¡Eso tiene que doler cosa mala!

—Tú estás pensando en el braguero, cariño —dijo su madre.

—Bueno, ¿y qué hizo Jak? ¿Se acercó a hurtadillas? Eso no es muy de alguacil. Seguro que no lo hacen nunca. No fue a hurtadillas, ¿a que no?

—Pues… —dijo su madre. Wayne se agarró a la manta, ansioso—. Jak era incluso mejor tirador —susurró ella—. Cuando Gud el Matón le apuntó, Jak le disparó desde el otro lado del río.

—¿Cómo murió Gud? —preguntó Wayne con un hilo de voz.

—Por una bala, cariño.

—¿En todo el ojo?

—Supongo.

—Así que Gud apuntó y Jak apuntó también, ¡pero Jak disparó primero y acertó a Gud a través de la mira en todo el ojo! ¿Verdad, mamá?

—Ajá.

—Y le explotó la cabeza —dijo Wayne—. Como una fruta, pero de las crujientes, las que tienen la corteza toda dura pero son pringosas por dentro. ¿Pasó así, pasó así?

—Exactamente.

—Caray, mamá —dijo Wayne—, qué horror. ¿Seguro que deberías estar contándome este cuento?

—¿Quieres que pare?

—¡Claro que no! ¿Cómo cruzó Jak el agua?

—Voló —respondió su madre. Apartó el cuenco ya vacío e hizo una floritura con ambas manos—. Utilizando sus poderes alománticos. Jak puede volar, y hablar con los pájaros, y comer piedras.

—¡Hala! ¿Comer piedras?

—Ajá. Así que voló por encima del río, pero su siguiente prueba fue todavía peor. El Cañón de la Muerte.

—Uuuh. Seguro que era un sitio bonito.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nadie va a visitar un sitio llamado el Cañón de la Muerte si no es bonito. Pero alguien tuvo que visitarlo, o no sabríamos cómo se llama. Así que tiene que ser bonito.

—Precioso —dijo su madre—. Era un cañón que atravesaba un puñado de agujas de roca a medio derrumbar, con franjas de colores en sus picos partidos, como si alguien los hubiera pintado así. Pero era un lugar tan letal como hermoso.

—Ya —respondió Wayne—. Eso me lo imaginaba.

—Y Jak no podía pasar al otro lado volando, porque en el cañón estaba escondido el segundo bandolero, Venga-Ya Joe. Era un maestro con las pistolas y también podía volar, y convertirse en dragón, y comer piedras. Así que si Jak intentaba escabullirse, Joe le dispararía por la espalda.

—Es la mejor manera de disparar a alguien —dijo Wayne—, porque así no puede dispararte a ti.

—Cierto —convino su madre—. Y Jak no quería que le pasara eso. Tenía que recorrer el cañón… pero estaba lleno de serpientes.

—¡Menuda mamonada!

—Wayne…

—Menudo mojón normal y corriente, pues. ¿Cuántas serpientes había?

—Un millón de serpientes.

—¡Menuda mamonada!

—Pero Jak era listo —dijo la madre de Wayne—. Así que se le había ocurrido llevar comida para serpientes.

—¿Un millón de trozos de comida para serpientes?

—Qué va, solo uno —respondió ella—. Pero hizo que las serpientes se pelearan por él y casi todas se mataron entre ellas. Aunque la que sobrevivió era la más fuerte, claro.

—Claro.

—Así que Jak la convenció de que mordiera a Venga-Ya Joe.

—Y entonces Joe se puso morado —dijo Wayne—. ¡Y sangró por las orejas! ¡Y los huesos se le fundieron y el tuétano derretido le salió por la nariz! ¡Y se derrumbó convertido en un charco de piel deshinchada, mientras siseaba y burbujeaba porque los dientes también se le derretían!

—Exacto.

—Caray, mamá, tus cuentos son los mejores.

—Pues espera —dijo ella en voz baja, agachándose más desde el taburete mientras la lámpara empezaba a agotarse—, porque el final tiene sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Cuando Jak hubo superado el cañón, que olía a serpientes muertas y huesos fundidos, divisó el último desafío: la Meseta Solitaria. Un enorme altiplano en el centro de una extensa llanura.

—Tampoco parece mucho desafío —dijo Wayne—. Podía volar hasta arriba.

—Y lo intentó —susurró ella—. Pero la meseta *era* Descarado Barm.

—¿*Cómo*?

—Lo que oyes —asintió su madre—. Barm se había juntado con los koloss, pero con los que pueden transformarse en monstruos grandísimos, no los normales como la anciana señora Nock. Le habían enseñado a convertirse en un monstruo gigantesco, así que cuando Jak intentó aterrizar, la meseta lo engulló entero.

Wayne dio un respingo.

—Y entonces —dijo—, lo machacó entre sus dientes y le destrozó los huesos como…

—No —lo interrumpió su madre—. Intentó tragárselo. Pero Jak no solo era listo y tenía buena puntería. También era otra cosa.

—¿Qué era?

—Una mosca cojonera de mucho cuidado.

—¡Mamá, eso es una palabrota!

—Si sale en un cuento, no pasa nada —respondió su madre—. Escucha, Jak era un incordio. Siempre se dedicaba a hacer el bien. A ayudar a la gente. A complicar la vida a los malos. A hacer preguntas. Sabía exactamente cómo arruinarle el día a un bandido. Así que, mientras la meseta se lo tragaba, estiró los brazos y las piernas y empujó, bloqueando la garganta de Descarado Barm para que el monstruo no pudiera respirar. Porque los monstruos como ese necesitan mucho aire, ¿sabes? Así que Alomante Jak lo asfixió desde dentro. Y después, cuando el monstruo cayó muerto al suelo, Jak salió pavoneándose por su lengua como si fuese una alfombrilla cara de esas que ponen para que los ricachones bajen de sus carruajes.

«¡Hala!».

—Qué cuento más bueno, mamá.

Ella sonrió.

—Mamá —dijo él—, ¿esto era una historia… sobre la mina?

—Bueno —respondió ella—, supongo que todos tenemos que meternos en la boca del monstruo de vez en cuando. Así que… podría ser, supongo.

—Y tú eres como el alguacil, entonces.

—Todo el mundo puede serlo —dijo ella, y apagó la lámpara de un soplido.

—¿Hasta yo?

—Tú más que nadie. —Le dio un beso en la frente—. Tú eres todo lo que

quieras ser, Wayne. Eres el viento. Eres las estrellas. Eres todo lo interminable.

Estaba recitando un poema que le gustaba. A Wayne también le gustaba. Porque, cuando lo decía ella, Wayne la creía. ¿Cómo iba a no creerla? Su madre nunca mentía. Así que Wayne se acurrucó en las mantas y dejó que el sueño empezara a llevárselo. Había muchas cosas malas en el mundo, pero unas pocas eran buenas. Y mientras ella estuviera con él, las historias significaban algo. Eran reales.

Hasta el día siguiente, cuando hubo otro derrumbamiento en la mina. Esa noche su madre no volvió a casa.







PRIMERA PARTE







1



VEINTINUEVE AÑOS DESPUÉS

Marasi no había estado nunca en una alcantarilla, pero era exactamente tan horrible como lo había imaginado. El hedor resultaba casi insoportable, por supuesto. Pero era incluso peor que de vez en cuando las botas le resbalaran durante un instante de infarto, amenazando con precipitarla al «fango» de abajo.

Por lo menos había sido previsora y ese día llevaba el uniforme con pantalones, además de resistentes botas de cuero hasta las rodillas. Pero no había nada que la protegiera del olor, de la sensación ni, por desgracia, del sonido. Con cada paso que daba, mapa en una mano y rifle en la otra, las botas se liberaban del suelo con un sorbido de proporciones míticas. Podría haber sido el peor sonido imaginable, si no lo superasen las quejas de Wayne.

—Wax nunca me trajo a una herrumbrosa cloaca —murmuró, levantando la lámpara.

—¿Hay cloacas en los Áridos?

—Bueno, no —reconoció él—. Los pastos huelen casi igual de mal, y sí que me hacía cruzarlos. Pero Marasi, al menos no había arañas.

—Seguro que las había —dijo ella, poniendo el mapa en ángulo hacia la lámpara de Wayne—. Solo que no os dabais cuenta.

—Será eso —rezongó él—, pero es mucho peor si ves las telarañas. Y luego está… bueno, el agua de cloaca propiamente dicha.

Marasi señaló con la cabeza hacia un túnel lateral y echaron a andar en

esa dirección.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué? —replicó él con voz brusca.

—Del humor que traes.

—A mi herrumbroso humor no le pasa nada —dijo él—. Es justo el humor que uno tiene cuando su compañera lo obliga a meter la parte delantera en un montón de pringue que sale por la de atrás.

—¿Y la semana pasada? —insistió Marasi—. ¿Cuando investigábamos una perfumería?

—Herrumbrosos perfumeros —dijo Wayne, entornando los ojos—. Nunca se sabe lo que esconden con esos olores tan repipis. No te puedes fiar de un hombre que no huele como debería.

—¿A sudor y bebida?

—A sudor y bebida barata.

—Wayne, ¿cómo puedes quejarte de que alguien se eche aires? Tú te echas encima una personalidad distinta cada vez que cambias de sombrero.

—¿Mi olor cambia?

—Supongo que no.

—Discusión ganada. Mi argumento no tiene ni el menor fallo, así que fin de la conversación.

Se miraron.

—Debería hacerme con unos pocos perfumes, ¿no? —dijo Wayne—. Alguien podría descubrir que voy disfrazado si siempre huelo a sudor y bebida barata.

—No tienes remedio.

—Lo que no tiene remedio —repuso él— son mis pobres zapatos.

—Haberte puesto botas, como te sugerí.

—No tengo botas —dijo Wayne—. Me las robó Wax.

—¿Wax te robó las botas? ¿En serio?

—Bueno, están en su armario —respondió él—. En lugar de tres pares de sus zapatos más caros, que terminaron en mi armario no sé cómo, por pura casualidad. —Le lanzó una mirada—. Fue un trato justo, ¿eh? Esas botas me gustaban.

Marasi sonrió. Llevaban casi seis años ya trabajando juntos, desde que Wax se retiró tras el descubrimiento de los Brazales de Duelo. Wayne era alguacil de pleno derecho, no un ciudadano ejerciendo sus funciones en una

extraña situación apenas legal. Hasta se ponía uniforme de vez en cuando. Y además…

Marasi resbaló otra vez. Por todos los herrumbrosos infiernos. Como se cayera, Wayne no dejaría de reírse en la vida. Pero lo cierto era que aquel parecía el mejor camino. La construcción de los túneles para trenes subterráneos estaba en marcha por toda la ciudad, y solo dos días antes un demoledor había presentado un informe curioso. Prefería no hacer estallar la siguiente sección, ya que las lecturas sísmicas indicaban que estaba cerca de una caverna no cartografiada.

Aquella zona por debajo de la ciudad de Elendel estaba salpicada de cuevas antiguas. Y el informe apuntaba al mismo sector donde un grupo de matones de una banda local no dejaban de esfumarse y reaparecer. Casi como si dispusieran de un acceso oculto a una guarida ignota e inadvertida.

Marasi consultó de nuevo el mapa, marcado con anotaciones de la construcción… y otras más antiguas, que señalaban una rareza cercana en la que habían reparado los obreros de las alcantarillas años atrás pero que nunca se había investigado en condiciones.

—Creo que MeLaan va a dejarlo conmigo —dijo Wayne en voz baja—. A lo mejor es por eso por lo que mi ánimo general muestra una negatividad tan poco característica en los últimos tiempos.

—¿Por qué crees que va a hacerlo?

—Porque me dijo: «Wayne, lo más seguro es que vaya a dejarlo contigo dentro de unas semanas».

—Vaya, qué educado por su parte.

—Creo que el jefazo le ha asignado un trabajo nuevo —dijo Wayne—. Pero no está bien que la cosa vaya tan lenta. Esa no es manera de romper con alguien.

—¿Y cómo debe hacerse?

—Tirándole algo a la cabeza —respondió Wayne—, vendiendo sus cosas y diciendo a sus amigos que es tonto del culo.

—Veo que has tenido unas relaciones interesantes.

—Qué va, sobre todo malas —dijo él—. Pregunté a Jammi Walls qué pensaba ella que debía hacer. ¿La conoces? Está casi todas las noches en la taberna.

—La conozco —dijo Marasi—. Es una mujer… de mala reputación.

—¿Cómo? —exclamó Wayne—. ¿Quién va por ahí diciendo esas

chorradas? ¡Jammi tiene una reputación estupenda! De todas las rameras del edificio, es quien hace las mejores…

—No me hace falta oír el final de esa frase, gracias.

—Mala reputación —rio él—. Voy a contarle a Jammi eso que has dicho, Marasi. Le costó muchísimo ganarse su reputación. ¡Por eso cobra cuatro veces lo que las demás! ¡Mala reputación, dice!

—¿Y qué te aconsejó?

—Me dijo que lo que quiere MeLaan es que me implique más en la relación —respondió Wayne—. Pero creo que esta vez Jammi se equivoca, porque MeLaan no se anda con tonterías. Cuando quiere decir algo, lo dice. Así que… en fin…

—Lo siento, Wayne —dijo Marasi, guardándose el mapa bajo el brazo y poniéndole una mano en el hombro.

—Ya sabía que no podía durar. ¡Herrumbre, es que lo sabía! ¿Cuántos años debe de tener, como unos mil?

—Más o menos dos terceras partes de eso —respondió Marasi.

—Y yo aún no tengo los cuarenta —dijo Wayne—. Son más bien dieciséis, teniendo en cuenta mi físico ágil y juvenil.

—Y tu sentido del humor.

—Exacto —asintió él, y entonces suspiró—. Llevo una temporada… bastante mala, con Wax yendo de sofisticado y MeLaan desapareciendo meses seguidos. Me da la sensación de que… nadie me quiere cerca. A lo mejor mi sitio está en la alcantarilla, ¿sabes?

—No lo está —dijo ella—. Eres el mejor compañero que he tenido jamás.

—Y el único.

—¿Cómo que el único? ¿Gorglen no cuenta?

—No, porque no es humano. Tengo papeles que demuestran que es una jirafa disfrazada. —Entonces Wayne sonrió—. Pero… gracias por preguntar. Gracias por preocuparte.

Marasi asintió y abrió de nuevo la marcha. Al imaginar su vida como experta detective y agente de la ley, no había visualizado aquella parte. Pero al menos el olor iba mejorando, o quizá era que ella empezaba a acostumbrarse.

Fue muy gratificante encontrar, en el lugar exacto marcado en el mapa, una antigua puerta metálica incrustada en la pared de la alcantarilla. Wayne

levantó la lámpara, y a Marasi no le hizo falta el ojo aguzado de una detective para darse cuenta de que la puerta se había usado hacía poco. Raspones plateados en un lado del marco, la manija libre de la omnipresente mugre y las telarañas.

Los constructores de las alcantarillas la habían descubierto y la habían señalado como un posible lugar de importancia histórica. Pero su anotación se había perdido por las típicas sandeces burocráticas.

—Bien hecho —dijo Wayne, acercándose e inclinándose junto a ella—. Un detectivismo de primera, Marasi. ¿Cuántos viejos sondeos has tenido que leerte para encontrar esto?

—Demasiados —respondió ella—. La gente no tiene ni idea de la cantidad de tiempo que paso en la biblioteca de documentos.

—Esa parte de la investigación nunca la cuentan en las historias.

—¿Hacíais estas cosas allá en los Áridos?

—Bueno, era la versión de los Áridos —dijo Wayne—. Solía consistir más bien en aguantar a un tipo bocabajo en un abrevadero hasta que recordaba qué vieja escritura de prospección había afanado, pero la idea es la misma. Solo que con más palabrotas.

Marasi le pasó su rifle y estudió la puerta. A Wayne no le gustaba que Marasi le diera mucha importancia, pero ya podía sostener armas de fuego sin que le temblaran las manos. Ella nunca lo había visto disparar, pero Wayne decía que podría hacerlo si era necesario.

La puerta estaba cerrada a cal y canto y no tenía cerradura por aquel lado. Pero al parecer la gente a la que perseguían también la había encontrado cerrada, porque había marcas en el metal a un lado. Encontró un hueco lo bastante ancho para deslizar algo entre la puerta y el marco.

—Necesito un cuchillo para forzarla —dijo.

—Usa mi aguzado ingenio.

—Por desgracia, Wayne, no eres la clase de trasto que necesito ahora mismo.

—¡Ja! —exclamó él—. Esa me ha gustado.

Wayne le pasó un cuchillo del macuto, donde llevaban material como cuerda y metales de reserva, por si se enfrentaban a algún nacido del metal. Lo normal sería que una banda callejera como aquella no tuviese ningún alomante: ofrecían los típicos servicios obligatorios de protección a los tenderos de la zona. Sin embargo, Marasi tenía informes que la hacían

recelar, y estaba cada vez más convencida de que a la banda la financiaba el Grupo.

Años más tarde, Marasi seguía buscando respuestas a las preguntas que la habían acosado desde el mismísimo principio de su carrera como alguacil. Sobre el colectivo conocido como el Grupo, antaño dirigido por Edwarn, el tío de Wax, y en el que luego habían descubierto que también estaba involucrada su hermana Telsin. Un colectivo que seguía, o adoraba, o de algún modo colaboraba en las maquinaciones de una figura sombría conocida como Trell. Un dios, pensaba Marasi. De los tiempos antiguos.

Si atrapaba a las personas adecuadas, quizá por fin obtendría sus respuestas. Pero siempre se quedaba corta. Lo más cerca que había estado de llegar a ellas fue seis años antes, pero entonces toda la gente a la que habían capturado, el tío de Wax incluido, había muerto en una explosión. Lo cual dejó a Marasi persiguiendo sombras de nuevo y al resto de la élite de Elendel decidida a hacer caso omiso de la amenaza. Sin pruebas tangibles, Wax y ella no habían sido capaces de demostrar que el Grupo existiese siquiera al margen de los lacayos de Edwarn.

Moviendo el cuchillo, logró levantar el pestillo que mantenía cerrada la puerta desde el otro lado. El pasador se soltó con un leve tintineo y Marasi abrió poco a poco la puerta, que reveló un túnel descendente e irregular tallado en la piedra. Uno de los muchos que existían en aquella zona, procedentes de los tiempos antiguos antes del Catacendro. De la época de mitos y héroes, lluvias de ceniza y tiranos.

Pasó al otro lado con Wayne y dejaron la puerta como la habían encontrado. Atenuaron la luz de la lámpara por precaución y luego se internaron en las profundidades.

2



Pañuelo? —preguntó Steris, leyendo de la lista.

—Anudado y sujeto con alfileres —dijo Wax, ciñéndoselo. —¿Zapatos?

—Abrillantados.

—¿Prueba número uno?

Wax lanzó un medallón de plata al aire y lo atrapó.

—¿Prueba número dos? —preguntó Steris, haciendo una marca en su lista.

Él se sacó del bolsillo un pequeño fajo de papeles doblados.

—Aquí mismo.

—¿Prueba número tres?

Wax echó mano a su otro bolsillo, se detuvo y miró alrededor por la pequeña estancia, su despacho de senador en la Cámara de Procedimientos. La había dejado…

—¡En la mesa de casa! —exclamó, dándose una palmada en la frente.

—He traído copia —dijo Steris, buscando en su bolso.

Wax sonrió.

—Por supuesto que sí.

—Dos copias, en realidad —dijo ella, pasándole un papel doblado, que Wax se guardó.

Steris consultó su lista de nuevo.

El pequeño Maxillium llegó junto a su madre, con el semblante muy serio mientras repasaba su propia lista de garabatos. A los cinco años se sabía las letras, pero prefería inventárselas.

—Dibujo de perro —dijo Max, como si leyera el papel.

—Puede que me haga falta —respondió Wax—. Muy útil.

Max se lo entregó con toda solemnidad antes de decir:

—Dibujo de gato.

—También me hará falta.

—No me salen bien los gatos —dijo Max pasándole otro papel—, así que parece una ardilla.

Wax abrazó a su hijo antes de doblar los papeles con cuidado y guardárselos con los otros. La hermanita de Max, Tindwyl —a Steris le gustaban los nombres tradicionales—, balbuceaba en el rincón atendida por la niñera, Kath.

Por último, Steris entregó a Wax sus pistolas, una tras otra. Eran dos armas pesadas y de cañón largo, diseñadas por Ranette para tener un aspecto amenazador, pero llevaban doble seguro y estaban descargadas. Ya hacía tiempo que Wax no tenía que disparar a nadie, pero seguía aprovechando bien su reputación como el «senador alguacil de los Áridos». La gente de ciudad, y en particular los políticos, tendían a sentirse intimidados por los revólveres. Preferían matar con armas más modernas, como la pobreza y la desesperación.

—¿En esa lista viene un beso de mi esposa? —preguntó Wax.

—La verdad es que no —dijo ella, sorprendida.

—Qué descuido más raro. —Wax le dio un beso, que prolongó un poco—. Deberías ser tú quien subiera hoy a la tribuna, Steris. Has trabajado más que yo preparando todo esto.

—Tú eres el señor de la casa.

—Podría designarte como representante para hablar en nuestro nombre.

—No, por favor —dijo ella—. Ya sabes cómo soy con la gente.

—Eres muy buena con la gente adecuada.

—¿Y los políticos han sido alguna vez adecuados para algo?

—Espero que sí —dijo él, alisándose el chaleco y volviéndose hacia la puerta—. Porque soy uno de ellos.

Salió de su despacho y fue hacia la cámara del Senado. Steris subiría a mirar desde su asiento en el palco de invitados. A esas alturas, todo el mundo sabía lo quisquillosa que era con ocupar siempre el mismo.

Wax entró en la espaciosa cámara, ajetreada con los senadores regresando de un breve receso, pero no se dirigió a su escaño. Llevaban unos días debatiendo el proyecto de ley y le correspondía a él la última intervención. Le había costado muchos favores y promesas conseguir ese

puesto en el debate, con el que esperaba que sus argumentos se recibieran mejor e incrementaran sus posibilidades de impedir una decisión desastrosa.

Se quedó a un lado de la tribuna de oradores esperando a que los demás se sentaran, con el pulgar metido en el cinturón de la pistolera, intimidante. En los Áridos se aprendía a impresionar con la postura cuando se interrogaba a los prisioneros, y Wax no dejaba de sorprenderse de cuántas de aquellas habilidades funcionaban igual de bien allí.

El gobernador Varlance ni siquiera lo miró. Se limitó a ajustarse el pañuelo en el cuello y comprobar los polvos de la cara. Por algún motivo inescrutable, se había puesto de moda la piel pálida, casi fantasmagórica. Al terminar, Varlance dejó sus insignias en la mesa, una tras otra.

«Herrumbres, cómo echo de menos a Aradel», pensó Wax. Había sido toda una novedad tener a un gobernador competente, para variar. Era como… como probar la comida de hotel y que no fuera espantosa, o como pasar un rato con Wayne y luego descubrir que aún tenías el reloj de bolsillo.

Pero el puesto de gobernador era de los que devoraban a la buena gente y dejaban flotar feliz por su superficie a la mala. Aradel había dimitido dos años antes, y tenía cierto sentido que el nuevo gobernador electo fuese militar, considerando las tensiones que había con el continente sureño. En los países recién descubiertos, con sus aeronaves y sus máscaras extrañas, había muchas personas molestas con cómo se habían desarrollado las cosas seis años antes. En particular, con que la Cuenca de Elendel se hubiera quedado con los Brazales de Duelo.

En aquellos momentos, Elendel se enfrentaba a dos problemas principales. El primero era aquel continente en el sur, los habitantes de cuya principal nación se conocían como los malwish. No dejaban de armar jaleo sobre lo pequeña y débil que era la Cuenca. Se mostraban agresivos, belicosos. Varlance había puesto cerco a todo aquello, aunque Wax no dejaba de preguntarse de dónde habría sacado todas aquellas medallas. Que él supiera, el ejército, constituido hacía poco, no había entrado en verdadero combate.

El segundo problema estaba mucho más cerca de casa. Era el resto de la Cuenca fuera de la capital, los habitantes de lo que se conocía como las ciudades exteriores. Durante años, quizá durante décadas, las tensiones entre Elendel y todos los demás no habían dejado de crecer.

Ya era bastante malo estar amenazados por otro continente. Pero a ojos de Wax, ese peligro aún quedaba lejos. El riesgo más inmediato, el que más tenso lo tenía, era la posibilidad de una guerra civil entre su propia gente. Steris y él llevaban años trabajando para evitarla.

Varlance por fin hizo un gesto con la cabeza a su vicegobernadora, una terrisana. La mujer tenía el cabello rizado y oscuro y vestía una túnica tradicional. A Wax le sonaba haberla conocido en la Aldea, pero quizá no fuese ella sino su hermana, y nunca había sabido muy bien cómo preguntárselo. En todo caso, siempre quedaba respetable tener a algún terrisano entre el personal. La mayoría de los gobernadores nombraba a uno en algún puesto elevado de su gabinete, casi como si los terrisanos fueran otra medalla que lucir.

Adawathwyn se levantó y se dirigió a la cámara.

—El gobernador concede la palabra al senador de la Casa Ladrian.

Aunque Wax llevaba ya un tiempo esperando, subió con parsimonia a la tribuna, iluminada desde arriba por un enorme foco eléctrico. Dio una lenta vuelta completa, estudiando la cámara circular. A un lado se sentaban los cargos electos, senadores que representaban a un gremio, oficio o grupo histórico. En el otro estaban los lores, senadores que ostentaban su puesto por derecho de nacimiento.

—Este proyecto de ley —proclamó Wax, en una voz alta y firme que resonó por toda la cámara— es una soberana estupidez.

En otros tiempos, al principio de su carrera política, hablar tan a bocajarro le había granjeado la ira de los presentes. En esos momentos vio que muchos senadores sonreían. Esperaban aquello de él, y hasta lo agradecían. Eran conscientes de los muchos problemas que tenía la Cuenca, y se alegraban de que hubiera alguien entre ellos dispuesto a señalarlos.

—Nunca ha habido tanta tensión con los malwish —dijo Wax—. ¡Es el momento de que la Cuenca se una, no de sembrar la discordia entre nuestras ciudades!

—¡Y lo que buscamos es la unidad! —replicó una voz. Era el senador de los estibadores, Melstrom, a grandes rasgos un títere de las Casas Hasting y Erikell, de nobles que llevaban mucho tiempo siendo una dolorosa púa en el costado de Wax—. Necesitamos un único líder para toda la Cuenca. ¡Oficialmente!

—En eso estoy de acuerdo —dijo Wax—. Pero ¿cómo va a unir a la

gente que asignemos ese puesto al gobernador de Elendel, un cargo que no vota nadie de fuera de la ciudad?

—Les dará alguien a quien admirar. Un líder fuerte y capaz.

«¿Y esto es un líder fuerte y capaz? —pensó Wax mirando a Varlance—. Suerte tenemos de que preste atención a estas sesiones, en vez de estar revisando su agenda de apariciones públicas». Durante los dos años que llevaba en el cargo, Varlance había inaugurado diecisiete parques a lo largo y ancho de la ciudad. Le gustaban las flores.

Wax se ciñó al plan, sacó su medallón y lo lanzó al aire hacia arriba.

—Hace seis años —dijo— tuve una pequeña aventura. Todos están al tanto de ella. Encontré una aeronave malwish derribada y frustré los planes de las ciudades exteriores, que pretendían utilizar sus secretos contra Elendel. Detuve esa conspiración y traje aquí los Brazales de Duelo para guardarlos en un lugar seguro.

—Y casi provocó una guerra —murmuró alguien al fondo de la cámara.

—¿Habría preferido usted que dejara seguir adelante la conspiración? —replicó Wax. Al no obtener respuesta, volvió a lanzar al aire el medallón y lo atrapó. Era uno de los medallones que afectaban al peso y hacían las naves malwish lo bastante ligeras como para volar—. Reto a cualquiera de esta cámara a poner en duda mi lealtad a Elendel. Podemos librar un pequeño duelo cuando quieran. Hasta dejaré que disparen primero.

Se hizo el silencio. Wax se había ganado aquello. A muchos de los presentes en la cámara no les caía bien, pero sí lo respetaban. Y sabían que no era un agente de las ciudades exteriores.

Lanzó el medallón y le dio un empujón de acero hacia arriba que lo envió hasta casi el elevado techo de la cámara. El medallón descendió cayendo a plomo, destellando a la luz del foco. Mientras Wax lo atrapaba, miró a la almirante Jonnes, actual embajadora de la nación de Malwish. Ocupaba un asiento especial en el Senado, entre los que se asignaban a los alcaldes de las ciudades exteriores cuando visitaban Elendel. No había ninguno presente en ese debate. Una evidente muestra de su ira.

Si aquel proyecto de ley se aprobaba, situaría al gobernador de Elendel por encima de todos los alcaldes de las ciudades exteriores y le concedería poderes para intervenir en las disputas locales. Poderes que incluían el de destituir a un alcalde y convocar elecciones especiales, en las que podría vetar a candidatos. Aunque Wax estaba de acuerdo en que tener un líder

central sería un paso importante para unir toda la Cuenca, aquel proyecto de ley era un insulto a la cara de toda la gente que vivía fuera de la capital.

—Sé mejor que nadie la posición en la que estamos —dijo Wax, dando la vuelta al medallón en la mano—. Ustedes pretenden hacer una demostración de fuerza a los malwish. Demostrarles que somos capaces de hacer que nuestras propias ciudades se plieguen a nuestras normas. Y por eso presentan este proyecto de ley.

»¡Pero lo único que consiguen con él es subrayar por qué, fuera de Elendel, todo el mundo está tan frustrado con nosotros! ¡Los revolucionarios de las demás ciudades exteriores no habrían llegado tan lejos sin el apoyo de su gente! Si el ciudadano de a pie que vive fuera de Elendel no estuviera tan cabreado con nosotros por nuestra política comercial y nuestra arrogancia generalizada, no habríamos llegado donde estamos.

»¡Y esta ley no conseguirá aplacarlos! No es una "demostración de fuerza". Es una maniobra pensada con el objetivo explícito de enfurecer a la gente. Aprobar esta ley sería como exigir una guerra civil.

Dejó que los senadores lo asimilaran. Los demás estaban empecinados en aparentar fuerza ante los enemigos externos. Pero, si nadie lo impedía, se forzarían a sí mismos a entrar en guerra por las disputas internas. Los problemas con los malwish eran reales, pero no tan acuciantes. En cambio, una guerra civil sería devastadora.

Lo peor de todo era que alguien estaba maniobrando en secreto para que se produjera. Wax estaba seguro de que el Grupo estaba interfiriendo de nuevo en la política de Elendel. Y su… hermana estaba implicada. Wax no estaba seguro de por qué el Grupo quería una guerra civil, pero llevaban años ya intentando desatarla. Y si dejaba que aquello siguiera adelante, si se metía en la trampa tendida por sus verdaderos enemigos, tanto la élite que tenía alrededor como los revolucionarios de las ciudades exteriores terminarían lamentándolo.

Wax sacó el fajo de papeles del bolsillo izquierdo. Volvió a guardarse el dibujo del perro y el del gato que había al final y sostuvo en alto los demás.

—Tengo aquí sesenta cartas enviadas por políticos de las ciudades exteriores. Representan a una facción importante que no busca el conflicto. Son personas razonables. Están dispuestas a negociar con Elendel, incluso

ansiosas por hacerlo. Pero también están asustadas por lo que hará su gente si seguimos imponiéndoles unas medidas tiránicas e imperialistas.

»Propongo que no aprobemos esta ley absurda y trabajemos en algo mejor. Algo que de verdad favorezca la paz y la unidad. Una asamblea nacional en la que estén representadas todas las ciudades exteriores y que sea la encargada de elegir un cargo presidencial.

Wax esperaba abucheos, y en efecto recibió algunos. Pero la mayoría de la cámara guardó silencio y se quedó mirándolo mientras sostenía en alto las cartas. Tenían miedo a permitir que el poder abandonara la capital. Miedo a que las particularidades políticas de las ciudades exteriores cambiaran su manera de hacer las cosas. Eran unos cobardes.

Y quizá él también lo fuese, porque la idea de que el Grupo estuviera moviendo los hilos lo aterrorizaba. ¿Cuántos de quienes lo estaban mirando eran agentes infiltrados? Herrumbres, Wax ni siquiera comprendía sus motivos. Buscaban la guerra, como medio para obtener poder, eso sin duda. Pero había algo más.

Cumplían órdenes de algo conocido como Trell.

Wax giró sobre sí mismo despacio, sin bajar las cartas, y sintió una leve punzada de alarma cuando dio la espalda a Melstrom. «Va a disparar», pensó.

—Con el debido respeto, lord Ladrian —intervino el senador Melstrom—, usted es padre desde hace poco y salta a la vista que no sabe cómo deben educarse los niños. No se puede ceder a sus exigencias. Hay que mantenerse firme, sabiendo que las decisiones que se toman son las mejores para ellos. En algún momento entrarán en razón. Lo que un padre es para su hijo, Elendel es para las ciudades exteriores.

«En toda la espalda», pensó Wax mientras se volvía hacia él.

No respondió de inmediato. Había que apuntar bien antes de devolver el fuego. Wax ya había defendido los argumentos que acababa de exponer, sobre todo en privado, discutiendo con muchos de los senadores presentes. Estaba haciendo avances, pero necesitaba más tiempo. Teniendo aquellas cartas, necesitaría volver a hablar con cada senador indeciso y compartir las palabras. Compartir las ideas. Convencerlos.

Tenía la sensación visceral de que, si el proyecto de ley se votaba ese mismo día, iban a aprobarlo. Y, por tanto, no había subido a la tribuna para

repetir los mismos razonamientos. Había subido con una bala cargada en la recámara, lista para disparar.

Volvió a doblar las cartas y se las guardó de nuevo. Entonces sacó el fajo más fino, las dos hojas que llevaba en el otro bolsillo, las copias que había hecho Steris por si Wax las olvidaba. Lo más probable era que también hubiera sacado copias del primer fajo. Y de otras siete cosas que sabía que Wax no iba a necesitar, pero que se quedaba más tranquila llevando en el bolso, por si acaso. Herrumbres, era una mujer encantadora.

Wax levantó los folios y fingió buscar la mejor luz para leerlos en voz alta.

—«Querido Melstrom, nos complace su disposición a actuar con lógica y seguir defendiendo la supremacía comercial de Elendel en la Cuenca. Sabia elección. Le entregaremos la mitad del uno por ciento sobre los ingresos de nuestras transacciones durante los próximos tres años, a cambio de su apoyo explícito a esta propuesta de ley. Atentamente, las Casas Hasting y Erikell».

El caos se apoderó de la cámara. Wax se apoyó en la barandilla, metió el pulgar en el cinto de la pistolera y esperó a que remitieran las voces indignadas. Miró a Melstrom a los ojos mientras el hombre se hundía en su escaño. El herrumbroso idiota acababa de aprender una lección importante: nunca hay que dejar pruebas documentales que demuestren que uno es corrupto cuando su adversario político es un detective bien entrenado. Zopenco.

Cuando los gritos cesaron por fin, Wax habló de nuevo, en voz más alta.

—Exijo que celebremos una vista para investigar la aparente venta de su voto del senador Melstrom, en flagrante incumplimiento de nuestras leyes anticorrupción.

—Y con ello —respondió el gobernador—, ¿retrasar la votación de la Ley de la Supremacía de Elendel?

—¿Cómo vamos a votarla sin estar seguros de que se hace de buena fe? —preguntó Wax.

Más indignación. Wax la capeó mientras el gobernador consultaba con su vicegobernadora. Era una mujer lista. Todo logro de Varlance que no supusiera cortar una cinta o besar a un bebé era, con toda probabilidad, otra de Adawathwyn.

Mientras la cámara se tranquilizaba, el gobernador miró a Wax.

—Confío en que tenga usted pruebas de la autenticidad de esa carta, Ladrian.

—Tengo declaraciones juradas de tres expertos independientes en caligrafía que demuestran que no es una falsificación —respondió Wax—. Y encontrará usted que el detallado informe de mi esposa sobre el proceso de adquisición de la carta es tan exhaustivo como irrebatible.

—En ese caso, sugiero que se celebre esa vista de investigación —dijo el gobernador—, *después* de votar la Ley de la Supremacía.

—Pero… —empezó a protestar Wax.

—Exigiremos —lo interrumpió el gobernador— que Melstrom, Hasting y Erikell se abstengan de emitir voto alguno, asegurando de ese modo que la votación no está corrompida.

Maldición.

Maldición, maldición, *maldición*.

Antes de que pudiera oponerse a aquello, la vicegobernadora estampó su mazo en la mesa.

—¿Votos a favor de continuar?

Casi todas las manos de la cámara del Senado se alzaron. Para una decisión simple como aquella no era necesario ni contar las manos alzadas, a menos que las dos opciones parecieran estar muy igualadas. No lo estaban.

La verdadera votación, la de la ley, seguiría adelante.

—¿Tiene usted alguna otra explosión que detonar, Ladrian? —le preguntó el gobernador—. ¿O podemos proceder?

—No hay más explosiones, señoría —dijo Wax, y suspiró—. En realidad, el especialista en ellas era mi antiguo compañero. Pero sí tengo una última súplica que hacer a la cámara.

Su maniobra había fracasado. Ya solo le quedaba una última carta que jugar. Una petición que no haría Waxillium Ladrian.

La haría Disparo al Amanecer, el alguacil.

—Todos me conocéis —dijo, rodando sobre sí mismo, mirándolos a los ojos—. Soy un hombre sencillo de los Áridos. No soy bueno en política, pero sí que comprendo a la gente enfadada, y lo duras que son las vidas de las mujeres y los hombres que trabajan.

»Si vamos a adoptar el papel de padres, deberíamos tratar bien a nuestros hijos. Darles la oportunidad de hablar por sí mismos. Si seguimos fingiendo

que son solo unos bebés, lo que conseguiremos es que empiecen a no hacernos ningún caso, eso como mucho. ¿Queréis hacerles llegar un mensaje? Pues enviadles el de que nos importan y estamos dispuestos a escuchar sus palabras.

Por fin ocupó su asiento, al lado de Yancey Yaceczko, un hombre amable y paciente, y uno de los senadores que de verdad habían escuchado a Wax.

—Buen espectáculo —le susurró Yancey al oído—. Muy buen espectáculo, Wax. Siempre es un placer.

Yancey votaría igual que él. De hecho, había una cantidad decente de nobles que empatizaban con Wax. A pesar de que muchas cosas que le había dicho Marasi en los últimos tiempos hacían que Wax estuviera incómodo con su puesto hereditario, en aquel caso quizá resultara que los nobles eran un pelín menos corruptos que los demás senadores. Los cargos electos querrían conservar el escaño, y era probable que votar a favor de aquella ley mejorase la vida de sus electores.

Ahí estaba el problema. Según el último censo, ya vivía más gente fuera de la ciudad que en ella. Casi todas las leyes que tenían databan de cuando había solo una ciudad y cuatro puñados de granjas aquí y allá. Pero esas aldeas se habían ido convirtiendo en ciudades, y su gente quería tener más voz en la política de la Cuenca.

Elendel ya no era un asentamiento peleón que se reconstruía después de un apocalipsis. Era una nación. Hasta los Áridos estaban cambiando, creciendo, modernizándose. Herrumbres, con lo extensos que eran los Áridos, a Wax no le costaba imaginar un futuro en el que viviera más gente allí que en la propia Cuenca.

Tenían que proveer de derechos a todas aquellas personas, no hacerles caso omiso. Wax aún tenía esperanza. Steris y él, y sus aliados, llevaban meses enteros trabajando para erosionar el apoyo al proyecto de ley. Habían celebrado innumerables cenas, fiestas e incluso sesiones de entrenamiento en el campo de tiro, que Wax ofrecía de vez en cuando a parte de los ciudadanos más destacados.

Todo ello en nombre de cambiar el mundo. De voto en voto.

El gobernador declaró abierto el voto y lady Mi’chelle Yomen fue la primera en emitir el suyo, contra el proyecto de ley. Mientras el Senado iba votando, Wax se descubrió igual de ansioso que había estado antes de enfrentarse a un grupo de bandidos. Herrumbres, aquello era incluso peor,

de algún modo. Cada voto era el estallido de una bala. «Lady Faula y el senador Vindel. ¿Hacia dónde se decantarán? ¿Y Maraya? ¿Logré convencerla o…?».

Dos de ellos votaron a favor de la ley, junto con muchos otros de los que Wax no había estado muy seguro. Wax tuvo un mal presentimiento creciente, peor que el de ir a recibir un disparo, a medida que procedía la votación, que concluyó con 122 senadores a favor y 118 en contra.

La ley estaba aprobada. A Wax se le cayó el alma a los pies. Si quería impedir una guerra civil, tendría que buscar otro modo de hacerlo.



»» Handerwym Presenta ««
NICKI SALVAJE
Y
LA BRÚJULA DE LOS ESPÍRITUS

En mi última misiva presencié, junto con el Hombre Encantado y mis dos acompañantes Inmortales sin Rostro, cómo la lanzamonedas Vila Mecant me arrebataba la Brújula de los Espíritus y se arrojaba a las brumas desde un saliente de piedra. No obstante, la llave de aluminio que activaba el artefacto seguía en mi poder. Sabiendo que Vila iba a regresar, confié la llave al Hombre Encantado, que utilizó sus pistolas infernales para impulsarse hasta otro saliente mientras yo me quedaba intentando convencer a mis amigos sin rostro de que tenía un plan, lo cual, por supuesto, era cierto.

Capítulo 8: «El vuelo del ornisaurio»

KeSun puso los ojos en blanco.

—¿Y cómo pretendes seguir a Vila y hacer que salga?

—Usando los huesos de aluminio que recogimos en la cantera de los ornisaurios —respondí, dando una palmada en el gigantesco morral que llevaba Tabaar.

El kandra dio un profundo gemido en su robusto cuerpo.

—Oh, no.

—Eres muy bueno en la imitación —lo animé—. ¿Te acuerdas de cuando interpretaste a Humano el koloss en *Un Héroe para todas las Eras*? ¡Estuviste magistral! ¡Puedes hacerlo!

—No puede —replicó KeSun, cruzándose de brazos—. No sin mí. Yo soy la que tiene experiencia imitando a aves. —Y volviéndose hacia Tabaar, añadió—: Si estás dispuesto a cederme parte del control, llevaremos a la señorita Sauvage al otro lado de este abismo.

—Pero el resto de mi colección… —protestó él, y el morral lleno de huesos se movió a su espalda.

—Te prometo que volveremos a por ella —dijo KeSun, con una compasión en la voz que reservaba solo a Tabaar. Se dirigió a mí arqueando una ceja—. ¿Te importa mirar hacia otro lado? Preferimos que no nos veas mientras nos…

—… *fusionamos* —terminó la frase Tabaar.

Lo que ocurrió a continuación fue una de las cosas más extrañas que me han pasado nunca, más incluso que la Bestia de Belmon Couture o la ocasión en que fui ayudante de Alomante Jak.

(¡Continúa bajo el pliegue!).

Las Dos Estaciones se retracta de los comentarios vertidos por nuestra apreciada directora Kyndlip Ternavyl hace dos semanas, previos a su desaparición, en los que comparaba a nuestro querido alcalde con «un verraco irascible, aunque no tan listo, menos atractivo e incapaz de contenerse cuando ve un lodazal donde revolcarse».

LA LEY DE LA SUPREM
AMENAZA LA UNIDA

¿UNIDAD O DIVISIÓN? ¿PR



El gobernador y la vicegobernadora

En cuestión de días, el Senado de Elendel someterá a votación lo que la mejor mente política de Bilming, el profesor Garven Munz, califica como «el cambio más monumental en nuestra estructura de gobierno desde las *Palabras de Instauración*».

Se prevén jornadas enteras de discursos, debates y posicionamientos antes de la votación, y las ciudades exteriores tienen los ojos puestos en el llamado senador alguacil de los Áridos, cuyas recientes visitas al norte de la Cuenca han consolidado la postura que comparte con muchos habitantes de las ciudades exteriores: representación, mejor que supremacía.

El gobernador Varlance y sus compinches se oponen con vehemencia a esa actitud, desde un punto de vista que se resume en el atrevido discurso inicial de la vicegobernadora Adawathwyn: «Será necesario que tengamos un líder fuerte y experto cuando nuestros enmascarados amigos sureños nos traigan la guerra». La almirante Jonnes de la Nación Malwish se mostró visiblemente agitada y no regresó a la cámara tras el receso de la sesión.

Cuando se preguntó a Varlance si también opinaba que la Cuenca se dirige a una guerra contra los malwish, el gobernador se limitó a señalarse el pecho, donde llevaba bien visibles sus medallas militares.

(Continúa al dorso).

NU

H
desc
de r
imp
regr
repo
pein
alcal
prop
apre
avis
mac
diar
Por
indi
ción
Stra

CARTA A LA DIRECTORA

Me veo obligado a objetar de nuevo a que su pasquín publique anuncios de Industrias Soonie, fabricante del «Cachorrito Soonie», empresa que

EDITORIAL INVITADO

por Gemmes Millis, director en funciones

¡APLIQUEN LA PROHIBICIÓN DEL BALONMORRO!

Los vemos en todos los terrenos sin

OFERTA DE TRABAJO – Se busca

EL VUELO DEL ORNISAURIO

Confieso que ardía en deseos de echar un vistazo, pero el res-

—
y te
lient
Vi
la su
más

3



Marasi estudió las pisadas en el polvo. Parecían tener varias semanas de antigüedad, ya que ellas mismas habían acumulado polvo encima. Fue hacia Wayne, que estaba inspeccionando el camino más abajo, mirando hacia las profundidades por un túnel de aspecto trabajoso y mucha pendiente. Alzó los ojos hacia ella.

—Si están entrando y saliendo rápido de la ciudad —dijo—, tienen que haber encontrado otro acceso. Por aquí no pasan mucho.

—Estoy de acuerdo —respondió ella—. Aun así, mejor no hagamos ruido, por si han apostado guardias. Wayne atenuó la lámpara y bajó la voz.

—¿Quieres que sigamos sin refuerzos?

—De momento, sí. Exploremos, a ver qué encontramos. No quiero movilizar a todo el mundo si esto va a ser un callejón sin salida.

Avanzaron los dos juntos por el túnel. La dificultad del camino y su aparente falta de uso animaron a Marasi. Si el enemigo estaba allí abajo pero entraba y salía por algún otro sitio, llegar recorriendo aquel túnel hacía menos probable que los descubrieran.

Se tomaron el descenso con cautela. Herrumbres, menos mal que llevaba pantalones. Si iba a resbalar y partirse la crisma, al menos lo haría con dignidad. O con toda la dignidad que le quedara a una mujer después de una hora vadeando por las cloacas.

Se distrajo a sí misma pensando en que aquellas cavernas debían de ser de la época de la Guerrera Ascendente, o incluso más antiguas. Los túneles habían dormitado durante la destrucción del mundo, durante el Catacendro, durante el auge y la caída del Imperio Final. ¿Las piedras que dejaban atrás se habrían soltado del techo en los días de los montes de ceniza?

No pudo evitar preguntarse si darían con la mítica Cuna del

Superviviente, los Pozos de Hathsin, aunque sabía que era absurdo. Wax decía que los había visitado y no había encontrado ningún metal mágico legendario.

Al cabo de un tiempo el camino los llevó a un profundo hoyo descendente, a grandes rasgos vertical, pero con muchos salientes y hendiduras en la piedra que facilitarían el descenso. Wayne subió de nuevo la luz de la lámpara, con expresión dudosa.

—¿Estamos seguros de que venían por aquí? —preguntó con un susurro.

—¿Quién si no pudo dejar las huellas?

—¿Huellas?

—Las que hay en el polvo. Y las de cerca de la entrada, con su costra de aguas negras dejada por las botas. De verdad, Wayne, para ser detective, a veces no te enteras de nada.

—Wax y tú sois detectives —dijo él—. Yo no.

—¿Y tú qué eres?

—Parador de balas —respondió Wayne—. Machacador de cráneos. El tipo al que a veces hacen explotar.

—Hoy no habrá nada de eso —susurró Marasi—. Echaremos un vistazo, veremos si tengo razón y saldremos a buscar autorización y apoyo.

—Entonces, supongo que tendremos que volver por aquí mismo —dijo él.

Con un suspiro, Wayne sacó la cuerda de escalar de su macuto de lona. Encontró una formación rocosa en torno a la que atarla y arrojó el otro extremo a la oscuridad. Bajó él primero y Marasi fue tras él, con el rifle a la espalda. El descenso resultó ser más fácil de lo que había temido, ya que la cuerda tenía nudos. Pero aun así, al poco tiempo ya le dolían los brazos.

—Bueno —dijo Wayne en voz baja, colgando por debajo de ella, bajando al ritmo de Marasi en vez de adelantarse—, ¿quieres oír mi lista de formas en que las mujeres rompéis las leyes de la física?

—Depende —respondió ella—. ¿Cómo de misógina va a ser? ¿Puedes darme una cifra en algún tipo de escala?

—Eh… ¿Trece?

—¿Trece sobre qué?

—¿Diecisiete?

—¿Qué clase de escala demencial es esa? —susurró ella, deteniéndose

encima de un peñasco para mirarlo—. ¿Quién narices elegiría el diecisiete? ¿Por qué no dieciséis, al menos?

—¡Y yo qué sé! La que me ha pedido una escala eres tú. Escucha, que esto es bueno. Mujeres. Rompiendo las leyes de la física. Llevo pensándolo desde hace muchísimo. Lo menos un par de días. Te va a encantar.

—Seguro que sí.

—Primera forma —dijo él, dejándose resbalar por la cuerda hasta otro saliente—. Cuando se quitan la ropa, dan más calor. Es raro, ¿eh? La gente normal está más fría cuando se quita…

—¿La gente normal? —repitió Marasi, siguiéndolo—. ¿Para ti la gente normal son los hombres?

—Estooo… Supongo.

—¿Así que la mitad del mundo no es normal? ¿Las mujeres no somos normales?

—Suena un poco tonto, visto así.

—¡No me digas!

—Mira, solo quería señalar unos datos interesantes. Observacionalizaciones útiles sobre la naturaleza del Cosmere y la relación entre géneros.

—A mí me parece que se te ocurrió una cosa que te hizo gracia y buscabas una excusa para decirla.

Marasi puso los pies en la pequeña plataforma junto a Wayne, y por debajo de ella por fin se veía el fondo. Estaban más o menos a mitad de camino. Él la miró a los ojos.

—Entonces… eh… ¿catorce, pues? —aventuró—. Sobre diecisiete.

—Y subiendo. Además, ni siquiera es cierto, Wayne. Hay muchos hombres que dan calor cuando se quitan la ropa. Depende del hombre.

Wayne sonrió.

—¿Qué me dices de Allik?

—Con Allik es más bien la máscara.

—¡Pero si se aparta ese herrumbroso trasto tan a menudo que hace dudar para qué se lo pone!

—Para los malwish, mover la máscara es una forma de… enfatizar. No es que esté mal que la gente vea lo que hay debajo, aunque vayan por ahí diciendo que es tabú. Quizá lo fuese en otra época, pero ahora les gusta utilizar la máscara para expresarse.

Wayne se dejó caer por el lado y siguió descendiendo agarrado a la cuerda. Marasi le dejó un poco de ventaja antes de seguirlo.

—Bueno —dijo él—, ¿quieres oír la número dos?

—La verdad es que un poco sí.

—¡Ja! Lo sabía. Wax me habría dicho que no.

—Wax tuvo años para acostumbrarse a las simas de tu depravación, Wayne. Para mí todavía es admirable que consigas hundirte aún más todas y cada una de las veces.

—También es verdad. Número dos: pregunta a una mujer cuánto pesa. Luego levántala. Habrá ganado peso. Sois todas feruquimistas.

—Wayne, ese chiste está tan trillado que se escurre entre los dedos.

—¿Cómo? ¿En serio?

—Ya lo creo. Mi padre ya hacía bromas estúpidas sobre mujeres mintiendo en su peso cuando yo era niña.

—Vaya, hombre. ¿El viejo fanfarrón de Harms ya hacía ese chiste? —La miró con los ojos como platos—. ¡Diablos, Marasi! ¿Estoy haciéndome viejo? ¿Eso era un chiste de viejo?

—Sin comentarios.

—Dichosos polis con vuestros dichosos labios sellados.

Wayne llegó al fondo, se dejó caer con un suave raspar de ropa y de sus botas en la piedra y sostuvo la cuerda tensa para ella. Marasi descendió lo poco que le quedaba y terminó a su lado.

—¿Y cuál es la número tres de la lista?

—Aún no he llegado al tres.

—¿Tu lista tiene dos elementos, uno de los cuales es estúpido?

—*Dos* de los cuales son estúpidos —respondió él, abatido—. Por lo visto, uno además es geriátrico. Los mismos chistes que lord Harms. Estoy echándome a perder, ya lo creo que sí. —La miró a los ojos y sonrió—. ¿Esto significa que puedo ser el compañero viejo cascarrabias? Tú serás la joven con agallas que no deja de soltar palabrotas y tomar malas decisiones vitales.

Marasi sonrió también.

—¿Puedo tener un sombrero de la suerte?

—Solo si lo cuidas bien —respondió él con la mano en el corazón—. Y si te lo quitas antes de que pase algo desafortunado, para no cortarle la racha.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella, escrutando el túnel que se extendía hacia delante desde el fondo del agujero—. Pero dejémonos de charla. Por mucho que me interese saber lo que ha metastatizado en tu cerebro últimamente, no podemos permitir que nos oigan.

Wayne atenuó de nuevo la luz de la lámpara y siguieron juntos por el túnel. A veces la gente de comisaría lanzaba miradas compasivas a Marasi por tener que soportar a Wayne, pero lo cierto era que podía ser un alguacil buenísimo cuando quería. Y lo normal era que quisiera.

Un buen ejemplo era que, a petición de Marasi, tenía la boca cerrada y estaba concentrándose en el trabajo. Quizá a Wayne le faltase decoro, y podía ser muy inconsciente a veces, pero era buen compañero. Excelente, incluso. Eso siempre que una lograra entrar en su burbuja, no en la alomántica, sino en la personal. Wayne era un fortín, con sus murallas exteriores y sus defensas. Si eras de los pocos a quienes dejaba entrar, tenías un amigo para toda la vida. Un amigo que lucharía a tu lado contra dioses, sin exagerar.

«Te encontraremos, Trell», pensó Marasi mientras avanzaban despacio. Había oído por primera vez el nombre de labios de un moribundo, años antes, y estaba cada vez más convencida de que Trell era un dios de poder inmenso, igual que Armonía. «No puedes esconderte para siempre. No si quieres seguir ejerciendo influencia en el mundo».

Wayne le agarró el brazo para detenerla sin decir nada. Señaló hacia una luz minúscula que brillaba a lo lejos, por delante en el túnel. Recorrieron poco a poco la distancia que los separaba de ella, se asomaron por la esquina y Marasi vio justo lo que había deseado: a dos hombres con chaleco y sombrero, a apenas unos metros, jugando a las cartas sobre un cajón puesto del revés. Una pequeña lámpara titilaba en su mesa improvisada.

Marasi hizo un gesto hacia atrás con la cabeza. Wayne y ella retrocedieron de nuevo, lo suficiente para que no los oyeran susurrar. Miró a Wayne en la oscuridad, meditando sobre el consejo que le había dado. ¿Deberían avanzar un poco más o aquello era confirmación suficiente para ir a por refuerzos?

—Qué tragedia —susurró Wayne.

—¿El qué?

—Ese pobre mamón tiene una mano estupenda —respondió él en voz baja—. Una mano entre un millón. ¿Y está jugándola contra su compañero

arruinado mientras montan guardia? Qué desperdicio más herrumbroso de una escalera del Superviviente.

Marasi puso los ojos en blanco y luego señaló hacia un pequeño pasadizo oscuro que salía del túnel principal.

—A ver dónde lleva este.

Tras ellos resonó una maldición exclamada. Parecía que el guardia que llevaba la mano buena acababa de revelarla. Aquel túnel más pequeño bordeaba el puesto de guardia por la derecha, pero al poco tiempo descubrieron por qué no estaba vigilado: porque no tenía salida. Sin embargo, llegaba un poco de luz por un agujero de medio metro de anchura en las rocas del final.

Llegaron con sigilo, miraron por él y vieron una caverna de tamaño medio, más o menos tan grande como un almacén portuario, llena de hombres y mujeres que metían mercancías en cajas o se relajaban en asientos improvisados. El hueco parecía ser una abertura natural en la piedra, a juzgar por el agua que goteaba del techo y había cubierto la pared de extraños salientes y bultos que tapaban lo que en otro tiempo quizá hubiera sido un agujero más grande. Marasi y Wayne estarían a unos cinco metros de altura.

Marasi dejó escapar una larga exhalación y observó el ajetreo de la caverna. Por fin la habían encontrado. Después de meses de trabajo. Meses de prometer a Reddi que sus pistas eran válidas. Meses de relacionar informes de robos, testimonios y rastros de dinero. Y allí la tenían. Una base de contrabando a gran escala, establecida bajo la misma ciudad y financiada, por lo que había deducido Marasi, por una combinación de intereses de las ciudades exteriores y el Grupo.

Estaba allí de verdad. Por el Verdadero Nombre de Armonía… Marasi lo había conseguido.

Wayne la miró con una sonrisa de oreja a oreja y le dio un empujoncito amistoso en el hombro.

—Bien hecho —susurró—. Muy bien hecho.

—Gracias —respondió ella.

—Cuando se lo cuentes al comisario general —dijo él—, sáltate la parte en la que he protestado por la alcantarilla.

—¿Y los chistes malos?

—Qué va, eso díselo. Hay que dar a la gente lo que espera, o luego no se

creerán las mentiras que les cuentes.

Marasi hizo recuento de todo. Había treinta y siete personas, incluyendo a los dos guardias, todas ellas armadas. Hasta quienes hacían los trabajos más repetitivos llevaban pistolera. Según las pistas que Marasi había seguido, aquellas cajas estarían llenas de material militar, con una cantidad temible de componentes explosivos. La banda había intentado cubrir sus huellas llevando a cabo algunos robos más prosaicos, pero Marasi estaba bastante segura de saber lo que estaba ocurriendo allí en realidad.

Elendel había estado apretando a las ciudades exteriores al rechazar que ciertas mercancías, las armas entre ellas, salieran de la capital, que era el núcleo de todas las líneas ferroviarias. Aquella banda se comportaba como una pandilla callejera al uso, con sus extorsiones y demás, pero Marasi estaba convencida casi al cien por cien de que su objetivo era enviar armamento a Bilming, el núcleo actual de los intereses de las ciudades exteriores.

No le gustaba que las ciudades exteriores se vieran obligadas a operar de ese modo, pero aquellos pandilleros habían matado a personas inocentes en la calle. Y además, lo más probable era que estuvieran colaborando con una especie de dios maligno que pretendía subyugar y destruir el mundo.

—Escucha —susurró Wayne, señalando—. ¿Ves a ese que está al fondo, el que va bien vestido? Pertenece al Grupo seguro. A lo mejor es el nuevo ciclo.

Marasi asintió. Los ciclos eran los agentes de menor graduación del Grupo. Eran los jefes locales que dirigían bandas de matones a sueldo. Miles Cienvidas había sido un ciclo, a las órdenes de un conjunto. Aquel hombre llevaba ropa de postín, a todas luces más lujosa que la del resto de los presentes. También era delgado, musculoso y alto. Como ciclo, era posible que fuese nacido del metal. Por tanto, más les valía no subestimarlo en un enfrentamiento.

—Si pegas un tiro en la cabeza a ese tipo con el rifle —dijo Wayne—, seguro que los demás se rinden.

—Las cosas no funcionan así en el mundo real, Wayne —susurró Marasi.

—Claro que sí —replicó él—. Si ese hombre es quien les paga, los demás capullos ya no tendrán motivo para seguir peleando.

—Aunque tuvieras razón, cosa que dudo muchísimo, esto no vamos a

hacerlo así. Confirmación, coordinación, refuerzos y autorización legal, ¿recuerdas?

—Procuro no recordarlo —rezongó él—. ¿No podemos hacerlo a mi manera, por una vez? No tengo nada contra la gente que solo hace su trabajo, pero preferiría no tener que vadear otra vez por todo ese pringue y, al volver aquí, que no haya nadie. Vamos a detenerlos ya.

—No —dijo ella—. Hacerlo a tu manera sería demasiado caótico.

—¿Y eso es malo porque…?

—Bueno, por todo eso de que somos agentes de la ley.

—Es verdad, es verdad —dijo Wayne.

Metió la mano en la chaqueta y sacó una placa reluciente. En la ciudad se usaban credenciales de papel, no placas metálicas.

—¿Eso es… la antigua placa que llevaba Wax en los Áridos? —preguntó Marasi.

—Me la cambió.

—¿Por?

—Por medio pastel de carne y cerveza. —Wayne sonrió—. En algún momento lo encontrará. Al final, cuesta bastante no darse cuenta de que están ahí.

Marasi negó con la cabeza y le hizo una seña para que retrocediera por el túnel. Pero tenían que llevar la lámpara oscurecida, y les costaba ver. Fue por eso por lo que, a pesar de su cautela, al volver al túnel principal sorprendieron a un guardia que había ido hacia allí para aliviarse.

El guardia los miró en la penumbra y dio un grito. Wayne ya lo tenía derribado e inconsciente medio segundo más tarde, pero llegaron más voces de alarma procedentes de la caverna.

Aún de pie sobre el guardia, Wayne miró a Marasi y sonrió de nuevo.

—¡Tendrá que ser a mi manera!

4



No había forma de que Marasi y Wayne escaparan por su trabajosa ruta de entrada, al menos con la banda entera pisándoles los talones. Y además de eso, Marasi quería capturar a aquel ciclo, que sin duda desaparecería después de aquello.

Por desgracia, ambas cosas implicaban que Wayne tenía razón. Adiós al protocolo.

Tendrían que hacer aquello a su manera.

Irrumpieron en el túnel principal y vieron que el otro guardia tenía su revólver apuntado hacia ellos. Wayne lanzó una burbuja de velocidad, dando tiempo a que Marasi y él se apartaran y rodearan al guardia.

Cuando la burbuja de velocidad se deshizo, el matón disparó al espacio que había quedado vacío. Wayne cayó sobre él al momento con sus bastones de duelo en las manos. Marasi dejó que se ocupara del guardia y buscó un lugar donde apostarse. Más allá de la caja donde habían estado jugando a las cartas había un túnel ancho, que seguramente llevaría a la caverna que utilizaban como almacén. Marasi bajó una rodilla al suelo y alzó el rifle, apuntó, se tranquilizó, esperó.

Disparó en el momento en que apareció alguien por allí. Solo su entrenamiento en el campo de tiro impidió que, de inmediato, intentara rodar y amartillar el tambor del arma. Era un nuevo rifle semiautomático modelo Bastión, así que lo mantuvo contra el hombro y derribó a la siguiente persona que llegó trastabillando por encima del cuerpo caído. Los de detrás dieron un grito de advertencia y nadie más se atrevió a llegar corriendo después de eso.

Wayne se secó la frente, dejando a un matón sin sentido en el suelo.

—¿Tienes las cajitas mágicas?

—No son mágicas, Wayne —dijo Marasi—. La tecnología malwish es distinta de la nuestra, pero…

—Cajitas mágicas de tu novio. ¿Cuántas tienes?

—Tengo tres granadas alománticas —respondió ella—. Todas de diseño nuevo. Y dos estalladoras. Wax me ha cargado una granada antes de venir.

—Perfecto —dijo Wayne—. ¿Tienes algún plan?

—Tú defiende el túnel. Yo volveré al mirador de antes, tiraré unas granadas alománticas para pillar a grupos de enemigos y luego cubriré tu avance. Cuando estés fuera de la línea de fuego, te seguiré.

—¡Eso está hecho! —exclamó Wayne.

Se separaron y él fue hacia las dos personas que Marasi había derribado. Recogió el revólver de una y lo disparó unas cuantas veces hacia la cámara principal, no para acertar a nadie, sino para obligar al enemigo a buscar cobertura. Le tembló un poco la mano y tiró el arma a un lado nada más vaciarla, pero aun así era un gran progreso para él. Aunque Marasi supuso que tampoco le hacía ninguna falta ser *más* mortífero.

Lo dejó allí y rodeó hasta el mirador, que era un puesto de francotiradora más que decente. Distinguió a varios grupos de matones detrás de unos contenedores que había cerca, mirando mientras Wayne disparaba la munición de una segunda pistola.

Marasi sacó con mucho cuidado una cajita metálica del estuche que llevaba sujeto al cinturón. Llevaba toda la vida padeciendo decepciones y hasta desprecios por su talento alomántico inútil. Era capaz de ralentizar el tiempo en torno a sí misma, lo cual era… bueno, bastante poco práctico. A grandes rasgos, la dejaba paralizada desde el punto de vista de quienes tenía alrededor, inhabilitándola para luchar, concediendo la ventaja a sus enemigos.

De vez en cuando había encontrado algún uso a su alomancia, pero en general tenía asumida la supuesta verdad de que sus capacidades eran débiles.

Y entonces había conocido a Allik.

El pueblo de Allik veneraba a todos los nacidos del metal, ya fuesen alomantes o feruquimistas. Aunque se había quedado asombrado con Wax y sus vistosos poderes, a Allik también lo habían impresionado las capacidades de Marasi. Había afirmado que tenía una de las habilidades alománticas más útiles de todas. A Marasi le había costado aceptarlo, pero

resultaba que, teniendo acceso a cierta tecnología especializada, el mundo podía ponerse patas arriba.

La granada alomántica, que tendría unos cuatro centímetros de lado, zumbó cuando Marasi empezó a quemar cadmio… y absorbió la energía. Marasi no quedó engullida por una burbuja de lentitud: con aquel diseño nuevo, todo el poder pasó a la caja. La había traído ya cargada, pero de eso hacía ya unas horas y quería tenerla a rebosar.

Entonces evaluó la distancia con cuidado y arrojó la granada hacia un grupo de enemigos que se habían cubierto tras unos cajones. Sus meses de práctica dieron fruto y logró que el aparato cayera justo en el centro de los matones, que, concentrados en Wayne, apenas se dieron cuenta de que rodaba entre ellos.

La granada empleaba ettmetal, que estaba muy regulado por los malwish, así que no era de extrañar que los matones no supieran qué hacer, ya que incluso entre los malwish su uso era muy infrecuente. Si aquella gente había oído hablar de aquellos dispositivos —y era posible que sí, porque el Grupo también los empleaba—, desde luego no parecía que los hubieran visto nunca.

Un segundo después, una burbuja de tiempo ralentizado estalló en torno al aparato, atrapando a unos diez hombres y mujeres. Marasi se apresuró a cargar del todo y arrojar la segunda de sus tres granadas, en esa ocasión a un grupo de enemigos que estaban más lejos. De nuevo había apuntado bien y atrapó a otros ocho.

Empezaron a resonar gritos de «¡Nacido del metal!» por la caverna a medida que los demás matones reparaban en que la mitad de su banda estaba paralizada. Las víctimas de Marasi se moverían con exagerada lentitud mientras intentaban escapar de la burbuja, pero no podrían salir antes de que se agotara la carga de diez minutos que tenía la granada.

Marasi se sacó el rifle del hombro y abrió fuego de cobertura. Hasta derribó a dos de los matones que quedaban mientras Wayne llegaba a la cámara principal. Wayne se movió como un rápido borrón durante un momento y entonces salió de su burbuja de velocidad y saltó una hendidura de la roca. Le costaba un momento recuperarse al utilizar su talento antes de poder levantar otra burbuja, pero Marasi habría jurado que cada vez era menos tiempo.

Wayne evitó a la gente que estaba atrapada: ya se ocuparían de ellos más

tarde los dos juntos. De momento, aprovechó la confusión para acercarse a un par de matones. Lo vieron venir, pero Wayne se emborronó de nuevo y cayó sobre ellos desde arriba, con sus bastones de duelo en alto.

Sus gritos de dolor distrajeron a los demás, lo que permitió a Marasi eliminar a otros dos. Luego echó a correr de vuelta al túnel principal. Desde él, echó un vistazo al almacén y entró corriendo agachada, preocupándose de evitar el tenue resplandor que marcaba el radio de efecto de las granadas. Sabía demasiado bien lo que se sentía estando rodeada de aquel aire que parecía melaza mientras todo a su alrededor se movía como el rayo.

Se cubrió detrás de una máquina de embalaje y, cuando los matones que quedaban recobraron la orientación, sus disparos empezaron a rebotar en la piedra y el metal que tenía alrededor. De niña lo había leído todo sobre las aventuras de Wax en los Áridos y, cuanta más práctica ganaba en su oficio, más imprecisiones detectaba. Por supuesto que en las historias había tiroteos. Pero solían olvidarse de describir lo fuerte que sonaban las balas al impactar. Al acribillar el aparato tras el que estaba, sonaban somo si Marasi hubiera regalado unas baquetas al pequeño Max y lo hubiera dejado suelto en una tienda de cacerolas.

Un segundo más tarde el ruido se volvió más lento, como un gramófono sonando a una fracción de su potencia normal. El aire titiló cerca de ella y Wayne se dejó caer contra el aparato de embalaje, con una sonrisa en la cara… y una herida ensangrentada en el hombro.

—Serás torpe —dijo Marasi, señalando la herida con la barbilla.

—Oye, oye —respondió él—. Cualquiera puede recibir un tiro de vez en cuando. Y más si va por ahí con dos palos en una caverna llena de pistolas.

—¿Cuánto bendaleo te queda?

—Un montón.

—¿Seguro?

—Ajá.

—Wayne, qué orgullosa estoy de ti —dijo Marasi—. De verdad estás ahorrándolo y siendo frugal como te pedí.

Él le quitó importancia encogiéndose de hombros, pero Marasi de verdad estaba orgullosa. Wayne recibía una asignación del departamento y, en sus primeros tiempos como compañeros, siempre se le terminaba durante las misiones. Ella había pensado hablar con el capitán Reddi para que le aumentara la asignación, pero entonces había descubierto que Wayne usaba

el bendaleo para todo tipo de cosas no relacionadas con el combate ni con el trabajo de alguacil. Gastaba bromas, se cambiaba de disfraz para deleitar a los niños, robaba algo de vez en cuando…

Daba gusto ver que estaba mejorando.

—¿Cuántos idiotas quedan? —preguntó él.

—Once —dijo ella.

—No sé contar hasta tan alto.

—A no ser que estés en una competición de beber chupitos —dijo Marasi.

—Exacto —repuso él.

Miraron por un lado del aparato tras el que estaban, que servía para clavar la tapa a los contenedores. Al instante Wayne tiró de ella para ponerla de nuevo a cubierto. Una bala que se movía con gran lentitud llegó al perímetro de la burbuja de velocidad y surcó el aire por encima de ellos como una exhalación antes de llegar al otro lado y ralentizarse de nuevo. Las balas eran imprevisibles cuando llegaban a una burbuja de velocidad, y no había manera de saber hacia dónde girarían al entrar.

—El tipo del traje se escapa por detrás —dijo Wayne—. ¿Quieres ir a por él o prefieres quedarte y acabar con el resto?

Marasi se mordió el labio, pensativa.

—Tendremos que separarnos —respondió—. A ti se te dan mejor los grupos. ¿Crees que podrás con todos estos?

—¿Los cajones no están llenos de cosas que hacen pum?

—Eh… sí.

—¡Suena divertido!

—Aún deberían quedarte unos ocho minutos en las granadas.

—Estupendo —dijo él—. Voy a ver si trinco vivos a estos capullos. Puedo sacarlos de sus burbujas lentas uno por uno, utilizando las mías para contrarrestarlas. He estado practicando a hacer mis burbujas más grandes y más pequeñas. Debería poder llegar al borde de una burbuja tuya, lanzar la mía de forma que envuelva a una persona y sacarla.

—¡Wayne! —exclamó ella—. Es asombroso. ¿Se lo has contado a Wax? Controlar el tamaño de la burbuja es muy difícil.

Él volvió a encogerse de hombros.

—¿Preparada?

Marasi sacó las estalladoras del cinturón y le pasó una. Luego quitó la

anilla de la otra para prender la espoleta.

—Preparada —dijo. Aunque Wayne tuviera «un montón», el bendaleo era caro y difícil de conseguir. Tenían que utilizarlo con cuidado.

Wayne deshizo su burbuja y Marasi arrojó la estalladora. Cuando detonó, salieron corriendo por ambos lados de la máquina. Wayne fue a por el último grupo de matones mientras ella corría tras el ciclo, que acababa de desaparecer por una puerta de metal reforzado al fondo de la caverna. Llegó a la puerta y forzó la cerradura con bastante facilidad. Echó un vistazo atrás hacia Wayne, cada vez más rodeado de enemigos. Se había cubierto detrás de una caja con el letrero EXPLOSIVOS. Wayne le guiñó un ojo, quitó la anilla de su estalladora y la dejó caer en la caja.

Maravilloso. Con un poco de suerte, sabría lo que estaba haciendo. La capacidad curativa de Wayne era extraordinaria, pero aun así era posible que se hiciera tanto daño que no pudiera curarse. Si una explosión separaba sus mentes de metal del grueso de su cuerpo, Wayne moriría, igual que el lord Legislador cuando había perdido los Brazales de Duelo siglos antes.

Bueno, tampoco podía estar controlando a Wayne a todas horas. Y desde luego, Marasi no podría sobrevivir a una explosión de… bueno, de ningún tamaño. Cruzó la puerta y la cerró de nuevo con un fuerte golpe. El complejo subterráneo entero se sacudió al cabo de un momento, pero Marasi se concentró en su misión: internarse en el oscuro túnel tras el ciclo, quien, de entre todos los presentes en la caverna, era quien con más probabilidad podría darle respuestas.

5



Wax recorrió con paso fatigoso el suelo del Senado, reparando en que los demás le dejaban espacio. No parecían querer mirarlo a la cara, ni siquiera quienes habían votado junto a él. Se volvían al ver que se acercaba, mientras se estiraban y charlaban entre ellos.

Salió al pasillo y fue hacia su despacho, recorriendo suelos con incrustaciones bajo una hilera de lámparas de araña. Cristal y mármol. Así era su vida ahora. Todo aquello de lo que había huido siendo joven adornaba cada uno de sus pasos, y las sombras le resultaban más oscuras, a pesar de la centelleante luz que llegaba desde arriba.

Wax creía que sus actos como senador podían superar con mucho a sus logros como vigilante de la ley, en términos de bien en bruto hecho para ayudar a la mayor cantidad de gente posible. Pero eso significaba también que sus fracasos suponían un peligro mucho mayor. En los Áridos uno dependía de su arma, de sus instintos y de su capacidad de hacer las preguntas adecuadas. Allí, en Elendel, Wax estaba obligado a depender de que otras personas hicieran lo correcto. Y hasta el momento nada había puesto tanto a prueba su fe en la humanidad, ni siquiera los asesinos en serie, como trabajar con políticos.

Se metió en su despacho y encontró allí a su familia y a Kath, la niñera. Trató de que no se le notara el disgusto, pero aun así Max percibió su estado de ánimo y se quedó con Kath, jugando con su cachorrito Soonie de peluche.

—En fin —dijo Wax con brusquedad, dejándose caer en su butaca—, un año de trabajo para nada.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo Steris, sentándose a su lado.

—¿De verdad? —preguntó Wax, lanzando una mirada a la pila de

cuadernos de su esposa—. Sé que seis de esos están llenos de ideas nuevas para convencer a distintos senadores. Si hubiéramos tenido más tiempo…

—Hemos hecho todo lo que era razonable que hiciéramos —dijo ella—, teniendo en cuenta nuestras otras obligaciones. —Entonces titubeó—. ¿No crees, Wax?

La miró a los ojos y vio que Steris se estremecía. Maldición. Aquello tenía que ser igual de duro para ella, ¿verdad? «Presta atención, herrumbroso idiota». Le cogió las manos y se las apretó.

—Es verdad —dijo—. Hemos intentado todo lo que estaba en nuestra mano, Steris. Pero al final, no era decisión nuestra.

Le apretó fuerte las manos. Steris era una persona increíblemente estable: había apoyado a Wax desde su regreso a Elendel, aunque él nunca habría imaginado lo importante que llegaría a ser en su vida. Pero en ese momento, notó que Steris temblaba. Y… herrumbres, él también. Se habían dedicado en cuerpo y alma a detener aquel proyecto de ley. Y hasta el último herrumbroso senador con el que Wax había hablado le había dicho que necesitaba más tiempo. ¿Y al final, votaban a favor? ¿Al final, optaban por…?

«No. Lo hecho, hecho está».

—Tenemos que seguir adelante —dijo.

—Sí. Adelante. —Steris asintió y miró alrededor—. Y también podríamos salir de este edificio. Ahora mismo solo se me pasan por la cabeza las distintas formas en que un oportuno desastre natural podría derrumbarlo.

Wax gruñó y se levantó para ayudar a recoger. Entonces vio un sobre en el borde de su escritorio. Antes no estaba, ¿verdad? Al levantarlo, notó que algo pesado se deslizaba hasta la esquina. ¿Una bala?

No, descubrió al abrirlo. Era un pendiente. Acompañado por una breve nota: «Tendrás que hacerte otro como este, cuando llegue el metal adecuado».

No tenía ni idea de lo que significaba. Y le daba igual. «Hoy no, Armonía —pensó—. Déjame tranquilo».

—¿Qué es eso? —preguntó Steris.

—Una cosa que me ha enviado Armonía —dijo Wax.

Steris lo miró.

—Así que —añadió él— es muy probable que no sirva para nada.

Steris apretó los labios. Era supervivencialista, por lo que en términos estrictos no adoraba a Armonía, que en su credo se consideraba el dios del Camino, una religión distinta pero complementaria. Sin embargo, después de todo lo que habían hecho y todo lo que habían visto, Steris había adoptado una visión un tanto… ecuménica de Dios. En todo caso, sabía que en otro tiempo Wax había venerado a Armonía.

Desde entonces… bueno, Dios y él tenían su pasado. Wax tenía la sensación de haber superado sus peores problemas con Armonía, desde la conversación que habían mantenido justo antes de que Wax empuñara los Brazales de Duelo. Pero eso no impedía que Wax soltara alguna pulla de vez en cuando. Se guardó el sobre en el bolsillo de atrás y se olvidó de él.

Terminaron de recoger sus cosas. ¡Herrumbres, con los niños siempre había muchísimo que llevar de un lado a otro! Steris quería que tuvieran otro hijo, pero Wax no acababa de verlo claro. No le hacía gracia que se vieran superados en número.

Aunque por otra parte… no pudo contener la sonrisa cuando Max salió corriendo pasillo abajo, haciendo que su cachorrito Soonie saltara de una baldosa de mármol negro a otra, evitando las blancas. Wax no solía ver por allí a las familias de otros senadores. Decían que traer niños al edificio era una falta de respeto. Pero si tanto respetaban ese edificio, ¿por qué lo habían mancillado votando de aquella manera?

«Muchos de ellos han votado como tú querías —tuvo que recordarse a sí mismo—. Y hay otros que tienen miedo. De que se los considere débiles. De intereses externos. No son todos escoria por votar en tu contra. Eso tienes que recordarlo. Algunos son buena gente, igual que en todos los oficios». Era solo que… bueno, que no le apetecía pensar en ello ahora mismo.

Al salir del edificio vieron toda una flota de carruajes que habían llegado para recoger a los senadores y llevarlos a fiestas, o a apariciones públicas, o a reuniones informales. Incluso quienes colaboraban más con Wax apenas lo invitaban casi nunca a menos que quisieran planificar algo concreto. Era como si… como si creyeran que él no se rebajaría a socializar sin más. O quizá era que Wax los incomodaba.

Mientras su familia se congregaba para esperar a su chófer, Max le tiró de la cola de la levita.

—¿Tas tristón, papá? —preguntó en voz muy alta—. No me van pa na

los tristones. Son de lo peor.

Su forma de hablar hizo que varios senadores que esperaban cerca los miraran por encima del hombro y dieran bufidos. Wax enarcó una ceja.

—¿El tío Wayne ha estado enseñándote acentos otra vez?

—Sí —respondió Max en voz más baja—. Pero dice que no te lo cuente, y así creerás que soy un genio por hacerlos yo solito. —Sonrió—. Me dijo que hablara así cerca de los senadores para fastidiarlos. Y hoy es bueno fastidiarlos, ¿verdad?, porque os han puesto tristes a mamá y a ti.

Wax asintió mientras se arrodillaba.

—Pero tú no tienes que preocuparte de eso.

—¿Sabes lo que me alegra a mí cuando estoy triste? —preguntó Max.

—¿Abrazar a Tenny? —aventuró Wax, acariciando al kandra de peluche en la cabeza.

—Bueno, sí —dijo Max—. Eso y… ¿volar?

Miró a Wax con unos ojos grandes y esperanzados. En ese momento su coche a motor se detuvo junto a la acera y Hoid, el chófer, bajó de él.

—Su carruaje, señor —dijo, abriéndoles la puerta de pasajeros.

Pero herrumbres, ¿cómo decir que no a un niño cuando te miraba así?

—Gracias, Hoid —respondió Wax—. Por favor, lleva a mi esposa donde quiera. Kath, ¿tienes el arnés?

—Sí, milord —dijo ella.

La niñera pasó el bebé a Steris y se puso a hurgar en su enorme bolsa de ropa de repuesto y toallitas. Lanzó el arnés hacia Wax, que le entregó a cambio su levita y su chaleco.

Fue todo un travieso placer ponerse el arnés de cuero y ceñirse a Max a la espalda delante de todo el mundo. Luego, tras un cariñoso beso a Steris y la promesa de verla en casa, dejó caer un casquillo de bala y se volvió hacia la multitud.

—¡No sus pongáis envidiosos! —gritó Max—. ¡Os llevará a dar una vuelta también por cuatro óbolos de na! ¡Pero tenéis que pedírselo de buenas y no ser una pandilla de mas-mones!

Eh… Quizá Wax debería tener una pequeña charla con Wayne. Pero de momento saludó al gentío y se lanzó por los aires, mientras Max soltaba un aullido de alborotado deleite.

6



El túnel al que entró Marasi mostraba signos antiguos de civilización en los restos de paredes de ladrillo que cubrían la áspera piedra natural. En un suelo liso, allanado a cincel. En los candeleros de las paredes, picados de óxido como si padecieran alguna enfermedad terrible.

Sacó su última granada, la que le había cargado Wax. Las del modelo nuevo podían mantener la carga durante horas, aunque, con el tiempo que había transcurrido, su efecto no duraría mucho después de activarse. Tres o cuatro minutos como máximo. Aun así, Marasi estaba más tranquila con la granada en la mano, así que, a regañadientes, dejó el rifle en el suelo y desenfundó su pistola. Además de manejarse con una mano, tenía menos metal que el rifle, por lo que quizá fuese una herramienta un poco mejor para combatir a un posible alomante. Por el mismo motivo, abandonó allí su estuche con metales de reserva, aunque se dejó puesto el cinturón con algunos instrumentos no metálicos adecuados para luchar contra alomantes.

Con la granada en una mano y el revólver en la otra, avanzó despacio por el tenebroso túnel. Los miembros de la banda habían enganchado unas pocas luces eléctricas en la pared de la derecha, con cables sujetos a los antiguos candeleros, pero titilaban perezosas, como si estuvieran a punto de quedarse dormidas. Al poco tiempo llegó a otra enorme caverna abierta, pero se quedó en la boca del túnel, inspeccionando agachada lo que tenía delante. El ciclo había ido por allí, y una parte de ella quería correr tras él a toda velocidad. Su parte más cauta mantuvo la calma y observó atenta en busca de una posible emboscada.

Aquella caverna tenía una grieta larga y no muy ancha que la recorría de izquierda a derecha. Antaño la había salvado un antiguo puente de piedra, pero se había derrumbado mucho tiempo antes y lo reemplazaba una

construcción más reciente de tablones y cuerda, que cruzaba los cinco metros más o menos que tenía el hueco. El suelo de piedra se extendía unos diez metros entre Marasi y la grieta con su puente, y en la pared del otro lado se abría un túnel por el que seguir camino.

Pero Marasi no cruzó el puente. Vaciló, todavía en la entrada de la caverna. Aquellas paredes de ladrillo eran antiquísimas. ¿Quién debió de construirlas, tantos siglos antes? ¿Sería aquella cámara como la Tumba de los Originadores, en el centro de Elendel? ¿La gente se habría acurrucado en la caverna, mientras caían las paredes y el puente cuando Armonía rehízo el mundo?

En todo caso, Marasi estaba preocupada. El ciclo la había visto, y sus instintos le decían que no se limitaría a correr con la espalda expuesta. Le tendería una trampa. Marasi escudriñó la caverna y distinguió una forma oscura detrás de unas rocas que había entre ella y la grieta. Seguramente el ciclo esperaba que cruzara el puente a toda prisa para dispararle por la espalda.

Por desgracia, en el momento en que vio al hombre, este se levantó y alzó una pistola. Marasi activó por acto reflejo la granada, que llevaba agarrada contra al pecho. El dispositivo liberó un poderoso empujón de acero que le arrancó la pistola de la otra mano y la envió disparada hacia delante. Cayó directa al abismo.

Pero había reaccionado en el momento justo, porque el ciclo estaba disparándole y todas las balas fallaron, desviadas a ambos lados de ella hasta estamparse en la piedra. Marasi echó a correr en línea recta hacia él y distinguió su elegante traje a la tenue luz. El ciclo tenía los rasgos más duros de lo que había esperado. Cuello grueso, barba de unos días.

Había confiado en que el hombre llevara metal y en que su avance con la granada lo desequilibrase. Pero solo consiguió que se le escapara la pistola de las manos, enviada por el empujón alomántico al otro lado de la grieta, donde dio contra la pared del fondo y cayó cerca de la boca del túnel.

Aparte de eso, parecía que el hombre, igual que Marasi, era lo bastante precavido como para no llevar demasiado metal encima.

—Por la autoridad de la comisaría del Cuarto Octante —dijo, deteniéndose a unos tres metros de él—, quedas detenido por evasión de aranceles, asociación delictiva y transporte ilegal de armas. Estás desarmado y atrapado. Sé listo y ríndete.

En vez de eso, el ciclo sonrió. Entonces empezó a crecer.

Su traje tenía botones a lo largo de los brazos, que se soltaron de golpe para dejar más espacio mientras los músculos del hombre se expandían a unas proporciones absurdas. La levita también aguantó, ampliándose mediante unas ingeniosas abrochaduras de madera que se liberaron a ambos lados.

Demonios. Era feruquimista. No parecía terrisano, pero en realidad Wayne tampoco. No siempre se notaba a simple vista.

Marasi retrocedió. Liarte a puñetazos contra alguien que estaba decantando fuerza era pedir a gritos que te partieran la cara. En vez de eso, desactivó la granada para conservar lo que le quedaba de carga y corrió hacia el puente y la pistola que había al otro lado. El ciclo se apresuró a cortarle el paso situándose justo delante del puente. Desde allí, con una carcajada, arrancó las cuerdas que lo sostenían.

Muy bien. Los feruquimistas no eran como los alomantes. No podían echarse una nueva carga de metal a la boca y seguir funcionando. A lo mejor podía hacer que se le terminara la fuerza almacenada.

El ciclo soltó las cuerdas, dejando que la construcción de madera se derrumbara.

—Trell te buscaba a ti en concreto, alguacil —comentó en una voz que parecía demasiado aguda para un cuerpo tan enorme—. Es muy amable por tu parte entregarte a mí.

Marasi dio media vuelta y corrió hacia su rifle. Oyó que la perseguían unas pisadas atronadoras, que le iban ganando terreno y la obligaron a arrojarse al suelo justo antes de llegar al arma. La maniobra impidió por los pelos que el hombre la agarrara.

Rodó mientras el ciclo descargaba un puñetazo que impactó contra el suelo, y el hombre gruñó y levantó los nudillos ensangrentados. La fuerza feruquímica podía ser peligrosa. De hecho, muchas de las artes metálicas podían dañar a quien las utilizaba, la de Marasi incluida. Logró esquivar también los siguientes puñetazos. Por suerte para ella, el ciclo no parecía tener mucha práctica con su poder. Aunque su ropa estaba pensada para sobrevivir a él, era evidente que no estaba cómodo moviéndose y luchando en aquella forma más voluminosa.

¿Qué clase de feruquimista no practicaba con su capacidad? Marasi intentó llegar al rifle, arrodillándose y medio abalanzándose, medio

cayendo hacia él. El ciclo fue más rápido: saltó por encima de Marasi con un poderoso impulso y agarró el arma. Entonces la partió por la mitad y arrojó el cañón hacia ella.

Marasi activó la granada justo a tiempo y el cañón rebotó de vuelta hacia él. Pero tenía la cajita agarrada en mala postura y casi le resbaló de entre los dedos por la sacudida que dio al repeler un objeto en movimiento.

Empujones de acero. Transferencia de fuerza. El ciclo no era el único que estaba utilizando un poder con el que no tenía mucha práctica.

Desactivó la granada mientras el ciclo esquivaba. El cañón del rifle rebotó contra la pared de atrás y rodó hacia ella. Marasi intentó recogerlo para usarlo a modo de porra.

Por desgracia, el hombre se lanzó hacia ella y le aferró el brazo izquierdo, el que sostenía la caja. Sus fuertes dedos le estrujaron la carne, y herrumbres, daba la sensación de que podrían aplastarle los mismos huesos. Maldiciendo dolorida, Marasi llevó la otra mano a la vaina de su cinturón. Mientras le empezaban a llorar los ojos, alzó una pequeña y reluciente arma y descargó una puñalada que atravesó el brazo del ciclo.

Su enemigo aulló y la soltó antes de arrancarse el arma sanguinolenta de la carne.

—Daga de cristal —dijo ella—. Un clásico.

El hombre la miró furibundo y levantó el brazo. La herida sangrante empezó a sanar.

Diablos. ¿Sanación feruquímica? Aquello lo demostraba. Marasi nunca había conocido a nadie que tuviera por naturaleza dos poderes feruquímicos. Ese hombre estaba usando el arte prohibido. La hemalurgia.

Marasi recogió el cañón del rifle y retrocedió, pero los movimientos del combate la habían situado de forma que solo podía alejarse hacia el abismo. Cada pisada la alejaba más del túnel por el que había llegado, su única posible ruta de escape. Herrumbres.

Cedió terreno, paso a paso, mientras devolvía la daga a su vaina. Entonces vio horrorizada que los ojos del ciclo empezaban a emitir un tenue resplandor rojo.

—Trell está escogiendo anfitriones —dijo—. Avatares a los que otorga su poder. ¿Qué te parecería ser el logro que me demuestre digno de la inmortalidad, vigilante de la ley? Lo único que tienes que hacer es morir.

Marasi siguió hacia atrás, devanándose los sesos. El ciclo no parecía

preocupado por ir a quedarse sin fuerza a corto plazo. Al cabo de unos momentos la había llevado hasta la grieta, cerca de la acumulación de rocas tras la que había estado escondido. Marasi pasó detrás de ellas, pero no eran muy altas.

Una mirada rápida la informó de que el precipicio, del que ya solo la separaban escasos centímetros por detrás, tenía al menos dieciséis metros de profundidad. No podría escapar por él.

—Te has dejado acorralar contra una sima —dijo él avanzando—. Y ahora, ¿qué? Quizá haya llegado el momento de… ¿Cómo era? ¿Ser lista y rendirte?

Marasi preparó la granada para que se activara con unos segundos de retraso y la encajó en un agujero entre las rocas. Entonces agarró el cañón del rifle, que llevaba bajo el brazo, y se lo apretó con fuerza contra el pecho.

El hombre frunció el ceño. La granada se activó.

Transferencia de fuerza. Cada empujón de acero creaba un empujón equivalente en dirección opuesta. La granada repelió el cañón del rifle, que hizo volar a Marasi hacia atrás con un enorme impulso, tanto que salvó el abismo.

Se estampó de espaldas contra la pared. El impacto la dejó aturdida, y en ese momento la granada se agotó. Marasi cayó al suelo. Había cruzado al otro lado de la grieta, como tenía previsto, pero estaba sin aliento y mareada.

Entre lágrimas, vio que el ciclo tomaba carrerilla y cruzaba el abismo de un salto. Así que Marasi gateó por el suelo, medio cegada por el dolor, buscando sobre la piedra polvorienta, desesperada por encontrar la pistola…

¡Ahí estaba!

El ciclo se cernía sobre ella como una espantosa sombra, con el brazo alzado para aplastarle el cráneo. Marasi reaccionó con tres disparos directos a la cara. El hombre cayó.

«Madre mía», pensó Marasi, incorporándose a pesar del dolor. Wax hacía cosas como aquella a todas horas. Saltar por acantilados, volar de un lado a otro y estrellarse contra cosas. ¿Cómo narices no tenía el cuerpo hecho un guiñapo?

Se palpó las costillas, esperando no tener nada roto. Lo que más le dolía

era el hombro izquierdo, y Marasi hizo una mueca. El dolor la distraía tanto que tuvo que obligarse a concentrarse. Un disparo en la cabeza debería impedir que un hacedor de sangre sanara, pero una parte de ella no dejaba de insistir en que lo comprobara de todos modos.

Se acercó resollando para inspeccionar el cadáver. Y vio que las heridas de bala estaban curándose en la cabeza del hombre, los agujeros del cráneo cerrándose.

Herrumbrosos demonios.

Giró el cuerpo desplomado bocarriba y se apresuró a sacar la daga de la vaina. ¿Aquel tipo estaba sanando de balazos en la cabeza? Allí pasaba algo muy raro. Le disparó de nuevo, pero sería solo un remedio temporal.

Así que le rasgó la camisa y descubrió cuatro clavos bien hundidos entre las costillas. Como había sospechado. Cuchillo en mano, emprendió la repugnante tarea de sacárselos. Aceleró el ritmo al darse cuenta de que al menos uno de ellos estaba hecho de un extraño metal con manchas de color rojo oscuro, parecidas al óxido. Un metal que llevaban una eternidad buscando.

Los ojos del ciclo se abrieron de sopetón, aunque tenía la mandíbula partida y agujeros en el cráneo. Marasi maldijo y se apresuró aún más, urgiendo a sus dedos ensangrentados a esforzarse por soltar el primero de los cuatro clavos, tan incrustado entre las costillas que costaba de liberar.

¡Los ojos! Brillaban con un intenso fulgor rojo.

—La ceniza viene de nuevo —dijo el hombre entre labios sanguinolentos, con un extraño chirrido en la voz—. El mundo caerá ante ella. Tendréis lo que os merecéis, y todo se marchitará bajo una nube de negrura y una mortaja de cuerpos abrasados y hechos ceniza.

Marasi apretó los dientes, afanándose con el punzón de metal que parecía oxidado, resbaladizo por la sangre.

—Vuestro fin… —susurró la voz—. Vuestro fin se avecina. Ya sea por la ceniza o a manos de los hombres de dorado y rojo. Dorado y…

Marasi arrancó el clavo. El brillo rojo se desvaneció, el cuerpo se derrumbó, la curación cesó. Marasi le buscó el pulso en el cuello de todos modos, e incluso después de no encontrarlo, sacó los otros tres clavos del cuerpo.

Luego por fin se apoyó en la pared, gimiendo un poco. Más valía que Wayne hubiera encontrado la forma de lidiar con los demás ladrones…

porque Marasi dudaba mucho que tuviera la fuerza suficiente para levantar una pistola en esos momentos. Cerró los ojos y trató de no pensar en aquella terrible voz.

7



Max pidió a Wax que hiciera cada brinco más alto, más rápido. Los gritos de gozo del niño se imponían al fragor del viento y al aleteo de la ropa. Y herrumbres, qué contagioso era. Wax había sido un niño muy serio, rasgo que se había extendido a su edad adulta. Pero hasta él apreciaba la impresión que daba un empujón de acero bien ejecutado.

La súbita explosión de velocidad, el momento de quietud en el cénit. El vuelco del estómago cuando empezaba el descenso. Era muy distinto a cualquier otra experiencia que pudiera tener el ser humano, o por lo menos a las que pudiera tener y sobrevivir.

En la lejanía se divisaba una aeronave comercial malwish que llegaba a Elendel volando gracias a sus extraños dispositivos de ettmetal, mientras Wax y su hijo cruzaban juntos la ciudad a saltos, disfrutando de un panorama que de algún modo era a la vez reduccionista y expansivo. Desde tan alto se distinguían las avenidas principales que dividían la ciudad en octantes. Se alcanzaba a entender y a sentir los distintos vecindarios, el familiar y forzado abarrotamiento de los barrios bajos, los extensos pero aislados terrenos de las mansiones.

En otro tiempo Wax había dado por hecho que una experiencia como aquella —no solo la altura, sino también el movimiento al cruzar la ciudad por arriba— estaría restringida siempre a los lanzamonedas. Pero entonces las aeronaves malwish habían arrojado esa suposición por la ventana desde mil metros de altura.

De todos modos, había algo en aquella perspectiva que le daba la sensación de que le pertenecía a él. Aquella era *su* ciudad. Había regresado a ella y, con los años, había llegado a amarla. Representaba lo mejor que

podía lograr la gente: era un monumento al ingenio, el hogar de miles de ideas, de tipos de persona, de vivencias diferentes.

A instancias de Max, los llevó más alto, utilizando los rascacielos como anclajes para empujarse hacia arriba, de un lado a otro hasta que se posaron casi en la cima de un edificio concreto. La Torre Ahlstrom. Su ático era el hogar de la familia, y Wax lo había elegido por unos motivos muy concretos. Llegar quemando acero a la cumbre de un edificio demasiado alto era difícil, ya que los anclajes cercanos contra los que empujar se terminaban. Por suerte, aquel edificio tenía varios otros rascacielos a una distancia inusualmente corta, lo que le proporcionaba anclajes con los que empujarse hacia dentro.

Ese día Wax no se detuvo en el ático. Llevó a Max a la azotea, donde había una pequeña plataforma a la que un limpiacristales podía engancharse para descender con sus utensilios. Wax se sentó en ella y Max se quitó los amarres, aunque seguía unido al arnés por una cuerda fuerte. Wax no dudaba de su fiabilidad: la había diseñado Steris.

Max sacó una bolsita de sámaras y empezó a dejarlas caer por el lado del edificio y a ver cómo rodaban y rodaban hacia la ajetreada calle de abajo. Pese a la altura, Wax oía las bocinas de los coches en la calzada. Habían bastado seis años para que apenas se viera ya ningún carruaje tirado por caballos en las arterias de la ciudad. El progreso era como un equipo de demoliciones: o avanzabas con él o te convertías en escombros.

La plataforma estaba orientada hacia el norte. A la izquierda de Wax, las resplandecientes aguas de la bahía de Hammondar eran una inmensa carretera hacia… bueno, la verdad era que no sabía hacia qué. La Cuenca no era un pueblo de exploradores. Por mucho que adorasen las historias de Wax en sus tiempos mozos, o peor aún, las de ese payaso de Jak, la mayoría se contentaba con disfrutar de su ciudad. Era un problema que tenía Elendel: disponía de todo lo que uno pudiera creer que necesitaba, así que ¿para qué ir a buscar en otro sitio? Ni siquiera habían reparado en que allá fuera había todo un continente más al sur hasta que había llegado una aeronave para investigar la Cuenca.

Y sí, desde ese momento se habían enviado expediciones. Pero de todos modos casi todo el mundo estaba satisfecho quedándose allí, y Wax no se lo reprochaba. Sus mayores esfuerzos para mejorar las condiciones de vida se habían concentrado en la Cuenca. No sabía cómo reaccionar con los

malwish. Después de seis años, todavía encontraba intimidatoria la repentina enormidad del mundo.

Max dio unos saltitos de puro deleite y lanzó un puñado entero de sámaras al aire. Lo fascinado que estaba el chico con las alturas incomodaba a Kath, pero ¿qué se podía esperar de un niño que llevaba desde la más tierna infancia amarrado cada dos por tres a un padre que encontraba demasiado lentos los medios de transporte convencionales?

Wax miró al norte, hacia los Áridos. Hacia la maravilla, el misterio y una vida que le había encantado. Se notaba…

Herrumbres. No se notaba triste.

Parpadeó y ladeó la cabeza. Desde su regreso, Elendel nunca había dejado de parecerle una obligación. Tanto la aventura como el bienestar se hallaban fuera de la ciudad, llamándolo. Y aunque las cosas habían ido mejorando con los años, nunca había dejado de sentir esa llamada. Hasta…

Hasta ese día. Ese día recordó las partes de su vida que le habían encantado en el norte… pero no quiso recuperarlas. En Elendel tenía una vida que adoraba tanto como aquella. Quizá más, a juzgar por la calidez que lo embargó con la risa de Max. Aquel… aquel era su lugar. No solo eso: aquel era el que *quería* que fuese su lugar.

Fue tranquilizador darse cuenta de ello. Había… dejado atrás el duelo por fin, ¿verdad?

Con una sonrisa propia, levantó a Max de la plataforma y le dio un fuerte abrazo, aunque el chico era demasiado escurridizo, incluso de bebé, para soportar aquellas cosas mucho rato. Al poco tiempo ya estaba insistiendo en que jugaran a «ir a por la pelota», un juego que el propio Max se había inventado unos meses antes. Consistía en que Max tiraba al aire una bola de mimbre con un minúsculo peso de metal en el centro y entonces Wax intentaba lanzarla para que cayera en el tejado de algún edificio cercano. El mimbre impedía que provocara daños si caía a la calle, pero el metal permitía que Wax apuntara. Cuando la bola estaba en un tejado, saltaban a él para recogerla.

Max hizo el primer lanzamiento, pero Wax no consiguió que la pelota llegara lo bastante lejos.

—Tírala más alta —sugirió a Max después de ir a recogerla.

—Si la tiro alta —protestó Max—, nos caerá otra vez en la cabeza. Quiero que vaya a ese edificio de ahí.

—Lo primero es la altura —dijo Wax—. Créeme. Cuanto más alta la tires, más lejos puedo enviarla.

Max probó otra vez y, con su lanzamiento más alto, Wax logró que la pelota terminara en el tejado que quería su hijo. Luego saltaron tras ella. Wax se preguntó qué pensaría la gente de los rascacielos vecinos al ver tan a menudo a un senador volando fuera de sus ventanas con un niño sujeto a la espalda.

Por desgracia, había un límite al tiempo que podía entretenerlo la diversión del juego. Llevaban media hora yendo a por la pelota cuando Wax aterrizó en un edificio y se encontró cara a cara con una visión impresionante. La nave malwish de antes estaba ya mucho más cerca.

La construcción de madera, impulsada por ventiladores gigantes, se alzaba en el aire sobre Elendel. Wax había visto los intentos que había hecho la Cuenca de diseñar sus propias aeronaves utilizando helio o aire caliente. Pero el tamaño de la cabina que podían levantar esas naves, incluso en las previsiones más optimistas, no era nada en comparación con lo que podían mover los malwish. Su nave era una fortaleza en el cielo.

Y no era un mercante, como había creído. Era una nave de guerra. Una demostración de fuerza, aunque no manifestara una hostilidad inmediata en su acercamiento lento y bajo. Pretendía transmitir una declaración, no una amenaza.

Así que, después de poner las correas de nuevo a Max y comprobar que estaba bien sujeto en su sitio, Wax se empujó por los aires en dirección a la aeronave, decidido a averiguar qué estaba pasando.

8



Marasi terminó encontrando sendas escalerillas de mantenimiento que le permitieron descender al fondo de la grieta y subir por el otro lado. Se dirigió a la cámara principal, agotada y perturbada por lo que había oído y lo que había tenido que hacer. Pero tenía un cuadernillo lleno de cifras y fechas de envíos que había encontrado en el cadáver, y parecía bastante prometedor.

También tenía algo más peligroso. Cuatro clavos. Era curioso que al de manchas rojizas no le gustara entrar en contacto con los otros, porque ofrecía resistencia cuando Marasi intentaba acercarlos. Así que lo había envuelto en tela y lo llevaba en otro bolsillo.

Cruzó con paso vacilante la puerta de metal reforzada y encontró una escena de absoluto caos. Una enorme detonación había provocado otras explosiones en cadena, a juzgar por las marcas del suelo. La caverna entera estaba sembrada de metralla, partes de maquinaria y una alarmante cantidad de cuerpos.

Wayne estaba acuclillado en el centro de todo, con la ropa hecha trizas, jugando a las cartas con todo un grupo de matones atados. Había dispuesto sus naipes en el suelo ante ellos, aunque tuvieran las manos atadas a la espalda.

—¿Seguro que quieres abrir con esa, socio? —preguntó Wayne, moviendo la barbilla hacia la carta que un hombre había elegido con un dedo del pie.

—Es la carta más alta —dijo el prisionero.

—Ya, pero ¿estás seguro? —insistió Wayne, mirando su propia mano.

—Eh… creo que sí.

—¡Maldición! —exclamó Wayne, soltando su mano en el suelo—. Juego

tres ochos detrás de los nueves. Tú ganas.

—Pero… —dijo otro hombre—. Si sabes las cartas que tenemos, ¿por qué has jugado así?

—Tengo que fingir que no veo vuestras cartas, amigo —respondió Wayne—. Si no, ¿qué gracia tiene? Hacer trampas es una cosa, pero si veo a las claras lo que vais a hacer… bueno, para eso mejor juego conmigo mismo. Y eso hay maneras mucho más divertidas de hacerlo.

Marasi llegó a trompicones. Wayne tenía a quince matones en distintos grados de cautividad. Tal y como había dicho, había podido usar su burbuja de velocidad para contrarrestar las de lentitud que había lanzado Marasi y sacarlos de uno en uno. El control que tenía sobre su poder era cada vez más impresionante.

No se extrañó de que Wayne hubiera capturado a tantos, porque prefería no matar. Era algo en lo que coincidían. Y en cuanto a la partida de cartas… bueno, a aquellas alturas sus excentricidades apenas la sorprendían ya. Se sentó en los restos de un contenedor roto.

—Wayne, me habría venido bien que me ayudaras.

—Para cuando tenía a toda esta gente amarrada —respondió él—, tú ya habías acabado con el tipo del traje. Te he visto descansando, y he pensado que mejor te dejaba un poco de tiempo.

Marasi ni se había dado cuenta. Herrumbres, aún le dolía el hombro. Hizo una mueca mientras miraba a su alrededor en la caverna.

—Estooo… —dijo Wayne—. Caray. ¿Te has pasado al canibalismo, o algo así?

Marasi bajó la mirada a su uniforme, que estaba todo ensangrentado.

—¿Canibalismo? ¿Eso es lo primero que te viene a la cabeza?

—Cuando uno ve a una mujer cubierta de sangre —dijo Wayne—, lo natural es que se pregunte si se habrá dado un festín con el hígado de sus enemigos derrotados. Tampoco es que lo critique.

—¿Que no lo criticas? —exclamó Marasi—. Wayne, eso es algo por lo que sin duda deberías criticar a alguien.

—Es verdad. Vergüenza debería darte, entonces.

Marasi suspiró.

—Y yo pensando que por fin me había acostumbrado a tu waynitud. —Le enseñó los clavos, de quince centímetros y gruesa cabeza salvo el último y más interesante de todos, que era estrecho y fino y tenía menos de diez

centímetros—. Los he sacado del cuerpo del ciclo. Habría vuelto a la vida, curándose a sí mismo, si se los hubiera dejado.

—¿Cómo? —preguntó él—. No funciona así.

—Para él sí que funcionaba. El motivo podría ser este otro clavo.

—¿Eso es…?

—¿Trellium? —dijo ella—. Sí. Tiene que serlo.

Wayne silbó flojito.

—Esto hay que celebrarlo. ¿Me has guardado un poco de hígado?

Marasi le lanzó una mirada inexpresiva, a la que Wayne respondió sonriendo de oreja a oreja.

—No comemos personas —dijo ella a los prisioneros—. Mi compañero está de broma.

—Venga, Marasi —protestó Wayne—. Estaba ganándome una reputación con esta gente.

—Hemos irrumpido en su caverna —dijo Marasi—, derrotado a su líder, hecho estallar la mayoría de sus mercancías, matado a la mitad de ellos y capturado al resto. A mí me parece que no tendrás problemas de reputación. —Entornó los ojos al fijarse en que todos los presos estaban descalzos—. ¿Quiero saber por qué les has quitado los zapatos?

—Por los cordones —respondió Wayne, y Marasi les miró las manos atadas—. Un viejo truco de los Áridos cuando no tienes bastante cuerda. —Hizo una seña a un lado con la cabeza y los dos se apartaron para hablar en privado—. Son muchos detenidos, Marasi, y los cordones de zapato no van a contenerlos muy allá. En cualquier momento uno sacará un cuchillo que se me haya pasado, o peor, una pistola. Así que…

—¿Refuerzos Instantáneos? —preguntó ella.

—Herrumbres, me encanta ese nombre en código.

—Si sirve para que pueda darme un baño más pronto, me apunto. Debería haber alguna salida a la ciudad por donde he venido, y en el lado derecho de la grieta tienes una escalerilla. —Calló un momento—. ¿Compruebas el cuerpo, por favor? Tengo el horrible presentimiento de que me he dejado un clavo y ese hombre vendrá a buscarme.

—Hecho —dijo Wayne. Paseó la mirada un momento por la caverna—. Buen trabajo.

—Hemos volado el sitio y matado al hombre que más información tenía.

—Hemos sobrevivido —replicó Wayne—, detenido a una pandilla de

malhechores, protegido la ciudad, negado recursos a nuestro enemigo y recuperado unos metales importantes. Tal y como yo lo veo, hemos hecho un trabajo herrumbrosamente bueno. Te exiges demasiado, Marasi.

Bueno… tal vez sí. Era una cosa que se interiorizaba, cuando una se criaba como ella. Así que Marasi asintió y, al permitirse aceptar el cumplido, sintió que se quitaba cierto peso de encima. Wayne se marchó al trote y Marasi regresó hacia la banda de matones atados, sosteniendo el revólver a propósito en una postura amenazadora.

Por cómo la miraban, tampoco hacía falta demasiado para intimidarlos.

—Vosotros sois los afortunados —dijo, sobre todo para distraerlos—. Se os tratará con justicia. Siempre que no hagáis ninguna idiotez. —Metió la mano en el bolsillo, apartó de momento el cuadernillo del ciclo y sacó una libreta que solo estaba un poco manchada de sangre—. Tengo aquí una lista de derechos que voy a leeros. Prestad atención si queréis saber las opciones y las protecciones legales que tendréis disponibles.

Abrió la libreta mientras quemaba cadmio para lanzar una burbuja de tiempo ralentizado que los envolvió a todos. Con un poco de suerte podría entretenerlos leyendo, porque si observaban el perímetro verían que los fuegos humeantes se extinguían demasiado rápido.

Supuso que era lo único que podía delatarla, porque en una caverna no había tantas pistas como en el exterior, donde el movimiento del sol, las hojas cayendo de los árboles o los peatones deambulando les revelarían a ciencia cierta lo que estaba pasando. Mientras los minutos transcurrían en tiempo lento para Marasi y los matones, Wayne llegaría a comisaría para traer refuerzos.

Marasi terminó de recitarles sus derechos y dio un lento paseo en torno a los cautivos, con la pistola lista y el metal ardiendo en su interior. Unos pocos se quedaron muy quietos cuando pasó: habían estado intentando desatarse. Wayne tenía razón. Tantos prisioneros suponían una situación que podía hacerse muy volátil. Con un poco de suerte, los refuerzos no tardarían.

De momento, sin embargo, Marasi se permitió pensar en el ciclo, cuyas últimas palabras le recordaban a lo que había dicho Miles Cienvidas, también antes de morir. «Un día, los hombres de dorado y rojo, portadores del último metal, vendrán a por vosotros. Y seréis gobernados por ellos».

Tocó la púa de trellium que llevaba en el bolsillo.

«La ceniza viene de nuevo», había dicho el ciclo ese mismo día.

No podía ser cierto. El Catacendro había significado la muerte y el renacimiento del mundo. Las lluvias de ceniza pertenecían a los mitos y las historias antiguas. No pertenecían a la actualidad, con sus luces eléctricas y sus automóviles impulsados por petróleo. ¿Verdad?

Se estremeció y lanzó una mirada al fondo de la caverna, ansiosa por distinguir a más agentes. Fue un alivio cuando un borrón de movimiento le indicó que llegaba alguien. Marasi estuvo a punto de deshacer la burbuja de lentitud, pero se detuvo al ver que había solo una persona. ¿Quién sería? ¿Wayne? La figura borrosa llegó como una exhalación al borde de la burbuja y se quedó allí quieta un momento.

Eso dio a Marasi el tiempo justo, un abrir y cerrar de ojos en realidad, para vislumbrar una forma femenina con ropa oscura y una máscara de tela negra cubriéndole la cara. No era una máscara malwish, sino más bien la que podría utilizar una ladrona que merodeara en la noche. La mujer era delgada, de pelo liso y negro. Pareció cruzar la mirada con Marasi y luego se emborronó de nuevo.

Quizá Marasi podría haber deshecho la burbuja, pero había sucedido todo demasiado rápido. De hecho, mientras aún intentaba comprender lo que había sucedido, una muchedumbre de manchas en movimiento de color marrón alguacil entraron en la caverna. Un segundo después, Wayne entró de un salto en la burbuja de lentitud. Activó su propio poder y los dos se cancelaron entre ellos, creando una zona de tiempo normal alrededor de ambos.

Herrumbres, ¿podía mejorar ella tanto con sus burbujas? Tenía tan poco tiempo libre que le parecía imposible experimentar, pero aun así… era extraordinario. Y también surrealista, aquello de no estar afectada por su propia burbuja de lentitud. Se volvió hacia los matones paralizados, uno de los cuales había logrado desatarse y estaba intentando escabullirse.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Marasi, reparando en los agentes que se congregaban alrededor de la burbuja con redes y cuerdas—. Wayne, ¿os habéis cruzado con alguien al entrar?

—No —respondió él, frunciendo el ceño—. ¿Por qué? Ese cadáver tuyo sigue ahí fuera, igual de muerto que cuando lo has muerteado.

—Había alguien aquí hace un momento —explicó ella—. Hará unos quince minutos en tiempo normal. Nos ha echado un vistazo y se ha ido.

—Qué raro —dijo Wayne—. ¿Aún tienes esos clavos?

Marasi comprobó los bolsillos del uniforme. Había tres clavos en un lado y uno en el otro, y estaban igual que antes.

—Sí. ¿Preparado para que deshaga la burbuja?

Wayne asintió y ambos dejaron caer sus burbujas, permitiendo a Marasi gritar órdenes a los agentes. Avanzaron hacia el interior bien organizados, apresaron al que había estado a punto de escapar y ciñeron las ataduras de los demás. Los agentes médicos comprobaron a los muertos por si las moscas y entraron más alguaciles para recoger pruebas. Bueno, o al menos las pruebas que Wayne no hubiera hecho estallar.

—Vámonos —dijo Wayne—. Ya se encargan de esto. Tendríamos que enseñar a Wax lo que hemos encontrado.

—Bien, pero después de lavarnos un poco —repuso ella—. A juzgar por la peste que echas tú, Wayne, no quiero ni saber cómo huelo yo. Pero sí, tenemos que hablar con Waxillium.

Y no solo de los clavos. También sobre ojos rojos y muertes crípticas. «Tendréis lo que os merecéis, y todo se marchitará bajo una nube de negrura y una mortaja de cuerpos abrasados y hechos ceniza». Dejó el escenario del crimen a los demás agentes y siguió a Wayne hacia el exterior.

9



La llegada de una nave de guerra era un acontecimiento, por supuesto, pero no algo inaudito. Visitaban la ciudad de vez en cuando, con permiso.

Por desgracia, incluso la baja altitud a la que volaba aquella aeronave era demasiada para que Wax llegara a ella mediante la alomancia. Necesitaría un anclaje metálico de un tamaño increíble para empujarse tan alto, o eso o… bueno, o metales a los que ya no tenía acceso.

Hubo un tiempo en que los había dominado todos. Un fogonazo trascendental de increíble fuerza, como si hubiera tocado el mismísimo Pozo de la Ascensión. Pero era mejor no pensar demasiado en su experiencia con los Brazales de Duelo, o cualquier otro momento terminaría pareciéndole soso en comparación.

Anunció su presencia dando unos cuantos brincos altos cerca de la aeronave, que envió un pequeño esquife para recogerlos a Max y a él. Les entregaron unos medallones para que redujeran su peso, aunque a Wax no le hacía falta. Los aviadores malwish enmascarados parecieron intimidarse cuando rechazó el suyo en un recordatorio de que era nacidoble.

De entre las cinco naciones que componían el continente sureño, aquella gente, los malwish, eran con quienes más había tratado Wax. Eran el único país que había enviado embajadores a Elendel, y cada vez era más frecuente que mediaran en todas las relaciones oficiales con el sur. Por lo que Wax había podido averiguar, en los últimos seis años la política del continente sureño se había sacudido incluso más que la de la Cuenca. Unas rivalidades antaño tempestuosas habían amainado en favor de la unidad. ¿Para qué reñir entre ellos si en el norte había unos verdaderos demonios que podían tratar de invadirlos en cualquier momento? Y eso, incluso teniendo en cuenta que la gente de Wax no podía ni fabricar aeronaves todavía.

A los pocos minutos, el esquife, cuya forma se parecía un poco a una barca de pesca voladora sin techo, atracó en la nave más grande. Para entonces Max ya estaba fuera del arnés y esperaba con paciencia, agarrado a la mano de Wax. Subir a bordo de una verdadera aeronave era tan emocionante que Wax lo notaba temblar. Cuando entraron en la nave principal, por un pasillo de madera oscura cuyas paredes se abombaban hacia fuera por el centro y le daban cierta forma de tubo, Max hizo el saludo marcial a la persona que esperaba para recibirlos.

Aquel hombre debía de ser el capitán, por la compleja máscara que llevaba. Era de madera, pero tenía tallas e incrustaciones de seis metales distintos adornándola en torno a los ojos. El hombre miró al niño, pero no le devolvió el saludo, como sí hacían entre risas los alguaciles cuando Max se llevaba la mano a la frente. Tampoco se levantó la máscara.

—Honorable nacido del metal —dijo el capitán, haciendo una leve inclinación de cabeza a Wax—. Y también, si no me equivoco, ¿honorable antiguo portador de los Brazales?

—Ese soy yo —respondió Wax.

—Y también tomador de los Brazales, que deberían haberse devuelto a sus legítimos propietarios.

—También yo. Los entregué a los kandra, como se acordó, para que ningún país ostentara el control sobre ellos ni sobre su poder. Por si hacía falta recordarlo.

Se quedaron callados un tiempo, mirándose entre ellos.

—Soy el almirante Daal —se presentó el hombre, aunque con tono reacio —. Bienvenido a mi antigua nave, bendito ladrón.

—¿Antigua? —preguntó Wax.

—He sido nombrado el nuevo embajador del Consorcio Malwish en vuestra nación.

¿El… Consorcio Malwish? Por lo visto, la unificación del sur se había completado.

—¿Y qué pasará con Jonnes? —preguntó Wax.

—Regresará a casa —dijo Daal—. Se considera que se ha vuelto demasiado… amistosa.

Maravilloso. Era todo un cambio de dirección política. Wax supuso que lo mejor sería no decir demasiado más allá de los cumplidos de rigor, para evitar enardecer las tiranteces sin querer.

—En ese caso, permítame ser el primer senador en darle la bienvenida a la Cuenca —dijo Wax—. Confío en que continúe la paz y el comercio favorable entre nuestras naciones.

—¿Favorable? —replicó Daal—. Para ustedes, tal vez.

—Ambos países se han beneficiado. Les hemos concedido acceso a nuestros alomantes.

—Acceso *limitado* —matizó él—. En exceso, si se compara con los grandes dones que han recibido ustedes.

—¿Tres esquifes? —preguntó Wax—. ¿Y un puñado de medallones? ¿Todo ello más o menos inútil, sin la capacidad de mantenerlos por nuestra cuenta o crear más?

—Sin duda, no esperarán que les entreguemos nuestros medios de producción, ¿verdad? Uno vende la mercancía, no la fábrica.

Cada vez que intentaban sonsacar información sobre los medallones a gente que sabía de ellos, topaban contra un muro. Por supuesto, esa información era un secreto comercial de los malwish, lo que explicaba en parte el oscurantismo, pero hablando con Allik no dejaban de hallar inconsistencias entre lo que decía y lo que estaba a la vista. ¿Por qué el ejército malwish no tenía soldados con la fuerza o la velocidad mental muy mejoradas, ni otros talentos feruquímicos peligrosos? ¿Por qué no había medallones de alomancia? Cuanto más descubrían, más seguro estaba Wax de que allí había un secreto, de que tal vez los medallones no fuesen tan efectivos ni versátiles como los malwish pretendían hacer creer a la gente.

«Estupendo —pensó Wax—. ¿Cómo era aquello de no enardecer las tiranteces sin querer?». Se quedó callado, con la mirada fija en el almirante. El aire estaba tan tenso como en un duelo a mediodía.

Entonces Max le tiró de la manga.

—Eh… ¿papá?

—¿Sí? —dijo Wax sin bajar la mirada.

—Tengo que ir al baño.

Wax suspiró. La presencia de un niño de cinco años no mejoraba en nada las crispaciones diplomáticas. Pero podría haber sido peor. Podría haber llevado a Wayne en vez de a Max.

—¿Hay alguno disponible? —preguntó Wax a Daal.

—Puede esperar.

—¿Usted tiene hijos, embajador?

—No.

—Los niños de cinco años no esperan.

Tras otro momento tenso, el almirante suspiró y dio media vuelta para abrir el paso entre tripulantes con máscara. Wax lo siguió con su hijo. Los años transcurridos desde que conocía a Allik y a otros sureños habían enseñado a Wax a estar cómodo en presencia de tanto rostro enmascarado. Aun así, costaba no intimidarse por aquella hilera de ojos sombríos. Ninguno de ellos habló, ninguno de ellos se levantó la máscara. Wax había reído y bebido con otros malwish en el pasado, pero aquella tripulación parecía compuesta por personas de un tipo muy diferente.

Daal le indicó la puerta con un gesto.

—¡Hala! —exclamó Max al mirar dentro mientras se encendía la luz eléctrica—. ¡Qué pequeño es! ¡Parece hecho para mí!

—Date prisa, hijo —dijo Wax.

Max cerró la puerta y tarareó en voz baja mientras hacía sus cosas. Wax se quedó con el almirante, sin saber muy bien qué decir. Hasta se descubrió deseando que estuviera allí Wayne, quien tenía un don para romper tensiones como aquella creando una variedad totalmente distinta de tensión. Una que permitía que Wax y su supuesto antagonista compartieran un momento de vergüenza común, quizá incluso de comprensión.

«¿Lo hará a propósito?», pensó Wax. Con Wayne era difícil saberlo. A veces parecía una persona muy perspicaz. Destrozaba esa expectativa todas y cada una de las veces, pero era imposible no preguntarse si…

—Los Brazales de Duelo —dijo Daal— están a salvo, ¿sí?

—Eso supongo —respondió Wayne—. No los he vuelto a ver desde que los entregamos.

—Hemos sobrevolado las baterías de armamento que hay en el perímetro de la ciudad —comentó Daal—. Ya me habían hablado de ellas. Su alcance máximo en vertical es… ¿cuánto, trescientos metros? ¿El doble, tal vez?

Wax no respondió. Era un poco más de eso, pero… siendo sinceros, tampoco mucho, por lo menos disparando hacia arriba, a pesar de lo que afirmara la propaganda. Y aunque los esquifes que había recibido la Cuenca tenían una altitud máxima de unos quinientos metros, sabía que algunas naves malwish podían navegar tan altas que el aire empezaba a escasear y la gente moría si se quedaba allí demasiado tiempo.

—A veces pienso —dijo Daal— en lo que habría pasado si nuestros

pueblos se hubieran conocido en una época más… belicosa. Vaya, bastaría con una campaña rápida de bombardeo para que su ciudad se arrugara como una bandera vieja.

—Menos mal —repuso Wax— que nos hemos conocido en esta época.

El almirante se volvió hacia él, mirándolo desde unos agujeros incrustados en metal.

—¿Qué habrían hecho si nos hubiéramos limitado a atacar? —preguntó.

—No lo sé —dijo Wax—. Pero creo que les habría costado más de lo que creen.

—Es curioso lo mucho que sus periódicos repiten los mismos argumentos —respondió Daal—. Alardean de sus asesinos kandra y sus soldados alomantes. Pero yo sé que sus demonios inmortales *no pueden* matar. ¿Y sus alomantes? Dígame, ¿cómo ha llegado usted a esta nave? ¿Por sus propios medios o…?

Qué individuo más encantador.

—Por supuesto —prosiguió Daal—, no vivimos en unos tiempos tan… brutales. No he venido a desatar una guerra, honorable nacidoble. No pongáis esa cara de ofendido. Pero sí represento a muchos de entre nosotros que consideran que su pueblo se ha aprovechado de nuestra naturaleza… indulgente. En particular, con los Brazales de Duelo. Son nuestros, y con nosotros deberían estar.

Wax quiso replicar con argumentos. Explicarle que los Brazales se habían hallado en territorio de la Cuenca. Que los había creado alguien del norte, no del sur. Que se había acordado un trato justo. Pero aquel hombre estaba provocándolo y, por mucho que lo hubiera hecho en el pasado, Wax no hablaba en nombre de Elendel. Era solo un representante entre muchos.

Se negó a morder el anzuelo.

—Eso —dijo— debería tratarlo con el gobernador y con nuestra asamblea legislativa. Y tal vez con Dios.

El enmascarado almirante lo observó sin decir nada más. Pero herrumbres, si las tensiones estaban empeorando…

«Y en el peor momento posible», pensó Wax, frustrado. Con la Ley de la Supremacía aprobada, no podía descartarse en absoluto que la Cuenca se derrumbara como entidad política. ¿Cómo reaccionaría el sur a eso? Daal decía que no querían la guerra, pero ¿y si el sur consideraba que la Cuenca era un objetivo fácil?

Sus primeros encuentros habían dejado impresionados a los sureños. ¿Una tierra al norte llena de nacidos del metal y mitos andantes? Pero cuanto más se habían relacionado, más identificaba cada bando la naturaleza ordinaria del otro. Los mitos pasaban a ser personas. Y toda sociedad sabía cómo matar a otras personas.

Max por fin salió del baño, con las manos mojadas en alto para demostrar que se las había lavado. Daal los llevó de vuelta por el pasillo y Wax fijó de nuevo a su hijo al arnés.

—Me alegro de haberlo conocido, Ladrian —dijo el embajador—. Me interesa, ¿sí? Así sé qué historias debería creer.

—¿Y cuáles son?

—Las verdaderas, por supuesto —respondió Daal, e hizo un gesto a un aviador para que abriera las compuertas, dejando a la vista la ciudad que sobrevolaban—. Confío en que mi tiempo aquí será provechoso. Buenos días, senador.

Con un suspiró, Wax se arrojó al vacío desde la aeronave, acompañado por un aullido de Max, que parecía considerar aquel encuentro como lo más memorable de un día absolutamente maravilloso.

Wax redujo la velocidad con unos cautos empujones de acero y luego emprendió una sucesión de saltos rápidos de vuelta hacia la Torre Ahlstrom. El ático tenía una plataforma de aterrizaje, y al momento los dos entraron en casa y Wax cerró la puerta a su espalda.

Steris estaba acostando a Tindwyl para la siesta, pero salió al salón un momento después y encontró a Max haciendo un rompecabezas mientras Wax se servía una copa.

—¡Madre! —exclamó Max, levantando la mirada—. ¡He hecho *popó* en una *aeronave*!

—¡Anda! —dijo ella, con un entusiasmo por el tema del que solo podía hacer gala una madre—. ¡Qué emoción!

—¡Y he traído un papel higiénico muy raro! —añadió él, levantándolo—. ¡Es blanco y no marrón! ¡Lo he intercambiado, como dice siempre el tío Wayne!

—Ah. ¿Y qué has dejado a cambio, cariño?

—Bueno —dijo él—, ya sabes…

—Ya. Claro. —Steris fue con Wax detrás de la barra y le rodeó la cintura con el brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Embajador nuevo —respondió Wax—. No le caemos muy bien. Quiere recuperar los Brazales. He hecho unas amenazas difusas.

—Un día maravilloso para eso —comentó ella.

—Tenías razón sobre el calendario de su unificación —dijo Wax—. El embajador anunciará un nuevo consorcio de estados bajo el estandarte malwish.

—No nos conviene nada —respondió Steris—. El Senado de Elendel considerará que la ley de hoy sirve para forjar una nación a partir de unas cuantas ciudades pendencieras, en contrapunto al imperialismo malwish.

—Conquista, pero con otro nombre —dijo Wax.

Dio un sorbo a la copa. En ocasiones había hablado mal del whisky de Elendel, pero lo cierto era que en la ciudad había unos caldos buenísimos. De sabor fuerte, ahumado, complejo. Con el tiempo había pasado a gustarle más que las variedades de los Áridos… y desde luego, era muchísimo mejor que cualquier cosa que hubiera destilado Jub Hending en su bañera, que te hacía perder capas de piel como castigo por beberlo. Lo que aún echaba de menos eran las buenas cervezas de los Áridos, en cambio.

—Bueno, la noticia que tengo yo podría ser buena —dijo Steris, sacando una carta del bolsillo. Se negaba a llevar faldas que no los tuvieran, por muy de moda que se hubieran puesto—. Ha llegado mientras estabas fuera.

Wax sacó el papel, que rezaba: «Nos vemos en la mansión a las tres. Noticias emocionantes. Marasi».

Se miraron.

—¿Llevamos a Max o no? —preguntó Wax en voz baja.

—¿Qué probabilidad hay de que explote algo?

—Con nosotros, es imposible saberlo.

—Que se quede aquí con Kath, entonces. De todas formas, hoy viene su tutor de historia.

Wax asintió.

—Voy a lavarme y nos marchamos.

10



Marasi se sentía como mil veces mejor después de llegar a la comisaría del Cuarto Octante, ducharse y ponerse su uniforme preferido, de chaleco y chaqueta sobre una falda hasta las pantorrillas.

Como detective especial, en teoría no estaba obligada a llevar uniforme, pero solía ponérselo de todos modos. El uniforme era un símbolo. Significaba que representaba algo más importante que ella misma: al pueblo de la Cuenca y el bien común. El uniforme reconfortaba a quienes veían a Marasi, o al menos a quienes se alegraban de tener cerca a las fuerzas de la ley. Y si ponía sobre aviso a quienes tramaban algo, eso formaba parte de los motivos para tener leyes.

Al verla entrar, los alguaciles más jóvenes de la sala principal de comisaría dejaron sus informes, cesaron las conversaciones y volvieron los ojos hacia Marasi. Entonces llegó el aplauso.

Herrumbres, qué raro se le hacía siempre. Se suponía que los compañeros de trabajo no debían aplaudirla a una, ¿verdad? Más de un novato, en su mayoría mujeres, estaba mirándola con los ojos como platos. Marasi sabía que había inspirado directamente tanto a Wilhelmette como a Gemdwyn para entrar en el cuerpo el año anterior.

Saberlo le provocaba una sensación contradictoria. Por una parte, preferiría que los pasquines dejaran de publicar artículos sobre ella. Por otra, si estaba inspirando a más mujeres…

En todo caso, se alegró de llegar al fondo del edificio, dejando atrás los despachos de los alguaciles de mayor graduación. Hasta algunos de ellos le dieron la enhorabuena a viva voz. Marasi se detuvo a charlar con unos pocos y preguntarles por sus propias investigaciones. Aunque lo único que

quería era seguir con su trabajo, aquello también era importante. Nunca se sabía cuándo iba a necesitarse la experiencia de otro detective.

Además, era bueno tener amistades entre los compañeros de trabajo. Por fin.

Terminó llegando al despacho de Reddi. Justo estaba saliendo de allí el agente Gorglen, tan alto que la coronilla casi le rozaba con el techo. Gorglen la saludó con la cabeza antes de marcharse, y Marasi vio por la puerta abierta que Reddi estaba dentro de su espacioso despacho, mirando su escritorio con el ceño fruncido. Su bigote lánguido había encanecido un poco de un tiempo a esa parte, y Marasi sabía que el uniforme de comisario general le pesaba. En los últimos tiempos hacía más de político que de agente de la ley, y se pasaba la mitad del tiempo en reuniones con los dirigentes de la ciudad.

—Alguacil Colms —dijo el comisario, rascándose la barbilla—, ¿usted le encuentra algún sentido a esto?

Le enseñó un dibujo, que resultó ser un crudo boceto del agente Gorglen como una jirafa disfrazada con uniforme de alguacil. En la parte de abajo se leía: «Aprobado por unos tipos muy expertos».

—Hablaré con Wayne —le prometió Marasi.

Reddi suspiró y metió el papel en una carpeta muy grande que tenía en la esquina de su mesa, donde guardaba las quejas sobre Wayne. Era evidente que Reddi había renunciado a devolverla al archivador cada vez.

—Lo siento, señor —dijo Marasi.

—¿Que lo siente? —preguntó él—. Herrumbres, agente, ¿cómo que lo siente? ¿A cuánta gente han detenido hoy entre los dos? Y en todo caso, no se disculpe por él. Tengo la sensación de que, si no tuviera usted un ojo echado al agente Wayne, esta carpeta sería diez veces más gruesa.

Marasi sonrió.

—Sí que es verdad que saca lo mejor de sí mismo cuando se lo canaliza hacia… actividades productivas.

Reddi gruñó y cogió otra carpeta de la mesa.

—No se lo diga, pero la imitación que hace Wayne de mí es muy divertida. Aunque debo advertirle que esos dos hombres con bombín han venido a buscarlo otra vez.

—¿Sabe quiénes pueden ser? —preguntó ella.

—Parecen de alguna empresa de contabilidad, quizá del departamento de

cobros —dijo Reddi—. Es… muy posible que Wayne deba dinero a personas importantes esta vez, Marasi. La clase de personas a las que ni yo puedo disuadir.

—Lo resolveré —le aseguró ella con un suspiro. Por los Brazales de Armonía, esperaba que Wayne no hubiera robado nada valioso de verdad.

—Lo dejo en sus manos, entonces. —Reddi dio un golpe en el escritorio con los nudillos—. Tengo al gobernador agobiándome para que le entregue pruebas de que las ciudades exteriores están recibiendo armas de contrabando, y usted me las ha proporcionado. Gracias, Marasi, de verdad.

—Espero proporcionarle más que eso, señor —dijo ella—. Tengo un cuaderno de su líder, que contiene unos detalles sobre envíos muy curiosos. —Sacó la libreta y la abrió para enseñársela—. Tendremos que hacer copias y hacerlas circular por el departamento de investigación y el de criptografía, por si se me ha escapado algo, pero ya he leído algunas cosas bastante interesantes. —Señaló una lista que había en las primeras páginas—. Esto es una serie de experimentos que estaba supervisando el ciclo para determinar qué se podía enviar a Elendel sin que lo detuvieran los agentes de aranceles ni despertara sospechas en los inspectores.

—Un momento —dijo Reddi—. ¿Enviar *a* Elendel?

—Exacto —confirmó Marasi.

—No es ilegal hacer envíos a Elendel —dijo él—. Esa banda cometía delitos al *sacar* cosas de contrabando.

—Por eso me ha dejado tan intrigada —asintió ella—. Además, los envíos de la lista son todos muy cotidianos. Alimentos, madera… Pero anotaban cuáles se inspeccionaban, qué tamaños de paquete resultaban más sospechosos, esas cosas.

—Lo encuentro… un poco inquietante —dijo el comisario—. No tengo ni idea de lo que significa, y eso es lo que más me preocupa.

—Lo investigaré —prometió Marasi—. De momento, voy a llevar algunas otras páginas a los escribas para que las copien. Demuestran a las claras que los explosivos y las armas que hemos encontrado iban a enviarse de contrabando a Bilming. Ese envío sí que iba hacia fuera de la ciudad, igual que muchos otros antes. —Titubeó—. Acabo de tener una idea.

—Continúe.

—Necesitaré autorización para trabajar fuera de la ciudad un tiempo… y si es posible, tendríamos que ocultar esta noticia a la prensa durante unos

días. Eso significa evitar que los demás alguaciles hablen. Sé que será difícil, pero me ayudaría a encontrar a la gente a la que suministraba esta banda.

—¿Qué planea hacer?

—Según este cuadernillo, alguien de Bilming espera que le llegue un cargamento pronto. Armas, explosivos y… comida.

—Encaja con lo que hemos encontrado en la caverna —dijo Reddi, mirando los informes iniciales—. Había mucha comida.

Qué curioso. ¿Por qué querrían sacar conservas de contrabando a las ciudades exteriores? ¿Serían raciones militares o navales?

—Sea como sea —dijo Marasi—, el Grupo tiende a funcionar en silencio en momentos como este. No he visto ningún aparato de radio ahí abajo, aunque la caverna era demasiado profunda para que saliera ninguna señal, de todos modos. Por tanto, es muy probable que el enemigo no sepa que su equipo ha caído. Lo cual significa…

—Que podríamos enviar nosotros el cargamento —terminó por ella Reddi—. Y quizá capturar a quienes estén detrás de todo esto.

—O como mínimo, subir un eslabón más en la cadena.

—Pero esperarán que se lo entregue uno de los suyos. —Reddi se frotó el mentón—. No podríamos mantener la treta mucho tiempo.

—Bueno, señor —dijo Marasi—, tenemos en nuestro poder el cadáver del ciclo.

—Hay mucha gente que no cree que exista esa organización clandestina que persigue usted, Colms —respondió él—. Es consciente, ¿verdad?

—¿Y usted qué cree, señor?

—Que toda esa gente a la que interrogamos hace seis años desde luego tramaba algo —dijo Reddi—. Aún no estoy convencido del todo de que fuese algo más que un complot de las ciudades exteriores, y la idea de alguna clase de dios maligno no me acaba de encajar. Pero la verdad es que he aprendido a no apostar contra usted.

—Como mínimo —repuso Marasi—, tiene que reconocer que el tío de Waxillium estaba involucrado en algún tipo de estructura paramilitar.

—Sí —dijo Reddi—, y alguien lo asesinó en la cárcel, junto con sus seguidores. Si me dice que fue el Grupo, la creo. Pero quiero que tenga en cuenta que el gobernador y su gente quieren que nuestra prioridad oficial sean las ciudades exteriores y la amenaza que plantean a la supremacía de

Elendel, no una supuesta sociedad secreta que quizá esté manejando sus hilos.

—Entendido, señor —respondió ella—. Pero creo que mi plan cumpliría ambos objetivos. La mayoría de los detenidos de hoy son matones callejeros del montón, no verdaderos miembros del Grupo. Estoy convencida de que el único de ahí abajo que mantenía verdadero contacto con el Grupo era el hombre que tenía esta libreta. En ella hay instrucciones de guardar silencio radiofónico desde el interior de la ciudad, para evitar que los escuche nadie, en los días previos a una entrega. Así que nadie espera tener noticias suyas en Bilming. Creo que podemos sorprenderlos. Sobre todo teniendo ese cadáver.

—Un momento —dijo Reddi—. ¿De qué nos sirve un cadáver?

—Había pensado pedir a Armonía que nos preste a un kandra para que imite al difunto durante la operación. Wayne podría hacerse pasar por un lacayo genérico, hablando con acento de Bilming, para ayudarnos a afianzar el subterfugio.

—Ah. Hum. Bien.

Reddi se incomodaba cuando Marasi dejaba caer que se llevaba bien con Armonía, y en realidad hacerlo era un poco descarado por su parte, ya que nunca había hablado con él en persona. Conocía a la Muerte mucho mejor que a Dios.

Y además, a Reddi no le hacía ninguna gracia involucrarse con los kandra. Los Inmortales sin Rostro lo perturbaban desde el asunto de Sangradora. Seguramente habría preferido que Marasi llevara a cabo su plan sin contarle los detalles, pero… bueno, ella quería que todas las cartas estuvieran sobre la mesa.

El departamento merecía saber de dónde procedían sus resultados, porque no podría lograrlos sin la ayuda de cosas como la tecnología malwish que le prestaba Allik, o su acceso a los Inmortales sin Rostro. Al principio había confiado en que dejar claro todo eso haría que su reputación menguara a niveles más razonables. Se había equivocado. Pero aun así, tenía sus ventajas.

—¿Qué hay de mis sugerencias de reforma? —preguntó—. Las que se refieren a nuestra política en los barrios bajos y el entrenamiento adecuado de los agentes. ¿Cómo va todo eso?

—Los demás comisarios generales han aceptado los artículos —dijo él

—. Todos menos Jamms, pero creo que después de esto de hoy cambiará de opinión. Solo falta que el gobernador dé su visto bueno a las ideas. —Entornó los ojos—. Me gusta ese plan del cargamento. Envíeme una propuesta exhaustiva.

—Hecho, señor. Tendremos que actuar deprisa.

—Contará con el apoyo pleno del departamento —dijo Reddi—. El gobernador va a alegrarse tanto de los resultados de hoy que casi puedo garantizarle fondos adicionales si su operación los requiere. Esperaré a esa propuesta pero, entretanto, pondré a gente a reemplazar el material destruido por la explosión.

—Gracias, señor —dijo ella, y respiró hondo, satisfecha.

—¿Ocurre algo, agente? —preguntó el comisario.

—No, señor. Solo… valoraba el camino que he recorrido y el lugar al que me ha llevado.

—¡Valórelo en su tiempo libre, alguacil!

Marasi clavó la mirada en él, y Reddi respondió con una infrecuente sonrisa.

—Se supone que tengo que decir estas cosas —explicó—. Al gobernador le gusta que sea gruñón. Encaja mejor con sus expectativas, supongo. Ah, antes de que se me olvide. El agente Matieu dice que tiene usted una cosa concreta que quería enseñarme, ¿puede ser? Algo que no figura en el informe. ¿Era la libreta?

—Eso y otra cosa, señor —dijo ella, y sacó los clavos del bolso—. Quiero que haga llegar estos tres a los científicos de la universidad. —Entonces levantó el cuarto, el más fino—. Pero este voy a quedármelo de momento.

—Ruina… —susurró Reddi—. ¿Eso es… atium?

—No, pero sí casi igual de mítico. Creemos que es trellium, un metal de fuera del mundo.

El comisario la miró. Tampoco le gustaban mucho las conversaciones sobre otros mundos, y Marasi sospechaba que nunca había aceptado del todo las cosas que ella afirmaba sobre Trell.

—¿No es el material que usaron para volar la cárcel por los aires? —preguntó Reddi.

—No sé si termino de creerme esa historia —dijo Marasi—. No hay pruebas de que el tío de Wax llevara ni una pizca de esto encima.

—Aun así —repuso Reddi—, tenga cuidado con ese clavo. Con que sea la mitad de horrible que el ettmetal…

—Tendré cuidado —le aseguró ella—. Tengo pensado llevárselo a lord Ladrian para que lo estudie.

Reddi gruñó.

—Creía que estaba retirado.

—Depende —dijo Marasi, volviendo a guardarse el clavo de trellium en el bolso—. Tratándose de esto, puede considerar que trabaja en el caso.

—Bueno, nunca he llegado a retirarle sus privilegios de alguacil. —Reddi se secó la frente con un pañuelo—. Pero trate de evitar que… provoque ningún incidente. Cuando Ladrian se involucra, las cosas suelen ponerse… inquietantes.

—Haré lo que pueda, señor.

—No tiene escondido ningún otro pariente apocalíptico ni otra esposa con poderes místicos que no esté cuerda del todo, ¿verdad?

—Si aparece algo de eso, me ocuparé de que entregue un informe. Y procuraré que el enfrentamiento con ellos sea en el cuadrante de al lado, por motivos presupuestarios.

Reddi sonrió.

—Me alegro de que esté usted ahí fuera, Colms. No solo por mi carrera. Me gusta que haya alguien racional por ahí, para… ya sabe, para compensar tanta locura. Adelante. Resuelva sus misterios y hágame saber lo que necesita.

Marasi asintió y notó que la embargaba una profunda satisfacción mientras salía del despacho y regresaba por el pasillo. Había logrado mucho, tanto en la vida como en aquel caso en particular. Lo había conseguido: había llegado donde quería.

«¿Y esto es todo?». Apartó el molesto pensamiento y se apresuró hacia el economato, donde se sentó a zamparse un bocadillo. No le quedaba mucho tiempo antes de la reunión con Wax. Aun así, Marasi todavía iba por la mitad cuando la mujer de la limpieza llegó para llevarse su bandeja.

—Disculpe, pero aún me queda medio —dijo Marasi, alzando el bocadillo sin terminar.

—Gracias —dijo la mujer mientras arrebataba el bocadillo a Marasi para darle un mordisco—. Qué hambre tenía.

—Wayne —suspiró Marasi, fijándose mejor en su cara—. ¿Se puede

saber qué haces?

—Esconderme de esos cicateros.

—¿Los dos hombres con traje y bombín? —preguntó Marasi—. Han vuelto a incordiar al capitán Reddi preguntando por ti, Wayne. ¿A quién debes dinero esta vez?

—No es asunto tuyo —dijo él con la boca llena del bocadillo de Marasi.

Habría cabido esperar que tuviera un aspecto ridículo con el delantal y la cofia de una mujer de la limpieza, pero la verdad era que, con los pechos falsos, le quedaban bien. A Wayne nunca se lo podría acusar de no tener estilo vistiendo. Solo de no tener buen gusto.

—Yo creo que sí que es asunto mío —dijo Marasi.

—Pues no lo es —replicó Wayne—. Me ocuparé de que no molesten más al viejo Reddi. ¿Has contactado con Wax?

—Le he enviado una nota. Nos veremos a las tres.

—¿Y qué hacemos aquí perdiendo el tiempo con disfraces? —preguntó Wayne—. ¡Tenemos trabajo!

11



Wax aterrizó ante la puerta delantera de la mansión Ladrian, su hogar ancestral, y Steris se soltó de su cintura. Como siempre, se había aferrado a él con todas sus fuerzas mientras volaban, pero luciendo una sonrisa jubilosa en la cara todo el rato.

Subieron los peldaños y Wax retiró los cerrojos con unos empujones de acero ejecutados en una secuencia concreta, que hicieron que la puerta se abriera. Había juegos de llaves por si tenía que abrirla otra persona, pero ya hacía tiempo que la casa estaba casi desocupada del todo. El servicio se había mudado a la torre con Wax y Steris. En esos momentos había un solo inquilino, que vivía allí a temporadas.

Wax dio una voz:

—¡Somos nosotros, Allik!

Además de proporcionar un techo al malwish, la mansión se había transformado un poco a lo largo de los años. En el ático de la Torre Ahlstrom no había mucho espacio, así que la mansión albergaba los proyectos y las aficiones de Wax y Steris.

En el piso de arriba Steris tenía nada menos que tres habitaciones para sus libros de cuentas, sus cuadernos y sus catálogos, que le gustaba repasar en su tiempo libre. Las cosas que creía que iban a necesitar, últimamente encargadas por correo, podrían haber atestado una casa más pequeña. Sin embargo, al haberse beneficiado numerosas veces de los preparativos de su esposa, Wax no creía tener motivo para ponerle objeciones.

Steris fue al cuarto de baño para arreglarse el pelo, revuelto por haber volado, pero Wax se detuvo junto a la puerta, donde había un par de largos gabanes de los Áridos colgados de sendas perchas en la pared. Uno era blanco y el otro, el que antes llevaba él, tenía la mitad inferior cortada en

dos capas de gruesas tiras. Un gabán de bruma. Encima de cada prenda, un gancho clavado sostenía un sombrero de los Áridos. No era del todo un santuario. Sobre todo porque una de las personas representadas allí no estaba muerta, sino que había pasado a un tipo distinto de aventura. Aun así, Wax se quedó quieto un momento, se besó las yemas de los dedos y las apretó contra la madera bajo el sombrero de Lessie. Aquello tampoco era del todo un ritual. Era simplemente una cosa que Wax hacía.

Al momento, una cabeza enmascarada asomó sobre la barandilla en el primer piso.

—¡Ah, hola! —exclamó Allik.

Llevaba una máscara roja y brillante, con copos de pintura amarilla radiando desde el centro. Aquella máscara siempre lo hacía parecer ansioso, como si sudara luz solar por la cara. Entonces la levantó y su amplia sonrisa relució incluso más. Pese a su baja estatura, su figura delgada y una barbita un poco vergonzosa, Allik era toda una fuerza de la naturaleza. Por lo menos en lo relativo a la repostería.

—¡Tengo otra hornada casi hecha, oh, Hambriento!

—No empieces con eso otra vez, Allik —restalló Wax—. Y no he venido porque tenga hambre.

—Pero aun así comerás, ¿sí?

—Sí —reconoció Wax.

—¡Estupendo!

Volvió a bajarse la máscara y desapareció en sus habitaciones del primer piso, donde tenía el fogón encendido a todas horas. También había hecho instalar un horno, porque para los malwish nunca hacía demasiado calor. En los documentos oficiales era un «embajador asociado de buena voluntad» en la Cuenca, título que le habían otorgado dos años antes por estar dispuesto a residir de manera semipermanente en Elendel. Wax se había alegrado de ello. Hasta entonces, Allik no estaba engañando a nadie con sus constantes viajes «casuales» al norte para ver a Marasi.

Y además, sus pasteles eran… bueno, eran una maravilla.

Parecía que Marasi y Wayne llegaban tarde, así que Wax fue a preparar el té mientras Steris recogía «unos pocos» libros de cuentas de arriba. Regresó tambaleándose con unas dos docenas de ellos en equilibrio y luego se dejó caer en un sofá de la sala de estar. Wax le llevó una taza de té y fue a buscar de dónde salía un olor raro.

Acababa de encontrar medio pastel de carne rancio en el bolsillo de su gabán de bruma cuando llegó una perra trotando por la puerta principal. Era un animal gris y blanco, de pelo corto, que casi llegaba a la cintura de Wax.

—Hola —dijo con una voz femenina—. ¿Te has traído a Max?

—No —respondió Wax—. Quería hacer unos experimentos, y ya sabes cómo terminan a veces.

—¿Explotando? —aventuró la perra, MeLaan—. Pues vaya. Me he dejado puesto este cuerpo sin motivo.

—¿De verdad te gusta jugar a lanzar la pelota? —preguntó Wax mientras tiraba a la basura el pastel de carne mohoso—. Por lo que tengo entendido, a la mayoría de vosotros os repugnan los cuerpos no humanos.

—Sí, son degradantes —dijo MeLaan, sentándose sobre los cuartos traseros—. Solo que el cuerpo que llevas… influye en ti. Es difícil de explicar a un mortal. Imagínatelo como un atuendo. Si te pones toda arreglada con un vestido brillante, te apetece bailar y dar vueltas. Si llevas pantalones y un hacha al hombro, bueno, querrás destrozar algo. Yo solo me pongo cuerpos como este cuando hacen falta para alguna misión. Pero una vez lo llevas… —Se encogió de hombros, gesto que quedó rarísimo en el cuerpo de perra—. En fin, hoy no jugaré a lanzar la pelota. Mejor voy a cambiarme.

Se marchó hacia la habitación donde Wax le permitía almacenar sus otros cuerpos: huesos, pelo, uñas. La mayoría de los cuerpos no eran reales, por suerte. MeLaan prefería con mucho lo que los kandra llamaban Cuerpos Verdaderos, hechos de piedra, cristal o metal.

Wax había vuelto con Steris a la sala de estar y llevaba leída la mitad del periódico más reciente —un chico traía varios cada día a Allik— cuando oyó las ruidosas pisadas de Marasi y Wayne llegando al vestíbulo. Esos dos podían armar más escándalo que un tren de mercancías. Negó con la cabeza y dio un sorbo al té.

—¡Estamos aquí dentro! —gritó Steris, y Wayne irrumpió en la sala al momento—. Wayne, ¿algún día te acordarás de limpiarte las suelas antes de meter barro aquí? Esto no son los Áridos.

—Alégrate de que solo sea barro —respondió él—. Hoy hemos recorrido las entrañas de la tierra, Steris, y rebosaban de cosas que suelen estar en las entrañas.

—Una descripción perfectamente espantosa —dijo ella.

—Venga, no te quejes tanto —replicó él, y se puso a dar saltitos de un pie al otro—. Traemos noticias. ¡Traemos noticias!

Marasi entró a zancadas y sacó de su bolso algo largo y fino. Un clavo de factura delicada y punta de aguja. El metal, a grandes rasgos plateado, tenía manchas rojizas, más visibles cuando le daba la luz.

Wax dio un respingo.

—Tenéis uno. ¿Cómo?

—¿Te acuerdas de aquella pista que te conté de las alcantarillas? —preguntó Marasi—. Pues allí había un miembro del Grupo, mejorado con hemalurgia, al mando de una banda de rufianes.

—Por suerte —dijo Wayne—, el clavo ya no le servía de nada después de que Marasi haya acabado con él.

—Hablando con propiedad, aún le servía de algo —dijo ella—. Que es por lo que he tenido que quitárselo. Wax, llevaba cuatro punzones. ¿No se supone que eso permite que Armonía controle a una persona?

—En teoría, sí —respondió Wax.

Era justo el problema que habían tenido con Lessie. Aunque la cantidad variaba según la especie, el principio básico era el mismo: si te ponías demasiados clavos, Armonía podía controlarte. Era una trampa de la hemalurgia que se remontaba a los tiempos antiguos, cuando Ruina había controlado directamente a los inquisidores, como el propio Muerte.

Pero últimamente Marasi había empezado a encontrar a miembros del Grupo con demasiados poderes. Al principio Wax no se lo había creído, pero si los clavos lo confirmaban…

—Deben de haberse saltado esa limitación de algún modo —añadió Wax, estudiando el clavo de trellium—. A lo mejor tiene algo que ver con la posición de este clavo, a modo de chaveta.

—Wax —dijo Marasi—, esta banda estaba empaquetando suministros para Bilming. Armas y raciones de campaña.

Wax cruzó la mirada con Steris. Herrumbres, al parecer las ciudades exteriores pensaban que la guerra era inevitable. Y tal y como había salido la votación de ese día, era muy posible que tuvieran razón.

Aun así, tener otro clavo de trellium después de tantos años… Le recordaba a lo que le había pasado a Lessie, pero se obligó a sostenerlo de todos modos. Aquel punzón no procedía de su cuerpo. No sabían si los extraños clavos de trellium que llevaba Lessie habían tenido algo que ver

con su locura. Todos los kandra decían que no era culpa de los clavos, pero algo la había vuelto en contra de Armonía y la había enviado por un camino paranoico. Algo había transformado a la mujer que amaba en Sangradora. Wax se negaba a aceptar que Lessie tuviera pleno control sobre sí misma.

Ese viejo dolor estaba ya bien muerto y enterrado, así que Wax fue capaz de inspeccionar el clavo. Se suponía que aquel metal era una manifestación del cuerpo de un dios, igual que el armonium, también llamado ettmetal. ¿Qué podría descubrir a partir de aquella nueva muestra?

La puerta se abrió y apareció MeLaan vestida con unos modernos pantalones azules y camisa abotonada. En los últimos tiempos solía adoptar un aspecto más andrógino, con el pelo rubio muy corto y apenas un atisbo de pechos. Para sus amigos, a menudo mantenía unos rasgos más o menos similares. Por ejemplo, aquella cara era la misma suya de siempre, solo que más delgada, menos abiertamente femenina.

Como de costumbre, había escogido un cuerpo alto y ágil. Aquel medía por lo menos metro noventa. Estaba secándose el pelo con una toalla: le gustaba lavárselo después de ponerse un cuerpo nuevo, para dejarlo mejor arreglado y cerciorarse de que había acertado con el grano.

—¡Anda! —exclamó al ver la púa que sostenía Wax—. ¿Eso es lo que creo que es?

—Ajá —dijo Wayne—. Marasi ha convertido a un tipo en hamburguesa para conseguirlo.

—Qué bien —respondió MeLaan.

—No he convertido a nadie en hamburguesa —intervino Marasi.

—Le gusta más el hígado —replicó Wayne, ganándose una mirada furiosa.

—Hablando de carne —dijo Wax—, ¿dejaste un pastel en el bolsillo de mi gabán de bruma?

—Esto… —farfulló Wayne—. Fue por… hum…

—Espero que sepas que habrá que llevarlo a la lavandería —dijo Wax—. Y que la pagarás tú.

—Eh, eh —saltó Wayne—. No tienes pruebas de que haya sido yo.

Wax lo miró inexpresivo.

—No puedes condenarme por una corazonada —protestó Wayne, cruzándose de brazos—. Conozco mis derechos. Marasi se pasa el día

recitándoselos a la gente cuando terminamos de apalearlos. Tengo derecho a ser juzgado por mis iguales, que lo sepas.

—Sí —terció Steris—, pero ¿de dónde vamos a sacar tantas babosas sin previo aviso?

Wayne se volvió de golpe hacia ella y entonces, tras solo una breve pausa, le sonrió de oreja a oreja. Se llevaban mejor que antes, de lo cual Wax se alegraba. De momento, siguió estudiando el clavo. ¿Qué propiedades tendría? ¿Podría fundirse? ¿Podría…?

Se interrumpió y echó mano al bolsillo trasero. Allí, casi olvidado, estaba el sobre que había encontrado en su escritorio. Lo abrió de nuevo y sacó el pendiente de hierro, un accesorio tradicional en la religión caminante, además de un medio para comulgar con Armonía. Perforarte el cuerpo con metal era una forma de conectar con Dios y concederle cierta medida de influencia sobre ti.

Leyó otra vez la nota: «Tendrás que hacerte otro como este, cuando llegue el metal adecuado».

Herrumbres. A Wax no le entraba en la cabeza por qué querría Armonía decirle que se hiciera un segundo pendiente, cabía suponer que a partir del metal de Trell, nada menos.

En el sobre no había explicación alguna, por supuesto. Armonía conocía demasiado bien a Wax. Era más probable que se interesara por un misterio que por una explicación.

Maldito fuese.

Wax volvió a guardarse el sobre.

—Buen trabajo —dijo a Marasi—. Muy buen trabajo.

—Gracias —respondió ella—. Con un poco de suerte, capturaremos a más miembros del Grupo pronto. Estoy planeando una redada.

Marasi se volvió hacia MeLaan, que estaba apoyada contra la pared con los brazos cruzados. Para ser alguien que se dedicaba al subterfugio, imitando a otros y cumpliendo las misiones que le encomendaba el mismísimo Dios, la verdad era que le gustaba destacar. Ese día se había dejado las mejillas un poco transparentes para que se viera su esqueleto de esmeralda.

—Me vendría bien que nos ayudaras, MeLaan —dijo Marasi—. Tengo un cadáver que debería levantarse y andar el tiempo suficiente para engañar al Grupo.

MeLaan hizo una mueca.

—Me encantaría, pero es que… me ha salido una cosilla que…

—Nos adaptamos a lo que tengas que hacer —dijo Marasi.

—Igual es un poco difícil —respondió MeLaan—, porque es así como en otro planeta.

—¿En otro *planeta*? —se sorprendió Marasi.

—Bueno, puede que entre planetas —dijo MeLaan—. No estoy muy segura. Armonía quiere que unos cuantos de nosotros salgamos y empecemos a explorar, para saber más sobre el Cosmere. Se ha hecho más que evidente que el Cosmere sabe sobre nosotros —añadió, con un gesto de cabeza hacia el clavo que Wax sostenía con dos dedos.

—¿Cómo es? —preguntó Marasi a MeLaan con cierto… anhelo en los ojos—. Viajar ahí fuera. ¿Cómo… puede hacerse siquiera?

—Es complicado —respondió la kandra—. Tanto llegar al otro lado, que es una inversión del mundo real, como recorrerlo. Me temo que tengo que partir pronto, pero descubrir qué pasa con el Grupo es prioritario para Armonía. Le pediré que os envíe a otro de nosotros para ayudar en tu misión, Marasi.

Wax miró a Wayne. ¿MeLaan se marchaba, y pronto? Tendría que acorralar a su amigo y preguntarle cómo le sentaba eso.

Pero en ese momento Allik llegó por la puerta con una bandeja cargada de pastas humeantes.

—¡Ajá! —exclamó, con la máscara levantada para lucir su sonrisa—. Estáis todos. ¿Quién quiere unos hojaldres de canela y chocolate caliente para mojarlos? Salta a la vista que tenéis previsto salvar el mundo otra vez, con tanta cara preocupada. Hacerlo requiere chocolate en cantidad, ¿sí?

Wax sonrió, contento de ver Allik tan entusiasmado. Se había recuperado de la tragedia de perder a muchos amigos a manos del Grupo hacía años, torturados en busca de información sobre las aeronaves. «La gente es elástica —pensó Wax—. Podemos cambiar de forma una y otra vez. Y si luego no somos del todo lo mismo de antes, en fin, eso es bueno. Significa que somos capaces de madurar».

Allik entregó a Marasi una taza de chocolate caliente, tan grande que casi daba risa, y le guiñó el ojo. Ella le cogió la mano y sonrió mientras le daba un apretón. Después de cuatro años tonteando y dos saliendo de forma más oficial, aquellos dos a veces se comportaban como críos. Wax sabía más al

respecto de lo que en realidad le interesaba, porque Steris acostumbraba a tomar notas y después preguntarle si ella debería actuar del mismo modo ridículo.

—Hay otra cosa, Wax —dijo Marasi—. El ciclo al que he matado hoy llevaba un cuaderno. ¿Qué opinas de esta página?

Le entregó el cuaderno y Wax se reclinó para leer las entradas con fecha que contenía mientras Steris miraba por encima de su hombro.

—Parecen… —dijo—. ¿Registros de envíos a Elendel? «Caja de un metro de lado, con sellos de alimentación, inspeccionada cuatro de cada seis veces. Cajón más grande con etiquetas de advertencia, inspeccionado y puesto en cuarentena. Contenedor de dos metros de lado, detenido todas las veces».

Steris frunció el ceño.

—Parece que llevan la cuenta de qué se inspecciona y qué no cuando lo envían a la ciudad.

—Lo cual es raro, ¿verdad? —dijo Marasi—. Hacer envíos a Elendel no es difícil. Son las exportaciones las que pagan tasas por usar nuestras estaciones ferroviarias. Ese es justo el problema, que las ciudades exteriores están hartas de pagarnos por enviarse mercancías entre ellas.

—Exacto —convino Wax—. ¿Por qué interesa tanto al Grupo saber lo que puede meter en la ciudad?

—Quizá pretendan suministrar a una fuerza rebelde en Elendel —propuso Steris.

—Pero el objetivo de su operación de contrabando —dijo Marasi— es *sacar* armas de la ciudad. Armar a gente dentro de Elendel no debería suponerles ningún problema.

Se quedaron callados, pensando. Wax lanzó una mirada a Steris, que negó con la cabeza. No se le ocurría nada de momento. Al cabo de un tiempo, devolvió el cuaderno a Marasi. Mientras Allik seguía repartiendo hojaldres, Wax fue con Wayne, que había rechazado una taza de chocolate en un gesto muy poco propio de él. Allik se la dio a Wax.

—Escucha —dijo Wax a Wayne—, ¿cuánta salud tienes acumulada? Podría necesitar que me ayudes hoy con unos experimentos.

—Lo siento, socio —respondió él—, pero tengo una cita.

—No vas a meterte en líos, ¿verdad?

—Al contrario —afirmó Wayne, y miró su reloj de bolsillo. Que en

realidad pertenecía a Wax—. De hecho, tendría que ir tirando. No quiero que me disparen por llegar tarde.

—¿Hablamos un momento, Wayne? —dijo MeLaan.

—De verdad que tengo… —empezó a responder él.

—Es importante. Muy importante.

Wayne pareció abatirse y entonces asintió, con los ojos tristes. Wax le dio un apretón en el hombro, como para trasladarle un poco de fuerza. Aquello tenía que pasar tarde o temprano. MeLaan era una nómada.

Wayne y MeLaan se marcharon y Wax intentó concentrarse en el maravilloso regalo que le había llevado Marasi. Un clavo entero de trellium.

—Necesitaré mis anteojos de seguridad —proclamó.

12



A veces Wayne fingía que era un héroe. Alguna herrumbrosa figura antigua salida de las leyendas, que emprendía alguna misión absurda como matar a un monstruo o viajar a los dominios de la Muerte.

En los últimos tiempos se le hacía difícil ponerse ese sombrero. Sobre todo cuando la verdad lo miraba a la cara cada vez que se ponía delante de un espejo. Se había labrado toda una carrera a base de fingir. La gente pensaba que era un talento, sin más. Nunca le preguntaban de qué estaba escondiéndose.

Ese día, habría dado casi cualquier cosa por ser otra persona. MeLaan, con aquel cuerpo tan atractivo que llevaba —aunque todos eran atractivos, la verdad— lo llevó por el recibidor hacia una salita de estar más pequeña y privada al otro lado. Al pasar, Wayne intentó agarrar su sombrero de la suerte, colgado en la pared fuera de la salita. Pero falló.

MeLaan lo sentó en una gran butaca tapizada que hizo que se sintiera como un niño. Tampoco ayudaba a menguar la sensación que MeLaan fuera tan alta como Wax, en aquel cuerpo. Cogió la mano de Wayne, se agachó y lo miró a los ojos.

—Lo siento, Wayne —dijo con suavidad—. Tengo que abandonarte. Hoy mismo. Se acabó. Intenté prepararte para esto… pero supongo que prolongarlo ha sido más doloroso, ¿verdad?

—No sé —respondió él—. Nunca me habían partido el corazón, así que no tengo experiencia en estos asuntos.

Ella hizo una mueca.

—Wayne…

—Perdona —dijo él—. Tienes que hacer tus cosas, ya lo sé. Nadie sale con una agente inmortal del mismo Dios sin sospechar que algún día

acabará por debajo del tipo brillante. —Wayne frunció el ceño—. Porque brilla, ¿verdad?

—Creía… —MeLaan le apretó la mano—. Creía que contigo habría menos apego.

—¿Cómo se te pudo ocurrir algo así? —preguntó él—. Soy tan apegado que acabo teniendo todo tipo de cosas que no me pertenecen.

MeLaan crispó el gesto.

—Entonces… ¿para ti no han sido nada? —preguntó Wayne—. ¿Estos seis años?

—No es que no hayan sido nada —dijo ella—. Pero… no lo que han sido para ti. Sé que debería habérmelo esperado. TenSoon me lo advirtió, Ulaam me lo advirtió. Los mortales percibís el tiempo de otra manera. Estaba avisada. Lo siento, Wayne.

—No te disculpes por algo que no sientes, MeLaan —dijo Wayne—. No es culpa tuya.

«Es mía».

—Esta misión… la solicité yo —reconoció MeLaan—. Porque comprendí que estaba dándote esperanzas y sabía que, cuanto más tiempo pasara, más daño te haría la ruptura. Por eso no puedo quedarme a ayudar. Tengo que irme ya. Antes de que me falte el valor.

—¿Y eso… sería tan horrible?

—Sí —dijo ella—, porque sería mentira, Wayne. Estaría quedándome para que no sufras, no porque de verdad quisiera quedarme.

Wayne no debería querer que se quedara en esas circunstancias. Pero era lo que quería. Maldición, sí que quería.

Aun así, se mordió la lengua. A veces tocaba quedarse plantado y encajar un disparo.

—De verdad es una misión emocionante —dijo MeLaan—. Recorreré un neblinoso terreno desconocido, la oscura enormidad de lo que Armonía llama «Shadesmar». Seré la primera kandra que esté allí a largo plazo, en misión oficial. Exploraré el Cosmere, Wayne. Iré a ver todo lo que existe, unos mundos que apenas alcanzamos a imaginar. Ayudaré a quienes lo necesitan, no a personas sueltas, sino a *pueblos* enteros.

Wayne asintió, embotado.

MeLaan se levantó y se agachó para besarlo. Wayne quiso apartar la cara, pero… bueno, terminaría arrepintiéndose de haberlo hecho. Fue un último y

largo beso, como solo podía darlo alguien con una lengua que no estaba restringida por las limitaciones fisiológicas habituales.

—Pero sí que quería decirte una cosa importante —susurró MeLaan después del beso—. Una cosa significativa.

—¿Sí?

—Has sido —dijo ella, apretándole la mano por última vez— un amante buenísimo, Wayne.

—¿De verdad?

—De verdad. Siendo sincera, eres el mejor que he conocido.

—¿Tienes setecientos años… y yo he sido el mejor? —preguntó él.

MeLaan asintió.

Vaya, aquello no era moco de pavo. No era moco de pavo en absoluto.

—Gracias —dijo—. Has sido muy amable al decírmelo. Sí que… ayuda.

—Ya me parecía —respondió ella—. Adiós, Wayne.

Le soltó la mano y se marchó. Conociéndola, más adelante enviaría a alguien para que empaquetara sus otros cuerpos. Ese día se había puesto el de esmeralda porque era uno de los que más le gustaba llevar. Lo más seguro era que, para la misión, se llevara ese y el de aluminio y dejara los demás.

Wayne se quedó mucho tiempo mirando la puerta. No llevaba sombrero, así que no le quedaba más remedio que ser él mismo. Su verdadero yo, el que conocía su dolor. Habían cabalgado juntos por muchos senderos polvorientos. Aquel dolor había sido su amigo invisible desde la infancia.

El dolor de saber lo que era en realidad.

El dolor de ser despreciable.

13



Wax abrió el paso hacia el sótano y oyó las pisadas de Steris y Marasi en los peldaños a su espalda. Si las plantas superiores de la mansión estaban dedicadas a las aficiones de Steris y a las diversas necesidades de los amigos de ambos, el sótano pertenecía a Wax. Y le había hecho algunas reformas.

En realidad había empezado a interesarse por la metalurgia en los Áridos, cuyos pueblos mineros solían tener equipo para comprobar la pureza de los minerales y esas cosas. Se había sorprendido al comprobar lo útil que resultó ser esa afición. Por ejemplo, muy pocos criminales sabían que se podía rastrear a sus proveedores por la composición de los casquillos que dejaban.

Ya en Elendel, la curiosidad de Wax se había multiplicado por diez. Tenía un sótano lleno de muestras de metal, ácidos y disolventes, hornillos, microscopios, y hasta una sala con una fragua y un yunque. Le recordaban a las cosas que le gustaban de los Áridos. A Lessie riendo cuando Wax hacía algún avance. A tardes enteras plegando metal como si fuese algún guerrero de la antigüedad forjando una daga para matar a un dios, y no un novato intentando crear un cuchillo de mesa.

Últimamente estaba fascinado por la electrolisis y la deposición, y su nuevo espectrómetro eléctrico era una verdadera maravilla. Junto con las gráficas que representaban los colores espectroscópicos de los distintos elementos, le permitía identificar casi cualquier material. ¿Cómo reaccionaría el trellium al espectrómetro? ¿Y a sus ácidos, y a sus imanes?

Esas preguntas lo vigorizaban. Había perdido ese tipo de entusiasmo durante la mediana edad. Era demasiado puro. Wax no había sido capaz de

emocionarse por algo tan simple y enriquecedor en una época en la que su vida se desmoronaba.

Se ciñó los anteojos. Steris se puso unos también antes de sacar su tablilla sujetapapeles y pasarle un mandil, que Wax aceptó porque llevaba uno de sus mejores chalecos, aunque se había dejado el pañuelo en alguna parte. El mandil de la propia Steris era más envolvente y grueso, casi como una chaleco antibalas. Hacía poco que Wax había logrado convencerla de que no era necesario ponerse dos anteojos uno encima del otro: podía encargar que le hicieran unos extragruesos.

Se acercaron a una mesa y Wax fijó el clavo en una abrazadera para que no se moviera.

Marasi se detuvo al pie de la escalera, ante la puerta abierta, y sonrió.

—Pero qué adorables sois los dos —dijo.

Wax cruzó la mirada con Steris.

—Creo que no me llamaban adorable desde que tenía la edad de Max.

—Tendría que hacerse mirar la vista —dijo Steris a Wax, y miró a Marasi—. Querida, tengo anteojos con lentes correctoras, ordenados en los cajones de tu derecha.

—No me hacen falta —respondió Marasi mientras entraba.

Steris chasqueó la lengua y señaló el letrero que había sobre el vano de la puerta. ANTEOJOS OBLIGATORIOS. Tenía un asterisco y una nota debajo, garabateada con lápiz de cera, que rezaba: «Menos Wayne».

—Es una buena norma —dijo Wax—. Ya sabes que siempre nos pasan cosas.

—¿Cosas? —preguntó Marasi mientras elegía unos anteojos—. ¿Te refieres a explosiones?

—No solo explosiones —matizó Steris—. Vertidos de ácido. Incendios. Descargas involuntarias de armamento. Aunque supongo que eso se consideraría un subconjunto de las explosiones. ¿Qué tal de dureza?

—Es duro —dijo Wax mientras probaba varias sustancias contra el clavo—. El diamante lo raya, pero apenas deja marca en el corindón. Échale un nueve y pico.

—Anotado —confirmó ella.

—Y es quebradizo —afirmó Wax mientras cincelaba con cuidado—. No se parece en nada al armonium, que es casi tan maleable como el oro. ¿Enciendes un hornillo, por favor?

Steris aplicó una llama a una boquilla de gas. Wax separó un trocito de trellium, lo acercó dentro de un cuenco hecho de aleación de tungsteno, lo situó bajo el fuego y observó con atención. El trocito de metal se puso enseguida al rojo blanco, pero no licuó.

—El punto de fusión es extremadamente alto —dijo—. Por encima de los mil trescientos grados.

—Parecido al del armonium —repuso Steris—. ¿Quieres probar el fundidor eléctrico?

Wax asintió. El fundidor hacía pasar una poderosa corriente eléctrica por el metal para calentarlo más de lo que podía lograr un hornillo. Había tenido algo de suerte con el armonium empleando ese proceso. Por desgracia, aunque el trocito de trellium volvió a ponerse al rojo blanco, se negaba incluso a combarse o estirarse.

—Herrumbres —susurró Wax, con la mirada fija en el brillante metal a través de unos anteojos tintados—. Sí que es duro, sí.

¿Cómo iba a hacerse un pendiente con él? ¿Y de verdad se lo estaba planteando? Al pensarlo, cayó en la cuenta de que no sabía si el sobre procedía de Armonía. Podría haberlo dejado cualquiera en su escritorio. Tendría que hablar con Armonía antes de hacer ninguna estupidez.

—Según TenSoon, los metales son el cuerpo de divinidades —dijo Steris—. Los llamados metales divinos fueron los que engendraron las brumas en la era antevergel.

—¿Y por qué no ardieron los pulmones de todo el mundo? —objetó Wax—. Si puedo calentar esto a más de mil seiscientos grados sin que licue, imagínate a qué temperatura debía de estar en forma de vapor.

—A lo mejor estos metales no cambian de estado según la temperatura —propuso Steris—, sino dependiendo de otros factores.

Wax asintió, pensativo. Marasi se acercó a la mesa y se inclinó hacia el clavo.

—Está lleno de poder —dijo—. Es un punzón hemalúrgico, así que está…

—Los kandra lo llaman «Investido» —dijo Wax—. Este clavo se ha apoderado de parte del alma de una persona, por medio de la hemalurgia, y la acumula en su interior. Es como una especie de… batería para la energía vital.

Marasi se estremeció.

—Entonces, ¿sería un poco como un cadáver?

—Un arma homicida, como mínimo —asintió Steris mientras apagaba el fundidor.

—Wax —dijo Marasi, aunque parecía reacia a hablar—, cuando estaba sacando ese clavo del ciclo, ha empezado a despotricar. Como hizo Miles antes de morir.

Wax alzó la mirada de su experimento.

—¿Qué ha dicho?

—Ha mencionado a los hombres de dorado y rojo —respondió Marasi—, como Miles. Y luego… se ha puesto hablar de que volverán las lluvias de ceniza, como en el Catacendro. De que regresarán los días de oscuridad y ceniza.

—Imposible —dijo Wax—. El terreno ya no lo permite. Los montes de ceniza o bien ya no existen, o bien están inactivos. No se da la actividad tectónica que provocaría otra lluvia de ceniza.

—¿Estás seguro? —preguntó Marasi.

Wax titubeó un momento antes de negar con la cabeza.

—Cuando Armonía me mostró la influencia de Trell envolviendo nuestro planeta, hasta él parecía confundido. Nuestro mundo, y nuestro dios, a grandes rasgos tienen tres siglos y medio de edad. Hay cosas ahí fuera que son muchísimo más antiguas. Muchísimo más astutas.

El laboratorio quedó en silencio, salvo por el zumbido de la máquina a corriente eléctrica, que entonces Wax apagó.

—Pues tendremos que ponernos al día —dijo Steris, y dio un golpecito con el lápiz en su tablilla—. ¿Qué viene ahora?

Ella sí que estaba adorable con aquellos anteojos enormes y su chaleco de protección militar encima del vestido de andar por casa. Wax reparó en que su pañuelo asomaba del bolsillo del vestido.

—Espectroscopía —respondió Wax a su pregunta—. Vamos a quemar unas láminas.

—Espera, espera —dijo Marasi—. Si no has podido fundirlo, ¿cómo vas a quemarlo?

Wax limó el clavo en su abrazadera y las raspaduras cayeron a una gruesa cartulina.

—La mayoría de los metales arden, Marasi, si los cortas lo bastante

pequeños y les aplicas el suficiente oxígeno. Lo logramos con el armonium, aunque tampoco pudimos fundirlo del todo.

—Qué raro, ¿no? —dijo ella.

—Sí que lo es —admitió Wax—. Pero como decíamos, estamos hablando del cuerpo de dioses.

Preparó el espectroscopio y logró quemar unas limaduras, usando el tubo de oxígeno, para obtener sus lecturas. Luego calentó de nuevo un trozo para que emitiera ondas de luz y tomó lecturas también. La máquina hacía que una pluma se moviera sobre un papel, como un sismógrafo, solo que allí los picos y los valles representaban frecuencias lumínicas. Aquellos patrones de luz se correspondían con los distintos elementos.

En aquel caso, Wax se sorprendió al obtener una línea recta, un espectro completo. Aunque al final del espectro, en la zona del rojo, la máquina intentó enviar la línea por encima del máximo. Lo cual no debería ser posible, aunque Wax ya lo hubiera visto en otra ocasión.

Desatornilló la horquilla que mantenía el brazo fijo sobre el papel y volvió a poner en marcha la máquina. De nuevo, obtuvo un espectro completo al máximo… hasta llegar al rojo, cuando la horquilla se soltó y el brazo salió del papel con una sacudida.

Wax dejó de contener el aliento.

—Esto parece demostrar que es un metal divino.

—En efecto —asintió Steris, tomando notas en la penumbra.

—Que alguien le cuente a la poli paleta lo que está pasando —pidió Marasi—. ¿Por qué demuestra nada?

—Es complicado —dijo Wax—. Cada elemento tiene como una especie de marca distintiva en las longitudes de onda que libera al calentarse. Lo que estamos haciendo viene a ser una forma de identificar elementos y compuestos. Igual que las huellas dactilares para saber quién es una persona.

—Y este metal —añadió Steris—, por algún motivo, proyecta un espectro completo, como si estuviera hecho de pura luz blanca. Pero además le pasa algo raro en el rojo, como si ahí tuviera una luz que supera lo que la máquina puede calcular o leer.

—Solo había visto algo parecido una vez —dijo Wax.

—¿Con el armonium? —adivinó Marasi.

—Sí. —Wax dio unos golpecitos en la mesa y meneó la cabeza—. Estos

metales tienen demasiadas cosas que parecen incumplir las leyes de la física. Tengo la sensación de estar experimentando con algo que se sale peligrosamente de nuestra comprensión.

—¿Pasamos a la caja segura? —propuso Steris.

—Será lo mejor —dijo Wax—. Sobre todo porque el siguiente paso es meter unas cuantas limaduras en ácidos.

La «caja segura» era como Steris llamaba al pequeño contenedor reforzado que habían construido empotrado en la pared del fondo. Era un cubo de un metro de lado hecho de aluminio y acero, con una voluminosa puerta frontal muy parecida a la de una caja fuerte. En la parte superior de esa puerta frontal había una pequeña lámina de cristal muy grueso para poder ver el interior. Aquel artilugio podía contener sin problemas la detonación de una granada, y ya había soportado una explosión de ettmetal al entrar en contacto con agua.

El armonium, es decir, el ettmetal era muy inestable. Había que guardarlo en aceite, ya que solía reaccionar incluso con el aire. Dado que no sabían cómo respondería el trellium a los ácidos, Wax dispuso todo el experimento dentro de la caja y luego cerró los pasadores. Desde fuera podía manipular unos finos brazos que funcionaban con engranajes para dejar caer una pizca de trellium en cada uno de los diez matraces de ácido y en otros dos que contenían disoluciones básicas.

Los ácidos no afectaban al armonium, pero quizá sí afectaran a aquel metal. A Wax le servía cualquier cosa que le proporcionara unos cimientos más firmes, que lo ayudara a entender. Mientras trabajaba, Marasi fue hacia la pared donde Steris y él habían clavado a un tablón de corcho sus ideas, experimentos y reflexiones sobre el armonium. Herrumbres… los papeles más viejos tenían ya cinco años de antigüedad. Wax se deprimió al pensar en lo poco que habían progresado.

—Esto es… —dijo Marasi, leyendo las notas—. Creo que nunca me había parado a leerlo. Pretendéis dividirlo. —Se volvió de golpe hacia él—. ¿Habéis estado intentando dividir el armonium en sus metales de base? ¡Queréis crear atium!

Wax miró de nuevo por la ventanilla de la caja y siguió soltando limaduras al ácido.

—Y no solo atium… —prosiguió Marasi—. ¿También lerasium? Ese es el metal que… ¡que creaba nacidos de la bruma! Lo explican los registros

que dejó Armonía. La alomancia llegó al mundo porque el lord Legislador dio lerasium a algunos seguidores suyos, que cambiaron al quemarlo. Esos primeros nacidos de la bruma míticos… tenían un poder increíble. Estáis intentando volver a hacerlo.

—No —replicó Wax—. Intento comprobar si *puede* volver a hacerse.

—En todos estos años —dijo Marasi— nunca me has dicho para qué necesitabas más y más ettmetal. ¡Pensaba que querías descubrir cómo fabricar aeronaves, igual que todos los demás!

—Casi no hemos hecho ningún progreso —reconoció Wax mientras terminaba de trabajar con los ácidos y daba la espalda a la caja segura—. Pero Marasi, ¿no lo entiendes? El Grupo está decidido a devolver los antiguos poderes a la gente, y para eso recurrirá a la eugenesia, a la hemalurgia, a lo que sea. Por tanto, si es posible crear lerasium de nuevo, tenemos que estar al tanto.

—Aun así, podrías habérmelo contado —dijo ella.

—Antes quería tener algo en firme que enseñarte.

Wax fue hacia ella y pasó al lado de Steris, que estaba trasteando con el punzón de trellium. Al llegar junto a Marasi, miró de nuevo la pared llena de ideas. Recordó lo emocionantes que habían sido sus primeros experimentos con el armonium.

Obtener un poco de trellium con el que jugar había vuelto a despertar ese entusiasmo. Pero allí, mirando aquel enorme tablón de corcho, recordó también el resto del proceso. La lenta pero creciente comprensión de que aquel acertijo concreto no iba a resolverlo. Había trabajado en los suficientes casos desesperados para saberlo cuando uno empezaba a enfriarse.

Wax era un aficionado, no un experto. Había compartido sus anotaciones con la gente de la universidad, que se las habían agradecido, pero saltaba a la vista que ya habían hecho esas mismas observaciones. Si alguien hacía un gran avance con el ettmetal, serían aquellos científicos tan entregados que trabajaban para que Elendel construyera sus propias aeronaves, granadas alománticas y medallones feruquímicos.

Wax supuso que tendría que entregarles también el clavo de trellium. Se divertiría en casa unos días, pero aquello era demasiado importante para que no estuviera en manos de verdaderos expertos.

—¿Waxillium? —llamó Steris a su espalda—. Esto tienes que verlo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, volviéndose.

—El clavo de trellium —dijo ella— está reaccionando al armonium.

14



Wayne se metió en el callejón justo a tiempo. Los hombres con bombín pasaron por delante un momento después. Wayne se quedó allí agachado, con el corazón atronando en el pecho, y contó hasta cien antes de permitirse empezar a relajarse. Había faltado poco.

Ya se había recuperado más o menos de la conversación con MeLaan. De hecho, pensaba que la había llevado bastante bien. No se había roto nada, no se había roto *nadie* exceptuándolo a él, y solo había necesitado tres chupitos de whisky para empezar a funcionar después. Además, había comprendido lo que iba a ser aquel día.

Era un herrumbroso funeral.

Por lo que a él respectaba, las misiones podían irse todas a tomar viento. Wayne tenía funeral ese día y no había más que hablar. Se había puesto la chaqueta buena y un sombrero a juego, bien bonito y pulcro. Hasta llevaba una flor en la solapa, una flor por la que incluso había pagado. Con dinero de verdad. Si se era elegante, se era elegante.

Se incorporó de nuevo a la procesión en la calle principal. Sí, todo el mundo parecía saber que era día de funeral, desde luego. Iban con la cabeza gacha en vez de mirar hacia el sol. Aquello estaba lleno de rostros apagados, como si ellos fuesen los muertos pero aún estuvieran de pie y moviéndose porque… bueno, porque en la ciudad siempre había un trabajo que hacer.

¿Los muertos pensarían que los funerales eran celebraciones? ¿Fiestas de bienvenida? ¿Cumpleaños a la inversa?

Wayne agachó también la cabeza, imitando a la multitud que recorría la acera. Cuánta gente había en aquella ciudad. Inundaban las calles en esa parte del octante, el distrito financiero, todos ataviados con sus mejores

galas mortuorias. Debería ser fácil que cualquiera encajara allí, ya que se veía a todo tipo de persona posible. Pero por algún motivo, el distrito financiero amontonaba a la gente en una pelota homogénea de pañuelos y tacones altos muy parecidos entre sí. Uno casi ni se fijaba en que algunos viandantes eran terrisanos y otros tenían sangre koloss.

Era difícil no reparar en aquella herrumbrosa aeronave que dominaba el cielo, pero bajar la cabeza ayudaba. Quizá el funeral que estaban celebrando fuese el de la misma Elendel. O al menos, el de su ingenuidad.

La Espuela Borracha estaba en la avenida Feder, haciendo esquina con la calle Setenta y tres. No había forma de saltársela, con aquel letrero de madera colgado fuera y los maniquíes vestidos al estilo de los Áridos tras el ventanal. La mayoría de los restaurantes más exclusivos no tenían maniquíes, pero aquel sitio era especial. Un poco igual que un niño que comiera barro era especial. Pero a Jaxy le gustaba, así que había que acomodarse. Y Wayne era una persona acomodaticia, desde luego que sí.

Entró en la Espuela e intentó no encogerse demasiado al ver la vestimenta del personal. Sombreros de los Áridos. Camisas de color rojo chillón. ¿Chaparreras? Ay, Ruina. Iban a darle arcadas. Por lo menos, el encargado de recibir a la clientela llevaba traje tras su mostrador.

—¿Su sombrero, señor? —dijo el hombre.

Wayne se lo entregó y al momento afanó el timbre del mostrador.

—Esto… ¿señor? —preguntó el recepcionista, mirando el timbre.

—Lo pondré ahí otra vez cuando me devuelvas el sombrero —dijo Wayne—. No se puede ir por ahí sin seguro.

—Eh…

—¿Cuál es mi mesa? Debería haber dos mujeres en ella, una de ellas maja, pero seguro que la otra ha amenazado con dispararte mientras la llevabas a la mesa.

El recepcionista señaló. Sí, ahí estaban. Wayne se despidió con un asentimiento y fue hacia ellas. Qué herrumbroso horror de ropa llevaba todo el mundo en un día como aquel. Nadie se ponía chaparreras para un funeral a no ser que llegase a caballo. O a no ser que uno fuera el viejo Dag Tresdientes, a quien siempre le habían gustado esas cosas.

Ranette era Ranette: curvilínea, aunque Wayne no debería mencionarlo, y con pantalones sueltos. Jaxy llevaba un bonito vestido blanco y tenía el pelo rubio claro muy rizado, acentuado por pasadores de diamantes. Le gustaba

brillar. A Wayne le parecía bien. Aquella vida tenía muy poco brillo. Si en teoría los adultos podían vestirse como quisieran, ¿por qué había tan pocos que eligieran brillar?

Se sentó con Ranette y Jaxy y golpeó la frente contra la mesa, haciendo tintinear los cubiertos.

—Ah, maravilloso —dijo Ranette con voz seca—. Tenemos drama.

—Wayne, ¿estás bien? —preguntó Jaxy.

—Murmullo murmullo —dijo él con la boca pegada al mantel—. Murmullo.

—No le sigas la corriente —advirtió Ranette a Jaxy.

—Sí, síguele la corriente, por favor —rezongó Wayne—. Ahora mismo lo necesita.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jaxy.

—Me han abandonado oficialmente —dijo él—. Y ya se me está pasando el efecto del whisky. Condenado cuerpo. ¡Mira que metabolizar y neutralizar el veneno, como si no me lo hubiera metido aposta! —Alzó la mirada—. ¿Creéis que podría extirparme el hígado y seguir borracho para siempre?

—En eso sí que estoy dispuesta a seguirle la corriente —comentó Ranette.

—Lo siento mucho, Wayne —dijo Jaxy, dándole unas palmaditas en la mano.

—No pasa nada —respondió él—. Al menos tú sí vas bien vestida para el funeral.

—¿Para el…? —preguntó Jaxy.

—No le hagas caso —la interrumpió Ranette. Pero entonces suavizó la voz—. Eh. Sobrevivirás, Wayne. Te he visto salir de peores.

—¿Cuándo?

—Aquella vez que una bala de cañón te atravesó la barriga.

Wayne alzó la mirada de nuevo.

—Ah, sí. Aquello fue impactante.

Jaxy había palidecido.

—¿Te dolió?

—No tanto como te esperarías —respondió él—. O sea, sí, me partió por la mitad. Pero creo que mi cuerpo estaba así como confundido, ¿sabes? No todos los días te quedas en dos piezas.

—Por suerte —dijo Ranette—, sus mentes de metal estaban en la parte de la cabeza, porque si no…

Wayne se obligó a enderezar la espalda, suspiró, puso el timbre en la mesa y lo hizo sonar. Luego lo pulsó otra vez. De verdad, ¿para qué tener un trasto como aquel si la gente no le hacía caso? Al tercer toque por fin se les acercó una camarera.

—Vodka —pidió Wayne—. El peor que tengas. Cuanto más sepa a meado, mejor.

—Wayne —dijo Ranette—, esto es un restaurante elegante.

—Es verdad —repuso él—. Ponle una aceituna o algo.

—¿Era nuestra camarera, siquiera? —preguntó Jaxy mientras la mujer se marchaba.

—Procuro no fijarme mucho —dijo Ranette—, con esa ropa tan horrible que llevan.

—Ya somos dos —respondió Wayne—. ¿A quién se le ocurrió que un restaurante al estilo de los Áridos sería buena idea? En fin, para ser auténtico de verdad, en la carta solo debería haber estofado. Y luego, cuando la gente lo pidiera, se habrían quedado sin y solo podrían ponerles un plato de alubias.

—Me gusta —dijo Jaxy—. Es gracioso.

—Es insultante —replicó Ranette.

—¿Podemos hablar más de mí? —pidió Wayne—. Porque aún estoy aquí, sintiéndome como lo que queda de la uva después de hacer vino.

—Pobrecito —dijo Jaxy.

—Eres demasiado buena con él, Jax —la reprendió Ranette.

—Es uno de tus amigos más antiguos.

—Solo porque no puede morir.

—Ranette… —dijo Jaxy.

—Bien —se rindió Ranette, y puso la mano en el hombro de Wayne—. Eres fuerte, Wayne. Lo superarás. —Cogió el vaso de la bandeja cuando volvió la camarera y se lo pasó—. Mira, aquí tienes el alcohol.

—Gracias, Ranette —dijo él, ya con el vaso en la mano—. Tú sí que sabes hacer que me sienta mejor.

—Si te soy sincera, estoy orgullosa de ti, Wayne. De cómo estás llevándolo. Es una actitud relativamente madura.

—¿Esto es una actitud madura? —preguntó él, y se echó el vodka entero

al gaznate.

—Relativamente.

—Supongo que hay que ser adulto para que te sirvan bebercio —reconoció Wayne—. Pero es que… —Suspiró y apoyó la espalda—. No creo que haya conocido nunca a nadie que comprendiera lo que es tener que ser otra persona la mayoría del tiempo. Y ella lo entendía. Lo entendía, Ranette.

—Eh… ¿Encontrarás a alguien más? —aventuró Ranette—. ¿A alguien mejor? Es lo que se dice en estos casos, ¿no? Aunque casi seguro que es mentira, porque dudo que haya mucha gente mejor que una Inmortal sin Rostro. Eso y que…

—Ay, Ranette —dijo Jaxy, negando con la cabeza.

—¿Qué querías? —replicó ella—. Lo mío no es consolar a la gente, ¿vale?

—Wayne —dijo Jaxy—, te va a doler. Y no pasa nada. El dolor es señal de que tu cuerpo y tu mente están reconociendo que esto es horrible.

—Gracias —murmuró él—. Eres buena amiga, Jaxy. Aunque tengas muy mal gusto en mujeres.

—¡Oye! —saltó Ranette—. ¡Pero si tú te tiraste casi quince años detrás de mí!

—Ya, ¿y qué te parece mi gusto, en promedio?

—Eh… —farfulló Ranette—. Maldición. Deja de apuntar a las partes vitales, Wayne. Se supone que esto es una comida entre amigos.

—Perdón —dijo él, y puso los hombros en la mesa y la cabeza en las manos.

Aún no habían visto a su camarero asignado, cosa que tenía sentido. Estaban en un restaurante muy lujoso, y se notaba por el desprecio hacia la clientela.

—Pero lo de que estoy orgullosa de ti iba en serio —le dijo Ranette—. Has madurado, Wayne. Un montón. Llevamos años ya cenando juntos sin que me tires los trastos ni una vez.

—Te lo prometí. Además, tienes pareja, y esas cosas las respeto. —Volvió a hundirse en su silla—. No lo llevaría tan mal si *ese* día no estuviera al caer.

—Ese día… —dijo Ranette—. ¿El día en que tienes que llevar el dinero de la asignación a esa chica?

Wayne asintió.

—Allriandre —confirmó—. Sus hermanas y ella se quedaron sin padre por mi culpa.

El día de las tres pruebas era el peor del mes, porque Wayne tenía que ir y enfrentarse a ella. Y reconocer en voz alta lo que había hecho: asesinar al padre de la chica hacía más de veinte años.

Sabes que no estás perdonado.

Lo sé.

Ni lo estarás nunca.

Lo… lo sé.

Ranette se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos con la uña en el salero. Tenía forma de bota de los Áridos, y parecía tan caro que de algún modo daba la vuelta entera y volvía por el otro lado como un adorno de buen gusto.

—¿Y si no fueses a verla este mes? —le sugirió Ranette.

—Tengo que ir —dijo Wayne.

—¿Por qué?

—Es mi castigo.

—¿Quién lo dice?

—El Cosmere —respondió Wayne—. Le quité a su padre, Ranette. Tengo que recordarlo. Recordar lo que soy. Tengo que mirarla a los ojos y decirle que no lo he olvidado.

Las dos mujeres se miraron.

—Wayne —dijo Jaxy—, llevo un tiempo… queriendo hablar contigo de eso. De cómo tratas a esa chica. Ya sé que quizá hoy no sea el mejor día, pero…

—Qué va —la tranquilizó Wayne—. Dame fuerte, Jaxy. Estoy casi entumecido del todo. Es buen día para recibir puñetazos.

—¿Por qué te empeñas en ir a verla en persona? —preguntó Jaxy.

—Para que pueda castigarme.

—Pero ¿ella quiere castigarte?

—Parece disfrutarlo.

—¿De verdad? ¿De verdad lo crees, Wayne? Porque tal y como lo cuentas siempre, te pide que *no* vayas a verla.

—Porque es una chica amable —explicó Wayne—. Pero no merezco que la gente sea amable conmigo.

—Te lo dije, Jax —intervino Ranette—. Es menos observador que un bocadillo a medio comer.

Wayne frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando?

—Nunca he conocido a nadie —dijo Jaxy— capaz de meterse tan bien en la cabeza de los demás como Wayne. Acabará entendiéndolo.

—Se mete en la cabeza de los demás cuando le conviene —repuso Ranette—, no cuando lo lleva a ver cosas que no quiere ver.

Wayne apartó la mirada. Ranette le soltaba un montón de pullas, pero no eran… bueno, no eran con mala intención. Él bromeaba y ella bromeaba. Y sí, a veces había un matiz de verdad en las pullas, pero para eso estaban los amigos. Para hacerte quedar un poco tonto cuando os veíais, y que así no quedaras como un idiota de remate después de separaros.

En cambio, la forma en que había dicho aquello último… dolía. Wayne comprendía a la gente, ¿verdad? Wax y Marasi eran buenísimos en la parte de investigar. Pero necesitaban a alguien como Wayne, que conociera de verdad a la gente que vivía en el arroyo y se consideraba afortunada porque al menos tenía agua que beber. Por el momento.

—Wayne —dijo Jaxy—, ¿qué te parece a ti que quiere esa chica? ¿Puedes pensar como ella? ¿De verdad le apetece que vayas a recordarle su dolor cada mes?

—Yo… quiero que sea feliz. Y hundirme en la miseria a mí, al hombre que la hizo desgraciada, bueno, es la mejor manera.

—¿Lo es? —preguntó Jaxy con suavidad—. ¿O esto lo haces por ti? ¿No será una especie de penitencia? Wayne, cada vez que desobedeces lo que te pide esa chica, le quitas un poco de alegría y la conviertes en tu propio sufrimiento.

Wayne cerró los párpados con fuerza.

—Llegarás a entenderlo —añadió Jaxy, dándole unas palmaditas en el dorso de la mano—. Sé que puedes.

—Se me ha quitado el hambre —dijo él, apartando su silla de la mesa.

Se alejó entre los demás comensales. La voz de Ranette lo persiguió desde atrás.

—Te lo dije. Puede que Wayne no sea tan malo como lo parece cuando hablo yo, pero tampoco es tan bueno como tú querrías.

Intercambió de nuevo el timbre por su sombrero y solo se llevó uno de los gemelos del recepcionista para terminar de ajustar las cuentas. Era un

trato justo, a cambio de que se hubiera quedado el sombrero por un ridículo timbre que ni siquiera funcionaba bien.

Fuera del restaurante, por desgracia, casi topó de frente con dos hombres vestidos con chaleco y bombín. ¡Herrumbre y Ruina! Lo habían encontrado.

—Señor —dijo el cicatero más alto—, tenemos que hablar de sus finanzas.

—¿Qué les pasa? —preguntó Wayne, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Que tiene usted demasiado dinero, con mucho —dijo el más bajito—. Por favor, señor, es necesario que tratemos su estrategia de inversiones. La falta de diversificación que tiene ahora mismo es casi un delito.

Bueno, a las cenizas con él, pues. Al final, el día había encontrado la manera de empeorar, y mira que parecía difícil. Dejó que lo metieran en el coche fúnebre que traían y se lo llevaran hacia el mortuorio. O hacia el despacho de contabilidad que gestionaba su enorme fortuna. Venía a ser lo mismo.

En todo caso, Wayne, tal y como lo conocían los demás, estaba muerto.

15



El trellium se movía por sí mismo.

Steris había sacado una muestra de armonium para estudiarla junto con el clavo de trellium. Y al trellium no parecía hacerle ninguna gracia.

Wax acercó al trellium la minúscula cuenta de armonium, suspendida en un vial de aceite. De nuevo, el clavo se alejó rodando.

—Qué curioso —dijo Wax.

Entonces, siguiendo una corazonada, quemó un poco de acero en su interior. El clavo de trellium rodó de nuevo para alejarse de él.

—No estaba empujando —explicó—. El metal ha reaccionado con solo quemar acero.

—¡Es un resultado! —exclamó Steris, y se puso a tomar enérgicas notas —. Wax, esto es útil de verdad.

Sí que lo era, ¿verdad? Tenían una manera de comprobar si alguien estaba quemando metales. Los buscadores ya lo hacían empleando su propio poder, pero contar con un método mecánico para lograr el mismo efecto…

—¡Ah! —dijo Marasi—. Tendría que haberlo mencionado. Esa púa reaccionaba igual a los otros clavos que he sacado del ciclo.

—Parece alomancia —pensó Steris en voz alta—. Es como si el clavo de trellium estuviera utilizando la alomancia para empujar.

—No —objetó Wax—. Se parece más al magnetismo. La púa de trellium reacciona a otras fuentes de Investidura igual que un imán reacciona a otro.

—No quiere estar cerca de ellas —dijo Steris.

—Es más bien como si tuviera la misma carga. Me extrañaría que quisiera nada.

Aunque, siendo parte de un dios, ¿cómo estar seguro? Sobre todo teniendo en cuenta que otros objetos Investidos con una carga parecida no se repelían entre ellos, que Wax supiera.

Unos pocos experimentos más revelaron que los dos metales, el armonium y el trellium, se repelían con fuerza creciente según intentaba acercarlos. De nuevo, igual que los imanes. La reacción del trellium al armonium era más intensa que a Wax quemando metal.

Consultó la gran tabla que había clavado a la pared, creada por extrapolación a partir de un libro que Muerte había entregado a Marasi. Cuando sucedió, el acontecimiento había sido de los más surrealistas que hubieran contado jamás a Wax. En los tiempos que corrían, le resultaba casi ordinario.

El pequeño libro detallaba cómo utilizar la hemalurgia. Wax había estudiado a fondo el texto para crear un esquema de todos los puntos del cuerpo donde era posible insertar clavos y una lista detallada de cómo funcionaban, de los punzones que debían actuar a modo de chaveta para coordinar el sistema y mantenerlo en funcionamiento.

El Grupo estaba ahondando en sus experimentos con la hemalurgia. Y la hermana de Wax, Telsin, estaba por ahí en alguna parte, ocupando un puesto de liderazgo en el Grupo. Siete años antes, Wax había creído que la tenían secuestrada… pero debería haberse dado cuenta. La exagerada ambición de Telsin encajaba a la perfección con los objetivos del Grupo.

Esa ambición la había llevado a clavarse punzones. A fijar partes de otras almas a la suya propia. Wax había tenido náuseas al pensar en la gente asesinada con ese propósito, al darse cuenta de lo que estaban haciendo Telsin y el Grupo. Sostenía en los dedos no solo una reliquia de un dios olvidado mucho tiempo atrás, sino también un maltrecho símbolo de la humanidad rechazada por su hermana.

Herrumbres. Al final sí que tendría que hablar con Armonía, ¿verdad? Por muy poco que le gustara, Wax formaba parte de aquello. Debía terminar lo que había empezado hacía tantos años, cuando, al huir de Elendel, había dejado la casa a su hermana y su tío para que urdieran sus planes.

Unos pasos en la escalera anunciaron la llegada de Allik, que traía un refrigerio. Wax no estaba seguro de si el exaviador lo hacía con tanta asiduidad porque consideraba que la mansión era su hogar y quería mostrarse hospitalario o porque sencillamente le gustaba tener a gente en

casa para que probara su repostería. En todo caso, verlo con la máscara alzada, una amplia sonrisa y dos bandejas de galletas de chocolate mejoró el ánimo de Wax.

—Estás yendo con cuidado —dijo Allik a Wax— de no tener demasiado ettmetal en el mismo sitio, ¿sí?

—No creo que posea tanto como para tener que preocuparme.

—Aun así, conviene recordarlo —respondió Allik—. Es una de las normas básicas para manipularlo.

Los malwish tenían todo tipo de reglas extrañas acerca del metal, y a Wax le costaba distinguir las supersticiones de la ciencia. Se suponía que no debía dejarse una gran concentración de ettmetal en un solo lugar porque provocaba unas reacciones raras, aunque Allik no había sabido concretar más.

El alegre sureño fue hacia Marasi con sus ofrendas y se las tendió.

—¡Anda! —exclamó Marasi, apresurándose a coger una galleta—. Mis favoritas.

Wax también probó una. Estaba acostumbrado a que las galletas pudieran detener una bala si era necesario. Era como las hacían en la Cuenca. En cambio, aquellas estaban jugosas, incluso un poco líquidas por dentro. Era raro, pero nada desagradable.

Marasi, más que nadie, parecía estar prendada de que Allik pusiera chocolate endulzado en todo lo que preparaba.

—Tibias es como más buenas están —dijo, masticando mientras Allik se sentaba enfrente de ella. Wax había limpiado aquella mesa de laboratorio, ¿verdad?—. ¿Sabes que te veo más guapo mientras como chocolate? Qué curioso.

—Eso lo dices —respondió Allik— solo porque quieres que haga más.

—Pues claro que lo digo por eso —asintió ella mientras echaba mano a una segunda galleta.

Wax se sentó en su taburete a disfrutar de la galleta mientras pensaba en los metales que había en la mesa delante de él. Armonium y trellium. Se repelían entre ellos. Con más y más violencia cuanto más cerca estaban.

«¿Y si…?».

Reunió los materiales que necesitaba y ya estaba montando otro experimento en la caja segura cuando llegó otro sonido de pisadas desde la escalera. Todos se quedaron muy quietos. Wax sacó unas balas de su bolsita

con cuidado, dispuesto a empujarlas. Pero cuando la puerta se abrió, detrás había un hombre relamido con traje marrón. Tenía el pelo muy rubio, repeinado hasta dejarlo perfecto, y gafas con montura de alambre. La clase de persona cuyos modos gritaban a los cuatro vientos que verificaba los chistes que contaban los demás.

—¿VenDell? —supuso Wax, guardándose las balas. El kandra llevaba un cuerpo nuevo, pero tenía un aire inconfundible.

—En efecto, lord Ladrian —dijo VenDell, pasando al laboratorio mientras abría su cartera—. Mis disculpas por haber entrado en la casa sin llamar. —Dejó un papel en la mesa enfrente de Marasi—. Esto es para usted, señorita Colms.

—¿Qué es? —preguntó ella, limpiándose los dedos con un pañuelo que Steris había materializado como de la nada.

—Una nota hallada en el lugar de su enfrentamiento con el Grupo —respondió VenDell—. LeeMar se la ha guardado antes de que los demás investigadores la vieran.

—Un momento —dijo Marasi—. ¿Tenéis a más kandra entre los agentes de los que no sé nada?

—A varios —confirmó VenDell.

—¿Quiénes?

—Cassileux, por ejemplo. LeeMar se hizo cargo de su vida hace unos dieciséis meses, después de que la verdadera agente muriera en la redada a la banda de los Nómadas.

Marasi se quedó boquiabierta.

—¡Pero si estuve comiendo con Cassileux la semana pasada!

—Sí, siempre le tiene un ojo echado —dijo VenDell.

—¡No me lo dijo!

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó él distraído, y olisqueó las galletas que le ofrecía Allik—. Qué repugnante.

—Vaya —dijo Allik, y se le hundieron los hombros.

—Se lo tengo dicho, maese Allik —repuso VenDell—. Soy carroñero, y estrictamente carnívoro. Estas… creaciones no me sentarían bien. Pero si está interesado, estoy planteándome ofrecerle un buen dinero por una máscara suya.

—¿Cómo? —dijo Allik, llevándose una mano a la máscara, que aún tenía sobre la cabeza—. ¿Por mi máscara?

—Los kandra llevamos un tiempo hablando sobre esas máscaras que lleva su gente —explicó VenDell—. Muchos creemos que forman parte integral de su naturaleza en la misma medida que el pelo o las uñas, que a todos los efectos pertenecen a su esqueleto. Y en consecuencia, he decidido empezar a coleccionarlas para futuros cuerpos. ¿Tiene alguna a la venta?

—Esto… —dijo Allik—. Eres un hombre muy extraño, ¿sí?

—No soy un hombre en absoluto —respondió VenDell—. La oferta está hecha, de modo que avíseme si está dispuesto a emprender negociaciones. Solo me quedaría con la máscara tras su muerte, por supuesto. Aunque si insiste en juntarse con estas personas, quizá no quede tanto para que se produzca.

Luego fue hacia Wax y extendió la mano.

—¿Me lo enseña, por favor?

Wax suspiró y se volvió hacia la caja segura, donde había estado preparando el experimento. Sacó el clavo de trellium y se lo entregó a VenDell, que lo levantó hacia la luz.

—Creía que no podíais tocarlos —dijo Steris desde la mesa, junto a Marasi.

—Se equivoca usted, lady Ladrian —respondió VenDell—. Este no es un clavo de kandra, por lo que tocarlo no es tabú.

—Este no dejaré que te lo lleves —le advirtió Wax—. Tenemos que estudiarlo.

—Por desgracia, no tengo intención de apoderarme de él —dijo VenDell —, así que no llegaremos a saber si podría impedírmelo usted o no.

—¿No lo quieres porque no es un clavo de kandra? —preguntó Wax—. Al contrario que los que tenía Lessie, porque esos sí que me los robaste.

—Los entregó usted por voluntad propia.

—No estaba en condiciones emocionales de hacer nada por voluntad propia —replicó Wax—. Todavía quiero saber cuánto tuvo que ver ese metal, el trellium, con lo que le ocurrió.

—La forma en que Paalm... actuó era el resultado directo de su decisión de quitarse un clavo —afirmó VenDell—. Los clavos de trellium quizá agravaran su dolencia, pero no la originaron.

—No es lo que me dijo Armonía.

VenDell dio la vuelta al clavo entre los dedos, sin responder. Se limitó a señalar la caja segura con el mentón.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Aplicar corriente eléctrica para ablandar un poco de armonium —dijo Wax, señalando el equipo que había instalado, un sistema que haría pasar una poderosa corriente por una minúscula pepita de armonium sujeta en el centro, cubierta de aceite para evitar que se corroyera—. Es lo más cerca que hemos estado nunca de dividirlo.

—No puede dividirse —repuso VenDell—. Al menos mientras Armonía siga siendo Armonía. Ya se lo he explicado.

Steris se aproximó con su tablilla y Wax cruzó la mirada con ella. Era cierto: el armonium no era una aleación propiamente dicha. Sin embargo, Armonía contenía tanto a Ruina como a Conservación, así que, de algún modo, aquel metal era a la vez atium y lerasium, fusionados mediante un proceso que desafiaba a toda explicación científica normal.

Parecía razonable dar por hecho que existía alguna forma de dividirlo. Pero la disolución selectiva por medio de ácidos había fallado. Los distintos métodos de calentamiento para que los componentes se separasen por sí mismos en estado fluido habían fallado. La electrolisis había fallado.

Otra docena de ideas también habían fallado. Por algo Wax había dejado de entusiasmarse tanto con el proyecto. Pero de todo lo que habían intentado, la corriente eléctrica daba la sensación de haberse acercado más que ninguna otra cosa. Encendió la máquina sin molestarse en cerrar la puerta reforzada de la caja segura. Había repetido aquel experimento las veces suficientes para estar tranquilo haciéndolo en abierto.

El pedacito de armonium se calentó. Marasi y Allik se acercaron y lo vieron refulgir con una intensa luz interna. Entonces Wax activó el otro componente, el que tiraba de ambos extremos de la pepita.

El armonium era maleable, cada vez más a medida que se calentaba. Ablandado como lo tenía en la caja, parecía reaccionar de manera distinta al aire y ya no era tan volátil. Casi como… como si estuviera transformándose en algo diferente.

Aquella máquina especializada seguía haciendo pasar la corriente eléctrica por las pinzas de los lados, pero en ese momento además empezaron a separarse y estirar el metal. Si Wax no interrumpía el proceso, la pepita se dividiría en dos por la mitad, creando dos pedacitos de armonium. Eso no era un resultado extraordinario por sí mismo. Pero la máquina estaba calibrada para tirar solo unos pocos dieciseisavos de

centímetro y detenerse. El resultado fueron dos pequeños pegotes de armonium a los lados, unidos por una diminuta franja más estrecha.

—¿Qué objetivo tiene esto? —preguntó VenDell.

—Tú mira —dijo Wax.

Era probable que él lo viese mejor con sus anteojos tintados, pero de todos modos al cabo de un tiempo los metales empezaron a reorganizarse. El armonium de la izquierda brilló con un resplandor blanco azulado. El de la derecha adoptó un aspecto aún más extraño, haciéndose plateado y reflectante. Parecía casi líquido, como el mercurio, y con una superficie increíblemente lisa.

—¿Eso es…? —preguntó Marasi.

—No —dijo Wax—. Si lo cortamos por la mitad ahora mismo, cuando los metales se enfríen tendremos dos pedacitos de armonium. Pero en este estado, los metales casi se diferencian. Se nota que el de la izquierda va ganando características del lerasium. Y la gota de la derecha… encaja con las descripciones del atium.

—Siempre da la impresión de que *quiere* dividirse —añadió Steris—. De que está preparándose para hacerlo.

—Ruina y Conservación —susurró Marasi—. Atium y lerasium.

—Creo que por eso el armonium es tan inestable —explicó Wax—. A Armonía le cuesta actuar, ¿verdad? Ha mencionado alguna vez que sus dos aspectos están en oposición y que eso lo deja indeciso, impotente.

—Lo que ocurre es que está en equilibrio, nada más —repuso VenDell—. Tiene a partes iguales la necesidad de proteger y la necesidad de dejar que las cosas se deterioren.

—Bueno —dijo Wax—, pues yo estoy cada vez más convencido de que nos enfrentamos a un dios que no está lastrado por ese tipo de equilibrio. Al principio era escéptico, pero Marasi me convenció.

—Trell es peligroso, VenDell —convino Marasi, entornando los ojos para protegerlos del fulgor—. Tenemos que hacer algo. No podemos esperar a Armonía.

—Casi estoy persuadido —dijo VenDell—. ¿Qué le parece la nota?

—Es confusa —respondió Marasi—. Y vaga.

Wax le lanzó una mirada.

—Te lo explicaré —prometió ella—. Pero antes, ¿vamos a seguir con esto?

Señaló con la cabeza la caja en torno a la que estaban todos congregados.

—Bien —dijo Wax, recuperando el clavo de trellium de manos de VenDell—. Nos hemos dado cuenta de que este metal repele toda forma de Investidura, y repele el armonium incluso con más intensidad. Se me ha ocurrido… estirar una pepita como he hecho y luego usar el trellium para intentar dividirla. ¿Y si repele los dos lados con más fuerza y logramos separar al atium del lerasium?

Miró a los demás uno por uno.

—¿Qué… probabilidad hay de que explote? —preguntó Allik.

—¿Estando involucrado el armonium? —respondió Steris—. Diría que es de lo más probable. Pero merece la pena intentarlo.

—Para eso tenemos la caja segura, ¿no? —dijo Wax—. Además, es un pedacito muy pequeño de armonium. ¿Cuánta energía puede contener tan poco metal?

Las palabras se quedaron en el aire.

—Entonces —dijo Allik—, creo que deberíamos salir todos por la puerta y estar muy lejos cuando suceda, ¿sí?

—Sí —coincidió Marasi.

Wax respiró hondo y asintió.

—Montaré un temporizador —dijo—. Este sótano está reforzado con tanto hormigón que daría para una carretera, así que arriba deberíamos estar a salvo.

—Que lo haga el kandra —propuso Marasi—. Son básicamente indestructibles.

—La palabra «básicamente» —replicó VenDell— está a una distancia infinita de la palabra «completamente», señorita Colms. Se me ha encomendado ayudar en su pequeña infiltración, para la que si no me equivoco cuentan con un cadáver, no arriesgar la vida intentando lograr lo imposible.

—Temporizador, entonces —dijo Wax.

—Voy a sacar una astillita de trellium —dijo Steris—, para no tener que usar el clavo entero.

—Bien pensado —respondió Wax.

Debería poder modificar el perforador hidráulico y…

Le costó más de media hora organizarlo todo. Y durante ese tiempo, Wax no dejó de pensar. ¿Y si de verdad dividía el armonium? Tendría dos

metales, dos cuerpos de dioses, cada uno capaz de gestas increíbles de las leyendas antiguas, como manipular el tiempo o crear seres con las capacidades mitológicas de un nacido de la bruma. ¿Y si él ostentara ese poder? ¿En qué cambiaría?

«En nada —se dijo—. Ya he ostentado ese poder. Y cuando lo tuve, lo usé para salvar a mis amigos».

Terminó de calibrar los instrumentos y fijó el temporizador en cinco minutos. Cuando transcurriera ese tiempo, la máquina llevaría la astilla de trellium al centro de la pepita de armonium calentada y estirada.

Cerró bien la caja segura, huyó con los demás escalera arriba y aseguró la gruesa puerta metálica del rellano superior. Y entonces… Wax cayó en la cuenta de que cinco minutos quizá fuesen demasiado tiempo.

—Bueno —dijo mientras sacaba el reloj de bolsillo—, ¿qué pasa con esa nota?

—Estaba en una caja de la caverna —explicó VenDell—. De las pocas que no destruyeron las explosiones.

—Hacia el final de la incursión —dijo Marasi—, he visto a alguien con máscara y ropa negra. En ese momento tenía una burbuja de lentitud alzada, así que la mujer estaba emborronada al acercarse a mí. Casi ni la he visto antes de que se marchara, pero creo que ha debido de dejar esto.

Volvió el papel de cara a Wax, para que leyera el sencillo mensaje: «Te observamos, Marasi. Y estamos impresionados». Debajo había un pequeño símbolo, tres diamantes que se solapaban en el centro. A Wax le sonaba un poco, aunque no creía haber visto nunca ese mismo símbolo. Era más bien que su forma le recordaba a algo.

—¿Lo habías visto alguna vez? —preguntó Wax a VenDell.

—Eh… —respondió el kandra—. Tengo prohibido responder a esa pregunta. Mis disculpas, lord Ladrian.

—¿Prohibido? —preguntó Steris—. ¿Por quién?

—Por el mismísimo Armonía, lady Ladrian. —VenDell, por primera vez que recordara Wax, parecía estar incómodo—. Les sugiero que hablen con él en persona.

—Estupendo —dijo Marasi—. Es bueno saber que trabajamos en la defensa del planeta, nada menos, mientras Dios se comporta como un crío con un amorcito secreto.

—Es lo que tienen los falsos dioses —comentó Allik, ganándose miradas

de reproche desde toda la sala. Se limitó a levantar los hombros.

Nadie más habló. «¿Cómo es que unos minutos se hacen tan eternos cuando esperas?».

—Bueno —dijo VenDell—, pasemos al tema de sus huesos, lord Ladrian. ¿Se ha replanteado…?

—No están a la venta.

—Pero…

—No están a la venta.

—En fin, qué le vamos a hacer —dijo VenDell—. No me reproche que le pregunte. La idea de que un esqueleto tan bueno se eche a perder…

Una repentina detonación sacudió el edificio entero. Las lámparas de araña temblaron, la ventana que estaba a la derecha de Wax se agrietó y se oyeron platos cayendo al suelo en la cocina.

—Herrumbres —dijo Marasi—. Esto tienen que haberlo sentido en el octante de al lado. ¿Creéis… que la caja habrá resistido?

—Solo hay una forma de saberlo —respondió Wax, yendo hacia la puerta que llevaba al sótano.

—Por lo menos —dijo Allik a los demás—, esta vez lo teníamos previsto, ¿sí?

—Siempre hay que prever que haya explosiones cerca de Wax —dijo Steris—. A la larga, ahorra mucho esfuerzo.

Wax abrió la puerta y empezó a bajar.

16



La Gestoría Contable e Inmobiliaria Call e Hijo e Hijas quizá no pareciera un mortuorio, pero Wayne estaba seguro de que lo era. Porque había que estar muerto para que te gustara trabajar en un sitio como ese.

Espigado Aburrido y Bajito Aburrido hicieron que se sentara y empezaron a embalsamarlo de inmediato. Y para colmo, ni siquiera con buen material. Wayne habría aceptado casi cualquier clase de bebida, pero no, claro, esa gente tenía que usar tinta.

Antes le resecaron el cuerpo a conciencia, eso sí.

—Sus inversiones —dijo Espigado Aburrido— entrañan demasiado riesgo, maese Wayne. Le recomendamos una cartera más equilibrada.

—¿Cuánto dinero tengo? —preguntó él, taciturno.

—Mas de veinte millones en estos momentos.

Caray.

—¡Os dije que se lo dierais a la gente que no tiene techo!

—Sí, y su proyecto urbanístico asequible fue todo un éxito —dijo Bajito Aburrido, espabilando y estirando el brazo hacia un libro de cuentas—. Que anticipara usted las inminentes subvenciones fue todo un golpe de…

—¿Y esa chica? —preguntó Wayne—. La de los enchufes en las paredes.

Espigado Aburrido sonrió.

—¡Los revolucionarios dispositivos eléctricos que desarrolló la señorita Tarcsel constituyen la vanguardia de su imperio financiero, maese Wayne! Los beneficios son astronómicos.

—Sus inversiones inmobiliarias han sido juiciosas —añadió Bajito Aburrido—, pero deberíamos liquidar parte de sus activos en Electricidad Tarcsel e invertir en otras empresas de creación más reciente, para

protegernos de la competencia que empieza a emerger ahora que las primeras patentes están caducando.

—De verdad —dijo Wayne—, tenéis que buscaros novia o algo.

—Ah, ambos tenemos pareja, maese Wayne —respondió Bajito Aburrido—. Garisel es un hombre muy popular, debo decir. ¡Y no sabe usted lo fogosas que pueden ser las contables! Sin ir más lejos, la otra noche…

—Cierra el pico —gruñó Wayne—. No me lo restriegues.

Bueno, para qué resistirse. Nadie podía huir de su propio funeral. Sobre todo porque las piernas de los muertos no funcionan.

—Muy bien, dadme un condenado sombrero de esos.

Los dos hombres se miraron entre ellos, pero Wayne señaló con impaciencia y Espigado Aburrido por fin descolgó su bombín de la pared junto a la puerta y se lo entregó. Wayne se lo puso y su muerte terminó de consumarse del todo. A la herrumbre con él hasta los huesos. Echó una mirada a los libros de cuentas, frotándose bajo la barbilla con el pulgar. Pero con eso no bastaba, de modo que sacó las gafas de Bajito Aburrido del bolsillo del chaleco del hombre y se las guardó con gesto distraído en su propio bolsillo.

Seguía sin ser suficiente.

—Si no es mucha molestia —dijo—, ¿podrían traerme un té con miel? El limón aparte y una ramita pequeña de menta. No demasiada, ojo, la justa para darle un poco de sabor. Usted ya me entiende, ¿verdad, Garisel? Muy amable, muy amable.

Al poco tiempo lo tenía delante mientras estudiaba los libros de cuentas. Su apellido figuraba como «Terrisano» porque no tenía uno de verdad. Siguió leyendo.

Sí, sí, números. Había muchísimos números, desde luego. Y de los altos, los que a los contables les gustaba que él viera. Apenas había nada en rojo en aquel libro. Sí, hum. Al té le faltaba un poco de miel.

Lo que decían aquellos libros era innegable. Wayne estaba muerto de verdad. Y en su lugar vivía un tipo ricachón. No, un tipo al que había que calificar de *opulento*.

—Por lo menos —dijo—, ¿tienen mi bendaleo?

Una ayudante le trajo un enorme saco lleno. Había el suficiente para comprar dos o tres coches, si quisiera.

—De acuerdo, pues —dijo Wayne—. Haremos lo siguiente. ¿Ven esto

que tengo aquí? —Desdobló un papel que llevaba en el bolsillo interior, un folleto de una liguilla local de balonmorro para reclutar a jugadores jóvenes —. Vamos a proporcionar fondos a estos pilluelos para que se equipen, y les construiremos un lugar donde llevarán a cabo sus enfrentamientos.

—¿Señor? —preguntó Bajito Aburrido—. ¿Por qué?

—Le añadiremos gradas —explicó Wayne—, para que la gente pueda ir a verlo. Verán, ahora mismo todo el mundo anda buscando alguien a quien gritar. Y nosotros, amigos míos, vamos a proporcionárselo. Crearemos una gran liga de balonmorro, con un equipo de cada octante. Llevo un tiempo dando vueltas, caballeros, a que a esta ciudad le hace falta un modo de embriagarse con orden y mesura.

—No comprendo, señor —dijo Espigado Aburrido.

—Los bares existen por un motivo —respondió Wayne—. Son un entorno controlado en el que beber. La ciudadanía querrá ingerir alcohol, créanme, y es mejor para la sociedad que lo tengamos previsto. Ahora mismo los octantes están tensos. La gente está furiosa. Las ciudades exteriores… ¡caramba, están alborotadas! Debemos encargarnos de que la ira se experimente de un modo similar a la embriaguez: con una válvula de escape mesurada, con alguien que caiga mal a todos.

Lo miraron perplejos.

—Pondremos a un puñado de gente a atizarse leches entre ellos —explicó Wayne, cambiando a un acento de clase más baja—. Jugarán en equipos que representen a los octantes, para que todo el mundo tenga un favorito y odie a los demás. Pero odiando como debe ser.

—¡Ah! —exclamó Bajito Aburrido.

Cómo era la gente de hoy en día, con su jerga de baja cuna. Caramba, Wayne hasta sospechaba que aquellos dos ni siquiera serían capaces de bruñir un retrete dorado como era debido. ¡Por el amor de Dios!

—Sí… —dijo Espigado Aburrido—. Entiendo. Sería como las competiciones de barrio, pero para toda la ciudad.

—La gente adora a sus equipos de barrio —asintió Wayne—. Podemos hacer algo bueno a partir de eso.

—Construir estadios de buen tamaño saldrá caro —objetó Bajito Espigado—. Incluso para usted.

—Entonces cobraremos algo por entrar —dijo Wayne—. Las cosas se disfrutan más cuando hay un interés monetario.

—Sí —dijo Espigado Aburrido—. Sí, es muy interesante. Monetizar las rivalidades y la codificación personal de intereses será una parte seminal de esta actividad.

—Es mi parte favorita de casi todas las actividades —comentó Wayne.

Espigado Aburrido asintió.

—Excelente idea. Pondremos a nuestros mejores empleados a trabajar en ello.

—Qué va, qué va —dijo Wayne—. Pongan a los peores. Los muy bribones sabrán más de holgazanear, lo cual me resultará más beneficioso en este caso concreto. Y ahora, hablemos de los azotes al servicio y de por qué en realidad no es tan pernicioso para ellos.

Herrumbres, menudo sombrero se había puesto. Se lo quitó y se secó la frente. Dichoso dinero y dichosos sombreros de ricachón. Aquel tenía hasta una fina capa de aluminio por dentro para proteger de la alomancia emocional.

Bueno, seguro que aquella idea del balonmorro por fin lo arruinaría. Al fin y al cabo, era la peor idea que había tenido jamás, y Wayne era tonto de remate. Hizo dar vueltas al sombrero sobre su índice extendido y se puso a pensar. ¿Y si Wax descubría que era rico? O peor, ¿y si se enteraba Marasi? Estarían recordándoselo hasta el herrumbroso final de sus días.

Espigado Aburrido se ahuecó el cuello de la camisa.

—¿De verdad quiere que… estudiemos la aplicación de castigos más físicos en, hum, parte de su personal?

—Qué va —dijo Wayne—. Tanto estudiar por qué se mueven las cosas tiene que ser un asco.

—Señor —dijo Bajito Aburrido—, ¿qué hay de las provisiones de su fideicomiso? Querríamos hablar de las más inusuales que introdujo.

—No. Siguiente.

—Su vivienda actual…

—¿Waxillium le ha confirmado ya que comprende haberle transferido a usted todos sus derechos de imagen cuando firmó aquel...?

—No. Siguiente.

—¿Su flota automovilística?

Eso sí que le gustaba.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha salido un nuevo modelo de Victori —dijo Bajito Aburrido.

Le enseñó una lámina. El vehículo no tenía techo. Se podría conducirlo y escupir al viento, si uno quería.

—Caray, sí que me gusta —dijo Wayne—. Compradme uno.

—Por supuesto, señor —respondió Bajito Aburrido—. ¿Cuántas participaciones de la empresa debemos adquirir?

Wayne lo miró con los ojos entornados.

—Os veo las intenciones.

Los dos le pusieron cara de inocente.

—No más de un cinco por ciento —dijo Wayne—. Y cuando la gente que juega a balonmorro se haga famosa, que conduzcan los coches de un lado a otro para que se hagan más populares y tal. Ah, y tendríamos que llamar al deporte otra cosa que no sea balonmorro. Y a lo mejor dejar que haya nacidos del metal en los puestos de corredor. Y en el de portero. Así será más interesante.

—Como desee, maese Wayne.

Siguió dando vueltas al bombín sobre el dedo. «Nunca he conocido a nadie capaz de meterse tan bien en la cabeza de los demás como Wayne». Hasta se metía en la cabeza de unos contables.

¿Podría meterse en la de una chica que lo odiaba?

Para empezar, Wayne tenía que recordar lo que había hecho. Merecía ese dolor.

Pero ¿lo merecía ella? Cerró los ojos, pensando en lo que debía de ser verlo llegar con la cabeza gacha cada mes. Ya estaba ahí otra vez ese hombre tan horrible. ¿Por qué no me deja seguir con mi vida?

«Acabará entendiéndolo».

¿Y si no quería?

Maldición. Demasiado tarde.

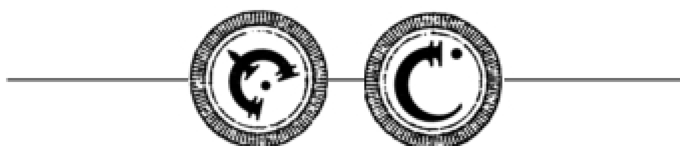
—Oye, Call —dijo, abriendo los ojos y mirando a Bajito Aburrido—. Necesito que os ocupéis de una entrega. Hay que pagar una cantidad de dinero a una joven y su familia. Eh… cada mes. Ahora tiene una hija y necesita que le llegue el dinero en su momento. Se supone que debo entregárselo en persona, pero… cada vez estoy más ocupado. Sí, demasiadas cosas que hacer, ya sabéis.

—Tenemos a muchos clientes con necesidades similares, maese Wayne —respondió Bajito Aburrido—. Apúntenos las señas y nos encargaremos de que se haga con discreción.

¿Por qué había tenido que decirlo así? Bueno, en todo caso, Jaxy tenía razón. Si Wayne iba a estar muerto, al menos sería de los que tenían la decencia de no salir arrastrándose del bosque y comerse a la gente durante las tormentas.

Hasta los cadáveres necesitaban unos valores morales.

17



Steris creía que se le iba dando mejor comprender a los demás. Al principio había supuesto que todo el mundo tenía las mismas preocupaciones que ella, pero ocultaban su ansiedad de maravilla. Con el paso de los años, había comprendido algo aún más increíble: que la gente no sentía esa ansiedad, sin más.

No tenían una preocupación continua e insistente al fondo del cerebro que les susurraba que habían olvidado algo importante. No pasaban horas pensando en los errores cometidos y en cómo podrían haberse preparado mejor. Vivían en un estado perpetuo a medio camino entre una feliz satisfacción y una temible ignorancia.

Luego Steris se había hecho más mayor. Se había casado con Waxillium. Había entablado amistades, de las verdaderas, y había ido ganando comprensión. Cada cual veía el mundo a su manera, y el Superviviente había creado a las personas para que se complementaran entre ellas. Metal y aleación. Un empujón para cada tirón.

Los demás reaccionaron a la explosión del sótano con una extraña actitud de emoción y ansia, casi compitiendo unos con otros por llegar a la puerta. Pero ¿y si la escalera se había desestabilizado? Steris tenía toda una lista de protocolos a seguir si se producía una detonación en el laboratorio, a la que había dedicado tres noches enteras.

Les tenía mucho aprecio. Por eso quiso gritarles una advertencia, retenerlos a salvo, prohibirles que se arriesgaran. Pero también sabía lo radical que se ponía a veces. Esa había sido su mayor revelación de los últimos años, en la que habían colaborado las conversaciones con las mujeres de su grupo de lectura. Algunos preparativos que hacía

sobrepasaban lo útil. Comprender dónde estaba esa línea era crucial para comprenderse a sí misma.

Y tuvo que reconocer que ese día los demás mostraron *algo* de sentido común. A instancia suya, dejaron que VenDell entrara en primer lugar, ya que una caída no le haría daño. Wax fue el siguiente, ya que más o menos podía volar si los peldaños se derrumbaban. Esperaron un momento al pie de la escalera antes de abrir la puerta reforzada, por si explotaba algo más.

—¡Esperad! —dijo Steris, y metió la mano en el bolso—. Mascarillas.

Distribuyó las protecciones de tela a los demás, incluso a Allik, ya que su máscara de madera no filtraba el aire. Todos las aceptaron distraídos, o incluso poniendo un poco los ojos en blanco. Todos excepto Wax, que le sonrió mientras se la ponía.

A él le gustaban los preparativos de Steris. Los encontraba encantadores. Pero además de eso, los agradecía. La veía como una persona útil, no quisquillosa.

—¿Qué hay en tu lista de precauciones para una explosión? —le preguntó.

Steris sintió la calidez de su afecto mientras sacaba su cuadernillo de emergencias domésticas. Sí, sabía que a veces se ponía radical. Pero al mismo tiempo, crear aquellas listas le resultaba terapéutico. Sus miedos remitían después de apuntarlos. Si se le ocurría algo, lo catalogaba y pensaba en ello, ese algo dejaba de tener poder sobre ella y pasaba a estar bajo su control.

—Ácidos en el suelo —leyó—. Si se mezclan, podrían producir gases venenosos. Esquirlas de cristal. Explosiones secundarias, en particular de armonium desprotegido. Son las tres cosas que más temo.

Wax pensó un momento.

—Marasi —dijo mientras abría la puerta hacia dentro—, he hecho pruebas con dos ácidos, clorhídrico e hipocloroso.

—¿Y eso significa…?

—Gas cloro —respondió Wax.

VenDell agarró el brazo de Marasi. Los kandra tenían mucha manía a los ácidos.

Para sorpresa de Steris, hicieron caso a lo que propuso. Como los potentes ventiladores que habían instalado en el sótano no funcionaban, dejaron que trajera otro de una habitación y lo pusiera en marcha.

Regresaron todos escalera arriba y salieron de la mansión mientras el aire del sótano se renovaba. Cuando volvieron a bajar, todos se pusieron la mascarilla sin protestar y dejaron que Steris comprobara la pureza del aire con un reactivo. Luego pisaron con cuidado mientras inspeccionaban el sótano.

La puerta de la caja segura se había ido de excursión por el laboratorio y estaba incrustada en el grueso hormigón de la pared opuesta. El acero de la caja estaba destrozado y era irrecuperable. Y en cuanto al resto del laboratorio…

Bueno, al parecer Steris tendría que encargar un espectroscopio nuevo. Y un centrifugador. Y unos cuantos matraces. Y… eh… y paredes nuevas.

Resistió el impulso de ponerse a barrer el cristal del suelo para que no lo pisara nadie. En vez de eso, se pegó a Waxillium. Quizá su marido descubriera algo interesante.

—Herrumbres —dijo él al llegar a los restos de la caja segura—. Esto había resistido detonaciones de hasta ochenta y cinco gramos de armonium. Para este experimento he usado menos de la décima parte de eso.

Extendió el brazo hacia la parte superior de lo que quedaba de la caja.

Steris le puso un guante delante de la cara.

—Es verdad —dijo él.

Se lo puso para palpar por encima de la caja de acero rota. Al sacar la mano, en el guante había unas virutas negras, un fino polvo metálico. VenDell llegó junto a ellos. Marasi estaba examinando la puerta de la caja segura y Allik había subido a por una escoba y estaba barriendo los cristales.

A Steris ya le caía bien Allik de antes, claro, sobre todo por cómo trataba a su hermana. Pero en ese momento, su apreciación por él se incrementó un punto más.

—Tenemos que hacer pruebas a estas raspaduras —dijo Wayne—. Pero no creo que sean de atium ni de lerasium. Parecen restos de hierro del material de laboratorio.

Steris las guardó en bolsitas para muestras de todos modos. Waxillium se agachó, metió la cabeza en la caja rota de la pared y usó una pequeña lima que llevaba en el bolsillo para recoger algo que todavía humeaba dentro.

—Es armonium —informó, y Steris le acercó un vial con aceite para que

lo metiera—. Está pegado por toda la pared de atrás. Creo que… el experimento ha fallado. El armonium no se ha dividido.

—En realidad —dijo VenDell—, creo que habéis logrado algo muchísimo más peligroso. —Sacó una pequeña libreta—. ¿Cuánto armonium habíais metido ahí? ¿Unos gramos?

—Como medio gramo.

—Y esta fuerza explosiva —dijo VenDell—, esta capacidad de destrucción… ¿proviene de una muestra así de pequeña? Sería posible, pero solo si…

—¿Solo si qué? —preguntó Wax.

—La explosión no la ha provocado la división del metal —dijo VenDell —. Si se ha liberado tanta energía, solo puede ser porque parte de la Investidura o de la propia materia se ha transformado en energía.

Pareció reparar en lo perplejos que estaban todos y siguió hablando.

—Creo que ya les he dado las suficientes explicaciones sobre la naturaleza de la Investidura. Es una materia de estudio por la que tengo un interés particular, junto con mi conocimiento avanzado sobre los cráneos, que…

—No está en venta —le recordó Wax.

—El mío sí —dijo Steris.

Los dos la miraron.

—¿Para qué lo quiero después de muerta? —preguntó ella—. Parece mejor tener ya el dinero.

—Como siempre digo —respondió VenDell—, a lo efímero de su especie le sobreviven los hermosos cascarones internos que crean. Como los medallones de arena del océano, así son los huesos del ser humano: un testimonio duradero de su presencia en Scadrial. Concretaremos las condiciones de la venta más adelante, lady Ladrian.

»Por el momento, les haré un breve resumen. En el Cosmere todo está compuesto por una de tres esencias. La primera es la materia, las sustancias físicas que nos rodean. Está formada por ejes, que son las porciones más pequeñas posibles que conocemos.

—¿Y hay cosas que… no son materia? —preguntó Steris.

—Por supuesto —dijo el kandra—. Está la energía. —Señaló hacia el techo, donde aún funcionaban dos plafones de luz incrustados y reforzados —. Electricidad, calor, luz… Su especie está empezando a dominar la

energía bastante bien en los últimos tiempos. Me alegro por ustedes. Es muy moderno.

—¿Y la tercera esencia? —preguntó Wax.

—La Investidura. La esencia de los dioses. Todo tiene un componente Investido, por lo general inaccesible a menos que se posean ciertas capacidades. Cuando usted quema metales, lord Ladrian, extrae Investidura directamente del Reino Espiritual y la emplea para hacer un trabajo. Del mismo modo aproximado que la energía hace un trabajo en esas lámparas. Pero la idea clave es la siguiente: la Investidura, la materia y la energía son fundamentalmente lo mismo.

—Me dio… esa impresión, una vez —dijo Waxillium con expresión distante—. Cuando usé los Brazales. Sentí que todo era una misma sustancia.

—¡En efecto! —respondió VenDell—. Y su estado puede cambiar de una a otra. La energía puede transformarse en Investidura. Es en lo que se basa la feruquimia. La Investidura puede transformarse en materia. De ahí viene el armonium. Y la materia también puede convertirse en energía.

—¿Y un ejemplo de eso sería…? —preguntó Steris.

VenDell señaló con el mentón el laboratorio destruido.

—Acabamos de presenciarlo, en mi opinión. Hay una cantidad increíble de energía atrapada dentro de la materia. Aquí han conseguido liberar parte de ella. Solo una pequeña cantidad de lo que habían introducido en esa caja, pero eso es lo que han hecho. Si encontraran la forma de liberar todo su potencial… Bueno, Armonía dice que ese poder destructivo le da miedo. Mucho miedo.

—Y con razón —dijo Waxillium—. Porque esto ha sido fácil de conseguir. Demasiado fácil.

—Bueno —respondió VenDell—, han hecho falta dos sustancias muy difíciles de conseguir. Y una gran cantidad de energía, ¿me equivoco?

—Una cantidad enorme —reconoció Wax—, para una muestra tan pequeña. Haría falta una exageración de electricidad para hacerlo a mayor escala. Pero el potencial destructivo…

—Exacto. —La piel de VenDell… no solo había palidecido, sino que hasta se había vuelto traslúcida—. Debería informar de esto. Si no les importa, estaré arriba comulgando con Armonía. Disculpen.

Waxillium lanzó una mirada a Steris.

—¿El peor de los casos? —le preguntó.

Steris se lo planteó. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Le resultaba bastante evidente.

—¿Y si el Grupo ya está al tanto de esto? —sugirió—. Dice Marasi que ese hombre, antes de morir, ha mencionado devolver la ceniza a la Cuenca. ¿Es posible que planeen hacer estallar bombas?

Wax asintió, adusto. Era lo mismo que había pensado él.

—Si el Grupo ya ha descubierto esta reacción —dijo Steris—, tuvo que ser por casualidad, o mediante un experimento como el nuestro. Quizá haya registros al respecto.

—Podríamos investigar si se han producido detonaciones sin explicación en las ciudades exteriores —propuso Wax—. Es buena idea. Devolver la ceniza… ¿Y si pusieran un explosivo como este en algún viejo monte de ceniza? ¿Sería posible volver a activarlos?

—Suena aterrador —dijo Steris, con una profunda sensación de náusea. ¿Cómo era que nunca se había planteado esa posibilidad? Tendría que preocuparse de hacer planes. Pero lo primero era lo primero—. Pediré a la biblioteca que nos envíe pasquines de las ciudades exteriores al ático. Empecemos por ahí.

Wax asintió.

—Marasi podría darte acceso también a los registros de comisaría.

Era una sugerencia excelente. Steris echó a andar hacia el fondo de la estancia, pasó al lado de Allik, que había encontrado restos de sus galletas pringados en la pared, y llegó junto a Marasi. Había sido… agradable pasar más tiempo con ella en los últimos años. La infancia de ambas no siempre había sido favorable al afecto entre hermanas. El padre de las dos, que se había retirado a una finca en el campo, siempre se había avergonzado de que Marasi fuera ilegítima. Y Steris siempre había temido que Marasi lo viera como un defecto propio y no como uno de su padre.

Marasi parecía ensimismada, aunque Steris no comprendía por qué la fascinaba tanto la puerta rota de la caja segura. De todos modos, se quedó callada para no interrumpirla. El silencio nunca había molestado a Steris. Era una experiencia puramente neutral.

—Qué rápido está cambiando el mundo —susurró Marasi por fin—. Casi no me he acostumbrado aún a la luz eléctrica, no digamos ya a las

aeronaves. Luego está ese dios… que viene de otro mundo. Y ahora, este explosivo, del que basta una pizca para destruir un sótano entero.

—A mí también me preocupa —dijo Steris—. Ojalá hubiera sido posible anticipar los acontecimientos recientes.

—Hace que me pregunte —prosiguió Marasi— por qué estoy dedicándome a los casos de asesinato y los delitos básicos. Comprendo que son importantes… pero ahí fuera hay gente, Steris, que es consciente de todas estas cosas. Que está maniobrando para cambiar el destino de planetas enteros. Y que yo sepa, no hay nadie que los vigile. Seguro que están encantados de que nos dediquemos a perseguir a delincuentes comunes y los dejemos en paz.

—Por eso estás persiguiendo tú al Grupo —dijo Steris, asintiendo—. Por eso te entregas tanto a ello, cuando en comisaría casi todo el mundo cree que exageras un poco.

Marasi soltó una risita.

—Es cosa de familia, supongo.

Steris sonrió y entonces se sintió ridícula, porque Marasi no lo vería tras la mascarilla. Pero antes de que pudiera decir nada, Waxillium se hizo estallar a sí mismo.

Fue una detonación mucho más pequeña, por suerte, pero sí que tuvo la potencia suficiente para echarlo hacia atrás y derribarlo. Steris corrió hacia él, preocupada, y lo encontró aturdido pero más o menos ileso. Cogió el brazo de Steris mientras se incorporaba, sacudiendo la cabeza, con su bonito chaleco, nada menos que un Versuli, desgarrado y chamuscado. El mandil que le había dado Steris lo había protegido un poco.

Wax se quitó el hollín de la ropa. Aunque no le gustaba nada reconocerlo, se estaba haciendo mayor. Una explosión a los veinte años era algo muy distinto de una explosión a los cincuenta.

—¿No habías mencionado algo sobre explosiones secundarias? —le preguntó.

—Estaba en mi lista —susurró ella.

—No pasa nada —dijo él, dándole unas palmaditas en la mano—. Estoy bien. Es que he hecho una tontería. Estaba recogiendo el armonium que se había pegado al fondo de la caja segura. Es demasiado valioso para dejarlo ahí, pero debe de haber reaccionado con el aire o con algún líquido de un experimento anterior.

Estornudó y luego dedicó a Steris una sonrisa tranquilizadora. No había ni rastro de su mascarilla. La explosión se la debía de haber arrancado.

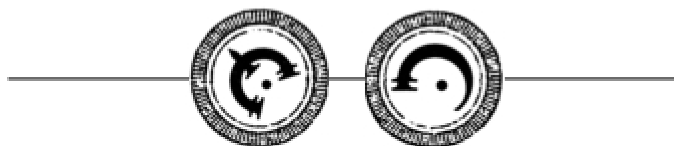
Steris ocultó su inquietud. Al casarse con Waxillium Ladrian, se había jurado una cosa a sí misma: jamás dejaría de preocuparse por él, pero lo que no haría era impedirle ser la persona que quería ser.

Cada vez que Wax se decidía a investigar algo, aterrorizaba a Steris. Pero ella no permitía que eso controlara su forma de tratarlo. Steris *no* iba a ser un obstáculo. Lo amaba demasiado. En vez de eso, hacía lo posible para integrarse en su mundo. Daba mucho menos miedo que le dispararan que quedarse en casa preguntándose si estarían disparándole a él.

Y jamás podría agradecer lo suficiente que Wax, a cambio, intentara integrarse también en el mundo de ella. Se había interesado más por la política. Pasaba tiempo con ella repasando las finanzas. Encajaban bien juntos, más de lo que Steris habría soñado jamás. Y aún notaba un cosquilleo cada vez que se tocaban.

—Preparemos un poco de té —dijo Wax, poniéndose de pie con su ayuda — y démosle un par de vueltas a todo esto.

18



Marasi se acomodó en el sofá, con los oídos todavía pitándole por la segunda explosión. Allik se sentó a su lado, enmascarado. Tendía a bajarse la máscara cuando mascaba chicle, como estaba haciendo en ese momento. Masticar a la vista de otros era un tabú cultural para él, lo cual no dejaba de sorprender a Marasi. Si había una actividad para la que debería ser normal levantarse la máscara, era comer.

Aun así, entrelazó el brazo con el de él y Allik le apoyó la cabeza en el hombro. Herrumbres, qué agradable era tenerlo siempre cerca últimamente. Los primeros años de su relación habían sido frustrantes de dieciséis maneras distintas.

Mientras esperaban a que VenDell terminara de informar a Armonía, Wax les contó que había subido a la aeronave y conocido al nuevo embajador. Marasi notó que Allik se tensaba al oír la descripción del hombre.

—Es Daal el Primario —explicó Allik a los demás—. Es muy… respetado por las Huestes.

—Se le notaba que tenía peso político —dijo Wax.

—No, Wax —repuso Marasi—. Respetado por las Huestes significa que ha ganado batallas.

—Entonces, su llegada sí que es una amenaza —dijo Steris, acurrucada contra Wax con su cuaderno en la mano, sin zapatos, sus pies cubiertos por medias a un lado sobre el sofá en una postura que hasta parecía relajada.

«Cuánto ha cambiado», pensó Marasi. Aún recordaba un tiempo en el que Steris jamás se habría atrevido a descalzarse estando acompañada. Se

habría sentado en una postura intachable, esforzándose por mantener el platito y la taza de té perfectamente horizontales.

Marasi siempre había querido a su hermana, incluso cuando se habían interpuesto entre ellas el resentimiento o la distancia forzada, pero nunca había considerado a Steris una persona agradable. Por lo menos, no hasta los últimos años. En parte se debía a que Steris había cambiado, pero también a que Marasi había comprendido que las dos habían soportado siempre las mismas cargas, la misma sensación de estar atrapadas.

—Yo no diría que es una amenaza, Steris —respondió Allik—. O si lo es, no es explícita. Pero si de verdad es él, si por fin han fundado el Consorcio y los cinco países han acordado mirar al norte con una sola cara, entonces el nombramiento es… un símbolo, tal vez. Os envían al mejor de todos. Y quieren que lo sepáis.

—Al mejor —dijo Wax— y al más severo, supongo. Desde luego es más inflexible que su predecesora.

—Sí, oh, Adjetivador —asintió Allik—. Quieren que sepáis que no se dejarán atemorizar.

—Me ha dicho —les contó Wax— que entre sus objetivos está devolver los Brazales de Duelo a su pueblo. ¿Sigue siendo un asunto candente?

—No te haces una idea —dijo Allik—. Que aceptáramos dejar aquí los Brazales es como… como si os hubiéramos confiado el cuerpo de nuestro difunto padre, ¿sí? Un cuerpo que también es un arma poderosa. Esa decisión no gustó nada. Enviar aquí a Daal para que exija recuperar los Brazales… es un símbolo, ¿sí? Es como una declaración. Piensan que han sido demasiado permisivos con vosotros y están indicándoos que esa permisividad se acabó. —Se removió inquieto y se levantó la máscara—. Lo siento.

—Esto no lo has elegido tú, Allik.

—No —respondió él—, pero tampoco he elegido que no se haga.

—Claro que sí, cielo. —Marasi le apretó el brazo—. No tienes que responsabilizarte tú de todo.

Allik le sonrió y se bajó la máscara. El sonido de pisadas anunció lo que Marasi creyó que sería VenDell regresando, pero entonces fue Wayne quien irrumpió en la sala de estar.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Habéis saltado todos por los aires sin esperarme?

—Ha saltado Waxillium —concretó Steris—. Los demás solo hemos sido

testigos. Yo creo que lo ha hecho aposta para chincharte.

—Herrumbres, seguro que sí —dijo Wayne mirando a Wax con los ojos entornados—. ¿Estás bien, socio?

—Me pitan los oídos —respondió Wax—, y esto me ha recordado muy a las claras que ya hace como mínimo dos décadas de mis mejores años para meterme en explosiones. Pero creo que estoy bien.

—Me alegro de que hayas vuelto, Wayne —dijo Marasi, inclinándose hacia delante—. Porque tenemos que hacer planes.

—Sí, me alegro de volver —murmuró él—. Ser el quinto en discordia es el sueño de cualquiera, ya lo creo.

Fue a la mesita auxiliar, sirvió una taza de té, dejó allí la taza y se acomodó en un sillón con la tetera en la mano.

—¿Qué pasa? —dijo al ver que todos lo miraban—. Ya casi no quedaba, y me gusta el pitorro este. Es divertido beber de ahí.

Hizo una demostración y Steris se llevó la mano a la cara. Marasi suspiró, pero no dijo nada. Si Wayne estaba sentado, era menos probable que robase nada. Comprobó que aún tenía la cartera de todos modos.

—Muy bien —dijo a los demás—, tengo el esqueleto de un plan. Nos haremos pasar por el ciclo y llevaremos a una banda de aquí con una entrega para Bilming.

Wax echó la espalda hacia delante.

—¿Seguro que no basta con interrogar a los presos que ya tenemos?

—Parecían secuaces de la zona —dijo Marasi.

—Que apenas sabrán nada —convino Wax—. Te interesa llevar a alguaciles a la redada, por si hay que capturar a algún nacido del metal.

—No paro de insistirle a Reddi en que necesitamos un equipo especializado —dijo Marasi—. Una brigada que solo se ocupe de los nacidos del metal. Pero se resiste. Creo que… para él esa brigada somos nosotros.

Con esas palabras en el aire, por fin llegó VenDell, negando con la cabeza.

—Tengo orden —dijo— de ponerme a vuestro servicio para vuestros planes actuales, con la máxima urgencia.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Marasi—. ¿Sabe algo sobre la explosión?

—Está… preocupado. —El kandra calló un momento—. El trellium tiene

un efecto de repulsión sobre otras formas de Investidura. Solo ponerlo en contacto con el armonium ya es peligroso, pero lo que han hecho ustedes, calentar y estirar antes el armonium, ha provocado lo que él llama «una trasferencia materia-energía Investida». Es algo… muy peligroso.

—¿Se ha sorprendido al enterarse? —preguntó Wax—. ¿Armonía parecía impresionado de que hayamos podido hacerlo, o ya se lo esperaba?

—No sé —respondió VenDell—. Solo ha dicho lo que acabo de transmitirles. Aventurar más allá de eso… Bueno, Armonía es alguien difícil de interpretar, no creo que haga falta que lo señale. ¿Le ha enviado una nota, lord Waxillium?

—Sí —dijo Wax—. Creo que insinúa que debería hacerme un pendiente de trellium.

—¿Para qué? —preguntó Marasi, frunciendo el ceño.

—Ni idea —dijo Wax—. Parece que quiere llamar mi atención, supongo que porque he rechazado el último par de invitaciones a comulgar con él.

—Esta vez es diferente, Waxillium —afirmó VenDell en voz baja—. Esta vez… Armonía está asustado.

La sala quedó en silencio, aparte de Wayne sorbiendo té por la boquilla de la tetera. Marasi creyó ver que le añadía algo salido de su petaca y procuró no asquearse mucho. ¿Quién le echaba alcohol al té?

«Está sufriendo —pensó—. La ruptura es definitiva». Herrumbres, a pesar de todo lo demás que estaba ocurriendo, decidió buscar tiempo para llevarlo a aquel restaurante de fideos que tanto le gustaba. Invitar a unos cuantos agentes de los que le caían bien, recordarle que tenía amigos.

—La redada tiene que ser pronto —dijo en voz alta—. Según el cuaderno, el próximo envío a Bilming sale dentro de tres días, y quiero estar preparada.

—Es buen plan, Marasi —la felicitó Wax—. Steris y yo tenemos algo en lo que trabajar mientras lo preparas.

—¿Hablar con Armonía? —preguntó ella.

—Puede —dijo él, aunque con tono distante—. Aún no he decidido si voy a responderle.

A Marasi le llamó la atención que Wax no hubiera sugerido incorporarse a la misión. Le habría dejado apuntarse, pero últimamente no terminaba de entender bien cómo pensaba. Que hubiera colgado aquellos gabanes de los Áridos en la entrada daba cierta sensación conclusiva, como de santuario a

su antigua vida. Sin embargo, cuando había llegado el momento de renovar o no su condición de alguacil en funciones, había pedido a Reddi que la mantuviera.

Wax miró a Steris, que estaba apoyada en él mientras tomaba notas.

—Hace un rato se nos ha ocurrido una cosa —dijo Wax a Marasi—. Es crucial que sepamos si el Grupo ha descubierto el potencial explosivo de mezclar armonium con trellium. Investigaremos un poco, a ver qué encontramos.

—Me parece bien —respondió Marasi, asintiendo.

Bueno, eso lo confirmaba. Unos años antes, Marasi tal vez se hubiera alegrado de saber que Wax se apartaría de su investigación, pero desde entonces había aplastado ese sentimiento. Estaba orgullosa de no permitir que la sombra de Wax, por muy alargada que fuese, empañara sus propios logros. Además, ya había tenido ocasión de ocupar el papel de heroína en lugar de Wax, cuando había usado los Brazales de Duelo antes de entregárselos. Pero Marasi no era así, y punto.

Por eso se entristeció al saber que Wax no iba a acompañarla. Hasta se preocupó un poco, al darse cuenta de que había asumido que estaría con ella. Si de verdad era posible que detuvieran a miembros de alto nivel del Grupo… bueno, aquello podría hacer avanzar mucho la investigación. Y llevarla a las respuestas.

Pero… Marasi no podía obligarlo. No debería. Si Wax no se notaba tan vigoroso como antes, ¿quién era ella para ponerle pegas?

—Iré a escuchar un poco más a esa gente de la cárcel —dijo Wayne—. VenDell, ¿te vienes conmigo? Podría darte unos consejillos sobre tu acento.

—Maese Wayne, soy un kandra inmortal con siglos de experiencia en suplantación de identidades.

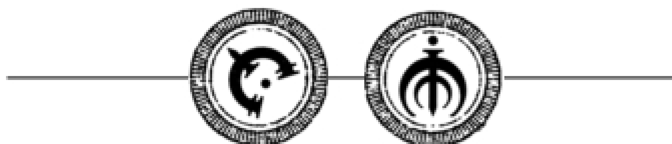
—Y siempre suenas socarrón y de clase alta —dijo Wayne—, en todos los cuerpos que te he visto usar. Así que ¿quieres unos consejos o no, compadre?

—Eh… —VenDell suspiró—. Lo cierto es que Armonía me ha dado la orden directa de dedicarme a esto. Puaj. Trabajar sobre el terreno es de un mal gusto inenarrable. Pero parece que no puedo negarme.

Marasi miró a Wax, que se había reclinado en el sofá, pensativo. Tenía en la mano el sobre que le había enviado Armonía.

—Pues nada —dijo Marasi—, a trabajar.

19



Tres días más tarde, Wax estaba de pie en su estudio del ático, mirando al oeste hacia Bilming. Esa noche no había bruma. Le parecía que llevaba semanas sin verla.

Los preparativos para la redada de Marasi habían ido bien. En la libreta había instrucciones claras de cómo hacer la entrega. Con la información extraída de los interrogatorios, Marasi había localizado los mismos camiones que los presos iban a utilizar. Tenía la vestimenta exacta de los detenidos y VenDell interpretaría a su líder. Wayne, con uno de sus mejores disfraces, estaría a su lado para ayudar a que colara. Hasta los contenedores de mercancía eran reales.

Partirían en algún momento de esa misma noche. Wax no se acercaría a despedirse de ellos, claro. Podría llamar la atención, y Marasi había tomado toda medida concebible para asegurarse de que el enemigo no descubriera su treta.

«No les pasará nada —se dijo—. Sus disfraces son excelentes y Marasi es de lo más capaz».

Aquello era la Cuenca, no algún pueblo descarriado de los Áridos. Marasi disponía de los mejores alguaciles de la ciudad, y también de abundantes recursos. No le hacía ninguna falta un viejo lanzamonedas con una pistola descargada que aún tenía dolores por haber hecho explotar su laboratorio como un idiota unos días antes.

Aun así, Wax se quedó allí, mirando por los amplios ventanales de su pequeño estudio en el ático. En los últimos años había sido emocionante observar cómo la ciudad iba electrificándose. Tenía evanotipos guardados del proceso, que había tomado cada pocos meses desde aquel punto de vista

elevado. Una cuadrícula de luces y calles, de hogares resplandecientes con la apacible luz del progreso, cada uno añadiendo otra estrella titilante a la constelación de Elendel. ¿Llegarían las luces a extenderse tan lejos que en algún momento desterraran por completo la oscuridad?

Steris llegó junto a él y le ofreció una taza de té.

—Con sauce pulverizado —le susurró—, para los dolores.

—Siempre estás en todo —dijo él, y dio un sorbo—. ¿Qué tal los niños?

—Durmiendo. Deberíamos poder volver al trabajo.

Regresaron juntos a la sala de estar, donde casi hasta la última superficie estaba requisada para sostener montones de pasquines. Podrían haber contratado a investigadores para extraer de ellos la información relevante, pero ¿por qué dejar la diversión a otros?

Y de verdad era una diversión. No del tipo que a Wax le había gustado en otro tiempo, pero la diversión era la compañía en la misma medida que la actividad. Se sentaron los dos en el suelo, porque todos los asientos tenían periódicos encima, y siguieron leyendo. Buscando cualquier mención de explosiones en las ciudades de toda la Cuenca.

Para pasar el rato, también buscaban cosas que les hicieran gracia.

—«Paquidermo pringoso practica al piano» —dijo Steris, levantando un pasquín—. ¿Por qué siempre usan la palabra «paquidermo» para hacer esas aliteraciones?

—¿Porque es graciosa? —repuso Wax con una sonrisa—. ¿Por qué está pringoso?

—Por lo visto, estaba metido en una charca —dijo Steris—. Me parece muy traído por los pelos.

Wax levantó su propio titular.

—«Niño come alquitrán, su madre le da rata como antídoto».

—Venga ya, no puede ser verdad —dijo ella, quitándole el periódico de la mano.

Sin embargo, era una historia real, y publicada por una cabecera respetable. Resultaba que hasta las fuentes más intelectualoides se rebajaban a publicar algún artículo sensacionalista para vender ejemplares los días de pocas noticias. Steris sonrió y dejó la hoja en su pila de titulares graciosos.

Para su verdadera búsqueda, Steris tenía un sistema, porque cómo no iba a tenerlo. Al principio leían solo los titulares, pasando deprisa las páginas a

la caza de ciertas palabras en letras gruesas o grandes. Cualquier cosa que pareciese prometedora iba a su propio montón. Pero no se leía el artículo, todavía no. Los textos se leerían todos juntos más adelante, para compararlos entre ellos y cribar todavía más.

Ya casi habían terminado con la última remesa de pasquines, que les habían llevado ese mismo día. A Wax le gustaba, sobre todo por pasar tiempo con su esposa, aunque aún parecía estar sufriendo las secuelas de la explosión. La vista le hacía cosas raras, se distorsionaba a veces durante un segundo o dos. Y su mente no dejaba de engañarlo, haciéndole creer que vislumbraba líneas alománticas azules sin estar quemando metal.

Hizo a un lado la preocupación por su salud y, desde luego, no dijo ni una palabra al respecto. No quería preocupar a Steris. Ya había sobrevivido a otras explosiones. Aún le dolía la mano por aquella detonación en la mina de Playa de Polvo, y…

—Aquí hay uno —dijo Steris, enseñándole un titular serio—. Estallido en una estación ferroviaria.

Wax se rascó la barbilla mientras leía.

—Parece que es por un fallo en una caldera. No es muy sospechoso.

—¿Podrían estar encubriendo algo?

Wax negó con la cabeza. Le parecía un lugar muy poco adecuado para hacer experimentos metalúrgicos. Demasiada gente cerca… aunque él mismo hacía sus pruebas en el sótano de una mansión. Así que tampoco podía estar seguro.

Steris lo dejó en la pila de «Quizá» mientras Wax colocaba el titular que había estado leyendo, sobre un incendio que a todas luces había provocado un relámpago, en la de «Improbables». Ninguno de aquellos sucesos terminaba de encajarle, lo cual debería ser motivo de alegría. Quizá sus enemigos no hubieran descubierto la interacción explosiva entre el armonium y el trellium.

Por desgracia, las investigaciones como aquella podían volverse muy frustrantes por ese preciso motivo. Wax no quería encontrar pruebas, porque hacerlo confirmaría sus temores. Pero si no sacaban nada en claro, nunca sabrían si era porque no existían esas pruebas o porque las habían pasado por alto.

—¿«Culebra come caracoles cimbreantes»? —se sorprendió Steris,

enseñándole uno de su pila de divertidos—. Es increíble lo mucho que les gusta hacer ese numerito.

—¿Las culebras comen caracoles? —preguntó él.

—Se ve que esta sí.

Steris sonrió, y por Conservación, cómo adoraba Wax esa sonrisa. Se descubrió deseando que no estuvieran haciendo aquello por algo tan importante.

«Cenizas cayendo de nuevo», pensó con un estremecimiento. Había imaginado muchas veces lo que debía de ser vivir en los días mitológicos previos al Catacendro. Cuando la Guerrera Ascendente y el antepasado lejano del propio Wax, el Consejero de los Dioses, recorrían la tierra. Cuando la gente se movía a través de los relatos como el sol tras las nubes un día encapotado.

En aquellos tiempos, el mundo se moría. La ceniza había sido su piel, descascarillándose a medida que el mundo se desintegraba…

Wax suspiró, se frotó los ojos y volvió a ver aquellos extraños destellos azules. Menos mal que la infusión empezaba a hacerle efecto y el dolor de cabeza por fin remitía.

—¿Wax? —dijo Steris en voz baja—. ¿Querrías haber ido con Marasi y Wayne?

—No les pasará nada —respondió él—. No me necesitan.

—No te he preguntado eso, amor —dijo ella con suavidad.

Wax pensó un momento. Luego negó con la cabeza.

—No, Steris. De verdad que no. Me di cuenta el otro día. Ya he… superado esa etapa de mi vida. De verdad me da la impresión de que eso se acabó.

Salvo por una cosa. Por el hecho de que su hermana estaba implicada. Por ahí fuera. Peligrosa.

La mayoría de las familias tenían sus trapos sucios. Y casi todas eran lo bastante sensatas como para no airearlos. Pero los de la familia de Wax suponían una amenaza para la Cuenca entera.

Cenizas cayendo de nuevo…

Pero era cierto que sentía que aquello se había acabado. Que estaba listo para pasar página. Así que enseñó a Steris un artículo sobre varias ventanas rotas en la ciudad de Demoux. Parecía ser culpa de un pequeño tornado, un primo menor de los más terribles que asolaban los Áridos. ¿Podría ser

indicativo de un repentino cambio de presión, como el que provocaría un estallido?

Lo dejaron en el montón de «Improbables». Por desgracia, al cabo de una hora más estaban llegando al final de las pilas sin haber encontrado ni una sola pista decente. Solo muchas posibilidades muy inverosímiles.

Steris lo observó mientras Wax colocaba otro pasquín en la pila de «Improbables». Él sabía lo que estaba pensando, aunque no le insistiera.

—Sí que hay una cosa —reconoció—. Mi hermana. Debería ser yo quien me encargara de ella. Pero tengo un trabajo importante que hacer aquí en Elendel. Y además, ahora ya no soy ese hombre.

—¿Es necesario que seas *ese* hombre o *este* hombre? —preguntó ella.

—Debo tomar decisiones. Igual que todo el mundo.

—¿Y cuando volviste a Elendel, al principio? —dijo Steris—. ¿Cuando decidiste renunciar a tus pistolas por primera vez?

—Esto es distinto —explicó él—. En aquella época estaba huyendo de mí mismo. Dejé de huir hace seis años, en las montañas, Steris. Esto es lo que quiero. Esto es quien quiero ser. Soy feliz aquí.

Steris se acurrucó contra él, una firme calidez en el costado.

—Bien, siempre que sepas —le susurró— que no tienes por qué ser uno o el otro. No es necesario que te veas a ti mismo como dos hombres, Wax, con dos vidas diferentes. Esos hombres son la misma persona. El hombre al que amo.

Wax meditó sobre ello, recordó aquellos días en los que había vuelto a Elendel decidido a dejar atrás su pasado en los Áridos. Porque era lo que creía que debía hacer. Y también… bueno, porque una parte de él se había quebrado. Porque tenía una herida que, más adelante, había vuelto a abrir el regreso de Lessie.

Yacer casi muerto en una cumbre helada al sur le había cambiado la perspectiva. Cuando había vuelto a Elendel, había sido capaz de *vivir* de nuevo. De madurar, de cambiar. Pero aun así… ¿significaba eso que su yo pasado ya no era él? ¿Los anillos interiores de un árbol formaban menos parte de él solo porque ya no estuvieran expuestos al aire?

—Estoy preocupado por ellos —reconoció a Steris—. Y… estoy preocupado por la seguridad de la Cuenca. No quiero comportarme como si no confiara en Marasi y Wayne. Pero… —Metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre con el anillo. Que aún no había usado—. El año pasado,

cuando VenDell me propuso una misión, no parecía tan apremiante. No daba una sensación tan perturbadora. Me da miedo que lo que sea que pasa se haya hecho demasiado enorme para no reaccionar. Demasiado peligroso para poder pararlo con investigaciones y acción policial, por muy competentes que sean.

—Otro dios —susurró Steris.

Wax sacó un segundo sobre.

—Pedí que me hicieran esto —dijo, y lo sacudió para que cayera su contenido.

Era otro pendiente. Con un matiz rojizo en el metal. No era más que un broquel, y lo único que estaba hecho de trellium era la barrita del centro, ya que el metal no podía fundirse para darle forma.

—Cuando entregué el clavo de trellium a la universidad para que lo estudiaran —explicó—, les pedí que me fabricaran esto. Porque Armonía dejó caer que iba a necesitarlo.

—Entonces, ¿crees que es verdad aquello que dijo Marasi? ¿Lo de otra lluvia de ceniza? ¿El regreso de aquellos… días oscuros?

—No lo sé —dijo él—. Pero según VenDell, Armonía está asustado. Y eso sí que me aterroriza.

Steris dio unos golpecitos con el dedo en el montón de pasquines que tenía en el regazo.

—Identifiquemos el peor caso posible. Plantéate esto: ¿qué es lo más horrible que llegas a imaginar, respecto a lo que estamos buscando?

—¿Mi peor miedo? —dijo él, pensando—. Sería que estemos años por detrás. Que el Grupo esté al tanto de esta interacción entre el armonium y el trellium desde mucho antes de lo que suponíamos, tal vez desde que aquella primera aeronave malwish se estrelló aquí. Mi temor es que el Grupo no esté empezando a planear, sino que estén ya en los últimos pasos de ese plan.

—¿Hay algo que podamos buscar para confirmarlo? —preguntó Steris.

Wax se levantó y contempló la sala atestada de periódicos, cada montón procedente de una ciudad distinta.

—Herrumbres —dijo—. No tendríamos que estar buscando explosiones accidentales. Deberíamos localizar pruebas de explosiones *intencionadas*. Y además, estos pasquines son demasiado recientes. Si ha ocurrido lo peor, podría hacer ya cinco o seis años de eso. —Calló un momento—. Querrían

hacer pruebas. El resultado no sería una sola explosión hace mucho tiempo. Sería una sucesión de ellas… ocultas de algún modo… porque si tuvieran esa arma, les interesaría desarrollarla. Mejorarla.

—¿Cómo? —preguntó Steris—. ¿Quieres que busquemos registros de detonaciones de armonium?

—Dudo mucho que eso apareciera en los pasquines —repuso él, girando sobre sí mismo—. Al Grupo se le da muy bien ocultar cómo traslada sus recursos, sobre todo el contrabando. La investigación de Marasi lo confirma.

Entonces, ¿qué? ¿Era posible siquiera encontrar lo que buscaban? Pruebas de experimentos… de explosiones que habrían querido esconder…

—Terremotos —susurró Wax.

—¿Qué has dicho?

—Terremotos —repitió mientras se arrodillaba al lado de Steris—. Si tenemos razón, las pruebas de explosiones las harían bajo tierra, en las cavernas. Para mantenerlas contenidas y ocultas. Pero es imposible engañar a los sismógrafos.

Se lanzaron de nuevo a los titulares, pero en esa ocasión con un conjunto de criterios muy distinto. Y Wax empezó a saltarse un poco las normas y echaba un vistazo al texto de los artículos en vez de fijarse solo en los titulares. Steris le daba codazos si lo hacía demasiado tiempo, pero Wax tenía curiosidad. Y estaba emocionándose.

Las respuestas tenían que estar allí, en alguna parte.

Les costó tres horas enteras sin dejar de trabajar. Pero al poco de dar la medianoche, Wax lo encontró. Una serie de artículos de un periódico de Elendel sobre algo que había sucedido en Bilming.

—¿Trenes subterráneos? —dijo Steris.

—Informes de extraños terremotos en la ciudad, que empezaron hace unos años —explicó Wax—. Las autoridades lo justificaron enseguida diciendo que Bilming iba a construir una línea ferroviaria bajo tierra, igual que Elendel.

—Tendría sentido —dijo Steris mientras leía otro periódico que daba más detalles—. Nosotros también utilizábamos explosivos para volar roca y construir los túneles.

—Pero ¿para qué quiere Bilming trenes subterráneos? Ya tienen esa línea elevada de la que tan orgullosos están. Les encanta presumir de ella. Y

además, estas explosiones llevan produciéndose cuatro años y medio, y no tienen ni una sola línea subterránea en funcionamiento.

—Sí que es sospechoso —convino Steris mientras leía en diagonal el siguiente artículo—. Muy sospechoso. Hace siete meses se puso en marcha una iniciativa nueva. Hay informes de edificios sacudidos por detonaciones a gran escala. Llegaron a captarse aquí, en Elendel.

—Lo tratan como un escándalo financiero de constructoras desfalcando fondos públicos, pero está claro que es más que eso.

Steris asintió con vigor. La cabecera que lo había descubierto no era la fuente más fiable de todas —era la que llevaba un tiempo publicando las estrafalarias historias de ese necio de Jak—, pero allí estaba pasando algo, y algunos otros pasquines lo confirmaban, ahora que sabían lo que buscaban.

«Herrumbres», pensó. ¿El Grupo estaba haciendo experimentos debajo de zonas pobladas? ¿Por qué? ¿Era donde habían encontrado cavernas de buen tamaño, sin más? Aquello quizá fuese incluso más gordo de lo que se había temido. ¿Bilming no estaba construyendo una flota?

Sí. Había otros artículos sobre ese tema. Sobre el papel, los astilleros de Bilming estaban creando una fuerza defensiva para toda la Cuenca, por si llegaba un ataque desde el sur. Pero habían empezado a hacerlo antes de que llegaran las primeras aeronaves malwish, y desde luego les gustaba alardear de las capacidades de sus cañones.

En teoría, esos barcos estaban bajo el control de Elendel. Pero eso no se lo creía nadie.

—Wax —dijo Steris—. Esa lista de envíos que había en el cuaderno de Marasi. Con los que hacían pruebas para ver lo estrictos que eran los controles arancelarios. Para saber lo difícil que sería pasar algo de contrabando hacia Elendel.

A Wax se le heló la sangre. ¿Qué podían querer introducir en Elendel?

Una bomba.

—Sonaba a que estaban comprobando distintos tamaños de carga —dijo —. Y la probabilidad de que los inspeccionaran si llegaban por tren o camión.

—¿Y cómo de grande sería esa bomba? —preguntó Steris—. Si existiera.

—Lo grande sería el generador —explicó Wax—. Si la bomba funcionara según la mecánica que hemos descubierto, necesitarían una cantidad de energía enorme. Más de la que transportan las líneas normales a las casas, y

hasta más que las industriales. Lo más seguro es que tuvieran que construir un armazón inmenso para el aparato.

—Y eso explica que estuvieran comprobando qué tamaños despiertan sospechas y cuáles no. Wax, si tienes razón, lo que estamos leyendo en los periódicos sugiere que llevan experimentando con esto más de cuatro años. Es muy posible que *ya tengan* la bomba. Solo están…

—… pensando en cómo meterla en la ciudad.

Herrumbres. Wax miró hacia la mesita, donde estaban los sobres. Luego, por fin, sacó el primer pendiente, el que le había enviado Armonía. Habían pasado seis años. Wax se había vuelto cada vez más reacio a tener nada que ver con Armonía. Ya no odiaba a Dios, pero aun así…

Miró a Steris, que asintió. Así que Wax se puso el pendiente.

Y de pronto estaba en otro lugar.

Flotaba, veía el mundo entero ante él, y también la oscura inmensidad que había más allá. Se desorientó por unos instantes, aunque le daba la impresión de tener los pies apoyados en terreno firme. Era desconcertante.

Aquello no solía pasar cuando se ponía un pendiente. Pero sí que había ido allí en otra ocasión. Desde aquella cumbre helada.

Armonía estaba de pie a cierta distancia. Una figura serena vestida con la túnica tradicional terrisana. Ojos bondadosos. Wax, vacilante al principio, cruzó el suelo invisible hacia Armonía. Si permitía que se le desenfocaran los ojos, Armonía daba la impresión de ser tan amplio como el propio Cosmere, con dos extensas alas. Una negra, una blanca. Se unían aovilladas en el centro y sus bordes se prolongaban hasta el infinito.

Y en el núcleo de todo estaba aquella figura. Un hombre terrisano. Cabeza rasurada. Rasgos redondos en un rostro alargado. La cara de una leyenda, esperando con las manos a la espalda. Con aspecto preocupado.

—La última vez que vine aquí —comentó Wax—, estaba muerto.

—Muriendo —dijo Armonía—. En el mismo umbral de la muerte. A veces creo que es ahí donde resido. Siempre ahí, como una moneda equilibrada de canto, con un abismo a cada lado…

—¿Dónde está aquello rojo que vi la última vez? —preguntó Wax, haciendo un gesto con la cabeza hacia el planeta. Seis años antes, una neblina rojiza se había cernido sobre el planeta, como dispuesta a tragárselo —. ¿Al final la ahuyentaste?

—No —dijo Armonía en voz baja—. Invistió el planeta. Me Invistió… a

mí. Lo que viste era una mortaja, Waxillium. Reaccioné demasiado despacio. Es… un defecto mío que se vuelve cada vez más peligroso. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, esa mortaja ya me había cubierto. No duele, solo mengua mi capacidad de ver.

—Te refieres a…

—A que no sé lo que está pasando —casi susurró Armonía, contemplando el planeta—. ¿Qué está haciendo Trell? ¿Qué planean? Desplegaron esa neblina como una especie de pantalla de humo. Cuando la ataqué, infectó mi capacidad de percibir el futuro. Es solo temporal. Me habré librado del efecto dentro de unos años, que no son nada en la escala de los dioses. Pero aun así…

—Pero aun así, el peligro es ahora mismo.

—Exacto —dijo Armonía—. Como un miope, alcanzo a distinguir el peligro ahora que lo tengo muy cerca. —Titubeó y miró a Wax—. A ti te veo, te oigo. Estamos Conectados. En consecuencia, sé lo que has descubierto. Creía que me quedaba más tiempo. Solo ahora reparo en que he actuado demasiado despacio. Una vez más, demasiado lento.

Wax consideró aquello, lo sopesó como era debido. No eran asuntos, o conceptos, que tomarse a la ligera. Dios, cegado. Todos ellos, años por detrás del enemigo. Una bomba en proceso y la búsqueda de una forma de llevarla al corazón de su ciudad.

Una pregunta afloró a la superficie. Era un viejo dicho de los vigilantes de la ley. Si querías detener a alguien, necesitabas saber qué quería. Quién era.

—Armonía —dijo—, ¿quién es Trell?

—Trell es la deidad Autonomía —respondió Armonía—. Lo que llamamos una Esquirla de Adonalsium. Autonomía ostenta un poder como el mío, una peligrosa fuerza capaz de manipular la naturaleza misma de la realidad y la existencia. Aunque la recipiente de Autonomía es una mujer llamada Bavadin, sus muchos y distintos rostros, o avatares, actúan de forma independiente. Trell, un dios varón de los antiguos registros, puede considerarse uno de ellos.

Wax parpadeó, sorprendido.

—¿No te esperabas una respuesta tan directa? —le preguntó Armonía.

—No siempre las he obtenido en el pasado.

—Intento mejorar.

De algún modo, aquello era… tan preocupante como saber que Armonía llevaba un tiempo cegado. Los dioses no deberían tener que mejorar.

—Rara vez llega uno a hablar con la propia Autonomía —prosiguió Armonía—. Como he descubierto por mí mismo, habla por medio de avatares. En ocasiones son partes de ella misma a las que ha permitido obtener una semblanza de conciencia propia, y otras veces unas pocas personas elegidas a las que ha concedido una parte de su poder.

»Autonomía se propuso destruir nuestro mundo, ya que supone una grave amenaza para ella. Pero creo que la han convencido de que le permita seguir existiendo, siempre que pueda… controlarse. Autonomía me dio un ultimátum el año pasado, cuando empezaba a quedarme ciego y dio por sentado que más desesperado me encontraría. Exigió que le entregara este mundo y pasara a otro.

»Me negué a su exigencia… y una de las últimas cosas que vi fue la persona a quien Autonomía ha escogido como su avatar. La misma persona que la convenció de que este mundo tenía valor, y que le presentó un plan para dominarlo.

—¿Mi hermana?

Armonía asintió.

—La líder del Grupo. Investida por Autonomía. Avatar de una deidad en este mundo.

Wax soltó aire poco a poco. Telsin.

Pensar en ella le provocó de inmediato una punzada de traición. Recordaba con todo detalle lo que había sido darse cuenta, en un terrible instante, de que Telsin le dispararía. A pesar del amor que sentía Wax por ella, de sus intentos de ayudarla, Telsin se había opuesto a él desde el principio.

El dolor seguía siendo agudo, a pesar de los años. Y Wax comprendi? que no había dejado atrás *todo* su pasado. Todavía quedaba un hilo, un nervio en carne viva, expuesto al aire.

Pensar en Telsin con el poder de una diosa en sus manos… Herrumbres.

La hermana de Wax había pasado sus años de juventud manipulando a la gente. Saliéndose con la suya. Telsin se salía con la suya siempre. Ya era bastante malo cuando lograba convencer a los adultos de que era una chica dulce, obediente y perfecta mientras se escabullía para salir con sus amigos. Pero el juego se había vuelto peligroso al empezar a hacer apuestas mucho

más altas con la élite de la ciudad. Y se había hecho mortífero cuando Telsin había descubierto el Grupo y había empezado a influir en la política mundial.

¿De qué sería capaz con *aquello*?

—¿Y me lo dices ahora? —espetó Wax.

—Contacté contigo hace un año —dijo Armonía—, cuando me quedé ciego. Y tú… seguías sin querer hablar conmigo. Intenté respetarlo.

Maldición.

—Pero Wax —dijo Armonía—, de nuevo ha llegado el momento. Necesito una espada.

Una espada. Era lo que había sido Wax cuando mató a Lessie por segunda vez. Cuando arregló el desastre provocado por Dios. Cuando ejecutó a su kandra rebelde, enloquecida por la falta de clavos.

—Sé que has cambiado —dijo Armonía—. Te he oído antes. Sé que eres feliz. Sé que no quieres saber nada más de mis asuntos.

—Pero mi hermana —respondió Wax— tiene el poder de una diosa. Herrumbres. Marasi y Wayne… ¿Telsin sabe lo que planean con su redada? ¿Mis amigos están en peligro?

—Ojalá pudiera contestarte a eso. Hasta donde alcanzo a entender, el enemigo no sabe nada de su plan. Pero… estoy ciego, y tu hermana es extremadamente peligrosa. Wax, ya he intentado resolver esto de otras maneras. He fracasado. Por eso estoy recurriendo a la única arma en la que siempre he podido confiar.

Wax respiró hondo.

—Dime lo que sabes.

—¿Eso es que aceptas?

—Primero dime lo que sabes. De los planes de mi hermana, de esa diosa. Cualquier cosa relevante.

—Ya te lo he contado casi todo —dijo Armonía—. Quizá también deberías saber que cada uno de esos poderes, de esas Esquirlas, tiene lo que llamamos una Intención. Una motivación que guía sus actos. Yo ostento dos: una me lleva a preservar y proteger, la otra me lleva a destruir.

»La motivación de Autonomía es separarse del resto de nosotros, seguir su propio camino. Anima a sus seguidores a demostrar su valía, y recompensa a quienes muestran audacia, a quienes sobreviven contra toda esperanza. Respeta los grandes planes y los grandes logros. Imagino que

por eso tu hermana ha persuadido a Autonomía de que no destruya nuestro planeta sin pensárselo. O por lo menos, de que retrase esa destrucción.

—Aun así, Telsin planea una catástrofe —dijo Wax—. Pretende aniquilar Elendel. Pero ¿qué ganaría con eso? Las demás ciudades se sublevarían contra un acto de destrucción tan terrible. No puede creer que la seguirán si mata a tanta gente.

—Está desesperada —respondió Armonía—. Tu hermana se ha establecido en Bilming. La encontrarás allí, construyendo un nuevo imperio. Debe de saber que su diosa todavía anhela guerrear contra nuestra gente y exterminarla. Así que intenta la única opción que le queda. Si Telsin destruye Elendel, puede intentar apoderarse de la Cuenca y demostrar a Trell que es capaz de gobernar este planeta. No sé si es su verdadero motivo, pero es el que más probable me parece. —Armonía miró a Wax—. Lo siento. No me di cuenta de que estaría dispuesta a tanto.

Wax apartó la mirada, pero era difícil reprochárselo a Armonía. El propio Wax había estado cegado por Telsin durante años, y él no tenía la excusa de una mortaja divina. Siempre había dado por sentado que él era de los pocos, si no el único, que la conocía de verdad. Hasta que se había descubierto a sí mismo como un peón más en sus juegos, viendo solo un rostro falso. Quedando como un idiota. ¿Por qué había pensado que Telsin manipularía a todo el mundo excepto a él?

Porque una parte de él había querido a su hermana. Hasta el mismo instante en que ella había apretado el gatillo y le había mostrado la verdad. Que para ella la familia no era más que una poderosa soga con la que atar y manipular.

—Si lo que has descubierto es verdad —dijo Armonía—, tal vez no nos quede mucho tiempo para que me libere de la mortaja. Autonomía está movilizando un ejército de otro mundo para invadir este planeta y destruir a sus habitantes. Telsin maniobra para sortear ese desenlace. Los dos planes son catastróficos para nosotros, y ambos están en marcha.

Maldición. Wax respiró hondo de nuevo.

—Me pediste que hiciera un segundo pendiente. Es lo que por fin me decidió a hablar contigo. ¿Por qué?

—Esperaba que funcionase —dijo Armonía, con un asomo de sonrisa en los labios—. Un buen misterio es la mejor invitación.

—¿Y bien? ¿Qué hago con él?

—Cuando Vin, la Guerrera Ascendente, estaba resistiéndose a Ruina, no cayó en la cuenta de que el pequeño pendiente que llevaba puesto la enlazaba con él. Permitía a Ruina meterse en su cabeza, hablar con ella. Conectar con ella. —Señaló con el mentón el pendiente de Wax—. Con un clavo de trellium, estarás Conectado con la avatar de Trell, más o menos del mismo modo que ahora lo estás conmigo. Ella podrá percibirte, y tú a ella.

—No sé si es buena idea —repuso Wax, negando con la cabeza—. Siempre que nos juntamos, termina derrotándome. No debería intentar jugar a sus juegos.

Armonía sonrió. Fue una sonrisa tenue, de alguien con demasiadas cargas encima para manifestar la emoción con ganas. De hecho, parecía tener que forzarla.

—Como desees. Es una herramienta a utilizar. Yo he perdido una partida tras otra contra Autonomía, pero aún tengo ayuda que enviarte. Parte de ella no se da cuenta de que soy el responsable de su despliegue. Pero no sé lo urgente que es nuestra tarea. No sabía que su bomba pudiera estar preparada. Me han pillado por sorpresa. Era su objetivo, creo. Así que debo preguntártelo: ¿serás de nuevo mi espada, Waxillium?

—¿Es absolutamente necesario?

—Depende —dijo Armonía—. De qué te parezca la idea de que tu hermana ocupe mi lugar como guardiana de este planeta.

—¿Es… una posibilidad real?

—Sí.

—Maldición.

—Si trastocas el plan de Telsin, Autonomía la abandonará. Es nuestra mejor apuesta.

—¿Y ese ejército que trae Autonomía?

—Habrá que confiar en que tengamos tiempo de detenerlo después de que el plan de tu hermana descarrile.

No parecía una estrategia muy firme. Wax miró a Armonía, y en esa ocasión vio algo diferente. No la inmensidad de los poderes, ni siquiera la figura legendaria. Vio a un hombre. Arrojado a una guerra para la que nadie había estado preparado, tratando de ponerse al día y aprender a blandir unos poderes con los que era de suponer que los demás llevaban milenios entrenando.

«Hace lo que puede —pensó Wax—. Y eso mientras se esfuerza en evitar

que lo aplasten los poderes opuestos que ostenta. Necesita ayuda, y yo soy todo lo que hay».

Cuando Wax se había marchado a los Áridos, había sido para escapar. Pero se había quedado allí porque la gente lo necesitaba.

Había hallado la paz en Elendel. No regresaría al campo de batalla porque quisiera ni porque lo necesitase. Esa vez, iría porque lo necesitaban *a él*.

—¿Será la última vez? —preguntó Wax.

—Lo prometo —dijo Armonía—. La última vez.

—Muy bien —aceptó Wax, y sintió que le caía un peso en los hombros—. Detendré a Telsin. Pero tú tendrás que ocuparte de esa tal Autonomía.

—Consígueme tiempo —pidió Armonía—. Tiempo para recuperarme. Tiempo para forjar más alianzas en los años venideros, y que así podamos enfrentarnos a ella como un planeta unido.

—Aún no me entra en la cabeza que bombardear Elendel sirva para cumplir los objetivos de Telsin —dijo Wax—. Es una medida demasiado drástica. Mi hermana es demasiado racional para eso. Por fuerza, tiene que estar planeando amenazarnos con eso hasta que nos rindamos. Quizá pretenda… no sé, ¿detonar una bomba en un monte de ceniza para meternos miedo?

—Tal vez. No sé cuál es su plan definitivo. Lo siento.

Así que era un misterio. Con algo terrible en juego. Wax miró a Armonía a los ojos.

—¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Muchas cosas —reconoció Armonía.

—¿Alguna dolerá, como lo que pasó con Lessie?

—No a propósito —dijo Armonía—. Pero no puedo prometerte que vayas a sobrevivir. O que, si lo haces, sea sin dolor. En estos tiempos no puedo prometer gran cosa.

Wax cerró el puño.

—¿Confías en mí, Waxillium? —preguntó Dios.

—No —respondió Wax con sinceridad—. Pero confío menos en ella. Ya he dicho que voy a ayudarte. Pero no solo soy una espada, Armonía. También soy un vigilante de la ley. Descubriré qué está haciendo Telsin. Responderé a las preguntas que tú no puedes. La detendré así.

—Gracias.

En un abrir y cerrar de ojos, Wax estaba de vuelta en su ático. No había llegado a marcharse, no en el sentido físico. Steris estaba arrodillada a su lado, inquieta.

—Lo han cegado —le dijo Wax—. No se había dado cuenta de lo urgente que era el problema, y me ha pedido ayuda. Que intervenga y detenga a mi hermana. —Cogió a Steris del brazo—. Lo siento. Tengo que irme. Sé que te preocuparás por mí.

—Pues claro que me preocuparé —respondió ella—. Pero ¿crees que no voy a preocuparme si te quedas? Si tienes razón sobre todo esto… —Steris se levantó—. No es cuestión de ellos o yo, Wax. No es cuestión de política o alomancia. No es cuestión de yo o Lessie. Nunca ha sido una cosa o la otra. Esa parte de tu vida no ha terminado solo porque llevaras un tiempo sin necesitarla. Ahora la necesitas. La necesitamos todos.

Wax se levantó con ella.

—Tendré que recoger el gabán y las pistolas de la mansión.

—Lo tengo todo aquí —dijo ella, apartando unas pilas de periódicos para revelar una bolsa de lavandería, de la que sacó el gabán de bruma de Wax.

—Tendría que haber supuesto que lo llevarías a lavar —dijo—. Gracias por…

Alguien llamó a la puerta del ático. Steris y Wax se miraron. ¿Quién podía ser a esas horas de la noche, si ya no había ni sirvientes en casa? Wax fue a mirar y fuera, en el pequeño pasillo que llevaba al rellano del ascensor, encontró un paquete envuelto.

Cerró la puerta y enseñó el paquete a Steris. Al desenvolverlo, vio una hilera de dieciséis viales llenos de lo que parecía ser una disolución de alcohol y copos metálicos. El último tenía el corcho pintado de rojo, y estaba envuelto en un papel que decía: «Utiliza los demás en vez de tus viales de siempre. Usa este último solo en caso de emergencia».

Wax los sacó con gesto solemne. Luego fue al armario cerrado con llave que había contra la pared, llevó a la mesa la caja fuerte que contenía y extrajo de ella dos pistolas hechas solo de aluminio, que se contaban entre las mejores creaciones de Ranette. *Vindicación II* y *Superviviente de Acero*.

La primera era una poderosa arma de gran calibre, diseñada para cargarle munición mataneblinos en dos recámaras adicionales. Eran balas de gran tamaño, que detonaban de nuevo al impactar para ocuparse de los hemalurgos. Ranette las había creado para expulsar por la fuerza un clavo

del cuerpo de una persona a corta distancia. La segunda pistola era un arma elegante de calibre medio, con el cañón más largo de lo normal para disparar balas de precisión. Wax solía cargarla con balas normales que luego podía empujar.

Las metió en las pistoleras que hasta hacía muy poco habían contenido sus revólveres descargados. En la caja había algo más. Una bolsa de sesenta centímetros de longitud que contenía un arma muy especial, desmontada en piezas. El diseño más mortífero de Ranette. Wax titubeó mientras le ponía la mano encima. Lo que había allí dentro no era un arma de alguacil, sino de soldado. Su objetivo era la destrucción.

La devolvió a la caja fuerte. No iba a necesitarla. Era un agente de la ley.

Steris estaba afanándose con el enorme morral de Wax, muy amplio y hecho de grueso cuero, para las provisiones. Metió dentro la munición, más viales con metal y, conociéndola, seguro que algo de comer mientras Wax se apresuraba a recoger otras cosas que quizá necesitara del estudio. Entre ellas, un cinturón con un compartimento forrado de aluminio para llevar los viales de cristal. Al cerrar su pasador, los viales de dentro serían inmunes a un alomante enemigo. Cargó en él la mitad de los viales que le había enviado Armonía.

Al volver con Steris, ella le tendió su gabán de bruma. Wax lo aferró con las dos manos.

—Steris —dijo—. El Senado… No puedo estar en dos sitios a la vez. ¿Hablarás tú con el gobernador? Es mal momento para que me marche, teniendo aquí al nuevo embajador. Diablos, no sería mala idea poner al gobernador sobre aviso, explicarle la posibilidad de una bomba.

—No creo que me haga caso —respondió Steris—. Si a ti los senadores y el gobernador ya no te escuchan, a mí no querrán ni recibirme.

—Aun así, hay que intentarlo.

—También… podríamos nombrar a alguien que represente a la casa.

—Steris —dijo él—, me puse al frente de la casa por tus sueños sobre lo que podríamos lograr. Tus maravillosos sueños. Viste en mi a alguien capaz de hacer lo que era necesario, y tenías razón. —Le agarró el hombro con suavidad—. Yo veo lo mismo en ti. Veo a alguien mejor. He estado trabajando estos años a partir de tus ideas, de tu ingenio. Puedes liderar tan bien como yo. Mejor.

—No se me da bien la gente —susurró ella—. Lo echaré todo a perder.

He pensado en ello, he hecho planes y siempre llego a la misma conclusión. No se me debería confiar algo tan importante. Necesitamos a alguien más cualificado.

—¿Y si yo opino que no? —preguntó Wax—. ¿Y si creo que es imposible que haya alguien mejor que tú para representar a nuestra casa? Se gesta una guerra, y la situación empeorará si de verdad descubro una conspiración en Bilming. Necesitamos a alguien que calme los ánimos. Una persona meticulosa, que haya considerado todas las posibilidades.

—No… no sé. Si puedo hacerlo.

—Yo creo en ti, Steris. Nombraré a otra persona si es lo que quieres. Pero creo que lo harás mejor que nadie.

Steris lo miró a los ojos. Luego, titubeante, asintió.

—Gracias —dijo Wax.

—Si de verdad crees que es lo mejor, lo intentaré. Se me da mal la gente, pero a ti se te da bien. Así que la lógica dicta que tal vez tengas razón. Sobre mí. —Le apretó los brazos—. Vete. Yo me ocuparé del Senado. De algún modo.

Wax la besó y, sosteniendo aún el gabán de bruma con una mano, la envolvió con el otro brazo. Mientras lo hacía, unas manos pequeñas abrazaron sus piernas y las de Steris.

—¡Max! —exclamó Steris, apartándose para mirar hacia abajo—. ¿Cómo es que no estás en la cama?

—Porque estoy aquí —dijo el niño.

Steris lo levantó del suelo mientras Wax daba un paso atrás y se ponía el gabán, para luego echarse la pesada bolsa de munición al hombro.

—¿Tienes que irte a luchar contra monstruos? —preguntó Max.

—Si los encuentro —dijo Wax.

—Seguro que sí. Eres el mejor detector que ha vivido jamás. Me lo dijo el tío Wayne. Dice que si hay un tesoro que encontrar, tú lo encontrarás.

—Ya encontré los mejores tesoros, Max —respondió Wax, volviéndose y notando el viejo y familiar roce de las tiras del gabán. Como susurros en un idioma antiguo—. Ahora solo tengo que protegerlos. Abrió las puertas de la terraza y se lanzó al cielo en dirección a la ciudad de Bilming. Estrellas en lo alto, estrellas por debajo… y una carretera jalonada de luz señalándole el camino adelante.



REMACÍA DE ELENDEL
DAD DE LA CUENCA

¿PROGRESO O PONZOÑA?

NUESTRA DIRECTORA SIGUE DESAPARECIDA

Han transcurrido ocho días desde que el marido y los hijos de nuestra estimada directora imploraron entre lágrimas su regreso. Desde entonces, los reporteros de este pasquín han peinado la ciudad, acosado al alcalde y seguido todas las pistas proporcionadas por nuestros apreciados lectores. Hasta nuevo aviso, y en ausencia de información urgente, las novedades diarias al respecto irán al dorso. Por favor, no dejen de enviarnos indicaciones a nuestra redacción, en la esquina de la 109 con Stratten.


Kyndlip Ternavyl

CESAN LOS TEMBLORES EN LOS TÚNELES POR AHORA

¿El ayuntamiento se dispone a abandonar su ferrocarril subterráneo?

Es la protesta favorita de todo bilmingués que se precie: ¿cuándo terminará la construcción del ferrocarril subterráneo? Emprendido hace más de cuatro años con un presupuesto inflado que oxida los metales de todo contribuyente en Bilming, el proyecto de transporte por túneles debía aliviar los problemas de tráfico de la ciudad. En contraste con el escaso progreso apreciado en la vía subterránea, la Secretaría de Transportes de Bilming ha añadido nuevas líneas al tren elevado y más carriles a las autopistas. Llegado este punto, ¿necesitamos un ferrocarril subterráneo, teniendo en cuenta que su construcción coincide con los leves terremotos que nos sacan de quicio cada pocos meses?

Ampliación al dorso: Propietario de salón de aplacamiento, agradecido por la agitación pública.

ALOMANTE JAK Y SU SECUAZ HACEN LAS PACES

Alomante Jak ha llegado a un acuerdo con su anterior acompañante, Handerwym Terrisano, quien acusaba al famoso magnate de esquilmar sus acciones de la empresa para invertir en nuevos negocios, como los evanoteatros que obtuvieron un éxito fugaz hace unos años. Aunque las aventuras de Jak proseguirán en *El Centinela de la Verdad*, la sección «Handerwym presenta» será a partir de ahora exclusiva de nuestra cabecera en Bilming.

«Fue desde el principio mi intención —dijo Jak a una multitud de enfervorecidos admiradores— entrenar a mi querido Handerwym para que alcanzara la grandeza antes de destetarlo, arrojarlo fuera del nido y ver si vuela o cae. Además, ahora que ya no tengo que pagarle, utilizaré el tiempo y el dinero en escribir mis memorias y explorar nuevos y prometedores medios narrativos. ¿Sabéis qué será lo próximo? ¡Los bislibros! ¡Historias que pueden leer hasta quienes no saben!».

Al solicitarle un comentario a estas declaraciones, Terrisano se limitó a cerrar los ojos y suspirar.

Más detalles al dorso: Por qué permitió la jueza que Jak conservara el tigre.

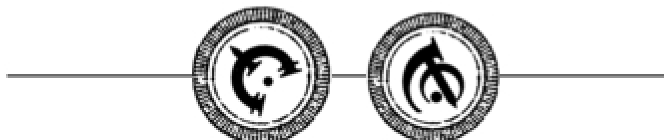
—Dame la brújula —le dije— y te dejaremos en el próximo saliente.

Vila echó un vistazo atrás y vio la superficie de piedra, cada vez más cercana, donde esperaba el




SEGUNDA PARTE

20



Marasi durmió unas pocas horas, acurrucada en el asiento delantero del camión mientras la caravana se desplazaba hacia Bilming. Por suerte, habían podido reclutar a chóferes que hacían el turno de noche de la comisaría, así que estaban acostumbrados a trabajar a esas horas. Su conductora no era de las que hablaban mucho. Llevaba el cuello de la chaqueta levantado y una capucha para que le hicieran sombra en la cara. El equipo tenía instrucciones de no quitarse el disfraz ni siquiera de camino.

Cuando Marasi había empezado a adormilarse, recorrían la lúgubre oscuridad al poco de abandonar Elendel. Cuando despertó de sopetón, el sol estaba saliendo y avanzaban por las afueras de Bilming. Marasi nunca había visitado la ciudad, aunque estaba a solo unas horas en tren por la costa, pero comprendía muy bien los motivos políticos por los que Bilming era tan importante.

Cuando el tráfico de mercancías empezó a saturar la capital, Bilming se había convertido en un puerto y un astillero imprescindibles. Su situación junto al mar le facilitaba el comercio con otras ciudades costeras saltándose el monopolio sobre el ferrocarril que ejercía Elendel. Además, Bilming era uno de los puertos principales para el comercio con el continente sureño, donde la mayor parte de los envíos se hacían y se recibían a la manera tradicional, por barco, no mediante aeronaves.

El descubrimiento de esos nuevos territorios había llevado una gran riqueza a la ciudad de Bilming. Y riqueza implicaba poder. En Elendel muchos pensaban que se había permitido a Bilming volverse demasiado independiente, y en los últimos años se había convertido en la única ciudad de la Cuenca que de verdad podía rivalizar con la capital.

En Elendel se solía mirar a Bilming por encima del hombro, tomándola por un pueblucho de marineros a medio educar y estibadores borrachos. Marasi sabía que no era cierto. Aquello no era un páramo rural, sino una metrópolis en ciernes.

Estaban cruzando unos barrios periféricos dispuestos con orden y pulcritud, y Marasi se fijó en que había incluso más solares preparados para edificar en algún momento. Había muchas urbanizaciones en construcción, casas a medio levantar cada una con su propio estilo. Sin dos techos iguales. Sin dos puertas en el mismo lugar. Y sin embargo, todo estaba dotado de una extraña simetría. Una que Marasi no acertaba a identificar del todo.

Sucedía lo mismo más hacia el centro, que todavía les quedaba muy lejos. Se veían las columnas sin terminar de rascacielos en pleno crecimiento, como las míticas agujas de Kredik Shaw. En el mismo centro, al fondo del campo de visión, había un edificio que se alzaba por encima de todos los demás. Tendría unos setenta u ochenta pisos, que rivalizaban con las construcciones más altas de Elendel.

Todos los edificios, sobre todo el más alto, tenían una extraña estética que combinaba un cierto aire de fortaleza con las líneas modernas más finas y los acabados de acero. Los camiones siguieron avanzando por la carretera y pasaron bajo una enorme línea de ferrocarril elevado que trazaba un círculo en torno al centro de la ciudad. Había sectores sin terminar, pero también muchas partes del anillo que ya estaban en funcionamiento.

Todo daba una sensación metálica, como de acero bruñido, que reforzaban los esqueletos de los edificios en construcción, con sus vigas al aire. Las estructuras ya terminabas tenían el tejado o los enlucidos hechos de metal, no siempre pulido y a menudo con algo de pátina. El efecto general confería un tema coherente a aquella gran variedad de formas.

Marasi estaba impresionada. Incluso en plena construcción, se notaba que aquella ciudad la habían planificado bien. El diseño remitía a la industria, al progreso, al éxito. Pasaron por delante de numerosos carteles que proclamaban las virtudes de la autoconfianza y la soberanía. No hacía falta leer demasiado entre líneas para captar lo que sugerían aquellos carteles: la independencia respecto a Elendel.

—¿Te has fijado alguna vez en que los niños siempre dibujan las casas todas iguales? —preguntó su conductora.

Marasi frunció el ceño y le lanzó una mirada. La mujer tenía la voz

tirando a grave, pero apenas se distinguía nada más de ella. Marasi había elegido camión más o menos al azar, fijándose solo en que detrás llevara cajas y no agentes, confiando en que así dormiría mejor.

—La verdad es que no me había dado cuenta —dijo.

—Es raro —prosiguió la chófer—. Seguro que te imaginas a qué forma me refiero. Fachada cuadrada. Tejado triangular. La puerta en el mismo centro. Dos ventanas. Muchas veces con chimenea, aunque ahora cada vez son menos las casas que la tienen. ¿Dónde se ha visto una casa que tenga ese aspecto de verdad? Casi no las hay. Pero entonces, ¿por qué las dibujan así los niños?

—Supongo que porque es fácil —respondió Marasi.

—Puede —dijo la conductora—. O a lo mejor es que no están dibujando una casa. Están repitiendo el dibujo que otra persona ha hecho de una casa. Hacen lo que han visto hacer a otros. Dibujan un icono. Un símbolo.

Marasi entornó los ojos.

—Es una observación curiosa, agente… ¿Cómo te llamabas?

—Uso el nombre de Luzdeluna —dijo la mujer—. Nos gustan los nombres en código. Es una particularidad nuestra.

—No había… oído nunca esa palabra.

—Normal, dado que aquí no tenéis luna.

La mujer se reclinó un poco y, al estirar el brazo con el que tenía agarrado el volante por arriba, se le subió un poco la manga y dejó a la vista el tatuaje rojo que llevaba en el antebrazo, por encima de la muñeca. Era el mismo símbolo de la tarjeta que habían dejado para ella.

Despacio, con mucha cautela, Marasi movió la mano hacia la pistola que llevaba en la funda bajo el brazo.

—No te hará falta —dijo la mujer sin apartar los ojos de la carretera.

Habían tenido que reducir considerablemente la velocidad a medida que se aproximaban al centro de Bilming. ¿Quién habría imaginado que una ciudad exterior tendría tanto tráfico?

—¿Dónde está la alguacil que debería estar conduciendo este camión? —preguntó Marasi—. ¿Qué le has hecho?

—Nada —dijo la mujer—. Está bien. Pero me parece curioso que sea eso lo primero que preguntas. A ver, lo entiendo, pero igual deberías replantearte tus prioridades, Marasi.

Marasi dejó los dedos sobre la culata de la pistola, pero no la sacó.

—¿Eras tú la de la caverna? ¿La que llevaba una máscara blanca?

—Negra —dijo la mujer, superando aquella pequeña prueba—. Sí, era yo.

—¿Y… eres humana?

—Al cien por cien —respondió la mujer—. Pero no soy de aquí.

Se quitó la capucha y Marasi vio que tenía una lisa melena negra recogida en una coleta y unos rasgos muy poco comunes. Una forma de los ojos que Marasi no había visto nunca, y los pómulos marcados.

—¿Eres del continente sureño? —le preguntó.

—No. —Luzdeluna hizo un gesto con la cabeza hacia la ciudad fuera del camión—. Siempre he detestado Bilming. Debería complacerme la reflexión que hay tras su diseño, pero el mensaje subyacente me incomoda. Ponen mucho empeño en que cada edificio sea individual, y aun así el conjunto da una impresión demasiado deliberada. Hace que su arte resulte hueco.

—¿Y por qué crees que es?

—Por la influencia de Trell, evidentemente.

Marasi enderezó la espalda.

—Dime más. Te lo ruego.

Luzdeluna la miró por primera vez. Sus ojos rebosaban de aplomo y tenía media sonrisa ladeada en los labios. Era una mujer que se había infiltrado en el mismo núcleo de un equipo de alguaciles y no parecía preocupada en lo más mínimo.

—Cuánta ansia —dijo Luzdeluna—. No siempre compartimos las respuestas con gente de fuera, Marasi.

—Puedo hacer que te detengan y te interroguen.

—¿Acusada de qué?

—De interferir en asuntos policiales.

—¿Interferir? ¿Desde cuándo? Me han ordenado conducir este camión.

—No te hagas la tonta —dijo Marasi—. Estás suplantando a una alguacil, y además es ilegal ocultar datos relevantes para una investigación.

La mujer sonrió y devolvió la mirada a la carretera.

—Es curioso lo parecidos que sois siempre los polis, en todos los planetas.

En todos los *planetas*. Herrumbre y Ruina…

Marasi ya sabía que existían otros planetas, por supuesto. Los kandra

solían hablar de ello. Pero… herrumbres, aun así era difícil de asimilar.

Se detuvieron por un atasco en la calle más adelante. Un mendigo se acercó al camión por el lado de Marasi. Tal y como indicaba el cuaderno, Marasi quitó el pasador de la ventanilla, la plegó hacia abajo y entregó unas arquillas al mendigo. El hombre, que llevaba la ropa churretosa, le pasó un papelito.

—¿Sabes dónde está la avenida Biggle? —preguntó Marasi después de leer la nota.

—Sí —respondió la mujer mientras tomaba la siguiente bocacalle—. En el distrito industrial.

El camión de Marasi se puso al frente y los otros nueve que formaban la caravana lo siguieron en una apretada línea doble. En la siguiente esquina, el vehículo de Wayne se puso a su altura. Marasi lo distinguió dando uno de sus interminables discursos a su conductor, que resultó ser Hoid, el cochero de Wax. ¿Cómo había podido colarse él en la redada?

—Hace ya tiempo —dijo Luzdeluna— que no sé si estoy vigilándolo yo a él o me controla él a mí. En la práctica, vigilamos los dos a las mismas terceras partes…

—Un momento. ¿Hoid? —preguntó Marasi—. Es empleado de Wax desde hace años. Es verdad que es un poco raro, pero…

Desde el camión contiguo, Hoid lanzó una mirada al otro lado de Marasi, hacia Luzdeluna, y asintió con la cabeza.

Maldición. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Cuánto tiempo había perdido Marasi en atracos a bancos y extorsiones pandilleras mientras estaba sucediendo todo aquello?

Fuese lo que fuese aquello.

—¿Nunca te has parado a pensar en lo destructivo que es el arte? —preguntó Luzdeluna.

—¿El arte? —Marasi frunció el ceño—. ¿Destructivo?

—Cada movimiento nuevo consume el anterior —explicó Luzdeluna, poniendo el camión en movimiento cuando se lo permitió el atasco de delante—. Lo trocea y se alimenta del cadáver. Se apropia de los huesos, pero les pone una piel nueva. Cada nueva obra de arte es, en cierto modo, una parodia de lo que llegó antes.

—Hablas como si tú misma fueras artista.

—Tengo ciertos talentos —respondió ella—. Mis experiencias me han

despertado un interés por las excentricidades del mundo artístico y sus… valores, podría decirse. Dime una cosa. Pongamos que tuvieras una de las únicas dieciséis obras de arte, casi imposibles de conseguir, que creó un artista. ¿Qué harías para que la tuya fuese la más valiosa?

—Si te sigo la corriente —dijo Marasi—, ¿me hablarás de Trell?

—Es lo que intento hacer ahora mismo.

Marasi frunció el ceño, pensativa.

—Tengo una de dieciséis obras de arte… ¿y debo asegurarme de que la mía sea la más valiosa?

—Ajá.

—Trataría de envolverla en un aire de misterio —dijo Marasi—. No presumiría de ella. Dejaría que las otras quince se volvieran ordinarias por comparación, y así el valor de la que tengo crecería a medida que la gente contara su historia. «Psst, hay una más. Una que no ha visto nadie».

—Muy ingenioso —respondió Luzdeluna—. Me impresionas.

—¿Qué harías tú? —preguntó Marasi.

—Robar las otras quince. Así podría manipular el mercado como me diera la gana.

—Qué despiadada.

—No tanto como otras opciones —dijo Luzdeluna—. Esas obras de arte existen, Marasi, y el dios de tu planeta posee dos de ellas.

—Ruina y Conservación.

—Exacto. Eso convierte a Armonía en el ser más valioso, el más Investido, de todo el Cosmere. Otro de los dieciséis pensó que el mejor modo de mejorar su propio valor era intentar destruir a todos los demás. Lo consiguió en algunos casos.

—¿Ese es Trell?

Luzdeluna negó con la cabeza.

—No, se llama Odium. Trell, es decir, Autonomía, tuvo otra idea distinta. ¿Ves esos edificios, esas casas? Son todo partes de una instalación artística mayor. Una creación grandiosa e impresionante, pero que no procede de vosotros. Esos patrones, esas líneas rectas, esos paneles reflectantes… se derivan de un movimiento taldainiano conocido como brutalismo.

»Es una de las cosas que odio de Autonomía. Afirma querer que todo el mundo sea individual. Entrega a cada cual una casita que se distingue de las demás, pero solo de un modo que encaja con su propio plan, con sus

propios deseos. Es un individualismo falso. Una exclusividad corporativa. Como esos anuncios que te animan a seguir tu propio camino, a ser tú misma, comprando el mismo producto que todos los demás.

A Marasi le estaba costando asimilar todo aquello. Pero lo que alcanzaba a entender reforzaba lo que ya había sospechado. Un ser de otro planeta estaba gobernando aquella ciudad, y tenía planes para la gente del mundo de Marasi.

—¿Qué objetivo tiene Trell, entonces? —preguntó—. Dices que no pretende destruir a los otros dioses.

—Trell intenta desplazar a los demás —dijo Luzdeluna—. A ella, o a él, o a ninguna de las anteriores, porque varía, no le gusta enfrentarse directamente a otros dioses. Los llamamos Esquirlas, por cierto. Autonomía pretende vencer a los demás llenando el Cosmere de versiones de sí misma. Saturar el mercado, por así decirlo. Es como una planta muy invasiva que llega a otro ecosistema y empieza a estrangular las variedades locales.

Marasi frunció el ceño de nuevo.

—Creo… que lo entiendo.

—Las conversaciones sobre Autonomía pueden ser desconcertantes —dijo Luzdeluna, con los ojos en la carretera—. El trellismo es lo que queda de una antigua religión de tu mundo, que en un principio fundó Autonomía hace muchísimo tiempo. Una semilla que plantó aquí para cuando decidiera invadiros. Y ahora ha llegado el momento. Autonomía está buscando a alguien de este planeta que adopte por completo ese papel, esa identidad.

—Espera, espera, ¿qué *adopte* ese papel?

—Quiere dejar un dios en este planeta —aclaró Luzdeluna—. Alguien que ostente una parte de su poder, que mire por sus intereses y que sea, en muchos aspectos, un pedazo de su alma. Es lo que hace a lo largo y ancho del Cosmere. Algunos mundos tienen panteones enteros que son todos versiones de ella, cada dios con su propia personalidad e identidad.

—Entonces, ¿está interpretando personajes? ¿Consigo misma?

—Sí —dijo Luzdeluna—. Pero la Investidura de Autonomía tiene vida propia y, por tanto, cada versión de ella se va diferenciando con el tiempo. A veces no es una persona, sino solo poder. Otras veces, si la situación requiere más control por su parte, escoge a alguien a quien elevar.

—Entonces… ¿quiere apoderarse de nuestro mundo estableciendo un dios rival y expulsando a Armonía?

—A grandes rasgos, sí —respondió Luzdeluna—. Tu planeta es un objetivo principal para ella, Marasi. Que haya dos Esquirlas presentes, en manos de un solo recipiente, la asusta. Desarrollasteis las armas de pólvora y la electricidad antes que ningún otro planeta del Cosmere, aparte de su mundo de origen. Ve que cada vez sois más fuertes, que aprendéis más y más. Que os acercáis a los verdaderos secretos. Eso os convierte en la mayor amenaza del Cosmere, al menos a sus ojos.

—Pero no entiendo cómo podría derrotar así a Armonía —dijo Marasi.

—Si te soy sincera, yo tampoco. No creo que ningún humano sea capaz de comprender el plan por completo. Pero Autonomía sabe que Armonía tiene problemas para actuar, así que intenta aprovechar la oportunidad.

Marasi se reclinó, soltó aire y dejó que la mano se apartara de su pistola. Respuestas. Verdaderas respuestas. Después de todo el tiempo que llevaba buscándolas, después de la cantidad de vías muertas con que había topado, obtener por fin una explicación sentaba… de maravilla.

—Así que Autonomía está buscando un avatar —dijo Marasi.

—Lo más probable es que ya lo haya encontrado. Una mujer llamada Telsin.

—¿La hermana de Wax?

Maldición.

—También es cierto que en su organización hay rivalidades —dijo Luzdeluna—. Siempre las hay, si está involucrada Autonomía. Así que Telsin tendrá que demostrar que es la más fuerte, la mejor. Y, dado que las intenciones declaradas de Autonomía son la creatividad y el individualismo, siempre recompensa el coraje, el éxito, la visión.

»Por ejemplo, esta ciudad —añadió la mujer, señalando los edificios a medio construir entre los que estaban pasando—. La diseñó toda un arquitecto muy dotado al que Telsin ascendió hace cinco años. La obra de ese arquitecto tiene por objeto impresionar a Autonomía, pero… ¿y los propietarios de las casas? A ellos no se les permite diseñar nada. Reciben una vivienda «individual» ya manufacturada.

—No parece muy buen trato —dijo Marasi.

—Depende de lo que busques —repuso Luzdeluna—. Vivir a sus órdenes puede ser seguro, siempre que no destaques en nada, que no te metas en los terrenos pantanosos donde ella exige que demuestres tu valía. Autonomía es brutal, pero también generosa. Si la impresionas, asciendes en su escalafón.

Incluso si desobedeces las órdenes pero te sale bien, obtienes tu recompensa.

—¿Y si fracasas?

—Fracasar no te conviene nada —dijo Luzdeluna. Su mirada se hizo distante—. Me pone enferma. Pero la entiendo… creo. Me ha costado un tiempo.

Marasi se reclinó otra vez en su asiento, meditabunda. Al fin tenía respuestas. Pero por otra parte, ¿hasta qué punto era de fiar aquella mujer? ¿Algo de lo que le había contado era verdad?

—¿Por qué me dices todo esto ahora? —preguntó Marasi.

—Porque has impresionado a mi organización —dijo Luzdeluna—. Quienes defendemos Scadrial tenemos que actuar con mucha cautela, pues hay fuerzas en este mundo, Armonía incluido, que podrían aplastarnos si damos un paso en falso.

Eso dio que pensar a Marasi. Si no estaban a las órdenes de Armonía, ¿para quién trabajaban?

Luzdeluna guio por fin a la caravana fuera de la carretera principal mientras entraban en la ciudad propiamente dicha desde el norte.

—Qué… artificial es todo —dijo la mujer—. Mira ese cartel. ¿Lo ves?

—¿El letrero? —preguntó Marasi.

Miró la ilustración que se alzaba sobre un poste, representando una versión estilizada de Bilming con luces ascendentes detrás. ORGULLO EN EL PROGRESO, rezaba. MOVIMIENTO POR LA EMANCIPACIÓN DE LAS CIUDADES EXTERIORES.

—Están por toda la ciudad —dijo Luzdeluna—. ¡Noches! Es la misma obra de arte exacta, repetida cien veces. Si el arte puede duplicarse, ¿sigue siendo arte en absoluto?

—Pues claro que sí —replicó Marasi—. ¿Por qué iba a dejar de ser arte solo porque se copie?

—Es vulgar.

—Hablas como una elitista —dijo Marasi—. Si de verdad te interesara la belleza del arte, y no solo una sensación tangencial de control, querrías que todo el mundo pudiera experimentarlo. Cuantos más, mejor.

—Bien argumentado —concedió Luzdeluna—. Reconozco que aborrecer a Autonomía podría estar sesgando mi opinión.

Llevaron la caravana a la avenida Biggle y empezaron a conducir

despacio en fila de a uno. Al cabo de un tiempo un peatón se puso al paso del camión de Marasi, vestido con una chaqueta roja, como indicaba el cuaderno. Marasi abrió la ventanilla de nuevo.

—Seguid y cruzad la Gran Autopista —dijo el hombre—. Luego, tercer edificio a la derecha.

Marasi asintió y subió la ventanilla. Al final de la calle encontraron la Gran Autopista, una enorme carretera con nada menos que seis carriles. Marasi nunca había visto una avenida tan ancha.

—¿Tantos coches hay como para que sea necesario algo como esto?

—Planean que la ciudad crezca mucho en el futuro —dijo Luzdeluna.

Quizá no hicieran falta tantos carriles todavía, pero aun así había mucho tráfico en la Gran Autopista. Tuvieron que esperar a que aminorara un poco antes de poder cruzarla. Por delante se veía una hilera de enormes almacenes, el tercero de los cuales tenía abierta la puerta para mercancías. Era el lugar donde debían hacer la entrega.

—¿Vas a interferir en nuestra operación? —preguntó Marasi.

—No —dijo Luzdeluna—. Te doy mi palabra.

—¿Podré hablar contigo después?

—Sí —respondió la mujer—. Pero Marasi, lo que puedo contar a una extraña tiene un límite. De momento, he venido solo a observar.

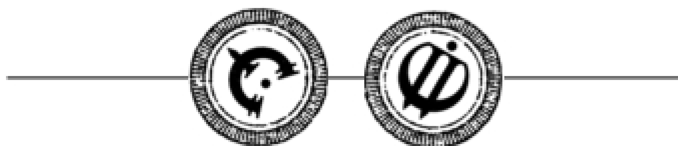
Luzdeluna vio un hueco en el tráfico y cruzó, pero los otros nueve camiones tuvieron que seguir esperando.

—¿Y si empiezan a silbar las balas? —preguntó Marasi—. ¿Te quedarás ahí plantada mirando?

—No soy alguacil, como bien has señalado —dijo Luzdeluna—. De modo que sí. Considérame una admiradora externa de tu trabajo. Interesada en las particularidades de quienes obedecen la ley y en el… valor de esas personas.

Le dedicó una sonrisa cómplice y entró en el cavernoso almacén. Cuando llegaran los demás camiones, empezaría la redada.

21



Wayne asintió mientras los camiones que llevaban delante esperaban a cruzar la ancha carretera. —Bueno, Hoid —dijo al cochero—, eso es todo lo que sé sobre encurtir verduras.

—Eh… ¿gracias? —respondió Hoid.

—De nada. Soy todo un baluarte de información útil, ya lo creo que sí.

El camión de delante avanzó y cruzó la enorme avenida, llena de dieciseisenas y dieciseisenas de coches. Hoid acercó el camión al final de la calle para pasar a la siguiente ocasión.

—¿Me devuelve ya la armónica? —pidió el cochero.

Wayne hurgó en el bolsillo y la sacó.

—¡Te he hecho un intercambio justo!

—No ha hecho usted nada parecido.

—¡Claro que sí! —exclamó Wayne—. Lo tienes en la guantera. Estás siempre demasiado atento para que te meta cosas en el bolsillo. ¿Cómo es que se te da tan bien, por cierto? Eres un herrumbroso cochero.

—Práctica —respondió Hoid en tono solemne—. Una cantidad ingente de práctica. —Abrió la guantera y asomó una criatura de color blanco con cola larga y sin pelo—. Maese Wayne, ¿una rata viva?

—Se llama señor Cuiquins —dijo Wayne—. No iba a traérmelo, pero se me ha colado en el bolsillo, en serio que sí. Así que he pensado: «Ya es la decimoséptima vez que dejas que se escape de su jaula, Wayne. Será mejor que se lo des a alguien responsable».

—Es usted un individuo de una excentricidad única —afirmó Hoid, sonriendo mientras la rata le subía por el brazo—. Pero intercambio aceptado, supongo.

—Bien, bien —respondió Wayne—. Le gustan las fresas y la priva, pero no le des nada de priva, porque es una rata.

—Tomo nota.

Esperaron al borde de aquella carretera tan ancha. Y Wayne llevaba todo el día con la misma sensación. La de que allí pasaba algo. Algo importante.

—¿No te pasa nunca que querrías que tu vida fuese como las historias? —preguntó.

—¿A qué se refiere? —dijo Hoid.

—A que las historias siempre tienen un buen final. Las que me contaba mi madre… significaban algo. La gente tenía un valor.

—Yo creo que vivimos historias todos los días —respondió Hoid—. Historias que recordaremos, y que contaremos, y a las que daremos forma como a la arcilla para transformarlas en lo que necesitemos que sean.

—La última historia que me contó mi madre era sobre un vigilante de la ley. Curioso, ¿eh?, que yo haya acabado haciendo lo mismo. Solo que él era un héroe. Y yo… bueno, yo soy yo.

—Se menosprecia usted, maese Wayne —dijo Hoid con suavidad.

—No puedes ser un héroe si eres un villano, Hoid.

—Pero en la mayoría de las historias, el villano es quien mejor conoce al héroe.

Wayne pensó un momento en eso mientras veía pasar los coches por la carretera. Y se descubrió imaginando aquella gran avenida como un río. Porque una parte de él deseaba que lo que decía Hoid pudiera ser verdad.

Luego esperó un poco más.

Y un poco más.

Maldición. Alguien debería pensar en alguna forma de que los coches que querían cruzar lo tuvieran un poco mejor para hacerlo. Igual podrían contratar a alguien que estuviera en la esquina y disparase al aire cuando hubiera demasiados coches impidiendo el paso, para que se asustaran y avanzaran más deprisa. En todo caso, con tanto coche zumbando… la carretera podría ser un amplio río. Sí, un río de piedra y acero. El río más rápido de todo el mundo.

Sonrió al recordar una voz tranquila y hermosa que había mantenido su mundo sólido durante mucho tiempo.

«Sí, aquí hay un bandido al que cazar —pensó—. Pero aun así está mal.

¿Dónde se ha metido el héroe? Tendría que haber venido, pero se ha quedado en casa».

El tráfico menguó un poco, Hoid dio un acelerón y cruzaron a toda prisa, ganándose solo tres bocinazos de coches que tuvieron que frenar. Poca cosa, dada la situación. Era posible cruzar hasta el río más rápido de todos, lleno de los peores tipos de roca, si uno iba en una roca aún más grande. No había necesidad de volar, como había hecho Jak en el cuento. No estaban haciendo trampas. Solo habían encontrado una forma más inteligente de hacerlo, nada más.

Seguidos por el último camión de la caravana, entraron en el almacén, iluminado solo por unas ventanas abiertas que había en lo alto de las paredes. ¿Qué sentido tenía poner las ventanas ahí arriba, donde nadie podía mirar por ellas?

Ah, ya. Actividades ilegales. Vale, sí que tenía sentido.

—Gracias por traerme, Hoid —dijo Wayne mientras sacaba su sombrero de matón, de fieltro raído, que había intercambiado a un pandillero de los que habían atrapado—. Lo mismo te interesa tener la cabeza agachada por si esto se pone en plan tiros. Ojalá no.

—Entendido, maese Wayne —respondió Hoid—. Le deseo suerte.

Wayne asintió. Había llegado la hora de convertirse en otra persona. Estrujó la cara y bizqueó como hacía Franis, el tipo al que había intercambiado el sombrero. Tenía la edad y la altura de Wayne, pero estaba más avejentado. Por el tiempo, por los humos, por las cosas que había hecho. Wayne ya llevaba peluca para que el color de pelo coincidiera, además de un poco de goma en la barbilla para hacerla más cuadrada y maquillaje para hundirle los ojos. Con el gorro, se convirtió en Franis… a falta de una sola cosa.

Bajó del camión y dio unos pasos pavoneándose. Franis era un maestro del pavoneo.

VenDell, con el cuerpo del ciclo, un hombre al que llamaban Granks, llegó junto a Wayne. Los demás esperaron en silencio. Todos aquellos sucios guripas de los camiones saltarían solo cuando hubiera alguien importante a quien trincar. Alguien que no fuera un puñado de cretinos inútiles que no pintaban nada.

No era que Franis fuese un cretino. Era solo que de algo había que vivir, ya sabes. Al principio trabajaba en el puerto, pero allí cada vez había menos

faena. Y las horas eran un horror. Y entonces resulta que tu amigo Vin tiene un trabajo mejor pagado, y lo único que hay que hacer es llevar cajas de un lado a otro. ¿En qué líos vas a meterte por mover cajas? Aunque tengas que llevar pistola a todas horas y estar listo para disparar.

Avanzó pavoneándose hacia dentro al lado de VenDell, con su traje de lujo y su cuerpo aún más de lujo.

—Es increíble lo que hace usted —dijo el kandra—. Imita a la gente casi tan bien como los míos.

—Solo hay que buscar a alguien que se parezca un poco a ti y compensar las diferencias. Y no te salgas del personaje.

—Es verdad, es verdad.

VenDell no lo hacía mal del todo, teniendo en cuenta lo tiquismiquis que era en su vida cotidiana. Llevaba bien el cuerpo de Granks. Un matón que había demostrado la suficiente valía como para que lo ascendieran. Para que le concedieran un título y cierta autoridad, mientras los demás venían a ser empleados rasos.

Cruzaron la inmensa cámara hacia dos hombres que entraron desde el fondo. En realidad, empezó a entrar mucha gente. Más de cuarenta hombres armados. Una banda de la ciudad. Eran… más que los alguaciles.

«Pero tenemos el factor sorpresa», pensó Wayne. Y los camiones estaban reforzados, así que los alguaciles podrían cubrirse tras ellos. No deberían pasarlas muy canutas, con Wayne y Marasi en su bando, por no mencionar a un Inmortal sin Rostro. MeLaan era de armas tomar, así que seguramente VenDell también sabría defenderse.

Los dos tipos que se acercaron a hablar con ellos llevaban ropa de trabajo: tirantes, pantalón, camisa. No era suficiente. Buscaban por lo menos a alguien que tuviera categoría de conjunto, a cuyas órdenes estaría un ciclo como Granks, o a ser posible alguien con rango de secuencia o incluso de serie, plenamente ascendido. El Grupo solo tenía un par de ellos en cualquier momento dado. Y un líder, a quien llamaban clave.

Wayne/Franis no quería ningún puesto de esos tan importantes. No le interesaba llevar la ropa cara y atraer los disparos. A él que le pagaran su sueldo y le dejaran fingir que no estaba haciendo nada malo.

—Ciclo —dijo el más fornido de los dos, saludando con la cabeza. Lo más seguro era que fuese un tipo llamado Mojo, según los interrogatorios. O quizá un tal Embrier. En cualquier caso, lanzó una mirada a Franis, pero

no le dirigió la palabra. Siguió hablando con VenDell—. Que tus hombres suban a las dos camionetas que hay fuera y volved a casa. Queda constancia de una operación bien hecha.

—De acuerdo —gruñó VenDell, con una versión bastante pasable del acento de Granks—. Pero tengo que hablar con el secuencia. Hay un problema.

—¿No te vale la línea de radio? —preguntó tal-vez-Mojo, mirando a su compañero.

—Tengo motivos para pensar que las radios no son seguras —dijo VenDell—. El secuencia está aquí, ¿verdad?

Eso se lo había sugerido Wayne. Los encargados siempre andaban cerca mirando. No se fiaban de que unos ladrones buenos y más o menos honestos como Franis fueran a hacer bien el trabajo. De modo que sí, en aquel almacén habría un miembro de más alto nivel del Grupo. Estaría en alguna parte. Tan seguro como que Franis no era Franis en esos momentos, sino alguien más o menos parecido, tanto como era posible sin llevar sus huesos, lo cual era hacer trampa y punto.

En fin. Negociaciones importantes. Cuestión de vida o muerte. Rodeados por cuarenta hombres armados. Más valía prestar atención.

—Yo transmitiré tu mensaje al secuencia —dijo tal-vez-Mojo.

—No me basta —replicó VenDell—. Hay un problema. Un problema muy grave.

Los dos matones se miraron. Maldición, estaban empezando a sospechar.

Wayne miró a la gente del perímetro, que solo necesitaría un comentario de pasada para liarse a tiros. Así que decidió sobre la marcha. Aquel tipo no sería Mojo, porque ¿quién iba a poner a alguien llamado Mojo al mando de nada?

—Oye, Embrier —dijo con una versión levemente modificada de su propio acento. Estibador, pero con una capa superpuesta de la especie de gimoteo que habían adoptado todos aquellos matones. Cuando la gente trabajaba junta, se les empezaba a pegar la forma de hablar de los demás—. ¿Hablamos un segundo?

El hombre fornido le lanzó una mirada y luego asintió.

—¿Sí, Franis?

Wayne le hizo una seña y los dos se apartaron a un lado. VenDell entabló

conversación con el otro hombre, repasando las existencias que habían logrado «adquirir».

—¿Qué pasa aquí, Franis? —preguntó el matón en voz baja, y señaló con el pulgar por encima del hombro—. El ciclo nunca se preocupa de estas cosas. Hace lo que le dicen y ya está.

—Tiene los sesos de hormigón mojado —convino Wayne, también casi susurrando—. ¿Puedes creerte que lo eligieran a él?

—Claro que me lo creo —dijo Embrier—. No rechista nunca. Al contrario que tú.

—Eh, eh —respondió Wayne—, yo solo rechisto cuando viene el día de cobrar.

—Como todos —dijo Embrier, y entonces lo miró de soslayo—. Te ha dado el sol.

Maldición. Se había quedado corto con el maquillaje. ¿Podría hacer que ese hombre le preguntara por su padre? Wayne había sacado al verdadero Franis bastante información al respecto.

—Ya sabes, el trabajo duro. Como decía siempre mi padre, la mejor faena es la que se hace con los brazos y la espalda.

—Sí, pero ¿tú no vivías en una caverna?

—No vivo en la herrumbrosa caverna —dijo Wayne—. ¿Te crees que me quedo allí por la noche?

Embrier gruñó.

—¿Qué tal tu hermana?

¿Hermana? Ay, herrumbres. Wayne echó un vistazo a Embrier. Aquella sonrisa…

—Ni te acerques a mi hermana, ¿eh? —respondió.

—Solo preguntaba, solo preguntaba. —Embrier levantó las manos—. Ruina, tampoco hace falta que te pongas así.

—Escucha. —Wayne bajó la voz de nuevo—. No es que el ciclo esté raro, es que está preocupado. Vio a una guripa husmeando cerca de nuestra base. La morena, ¿sabes cuál te digo?

El hombre renegó entre dientes.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es lo que estoy haciendo. Pero el ciclo quiere informar del tema. Cree que así llamará la atención de… ya sabes quién. Por localizar a una guripa que ya sabíamos que tenía que estar rondándonos. Herrumbroso idiota.

Pero Embrier había palidecido un poco ante la insinuación de que el ciclo quería atraer la atención de Trell. Mejor… apartarse de ese tema. Wayne rodeó los hombros del tipo con el brazo y lo llevó de vuelta hacia los otros.

—Además —dijo a Embrier—, olvídate de mi hermana. He conocido a una mujer que te iría perfecta.

—¿Ah, sí? —preguntó Embrier.

—Ya te digo. Le pareció que Yulip era guapo.

—¿Yulip es ese que tiene sangre koloss y parece un sapo?

—El mismo —dijo Wayne mientras llegaban con los demás.

Embrier negó con la cabeza.

—Qué locura. —Asintió mirando a VenDell—. Voy a traer al secuencia. Que tus hombres empiecen a descargar.

VenDell se volvió e hizo un gesto con el brazo para que los demás se pusieran a trabajar. Con un poco de suerte, Marasi procuraría disimular, como le había dicho Wayne. Siempre se la veía a la legua. Tenía que aprender a arrugar la cara y convertirse en alguien que no era, de vez en cuando. Ayudaba mucho con el autodesprecio.

«Aun así, no deberíamos haber cruzado el río sin el héroe», pensó Wayne mientras los dos matones se marchaban al trote hacia el final del almacén y abrían una puerta.

—En serio —dijo VenDell a Wayne—, ¿cómo lo hace usted? Ni siquiera lleva sus huesos.

—Hay que tener menos palos metidos en la parte de atrás, VenDell —respondió Wayne—. Sácate uno o dos y lo verás.

—Es de una injusticia patente —dijo el kandra—. Un mortal no debería poder acompañar a un Portador del Contrato y parecer a su altura en habilidad para la imitación.

—Anda, envidia —dijo Wayne, y la olisqueó—. Huele a flor de cerezo. Y para ya de salirte del personaje, capullo.

Por fin vieron que salían dos figuras mejor vestidas de una habitación en penumbra al fondo del almacén. Perfecto. Eso sí era lo que querían. Con un poco de suerte, a los alguaciles no les costaría mucho…

De pronto, los portones exteriores se abrieron de golpe e irrumpieron en el almacén personas vestidas de marrón, con revólveres alzados hacia los matones.

—¡Suelten las armas! —gritó una voz—. ¡Esto es una redada!

—¡La pasma! —exclamó Wayne, desenfundando su propia pistola.

VenDell le cogió el brazo.

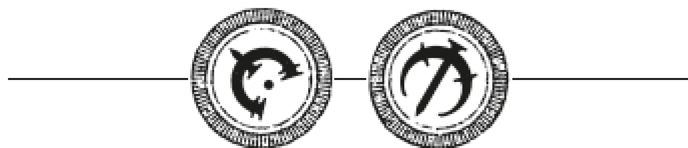
—Ah, sí —dijo Wayne, dejando que el kandra le bajara la mano—. Vale, vale. Es que a veces me olvido.

Pero los que habían entrado no eran de los suyos. ¿Qué narices pasaba? Los matones estaban volviéndose hacia las puertas, pero nadie disparó, porque no dejaba de entrar más gente de marrón. Habría por lo menos cien agentes. Que llevaban…

… el escudo y la tortuga, el símbolo de Bilming. Eran alguaciles de la ciudad.

Acababan de enredar la redada de Marasi.

22



Marasi gimió y se incorporó en el asiento mientras se quitaba el sombrero con el que se había ocultado la cara. Alguaciles de la ciudad de Bilming. Estupendo. Lanzó una mirada a Luzdeluna, que se encogió de hombros.

—No tenía ni idea —dijo la mujer.

Marasi suspiró. Por lo menos los agentes locales sabían que debían rodear al secuencia y su compinche, porque había al menos veinte alguaciles apuntándoles con sus armas. Quizá no estuvieran al tanto del Grupo, pero comprendían cosas como el contrabando y las pandillas. El resto de los alguaciles recién llegados estaban deteniendo a los matones, que habían tenido el sentido común de no abrir fuego, ya que estaban muy superados en número. Dejaron caer las armas a regañadientes.

Marasi abrió la puerta con el pie y bajó de un salto. Al momento, varios de los agentes que avanzaban volvieron sus armas hacia ella, que suspiró de nuevo y levantó las manos.

—¡Soy alguacil de Elendel! —les gritó—. ¡Detective especial Marasi Colms!

—¿Qué ocurre aquí? —exigió saber una voz.

Una mujer alta de pelo rubio corto, con uniforme de Bilming, se abrió paso entre los agentes. A Marasi le sonaba de algo.

—¿Capitana Blantach? —dijo—. Creo que nos conocimos en las jornadas de entrenamiento interurbano el año pasado.

La mujer miró a Marasi de arriba abajo y soltó un gemido. La gente de Marasi estaba saliendo de mala gana por la parte trasera de los camiones y enseñando sus credenciales. La capitana Blantach se llevó una mano a la frente.

—Tiene que ser broma —dijo—. ¿Estaban haciendo una redada en mi

ciudad?

—Tengo jurisdicción en la Cuenca entera —respondió Marasi, buscando los papeles—. El comisario general Reddi la autorizó con el visto bueno del gobernador.

—¡*Afirma* tener jurisdicción en la Cuenca entera! —replicó Blantach con un gesto despectivo hacia las autorizaciones—. Herrumbrosos elendenses. Muy propio de ustedes, montar una operación en mi ciudad y ni siquiera avisar.

Marasi pensó que la mujer tenía algo de razón. Pero el Grupo dominaba las ciudades exteriores. Advertir por adelantado a los alguaciles de Bilming habría supuesto demasiado riesgo, porque casi con toda certeza el Grupo tendría agentes infiltrados en la organización de Blantach.

Aunque… el hecho de que estuvieran allí parecía refutar esa teoría.

—Van a tener que entregárnoslos —dijo Marasi, con un gesto hacia los matones.

—Ni lo sueñe —replicó Blantach, cruzando los brazos sobre la chaqueta del uniforme, almidonada y ceñida.

—Esto forma parte de una organización mucho mayor —insistió Marasi.

—En ese caso, lo descubriremos en los interrogatorios.

Marasi suspiró, pero luego respiró hondo.

—Blantach, ¿de verdad tenemos que enfrentarnos?

La mujer más alta clavó la mirada en ella, pero no respondió.

—Los políticos no se llevan bien —dijo Marasi—, pero eso es asunto suyo. El nuestro es proteger las ciudades, todas ellas. Somos solo un par de policías hasta arriba de trabajo. Colaboremos en vez de reñir.

—Quizá podría aceptarlo, si es según mis condiciones.

—Esto que estoy investigando llega hasta muy arriba. Peligrosamente arriba. Y tiene zarcillos de niebla que rodean todos los estratos sociales. Los líderes de Bilming están en el ajo casi con toda certeza.

—Acaba de decir que esto no es un asunto político.

—He dicho que no debería importarnos lo belicosos que se pongan los políticos —la corrigió Marasi—. Pero hoy en día todo se relaciona con la política. La organización a la que persigo está alentando a propósito la guerra entre Elendel y las ciudades exteriores. Si nos acercamos demasiado, hay elementos en *ambos* gobiernos que intentarán detenernos. Y por eso no

podía avisarlos de que veníamos. Lo lamento mucho, pero tenga en cuenta que, en mi propio gobierno, apenas nadie sabe de esta operación.

Blantach detuvo con un gesto a un ayudante que llegaba al trote, quizá para informar de la cantidad de enemigos detenidos, y siguió observando a Marasi. La situación recordaba un poco a una negociación política, pero allí Marasi tenía una ventaja sobre Steris y Wax. Nunca era fácil saber lo que de verdad quería un senador. Pero ¿otra alguacil como ella?

Nadie se dedicaba a aquello buscando la gloria, o por lo menos nadie seguía trabajando de alguacil por la gloria. Quien la quisiera, tardaba poco en buscar puesto en la judicatura o la abogacía, intentaba ascender a toda prisa para alejarse del verdadero trabajo detectivesco. Pero Blantach era una agente de carrera. Llevaba más tiempo trabajando en ello que Reddi.

—Está empezando a ponerme nerviosa, Colms —dijo Blantach.

—¿Le ha sido muy difícil organizar esta operación? —preguntó Marasi—. ¿Había gente en su propio gobierno, o en los altos mandos policiales, tratando de impedirla?

—Así funciona todo. —Blantach se encogió de hombros—. Ya sabe cómo es la burocracia. Nunca… —Dejó la frase en el aire y frunció el ceño—. Sí que es posible que hubiera un poco más para esta misión.

—¿Y por qué no la anularon del todo? —susurró Marasi—. ¿Por qué le dejaron continuar?

—Porque me puse tozuda.

No era eso. Si el Grupo hubiera estado al tanto de aquella redada y hubiera querido sabotearla, lo habría hecho.

«Traían las armas de contrabando para equipar a las fuerzas de Bilming, de todos modos —comprendió Marasi—. Así que no pasa nada si las incauta el gobierno. De todas formas llegarán donde se pretendía». El Grupo tenía que actuar con delicadeza. Quizá estuvieran al mando en Bilming, pero el grueso de la población lo ignoraba. Por tanto, ¿para qué descubrir el pastel, si lo único que interesaba al Grupo era que los bienes incautados terminaran llegando donde debían en la ciudad?

¿Y qué pasaba con aquel secuencia? Marasi echó un vistazo a la horda de alguaciles que lo rodeaba. Estaba atado, pero aun así mantenía un aire de confianza. Tenía un aspecto refinado, un traje a la moda. Cejas gruesas y labios prominentes. Marasi supuso que ya estaba al tanto de que iba a haber

redada y les estaba siguiendo la corriente, sabedor de que lo liberarían después.

Entonces el hombre vio a Marasi. Ladeó la cabeza, frunció el ceño. Dio un paso hacia ella como si se hubiera olvidado de los alguaciles, que tuvieron que retenerlo. La miró con cara de confusión.

Al momento le dedicó una sonrisa amplia, incluso emocionada. Tensó los músculos y estiró el cuello.

Herrumbres. ¿Qué se le escapaba?

Maldición. No había mejor manera de desatar más controversia en la Cuenca que encontrar de pronto a un montón de agentes de Elendel interfiriendo en los asuntos de otra ciudad. Sobre todo si…

—Blantach —dijo Marasi agarrándole el brazo—, tenemos que sedar a ese hombre.

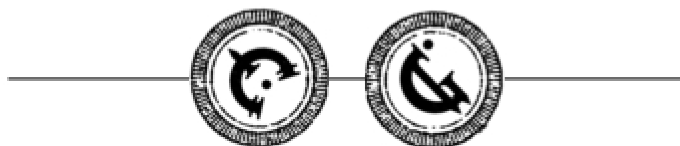
—¿Cómo? ¿Sedarlo? ¿Por qué?

—¿Han venido preparados para detener a nacidos del metal? —preguntó Marasi.

—En este grupo no hay ningún nacido del metal —dijo Blantach—. Lo sé de buena tinta por…

El secuencia eligió ese momento para liberar un empujón alomántico de una potencia descomunal.

23



Marasi llevaba un cinto con hebilla de seguridad y compartimentos para el metal, así que el empujón no hizo más que arrancarle sus pertrechos. Los agentes de Bilming no estaban tan bien preparados. Salieron despedidos hacia atrás, arrastrados por sus propias pistolas, esposas y demás material del oficio.

Blantach chilló cuando el pulso alomántico la levantó del suelo, pero tuvo suerte y sufrió solo una caída leve, mientras muchos otros salían arrojados varios metros hacia atrás. Hasta los camiones se sacudieron, y dos incluso volcaron. Las puertas laterales del edificio volaron. Las ventanas se agrietaron y la gente gritó sorprendida mientras los revólveres resbalaban por el suelo y daban contra las paredes, excepto unas pocas armas que se quedaron donde estaban sin que les afectara el empujón. Por lo visto, a algunos enemigos les habían dado pistolas de aluminio.

El secuencia recogió una de ellas con gesto distraído, en el epicentro de una oleada de energía muy distinta a cualquiera que Marasi hubiera experimentado por parte de un lanzamonedas normal y corriente. Dio un paso atrás, sobrecogida. Aquello había sido como… como lo que contaban las historias antiguas. Como lo que había anotado Armonía en los registros, al detallar el poder que tenía disponible la Guerrera Ascendente.

Era muy mala señal. Porque Marasi acababa de caer en la cuenta de por qué sonreía el secuencia. Aunque lo más probable era que su plan inicial fuese dejarse detener, ahora que había visto la oportunidad de implicar a Elendel en un escándalo, querría provocar la mayor cantidad posible de bajas.

Mientras los demás se recuperaban, Marasi se arrojó hacia una pistola de

aluminio. Pero el secuencia apuntó y disparó justo delante de ella, obligándola, al estar todavía desarmada, a cubrirse tras un camión volcado. El empujón alomántico había cesado de momento, por suerte.

«Has leído sobre esto —pensó—. Es uno de los antiguos poderes que estaban reservados a los nacidos de la bruma». Era un metal arcano llamado duraluminio. Al utilizarlo, un alomante podía quemar su reserva de metal entera de un solo golpe. Como al detonar un barril de pólvora en vez de una sola bala, liberaba un enorme fogonazo de energía alomántica. O al menos, eso era lo que recordaba. Llevaba siglos siendo irrelevante, ya que nadie podía utilizar dos poderes alománticos a la vez.

A menos que llevara clavos hemalúrgicos.

Alguien con gorro de lana y peluca llegó a trompicones junto a ella un momento después. Wayne traía consigo a VenDell en el cuerpo del ciclo de pecho amplio. Un segundo más tarde, la burbuja de velocidad de Wayne les dio a los tres un respiro.

—¡Sabían que veníamos! —exclamó Wayne—. ¡Sabían que íbamos a hacer la redada!

—No —dijo Marasi—. Esperaban a Blantach y sus alguaciles, pero creo que les daba igual que los detuvieran. Me imagino que iban a dejarse hacer esa redada y luego escabullirse del calabozo.

—¿Y qué ha cambiado? —preguntó él.

—El secuencia acaba de caer en que somos de Elendel y ha decidido usar nuestra presencia aquí para provocar un incidente matando a alguaciles y echarnos la culpa por interferir en una operación policial de Bilming.

Era solo una suposición, pero los hechos estaban claros. En el instante en que había visto a Marasi, un hombre que estaba dispuesto a rendirse había decidido luchar. Lo cual ponía en peligro a todo el mundo.

Echó un vistazo desde detrás del camión, aprovechando que no tenía que preocuparse de que le dispararan. El secuencia empezaba a apuntar, casi con desinterés, hacia la capitana Blantach, que se estaba poniendo de pie. En el perímetro del almacén, tanto los agentes como los pandilleros se levantaban poco a poco, desorientados. Los más rápidos en recuperarse estaban paralizados en el acto de recoger armas del suelo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Wayne.

—Tú distrae a ese secuencia —le dijo Marasi—. Yo organizaré a nuestros agentes. Las fuerzas del Grupo también parecen sorprendidas de

que estemos aquí, por la cara de susto que ponen. Estoy casi segura de que iban a dejarse capturar para que luego los soltaran jueces o fiscales corruptos. Aún podemos darle la vuelta a esto, si aprovechamos que están desorientados.

—¡Ese no era el plan! —casi chilló VenDell, mirando desde detrás de Marasi.

—Los planes duran hasta que alguien empieza a disparar, socio —dijo Wayne.

—Qué desbarajuste —masculló VenDell—. Estos huesos tan bonitos acabarán hechos trizas.

—No si podemos impedirlo —dijo Marasi—. Ayuda a Wayne con el secuencia y derriba a todo enemigo armado que veas. Cuidado con nuestros conductores, eso sí. Van de paisano, pero todos llevan zapatos blancos.

—Hum… —murmuró VenDell—. Ay, ay, ay. Eh… Con eso de derribarlos, ¿a qué se refiere en concreto, señorita Colms?

—¿Matar? —dijo Marasi—. ¿Disparar? ¿Mutilar? ¿Comer? No tengo manías, VenDell.

—Ah, ya, eh… —repuso él—. Verá, es que no soy muy bueno en combate. Yo soy un erudito. Un buen planificador. Un portador de pensamientos profundos y relevantes.

Marasi lo fulminó con la mirada.

—Me rijo por el Primer Contrato, señorita Colms —dijo VenDell—. Como casi todos los kandra. No puedo matar, ni tan solo herir, a una criatura viva. Y mucho menos a un ser humano.

—MeLaan no tenía ese problema —terció Wayne.

—¡MeLaan es una maleante! —exclamó VenDell—. ¿Por qué creen que se la asignó con ustedes? Los únicos luchadores capaces son TenSoon y ella. ¡Los demás lo aborrecemos! Debería, hum… alejarme. Y planificar. Sí, planificar una reacción a esto.

Marasi lanzó una mirada a Wayne, que estaba poniendo los ojos en blanco.

—Pero vienes a ser indestructible, ¿verdad? —preguntó a VenDell—. Como MeLaan.

—Bueno, en teoría, sí. Pero verá, yo…

—Pues sal ahí fuera —lo interrumpió Marasi— y atrae el fuego. Y además, si puedes, pásame un revólver de aluminio de esos.

—Muy bien —dijo él, y dio un profundo suspiro—. Es la última vez que me dejo convencer por Armonía para…

Se interrumpió cuando una mujer de baja estatura rodeó la parte trasera del camión, moviéndose a su misma velocidad de algún modo, y *entró* en su burbuja de velocidad. Era fornida y llevaba bombín y un bastón de duelo en una mano.

—¿Qué hay, preciosidades? —dijo—. ¿Qué es esto, una reunión? Me encanta conocer a gente nueva. Matarla me quita la monotonía.

Sonrió de oreja a oreja y se abalanzó hacia Marasi. Que alguien irrumpiera en una burbuja de Wayne era un suceso tan incongruente que Marasi reaccionó con vergonzosa lentitud. Wayne no estaba tan cohibido. Asió el brazo de la mujer mientras descargaba el bastón e impidió que golpeara a Marasi en la cabeza.

Cayeron los tres al suelo forcejeando. Wayne acabó con el bastón de duelo en su poder, pero la mujer se zafó de ellos. Se emborronó durante un instante al llegar al borde de la burbuja de velocidad y luego empezó a cruzar el almacén a velocidad humana normal. Un momento más tarde se quedó casi paralizada, moviéndose muy despacio.

—¡Mierda! —soltó Wayne—. ¡Otra deslizadora!

Claro, eso era lo que pasaba. Alguien con el mismo poder de Wayne podría crear sus propias burbujas de velocidad. Cuando se había movido tan deprisa era porque su burbuja se había solapado con la de Wayne, duplicando su velocidad durante una fracción de segundo. Pero luego había tenido que deshacer su burbuja para seguir avanzando, porque los deslizadores necesitaban breves descansos en el uso de su poder.

—Wayne —dijo Marasi—, plan nuevo. Intentaré recoger mis granadas alománticas. Se me han soltado con el estallido de antes. A ti te toca detener a esa versión extraña de ti mismo.

—¿Qué? —protestó él—. ¿Solo por ser deslizadora, ya es una versión extraña de mí?

—Concuerdo —dijo VenDell—. Wayne ya es increíblemente extraño, así que una versión extraña de él sería normal.

—¡Da lo mismo! —restalló Marasi—. Wayne, ocúpate de la deslizadora. VenDell, distrae al lanzamonedas. ¿Listos?

—Listo —dijo Wayne.

—¡No estoy listo! —gritó VenDell.

—¡Deshaz la burbuja! —ordenó Marasi, ya saltando hacia delante.

Wayne lo hizo y el ruido del almacén la arrolló con su cacofonía. Hombres recogiendo armas y empezando a disparar. Chillidos y gritos de dolor. Agentes intentando organizarse, una docena de voces distintas dando indicaciones contradictorias.

Marasi embistió contra la capitana Blantach, que apenas se había levantado, y la empujó tras otro camión. Los disparos del secuencia dieron contra el suelo y levantaron esquirlas de hormigón, fallando por los pelos.

Blantach se enderezó sorprendida y asintió dando las gracias a Marasi, que ya tenía la espalda contra el camión. Era en el que había llegado ella al almacén, pero no había ni rastro de Luzdeluna.

Wayne se abalanzó sobre la deslizadora un momento después. VenDell salió de detrás del camión volcado y se puso a hacer aspavientos.

—¡Mírenme! ¡Estoy indefenso! ¡Y soy un traidor! ¡Ja! ¡Pienso contárselo todo a los alguaciles!

Recibió un disparo directo en la cabeza.

—¡Herrumbres! —gritó la capitana Blantach, comprendiendo por fin la situación—. ¡Tienen a un alomante!

Marasi suspiró.

—¿Puede organizar la resistencia, capitana? —gritó en el creciente estruendo—. ¡Las armas de arriba de todas las cajas que traemos son de verdad, y todos los camiones están blindados y sirven para cubrirse!

—De acuerdo —dijo Blantach, y se volvió para hacer gestos hacia la pared oriental—. ¡Agentes, conmigo! ¡Vamos a…!

El camión tras el que estaban parapetadas se tambaleó. Marasi apenas logró apartarse a tiempo de un salto cuando un segundo y poderoso empujón de acero sacudió todo el almacén. Las paredes temblaron, la madera se partió y los clavos se liberaron de ella. Los hombres y mujeres que habían vuelto a armarse salieron despedidos de nuevo hacia atrás.

Y el camión que Marasi había estado usando para cubrirse voló como si un gigante le hubiera dado un puntapié. Acabó en la calle, rebotando y dando vueltas, soltando cajas que se desmenuzaron en armas. ¡Herrumbres!

Falló por poco a Blantach, que ya había echado a correr hacia el batiburrillo de alguaciles y matones. Muchos estaban derribados en el suelo.

Ya sin cobertura, Marasi vio que el secuencia agitaba una pequeña cantimplora de aluminio, le quitaba el corcho y daba un sorbo. «Más

metales», comprendió. Si recordaba bien lo que había leído, cada vez que el secuencia quemara duraluminio tendría que reponer sus reservas.

Mientras el secuencia terminaba de beber, alguien con un agujero de bala en la frente se arrojó contra él y lo derribó. Por lo menos, VenDell estaba intentándolo.

—¡Organice a los alguaciles! —gritó Marasi a Blantach, y echó a correr hacia la destruida fachada principal del almacén.

Entre aquellos escombros tenía que estar su cinturón de metales, donde llevaba las granadas. Tenían que ser su mejor jugada para detener a un alomante superpoderoso. Pero de camino, vio algo increíble: a Wayne y la otra deslizadora luchando.

Wayne saltó hacia la deslizadora en un repentino estallido de velocidad, pero dejó caer su burbuja estando en el aire. Ella lanzó la suya, que los envolvió a ambos, convirtiéndolos en sendos borrones de bastones de duelo y movimiento frenético. La burbuja de velocidad cesó y se separaron para rodearse uno a la otra, antes de acelerarse y entablar combate de nuevo, tan rápido que Marasi ni siquiera distinguía sus borrones.

Herrumbres. «Concéntrate», pensó Marasi. Se escabulló por la entrada principal del almacén y buscó entre los cascotes, haciendo caso omiso al pobre camión que estaba cerca bocabajo, con una rueda dando vueltas.

«Ahí está», se dijo, y se apresuró a recoger el cinturón para metales, que asomaba de debajo de una caja rota. Lo sacó de un tirón y buscó dentro de un compartimento, pero el cierre se había roto y faltaban dos granadas. Solo le quedaba una.

Un cuerpo flácido pasó volando cerca y se estampó contra el camión volcado. Cayó al suelo como un trapo y luego volvió una cara destrozada hacia ella, pivotando sobre un cuello roto.

—He sido derrotado —dijo VenDell, sus palabras apenas comprensibles por la mandíbula rota—. Les pasaré la factura de estos huesos.

—No seas crío —replicó ella.

Empezó a quemar cadmio de inmediato. La cajita zumbó entre sus dedos, cargándose.

Corrió de vuelta al almacén y descubrió que Blantach había reunido a un grupo de agentes, tanto propios como de Marasi, a cubierto detrás de varios camiones derribados. La mayoría de los pandilleros estaban agrupados al fondo de la estancia, cerca del secuencia. Estaban armándose con pistolas

sacadas de las oficinas del fondo, al parecer, y otros sacaban escudos antidisturbios.

Wayne y su adversaria seguían emborronados. El secuencia se había elevado en el aire, flotando gracias a un empujón de acero. Las balas se desviaban a su alrededor e impactaban en la pared de atrás, incapaces de alcanzarlo. Herrumbres. Si estaba haciendo eso, era que tenía mucha más experiencia con su poder que el ciclo contra el que había luchado Marasi. Pero al menos no podría hacer un megaempujón de los suyos sin herir a su propia gente.

Marasi siguió avanzando deprisa, agachada, y llegó tras un camión volcado. Fijó el temporizador de la granada y esperó a que el secuencia le diera la espalda. Con un poco de suerte, confiaría en que su poder desviara las balas y no vería la granada de Marasi.

Pero no hubo suerte: el secuencia echó un vistazo en su dirección mientras ella arrojaba la cajita. Logró desviarla justo a tiempo con un empujón alomántico y la granada detonó cerca de la pared del fondo, sin alcanzar a nadie. El secuencia la miró a los ojos desde el aire y lanzó una moneda hacia ella. Marasi apenas logró agacharse a tiempo. Herrumbres. En cualquier momento podría mover aquel camión.

«No —pensó—, porque necesitaría un anclaje igual de pesado». Era el motivo de que el secuencia hubiera estado haciendo esos poderosos empujones radiales. Así empujaba con la misma fuerza en todas las direcciones y se mantenía estable. No podría mover un camión concreto a menos que también empujara hacia atrás contra algo que tuviera la misma masa.

Tampoco era mucho consuelo, cuando un conteo rápido de su gente le reveló que muchos estaban sangrando, ocultos a cubierto. Había varios derribados, inmóviles. Y para colmo, el enemigo estaba reagrupándose. Aquello le daba muy mala espina. ¿Qué clase de matones intentarían derrotar a los alguaciles a tiros?

«La clase que tiene armas para dar y regalar —pensó Marasi—, y que cree que puede vencernos. No deberíamos estar luchando. No así».

Resonaron disparos en el almacén y las balas tañeron contra el metal y la piedra.

—Tenemos que retirarnos —dijo. Atrajo la atención de Kellen, una de

sus tenientes—. ¡Hay que abrir fuego de cobertura y organizar la retirada! Saldremos por esa abertura de ahí.

—¿Retirada? —preguntó Kellen, acercándose a ella—. Pero ¿y el enemigo?

—Somos agentes de la ley —dijo Marasi—, no soldados. ¡No voy a librar una batalla abierta en plena ciudad! La misión ha fallado. Hay que irse.

Kellen pensó un momento y luego asintió.

—Es verdad —dijo—. ¿Qué quiere que haga?

—Reúne a los demás y ayudad a los heridos. Yo me coordinaré con la gente de Bilming e intentaremos distraerlos. ¿En qué camión están los explosivos reales?

—¡En el seis!

—¿El de Wayne? ¿A quién se le ocurre?

—A Ruina, por lo visto —respondió Kellen—. No me había parado a pensarlo.

Se separaron. Marasi sacó su revólver de la pistolera del cinturón para metales y corrió agachada por el espacio abierto hasta el camión número seis, tras el que se había refugiado Blantach. Se sorprendió de que no estuviera volcado, pero no le pareció que fuese buena idea intentar salir conduciendo. Al menos, no mientras el secuencia tuviera el poder de derribar vehículos.

—Vamos a retirarnos —dijo Marasi a Blantach—. ¿Vienen con nosotros?

—Herrumbres, sí —respondió la capitana—. Es como si, al abrir la cesta de la merienda, hubiera encontrado un avispero. ¿Quién es esta gente?

—Son quienes intentan socavar nuestra civilización —dijo Marasi, y dio una palmada al camión—. Tenemos explosivos dentro de este. Voy a tirar unos cuantos al enemigo para cubrir la retirada.

—Déjeme un minuto —pidió Blantach—. Prepararé a mi gente para que vayan con ustedes. Tenemos heridos.

—Nosotros también. Espero que la explosión nos dé el tiempo suficiente.

Marasi respiró hondo, abrió la puerta lateral del camión y entró a toda prisa. Desde allí pudo retirar el panel que separaba la cabina de la zona de carga y pasar a ella. Estaba oscuro, pero sabía que la caja de explosivos estaría atrás del todo, para que se vieran al hacer la entrega.

Localizó unas cuantas granadas convencionales tanteando dentro de la

caja. Y también lo que esperaba que fuese una bomba incendiaria, que estaría hecha de arcilla y líquido, inmunes a los empujones alománticos.

La embargó la inquietud mientras volvía estrujándose a la cabina y se agachaba, contando con que el blindaje de la puerta del copiloto la protegiera de los disparos. Cuantas más vueltas le daba, menos gracia le hacía la posición en la que estaban.

«Si huimos, el secuencia hará otro empujón de esos a lo bestia —pensó—. Estaremos corriendo para salir mientras nos ruedan los camiones por encima».

Pero ¿qué iban a hacer si no? Salió del camión con los explosivos. Kellen y Blantach asintieron mirándola, listas para la retirada. En el almacén volaban las balas, pero en su bando eran solo unos pocos agentes disparando para distraer al enemigo mientras los demás ayudaban a los heridos.

Era el momento de…

El secuencia se dejó caer desde el aire y aterrizó justo en el centro de los cuatro camiones tras los que estaban cubriéndose. Entonces empujó, con dos camiones a cada lado, y apartó los cuatro vehículos de en medio con un increíble estallido alomántico.

En un solo instante, se habían quedado sin protección. El grupo de atribulados agentes se descubrió expuesto del todo mientras ponía en pie a los heridos. En el otro extremo del recinto, los matones habían construido una pequeña fortificación con sacos de arena, y uno de ellos terminó de montar una enorme ametralladora de varios cañones rotatorios sobre un trípode. Era armamento militar, enfriado mediante líquido, cargado a cinta, que disparaba unas balas más largas que la palma de la mano. Esa ametralladora la habían desarrollado para repeler una hipotética invasión malwish, y era ilegal sacarlas de Elendel.

En ese preciso instante Marasi se dio cuenta de hasta qué punto estaban superados en potencia de fuego. Sobre el almacén cayó un extraño silencio, aunque a Marasi le pareció oír que se rompía algo de cristal en algún lugar. Una parte de su mente registró el sonido, pero estaba concentrada en la ametralladora. Estaba de pie al frente de los alguaciles, mirando directamente sus cañones. Asimilando lo que estaba a punto de pasar.

Había llevado una fuerza policial apenas armada a un campo de batalla.

La ametralladora arrancó con un traqueteante sonido percutor y escupió

un flujo concentrado de balas directas hacia Marasi y los demás.

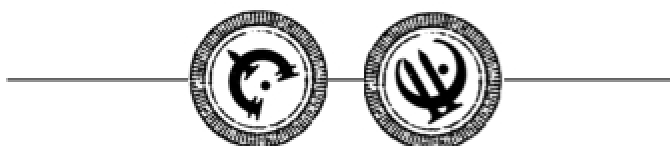
Entonces esas balas se detuvieron en el aire.

Al instante salieron despedidas hacia atrás, en dirección al fuerte enemigo, impactaron contra sacos y escudos y provocaron gritos de sorpresa entre los pandilleros. La ametralladora se interrumpió y el almacén quedó un momento en silencio. Desconcertada, Marasi echó una mirada atrás… y encontró a Waxillium Ladrian de pie justo a su espalda, con las tiras de su gabán de bruma ondeando mientras se volvía y apuntaba su revólver por encima del hombro de Marasi. Disparó con un solo estallido de pólvora.

El tiro perforó la mirilla de la ametralladora y envió al hombre que la había disparado al suelo, con el ojo atravesado por una bala.

—Siento llegar tarde —proclamó Wax a todos los presentes—. He tenido que esperar a los disparos para encontraros. ¿Queréis que sigamos con esto?

24



Luchar contra alguien en combate justo era de lo más injusto, decidió Wayne. Dio un golpe con su bastón de duelo que provocó un melodioso y resonante crujido en el cráneo de la muy tramposa. La mujer cayó al suelo, pero rodó y se había vuelto a levantar al cabo de un segundo. Sonrió mientras la herida de la cabeza sanaba, dejando solo un hililllo de sangre que le bajaba por la piel, inmaculada de nuevo.

Pues claro que le habían dado la capacidad de curarse. Maravilloso. Una herrumbrosa delicia.

La tramposa se emborronó y Wayne apenas pudo levantar su propia burbuja de velocidad a tiempo de atisbarla llegando por la izquierda. Cruzó los bastones para bloquear el ataque y pasó a la ofensiva.

Le aporreó un costado mientras ella le hacía lo mismo, como en un espejo. ¡Herrumbroso Ruina y herrumbrosos diablos, cómo dolía! Y seguir así tenía más o menos el mismo sentido que beber el whisky caro una vez ya estabas borracho. Los dos se apartaron, un poco encogidos, pero decantando sus mentes de metal para sanar.

—Por las sagradas partes ausentes de Armonía —dijo Wayne sacudiendo el brazo magullado—, qué pedazo de incordio eres.

—Qué pedazo de incordio eres —dijo ella—. Pedazo… Peazo…

—¡No intentes pillar mi acento! —espetó Wayne.

—¿Puedes repetir la palabra «pillar»? —le pidió ella, mientras lanzaba un bastón de duelo rodando al aire y lo atrapaba de nuevo.

Herrumbrosa.

Tramposa.

¡Del demonio!

Wayne había obtenido sus poderes de manera justa. Naciendo con ellos por pura suerte. Ella, en cambio, se los había robado a otra gente. Y eso, desde luego, era trampa. Todo el mundo sabía que algunas cosas podías llevártelas y otras no. ¿El reloj de bolsillo que Wax no usaba nunca? Objetivo válido. ¿El que le había regalado Lessie? Vedado.

¿El alma de alguien? *Muy* vedado.

Siguieron rodeándose entre ellos, sin hacer caso al resto del caos que imperaba en el almacén. Wayne detuvo el tiempo mientras algo impactaba cerca de él, una bala que rozó el lado de un camión, y vio caer las chispas ralentizadas. Pero de los pistoleros tendrían que ocuparse Marasi y los guripas. Wayne tenía una para-nada-en-absoluto-clon-suya con quien luchar.

La mujer sonrió mientras embestía hacia él, blandiendo los bastones. Sí, podría sanar si Wayne la golpeaba, pero solo una cantidad limitada de veces antes de que se le terminara la salud almacenada. Tenía que seguir atizándole y esperar que se le acabara antes que a él.

La tramposa esquivó en esa ocasión.

—¡Eh, eh! —exclamó Wayne—. ¡Estate quieta!

—Eeeh… —respondió ella—. Eh…

—¡Que pares!

Ella retrocedió con paso danzarín, sonriendo.

—Llevaba años esperando esto —dijo, perdiendo poco a poco el acento —. Planeando, preparándome. Me construyeron para ti, Wayne. ¿No te sientes honrado? ¡Me hicieron para matarte!

—¡Uf! ¿Hace falta que además seas un bicho raro?

—Cuando te mate, me pondré tu sombrero y llevaré tu olor. Es lo único que me falta.

Wayne se detuvo donde estaba mientras ella seguía sonriéndole. Qué. Herrumbrosa. Grima. Entonces la mujer se volvió y se le agrió la expresión.

—¿Qué hace él aquí?

Wayne giró un poco la cabeza para ver a qué se refería. Y… herrumbres, por fin. El héroe había llegado. Wax estaba allí de pie como el propio Ruina, con las cintas arremolinadas a su alrededor, protegiendo a los agentes y disparando a discreción contra las filas enemigas.

La tramposa ya estaba derrotada, ahora que Wax había llegado. El mundo volvía a ser como debía.

Pero claro, Wax estaba ocupado en ese momento, y necesitaría ayuda. Así que Wayne embistió contra la tramposa, le hundió el codo en la tripa… y notó que tenía algo duro en el brazo. ¿Serían sus mentes de metal? ¿O el clavo, tal vez? Ahora que Wax estaba allí, podrían hacer un Especial Dos Caras. Solo que lo haría Wayne consigo mismo, porque Wax tenía que disparar a gente.

Cuando la tramposa intentó quitárselo de encima, Wayne se retorció y dejó que ella misma se colocara en posición. Entonces la rodeó con un brazo desde atrás, agarró el bastón de duelo con las dos manos y lo subió bajo la barbilla de la mujer. Ella gruñó y empezó a lanzarle golpes, pero solo consiguió desequilibrarse.

Al momento Wayne la tenía en el suelo, con una rodilla en la espalda y tirando hacia arriba del bastón de duelo para ahogarla. Él mismo había estado en esa situación, y no era nada placentero sentir cómo se quedaban secas las mentes de metal a medida que te ibas curando de la asfixia.

La tramposa se revolvió, frenética. El mundo alrededor de ellos se ralentizaba y se aceleraba a ráfagas cuando usaba su poder presa del pánico. Pero por muy diestra que fuera con los bastones, se había saltado las técnicas básicas de lucha cuerpo a cuerpo. Alguien con un mínimo de experiencia podría haberse zafado de Wayne.

Negó con la cabeza, decepcionado.

—No te puedes saltar las presas de lucha, socia —le dijo—. Si quieres pelear bien, tienes que saber ganar estando en el suelo.

Ella respondió con gruñidos, lo cual mejoraba mucho todo lo anterior. Menos mal que Wax había aparecido. Wax había estado con el agua al cuello antes de que llegara el héroe.

Alguien vestido con ropa buena se dejó caer al suelo junto a ellos.

—Getruda —dijo a la mujer—, me defraudas.

Apuntó su revólver a la cabeza de Wayne.

Pues nada. Wayne la soltó y se lanzó a un lado. Esquivó rodando, porque a todo el mundo le gusta acabar con una buena voltereta, y se levantó con una burbuja de velocidad lanzada que los envolvía a él y a Marasi, que había estado atendiendo a un herido.

—Hola —resolló—. La cosa ya va mejor, ¿eh?

—Aun así, deberíamos irnos —dijo Marasi—. No estamos entrenados para esto.

—Pero es una pena irnos cuando vamos ganando —respondió Wayne.

Hizo un gesto de cabeza hacia atrás. El secuencia estaba señalando hacia la salida, en mitad de su orden a voz en grito, y la tramposa ya estaba de pie corriendo en esa dirección.

—¿Vamos ganando? —preguntó Marasi, y bajó la mirada hacia Mathingdaw, la agente herida, que tenía los ojos cerrados con fuerza y el gesto contraído de dolor por un balazo en la pierna.

—Si Wax se ocupa del lanzamonedas, sí.

Las filas enemigas se habían deshecho y sus tropas intentaban esconderse.

—Tienen al menos algunas balas de aluminio —dijo Marasi señalando hacia el lado.

En efecto, unas pocas balas de las que se movían por el aire como atravesando melaza no reaccionaban a los empujones de Wax.

—Pero ¿por qué tan pocas? —preguntó Wayne—. Miles Cienvidas tenía un montón de material de aluminio.

—Esta gente iba a dejarse detener —dijo ella—. Estoy convencida. Iban a dejar que los alguaciles de Blantach se los llevaran, en vez de levantar sospechas saboteando la investigación.

—Te faltan pasos lógicos, pero sueles acertar en estas cosas. Si es verdad, no querrían que les confiscaran demasiado aluminio. Las comisarías tienen costumbre de fundirlo para sacarse un dinero.

Wayne echó un vistazo hacia Wax, que estaba adelantado enfrente de los demás. Inmóvil mientras señalaba con tres dedos hacia una bala en movimiento. Parecía estar… guiándola hacia un lado.

Qué va. Eso era pasarse un poco, hasta para Wax.

—El instinto me dice —añadió Wayne— que si aguantamos, esta pandilla se dispersará. Total, ya han conseguido su incidente para la prensa al luchar contra nosotros, y no les queda mucho más que ganar. Pero nosotros tenemos heridos, y sería difícil retirarnos.

Marasi asintió.

—De acuerdo. Mantendremos la posición. Siempre que Wax ahuyente a ese lanzamonedas.

—Deshago la burbuja.

—Adelante.

La deshizo. Wax siguió girando sobre sí mismo, y herrumbres, la bala

que señalaba pareció desviarse directa hacia un matón que intentaba flanquear a hurtadillas la posición de los agentes.

—¡Wax! —gritó Marasi—. ¡Con estos podemos! ¡Pero necesito que te ocupes del lanzamonedas!

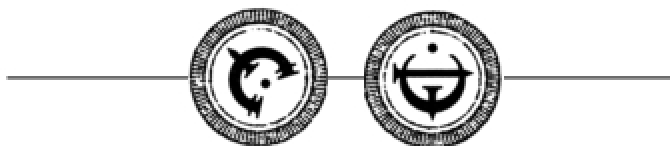
Wax la miró un instante, asintió y disparó al lanzamonedas, que esquivó elevándose. Siguió ascendiendo en vertical, atravesó el techo y desapareció de vista. Wax se lanzó en su persecución y salió por una claraboya rota.

Mientras los dos se marchaban, la tramposa huyó corriendo por la puerta delantera. Los pandilleros más listos se dieron cuenta de lo que pasaba y empezaron a esfumarse como podían. Wayne saltó al frente para atraer el fuego y Marasi corrió hacia el lado del almacén. Wayne se preguntó por qué hasta que una granada ralentizó el tiempo para un pequeño grupo de enemigos.

Allí ya solo quedaba limpiar: el verdadero combate había pasado al cielo. «Un momento», pensó Wayne. Lanzó una burbuja de velocidad para que dos heridos que había cerca pudieran refugiarse subiendo a un camión. «¿Alguien ha avisado a Wax de que el lanzamonedas puede hacer esos superempujones tan fenómenos?».

Hum. Bueno, Wayne supuso que su amigo no tardaría mucho en descubrirlo.

25



Wax se elevó por los aires y tuvo un súbito momento de desconexión. Estaba tan acostumbrado a volar por Elendel que esperaba encontrar ese paisaje. Aquella ciudad, con su planificación en redondo, su tren elevado y los enormes buques de guerra en el puerto, lo desorientaba. Ya había estado antes en Bilming, y conocía el extraño diseño de sus edificios, cada cual único. Pero desde allí arriba, se daba cuenta de que estaban dispuestos siguiendo un patrón artístico. Demasiado ordenados, demasiado perfectos, demasiado equilibrados. Como la maqueta que haría un niño de una ciudad.

El lanzamonedas enemigo volaba a saltos hacia el perímetro de la ciudad, y Wax lo persiguió con unos empujones de acero. Su adversario tenía talento, tanto que quizá hasta fuese un verdadero lanzamonedas, mejorado con hemalurgia. Se empujaba contra los edificios que ya había superado, al contrario que los lanzamonedas más novatos, que buscaban anclajes en vertical por debajo de ellos —coches, por ejemplo— y pasaban por alto los que tenían detrás.

Aun así, Wax logró acortar la distancia anticipando contra qué iba a empujar el otro lanzamonedas. Alzó a *Vindicación*. No quería matarlo, porque necesitaban respuestas, pero quizá si le acertaba en una pierna o un brazo, podría…

De pronto, el hombre salió disparado hacia arriba. El coche que tenía debajo se aplastó como por un pisotón y Wax hizo una mueca por la pobre gente que había dentro. El lanzamonedas se elevó por los aires, rápido como una bala, difícil de seguir hacia el sol cegador.

Wax aterrizó resbalando con manos y pies en un tejado. Herrumbroso infierno. Eso había sido…

«Duraluminio». Maldición. Era solo cuestión de tiempo que terminara

enfrentándose a un enemigo con esa capacidad, pero todo lo que sabía Wax sobre ella era por haberlo leído. Nunca había combatido contra nadie que la tuviera. El duraluminio inutilizaba todo lo que sabía Wax sobre luchar contra otro lanzamonedas. ¿Cómo vencer a alguien que podía lanzarse a sí mismo un kilómetro en el aire con un solo empujón de acero?

«Igual que vences a los demás —pensó Wax—. Con habilidad e ingenio».

Si a Wax no le fallaba la memoria, su enemigo tendría que beberse otro vial cada vez que utilizara ese poder. Fue hasta otro tejado, donde había dejado su macuto antes de ir al almacén. Sacó otra bolsa de balas de aluminio y dejó el *Superviviente de Acero*, porque llevaba munición convencional. Levantó a *Vindicación*, que era toda de aluminio, y estaba cargada con balas del mismo material. Wax no llevaba más metal encima aparte de los viales que le había enviado Armonía, dentro de la funda del cinturón, que también estaba forrada de aluminio.

«Intentará atacar desde arriba», pensó Wax, escrutando el cielo. Y en efecto, los disparos llegaron en vertical. El lanzamonedas también llevaba un arma de aluminio, pero Wax esquivó saltando por el lado del edificio. Mientras caía, empujó para entrar por una ventana de los pisos más altos y aterrizó en una vivienda.

La habitación estaba vacía. Si Wax cambiaba de estancia y salía por otra ventana, quizá pudiera sorprender a su adversario y…

La pared entera del piso se derrumbó hacia dentro, hecha trizas por las viguetas de metal que había bajo la mampostería. Una oleada de escombros se estrelló contra Wax y lo envió contra la pared del fondo. Gimió mientras caían los cascotes a su alrededor y divisó movimiento al otro lado de lo que había sido la pared.

El lanzamonedas ascendía, con una petaca de aluminio para reponer sus metales y la pistola en la otra mano. Había provocado una destrucción parecida en el edificio de enfrente, que había utilizado como anclaje para su terrorífico empujón de acero. La petaca era buena idea. Suponiendo que la llevara bien saturada de sus metales, le bastaría con dar un sorbo cada vez que usara el duraluminio.

Wax se cubrió tras unos escombros mientras el hombre abría fuego, haciendo saltar polvo blanco al impactar las balas. Las piedras crujieron

bajo sus pies y cayeron de su cuerpo mientras Wax disparaba unas cuantas veces a lo loco para ahuyentar al enemigo. Funcionó, pero… ¡Ruina!

Cruzó los escombros con pasos temblorosos y salió al pasillo común del edificio de apartamentos. Se quedó allí escondido un momento, quemando acero con suavidad para revelar el metal que hubiera a su alrededor y estimar el tamaño de las habitaciones en las viviendas. Recargó con sigilo y sacó un vial de metales del cinturón para reponer sus reservas.

A medida que el aluminio había bajado de precio, de prohibitivo a solo carísimo, la gente había empezado a utilizarlo cada vez más. Un ejemplo era la funda interior del cinturón de Wax. Pero la petaca que llevaba su adversario era mejor idea. Los viales de Wax eran vulnerables durante el breve instante en que los sacaba para beber, mientras que…

Una bala perforó la madera de la pared y estuvo a punto de dar a Wax en la cabeza. Se dejó caer al suelo, renegando, e hizo gestos para espantar a los confusos mirones que habían empezado a asomarse desde sus apartamentos. Llegó otra bala, que de nuevo casi le acertó. El lanzamonedas estaba disparándolas desde fuera y usando su acero para empujarlas a través de la madera. Pero ¿cómo sabía dónde estaba Wax? Allí dentro debería ser invisible.

«Serás idiota», pensó mientras extinguía su acero. El enemigo debía de llevar un punzón que le permitía quemar bronce para percibir si alguien utilizaba la alomancia cerca. Wax avanzó un poco agachado por el pasillo y no llegaron más balas atravesando la pared. ¿El lanzamonedas lo daría por muerto?

«Incluso aunque sea un lanzamonedas natural, y no me extrañaría por la habilidad que tiene, lleva un clavo para el bronce y otro para el duraluminio». Eso como mínimo. El cuerpo humano podía albergar hasta tres clavos sin exponerse a la influencia y el control directo de Armonía. Pero Marasi decía que el Grupo había descubierto una manera de saltarse ese límite de algún modo. Quizá fuese por la ceguera de Armonía.

La gente siguió saliendo al pasillo detrás de él, a pesar de las advertencias de Wax. Había bastante gente reunida alrededor del apartamento destrozado, mirando boquiabierta. Demasiados civiles. Wax no podía quedarse allí. Fue al final del pasillo, abrió la ventana de una fuerte patada, salió y se dejó caer, usando la feruquimia para reducir su peso y no dar demasiado fuerte contra el suelo.

Al instante, el lanzamonedas apareció en un tejado cercano y empezó a disparar.

Wax dobló la esquina y dejó de almacenar peso en su mente de metal, que de un tiempo a esa parte llevaba implantada muy por debajo de la piel. Era un cambio que había hecho, con la ayuda de cirujanos, después de todo lo que sucedió con los Brazales de Duelo. El cuerpo actuaba como el aluminio, protegiendo cosas como las mentes de metal de toda interferencia externa.

Aunque por otro lado, las historias decían que, con el suficiente poder, un alomante podía afectarlas de todos modos. La Guerrera Ascendente lo había hecho. Herrumbres. En todo caso, aquel hombre había aparecido al poco de que Wax decantara una mente de metal. Había captado la *feruquimia* de Wax mediante el bronce, algo que muy pocos alomantes eran capaces de hacer. ¿Tanta pericia tenía?

«Si está esperando a que use mis capacidades —pensó Wax—, aprovechémoslo».

Rodeó la parte trasera del edificio y encontró una rejilla de desagüe a un lado de la calle. Avivó acero contra ella y se alzó en el aire, pero interrumpió el empujón al instante y siguió ascendiendo por el impulso. Dado que casi todos los lanzamonedas volaban a base de empujones sostenidos, aquel tan breve quizá diera la impresión de que Wax seguía en el suelo.

El empujón elevó a Wax más de seis metros, y antes de empezar a caer se agarró a la fachada del edificio casi a la altura del tejado y se quedó colgando de un adorno de piedra. Aguardó, aún con la esperanza de capturar vivo a su adversario.

Oyó el raspar de pisadas en el tejado y vio moverse una sombra. Respiró hondo y se empujó hacia arriba para aparecer de golpe enfrente de su enemigo. Un empujón rápido hacia atrás empotró a Wax contra el hombre y los derribó a ambos enredados en la azotea.

Aprovechando el factor sorpresa, y arrodillado encima del enemigo, Wax le golpeó en la muñeca para que soltara la pistola. Luego agarró al hombre por el chaleco y levantó el puño. Estando tan cerca no tenía que preocuparse por posibles burbujas de velocidad, y Wax no llevaba metales vulnerables a empujones de acero. Quizá su adversario tuviera peltre para

darle fuerza. Unos puñetazos bien dados en la cara deberían bastar para determinarlo.

Wax tiró del lanzamonedas hacia arriba y empezó a aporrearlo. Y caray, a lo mejor era la emoción de estar peleando otra vez, pero los golpes que daba no parecían hacerle tanto daño en los nudillos como antes.

El enemigo tanteó en busca de su revólver presa del pánico, pero Wax siguió atizándole. Siempre había una cierta desorientación la primera vez que alguien recibía puñetazos, sobre todo en la cabeza. Una especie de incredulidad, de perpleja inverosimilitud. Wax recordaba su primera vez, la forma en que su mente no lograba enlazar las experiencias del pasado con aquella dolorosa nueva realidad de puño-en-cara. El hombre se puso frenético y Wax reparó en su error de juicio al cabo de un segundo, cuando el enemigo liberó un explosivo empujón de acero hacia abajo, contra los clavos y las varas de hierro del tejado.

Wax y el lanzamonedas salieron disparados hacia arriba con un rugido del viento y un repentino estallido de fuerza inercial. Logró aferrarse a su adversario durante la primera parte del ascenso, pero antes de llegar al cénit el hombre puso la mano a la cara de Wax, que sintió una súbita gelidez.

Su reserva de metal se esfumó.

El lanzamonedas tenía otro poder. Era una sanguijuela, con la capacidad de anular la alomancia de otra persona. Sonrió mirando a Wax a los ojos, mientras él intentaba sacar a tientas un vial del compartimento en su cinturón de metales. Entonces el lanzamonedas asió el cinturón de Wax y se lo arrancó al darle una fuerte patada. El cinturón estaba diseñado para abrirse si alguien empujaba los metales que contenía, y como Wax había abierto la trabilla del compartimento, los viales volaron por los aires.

Pero Wax había logrado hacerse con uno. Sin acero y a treinta metros de altura, se llevó el vial a los labios, aunque apenas notó el sabor del líquido que contenía antes de que el recipiente explotara. Un disparo a la cara de Wax había fallado por los pelos, pero había destrozado el vial.

Wax incrementó su peso al instante, y el extraño modo en que aquello afectaba a su impulso ralentizó el ascenso. El siguiente disparo le pasó justo por encima de la cabeza. Un segundo después de detenerse y empezar a caer, pasó a llenar su mente de metal para incrementar al instante su velocidad de descenso, pero preocupándose de no volverse tan liviano como para que la resistencia del aire contrarrestara el efecto. Al lanzamonedas le

costaba predecir su trayectoria y falló unos cuantos disparos más. Wax caía dando vueltas y, a pesar del descontrol, a pesar del nudo en el estómago y del mareo por la repentina eyección, se dio cuenta de una cosa.

Sin metales, estaba muerto. Si no lograba cambiar la trayectoria, las siguientes balas lo alcanzarían cuando el lanzamonedas apuntara mejor. Caer despacio no lo salvaría. Buscó metales en su interior y logró encontrar una minúscula pizca de acero del sorbito. La usó para empujarse usando como anclaje el chapitel de un edificio y esquivó así los siguientes tiros que llegaban desde arriba.

Entonces se agotó el acero. Solo estaba el fragor del viento. Alzó la mirada, vio que un vial caía cerca y aumentó de nuevo su peso un instante para ralentizar el descenso y ponerse a su altura. Extendió el brazo hacia él, pero le quedaba unos centímetros demasiado lejos, justo fuera del alcance de los dedos, imposible de…

Plac. El vial cayó en la palma de su mano. Wax rodó en el aire y se bebió la mitad del líquido. Como un fogonazo, su vista de acero regresó. Pasó entre unos edificios al caer y se empujó como pudo a un lado. Las balas descendentes surcaron el aire a su alrededor un momento después, pero el suelo seguía acercándose a una velocidad aterradora. En el último momento, Wax arrojó el vial medio vacío hacia abajo y empujó.

El vial dio contra el suelo y se hizo añicos, pero el metal que contenía fue suficiente anclaje. Wax perdió velocidad y aterrizó resbalando, entre las ondeantes tiras de su gabán de bruma. Con el corazón atronando, sacó la pistola de la funda y apuntó hacia arriba.

Pero el cielo estaba vacío. El lanzamonedas había decidido que le convenía huir.

Wax había tomado tierra en una plaza que tenía losas decorativas y unas cuantas estatuas impresionantes, esculpidas con un extraño estilo artístico de talla larga y en bloque. Su caída había atraído… bueno, no poca atención. Al parecer había interrumpido la inauguración de un edificio, porque había un periodista con un trípode de evanotipo para tomar imágenes.

Un destello de luz más tarde, Wax tuvo la fatídica certeza de que su titular encabezaría los pasquines vespertinos. Maravilloso. Se irguió, procurando tranquilizarse, y se parapetó bajo un toldo por si acaso. Luego, mientras pensaba qué hacer a continuación, un elegante vehículo negro se

detuvo cerca y Hoid el cochero, nada menos, salió de él con su sombrero de chófer y sus guantes blancos. ¿Qué hacía en Bilming?

—Su carruaje, señor —dijo Hoid, con un gesto hacia el coche.

—¿Cómo diantres me has encontrado? —preguntó Wax.

Hoid enarcó una ceja hacia la creciente multitud.

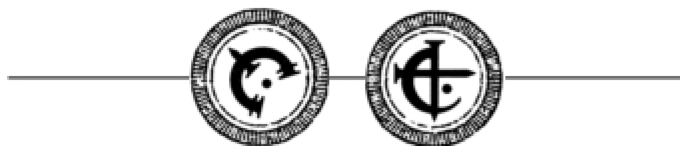
—Disculpe, lord Ladrian, pero tiende usted a dar bastante espectáculo. No es precisamente difícil localizarlo.

Bueno, razón no le faltaba. Al ver que la gente empezaba a murmurar, a Wax lo atrajo la idea de subir al coche y marcharse. Pero los demás seguían luchando por sus vidas.

—Gracias, Hoid —dijo—, pero Wayne y Marasi me necesitan.

Se lanzó al aire, atrayendo incluso más atención… y un segundo fogonazo de la máquina de evanotipos.

26



De mala gana, y no sin antes recuperar dos de sus granadas alománticas, Marasi aceptó que los alguaciles de la ciudad se ocuparan de despejar el almacén y llevarse a los miembros del Grupo que habían logrado capturar. No le hacía ninguna gracia, porque posiblemente significaba que los detenidos terminarían en manos del propio Grupo, pero de momento no podía hacer gran cosa al respecto. Y sus agentes heridos eran una preocupación más urgente.

Aparte de eso… bueno, en el instante en que habían llegado Blantach y su gente, la misión se había convertido en un embrollo de no te menees. Y por eso, tres horas después de llegar en camión a Bilming, Marasi estaba con Wayne, VenDell y Wax en una sala de la comisaría central de la ciudad. Antes de eso se había cerciorado de que llevaran a sus agentes al hospital y tenía el informe de bajas en el regazo.

Dos alguaciles muertos. Herrumbres, cómo le dolía leer sus nombres. Aquello era un desastre.

Pero de momento trató de concentrarse en el problema general.

—Entonces, ¿dices que Armonía está ciego? —preguntó.

Wax asintió, de pie con la mirada perdida en la pared.

—Me ha dicho que nos enviará la ayuda que pueda. Pero estaba asustado, Marasi. Asustado de verdad. Y teniendo en cuenta lo que hemos descubierto Steris y yo… me preocupa que nuestros enemigos estén cerca de desarrollar un arma. Demasiado cerca.

Lanzó una mirada a Marasi y se quedó callado. No querían decir mucho por si estaban espiándolos. En la puerta no había nadie, pero quizá escucharan lo que se decía en la pequeña sala por algún otro medio. Las

paredes de color amarillo claro y la bombilla colgando de su cable daban a la estancia un intencionado aire lúgubre. Marasi estaba convencida de que era una sala de interrogatorios.

Los alguaciles de Bilming no se habían atrevido a cerrar la puerta con llave, pero Wax y los demás habían tenido que entregar las armas. Y cuando los habían metido allí dentro, el mensaje tácito era evidente: «Ni se os ocurra intentar nada».

Tenían cuatro sillas, pero solo Marasi se había sentado, al fondo de la sala. Wax caminaba de un lado a otro delante de la puerta. VenDell se había dejado caer en el suelo contra la pared, exhausto. Se había remendado los huesos sujetándolos en su sitio con tendón, lo que le había dejado el cuerpo lleno de bultos y con un aspecto antinatural. Como una escultura de cerámica que se hubiera caído al suelo y la hubieran vuelto a pegar con las piezas desalineadas.

Wayne, cómo no, estaba echando una cabezada. En el suelo, con el sombrero sobre los ojos y la chaqueta enrollada bajo la nuca. Herrumbres, qué envidia. Ojalá fuera tan fácil para Marasi. Con dos agentes muertos, notaba que se le venía abajo la confianza. Cali Hatthew llevaba solo dos años de alguacil, y le había suplicado participar en la misión. Su sangre estaba en las manos de Marasi. Creía haber planeado bien la redada, pero…

Wax fue hacia ella y se acuclilló a su lado.

—Eh —dijo—, ¿estás bien?

Marasi negó con la cabeza y dio un golpecito en el informe de bajas.

—Las dos personas que sabían algo útil han huido, y yo he perdido a dos buenos agentes. Hay por lo menos otra docena con heridas graves, y para colmo he provocado un posible incidente entre nuestras ciudades. Ah, y el Grupo hará que liberen a todos los suyos, para acabar de hurgar bien en la herida.

Wax hizo una mueca.

—Marasi, nos enfrentamos a algunas de las personas más astutas y poderosas del mundo. Es inevitable que de vez en cuando nos la jueguen. Lo has hecho bien y has protegido a todo el mundo tanto como era posible.

—Estaríamos todos muertos si no hubieras llegado.

—Pero he llegado. No eres una asesina, Marasi. No como oficio. Tu trabajo es investigar, planificar y hacer cumplir la ley.

—¿Y el tuyo? —preguntó ella.

Wax se levantó.

—Yo soy la espada de Armonía, Marasi. Recién sacada del armero y desempolvada. A pesar de esto de hoy, tenemos que seguir trabajando. Porque en esta ciudad está ocurriendo algo grande. Algo muy peligroso. Hoy has perdido a dos buenas personas, pero han muerto intentando impedir el exterminio de millones.

Marasi asintió y se frotó las sienes, a ver si se le pasaba el dolor de cabeza. Si Wax y Steris tenían razón, si el enemigo intentaba colar una bomba en Elendel…

—Muy bien —dijo, intentando concentrarse—. Necesitamos pistas. ¿Qué hacemos ahora que el secuencia ha escapado? ¿Dónde buscamos?

—En eso estaba pensando —respondió él—. El hombre contra el que he luchado llevaba clavos. Como también el ciclo al que mataste y la mujer que se ha enfrentado a Wayne. Cada uno de esos punzones requiere la muerte de un nacido del metal.

—¿Los secuestros? —preguntó Marasi, notando que se le revolvía el estómago.

Durante los últimos diez años, la principal actividad del Grupo, y la que había llamado la atención de Wax y Marasi en un principio, había consistido en secuestrar a una sucesión de mujeres de linaje alomántico. En tiempos más recientes, sus investigaciones habían demostrado que no eran las únicas. Se había esfumado más gente, tanto hombres como mujeres, sobre todo en los Áridos, donde no se hacían informes oficiales sobre desapariciones como aquellas. Siempre eran nacidos del metal, o tenían antepasados que lo eran.

Las hipótesis de Wax y Marasi respecto al porqué ya habían sido perturbadoras. Pero descubrir ahora a miembros del Grupo con acceso a tantos poderes…

—Ya intentamos investigar los secuestros, Wax —dijo—. Todo callejones sin salida. ¿Estamos seguros de que Armonía no vio nada de eso? ¿Quizá antes de que lo dejaran ciego?

—Puede mostrarse muy críptico, hasta con nosotros —intervino VenDell en voz baja desde el suelo contra la pared. Alzó la mirada hacia ellos y su rostro destrozado hizo unos movimientos extraños—. Pero no creo que sepa dónde terminó esa gente. Cuando estábamos buscándolos, no sabíamos por qué Armonía no nos proporcionaba más información. Por qué no escrutaba

en los lugares secretos del mundo y nos lo decía. Creo que ya lleva un tiempo siendo incapaz de ver los detalles. Pero nos había… ocultado esa merma. —El kandra suspiró, con un repentino aspecto aún más agotado cuando la piel se le volvió transparente y con un leve tinte verdoso.

»Y no es solo eso, Waxillium. Armonía intenta disimularlo, pero creo… que algo anda mal en él. Veo una sombra oscura a su espalda.

—¿De qué sirve tener a Dios de tu lado si no ayuda en nada? —preguntó Marasi, cruzándose de brazos.

—Sí que ha hecho algo para ayudar —afirmó Wax—. Nos ha enviado a nosotros. Es una lección que siempre insiste en intentar que aprenda.

—Contactaré con él —dijo VenDell— y le pediré más apoyo. Pero Waxillium está en lo cierto. Agente Colms, nosotros somos su intento de hacer algo.

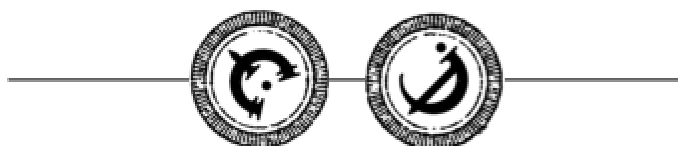
Wax se volvió a un lado y su expresión volvió a hacerse distante. No había contado a Marasi todo lo que le sucedió hacía unos años. Ella pensaba que era posible que Wax hubiera *muerto* durante un momento. Antes de que lo encontrara destrozado en aquel santuario frío y olvidado. Que hubiera estado con Armonía.

Y desde entonces, a veces Wax hablaba así. Con una autoridad en materia religiosa que Marasi no había oído ni en boca de sacerdotes.

La puerta se abrió y entró la capitana Blantach. Se había puesto un uniforme limpio y era evidente que se había peinado el pelo corto y rubio, pero aun así parecía fatigada. Quizá por el hombre que llegó detrás de ella.

«Maldita sea —pensó Marasi—. Se ha traído al alcalde».

27



Wax suspiró. Aquello se había convertido en un conflicto político, más que jurisdiccional. También era verdad que el día apuntaba ya hacia ahí como una diligencia al galope sin cochero. Lanzó una mirada a Marasi, que asintió. Era mejor que aquella conversación la llevara Wax.

Se adelantó para saludar al alcalde de Bilming, lord Gave Entrone. Wax ya había hablado con él en varias ocasiones, cada una más repulsiva que la anterior. Y no era decir poco, teniendo en cuenta que en su primer encuentro Entrone había insultado a Steris a la cara.

Gave había ido medrando en el mundo hasta que su ciudad natal de Nueva Seran se le quedó pequeña. Dos años antes había llegado a Bilming, al mismo centro político de las ciudades exteriores, y de algún modo había demostrado ser justo la clase de persona a la que querían «plantando cara» a la tiranía de Elendel.

Ese día vestía ropa formal, y hasta comprobó que llevaba los gemelos bien puestos mientras entraba, sin duda para alardear de los diamantes que centelleaban incrustados en la madera. Pelo moreno engominado hacia atrás, una barbilla con la que se podrían abrir latas de conserva. Y, por supuesto, su característica sonrisa engreída.

El puesto de lord alcalde de Bilming era un cargo importante, con toda seguridad el de más relevancia fuera de Elendel. Lo cual significaba que Wax debía tener cuidado de no insultarlo. Aquella iba a ser una conversación delicada.

—¡Anda! —exclamó Wayne, incorporándose—. ¡Mira, Wax! ¡Alguien ha abierto un saco de criadillas, las ha cosido todas juntas y ha hecho una persona! ¡Si hasta camina!

La sala quedó en silencio. Entonces VenDell soltó una risita.

—¿Piensa disculparse por eso, Ladrian? —preguntó Gave.

—Vaya —dijo Wayne, poniéndose en pie—. Pero si es Gave Entrone. ¡Perdón, lord alcalde! Lo había confundido con otra cosa. Aunque el parecido es asombroso, ya lo creo que sí.

—¿Wayne? —dijo Wax.

—¿Sí, jefe?

—Por favor, deja de ayudar.

—Hecho.

Wax y Entrone trabaron la mirada. Wax estaba seguro de que el alcalde tenía vínculos con el Grupo. Explicaba en parte su ascenso meteórico en la política de las ciudades exteriores.

—Bueno, aquí estamos —dijo Gave, frotándose las manos—. Waxillium Ladrian. El gran vigilante de los Áridos, involucrado en una operación ilegal en mi ciudad.

—Tenemos jurisdicción aquí —intervino Marasi—. Según el artículo…

—¿El artículo diecisiete de la Ley de Justicia Unificada? —la interrumpió Gave—. Lo derogamos, ¿recuerda? Fue hace tres meses.

—No pueden derogarlo —dijo Wax—. No tienen la autoridad necesaria.

—¿Que no tenemos la autoridad? —replicó Entrone—. ¿Que no tenemos voz ni voto en la defensa de la ley en nuestra propia ciudad? Caramba, eso sí que es una afirmación arrogante, ¿no le parece, capitana Blantach?

—Siendo estrictos, es cierto, lord alcalde —respondió la alguacil.

—Siendo estrictos —dijo él—, cualquier sucio enmascarado sureño podría aprobar una ley otorgándoles «jurisdicción» aquí. Pero ¿qué derecho tendrían? —Había estado dando una vuelta por la sala y se detuvo delante de Wax—. No son de los nuestros.

—Sé lo que está haciendo, Entrone —dijo Wax en voz baja.

—¿Ah, sí? —susurró el alcalde, acercándose tanto que Wax le olió el caramelo de menta en el aliento—. ¿De verdad aprecia usted lo delicioso que es esto? Con lo mucho que se ha esforzado en impedir que aprueben esa ley tan ridícula y aquí lo tengo, en mis manos. Según nuestra ley es usted un criminal, que ha infringido una docena de artículos distintos. Su única salida es ningunear nuestra autoridad, precisamente lo que lleva meses argumentando que merecemos. Está en mi poder, Ladrian. Es usted mío.

—El gobernador no lo aceptará —dijo Marasi.

Era evidente que eso era lo que buscaba Entrone. Quería que Wax volviera a Elendel con el rabo entre las piernas en busca de un indulto. ¿Y qué pasaría entonces con la Ley de la Supremacía? Que al argumentar que Elendel tenía autoridad para imponerse a las leyes locales, Wax estaría demostrando ser un hipócrita. Y eso alentaría más la guerra entre Elendel y las ciudades exteriores. Precisamente lo que ese hombre quería.

Entrone sonrió. Sin enseñar dientes. Eran solo dos labios petulantes que le quedarían mucho mejor partidos y ensangrentados. Wax tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

«Ruina, cómo odio a este tipo», pensó.

—Tal vez —dijo VenDell, levantándose también— estaría usted dispuesto a escuchar a una… autoridad superior, lord alcalde.

El kandra hizo su piel transparente del todo, revelando los huesos de debajo, el cráneo tras su cara, agrietado y cosido con tendón. Era una visión espeluznante, sobre todo porque VenDell había dejado opacos los globos oculares y parecían flotar en la gelatina que había pasado a ser su cara.

—¡Ah! —dijo Entrone—. ¡Una marioneta! ¿Ha visto cómo intenta amedrentarnos, capitana Blantach?

—Hum, sí —respondió VenDell—. Soy emisario y representante de Armonía.

—No soy caminante —dijo Gave con un gesto despectivo—. ¿Qué más me da eso a mí?

—¿Qué más le da Dios? —preguntó VenDell.

—No es mi dios —repuso Gave—. Mis dioses son la industria, el progreso y el indómito espíritu humano, en absoluto un sacerdote que se las ingenió para sorber un poco del jugo que dejó una entidad muerta mucho tiempo atrás. ¡Pero bueno! ¡Mire, capitana Blantach! ¡Esa cosa finge indignarse por mis palabras!

—No finge —dijo Wax—. VenDell es una persona, como cualquiera de nosotros. Solo que un poco más… maleable.

—Ay, Ladrian. —Entrone tuvo la osadía de dar una palmadita a Wax en el brazo—. Qué fácil es usted de engañar. Los kandra son animales. Marionetas. Vaya, si ni siquiera están vivos de verdad. Son espectros de la bruma que se hacen pasar por personas, y no alcanzo a entender por qué debería sentirme intimidado por un pedazo de cieno andante que…

Dejó de hablar al reparar en que Wayne, con sutileza, se había acercado a él.

—Un pedazo de cieno —intentó acabar la frase— que… esto…

—Tú sigue, sigue —dijo Wayne, abriendo los ojos a una anchura alarmante—. No dejes de insultar a mis amigos. Venga, hazlo.

Entrone retrocedió, con aspecto de estar hecho un manojo de nervios.

—Tiene usted una hora —dijo a Wax— hasta que anuncie formalmente que presentamos cargos. O bien escapa de aquí, para lo que quizá tenga que disparar a agentes de la ley, o bien llama a su gobernador y le suplica ayuda. Haré que le traigan un aparato de radio.

Retrocedió a toda prisa, tratando de no perder de vista a Wayne, y terminó dejando a Blantach en la sala.

—Menudo capullo —espetó Wayne, dejando de poner su mirada inquietante.

—Lo… lamento —dijo Blantach—. Me temo que no he tenido más remedio que llamarlo.

—No pasa nada, Blantach —respondió Marasi—. Pero tiene que entender que no puede meternos en la cárcel sin arriesgar el destino de la Cuenca entera. Por favor, háganos caso.

—Miraré a ver… qué puedo hacer. —Blantach miró por la puerta abierta hacia la oficina de comisaría—. Pero esto ya no está en mis manos, Colms. La próxima vez, póngase en contacto antes de hacer una operación en nuestra ciudad.

Se retiró y cerró la puerta, que tenía una pequeña mirilla en la parte de arriba. Al poco tiempo, un guardia les llevó un aparato de radio y luego se quedó fuera para tenerles un ojo echado.

Wax suspiró y se volvió hacia los demás. No pensaba confiar en una radio que les hubiera entregado el enemigo.

La piel de VenDell había recobrado su tonalidad normal. El kandra vaciló un momento antes de mirar a Wayne.

—¿Lo decía de verdad? ¿Soy… su amigo?

—Pues claro —respondió Wayne—. O sea, eres el amigo estirado del que todos nos reímos, pero en cada pandilla tiene que haber uno de esos. —Señaló a Wax, luego a Marasi, luego a VenDell—. Yo tengo tres amigos. Cinco incluyendo a Steris, que cuenta por dos. Pero nunca son demasiados.

—Ya veo —dijo VenDell, rascándose un lado de la cabeza.

—El caso —prosiguió Wayne— es que nos reímos de ti porque nos caes bien. Así es como va la cosa. Pero como a alguien más se le ocurra hacerlo, le metemos un bastón de duelo por una parte de su anatomía que no puedo mencionar porque intento mejorar el lenguaje.

—¿Ah, sí? —dijo Marasi.

—Ajá. Ranette siempre me da la paliza con que tengo que vigilar lo que digo, porque podría haber niños cerca. Pero tiene poco sentido, ¿no os parece? Porque los niños no entenderían lo que digo de todas formas. Así que ¿qué más dará que lo oigan?

Wax se volvió hacia la puerta, devanándose los sesos, buscando una salida de la situación actual, pero una parte de él sabía que no serviría de nada. Podía salir de allí y hacer caso omiso a Entrone. Pero eso echaría otro leño al fuego, avivaría una guerra civil. Y aparte de eso, ¿cómo iba a seguir investigando en la ciudad sin que lo acosaran los alguaciles a cada paso?

«¿Y qué papel tiene la bomba en todo esto? —pensó—. Que se hable de lluvias de ceniza. Mi hermana. ¿Qué está pasando en realidad?».

Quizá tuviera una forma de hallar respuestas. Metió la mano dentro de su cinturón, que había recuperado y rellenado con sus reservas de munición, sacadas del enorme macuto que había traído desde Elendel y ocultado en la azotea de un edificio. En el compartimento, junto con los viales de metal, palpó el pendiente que le había enviado Armonía.

Y también el otro. Hecho de trellium.

Maldición. Iba a tener que intentarlo, por lo menos. Sacó el pendiente de trellium y se lo puso en la oreja.

Notó una sacudida y una desconexión, como si el carruaje en el que iba hubiera pisado un bache. Fue diferente a cuando hablaba con Armonía. Entonces se sintió atraído hacia algo poderoso. Lo embargó una vibración, enérgica, violenta. Dio un respingo al ver que la sala se emborronaba a su alrededor.

Al instante una voz conocida perforó su mente como un clavo en el cerebro.

Más deprisa. Necesito que esto funcione.

Era Telsin. Estaba oyendo hablar a su hermana. Le pareció que alcanzaba a captar parte de su entorno. Al aire libre, sin el eco de una estancia cerrada.

Se nos acaba el tiempo, siguió diciendo Telsin. *El método de transporte de reserva es demasiado evidente. Demasiado fácil de detener. Necesito que*

el primario funcione. Necesito… La voz titubeó. *Siento algo*, dijo, y se apartó a un lado.

La voz de Telsin ganó volumen al centrarse en él.

Venga, suéltalo. Has luchado contra mi hermano. Esa parte ya la sé. Es… Un momento. ¿Waxillium? ¿Eres tú? Ah, sí que eres tú. Te percibo. Conque tienes un pendiente de trellium, ¿eh? Muy hábil. ¿Se te ha ocurrido a ti o ha sido idea de ese dios tuyo?

—Hola, Telsin —susurró él.

¿Para qué mentirle? Captaba la presencia de Wax con tanta claridad como él la suya. Trató de que emergiera alguna sensación de parentesco, pero en esos momentos solo se sentía turbado por aquella voz. Era un eco de un tiempo muy remoto. De un tiempo que había dejado atrás, pero que se negaba a dejarlo a él.

Sé que estás en Bilming. Telsin sonaba divertida. *Tu llegada ha armado el escándalo que era de esperar. Me alegro de ver que no ha cambiado nada. Nunca has sido capaz de hacer nada útil sin complicarme mucho la vida a mí*.

—Telsin —dijo Wax en voz baja—, ¿qué estás haciendo?

Lo que debe hacerse, hermano. Como siempre.

—Eh…

¿Qué podía decirle? Todas sus objeciones parecían huecas. ¿Que mataría a millones de personas? Seis años antes, había estado dispuesta a dejar morir a su propia gente para cumplir sus objetivos. No le importarían nada los habitantes de Elendel. ¿Que iba a traicionar a su pueblo? Había estado dispuesta a traicionarlo a él. ¿Que estaba jugando con fuerzas que escapaban a su control? Era lo que le gustaba hacer, siempre danzando cada vez más cerca de la llama.

¿Qué era lo que esperaba conseguir? Tendría que haber pensado antes. Sabía muy bien que no debía entrar en la madriguera del enemigo sin un plan trazado.

Ay, Wax, dijo Telsin en su mente. *Todavía finges, ¿verdad? ¿Aún te convences a ti mismo de que eres el héroe? ¿Y dónde estaba ese héroe cuando nuestra familia lo necesitaba? Haciendo el tonto en los Áridos. Huyendo de la verdadera responsabilidad*.

Voy a contarte lo que hago. Hago lo que debe hacerse. Este mundo está condenado, con todos sus habitantes. A no ser que yo intervenga. Igual que

tuve que dar el paso y asumir el mando después de que escaparas. Tú no eres el héroe, Waxillium. Nunca lo has sido. Te marchaste, como un chiquillo que no soporta las reglas de…

Wax se quitó el pendiente, jadeando.

Herrumbres. Incluso tantos años después, Telsin aún podía afectarlo. Ponerse el pendiente había sido muy mala idea.

«Pero al menos —pensó—, ahora sé que mi hermana de verdad es lo que dice Armonía. Una especie de avatar del enemigo. Y está tensa, con prisas. Tiene una fecha límite. Está preocupada. Porque he venido a la ciudad».

Pensó en lo que estaba diciendo al establecer la conexión, algo sobre un método de transporte primario y otro de reserva.

Miró a su alrededor, pero los demás no parecían haberse dado cuenta de lo que había hecho. Estaban absortos en sus propios pensamientos o problemas. Todos menos VenDell, que lo miraba fijamente. Wax se secó la frente con la mano.

—¿Has… mencionado ayuda, de Armonía? —preguntó con la voz ronca.

—Está cerca. —VenDell se volvió y miró hacia la puerta—. Oh. Debería decir más bien que ya está aquí. Mire usted mismo.

Frunciendo el ceño, Wax fue a la puerta y echó un vistazo por el cristal. El guardia tenía la mirada clavada en la entrada principal del edificio.

Por la que había llegado la Muerte.

muchos habitantes de las ciudades exteriores: representación, mejor que supremacía.

El gobernador Varlance y sus

dor se limitó a señalarse el pecho, donde llevaba bien visibles sus medallas militares.

(Continúa al dorso).

Las Dos Estaciones se retracta de los comentarios vertidos por nuestra apreciada directora Kyndlip Ternavyl hace dos semanas, previos a su desaparición, en los que comparaba a nuestro querido alcalde con «un verraco irascible, aunque no tan listo, menos atractivo e incapaz de contenerse cuando ve un lodazal donde revolcarse».

CARTA A LA DIRECTORA

Me veo obligado a objetar de nuevo a que su pasquín publique anuncios de Industrias Soonie, fabricante del «Cachorrito Soonie», empresa que también ha hecho caso omiso a mis numerosas cartas relativas a su históricamente ofensiva representación del compañero de la Guerrera Ascendente como un perro lobo terrisano, cuando los académicos han demostrado repetidas veces que las razas de perro modernas aún no se habían establecido en los Tiempos de Ceniza, y que el guardián de la Guerrera Ascendente no era en absoluto un perro lobo, sino un lobero.



Un reacio saludo del profesor Olin Tober,
Universidad de Elendel

EDITORIAL INVITADO

por Gemmes Millis, director en funciones

¡APLIQUEN LA PROHIBICIÓN DEL BALONMORRO!

Los vemos en todos los terrenos sin sembrar y solares sin construir: maleantes y haraganes, entre ellos nuestros propios hijos, congregándose en pandillas y «jugando» al juego del mismísimo Muerte, el balonmorro. ¡Esos «jugadores» deberían estar en clase o trabajando en la fábrica! Pero en vez de eso, sus balones mal apuntados impactan contra incautos conductores y llenan de obstáculos las calzadas. El alcalde prohibió tal desaguisado hace meses, y aun así los alguaciles no hacen cumplir la ley. ¡Herr•mbre y R•ina, algunos hasta se unen al juego! ¡Acudan todos a la manifestación contra el balonmorro convocada el próximo aces por la tarde en el parque Tabret, cerca del centro, y súmense a Una Causa Digna!



«¡SÁQUEME BIEN LA BARBILLA!».

¡VISITE EL TEMPLO DE LOS BRAZALES DE DUELO!

Viaje con la Agencia Bill de la Cuenca al lugar donde Disparo al Amanecer se enfrentó al destino. Recreaciones diarias protagonizadas por Trevva Cett-Venture y Penelope Portreau. ¡Ya disponibles nuestras excursiones diarias a las fuentes termales!



¡NO SON MONEDAS!



Son peligrosos talismanes malwish que deben ser entregados



¡El hombre que electrificó el tiempo!

La nueva novela del técnico bilmingués Schrib Welfor. ¡Ya en las mejores librerías!

OFERTA DE TRABAJO – Se busca cocinero brumoso de bendaleo para restaurante de «servicio rápido». Gran sueldo más bonificaciones y extra de bendaleo recreativo para fuera del trabajo. ¡Horario estupendo! Un día libre a la semana y otros dos anuales por el día del Superviviente o la Armondad. Acudir en persona a Kevron, en la esquina de la Segunda con Nellis.

COMIDA A DOMICILIO – Encargue por anticipado nuestra entrega de día o de noche, llueva o brumee, de las viandas de cualquier restaurante abierto. Nuestros repartidores del acero bien entrenados esquivan el tráfico porque se conocen todas las carreteras, derecheras y roderas. Envíe su pedido por la mañana a Verna en la Cocina del Acero para recibirlo el día siguiente.

EL TIEMPO – Posibilidad de niebla en Puntafaro. Llegarán tormentas desde el mar, pero la bruma será escasa durante al menos dos semanas. Máxima: 26 ⊕, mínima: 17 ⊕.

ELARIEL

EXPOSICIÓN *primaveral*



Venga a nuestra tienda principal en la ciudad para admirar los diseños de inspiración terrisana creados por el talento emergente de Idkwyl Elariel.

¡A PARTIR DEL LATES!

CHOC-O-TONIC

¿Sospecha de otras tónicas gaseosas y sus supuestas «fórmulas secretas»? ¿Busca una bebida gaseosa cuyo sabor sea identificable sin contratar a un químico

EL VUELO DEL ORNISAURIO

Confieso que ardía en deseos de echar un vistazo, pero el respeto que sentía por mis antiguos compañeros me llevó a cumplir sus indicaciones. El sonido de su fusión me recordó a un pulpo besando a una babosa gigante. Durante diez minutos.

Cuando me permitieron mirar de nuevo, el animal que tenía ante mí se parecía a una versión sin plumas de las pinturas de ornisaurios que habíamos visto en la cantera, con largos huesos finos y alas como de murciélago. A ambos lados de la cabeza de la criatura, en el lugar que deberían ocupar los ojos, estaban la cara de KeSun a la derecha y la de Tabaar a la izquierda.

—¡Sois una verdadera preciosidad! —exclamé, aplaudiendo.

—Y tú eres una mujer muy extraña, señorita Sauvage —dijo la bestia desde la boca de Tabaar.

Me levantaron del suelo con una zarpa, se lanzaron desde el acantilado y la piel de sus alas se tensó de golpe como un paraguas al abrirse.

Por debajo de nosotros empezaron a asomar las puntas de otros salientes de piedra entre una bruma suave y gradual, que imposibilitaba distinguir dónde terminaban las brumas y dónde empezaban los salientes.

Busqué algún rastro de Vila. Yo en su lugar esperaría a que entráramos en la bruma para atacarme, así que dirigí a Tebaar-KeSun hacia ella mientras me ponía la nudillera metálica con forma de serpiente en la mano izquierda. En la derecha tenía mi parasol preparado.

Nos internamos en la bruma y, tal y como había anticipado, la silueta de Vila apareció y trazó un arco hacia nosotros hasta que colisionamos.

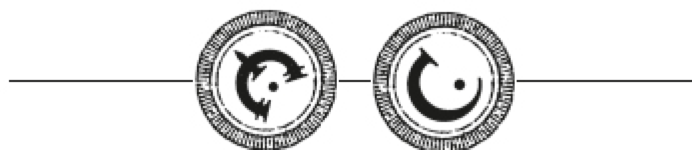
—¿Dónde está la llave? —gritó Vila.

—Ya muy lejos de aquí —respondí con una sonrisa.

Vila rugió desnudando los dientes. Lo que vino a continuación fue un frenesí de puñetazos y patadas mientras la lanzamonedas trataba de aferrarse a la pata del ornisaurio. Eso me otorgaba ventaja, ya que la garra de Tabaar-KeSun me tenía sujeta con la firmeza suficiente para poder luchar sin caer al abismo.

Aporreé a Vila con la punta de mi parasol cerrado y entonces,

28



Wax nunca había visto a Muerte en persona, aunque Marasi sí que había hablado una vez con la criatura. Conocido como Ojos de Hierro, el antiguo inquisidor tenía los ojos atravesados por enormes clavos, cuyas puntas asomaban por la parte de atrás del cráneo. Le habían aplastado una cavidad ocular en una pelea, según se narraba en las *Palabras de Instauración* que Armonía, Sazed, había dejado atrás. Wax llegaba a distinguirle las cicatrices, entremezcladas con los tatuajes desteñidos que llevaba en torno a los clavos.

Muerte llevaba una voluminosa túnica negra y tenía la piel blanquecina, enfermiza. Las manos que dejaban ver las mangas eran tan delgadas que parecían esqueléticas. Wax se había ido acostumbrando a hablar con seres mitológicos, hasta tal punto que los kandra, TenSoon incluido, le resultaban casi cotidianos en los últimos tiempos. Pero aun así fue presa de un inquietante desasosiego al ver a Ojos de Hierro. Se decía que aquel ser acompañaba las almas de los muertos al más allá.

La oficina principal entera, llena de escritorios, agentes y ayudantes, había quedado en silencio. Nadie se atrevía ni a pasar una página de sus informes: todos tenían la mirada fija en aquella figura recortada contra la deslumbrante luz solar. Algo emanaba de él. Un temor que arrugaba el alma como una mano en torno al pasquín de ayer. Una…

«No —pensó Wax—. No temo a esa criatura. Ya he sostenido la mirada a la muerte».

Se sorprendió al notar que la sensación de temor se evaporaba. ¿Habría sido… alomancia emocional? Era difícil identificarla estando bajo sus efectos, pero parecía evidente en retrospectiva. Y sin embargo, en esa

ocasión no estaba afectando a Wax igual que a todos los demás, incluyendo a Marasi, a juzgar por lo pálida que tenía la cara.

Wax respiró hondo, abrió la puerta de la pequeña sala y pasó dando zancadas junto al guardia. Cruzó casi toda la oficina y llegó hasta Ojos de Hierro, que tenía una altura fuera de lo común. Como Wax siempre había imaginado, en realidad.

—Espada —dijo Muerte, fijando sus clavos en él—. Tenemos que hablar.

Wax señaló hacia la sala donde estaban los demás y Muerte echó a andar entre los estupefactos alguaciles, aunque uno, con un parche al hombro que lo identificaba como buscador, logró sacar una pistola. No era la reacción que Wax le habría aconsejado. Muerte se limitó a mover una mano con gesto distraído, dar un tirón de hierro al arma a través de la oficina y atraparla. Luego la hizo flotar entre las manos, en una gesta increíble cuya dificultad comprenderían pocas personas no alomantes, y flexionó los dedos. Y el cañón del revólver se aplastó contra el tambor.

Wax se quedó inmóvil. Jamás había visto a nadie hacer algo así con sus poderes. ¿Cómo era posible siquiera?

«Empujar desde el tambor, tirar desde la punta —pensó—. Pero maldición, haría falta una cantidad de poder enorme».

La pistola cayó al suelo y, cuando Wax y Muerte llegaron a la puerta, vieron que Entrone y Blantach habían salido de una oficina con los ojos como platos.

—Ah —dijo Ojos de Hierro, girando la cabeza hacia el lord alcalde—. Gave. Nunca me gustaron mucho los miembros de la casa Entrone a los que conocí en mis días mortales.

—Eh… Ese hombre —respondió Entrone— es mi prisionero. ¿Quién…?

—Requiero intimidad —afirmó Ojos de Hierro—. Devolverás sus armas a estos mortales. Cuando hayamos terminado de hablar, no interferirás más en las investigaciones que lleven a cabo en esta ciudad.

—No soy miembro de vuestra religión.

—La muerte no es una religión —dijo Ojos de Hierro—. Es un hecho.

—Pero…

—¿Cómo preferirías morir, mortal? —preguntó Ojos de Hierro, yendo hacia Entrone con la túnica ondeando a su alrededor—. ¿Y cuándo? ¿En paz? ¿De noche, por un fallo del corazón? ¿Ahogado, al hundirse uno de

vuestros nuevos barcos? ¿Aquí? ¿Ahora mismo? ¿Aplastado por el peso de tu propia estupidez?

Entrone se lamió los labios y susurró:

—Lo que exijáis, Ojos de Hierro, se hará.

Por lo visto, el alcalde podía tener supersticiones sin ser religioso. Wax entró en la sala seguido por Ojos de Hierro.

—Wayne —dijo Muerte en voz baja mientras cerraba la puerta—, ten la bondad de vigilar para que nadie nos observe ni nos escuche.

—Eh… claro —respondió Wayne, y corrió hacia el cristal de la puerta—. Están todos ahí de pie. Menos unos pocos, que se han desmayado. Me gusta. —Miró a Ojos de Hierro—. Ese acento tuyo… es muy antiguo, y muy muy interesante. En realidad, creo que lo tengo bien pillado.

Muerte se dejó caer en una silla y pareció envejecer de sopetón. Se le marcaron las arrugas en las comisuras de los ojos, se acentuaron las que le cruzaban la cara, le flaquearon los carrillos. Dio un sonoro suspiro y alzó sus ojos metálicos hacia el techo.

—Lord Legislador —murmuró—. Menuda actuación, ¿eh? Y pensar que yo era el razonable de la banda.

Marasi y Wax se miraron.

—¿Ojos de Hierro? —dijo Marasi—. ¿Te encuentras bien?

—No —respondió él—. Se me está acabando el atium, así que la edad por fin emerge de entre las sombras. Siempre me ha acechado. Ahora huele la sangre. Había venido aquí, a Bilming, en busca de respuestas. Intentan volver a crear el metal, y pensé que tal vez…

—Si te quedas sin —dijo Marasi—, ¿morirás?

Ojos de Hierro asintió.

—Iba a permitir que sucediera. Ya he vivido demasiado, mucho más de lo que me corresponde. Pero ayudé a destruir este mundo. Sin pretenderlo, de acuerdo, pero mi debilidad provocó muchas desgracias. Juré que ayudaría. Y por eso todavía me esfuerzo en vivir.

Herrumbres. Muerte respiró hondo y las arrugas de la cara remitieron, pero volvieron a marcarse cuando exhaló. Parecía que oscilaba entre décadas de edad con cada aliento.

—Trell quiere poseer este planeta —susurró Muerte—. Así que vuestro tiempo se acaba, igual que el mío. —Observó a Wax con aquellos no-ojos inescrutables—. Me he vuelto demasiado débil para perseguir a quienes

pretenden destruir esta tierra. Mi exhibición de hace un momento os sacará de esta sala, y quizá convenza a los alguaciles de que os dejen en paz, pero… tal vez sea todo lo que puedo ofreceros.

Wax se arrodilló junto al avejentado semidiós mientras se le ocurría una idea.

—Has venido a la ciudad buscando atium. ¿Por qué?

—Porque alguien de aquí intenta dividir el armonium —respondió Ojos de Hierro— y obtener así el metal de nuevo. Aunque crear lerasium sería mucho más peligroso.

—¿Sabes lo que ocurre si se intenta dividir el armonium? —preguntó Marasi.

Muerte negó con la cabeza.

—Una explosión —dijo Wax—. Una explosión de las grandes. Es lo que intentamos impedir. ¿Tienes alguna pista?

—Tal vez una —respondió Muerte, pensativo—. Hace dos semanas desapareció un hombre. He descubierto cómo se llama hace muy poco: Tobal Cobre. Montó un poco de alboroto legal en el que se mencionaba la división del armonium durante los meses previos a su desaparición. Mi siguiente paso iba a ser averiguar qué le pasó.

Wax asintió. Era una pista, escasa, pero aun así un lugar por donde empezar. La forma en que había hablado su hermana… le hacía sentir un apremio creciente.

—¿Ojos de Hierro? —dijo Marasi, acercándose.

—Puedes llamarme Marsh —susurró él—. Sienta… bien oír ese nombre. Recordar lo que era antes.

—Marsh —dijo ella—, ¿cómo has aplastado esa pistola?

—Duraluminio —respondió él como si no importara—, y mucha práctica. Escucha, muchacha. Armonía está volviéndose cada vez más indeciso. Lo niega, pero yo lo veo. Y eso concede a Autonomía, a Trell, a la diosa de fuera del mundo, una oportunidad de entrar aquí. Quiere eliminarnos del escenario de la política galáctica antes de que tengáis ocasión siquiera de pisarlo, y sus seguidores ya están armados con hemalurgia. ¿Leíste el libro que te di?

—Sí —dijo ella—, y Waxillium se lo sabe casi de memoria.

Wax asintió.

—Vuestra enemiga —dijo Muerte en voz baja— ha aprendido a eludir

una de las limitaciones más importantes de la hemalurgia. Sus agentes llevan demasiados clavos. Eso debería exponerlos a la influencia de Armonía, pero no lo hace. O bien Armonía está demasiado débil para aprovechar lo que han hecho, o bien han encontrado una manera de utilizar el metal del propio Trell para compensar la debilidad.

»Esto es extremadamente peligroso. Hasta la fecha, creo que no han descubierto el secreto de componer mediante la hemalurgia. Se lo impide la contaminación de Identidad, y por esas nos salvamos. Si logran hacerlo… o si, lord Legislador, si consiguen atium o lerasium…

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Wayne desde la puerta.

—Lo que siempre hemos hecho —dijo Marsh—. Sobrevivir. —Miró de nuevo a Wax—. El pueblo de Bilming cree que ha avanzado muchísimo al construir esa flota suya para amenazar a Elendel. Pero todo forma parte del plan de Trell, de algún modo. Id sobre aviso. Id con cuidado. Es ella quien los guía. Ya llevo un tiempo con la mente… embotada, intentando defenderse de lo que me está pasando.

—Los detendremos —le aseguró Marasi—. Te lo prometo, Marsh.

Wayne les hizo un gesto de advertencia. Al cabo de un momento llegó una asistente con sus armas y sus pertrechos. Los dejó en la sala y se marchó.

—Marsh —dijo Marasi mientras se guardaba un pequeño revólver en el bolso—, ¿alguna vez has visto un símbolo como este?

Sacó el cuaderno e hizo un rápido bosquejo de tres diamantes entrelazados. A Wax le recordaban algo. ¿Algún diseño arquitectónico que había visto en Elendel?

«Sí —pensó—, cerca del Campo del Renacimiento». En realidad la forma se parecía a los tres pétalos de la flor de Mare.

—Es el símbolo de mi hermano —respondió Marsh—. Hace lo que cree que es mejor. Como siempre ha sido su caso. No se le da muy bien la introspección, pero sí que quiere proteger Scadrial. Sus agentes se alinearán con vuestros intereses.

—Creo que vi a través de sus ojos —dijo Wax—. Una vez, hace años. ¿El Superviviente aún está vivo?

—¿Vivo? Supongo que depende de cómo lo definas. Está cerca de vivir. ¿Te basta con eso?

—¿Quieres decir que… es un fantasma? —le preguntó Wayne.

—En cierto modo —dijo Marsh—. Está menos vivo que yo, pero quizá más que otros fantasmas. Es difícil de explicar. Quedamos tres de aquella banda del principio. Después de todo este tiempo. Solo tres. Las patas de un trípode, equilibrándose entre ellas. Y si faltara una… no sé lo que pasaría.

Wax no sabía muy bien cómo interpretar aquello. Pero en todo caso, sentaba bien volver a abrocharse el cinto con las pistolas, y tenían una pista. Un nombre y, al parecer, permiso para salir de aquella comisaría sin que los persiguieran. Para él era suficiente, incluso si el propio Muerte estaba…

—Yo me quedo —dijo VenDell mientras Wax y Marasi iban hacia la puerta—. Me ocuparé de que lord Ojos de Hierro no tenga problemas e iré a ver a los alguaciles al hospital. No creo que fuera a servir de mucho en la investigación.

—Como quieras —aceptó Wax.

—Pero recuerde lo que sabe, lord Ladrian —añadió VenDell—. Lo que usted mismo ha dicho antes. Armonía sitúa a la gente donde debe estar, pero luego le corresponde a ella actuar. Así es como funciona.

Wax asintió.

—Wayne, Marasi, ¿preparados?

—Yo sí —dijo Marasi, echándose el bolso al hombro.

Miraron a Wayne, que puso los brazos en jarras.

—¿Alguno de vosotros sabía que los fantasmas existen?

—¿Importa mucho? —preguntó Marasi.

—¿Que si importa que los fantasmas existan? —replicó Wayne—. Yo creo que sí, Marasi. ¡Herrumbres, yo creo que sí que importa!

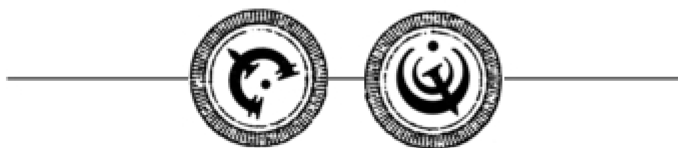
—Según he oído, es mejor referirse a ellos como sombras cognitivas —murmuró Marsh.

—Wayne —dijo Wax—, ¿podemos centrarnos, por favor?

—Bien, bien —respondió él, metiendo sus bastones de duelo en los aros de su cinturón—. Pero no me parece justo regañar a alguien por haberse quedado perplejo al obtener pruebas incontestables de que existe la ultratumba. Dioses oscuros. La propia Muerte muriendo. Herrumbrosos fantasmas. Digo yo que habrá que seguir adelante, pero, después de esto, no quiero oír a nadie quejarse si he intercambiado a alguien sus zapatos favoritos o lo que sea, ¿entendido?

Cruzaron juntos la silenciosa oficina de comisaría y salieron a la luz del sol.

29



Pues nada —pensó Marasi, tratando de recobrar la compostura—, una conversación con la Muerte. La típica charla de todos los días con la mismísima Muerte».

No le reprochaba a Wayne que anduviera escaso de ánimos. Pero tenían que concentrarse. Por desgracia, ni siquiera habían pisado la calle al pie de la escalinata de comisaría cuando bajó alguien corriendo tras ellos. Sonrojada del agotamiento y quizá también de la tensión, Blantach parecía bastante menos segura de sí misma que antes.

Marasi dio un paso hacia ella.

—¿Sí?

—El alcalde enviará a gente a por ustedes —dijo la capitana—. Cuando se recupere de la impresión de eso que ha pasado ahí dentro con… ya saben quién. Conozco a lord Entrone. Se enorgullece mucho de lo «moderno» y lo «innovador» que es. Llegará a la conclusión de que le han engañado y enviará a alguaciles a detenerlos.

Wax dio un leve gemido mientras se acercaba también por detrás de Marasi.

—Esquivar patrullas nos llevaría demasiado tiempo.

—Escuchen —dijo Blantach—. No tengo ni la más remota idea de lo que pasa en esta ciudad. Creía saberlo, hasta… —Miró hacia comisaría y se estremeció—. Hasta que me han destrozado las ilusiones bastante de golpe. Aquí ocurre algo peligroso.

—Más que peligroso, Blantach —respondió Marasi—. Catastrófico.

—Claro. Claro. ¿Ese era de verdad… ya saben…?

—Sí —dijo Marasi—. Ya había hablado con él.

—Herrumbres. —Blantach respiró hondo y se volvió de nuevo hacia ellos—. Creo que puedo quitarles de encima a Entrone si me dejan asignar a una agente con ustedes.

—De eso ni hablar —replicó Wax.

Blantach se acercó más y lo miró a los ojos.

—Escúcheme. Esta es mi ciudad. No sé a qué tienen ustedes miedo, o a quién, pero no formo parte de ello. Quiero ayudar, y esto es lo único que se me ocurre. Si llevan a una agente de Bilming con ustedes, quizá convenza a Entrone de que ya tengo a alguien vigilándolos.

Dio media vuelta, hizo una señal y una mujer delgada bajó los peldaños con paso torpe y estuvo a punto de tropezar al final. Se subió las gafas demasiado grandes por el caballete de la nariz, pero el gesto casi hizo que se le cayeran los tres archivadores que intentaba mantener equilibrados. La media melena de pelo negro le rodeó la cara mientras procuraba sostener los libros. Se lo echó hacia atrás y dibujó una sonrisa tímida en sus labios pintados de brillante rojo.

Era Luzdeluna.

—Afirma que ustedes dos ya se conocen —dijo Blantach a Marasi—, y que quizá esté dispuesta a confiar en ella. Kim trabaja en nuestro departamento de documentación. No es agente de campo, pero sabe moverse por Bilming y podrá ayudarla a operar en la ciudad.

Luzdeluna, «Kim», le tendió la mano para estrechársela y de nuevo casi se le cayeron los archivadores. Se apresuró a impedirlo.

—Parece divertida —comentó Wayne.

—Lo que pasa es que estás imaginando lo que sería atarle entre ellos los cordones de los zapatos —dijo Wax, cruzado de brazos—. Marasi, ¿conoces a esa persona?

—Eh… sí —respondió ella.

—¿De qué? —preguntó Wax.

Revelar la verdad a Blantach no parecía buena idea.

—Trabajamos juntas en un proyecto hace tiempo. Vino a Elendel buscando datos para una investigación suya.

Wax entornó los ojos, sin duda intentando decidir si eso hacía a Kim más o menos sospechosa. En cambio, Marasi tenía la impresión de que podía confiar en ella. Un poco. A fin de cuentas, Marsh había dicho que la gente con tatuajes de diamantes entrelazados estaría de su parte.

Luzdeluna hizo el saludo marcial a Wax.

—Prometo ser de utilidad, señor, y no molestar. —Hizo una mueca—. No a propósito, al menos.

—Creo que debería venir con nosotros —dijo Marasi.

Wax asintió.

—Entras en el equipo, Kim. Veamos si de verdad puedes ser útil. Un hombre llamado Tobal Cobre desapareció hace poco en esta ciudad. Quiero averiguar dónde vivía e interrogar a cualquiera que lo conociese.

—¡Ah! —dijo Luzdeluna—. No tengo esa clase de información conmigo ahora mismo, por supuesto. ¡Esto son solo planos de la ciudad y otros detalles! Pero puedo llevarlos a la oficina del registro. Allí debería estar la respuesta.

—Revelaríamos lo que estamos haciendo —objetó Wax—. Seguro que el Grupo tiene agentes en un lugar tan importante.

—Me extrañaría que hubiera otra forma de conseguir esa información —dijo Marasi—. Tendremos que darnos prisa y mantenerles la delantera.

—De acuerdo —respondió Wax después de pensárselo un momento—. Guíanos, Kim. Capitana Blantach, cualquier cosa que pueda hacer para quitarnos de encima al lord alcalde, se la agradeceríamos muchísimo.

La Oficina Municipal de Registro e Investigación mejoraba con mucho a sus equivalentes en Elendel. Marasi había tenido que pasar muchas horas en salas minúsculas consultando gruesos libros de cuentas o archivos periodísticos.

En cambio, aquel edificio era una elegante estructura plateada, sus fachadas más ventanales que paredes. Blantach los acompañó en persona al interior y bastó con que mostrara sus credenciales de alguacil para que les asignaran toda una bandada de archivistas asistentes antes de despedirse del grupo.

Al cabo de unos minutos, Marasi y los demás ya estaban sentados en las cómodas sillas de una sala de reuniones con paredes de cristal, tomando té mientras esperaban los resultados. Todos excepto Wax, que caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado.

Bueno, Marasi habría preferido el chocolate caliente de Allik, pero desde

luego aquello era mejor que dedicar horas y más somnolientas horas a repasar antiguos documentos. Aprovechó el respiro para escribir una nota rápida a Allik diciéndole que no se preocupara si leía noticias de bajas en los pasquines.

Pensó un momento. Luego añadió que Allik debería hacer una excursión al campo, visitar al padre de Marasi y pasar el día fuera de Elendel. Solo por si acaso.

Salió para enviar el mensaje desde la estación radiofónica que había visto de camino al registro. Mientras cruzaba el recibidor, demasiado blanco, Luzdeluna salió de un pasillo lateral. ¿No había ido al cuarto de baño? Marasi echó un vistazo hacia atrás y comprobó que la sala de reuniones donde había dejado a Wax y a Wayne no estaba a la vista.

—Bien —dijo Luzdeluna en voz baja—. Confiaba en que captaras la indirecta y te escaparas para hablar conmigo.

—No hacía eso, en realidad —respondió Marasi—. Tendríamos que ir a explicar a los demás quién eres. No hay motivo para mantenerlo en secreto.

—Preferiría no hacerlo —dijo Luzdeluna con calma—. No estoy aquí por ellos. Estoy aquí por ti.

—¿No habíamos quedado en que no podías interferir?

—No sin órdenes —dijo Luzdeluna—. Y ahora las he recibido. Puedo ayudar, pero no debo revelarme a los otros dos. Mi mentor está preocupado por sus vínculos con Armonía.

Marasi se detuvo en el recibidor, que estaba vacío a excepción de ellas dos.

—No voy a mentir a mis compañeros, Luzdeluna.

—Ya lo has hecho.

—Solo para no delatarte ante Blantach —matizó Marasi.

—¿Y crees que esos dos te lo cuentan todo sobre sus vidas? —preguntó Luzdeluna—. ¿Que te dan todos los detalles?

—Los importantes.

—¿De qué habló Waxillium con Armonía cuando murió?

—Eso… no es importante.

—Yo diría que sí. —Luzdeluna rodeó a Marasi y se situó justo enfrente de ella. No del todo bloqueándole el paso, pero sí asegurándose de que la mirara a los ojos—. ¿Quieres respuestas? Nosotros las tenemos. ¿Quieres proteger Scadrial? Es nuestro principal objetivo. Pero no podemos actuar al

descubierto. Eso invitaría a nuestros enemigos a atacar. Los seres como Trell son demasiado poderosos, y Armonía demasiado indeciso. ¿Qué hace él para ayudar?

—Nos ha enviado a nosotros —respondió Marasi.

—Os ha colocado en la línea de fuego y os ha deseado suerte. No es culpa suya, y mi mentor habla de él con bastante aprecio. Pero la situación de vuestro planeta es desesperada, y por eso tenemos que movernos en la sombra. Y nuestros secretos deben seguir siéndolo, revelarse solo a quienes han demostrado su valía.

—Wax es el hombre vivo que más la ha demostrado.

—No nos interesa él —replicó Luzdeluna—. Nos interesas tú. ¿No te entusiasma saber cosas que él no sabe, que casi nadie más conoce? ¿Los secretos del mismo Cosmere?

—No me hace falta guardar secretos para sentirme especial.

Luzdeluna sonrió.

—Y te creo. Qué interesante. Bueno, de momento voy a exigirte que guardes *mi* secreto. Ese es el precio de mi ayuda. Yo he conocido a Autonomía y sé cómo trabaja. Me necesitas. Pero si le hablas a alguien de mí, me marcharé.

—¿Ese es tu plan? ¿Hacerme chantaje?

—¿Chantaje? —dijo Luzdeluna—. Solo es un trato. Yo tomo mis propias decisiones, Marasi. No estoy obligada a ayudaros. Ahora tengo una pista y lo más seguro es que, yendo por mi cuenta, localizaría a ese tal Tobal Cobre mucho antes que vosotros. —Se encogió de hombros—. Waxillium confía en ti. Lo comprenderá cuando le expliques por qué no podías contárselo.

Luzdeluna se hizo a un lado y se adentró por el vestíbulo. Marasi vio cómo cambiaba de conducta al llegar a la puerta de la sala de reuniones. Se volvió nerviosa y alborotada, empujó la puerta, se sonrojó al ver que no se movía y la abrió hacia fuera.

Marasi siguió hacia la estación de radio, dubitativa. La forma de hablar de Luzdeluna tenía algo que le llegaba al alma. En otra época, perseguir a matones del montón o incluso a mafiosos de intenciones aviesas había emocionado a Marasi. Pero cuanto más descubría del mundo y de las fuerzas que actuaban en él, menos satisfecha estaba.

Hacía mucho tiempo, había explicado a Wax la filosofía que la había llevado a hacerse alguacil. Quería hacer más segura la ciudad entera, pero

no dando caza a delincuentes, sino cambiando la forma en que la gente y los barrios se veían a sí mismos. Meter a alguien en la cárcel quizá impidiese que cometiera más delitos. Enseñar a alguien a respetarse a sí mismo y su comunidad impedía que los cometieran todas las personas a las que podría haber enseñado, reclutado o extorsionado.

Marasi no quería concentrarse en los individuos. Quería cambiar el mundo. O al menos, así era como pensaba cuando había soñado con hacerse agente de la ley. ¿Había permitido que la rutina del trabajo cotidiano la convirtiera en algo distinto?

Cuando regresó de enviar el mensaje a Allik, el equipo de archivistas ya había encontrado respuestas y estaba extendiendo los pasquines y los registros municipales relevantes en la mesa, delante de Wax. Marasi llegó a su lado y vio que Luzdeluna estaba sentada en la esquina, con gesto recatado y una sonrisa encantadora en el rostro. Wayne fingía dormitar, pero tenía un ojo entreabierto y estaba vigilándola.

«No sobreactúes, Luzdeluna —pensó Marasi con satisfacción—, o te pillará».

—Tobal Cobre —estaba diciendo una archivista mientras señalaba puntos de un listado—. Cincuenta y tres años. Químico, especializado en gomas y su manufactura. Trabajaba en Neumáticos La Cuenca, haciendo… bueno, neumáticos.

—Perdió el trabajo hará unos cinco años —añadió el otro—, por su comportamiento… errático.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Marasi, mirando por encima los papeles extendidos sobre la larga mesa.

—Bueno —dijo la archivista jefa, una terrisana de pelo rizado y camisa estampada con un diseño en uve—, casi toda la información que tenemos sobre él procede de la demanda que interpuso contra su antigua empresa. Al parecer, hum… «hicieron caso omiso a sus cruciales descubrimientos sobre el inminente fin del mundo».

Wax y Marasi se miraron.

—Continúe —pidió Wax.

—No hay mucho más que añadir, por desgracia —dijo la investigadora —. La demanda se desestimó incluso antes de llegar a la fase de instrucción previa al juicio. Aquí se mencionan unos panfletos que difundió Cobre, pero no archivamos esa clase de documentos. Lo único que tenemos es la

demanda que presentó, el contrato de arrendamiento de su piso y el calco de un informe policial de detención.

—Por perturbar la paz —explicó el archivista asistente—. Estaba aporreando las puertas de sus vecinos del edificio, gritando: «Casi han dividido el armonium, y cuando lo hagan va a destruirnos a todos».

—Les dejamos aquí la información —concluyó la mujer posando la mano en los papeles de la mesa— y seguiremos investigando, pero dudo mucho que tengamos nada más. Llevamos un registro exhaustivo de los nombres de toda persona detenida, para las referencias cruzadas, y estas eran las tres únicas coincidencias.

—Una cosa más, si no les importa —dijo Marasi mientras se disponían a marcharse—. ¿Podrían buscar informes de cargamentos de comida desaparecidos? Productos imperecederos, en particular.

—Ah, eso lleva sucediendo ya dos años sin interrupción —respondió la archivista jefa—. La capitana Blantach nos pidió que la tuviéramos al tanto, ya que lo encuentra inexplicable. ¿Qué interés pueden tener las bandas clandestinas de la ciudad en las alubias enlatadas?

—Eso me pregunto yo también —dijo Marasi.

Levantó un folio de los documentos de la demanda. En él, Cobre había afirmado: «Alguien está construyendo refugios para protegerse de un cataclismo, mantenidos por una tecnología incomprensible. El gobierno de la ciudad está en el ajo, ¡y también mi antigua empresa! Me despidieron por acercarme demasiado a la verdad. Tienen que escucharme. Están intentando dividir el armonium y, cuando lo consigan, crearán bombas que nos transformarán a todos en tortugas».

Aquella última parte parecía un poco… traída por los pelos.

Los archivistas salieron por la puerta y Wax y Marasi leyeron los tres documentos uno tras otro. Por desgracia, no había mucho a partir de lo que seguir investigando. El informe policial decía que, después de que Tobal Cobre se tranquilizara, lo habían liberado. No había reincidido.

El último papel contenía una dirección en una zona que, según habían dicho los archivistas, era bastante cara. Marasi supuso que un químico especialista tendría buen salario.

—Supongo que lo matarían —dijo Wax en voz baja—. Debieron de esperar a que pasara el escándalo, para no levantar demasiadas sospechas.

—Es probable —convino Marasi—. Pero también puede que lo

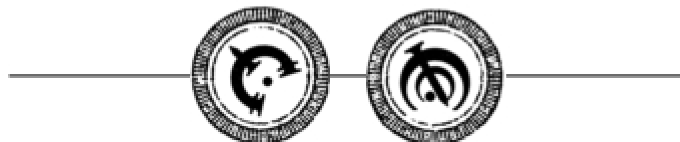
secuestraran para obligarlo a trabajar en sus proyectos.

—Según Muerte, desapareció hace dos semanas —dijo Wax—. La pista podría haberse enfriado mucho.

—Pero es la mejor que tenemos —respondió Marasi.

—Así es. Kim, ¿puedes llevarnos a la dirección de esta vivienda?

30



El edificio de apartamentos no se parecía mucho a una meseta. Wayne estaba con los demás, con las manos en la cintura y la cara hacia arriba, mirando la fachada. Era demasiado brillante, con demasiadas ventanas, como una enorme botella de algo caro. Los edificios no deberían tener ese aspecto: deberían parecer ladrillos. Y estar junto a callejones que olían a lo que salía del trasero de la gente después de beberse una botella de algo demasiado caro.

Pero la principal pega que le ponía era que había esperado una meseta.

«No, un momento —comprendió—. Ahora venía el cañón. Es como sigue el cuento. Tenemos que encontrar el cañón antes».

Reconfortado, siguió a Marasi, Wax y esa tal Kim que se esforzaba demasiado en ser toda nervio. En el recibidor había portero y todo. Sí que era un sitio caro, sí. A lo mejor Wayne debería comprar un edificio como ese. Desde luego, tener portero le vendría bien para que lo subiera a su piso después de beberse demasiadas botellas de algo caro.

O bueno, en realidad lo normal era que bebiese botellas más baratas que el meado. Ser un ricachón en secreto no tenía por qué impedirle seguir apreciando la priva mala. Solo tenía que denominarla «retro», o «auténtica», o algo por el estilo.

El portero envió a llamar al administrador del edificio, que resultó ser un hombre con la complexión aproximada de un ladrillo, en acertado guiño al protocolo correcto de construcción. Marasi y Wax le explicaron que tenían que investigar la vivienda del desaparecido mientras Wayne se daba un largo paseo por el recibidor y miraba sus enormes cuadros de gente bailando. Llevaban trajes y vestidos y tenían las piernas muy estiradas, las

espaldas todas rectas, como si estuvieran hechos de cartabones en vez de carne.

¿Sería aquello el cañón del cuento? Su madre había dicho que era precioso. Pero no. No podía ser. Ningún cañón con un mínimo de amor propio tendría cuadros de gente bailando en las paredes.

¿Y por qué daba por hecho Wayne que aquello sería como en la historia? Bueno, porque había pensado en ella, supuso. Y una vez se te ocurría algo, no había que soltarlo. Así eran las cosas.

El administrador escuchó las explicaciones de Wax y Marasi, miró las credenciales de Kim con los ojos entornados y gruñó. Señaló hacia el ascensor y se embutieron todos allí dentro.

A Wayne no le gustaban mucho los ascensores. No era solo por estar atrapado en una caja diminuta, ni por no saber cómo funcionaba y tener que depender de un operador. No era por oler un poco demasiado a todos los demás al estar tan apretados, ni por no ver adónde ibas, lo cual echaba a perder la experiencia de subir tan alto.

No, espera. Seguramente sí que era por eso último. Los ascensores eran como una atracción de feria creada por un padre sobreprotector que no quería que te asustaras ni que, en realidad, llegaras a divertirte lo más mínimo. A Wayne le daban menos reparo cuando los movía la gente, no la electricidad. Todo el mundo confiaba demasiado en aquella extraña energía que chorreaba de unos agujeros en las paredes. Al fin y al cabo, Wayne estaba entre los principales inversores en aquella tecnología, lo cual debería hacer saltar todo tipo de alarmas.

En la vigesimoprimera planta, al final de un largo pasillo, el administrador sacó un juego de llaves y abrió la puerta de un espacioso apartamento. Les indicó que pasaran con un gesto y un gruñido.

—¿Ha entrado alguien más? —preguntó Wax.

—No —dijo el administrador.

—¿Lleva dos semanas desaparecido y no ha venido nadie a buscarlo? —insistió Wax—. ¿Ni alguaciles ni parientes?

El administrador negó con la cabeza, gruñó y se marchó. Por lo visto, no quería tener nada que ver con las fuerzas de la ley.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó Marasi, cerrando la puerta después de entrar la última.

—A saber —dijo Wayne—. Pero tenga lo que tenga, por lo menos no

parece que vaya a transmitirlo.

Wax caminó hasta el centro de la sala. Una pared tenía estrechas ventanas desde el suelo hasta el techo, con vigas de acero entre una y otra, por las que se dominaba la ciudad. La pared de su derecha estaba llena de estanterías. Había una diáfana zona para sentarse a la izquierda, con una alfombra amarilla muy elegante y muebles negros. Estaba todo como una patena, aunque Wayne supuso que era fácil tener la casa limpia si habías muerto o desaparecido.

—Así que se lo llevaron o lo mataron —dijo Marasi—. Y luego se supone que no tocaron nada de su piso, que está claramente inmaculado. ¿Trampa?

—Trampa —asintió Wax—. Dejadme un minuto para echar un vistazo alomántico.

Resultaba que era dificilísimo montar una trampa que detonara sin al menos un poco de metal, incluso utilizando los explosivos modernos de arcilla. Encontraron tres cordeles ocultos y una placa de presión, todo ello conectado a tiradores de granadas. Estaba claro que al Grupo no le importaba que hubiera un poco de daño colateral.

—Así que, sea quien sea al que persiguen —dijo Kim, frotándose las manos con nerviosismo—, ha estado aquí antes que nosotros. Herrumbres. No sabía en qué estaba metiéndome.

—No cabe duda de que son ellos quienes están detrás de la desaparición de Cobre —afirmó Wax—. Tened cuidado todos. Se nos puede haber escapado alguna otra trampa. Kim, ¿te importa pedir a la gente de los apartamentos contiguos que se vaya de casa durante una hora?

Kim salió para hacerlo y los demás se pusieron con un trabajo que conocían bien: buscar pistas en el escenario de un crimen. Kim volvió al poco tiempo, mientras Wayne inspeccionaba el escritorio que había cerca de las estanterías. La mujer se arrodilló a su lado y miró desde abajo la parte inferior del mueble, a la que Wayne estaba dando golpecitos con los nudillos en busca de compartimentos secretos.

—Estooo… —dijo, todavía fingiéndose insegura—. Ya he sacado a los vecinos. Pero… ¿por qué nos molestamos en buscar aquí? El enemigo ya lo habrá registrado de arriba abajo.

—Seguro que sí —respondió Wayne—. Y hasta puedo demostrarlo. ¿Ves estos agujeritos de taladro? Se hacen para confirmar del todo que no hay

compartimentos ocultos, pero solo si quieres dejar el mueble de una pieza. Es mucho menos divertido, pero a veces puedes tener un buen motivo. Como que te interese que la habitación parezca normal cuando venga a verla un puñado de alguaciles, y que sea más fácil que se hagan saltar a sí mismos por los aires.

—Entonces, ¿qué creen que descubrirán ustedes?

—Bueno, verás, esto es una especie de lucha —dijo Wayne—. Un tira y afloja. Un baile. Pusieron esas trampas por si llegaba alguien peligroso que supiera algo del Grupo. No tenían necesidad de hacer explotar a alguaciles normales y corrientes. Solo a los extraordinarios.

—¿Como usted?

—¿Yo? Qué va. —Wayne señaló a Marasi, que estaba hojeando los libros, y luego a Wax, que daba golpecitos en la pared del fondo buscando huecos—. ¿Ves a esos dos? Representan lo mejor de dos mundos. Wax es puro instinto. Ha vivido mucho, le han disparado mucho. No tiene educación como alguacil, porque pasó sus años de formación aprendiendo de eruditos terrisanos sobre cosas antiguas que la gente escribió hace un montón de tiempo.

»Pero Marasi es puro conocimiento. Lleva toda la vida estudiando cómo se hacen estas chorradas. A veces pienso que tiene que haber leído más libros sobre ser alguacil de los que se han escrito. Siempre está hablando de pautas delictivas, de impedir la cadena de pobreza y de cosas tan inteligentes que parece que ser agente de la ley sea cosa de matemáticas.

»Si los juntas, tienes los dos mundos. Instinto y conocimiento. Práctica y dedicación. Sí, está claro que el enemigo ya ha registrado este sitio. Llegaron los primeros, antes de que lo tocara nadie. Pero entonces pusieron bombas. Eso sugiere que temían haberse dejado algo. Y ahí tienes el baile, la lucha. ¿Encontraremos nosotros lo que se les pasó a ellos?

—Qué curioso —dijo Kim—. ¿Y qué aporta usted al equipo?

—Alivio cómico.

La mujer arqueó una ceja.

—Puede que alguna rareza —añadió él—. Improvisación. Visión.

—¿Tiene la imaginación fértil?

—Tengo fertilidad en la imaginación casi a todas horas.

Eso le sacó una sonrisa. Parecía una persona bastante agradable, cuando no fingía. Claro que seguramente era algún tipo de traidora. Qué lástima.

—Eh, Wax —llamó Wayne—, mira esto.

Wax llegó con ellos al cabo de un momento e inspeccionó el sobre del fondo de un montón que había en el cajón del escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó Kim.

—Cuando terminas de usar una pluma estilográfica —dijo Wayne—, tienes que esperar a que se seque. Pero a veces llevas prisa, o tienes más cosas que hacer, así que la dejas donde sea y le pones algo encima. Como este fajo de sobres. Y entonces la tinta deja una marca en la parte de abajo.

—Emborronada —dijo Wax, levantando el sobre—, pero quizá legible. Esta parte de aquí está subrayada. ¿Te parece que pueden ser números?

—¿Un siete? —aventuró Wayne, señalando uno. Los siguientes no se distinguían—. Y al final, un guion y un trece.

—Podría ser una combinación —dijo Kim en voz baja, pegándose a ellos para ver el número—. En las estaciones de tren grandes hay salas llenas de taquillas que se abren con números como estos. Se puede pagar por guardar cosas.

Wax asintió despacio.

—Marasi, ¿qué has encontrado?

—Creo que reemplazaron todos estos libros —respondió ella—. Cobre parece de los que leen mucho, pero todos estos son nuevos. Juraría que el Grupo se llevó todos los libros que encontró, por si acaso, y rellenó los estantes con pistas falsas.

—Pero los muebles sí que tienen pinta de ser los originales —dijo Wax, y lo demostró moviendo una silla hacia atrás hasta que dio con la pared, justo donde la pintura estaba descascarillada por recibir muchos golpes como ese—. Están viejos. Usados. Y la alfombra también. La habitación *parece* pulcra y ordenada, porque el Grupo la limpiaría después de registrarla, pero seguro que estaba hecha un desastre antes de que llegaran.

—Creo que el tipo está muerto —afirmó Wayne, y dio una palmada en la pared que hizo caer un poco de masilla—. Agujero de bala. Debieron de disparar al pobre desgraciado por la espalda mientras estaba sentado aquí.

—Una conclusión demasiado específica a partir de tan pocas pruebas —repuso Marasi.

Llegó junto a él, sacó un pequeño pincel y hurgó en el agujero hasta sacar unos copos de algo y meterlos en un pequeño recipiente de cristal.

—¿Sangre? —adivinó Wayne.

—Sí —confirmó ella—. Y lo que podría ser una astilla de hueso. Debieron de limpiar la sangre del escritorio, pero del agujero solo sacaron la bala. —Pasó los dedos por la superficie de madera—. Usaba mucho esta mesa. O puede que la comprara de segunda mano. Es difícil de saber.

Wax se acercó y dio a Wayne un gorro de cuero, como los que usaban los pintores.

—Estaba en una columna de la cama —dijo—. ¿Qué opinas? ¿Te hemos dado lo suficiente para trabajar?

—Puede que sí —respondió Wax mientras se ponía el gorro.

Fue al centro de la sala y miró por una ventana, intentando hacerse una idea general. Imaginándose al hombre que había vivido allí, tratando de extrapolar a partir de lo que sabían de él.

—Al principio lo respetaban —dijo—. Era buen científico. Pero entonces descubrió cosas, oyó otras cosas, se enteró de más. Era químico, ¿verdad?

—En una empresa de neumáticos —le apuntó Marasi.

—Debía de ser una tapadera —dijo Wax—. Cobre decía que sus patronos estaban fabricando una bomba. Seguro que su trabajo como químico consistía en investigar sistemas de armamento y explosivos para el gobierno de Bilming.

—Sí… —Wayne cerró los ojos—. Comprendió que pretendían hacer una bomba y oyó hablar de dividir el armonium. Y a lo mejor ya era un poco excéntrico de antes. Se propuso salvar la ciudad… pero era un tipo raro y nadie le hacía caso…

Sin abrir los ojos, extendió los brazos y rodó sobre sí mismo poco a poco, oliendo la estancia. Y visualizándola. Platos sucios amontonados en la esquina. Aún captaba el olor. Noches frenéticas… leyendo… pensando…

—Nadie le escuchaba —dijo Wayne—. Y cuando lo metieron en el calabozo, comprendió que el sistema judicial no le serviría para impedir el desastre.

—¿Y qué hizo? —preguntó Kim—. Si, según cree, la gente que lo mató temía haber pasado algo por alto, eso implica que Cobre sabía algo que no querían que se difundiera. ¿Dónde lo escondería?

—No lo haría —susurró Wayne—. Alguien como él no reaccionaría así. El caso es que el Grupo… se equivoca sobre él. Igual que Kim.

—¿En qué? —preguntó Marasi con suavidad desde algún lugar a su derecha.

—El Grupo se reserva el conocimiento —respondió Wayne—. Lo estrangula, Marasi. En cambio, un tipo como él quizá esté un poco desquiciado, pero querría que la gente supiera lo que él sabe. No escondería sus ideas bajo llave en una estación de tren. Las compartiría. Si las autoridades no le hacían caso, entonces… —Abrió los ojos y encontró los de Wax—. Entonces haría cualquier cosa para difundir la información.

—Kim —dijo Wax, pensativo—, ¿qué periódico local tiene la peor reputación? ¿Cuál publica la primera idiotez que caiga en sus manos, sobre todo si asusta o es un poco demencial?

—Se me ocurren como mínimo siete —respondió ella.

—¿Cuál es el que saca los escritos de ese idiota de Jak?

—El *Centinela de la Verdad* —dijo Kim—. A mí… me gustan bastante, la verdad.

Parecía avergonzada, pero no tenía por qué. Eran buenas historias. No tenían ni pies ni cabeza, claro, pero a veces uno necesitaba narrativa cutre para acompañar la bebida cutre. No tenía sentido leer alta literatura mientras se bebía de una botella envuelta en una bolsa de papel.

—El *Centinela de la Verdad* —repitió Wax—. ¿Sabes dónde está su redacción?

—Lo miro —dijo Kim, y sacó uno de sus archivadores de direcciones.

Wayne se quitó el gorro y lo sostuvo sin hacer fuerza. Ese pobre hombre, Tobal Cobre, de verdad estaba muerto. No había dejado que el Grupo lo mangoneara, ni que lo obligara a trabajar para ellos. Habían ido al piso para averiguar qué sabía Tobal sobre ellos y sus planes, y luego no lo habían dejado con vida. Pero a lo mejor se lo había contado a alguien. A alguien a quien era imposible que el Grupo hubiera encontrado, porque para ellos liberar la información sería inconcebible.

—Aquí está —dijo Kim—. El *Centinela* tiene la redacción en… —Alzó la mirada—. En la calle Séptima. Oficina 42-13. ¡Noches! Son los números que había en el sobre.

Wax apretó el brazo a Wayne.

—Buen trabajo, compañero.

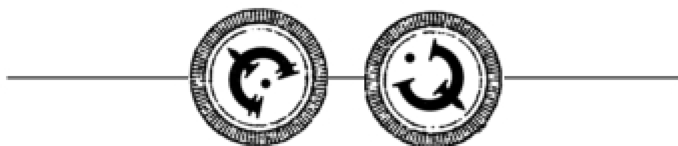
Él se encogió de hombros.

—Es fácil cuando tienes mucho material.

—¿Eso era mucho? —preguntó Kim con curiosidad.

—Claro —dijo Wayne, dejando el gorro—. La vida entera de un hombre.

31



Steris respiró despacio y hondo. Había leído que esa clase de cosas calmaban los nervios. Se lo había visto hacer a Marasi en situaciones tensas. ¿Funcionaba? Steris no estaba segura. Pero era un acto de lo más común, ¿verdad?

Volvió a respirar hondo por si lo había hecho mal, y soltó el aire lentamente. Luego entró en la cámara principal del Senado y la asaltaron el ruido y la confusión. Solían ir de la mano.

Los senadores se gritaban entre ellos de un lado a otro de la cámara. Los ayudantes correteaban de un lado a otro, llevando la prensa vespertina o informes privados a sus senadores. La propia Steris había comprado unos cuantos: no los verdaderos pasquines traídos desde Bilming, sino reimpresiones locales o resúmenes enviados por telégrafo. Cuando había noticias importantes era normal que se publicaran ediciones especiales, ya que todas las cabeceras querían sacarles provecho.

No serían unos artículos muy rigurosos, pero desde luego podrían desatar fuegos. Echó un vistazo a algunos titulares mientras caminaba.

¡ALGUACILES MUERTOS! ¡OPERACIÓN FRUSTRADA
DE ELENDEL LLEVA A TRAGEDIA EN BILMING!

¡UNIDAD SECRETA DE AGENTES DE ELENDEL
SABOTEA OPERACIÓN POLICIAL DE BILMING!

¡ACTO BÉLICO TEMPRANO SITÚA A ELENDEL EN
OPOSICIÓN DIRECTA A LAS FUERZAS DE LA LEY DE
BILMING! ¡DIECISIETE MUERTOS EN EL TIROTEO!

Los enfoques variaban, pero el sabor era muy parecido. Waxillium había llamado la atención, como de costumbre, y a Steris no le cabía duda de que la mayoría de las bajas eran miembros del Grupo. Pero no era un matiz que fuese a llegar a los titulares. De todos modos, había enviado a sus hijos fuera de la ciudad con Kath. Suplicó al Superviviente que estuvieran a salvo en la finca de su padre, al sur.

De momento, Steris se abrió paso en la cacofonía y se armó de valor ante el raspar de las páginas, el tumulto de las palabras, y llegó a la mesa de la vicegobernadora. Le entregó la autorización reglamentaria para ocupar el lugar de su marido en el Senado.

Adawathwyn no dijo nada sobre la funesta carta que le había enviado Steris ese mismo día, en la que detallaba la amenaza a la ciudad. ¿Por qué? ¿Tan pronto habían desestimado a Steris?

La gente nunca quería escucharla cuando hablaba. Preferían asentir de vez en cuando y pensar en otras cosas. Fue al escaño de W… a su escaño. Wax tenía razón y Steris estaba en su derecho de ocuparlo en nombre de la Casa Ladrian. Es más: justo ese era uno de los principales motivos por los que se habían planteado un enlace desde el principio. La fortuna de ella, la autoridad de él. Juntos podían lograr mucho.

Eso si Steris controlaba el nerviosismo. Sí, ya había ocupado el lugar de Wax otras veces, pero nunca para algo tan crucial. Así que se quedó de pie ante la pequeña mesa, rodeada por el caos. Se había preparado para aquello. Había apuntado cómo se desarrollaría. Hasta había respirado hondo dos veces. De acuerdo, el corazón le atronaba en el pecho e insistía en que estaba nerviosa, pero ¿qué sabía su corazón? Había estado años diciéndole que nunca iba a enamorarse, y mira si se había equivocado. Su corazón no era ningún experto en lo que Steris no podía hacer. Solo sabía lo que había hecho hasta el momento y lo que no.

Como había esperado, la gente reparó en ella, allí de pie en silencio, y algunas discusiones cesaron. Eso permitió a Adawathwyn pedir silencio en la sala y que por fin la oyeran. Su tono contundente, muy poco habitual en una terrisana, trajo orden por fin. Como en una tetera apartada del fogón, los senadores dejaron de hervir, pero siguieron acalorados, acomodándose en sus escaños y murmurando en voz baja.

—El gobernador —proclamó Adawathwyn— solicita una explicación a la senadora en funciones de la Casa Ladrian.

Todos los ojos de la cámara se volvieron hacia Steris. Bueno, ya estaba acostumbrada. La gente tendía a mirarla con atención. O con enfado. O con odio. Dependía de lo equivocados que estuvieran y de cuánto los hubiera irritado Steris al señalárselo.

—Mi marido —dijo a la cámara— ha sido convocado a su deber como vigilante de la ley por una situación de extremado peligro en Bilming. Su cometido tiene la aprobación completa de todos los comisarios generales, que ejercen bajo la autoridad del gobernador en persona. Excelencia, todo lo que ha hecho mi marido está dentro de la ley y bien documentado.

—En ocasiones —replicó el gobernador—, no importa que los permisos estén en regla y los documentos firmados. Un acto puede seguir siendo inapropiado.

¿Qué? «¿Cómo se atreve?». ¡Pero si eso era la misma definición de apropiado! Steris contuvo la rabia. Había gente que… pensaba así, y punto.

Echó un vistazo disimulado a su tarjeta de notas. Había decidido, tras pasar la mañana entera pensando, que tenía que hablar con el gobernador ante un grupo reducido. No quería que la ciudad montara en pánico y aún no sabía cuánto tiempo les quedaba.

Aún tenía pendiente trazar un plan para evacuar la ciudad. Siempre había que planificar para la peor situación. Por tanto, debía atraer al gobernador a una conversación más privada. En las circunstancias adecuadas, tenía el poder de autorizar la evacuación de la ciudad sin que la aprobara el Senado.

—Excelencia —dijo al gobernador—, el comisario general Reddi tiene información relevante acerca de la misión de mi marido. Esta mañana le he enviado informes en los que detallo mis temores. Nos enfrentamos a un problema más grave, si cabe, que la creciente belicosidad entre nuestras ciudades. En consecuencia, propongo que se convoque un consejo selecto para lidiar con la emergencia sin vacilación ni demora.

Un consejo selecto gubernamental era un pequeño comité, en ese caso formado por unos pocos senadores y al menos un comisario general, dotado de jurisdicción limitada. Se había nombrado en varias ocasiones para ocuparse de asuntos a más pequeña escala, como resolver los problemas de tráfico en el centro de la ciudad. Pero un consejo selecto era una herramienta potente, que concentraba el poder en unos pocos individuos concretos. A Steris no dejaba de sorprenderla que no se hubiera utilizado

nunca para una emergencia, porque una lectura atenta de la ley hacía evidente su aplicación.

—Un momento —dijo el gobernador—. ¿Eso está… permitido? Creía que esos comités eran para elegir flores en las grandes inauguraciones y demás.

La vicegobernadora lo agarró del brazo y tiró de él hacia abajo, donde conversaron un momento en tonos quedos y siseantes antes de llamar a un asistente jurídico. Varios senadores estaban haciendo lo mismo.

El gobernador se enderezó.

—Parece una sugerencia excelente —dijo en tono sorprendido—. ¿Votos a favor de convocar un consejo selecto sobre este asunto de Bilming?

Mientras hablaba lanzó miradas significativas a varios senadores de la cámara, entre ellos lord Darlin Cett, un hombre de cabello ralo engominado hacia atrás. Los Cett se contaban entre los líderes de facción más poderosos en aquella encarnación del gobierno, y la mirada parecía decir: «Estarás en este consejo si votas a su favor». Era una jugada astuta por parte del gobernador, así que era improbable que se le hubiera ocurrido a él.

Por una vez, la votación del Senado dio a Steris el resultado que quería. Se crearía un consejo selecto a discreción del gobernador, con autoridad durante veinticuatro horas para ocuparse de la crisis de Bilming.

—Lord Cett —dijo el gobernador—, lady Hammondess y lady Gardre. Por favor, vengan con Adawathwyn y conmigo al despacho del gobernador para esbozar una estrategia hasta que llegue el comisario general Reddi. Se pospone la sesión.

Steris titubeó. El gobernador no la había llamado. ¿Sería un descuido? ¿Se daba por sentado que Steris formaba parte del consejo o…?

¿O estaba dejándola fuera?

¡Herrumbres! ¿Cómo no había previsto una posibilidad tan clara? ¿Que propusiera un consejo selecto y luego no la incluyeran en él? Tendría que haberlo visto venir.

Se llevó una mano a la cabeza, notándose febril y avergonzada. La mujer que estaba preparada para todo, flanqueada por una maniobra tan obvia.

Mientras intentaba contener la náusea, alguien se levantó al fondo de la cámara, en el palco de invitados. Una figura que llevaba una puntiaguda máscara de madera con líneas rojas pintadas.

—Excelencia —dijo el embajador malwish—, me gustaría mucho

presenciar las reuniones de ese consejo.

—Hum, ¿almirante Daal? —respondió el gobernador—. Se trata de un asunto interno de la Cuenca.

—Sí, y precisamente por eso quiero observar —insistió el embajador—. Se aprende mucho de un pueblo por cómo reacciona a una crisis. Dispongo de una nave de recreo, de mi propiedad personal, amarrada en la ciudad. Quizá le resulte útil tomarla prestada, milord gobernador, para observar la Cuenca.

El gobernador parpadeó.

—Bueno —dijo—, sin duda la sabiduría de un almirante curtido en batalla será de gran utilidad a nuestro consejo. Acompáñenos.

Herrumbres, ¿de verdad acababa de aceptar un soborno tan patente? ¿Y en público? La ofensa se impuso a la vergüenza de Steris, que miró hacia Adawathwyn. La vicegobernadora tenía la cara en la palma de la mano. Tendría que sudar tinta para vender al público ese intercambio. Pero en fin, un inconveniente de tener a un pelele como Varlance de gobernador era que cualquiera podía tirar de sus hilos.

«Y tú también puedes —se dijo Steris—. Tienes que intentarlo».

Sin hacer caso a sus instintos, que le pedían sentarse y apuntar cómo podía haber previsto aquella situación, Steris se levantó de un salto y bajó corriendo al suelo de la cámara, donde apartó de malos modos a un par de senadores para llegar al gobernador.

—Excelencia —dijo—, creo que tengo conocimientos relevantes que ofrecer al consejo.

—¡Ah! —exclamó él, lanzándole una mirada—. ¿Lady Ladrian? —Miró a un lado, donde Adawathwyn negó firme con la cabeza. El gobernador se volvió de nuevo hacia Steris—. Por desgracia, me temo que el consejo ya está completo. Pero ha sido una sugerencia maravillosa por su parte.

—Excelencia —dijo Steris—, hay una amenaza grave a la ciudad. Tiene que escucharme.

El gobernador vaciló.

—Ha enviado una carta esta misma mañana, señoría —le informó Adawathwyn—. No sé qué tontería sobre una bomba capaz de destruir Elendel.

—¿Cómo, cómo? —preguntó él, volviéndose hacia su vicegobernadora.

—Es verdad —dijo Steris—. ¿Ni siquiera se la ha entregado?

—La Casa Ladrian tiene antecedentes exagerando los problemas —repuso Adawathwyn—. ¿Recuerda la ocasión en que su marido afirmó que votar en contra del estatuto de derechos de los trabajadores provocaría una barahúnda en la ciudad? ¿O cuando insistía en que los Áridos fundarían su propio país si seguíamos adelante con nuestros aranceles?

—Esta vez es distinto —dijo Steris—. Mi marido… tiene la confirmación de Armonía.

—Entiendo —respondió Adawathwyn—. Y si el mismísimo Armonía tuviera que hablar con alguien, ¿no lo haría con el gobernador?

—¿Su marido ha visto alguna bomba? —preguntó Varlance a Steris—. ¿Tiene alguna prueba que apoye lo que afirma?

—Está reuniendo evidencias ahora mismo —dijo Steris.

—En ese caso —respondió el gobernador—, ¿por qué no vuelve cuando tenga esas pruebas?

—Porque tengo que estar en ese consejo con usted para…

—Lady Ladrian —la interrumpió él, en voz más baja—, sin duda comprenderá que esta es una situación vital, tensa. No es lugar para una mujer que lleva siendo miembro activo del Senado menos de una hora. —Sonrió—. En efecto, este reto requiere delicadeza y tacto, no…

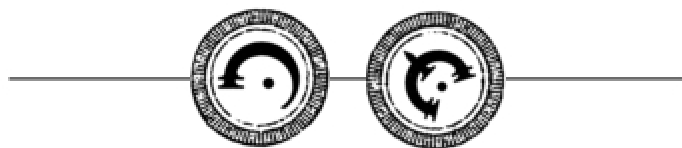
«No lo que sea que tienes tú», pareció insinuar la frase inacabada. El gobernador se despidió con una inclinación de cabeza y fue hacia los demás, que lo esperaban en la puerta de su despacho.

Steris se quedó sola en el centro de la cámara. Humillada. Tendría que… bueno, que preparar otro plan. Sí, pensaría cómo sobreponerse a aquel contratiempo. Se tomaría el resto del día y…

«No». No había tiempo que dedicar a la planificación. *Tenía* que entrar en ese despacho.

Y en ese preciso momento, se le ocurrió una posible manera de lograrlo.

32



La redacción del *Centinela de la Verdad* no encajaba en Bilming. Al contrario que las construcciones elegantes y modernas, su edificio parecía una chabola. Era una estructura de madera más antigua, de solo dos plantas, con tejado a dos aguas, paredes abombadas y ventanas pequeñas.

—Es una construcción antigua —les explicó Kim— de cuando en esta zona de la ciudad había muchas cabañas pesqueras. La fiebre por derribarlo todo y construir de nuevo llegó hace cinco años, pero aún quedan unas pocas casas como esta repartidas por toda la ciudad.

—No parece que hayan trabajado aquí últimamente —dijo Wax, reparando en el candado de la valla y el interior en penumbra—. ¿El pasquín todavía se publica?

—Muy poco en los últimos tiempos —dijo Kim—. Tuve que esperar nada menos que seis semanas para terminar el arco del Último Testimonio del Superviviente en las exploraciones de Jak.

«Herrumbroso idiota», pensó Wax. Desde el descubrimiento del «Soberano» que había gobernado y asistido a los pueblos de las tierras sureñas, el fervor por el Superviviente estaba en sus cotas más elevadas. Había avistamientos por toda la ciudad, sobre todo en las noches brumosas.

Y cómo no, Jak le había sacado partido y llevaba años «descubriendo» artefactos del Superviviente en sus aventuras. No sería ni la mitad de ofensivo si el muy ceporro no mencionara a Wax de vez en cuando.

Llamaron a una puerta lateral y, al no obtener respuesta, probaron a empujarla y la encontraron cerrada con llave. Así que Wax se envolvió el puño con una tira del gabán y se dispuso a romper la ventana.

—¿Wax? —dijo Marasi—. ¿Qué haces?

—Empezar una investigación.

—Esperemos unos minutos —dijo ella—, por si vuelve el dueño.

Wax se detuvo con el puño a unos centímetros del cristal.

—Tenemos una orden de investigación firmada. Podemos entrar por la fuerza.

—Si hay una emergencia —replicó ella—, y si ya hemos probado otras opciones. Esto es propiedad privada de un ciudadano, y no tenemos motivos para creer que el Grupo esté dentro. Y al contrario que en el piso de antes, tampoco tenemos indicios de que aquí se haya cometido un delito.

—Ya lo hago yo —se ofreció Wayne, yendo a la ventana—. Luego decís que habéis intentado pararme pero me he marcado un Wayne, y no os pasará nada.

—La cuestión no es si podemos salirnos con la nuestra, Wax —dijo Marasi llevándose una mano a la cara—. Es el procedimiento adecuado. No podéis meteros a lo bruto donde os dé la gana. El mundo está cambiando y la gente tiene derechos. Nos complica el trabajo, pero mejora el mundo.

Wax frunció el ceño y bajó la mano.

—Podemos esperar un poco —continuó Marasi—. Si tenemos razón, queremos que quien dirija este sitio colabore con nosotros, y entrar por la fuerza sería contraproducente. Si nos equivocamos, habremos puesto patas arriba el negocio de alguien para nada. —Alzó la mirada al sol—. Es hora de comer. El dueño puede haber salido. Aún publican periódicos, al fin y al cabo, así que cabe pensar que en algún momento vendrán a trabajar.

Wax cedió a regañadientes. Esperaba que Wayne protestara, pero su amigo se limitó a encogerse de hombros y salir al trote hacia un puesto de comida callejera que había en la esquina. Marasi y Kim se sentaron en un banco de un parquecillo cercano, dejando a Wax con la espalda apoyada en un árbol bien podado que crecía en un pequeño terreno rodeado por una valla baja.

Los momentos como ese hacían que se sintiera viejo. No solo de cuerpo, sino de mente. Wax parecía representar algo en que estaba muriendo. El vigilante solitario. Algo cuya pérdida… bueno, costaba lamentar, porque intelectualmente estaba de acuerdo con Marasi. Había votado a favor de varias restricciones a la autoridad de los alguaciles. La sociedad necesitaba controles sólidos al poder de cualquiera. Incluso al suyo. Sobre todo al suyo.

Pero al mismo tiempo, eso hacía que el mundo pareciera demasiado grande para arreglarlo. Allá en los Áridos podía derribar una puerta y obligar a entrar en razón, a veces a tiros, a quien fuese necesario. Le había dado la impresión de que así resolvía casi cualquier problema.

Pero en realidad había sido una falsa sensación de control, ¿verdad? Admitir ese hecho lo incomodaba. No era que el mundo estuviera volviéndose más complicado. Era que él estaba permitiéndose ver que siempre había sido complicado.

Un minuto después, Wax oyó algo. Juraría que el sonido llegaba desde dentro del edificio. Entornó los ojos, quemó acero y siguió las líneas azules que emanaban de él hasta encontrar unas pocas que se movían en la parte de arriba. ¿Una buhardilla? Levantó una mano para llamar la atención de Marasi y Kim y desenfundó a *Vindicación*. Había alguien allí arriba. Estaba seguro. ¿Podía ser que no los hubiera oído llamar?

Soltó un casquillo y se empujó hacia arriba para posarse con delicadeza sobre la casa, cerca de donde las tejas se interrumpían por la pequeña ventana de una buhardilla, cerrada y con postigo. Había procurado no hacer ruido, pero las líneas de metal se movieron de golpe a la derecha cuando aterrizó y luego se quedaron quietas. O casi. Temblaban un poco.

Miró la ventana con los ojos entornados. El postigo tenía una esquina rota, por la que podría mirar quien estuviera dentro. Wax distinguió una línea azulada que entraba directa por el agujero. Una parte de él se estremeció, porque aquel metal era casi con toda certeza una pistola que le apuntaba. Las tejas se agitaron bajo sus pies cuando se escudó con su burbuja de acero, con el sutil empujón alomántico que había aprendido a utilizar para desviar balas. Hizo que los clavos del tejado vibraran al tratar de alejarse del campo de fuerza.

«Vibran —pensó—, como esa línea de delante. Es un revólver en manos de alguien que tiembla».

No se enfrentaba a un asesino del Grupo. Muy despacio, levantó su propia pistola a un lado, sin apuntar a la ventana.

—Soy alguacil —dijo en voz alta—. Vengo a ayudar.

Silencio. Después por fin una voz. Femenina, grave.

—Vienes a matarme. Igual que mataste a Tobal.

—No. Lo prometo —dijo Wax. Dio un paso adelante—. Estoy buscando

a quienes lo mataron. Si estuviera aquí por otra razón, habría disparado en vez de hablar.

Más silencio. Lo bastante prolongado como para ponerlo nervioso, hasta que el postigo se abrió y dejó a la vista a una mujer bajita. Tenía encrespado el pelo moreno entrecano e iba bastante desaliñada, con un chaleco sin abotonar del todo y una falda tan arrugada como si hubiera estado casi toda la vida hecha un burruño en el montón de la esquina. Tenía muchas ojeras y el aspecto lánguido de alguien que antes pesaba más pero había adelgazado, como un sofá que hubiera perdido relleno.

—Es… —dijo ella, bajando el rifle que empuñaba—. ¿Es usted Disparo al Amanecer?

—Soy yo —respondió él, relajándose.

La mujer pareció animarse.

—¡Es amigo de Jak!

¿Amigo de Jak? ¿Solo porque el muy cretino mencionaba a Wax de vez en cuando? Abrió la boca para negarlo, pero se lo pensó mejor.

—Eh… Sé quién es —dijo Wax—. Escuche, está pasando algo en esta ciudad. Algo muy peligroso. He seguido la pista hasta el piso de Tobal, y de ahí hasta aquí. Por favor. ¿Le dio alguna cosa? ¿Le contó algo?

La mujer asomó la cabeza y observó las calles con suspicacia.

—Baje y venga a la puerta de atrás.

La mujer cerró el postigo y Wax descendió junto a Marasi y Kim y las llevó a la puerta trasera, que ya traqueteaba con el sonido de numerosas cerraduras y cadenas abriéndose. Por fin la mujer tiró de la puerta.

—No suelo hablar con la pasma. Nunca.

—Muy buen consejo —farfulló Wayne con la boca llena.

Llegó al lado de Wax y dio otro mordisco a lo que parecía ser salsa grasienta y quizá unos pedazos de carne envueltos en lo que tal vez fuese pan. ¿O una tortita muy grande?

—Pero ya que usted es amigo de Jak…

—¡Desde luego que sí! —exclamó Wayne, dando una palmada a Wax en el hombro—. ¡Jak y nuestro Wax salían juntos de aventuras en los Áridos!

—En ese caso —dijo ella indicándoles que pasaran— supongo que no son de esa clase de alguacil. Son de la *otra* clase.

—Ajá —respondió Wayne—. Somos de la clase a la que no le gusta ir de uniforme y que dispara a la gente cuando intentan que firmemos el papeleo.

Dio otro mordisco a su pan enrollado.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó Wax mientras entraban Marasi y Kim.

—El vendedor lo ha llamado «chouta». Está bueno.

—Parece repulsivo.

—Venga, hombre. Con la comida callejera, es como se sabe que está bueno.

El interior de la casa estaba mohoso y oscuro, y junto a la puerta había varios cubos de basura, como si la mujer no se hubiera atrevido a salir para vaciarlos. Estaba observando a Wax, rifle en mano, aunque no alzado, con aire de estar convencida de que la atacaría en cualquier momento.

—¿Y Jak… está en la ciudad? —preguntó—. ¿Podrá ayudar?

—Eh… esto… —dijo Wax—. No. Está… en una aventura.

—¿No puede mandar a llamarlo? —pidió ella en tono esperanzado.

—Me temo que no.

La mujer frunció el ceño, sin dejar de mirarlo.

—Ah, no haga caso a Disparo al Amanecer —intervino Wayne, dando un codazo a Wax—. A veces le cuesta hablar de Jak. —Se inclinó hacia la mujer—. La verdad, le tiene un poco de envidia.

—¿Y quién no? —respondió ella, y con un suspiro empezó a cerrar los pasadores de la puerta—. ¿Alguna vez le ha dejado sostener la Lanza del Sol Rojo?

Wayne miró a Wax, que apretó los dientes.

—No —se obligó a decir—. Es demasiado poderosa. Jak cree que podría despertar sin querer a… zombis, si me deja tocarla.

La mujer asintió, ya con la puerta cerrada a cal y canto, y les indicó que la siguieran hacia dentro.

—Vas bien —susurró Wayne a Wax—. Pero la lanza no se usaba para los zombis. Eso fue en la Isla de la Muerte, con Nicki.

—¿Y tú cómo lo sabes? —siseó Wax.

—Porque me los leo todos —dijo Wayne—. ¿Qué tiene de malo?

—Serás…

—Pensaba que no sabías leer —dijo Marasi al adelantarlos tras la mujer.

—Ah, claro que sé —respondió Wayne—. Pero como soy tonto, solo puedo leer cosas que también sean tontas.

La mujer los llevó por un pasillo atestado de libros, amontonados

ocupando casi todo el espacio. En la siguiente estancia había una gran imprenta, unos cubos de tinta y cajas llenas de tipos móviles de plomo por todas partes. De la pared colgaba torcido un retrato de ella cuando era más joven, con la leyenda MARAGA DULCET, DIRECTORA.

—Entonces —dijo la mujer, pasándose la mano por el pelo revuelto—, ¿saben quién mató a Tobal? ¿Fue esa gente de pelo dorado que vive en el distrito oriental? Son una especie de criaturas feéricas, estoy segura.

—En realidad —respondió Marasi—, creemos que fue un grupo clandestino que está tramando reactivar los montes de ceniza, y nos preocupa que intenten crear unas bombas de poder indescriptible.

Maraga asintió.

—De modo que sí que lo saben.

«Era una prueba», comprendió Wax.

Maraga abrió una puerta que daba a unos peldaños antiguos.

—Muy bien, pues. Síganme.

Encabezó el descenso y Wax la siguió, haciendo un gesto a Marasi y Kim para que se quedaran un poco atrás. El aire olía a patatas rancias, arañas y frascos olvidados de algo que quizá en tiempos fuesen conservas. Maraga activó un interruptor al llegar abajo y se encendieron unas luces eléctricas colgadas de cables.

Cubriendo todas las paredes del mohoso sótano había láminas de metal, rayadas con todo detalle, repletas de palabras y diagramas, letras e ilustraciones, todo apelotonado ocupando hasta el último centímetro cuadrado.

—Pensamos que sería mejor escribirlo todo en metal —dijo Maraga—, por si acaso.

33



Con ojos maravillados, Marasi dio una vuelta entera al sótano. Parecía que antes lo habían usado como almacén, a juzgar por las pilas de material viejo y las alfombras enrolladas. Estaba todo apartado de las paredes para dejar espacio a las láminas de metal.

En las *Palabras de Instauración* se mencionaban planchas de metal, y Marasi siempre había imaginado placas grandes y gruesas con palabras cinceladas en letras anchas y poderosas. En vez de eso, Maraga había rayado láminas de estaño con una punta de pluma, y en muchas ocasiones tachado frases y líneas enteras cuando se equivocaba. Gran parte de la información estaba organizada en listas. Daba una sensación frenética, pero no como, por ejemplo, los desvaríos de un demente. Eran más bien…

«Anotaciones —pensó Marasi—. Las notas estenografiadas de una periodista, con las que conecta ideas y construye un artículo».

Maraga se dejó caer en el peldaño inferior de la escalera, con aspecto exhausto.

—Al principio… no le creí —susurró—. A Tobal, digo. Pensé que era otro chiflado más. Pero lo normal es que tengan una buena historia que contar, algo que interese a mis lectores. Luego empezó a traerme pruebas. Información que robaba a la empresa. Creo que se colaba a hurtadillas y se llevaba libros de cuentas, restos, cualquier cosa que encontrara. Nunca me dejaba ayudar. No quería que me involucrara demasiado. —Maraga miró las paredes—. Como si con esto no bastara ya para hacer que me mataran.

Marasi se acercó para reconfortarla, pero la mujer se encogió. Tenía un aire… fatalista. La actitud de una mujer que había tirado el dado y estaba esperando a ver qué número salía.

—¿Desde cuándo? —preguntó Wax, inspeccionando una lámina.

—Hace casi cuatro años —susurró Maraga—. Como les decía, al principio no le creí. Pero siempre me han interesado las historias que pasan inadvertidas. A las que los otros pasquines no hacen caso porque parecen demasiado sensacionalistas o demasiado burdas.

—Se refiere a mentiras —dijo Wax—. Usted imprime mentiras.

—Preferimos llamarlo «alternativas extravagantes». Son historias sugerentes que fascinarían al público en caso de ser ciertas.

—Es decir, mentiras.

—Nuestros clientes tienen muy claro lo que compran, lord Ladrian —replicó Maraga, alzando el mentón—. Y usted lo sabe. Es amigo del mismísimo Jak. ¡Todo consiste en ser llamativo, despampanante! Nuestros lectores saben que nos desvivimos por encontrar las exquisiteces más interesantes, los «podría ser» y los «quizá» del mundo.

Wax negó con la cabeza, a todas luces escéptico. Maraga dio un bufido.

—Aprendí el oficio en el *Times*, el periódico más importante de la ciudad. Respetable a más no poder. Se escandalizaría si supiera la cantidad de noticias que amañaban, sesgaban o se inventaban directamente. Yo por lo menos no engaño a nadie. Y además, no imprimo mentiras. Publico historias de interés humano, los relatos de personas a quienes los grandes medios no hacen caso. Historias emocionantes de famosos aventureros. Tiras cómicas, ilustraciones de hortalizas con formas graciosas…

—¿Cómo de graciosas? —preguntó Wayne desde el otro lado del sótano.

—Depende de qué clase de sentido del humor tenga.

—Grosero. Con un ligero toque de vulgaridad.

—Segunda caja por la izquierda —dijo ella—. La tiene al lado del pie.

Wax abrió la caja, que estaba llena de bocetos. Al cabo de unos segundos ya estaba soltando risitas.

—En todo caso —prosiguió Maraga—, cuanto más material me traía Tobal, y cuantos más cabos ataba yo misma, más me asustaba. Aquello… era una historia. Un historia real. No un artículo estrambótico sobre hombres insecto o los peligros de la electricidad. Aquello podía hacer que mataran a gente. Podía hacer que me mataran a mí. —Alzó la cabeza hacia ellos antes de seguir hablando.

»Cuando empecé a creer, estuvimos trabajando juntos muchos meses, buscando el sentido a todo esto. Poco a poco fui viendo cosas que a él se le

escapaban. Tobal no era… creíble del todo. Sacaba conclusiones precipitadas. Pero no se equivocaba, por lo menos no en el fondo de la historia. Y no se la había inventado.

»Me dijo que un día no se presentaría a nuestra conversación nocturna. Me dijo que, cuando eso pasara, debería huir. Llevar todo esto a las autoridades. Pero las autoridades están involucradas, así que… ¿qué hacer? ¿A quién contárselo? Y entonces, hace dos semanas, Tobal no vino. Faltó una noche. Dos. Tres. Y lo supe. Lo *supe*. Lo habían encontrado.

—Lo siento —dijo Marasi.

—¿Es posible que aún viva? —preguntó Maraga—. ¿Que solo… se lo hayan llevado?

—Es posible —respondió Marasi—. Pero… creemos que muy poco probable.

Maraga asintió, mirándose los pies. Entonces cerró los ojos y pareció estar esperando. ¿A que pasara qué?

«A que caiga el dado —comprendió Marasi—. No confía en nosotros. Espera a ver si disparamos».

Marasi miró alrededor y se fijó en que Wayne, aunque fingía estar mirando los dibujos, en realidad vigilaba a Luzdeluna y tenía una mano posada en un bastón de duelo como quien no quiere la cosa. Seguro que estaba listo para quemar metal si ella intentaba algo. Hasta Wax la observaba con el rabillo del ojo.

—Esto es una genialidad —dijo Luzdeluna, con la mirada fija en una pared—. ¿Son… estimaciones de trayectoria?

Marasi fue junto a ella y vio una serie de bocetos rayados en el estaño, que representaban amplios arcos. Luzdeluna tenía razón: parecían medidas hechas a partir de distintas estimaciones sobre el alcance de un disparo.

Maraga se levantó, al parecer inspirada por la pregunta.

—Exacto —dijo—. Esas cifras son los alcances que el ejército de Bilming *afirma* que tienen sus cañones. Les encanta enviar notas de prensa a los pasquines de la ciudad, elogiando su grandiosa armada. Son casi todo bravatas. Dan a entender que podrían bombardear Elendel a treinta kilómetros de distancia, pero es mentira. Sus cañones tienen mucho menos alcance.

—¿Y esto? —preguntó Marasi, señalando otro conjunto de trayectorias.

—El trabajo del pobre Tobal consistía en investigar propulsores químicos

—explicó Maraga. Al ver sus miradas confusas, añadió—: Esa gente intenta desarrollar proyectiles autopropulsados. Armas capaces de dispararse a sí mismas y recorrer kilómetros volando. O hasta cientos de kilómetros. Antes de impactar y detonar.

«Herrumbres», pensó Marasi notando que se le ensanchaban los ojos. Recorrió de nuevo el sótano, estudiando cada una de las ocho grandes láminas de las paredes. Determinó que una tenía que ver con el transporte subterráneo de la ciudad, con un gran complejo de cavernas interconectadas que estaban «cartografiando» para decidir dónde situar vías ferroviarias. Pero la verdad, según las anotaciones de Maraga, era muy distinta. Lo que buscaban era cavernas que ofrecieran condiciones de vida estables bajo tierra.

«Están preparando refugios —pensó Marasi—. Para eso quieren las provisiones. ¿Estarán haciendo acopio para un cataclismo, tal vez?».

Como cuando la gente se había cobijado en las cavernas durante los últimos días antes de que el mundo acabara. Antes de la Ascensión de Armonía y la recreación de la tierra.

—Esto no tiene sentido —dijo Wax, acercándose a ella—. Según Armonía, mi hermana intenta demostrar que puede gobernar este planeta. Si lo hace estallar, ¿qué probará con eso? ¿Para qué construir refugios? ¿De verdad cree que salvar a una fracción de los habitantes y aniquilar al resto demostrará su capacidad?

—No lo sé —reconoció Marasi, y señaló otra lámina—. Esta de aquí habla de lluvias de ceniza. Los días de ceniza y destrucción permitieron al lord Legislador granjearse un poder casi universal, por lo menos en el norte. ¿Es posible que Telsin crea que funcionará de nuevo?

—Deberían leer la siguiente lámina —les sugirió Maraga.

Se movieron juntos de lado y encontraron lo que parecía ser una lista de nombres.

—Dupon Melstrom —leyó Wax—, Vennis Hasting, Mari Hammondess… Estos son algunos de los senadores más poderosos de Elendel.

—Están en el ajo —dijo Maraga.

—¿Cómo? —Marasi dio media vuelta—. ¿Todos estos?

Maraga buscó en un archivador y sacó un papel. Se lo dio a Marasi, que se lo enseñó a Wax. Era una carta de Vennis Hasting en la que hablaba de la

creación de una bomba con una potencia increíble. Estaba fechada hacía casi un año, e involucraba a muchos nombres de la pared.

Marasi frunció el ceño. Parecía… imposible. ¿Había tanta gente de su propio gobierno al tanto de aquello? ¿El Grupo tenía sus tentáculos tan cerrados en torno a la Cuenca entera? Miró a Wax.

—Conozco a algunas personas de aquí —dijo—. Vennis es una alimaña, desde luego, pero lady Yomen es buena amiga. Lo más parecido a alguien en quien confío en el Senado. Esto no encaja, Marasi. Nada de esto encaja.

—A lo mejor —respondió ella— por eso el Senado está tan seguro de que puede intimidar a las ciudades exteriores.

—Conozco a esta gente —insistió Wax—. No se callarían un secreto como este. No serían capaces. Todo lo que han hecho hasta ahora consiste en situarse para ganar poder. La Ley de la Supremacía, los aranceles, la «línea dura» que están adoptando con el sur… Si Vennis supiera de una bomba, ya estaría proponiendo iniciar pruebas estratégicas para demostrar lo poderosa que es.

—Podrían pertenecer todos al Grupo —dijo Marasi con suavidad.

La expresión de Wax se oscureció. Levantó la carta, clavó la mirada en ella y Marasi supo lo que estaba pensando: que si los zarcillos del Grupo llegaban tan hondo, incluso hasta los corazones de sus amigos senadores…

—No —dijo Wax—. Aquí pasa algo muy raro, Marasi. Si mi hermana tuviera a toda esta gente comiendo de su mano, ya gobernaría la Cuenca. Nos falta una pieza muy grande del rompecabezas.

Luzdeluna llegó con ellos y señaló otra lámina con la barbilla.

—¿Están hablando de una bomba? Pues parece que ya la tienen. Miren esto.

Marasi y Wax fueron a esa lámina, en la que había una lista de perturbaciones subterráneas bajo el título: «Pruebas de armas bajo tierra, rastreadas mediante sismógrafo».

—Han construido una base bajo la ciudad —dijo Maraga—. Es donde se esconden. El lord alcalde, Gave Entrone, está involucrado, y hasta puede que sea uno de sus líderes. Algunas cavernas parecen ser ubicaciones de experimentación armamentística, pero otras son refugios que están preparando por algún motivo y utilizando como cuartel general.

—Dejaron de hacer pruebas hace poco —señaló Luzdeluna—. ¿Por qué será?

—Bueno… —dijo Maraga—. Porque ya saben que funciona. Al menos, ya hace tiempo que pasó su fecha de despliegue.

—¿Fecha de despliegue? —preguntó Marasi, estremeciéndose.

—Circulares internas robadas —dijo Maraga señalando una lámina—. No sé cómo las consiguió Tobal. Son fechas límite para fases del proyecto. Se suponía que iban a detonar el arma hace dos semanas. —La mujer volvió a dejarse caer en la escalera—. Lo mataron el día anterior. Estaba convencida de que el final ya no tardaría en llegar. —Hundió la cara en las manos.

—Sé… Sé que debería haberlo publicado. Soy una cobarde. Al final, soy una cobarde. Me he quedado aquí agachada, esperando a que caiga la ceniza, ¿verdad? Herrumbres. Estaba tan segura de que nadie me haría caso… tan convencida de que era demasiado tarde…

—Lo hecho, hecho está. O lo no hecho —dijo Wax con firmeza—. Ahora tenemos la información. Y aún hay tiempo de impedir que ocurra.

—Wax —susurró Marasi, cogiéndole el brazo—. Tienen una bomba, y por lo que sabemos planean detonarla en Elendel. Lo habrían hecho ya, si supieran cómo llevarla a la ciudad.

Maraga asintió.

—El cohete, que es como llaman a su arma autopropulsada, está dándoles problemas. A lo mejor es por el combustible. Es en lo que trabajaba Tobal para ellos antes de darse cuenta de lo que pretendían. —Se levantó e hizo acopio de fuerzas—. Tengo que enseñarles una cosa más.

Fue correteando hasta unas cajas y hurgó en ellas mientras Luzdeluna, sin la menor vergüenza, sacaba copias de las láminas con papel y carboncillo. Maraga sacó una imagen de evanotipo.

—Esto es la joya de la corona —dijo en voz baja—. La mejor prueba que tengo. La que ilustraría el artículo que nunca escribiré.

Marasi la cogió y frunció el ceño a Wax, que se acercó. La imagen mostraba un paisaje ceniciento. A color.

Marasi dio un leve respingo mirando el crudo cielo anaranjado, la ceniza en suspensión, los restos de una ciudad destruida en la lejanía. Se parecía… un poco a Elendel, aunque había tanta ceniza acumulada que solo se veía la punta de los edificios destrozados y humeantes, de las paredes quebradas en ruinas.

—¿Cómo…? —preguntó Marasi—. ¿Cómo puede tener una imagen del

fin del mundo?

—En los tiempos del Superviviente no había evanotipos —dijo Wax, estudiando la imagen—. El color está muy logrado. ¿Alguien encontró una imagen y la pintó?

—No lo sé —respondió Maraga—. Pero parece ser un evanotipo de… de lo que va a ocurrir. Después de encontrar esto, Tobal empezó a asustarse de verdad. En nuestras últimas reuniones casi no aguantaba ni cinco minutos. Creo que, más que nada, se quedó acurrucado en su apartamento hasta que fueron a por él. Igual que… he estado haciendo yo.

El sótano quedó en silencio, y hasta Wayne captó el estado de ánimo y se tapó la boca por si le daba alguna risita con los dibujos graciosos. Marasi notó un horror creciente al mirar aquel evanotipo. Había oído a Wax hablar de una bomba y sabía lo que intentaba construir el enemigo. Sin embargo, tener delante una imagen tan clara hacía que pasara de lo abstracto a lo concreto.

Aquello era lo que querían hacer. Arrasar todo lo que Marasi amaba. Dejar escombros y ceniza en su lugar. Lo que estaban investigando era muchísimo más grave que ningún otro caso en el que hubiera trabajado. Y las posibles consecuencias la inquietaban hasta el fondo de su alma.

Dio media vuelta y contempló las láminas, que reflejaban la apacible luz eléctrica. Algo antiguo. Algo nuevo. Igual que la imagen que le estaba devolviendo Wax.

Se abrió una puerta arriba.

Los cerrojos estaban echados, pero eso no detuvo a quienquiera que acabase de entrar. Wayne se levantó a toda prisa y bajó las manos a sus bastones de duelo mientras un único juego de pisadas recorría el suelo de madera de la planta baja.

Wax desenfundó un revólver y se situó con la escalera a la vista. Bajaba alguien. Una mujer de pelo oscuro y una complexión fornida que contrastaba con la nariz pequeña y los labios refinados. Llevaba traje: pantalones de vestir, camisa blanca abotonada y pañuelo al cuello.

Telsin. La hermana de Wax, la líder del Grupo. No iba armada, al menos no con nada que distinguiera Marasi. Y no parecía preocuparle que Wax la apuntara con una pistola a la cabeza mientras Wayne retrocedía, murmurando.

—Una dirección —dijo Telsin—. ¿El número que había detrás del sobre

era una herrumbrosa dirección? ¿Tú sabes la de horas que hemos perdido forzando taquillas en estaciones de tren?

34



Marasi se apresuró a echar mano a una granada alomántica y empezó a cargarla en silencio sin sacarla del bolsillo. Wax se adelantó unos centímetros, sin dejar de apuntar a su hermana. Wayne se había alejado de la escalera y murmuraba para sus adentros, dando saltitos de un pie al otro y mirando alrededor como si esperase que irrumpieran enemigos a través de las paredes.

La última vez que habían visto a Telsin, los había traicionado actuando en nombre del Grupo. Casi había hecho que mataran a Wax, y a cambio Wayne le había descerrajado un tiro de escopeta en el pecho. Era la primera vez que disparaba un arma en… bueno, Marasi no sabía en cuánto tiempo.

Pero Telsin se había curado y había desaparecido de la nieve ensangrentada donde la había dejado Wayne. Era hemalurga, como mínimo con el poder de una hacedora de sangre, igual que Wayne. Había dado signos de tener otras dos capacidades, pero era posible que los miembros del Grupo fueran cambiándose los clavos para obtener distintas artes metálicas. En todo caso, al parecer tenía los suficientes poderes en esos momentos para no parecer turbada en lo más mínimo por enfrentarse sola a ellos. Herrumbres.

—Qué maravilla —dijo Telsin, echando un vistazo por el sótano—. Es asombroso que consiguiera escamotearnos tantos secretos, teniéndolo todo en cuenta. ¿Quién iba a sospechar que nuestra mayor amenaza no serían los ejércitos, o los alguaciles, o ni siquiera tú, Waxillium? Era un miserable químico viejo y calvo.

—¡Tobal era un buen hombre! —exclamó Maraga, y se puso detrás de Wax cuando Telsin la miró.

—Anda, baja el arma, Waxillium —dijo Telsin, sentándose en los peldaños—. Ese idiota de ahí te confirmará lo efectivo que fue dispararme.

—Me sentó bien —respondió Wayne—. ¿Hace falta algo más? Venga, Wax, pásame una pistola. Probaré unas cuantas veces más.

Wax no se movió y Telsin puso los ojos en blanco. Se quedaron todos allí plantados, Marasi notando la suave vibración de la granada entre los dedos a medida que absorbía su poder. ¿Qué iban a hacer ahora? Estaba claro que aquello era una jugarreta. Pero ¿para qué? ¿Habría ido a verlos la líder del Grupo como una mera distracción?

—Cuéntanos lo que planea el grupo —dijo Marasi.

—No —respondió Telsin.

—Huy —dijo Wayne con voz animada—. Entonces, ¿puedo ponerme a hacerla hablar? En una escala de uno a partidas, ¿cuánto te aprecias las rótulas, Telsin?

—Sanaré en cuestión de segundos, Wayne —repuso ella.

—No si te arrancamos los clavos —restalló Wayne.

—Lo cual me mataría —replicó Telsin—. Seguro que eso os proporcionaría muchísima información.

—Bueno —dijo Wayne—, pero arrancarte algún pedazo dolerá de todos modos, Telsin. Esa parte sí que me la conozco bien.

—En realidad —repuso ella—, no me dolería. ¿Sabéis que un feruquimista puede almacenar dolor en una mente de metal? Ah, y la mía no podréis quitármela. Hemos aprendido a ocultarlas mejor. Así que tortúrame todo lo que quieras, Wayne. Lo encontraré aburrido, pero nada más.

Clavó los ojos en los de él, confiada. Wayne lanzó una mirada a Marasi, preocupado, retrocediendo. Como un cachorrillo a quien su juguete para masticar le hubiera devuelto el mordisco.

Pero quien más preocupada tenía a Marasi era Wax. Se había quedado muy quieto, apuntando a Telsin con el brazo recto y la expresión… adusta. Telsin era su última pariente cercana viva, y lo había engañado como a un tonto. Seis años antes, Wax había invertido una enorme cantidad de esfuerzo emocional y físico en rescatarla de las fuerzas malvadas que *creía* que se la habían llevado. Solo para descubrir que Telsin trabajaba con ellas desde el principio.

Y ahora se había confabulado con un dios que planeaba destruir el

mundo.

—¿Para qué has venido, Telsin? —preguntó Wax.

—Para advertirte, Waxillium —dijo Telsin desde el pie de la escalera—. Tus próximos actos serán de suma relevancia. Tienes dos días para resolver este problema. Solo dos valiosos días.

Wax maldijo entre dientes y se agachó hacia Marasi y Wax.

—Burbuja de velocidad —susurró.

Wayne lanzó una y ralentizó el mundo alrededor de ellos. La burbuja también impediría que Telsin oyera, o al menos comprendiera, lo que dijesen.

—¿A qué está jugando, Wax? —preguntó Wayne—. Debería parecer más amenazada. Le disparé. Yo. La primera vez en años. Y da la impresión de que le trae sin cuidado.

—Wayne —dijo Marasi—, tampoco es que le entregaras tu virginidad.

—¡Pues claro que no! —exclamó él—. Eso no paro de entregarlo. Aquello fue especial.

Marasi miró a Wax.

—¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió él con voz suave, mirando a su hermana congelada en el tiempo—. Es… doloroso. Como una vieja herida que vuelve a molestar. Porque nunca cicatrizó del todo.

—¿Por qué dice que tenemos dos días? —preguntó Marasi—. Wax, intenta despistarnos.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Quiere hacernos creer que hay más tiempo del que tenemos. Es un jueguecito suyo. —Entornó los ojos—. Pero que haya venido nos dice algo de lo que tal vez no se da cuenta. Que está desesperada. Sabe que tiene que detenernos.

—Pero no nos tiene miedo —señaló Marasi.

—No en el sentido físico —dijo Wax—. No teme que la capturemos o la matemos. Armonía me explicó que… bueno, que es en parte diosa, al menos un poquito. Autonomía la ha Investido con algún tipo de poder y autoridad, la ha convertido en la avatar de Trell en este planeta. Por el momento. Hasta que fracase.

—Un momento —terció Wayne—. ¿Quién es Trell, quién es Autonomía y quién es esa que está en los escalones?

—La de los escalones —respondió Wax— es mi hermana. Una mujer que

representa a la deidad Autonomía. Utilizando el título de Trell, un antiguo dios de este mundo.

—Vaaale —dijo Wayne—. ¿Y los tres son unos capullos de cuidado?

—Unos capullos de cuidado —asintió Wax.

Marasi siguió la mirada de ambos hacia Telsin, que parecía toda orgullo y confianza. Al observarla, Marasi juraría que los ojos de Telsin empezaron a emitir un tenue resplandor rojizo. Una luz casi imperceptible. Al momento había desaparecido.

—Herrumbres —susurró—. Da la sensación de que esto nos supera con mucho, Wax.

—No hay nadie más —respondió él—. Pero como os decía, si ha venido, es que la tenemos preocupada. Quería poner en práctica su plan hace semanas, pero está teniendo problemas para hacer funcionar la tecnología. Y aquí estamos nosotros, husmeando por ahí, encontrando cosas que ellos no pudieron localizar. El instinto me dice que ha venido porque busca la oportunidad de marearme. De empujarme en la dirección errónea. Es arriesgado por su parte, pero inteligente.

Se quedaron los tres callados y Marasi tuvo la misma sensación de frío pavor que antes. Multiplicada. El plan del Grupo, el peligro que planteaba Autonomía… Marasi bajó la mirada. Aún tenía en la mano la imagen que había sacado Maraga. Ceniza cayendo del cielo, enterrando ciudades que alguien había destruido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wayne.

—Déjame pensar —dijo Wax—. ¿Cuánto bendaleo tienes? ¿Estamos desperdiciándolo?

—Qué va —dijo Wayne—. Me queda de sobra.

—Está ahorrándolo —añadió Marasi—. Y aprendiendo a ser responsable con sus finanzas y el uso de metales.

Wax lanzó una mirada a Wayne.

—¿A quién le has quitado el dinero?

—A alguien despreciable —respondió Wayne.

—Recuérdame que revise mis cuentas bancarias —dijo Wax—, si es que quedan bancos después de todo esto. De momento, el asunto más urgente es la bomba. La tienen preparada, pero no pueden enviarla. Así que tenemos que encontrar el aparato que sea que están montando para lanzarla e impedirlo.

—Maraga dice que el Grupo está utilizando los refugios subterráneos como una especie de cuartel general —recordó Marasi—. Si nos colamos ahí, a lo mejor encontramos el mecanismo. O al menos descubrimos dónde está.

—Será difícil colarse en ninguna parte —dijo Wayne señalando a Telsin con la cabeza—, teniendo a una especie de semidiosa o lo que sea vigilándonos.

Wax pensó un momento.

—Tengo que enfrentarme a Telsin, ocuparme de ella, quizá intentar sacarle información. Quiero encontrar esa bomba y detenerla. Tal vez pueda entresacar la verdad entre las mentiras. Pero estoy de acuerdo en que entrar en la base del Grupo podría servirnos de mucho. Aunque no sé cómo vamos a hacerlo.

Marasi miró a Luzdeluna, paralizada fuera de la burbuja de velocidad. ¿Qué opinaba ella de todo aquello? ¿Tendría alguna respuesta?

Pensó que quizá debería contarle la verdad a Wax. Pero… ¿hacerlo acabaría con la frágil confianza que pudiera tener Luzdeluna en ella? Podía volver a esfumarse con toda la facilidad del mundo, igual que había hecho tras el combate en el almacén.

Cuántos secretos. Marasi se había hecho alguacil en parte para revelar secretos, y allí, colaborando con Luzdeluna, tenía ocasión de hacerlo. De revelar algo más grande. Algo más importante. Secretos al otro lado de los secretos. Necesitaba más tiempo para sonsacar información a Luzdeluna.

—Wax —dijo—, deberíamos separarnos.

Él la miró a los ojos.

—Dos equipos —propuso—. Tú busca la forma de entrar en las cavernas. Yo me ocupo de Telsin y sigo cualquier pista que le saque.

—Exacto —convino Marasi—. Creo que Kim es de fiar. He tenido ocasión de charlar con ella cuando estábamos en el registro y sabe mucho sobre la ciudad. Si me ayuda, creo que podré localizar una entrada a las cavernas. Y allí dentro hay secretos, puede que hasta la situación de la bomba. Pero infiltrarnos así llevará tiempo. Tal vez demasiado.

—Así que Wayne y yo tomaremos la ruta directa —dijo Wax—. Interrogaremos a Telsin y localizaremos así la bomba.

—Jugará con tu mente, socio —le advirtió Wayne.

—Lo sé. Pero es mi hermana. Y… tengo que hacerlo. —Wax respiró

hondo—. Si estoy en lo cierto, tendrá que darme pedacitos de verdad junto con sus mentiras. Si conseguimos jugar a ese juego mejor que ella, quizá nos lleve al arma.

—Muy bien —dijo Marasi—. Encuentres lo que encuentres, informa a Steris y al capitán Reddi por radio. Yo haré lo mismo. Así podemos combinar la información y dejarnos notas entre nosotros.

Wax asintió, pero parecía reticente.

—¿Te preocupa que los operadores de radio de la ciudad no sean de fiar? —preguntó Marasi.

—Es posible —dijo él—. Pero no se me ocurre un método mejor. Enviaré un mensaje a Steris nada más salgamos de aquí.

—¿Puedes escribir también a Allik? —pidió Marasi—. Recuérdale que quiero que salga de la ciudad. Sé que es egoísta por mi parte, pero…

—Está bien —la interrumpió Wax—. No es egoísta querer salvar a tus seres queridos. —Calló un momento—. No sé si tendremos ocasión de reunirnos otra vez antes de que pase el día. Así que si no tienes noticias mías, Marasi, ten claro que confío en tu buen juicio. Si tienes la oportunidad de detener la bomba, hazlo. Cueste lo que cueste.

—Lo mismo digo —respondió ella—. Muy bien, separémonos.

Wax asintió mirando a Wayne, que deshizo la burbuja de velocidad.

Y sin más complicación, Marasi se había puesto a sí misma en posición de interrogar a Luzdeluna con libertad. Por supuesto que compartiría con Wax lo que descubriera. Y por supuesto que él lo entendería. Marasi tuvo la sensación de que debería avergonzarla estar ocultándole aquello, pero en realidad estaba emocionada.

Wax caminó hacia Telsin.

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo.

—Estoy de acuerdo —respondió ella, y empezó a subir la escalera.

Wax se detuvo un momento para decir algo a Maraga y fue tras su hermana. Wayne, antes de ir con ellos, agarró a Marasi del brazo.

—Eh —dijo en voz baja—, ten cuidado con esa tal Kim. Creo que finge sobre algo.

—Gracias por avisar —respondió Marasi—. Yo creo que sabe más de lo que dice, pero no que esté trabajando para el enemigo.

—Bien. Oye, y cuídate.

—Tú también, Wayne.

—¿No lo hago siempre?

Lo dijo como en broma, pero Marasi captó algo en su voz.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Wayne se encogió de hombros.

—Es que se me hace raro, ¿sabes? Después de seis años juntos, tener que dejar que te vayas tú sola. Sin mis avispadas observaciones sobre la vida y el mundo para que no te me despistes.

Marasi sonrió y alzó el puño para que Wayne le diera un golpecito con el suyo.

—Me alegro de que salieras de las historias y entraras en mi vida. Prefiero tener a un amigo que una leyenda.

—Yo igual.

—Wayne, a mí nadie me llama leyenda.

—Lo harán —dijo él, y le guiñó el ojo—. En serio, cuídate. A la noche nos vemos.

Levantó un viejo bombín que había en un perchero cerca del centro del sótano. Se lo puso y dejó colgada en su lugar una grapadora atada a una cinta. ¿De dónde la habría sacado?

Wax y Wayne desaparecieron escalera arriba detrás de Telsin, dejando a Marasi sola con Luzdeluna, Maraga y un Cosmere lleno de secretos.







TERCERA PARTE







35



Wax miró a Wayne, asintió y salieron juntos corriendo de la redacción del periódico, Wax tirando de Telsin, hasta encontrar cobertura entre dos edificios de viviendas que había cerca.

Telsin suspiró cuando se detuvieron y se alisó la chaqueta del traje.

—¿De verdad hacía falta?

Wax hizo una seña y Wayne avanzó deprisa por el callejón para explorar la zona.

—No hay francotiradores —dijo Telsin—. No estáis rodeados. Soy solo yo.

Wax no le hizo caso. Hizo rodar distraído el tambor de *Vindicación* una cámara tras otra, vigilando el cielo, porque cada vez que la miraba a ella sentía el dolor. La traición. Había dicho a Marasi que podría ocuparse de Telsin, pero empezaba a dudarlo. ¿Cuándo había logrado vencerla? Telsin siempre lo había humillado.

«Es lo que has venido a hacer —se recordó a sí mismo—. Para eso has vuelto a ponerte el gabán. Porque sabes que hay que ocuparse de ella de algún modo».

—¿Y si te llevara a rastras hasta Elendel y te metiera en la cárcel? —le preguntó—. ¿Te dejarías sin más?

—Claro que no —dijo ella—. He venido a hablar. A convencerte.

—¿De qué?

Telsin lo miró a los ojos.

—De que huyas, Wax. De que vuelvas a los Áridos. Recoge a tu mujer y a tus hijos y vete. Tienes tiempo. Aparta y déjame que haga lo que hay que hacer. Preferiría que sobrevivieses.

—¿Dónde estaba esa inclinación hace seis años? —preguntó él—.

Cuando estábamos en la cima de aquella montaña.

Telsin suspiró, como hastiada por lo pueril que estaba siendo, y apoyó la espalda en la pared del callejón.

—No quería dispararte, Wax. No esperaba que te presentaras y entorpecieras nuestros planes, y tuve que hacer lo que requería la situación. Escucha, Wax, te conozco. Sé que todo esto te abruma. Es demasiado grande para ti, no puede resolverse embistiendo revólver en mano. Vuelve a un lugar donde puedas lograr algo relevante. La parte que viene ahora será sangrienta, pero es la única forma de salvar nuestro planeta.

—¿Esperas hacerme creer que a ti te interesa la seguridad del planeta? ¿Que precisamente tú estás siendo altruista?

—Para nada —dijo ella, cruzándose de brazos—. Pero vivo aquí, Wax. Si la Cuenca cae, yo caigo. Si vas a confiar en algo, confía en mi instinto de autoconservación. Elendel debe ser destruida. O si no…

—¿O si no, Autonomía destruirá la Cuenca entera?

—Tiene un ejército —respondió Telsin, apartando la mirada—. Hombres de dorado y rojo, esperando a que yo fracase. Respirándome en la metafórica nuca. Nuestra mejor esperanza es que demuestre que soy capaz de gobernar este planeta en su nombre, y antes de poder hacer eso necesito eliminar a los líderes de Elendel. —Miró de nuevo a Wax—. Nos irá mejor con ella guiándonos. Armonía es un inútil, como no me cabe duda de que ya sabes a estas alturas. Necesitamos a alguien más fuerte.

—Alguien que, por pura casualidad —dijo él—, quiere que tú la representes.

—Es un trabajo que hay que hacer.

—Preferiría que lo hiciese casi cualquiera antes que tú.

—La decisión no te corresponde. —Telsin alzó los ojos al cielo—. Cuando esté Investida del todo, cuando sea una Lasca de Autonomía, lo verás. Reconstruiré la Cuenca. La haré toda tan moderna y eficiente como Bilming. ¿No te das cuenta de que Armonía nos dejó lisiados? La vida es demasiado fácil en la Cuenca, demasiado exuberante. No hay conflicto ni discordia, así que no innovamos, no crecemos. Eso es lo que me ha enseñado Autonomía.

Wax dio un paso hacia ella, sintiéndose helado.

—¿Así que la solución es arrasar Elendel? ¿Aniquilar a casi la mitad de toda nuestra población?

Ella siguió mirando hacia arriba.

—Telsin —dijo Wax—, ese plan demencial no saldrá bien. El sur nos invadirá en el momento en que nos perciba como débiles. Las ciudades exteriores se rebelarán, horrorizadas por lo que has hecho. Conozco a sus alcaldes. Están frustrados, pero no son monstruos. Si destruyes Elendel, nos condenarás al caos. Y sí, tendrás tu discordia. Pero esa discordia acabará con nosotros, tanto como si Autonomía hubiera atacado. Esto no te procurará lo que quieres. Autonomía te está manipulando. ¿Te lo has planteado siquiera? A lo mejor quiere que destruyas tú la Cuenca para no tener que molestarse ella.

Telsin siguió sin mirarlo. Y herrumbres, Wax tenía la impresión de haber colocado otra pieza en su sitio. Armonía le había hablado de Autonomía y de cómo empujaba a la gente a sobrevivir, a demostrar su valía. Una ciudad arrasada podía parecer un método muy despiadado de lograrlo, que era el motivo por el que Telsin pretendía hacerlo.

«Pero ¿y la carta que implicaba a senadores de Elendel? —pensó—. Aquí falla algo. Estoy haciendo suposiciones a partir de información incompleta».

—Vamos —dijo Telsin, volviéndose hacia una escalera de incendios—. No me gusta el olor de los callejones.

Wax alzó el revólver hacia ella y alineó una cámara cargada con munición mataneblinos. Era una bala de aluminio con un explosivo secundario que detonaría después de encajarse en ella, una munición monstruosa capaz de arrancar extremidades. Ranette le había diseñado esas balas después de que Wax descubriera los Brazales de Duelo y se interesara por métodos para retirar clavos de cuerpos por la fuerza.

Telsin subió por la escalera de incendios, despreocupada. Se detuvo en el primer rellano y miró a Wax.

—Venga —dijo, y siguió hacia arriba.

Herrumbres. Wax levantó a *Vindicación* al lado de la cara, soltó una bala con la otra mano y la usó para impulsarse, rebasar a su hermana y posarse en el tejado. Ella llegó al cabo de poco y contemplaron juntos la ciudad.

—La vida habría sido mucho más sencilla —dijo Telsin— si te hubieras quedado en los Áridos, Wax.

—Entonces Edwarn y tú no habrías tenido que desaparecer.

—No nos quedó más remedio que escondernos —dijo ella—. ¿Armonía

te ha contado lo que les pasó a nuestros padres?

—Fue… un accidente.

—Fueron agentes de Armonía que me buscaban a mí. ¿Te lo ha llegado a confesar? —Telsin pasó junto a él paseando—. No, ya veo que no, por la cara que pones.

«No dejes que te manipule, Wax. Sácale información».

—Sé que el mecanismo de envío de tu bomba no funciona, Telsin. Y voy a encontrarla y a detenerla. Quizá deberías ser tú quien se planteara esconderse en los Áridos. O mejor aún, quizá deberías estar pidiéndome ayuda. Si Autonomía tiene un ejército listo para atacar, tendríamos que estar pensando cómo combatirlo juntos.

Telsin llegó al borde de la azotea y plantó los codos en la barandilla de piedra, pensativa.

—Es bonita, ¿no te parece? Una ciudad del futuro. Toda simétrica, como una cara perfecta. Una belleza sin taras.

—Telsin —dijo Wax, llegando junto a ella.

—Venga, para ya con esos gruñidos de vigilante duro, Wax —replicó ella—. ¿No ves esta ciudad? Seis años bajo mi guía y ya le va muchísimo mejor que a Elendel. Tienes que reconocer que hemos vivido demasiado protegidos. Los malwish están más avanzados que nosotros, y ni siquiera has visto de lo que son capaces en otros planetas. Vamos muy por detrás. Somos vulnerables.

—No sé en qué va a cambiar eso que destruyas la capital, Telsin.

—Porque siempre te ha faltado visión, Wax —dijo su hermana—. Cuando se te planta delante algo verdaderamente extenso, en vez de asimilarlo, huyes.

Wax mantuvo la distancia.

—¿Por qué has venido a verme, Telsin? —preguntó—. ¿De qué va en realidad todo esto?

—¿Afecto fraternal? —dijo ella, y sonrió al ver que Wax respondía con una mirada inexpresiva—. Solo quiero que desaparezcas. Que salgas de la ecuación. Es malo que interfieras, aunque vayas a fracasar sin remedio.

«Que aparezca su hermano y eche a perder las cosas es malo», pensó. Telsin apartó la mirada de nuevo, pero Wax intuyó una tensión en su postura. Estaba preocupada de verdad por si sus proyectos no daban fruto, por si Autonomía se limitaba a enviar sus ejércitos.

Y no podía ser que la propia familia de Telsin diera al traste con su plan magistral. La haría quedar mal ante la diosa oscura que estaba decidiendo si la destruía o no.

—No creerás de verdad —dijo— que puedes hacerme abandonar un caso con amenazas.

—Supongo que no —respondió ella con suavidad—. Pero quería intentarlo.

«Sí, está preocupada». Telsin conocía a Wax, pero él la conocía a ella igual de bien. Quizá Armonía hubiera acertado al sugerir que Wax hablara con su hermana. Una espada afilada hacía los cortes más limpios, y Wax había pasado la vida entera afilando aquella hoja concreta.

—¿Te acuerdas en la Aldea, cuando querías tener una habitación para ti sola? —le preguntó.

—Padre siempre decía que era lo que nos correspondía —dijo ella—, por nuestro linaje. Que no deberíamos tener que compartir.

—Colocaste dinero robado en el bolsillo de tu propio primo para conseguirlo. Y ni siquiera eso era tu objetivo final: querías dormir sola para escaparte de noche a hurtadillas. Para ti todo consiste en obtener poder.

—Porque estoy dispuesta a dar el paso —dijo ella— y a hacerme cargo. Como me hice cargo de la casa cuando murieron nuestros padres. Como voy a hacerme cargo de este planeta. Va a suceder, Wax. Lo único que lamento es que tendré que derribarte para conseguirlo.

Wax cruzó la mirada con ella. Y comprendió algo profundo.

No encontraba en aquella persona ningún parentesco con él.

Sí veía cosas familiares, en el sentido de conocidas. Pero lo que fuese que en otra época apreciara de ella había desaparecido hacía mucho tiempo, arrancado y sustituido por expansiones de las partes que siempre había odiado.

—Última oportunidad, Wax —dijo Telsin, sosteniéndole la mirada—. Vuélvete a los Áridos. Cuando Elendel ya no esté, toda esa gente de ahí fuera necesitará a alguien que la guíe y la proteja. Tú puedes ser ese alguien. Esto es demasiado grande para ti. Lo sabes muy bien.

Wax abrió la boca para oponerse. Para explicarle que sí, en una ocasión había huido. Estaba abrumado por la política, por la sociedad, por las expectativas. Anhelaba aventura, soñaba con tenerla en los Áridos, pero sobre todo había buscado un lugar donde un hombre pudiera marcar la

diferencia con relativa facilidad. Donde notase que las cosas eran más sencillas.

Se mordió la lengua al caer en la cuenta de algo crucial. Telsin se *equivocaba* sobre él.

Wax había cambiado. Se había transformado en alguien nuevo, alguien que había superado sus miedos. Pero ella no había reparado en ello. No sabía lo de Lessie. No comprendía lo intensa que era su amistad con Wayne. No conocía su amor por Steris, la razón de que hubiera aceptado la oferta de Armonía de regresar de la muerte y volver a intentarlo.

Su hermana no lo conocía. Pero creía que sí.

Herrumbres. Por primera vez en la vida, Wax tenía ventaja sobre ella. Telsin, al llevar tantos años marinándose en sus propias ambiciones, se había transformado en una versión extrema de la mujer que Wax había conocido. Había seguido por el mismo camino exacto que Wax temía desde su juventud. Pero él se había desviado. Había madurado. Había *cambiado*.

—Puede que no sea capaz de arreglar las cosas en Elendel —se escuchó decir a sí mismo—. Puede que no comprenda todo lo que sucede contigo y con Autonomía. Pero detener una bomba es algo que puedo resolver. Algo que voy a resolver.

Ella suspiró, viendo solo al vigilante tozudo. A su hermanito con sus fantasías.

—No tienes ni idea —susurró, apartando los ojos—. No puedes detener esto, Wax. Aunque encontraras la bomba, hay redundancias sobre redundancias para garantizar que Autonomía logra lo que quiere. Tenemos que demostrar nuestra valía. Y eso es lo que voy a hacer.

Redundancias. ¿A qué se refería con eso? No parecía que fuese al ejército que supuestamente iba a desplegar Autonomía. ¿Habría otras presiones internas? ¿Rivalidades? Aventuró una respuesta.

—Gave Entrone intenta quitarte el mando —dijo—. Ocupar tu puesto.

—Entrone es un cobarde —repuso ella—. No actuará contra mí. Wax, no eres ni la mitad de listo de lo que crees.

Tal vez no lo viera todo, cierto, pero si Entrone era un cobarde, quizá Wax estuviera interrogando a quien no debía. Dudaba mucho que pudiera doblegar a Telsin. Pero estaba claro que había otra persona al tanto de aquellos planes.

«Doblegaré a Entrone, entonces», pensó.

—¿Nunca has estado en un sitio alto y sentido el ansia irresistible de arrojarte al vacío? —le preguntó Telsin.

—No —dijo él, frunciendo el ceño—. Si quiero saltar, salto. Si no, no.

—Es la maldición de quemar acero —dijo Telsin, con la mirada perdida en la ciudad—. No podéis sentirla. La tentación de hacer algo teatral, drástico, impresionante.

—¿El impulso de suicidarte por un capricho? —preguntó Wax, perplejo.

—La oportunidad de asustarte —susurró ella—. De hacer algo electrizante y nuevo. ¿Sabes que me resistí a recibir los punzones para la alomancia de acero y hierro? No quería que las alturas dejaran de ponerme nerviosa. Pero entonces hallé nuevos miedos, nuevos retos, nuevas ambiciones.

Wax asintió despacio. Aquella era su Telsin. La mujer temeraria que siempre buscaba más. Más poder. Pero también más experiencias. Más novedades. Más control sobre los demás.

—Hay un Cosmere entero ahí fuera —prosiguió su hermana—. Pocos llegan a verlo o a conocerlo. Pero yo tengo la oportunidad. Una oportunidad real, y no dejaré que me la arrebates. Te lo digo en serio, Wax, no pienso andarme con medias tintas. Haré lo que sea necesario.

—Y yo te detendré. Como sea necesario.

—Siempre tan moralista —dijo ella, mirándolo—. Con la espalda toda recta, fingiendo ver desde muy alto, cuando en realidad apenas empiezas a asimilar los problemas que pretendes resolver. Yo ya los he resuelto. ¿Quieres que te hable de Trell? ¿De Autonomía? ¿De lo que implica ser su avatar?

Una parte de él quería. Pero si Telsin estaba dispuesta a hablarle de ello… si estaba ofreciéndose…

Herrumbres, era porque lo estaba entreteniendo.

Estaba desesperada, intentando ganar todo el tiempo que pudiera. Esa pieza encajó también en su sitio. Su hermana estaba hablando con él porque tenía que mantenerlo distraído. El truco no estaba en comprender que intentaba retrasarlo, sino en darse cuenta de que, mientras Wax le permitiera tentarlo con información, Telsin tendría todas las cartas en la mano.

Solo había una manera de ganar aquella peculiar partida. Y era abandonar la mesa.

—¿Va a destruirnos? —preguntó, echando a pasear por la azotea detrás

de Telsin.

—A no ser que le demuestre que merecemos salvarnos —dijo ella, volviéndose para contemplar la ciudad. Al igual que antes, no parecía importarle estar dando la espalda a Wax—. Autonomía es… extraña. Respeta a quienes son valientes, fuertes, capaces de sobrevivir por sí mismos. Pero también quiere que la obedezcan. Supongo que es lo irónico de la divinidad. La mitad del tiempo, ser «autónomo» significa cumplir sus designios. Y no tiene nada de Capricho; esa es una deidad distinta.

»Autonomía es el individualismo más crudo filtrado por la lente de una diosa que cree saber lo que más le conviene a todo el mundo. Y en ese contexto, el individualismo es una virtud cuya mejor aplicación consiste en buscar formas de llevar a cabo los proyectos que ella ha esbozado. Se te permite ser individual en el camino que escoges para cumplir sus órdenes, porque…

Wax se perdió el resto, porque se había dejado caer con sigilo por el lado de la azotea. Con un poco de suerte, su hermana seguiría disertando un rato y le daría tiempo para alejarse.

36



Marasi y Luzdeluna terminaron a toda prisa lo que les quedaba por hacer en el sótano: Luzdeluna sacó los últimos calcos de las láminas de las paredes y se los guardó en el bolso. Subieron juntas a la planta baja, donde encontraron a la directora Maraga de pie en el centro de una sala hecha un desastre, con una bolsa de viaje a rebosar en la mano y un aspecto agotado que le acentuaba las canas.

—Antes de salir —explicó la mujer a Marasi—, Disparo al Amanecer me ha dicho que vaya a visitar a la familia en el campo. Pero toda mi familia está aquí o en Elendel. ¿Debería… ir con ellos?

—No creo que sea recomendable —dijo Marasi.

Sus parientes de Bilming serían fáciles de localizar para el Grupo, y Elendel… bueno, tenía una bomba gigantesca apuntada hacia allí. Pensarlo llenó de inquietud a Marasi. Pero tenía que concentrarse en impedir la calamidad. Tendría que dejar el cuidado de Elendel a su hermana.

—Luzdeluna —dijo Marasi—, ¿no tienes ningún sitio en la ciudad al que enviar a Maraga? ¿Un lugar seguro para alguien que nos ha ayudado tanto?

Luzdeluna se paró a pensar. No era una persona precipitada, al parecer, sino meticulosa. Calculadora. Al cabo de un momento se sacó una tarjetita de la manga, con el símbolo de los diamantes entrelazados.

—¿Conoce el distrito Puente Caballero?

—Sí —dijo Maraga, aceptando dubitativa la tarjeta.

—Vaya a la Treinta y tres con Finete, número 187. Llame, enséñeles eso y explíqueles que Luzdeluna dice que puede pedir asilo en recompensa por los servicios prestados. La dejarán pasar. Y hasta el Grupo tendría complicado asaltar ese edificio.

—Gracias —respondió la mujer, llevándose al pecho el puño cerrado sobre la tarjeta.

—Enviaré a alguien a recoger sus investigaciones —dijo Luzdeluna—. Aunque ya tengo copia de todas las láminas. Tiene que irse. Deprisa.

—Tengo que recoger a mi hermana —dijo Maraga—. Por favor.

—Si no hay más remedio, hágalo —cedió Luzdeluna—. Pero le advierto que, dado que el Grupo sabe que estamos aquí, cada segundo que pase pone más en peligro su vida.

Maraga corrió hasta la puerta. Se detuvo a mirar lo que dejaba atrás y entonces se armó de valor y salió deprisa.

—¿Y nosotras? —preguntó Luzdeluna.

—Tenemos que determinar la posición probable de un punto de acceso a las cavernas subterráneas —dijo Marasi—. ¿Tienes mapas que señalen los movimientos del enemigo? ¿O listas de lugares que creéis que son propiedad del Grupo?

—Encima, no —respondió Luzdeluna—. Podemos volver a la oficina del registro para investigarlo.

—Creo que tengo una idea mejor. —Marasi echó a andar hacia la puerta —. Más arriesgada, pero espero que más rápida.

—Me intrigas —dijo Luzdeluna.

Salieron y se dirigieron juntas a una calle algo más ajetreada, donde, con cierto esfuerzo, Marasi logró parar un taxi. Aún seguía impresionándola lo rápido que los cocheros habían pasado de los carruajes de caballos a los vehículos motorizados.

Se sentaron en la parte trasera del coche, y la taxista, de pelo oscuro recogido en coleta, volvió un instante la cabeza hacia ellas.

—¿Dónde vamos?

—Al distrito Puente Caballero —dijo Marasi—. Treinta y tres con Finete.

La taxista asintió, se incorporó al flujo de tráfico y las llevó en dirección oeste.

—Muy hábil —dijo Luzdeluna a Marasi—. Tendré que ir con cuidado si andas cerca. Pero ¿por qué crees que los mapas que quieres estarán en nuestra base?

—Me encontraste en las cavernas de Elendel. Y además, hace un momento me has dado a entender que esos mapas existen, al decir que no

los llevabas «encima». En consecuencia, me ha parecido un buen curso de acción. Tu gente tendrá la información que necesitamos.

—Puede que no te dejen entrar —dijo Luzdeluna—. Y entonces, ¿qué? Igual estás perdiendo el tiempo.

—¿Que pierdo el tiempo? —restalló Marasi—. ¿Que yo pierdo el tiempo?

Desvió la mirada hacia la taxista, reacia a hablar claro delante de ella.

—Aguaoscura, querida —dijo Luzdeluna a la taxista—, ¿nos dejas un poco de intimidad?

—Claro, Luzdeluna —respondió la mujer, y cerró la ventanilla que separaba la parte delantera del coche de la trasera.

Marasi se quedó boquiabierta. Miró a Luzdeluna, que se encogió de hombros.

—Luzdeluna —dijo Marasi, aclarándose las ideas—, ¿a qué te crees que estamos jugando? ¿No decías que vuestro propósito era proteger este planeta? ¿Y ahora me vienes con que no me dejaréis acceder a vuestra base y la información vital que contiene?

Luzdeluna se acomodó en el asiento, pensativa.

—Mi organización —respondió al cabo de un tiempo— se creó para proteger y favorecer los intereses del planeta Scadrial. No es mi mundo natal, pero estoy entregada a que se mantenga estable. Hay unas fuerzas terribles actuando en el Cosmere, y mi gente necesitará aliados.

—¿Y por qué te resistes tanto a ayudarme?

—Para serte sincera —dijo Luzdeluna—, temo que nos estén engañando. Autonomía es experta en desviar la atención, en dejar pistas falsas y las confusas sombras de medias verdades. ¿Reiniciar las lluvias de ceniza? Suena… delirante. Imposible hasta para ella. En todo esto hay algo que no encaja. Un tono demasiado rojizo para ser natural.

—Pues ayúdame a encontrar la verdad, Luzdeluna. Deja de jugar conmigo.

—No estoy jugando contigo —repuso Luzdeluna—. Esto es una prueba de acceso.

Marasi parpadeó. «¿Cómo?».

—Hasta hace poco —prosiguió Luzdeluna—, daba por hecho que teníamos meses para frustrar las maquinaciones del Grupo.

Dio unos golpecitos en el apoyabrazos con una uña y luego miró su

bolso, del que asomaban las copias que había sacado de las láminas. Durante el escaso tiempo que habían compartido, Marasi había empezado a ver a Luzdeluna como a alguien omnisciente, como a una persona misteriosa, ajena. Pero la preocupación que emanaba de sus ojos, la manera en que se enfrentaba a la incertidumbre, era de lo más humana.

—Te dejaré entrar en nuestra base —dijo Luzdeluna por fin—. Y me preocuparé después de las consecuencias, si todo esto resulta ser otra jugada en las sombras de Autonomía. Pero no sé si podré darte todo lo que quieres. No tenemos cartografiadas las cavernas de la ciudad, pero sí que vigilamos a los agentes del Grupo. —Dio una palmada en el bolso, en los calcos—. Aquí hay una lista de coordenadas de las explosiones. Si cruzamos esos puntos con los lugares donde los agentes del Grupo aparecen y desaparecen…

—… quizá encontremos una entrada a las instalaciones donde hacen pruebas —terminó la frase Marasi—. Hice algo parecido para localizar la caverna subterránea de Elendel.

—Me acuerdo de cuando empecé a asimilar todo esto —dijo Luzdeluna con suavidad—. Cuando mi mundo se expandió y mis rencillas personales, hasta las que influían en el destino de imperios, de pronto me resultaron insignificantes. Lo estás haciendo extraordinariamente bien.

—Mi vida —repuso Marasi— ha consistido sobre todo en largos intervalos de tranquila monotonía puntuada por repentinas explosiones, en general literales, de actividad. Estoy acostumbrada a funcionar bajo presión.

—¿Y a oponerte a dioses? —preguntó Luzdeluna—. ¿A combatir su influencia?

—Bueno, tenemos a uno de nuestra parte, al fin y al cabo.

—Más o menos. Armonía no es demasiado fiable en los últimos tiempos. O al menos, no en los aspectos que preferiría mi mentor. No es tanto tener a un dios de tu parte como tener a un árbitro poderoso que solo presta atención a tu lucha de vez en cuando.

—O un observador —dijo Marasi— que sabes que podría hacer más para ayudar, pero que por algún motivo incomprensible no lo hace.

—Sí, como… —Luzdeluna entornó los ojos—. Captado. Mira, ya llegamos al cuartel. Con un poco de suerte, el Superviviente no habrá vuelto sin avisar. Mi mentor no siempre se muestra razonable en lo relativo a quienes considera agentes de Armonía, y podría reaccionar… mal.

37



Wayne había leído una vez un libro muy interesante sobre un hombre que retrocedía en el tiempo. Le pasaba por encender demasiados interruptores eléctricos a la vez. Era una idiotez como la copa de un pino, pero el libro estaba escrito cuando la electricidad aún era muy reciente, así que se le perdonaba. Por aquel entonces la gente pensaba cosas bastante curiosas sobre la electricidad. El propio Wayne había intentado llenar un cubo con ella.

Se descubrió pensando en aquel relato mientras peinaba las callejuelas cercanas en busca de señales de que hubiera agentes del Grupo. El caso es que el libro iba de que cambiar el pasado era un asunto así como peligroso. El protagonista había partido unas ramas de un árbol, y al volver al futuro resultaba que a su padre le gustaba ponerse mantequilla en el bocata, en vez de mayonesa. Ah, y además la ciudad estaba gobernada por leones pensantes.

Wayne había pensado que algo de la historia no acababa de cuadrar. Al mencionárselo a unos amigos, Nod le había hablado de otra que se basaba en la misma idea, sobre un tipo que volvía atrás en el tiempo a través de las complejidades de la fontanería doméstica y un desagüe de retrete desafortunadamente amplio. Ese otro hombre cambiaba las cosas al comerse un panecillo, y al volver descubría que todo el mundo hablaba al revés y la gente ya no se ponía camisa.

El segundo libro le gustó más que el primero porque tenía más palabrotas, además de que la ausencia de camisas se aplicaba a toda la población y estaba descrita con minucioso detalle, pero aun así Wayne seguía incómodo con la idea.

Intercambió a un mendigo, sin que él lo supiera, un fajo de billetes por un pañuelo sucio, que le gustó porque tenía un conejito bordado en la esquina. Empezaba a darse cuenta de por qué no le hacían mucha gracia aquellas historias. Era porque transmitían la sensación de que cambiar el futuro era algo temible y peligroso.

Pero ¿acaso la gente no lo cambiaba a diario?

Wayne pensó en las elecciones que hacía todo el mundo. Iban por la vida a lo loco, comiendo panecillos, partiendo ramas. Cada uno de ellos cambiando el futuro. ¿No deberían… estar un poco más atentos a eso? ¿Preocuparse por cómo cambiaban el futuro en esos momentos, en vez de escribir libros sobre gente que lo hacía yendo al pasado? Aunque algunas cosas no podían saberse, otras muchas eran predecibles. Quizá no hicieran que en el futuro hubiera leones parlantes y demás, pero podían provocar que hubiera gente más triste y enfadada.

Igual pasaba que las historias sobre gente que mejoraba el mundo sin llamar la atención eran demasiado aburridas. Sí que sonaba aburrido, en realidad. A lo mejor, si los personajes iban sin camisa…

Una mano se cerró en torno a la boca de Wayne desde atrás. Estuvo a punto de matar a su propietario, pero olía como Wax, así que…

Ajá, era Wax. Retrocedió a un callejón tirando con delicadeza de Wayne y lo hizo agacharse detrás de un montón de basura mientras pasaba alguien por la calle. Telsin, buscando a su alrededor, irritada.

Cuando se perdió de vista, Wax retiró la mano.

—¿La has dejado escapar? —susurró Wayne.

—Llámame loco…

—Loco.

—… pero más bien creo que he escapado yo.

Wax señaló con la cabeza en dirección contraria y se escabulleron hacia allí.

—Debo decir —murmuró Wayne— que hay mejores métodos para llamarme la atención. A los amigos no se los apresa, Wax, a no ser que haya de por medio una palabra de seguridad y cuerda elástica.

—¿Cuerda elástica?

—Es más divertido si puedes moverte un poco —dijo Wayne—. He probado varias, porque tenía que ser yo al que ataban. Ya sabes, por el

hecho de que mi novia podía convertirse en un charco de gelatina a voluntad. Le quita un poco de gracia al *bondage*.

Wax dio un leve gemido mientras salían de nuevo a la calle.

—No me hacía falta saber nada de eso, Wayne. ¿Podrías no ser grosero en las misiones que nos encarga Armonía en particular?

—Eh, eh —dijo Wayne—. No es ninguna grosería. MeLaan es un ser divino. Elegida por el mismísimo Armonía. A mí me parece que salir con ella venía a ser como ir a la iglesia, ¿sabes?

—¿Y la cuerda elástica?

—Estooo… ¿Una metáfora de que a todos nos ata la voluntad de Dios?

Se miraron un momento y entonces Wax hasta sonrió mientras negaba con la cabeza. Bien. Últimamente estaba poniéndose demasiado envarado, entre la paternidad, el puesto de senador y tener que salvar la dichosa ciudad entera de vez en cuando.

Hoid llegó con el coche para recogerlos, como le había pedido antes Wayne, pero Telsin seguía acechando por allí cerca. Así que Wax y Wayne fueron con disimulo en otra dirección y llegaron a una calle ajetreada, a reventar de gente. Llena de idiotas de Bilming que no tenían ni idea de lo mucho que estaban complicándoles la vida. Aunque Wayne supuso que eso era generalizar demasiado. Había un montón de gente en Bilming que no era idiota: los forasteros que venían a mirar embobados a los idiotas.

—¿Le has sacado alguna pista a Telsin? —preguntó Wayne mientras se internaban en la multitud.

—Puede —dijo Wax.

—Pues yo sí que tengo una buena pista.

—¿Ah, sí? Gracias a Armonía.

—Ajá. Hay una taberna de primera tres calles más allá. Me la han recomendado dos vagabundos diferentes.

Eso le valió una mala cara de campeonato. Hizo que se sintiera todo orgulloso de sí mismo. Sonrisa, y luego mala cara, y sonrisa, y mala cara. Entre las dos tiraban de uno como si fuera chicle y lo mantenían flexible.

—He tenido que escapar de Telsin —dijo Wax—. Estoy seguro de que quería ganar tiempo, entretenerme.

—Será que tiene miedo de que podamos detenerla.

—Eso he pensado. Lo cual es buena señal. Pero no iba a sacarle nada útil.

No a tiempo. Tenemos que interrogar a otra persona, y sobre eso sí que me ha dado una pista. Creo que le debemos una visita al lord alcalde.

—Vaya, vaya —dijo Wayne—. Eso sí que es buena idea.

Se detuvieron en plena calle y vieron que la gente se apartaba de ellos. Parecían vestir con mucha menos variedad que en Elendel, pero allí nadie llevaba pistola. Wax destacaba como un grano enorme en la cara. De esos que te mueres de ganas de explotar para ver qué rezuma.

—No es que disimulemos mucho, ¿verdad? —dijo Wax.

—Socio, llevas un herrumbroso gabán de bruma.

—Es cómodo.

—Llama la atención.

—¡Pero si a ti te gusta la atención!

—Depende de quién la preste. —Wayne miró a Wax—. Nunca he sabido cómo subir escaleras sin tropezarme llevando uno.

—A mí nunca me ha dado problemas.

Ya se lo esperaba. Los gabanes de bruma parecían ropa normal y corriente, pero Wayne estaba seguro de que eran otra cosa en secreto. Estarían hechos de bruma o lo que fuera y, como a Armonía le caía bien Wax, no se tropezaba con la cola.

No era justo que Dios prefiriera a Wax. Wayne no pretendía blasfemar cuando se pasaba bebiendo, era solo que se le escapaba. Y pensándolo bien, si la blasfemia salía, ¿no significaba que después Wayne era más devoto? Por eso se emborrachaba tan a menudo. Por eso y por ningún otro motivo en absoluto.

Se desviaron hacia un lado de la avenida, en la boca de un callejón, para pensar qué hacían. Wax se dedicó a fulminar con la mirada a cualquiera que se acercara boquiabierto, ahuyentándolos.

—Bien —dijo Wax—. Tenemos que decidirnos rápido. Porque aunque de verdad haya conseguido quitarme de encima al Grupo al escapar de Telsin, seguro que no tardan mucho en localizarnos.

—Porque das más el cante que un enterrador con zapatos rosas.

—Porque doy más el cante que un enterrador con zapatos rosas.

—Me gusta la idea de amenazar a Entrone —dijo Wayne—. En principio, al menos. Pero no sé si llamaríamos demasiado la atención. Así que igual tampoco hace falta que lo interroguemos a él. Al fin y al cabo, sabemos dónde vive.

Wayne señaló avenida arriba hacia el edificio blanco plateado que había al final. No era la construcción más alta de la ciudad. El rascacielos central, situado en el mismo centro de Bilming, superaba por mucho a todos los demás. Y parecía que aún estaban añadiéndole pisos, porque el tejado estaba en obras.

Aun así, la mansión del alcalde tenía cierta majestuosidad. Del tipo que insinuaba: «¡Eh, compadre! Nada de decir palabras como "Eh, compadre" por aquí cerca».

—Es evidente que Entrone está metido en todo esto —dijo Wayne—. Y es de los que se apuntan los secretos en alguna parte, así que podría darnos una pista de dónde tienen esa bomba. No me extrañaría que tuviera una caja fuerte, o algo parecido, llena de respuestas.

—Acabas de decir que amenazarlo provocaría otro incidente —protestó Wax con los brazos en jarras, haciendo que sobresalieran las pistolas enfundadas y poniendo nervioso a casi todo el mundo que pasaba cerca—. ¿Y ahora propones que saqueemos su mansión?

—Me limito a sugerir —dijo Wayne, adoptando un cuidado acento de la alta sociedad, Quinto Octante, familia acaudalada— que después de llevar a cabo nuestra comunicación radiofónica, le proporcionemos a nuestro estimado lord alcalde un servicio de habitaciones vespertino con caramelos de menta en la almohada, toallas dobladas en forma de mono y un leve expolio de sus asuntos privados. Llevado a cabo con la más exquisita atención, qué duda cabe. Un saqueo cortés. Un… desvalijamiento refinado.

—No me digas —respondió Wax.

Wayne se inclinó hacia él.

—A ver, aun así vamos a destrozarle todas sus cosas y a robar sus secretos. Lo único es que no me tiraré un pedo en su silla antes de irnos. Ya sabes. Por hacerlo con clase.

Wax respiró hondo.

—Bueno, supongo que está a medio camino entre abordar al propio alcalde y algo con buenas probabilidades de éxito. Hagámoslo.

Wayne sonrió de oreja a oreja.

—Pero el saqueo es cosa mía —añadió Wax—. Tú te encargas de la distracción.

38



Steris abrió de un tirón la puerta del despacho del gobernador, donde se había reunido el consejo privado para decidir qué hacer respecto a Bilming. Sostuvo la puerta abierta para el comisario general Reddi, invitado a la reunión junto con su personal. Ese día dicho personal consistía en dos personas: el agente Gorglen como secretario y Steris.

El gobernador presidía la mesa de reuniones. Adawathwyn fulminó de inmediato a Steris con la mirada de sus ojos castaños oscuros. Estaban presentes los tres senadores, lord Cett, lady Hammondess y lady Gardre, además del embajador Daal, su expresión indescifrable tras la máscara de color rojo sangre. El hombre, de escasa estatura, no se había sentado a la mesa y estaba junto a la pared en una postura estirada y elegante.

—Ah, ya era hora —dijo el gobernador, alzando la vista de los periódicos —. Reddi, llega… Un momento, ¿qué hace ella aquí?

—¿Lady Ladrian? —preguntó Reddi—. La tengo en nómina como experta en la materia.

Desde hacía quince minutos, al menos. Steris había insistido en que Reddi le pagara de verdad y tenía la monda que había recibido apretada en el puño mientras cerraba la puerta después de que entraran todos. Luego se adelantó y se sentó a la mesa al lado del comisario.

—¿Sabe que he rechazado expresamente su petición de estar en este consejo? —preguntó el gobernador.

—Me lo ha contado —dijo Reddi—. Y con franqueza, excelencia, me parece una equivocación por su parte. Es la esposa del hombre que nos ha alertado de esta crisis. Cuando lady Ladrian ha venido a explicarme por qué debería contratarla, he comprendido que sin duda posee información necesaria para este consejo.

La vicegobernadora juntó las manos sobre la mesa, frunciendo el ceño. Pero el gobernador… asintió. Steris siempre era reacia a interpretar demasiado a partir de las expresiones de la gente, pero en esos momentos se preguntó si existiría una brecha entre aquellos dos. Siempre había dado por sentado que Adawathwyn tenía a Varlance en el bolsillo por completo.

Pero claro, nadie cabía muy cómodo en un bolsillo.

—Muy bien —dijo el gobernador—. Me temo que hemos empezado sin ustedes. Hemos evaluado la información recibida y juzgado la actitud de los gobiernos de las ciudades exteriores, y la conclusión es que nuestra senda es inevitable. Parece que habrá guerra.

—¿Guerra? —preguntó Reddi.

—No nos queda alternativa —dijo lady Hammondess. Tenía un pequeño hueco entre los incisivos, del tipo que los hombres solían describir como adorable y comportarse como si fuese el motivo de su belleza, en vez de su piel perfecta, sus rasgos delicados y sus largas pestañas. Era curioso que los defectos menores se volvieran adorables si su portadora, casualmente, también resultaba tener un atractivo convencional—. Las ciudades exteriores ya se preparan para la guerra.

—Hay acorazados en Bilming —convino lord Cett. Era un hombre impresionante, si a una le gustaban delicados y bien vestidos. Steris se preguntó cuánto trabajo le llevaría contener las asperezas con maquillaje y ropa de lujo—. Bloqueos ferroviarios al sur. Folletos de reclutamiento en los Áridos, ofreciendo trabajo en las «fuerzas de seguridad».

—¡Y por eso debemos esforzarnos en calmar las tensiones y reconciliarnos! —exclamó el comisario Reddi.

—O mejor aún —dijo lady Hammondess—, atacar primero. Llevamos demasiado tiempo sin hacer caso a las señales de advertencia. Si no actuamos pronto, será imposible que ganemos.

Steris miró a lady Gardre, la tercera noble de la sala. La mujer regordeta era mucho menos belicosa que los otros dos, mucho más razonable. Pero incluso ella asintió con cara de circunstancias. Y lo cierto era que tenía sentido. Cada día que Elendel titubeaba daba tiempo a las otras ciudades para acumular poder. Elendel las superaba en infraestructura, capacidad de manufacturado y coordinación. Pero la ventaja no duraría mucho.

Atacar primero tenía sentido si se consideraba que la guerra era inevitable. Pero no lo era. No tenía por qué serlo.

El plan del enemigo era precisamente ese. Steris estaba cada vez más convencida de que los tambores de guerra en las ciudades exteriores eran una tapadera para el arma que estuvieran preparando en Bilming.

Reddi empezó a farfullar.

—¿Con qué ejército quieren ir a la guerra? ¡Elendel apenas tiene diez mil efectivos, y eso contando la armada que protege el comercio por mar con el sur!

—Tenemos procesos de reclutamiento establecidos —replicó Adawathwyn al instante—. Y contamos con una fuerza policial muy capaz y formada.

Reddi pareció horrorizarse por la afirmación. Steris tenía algo que objetar, pero vaciló. ¿Era la parte en la que debía hablar? Siempre le costaba saberlo.

—Mis agentes —dijo Reddi— *no* son soldados.

—Disculpe, comisario —respondió lord Cett, inclinándose sobre la mesa—, pero nadie es soldado hasta que se lo entrena para ello.

—Hacemos falta aquí —insistió Reddi—. La ley…

—Se declarará la ley marcial —lo interrumpió el gobernador—. Contener el crimen en la ciudad será mucho más fácil habiendo toque de queda. Los alguaciles sobrantes pasarán a la fuerza militar.

Quizá aquella sí que fuese la parte en la que Steris debía hablar. Abrió la boca y hasta empezó a emitir sonido, pero siguieron discutiendo sin hacerle el menor caso.

—¡No voy a tolerarlo! —exclamó Reddi, arrojándose de pie en un gesto paradójico—. ¡No es el juramento que hicieron mis alguaciles!

—No tiene elección, comisario —dijo el gobernador—. Su autoridad procede de mí, la suya y la de todos los alguaciles de esta ciudad. En última instancia, soy yo quien da las órdenes.

—Podemos renunciar, Varlance —replicó Reddi, inclinándose con las manos en la mesa—. No puede obligarnos a combatir.

—Eh… —empezó a decir Steris.

—En realidad —dijo Adawathwyn en tono despreocupado—, las levas consisten precisamente en eso, comisario Reddi.

—Querría… —probó Steris de nuevo.

—¿Ah, sí? —espetó Reddi—. ¿Y se puede saber quién va a encerrarnos?

—¡Cállense todos y escuchen! —gritó Steris—. ¡O vomitaré encima de la

mesa para llamar su atención!

La sala entera se quedó mirándola.

—Soy muy capaz —les advirtió—. En el bolso llevo medicinas que provocan ese efecto. Les sorprendería saber con qué frecuencia es una opción relevante.

Bueno, ya tenía su atención.

—Si tememos que haya guerra —dijo—, deberíamos iniciar de inmediato la evacuación de la ciudad.

—Imposible —respondió Cett—. Si hay guerra, necesitaremos trabajadores en la industria y para intensificar la producción de municiones.

Herrumbres. Era la respuesta correcta. Steris había contado con que Cett no se anticipara tanto a los acontecimientos. Echó un vistazo al silencioso embajador malwish. ¿Qué opinaría él de todo aquello? ¿Lo había previsto? Steris siempre había estado atenta a posibles miembros del Grupo en la Cuenca. Pero ¿quién le aseguraba que no se hubieran infiltrado también entre los malwish? Herrumbres.

—La guerra no es la solución —dijo, volviéndose de nuevo hacia la mesa—. Favorece a nuestros enemigos, no a nosotros. Miren, tengo aquí un listado de hechos que corroboran esa lógica. Estoy cada vez más segura de que los líderes de las ciudades exteriores *quieren* que aprobemos legislación restrictiva e insultante para ellos. Quieren que interfiramos.

»Han construido barcos de guerra y reclutado ejércitos, pero no han atacado. Descubrieron allí a Waxillium participando en el tiroteo de ese almacén, pero ¿qué es lo que no han hecho? No han expulsado a nuestros alguaciles ni a nuestros representantes de la ciudad. Han montado escándalo y han redactado editoriales de periódico. Pero no han atacado. ¿Por qué?

—Porque necesitan que lo hagamos nosotros —dijo Reddi—. Necesitan que les demos una excusa para ir a la guerra.

—La gente normal de la Cuenca no quiere guerrear —añadió Steris—. Y mucho menos contra Elendel, donde sin duda tienen parientes.

—O porque no creen que puedan ganar —replicó lord Cett.

Steris consultó sus notas.

—Por desgracia… es probable que así sea.

—¿Cómo que por desgracia? —preguntó Reddi.

—Porque si saben que no nos derrotarán en una guerra abierta —dijo

Steris—, quizá recurran a medidas desesperadas. Como liberar un arma de potencial cataclísmico.

—Con lo que vuelve usted al verdadero tema que quiere que tratemos —intervino Adawathwyn—. Esa bomba de la que no para de hablar.

Pero el gobernador Varlance estaba atento a ella. Escuchándola.

—Mi marido está en Bilming —dijo Steris—, investigándolo en este preciso instante. Provocó una explosión terriblemente peligrosa en nuestro laboratorio, empleando unos materiales difíciles de obtener pero que sabemos que el enemigo posee. Logramos encontrar el rastro de una sucesión de detonaciones de prueba en las cavernas subterráneas de Bilming. De verdad está pasando algo. —Miró al gobernador a los ojos.

»Y si nuestros temores sobre una bomba se cumplen —añadió en voz baja—, entonces esa pose que adoptan, la de resistirse al matón y al tirano en que nos han manipulado para convertirnos, puede tener por objeto ofrecer una justificación a los líderes de las ciudades exteriores. Una explicación de por qué tienen que adoptar medidas extremas. Como destruirnos a todos.

Se hizo el silencio en el despacho, pero entonces lady Gardre negó con la cabeza.

—¿En serio estamos dando crédito a tales fantasías? ¿Armas del fin del mundo? ¿Es que no basta con la verdadera política de esta situación?

«Ella debe de ser la infiltrada del Grupo», comprendió Steris, mirando a la discreta mujer. Había supuesto que habría al menos un miembro de la organización moviéndose entre la élite política de Elendel. Durante un tiempo había temido que fuese el gobernador, o Adawathwyn, pero ambos eran figuras demasiado notorias. El Grupo prefería moverse bajo varias capas de opacidad.

El gobernador era con mucho demasiado prominente, y Adawathwyn abogaba con demasiado brío por las cosas que quería el Grupo. La terrisana era un señuelo, que probablemente creía ser el cerebro de sus propias maquinaciones cuando en realidad era solo otro títere. Animada por el Grupo, pero dejada a su aire para que su consiguiente caída no revelara a los auténticos conspiradores. Entre los que se contaba, en una jugada inteligente, la mujer a quien todos veían como la más razonable de todos. La más racional.

Steris se notó mucho más tranquila después de identificarla. Era como…

como encontrar una serpiente en el cajón de la ropa interior. Sí, era alarmante. Pero al menos podías cerrar el cajón y sabías dónde estaba.

Pero ¿por dónde llevar la conversación para oponerse a aquella mujer? Ah. ¿Eso serviría?

Se volvió hacia los agentes de la ley.

—Creo que es momento adecuado para que te reveles —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Reddi.

—Usted no, comisario general.

Steris miró al otro lado de Reddi, hacia el asiento que ocupaba el espigado agente Gorglen, más joven, con el cuello largo y pecas. Siempre tan humilde. El alguacil la miró a los ojos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó en una voz rasposa, brusca, que no se correspondía con su físico.

—Por eliminación —dijo Steris—. Se nos prometió ayuda, y MeLaan dijo que había varios kandra entre los alguaciles, pero solo nos dio un nombre. Además, te cuesta andar bien cuando tienes que usar un cuerpo bípedo.

—Maldición —renegó Gorglen, que en realidad era TenSoon—. Pero sí, supongo que tienes razón respecto al momento adecuado. —Se levantó ante los sorprendidos ocupantes del despacho e hizo su piel transparente—. Armonía estará de acuerdo en que os transmita la importancia de nuestro actual debate, y en que confirme lo que está diciendo lady Ladrian. El Grupo existe. Y pretende arrasar Elendel.

El gobernador ahogó un grito.

Adawathwyn se echó hacia atrás.

Reddi se quedó boquiabierto y luego se volvió de golpe hacia Steris.

—¿Por qué no me lo había dicho?

—No estaba segura del todo hasta hoy mismo —reconoció Steris—. En realidad, tenía mis dudas sobre si usted mismo sería también un kandra, Reddi. Decidí que no, porque no creo que a Armonía le guste que sus kandra se hagan pasar por cargos importantes. Excepto aquella vez. Bueno, y esa otra. Pero fueron excepciones. —Abrió uno de sus cuadernos—. Llevo semanas dando vueltas a quién podría haber sido reemplazado. ¿Lo ve? Asistente kandra del comisario general: el segundo puesto más probable en la ciudad para un Inmortal sin Rostro.

—¿Y el primero? —preguntó Adawathwyn.

—Usted misma —dijo Steris, retrocediendo una página—. Pero razonaba a partir de información desfasada. Si un kandra ocupara su lugar, tendría mucho más cuidado de no ser una cretina absolutamente despreciable. —Hizo una anotación. El despacho siguió en silencio—. Huy, ¿ya he vuelto a decir algo que no debía? Sí que me pasa a veces, ¿verdad?

Reddi se reclinó en su asiento.

—No me lo puedo creer.

—Era casi inevitable que se hubieran infiltrado en su personal, comisario general Reddi —dijo Steris.

—No, no —respondió él—. No me refiero a que Gorglen sea un kandra. Es que… herrumbres, Wayne tenía razón.

—Soy TenSoon —proclamó el kandra, desencadenando otra serie de respingos. Dio un leve gruñido—. No me gusta nada que la gente haga eso. Armonía está preocupado. Y, por tanto, vosotros deberíais preocuparos. Sobre todo teniendo en cuenta que Armonía es… incapaz de ver ciertas cosas últimamente. Trabajamos a ciegas.

—¿Qué puede cegar a un dios? —preguntó el gobernador.

—Otro dios —musitó Steris.

—¿Y qué hacemos? —terció Reddi—. No podemos ir a la guerra, si es lo que quieren. Pero…

Lo interrumpió una llamada a la puerta. En el despacho no había asistentes, solo senadores y demás, así que Reddi se levantó para abrirla. Al otro lado había una joven, técnica de radio a juzgar por su uniforme, con un papel doblado en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reddi con brusquedad.

—Comunicación de Disparo al Amanecer —dijo la mujer—, para lady Ladrian. Hum… He pensado que debía traerla de inmediato, aunque la gente de fuera me ha dicho…

—Ha hecho bien —dijo Reddi, cogiendo el papel.

La pobre mujer estaba pálida y temblorosa.

—¿Lo ha leído? —le preguntó Steris.

—Tenía que transcribírselo —dijo ella—. No hay otra forma de hacerlo.

Reddi entregó la carta a Steris, que la desdobló. Las primeras palabras, directas y apremiantes, casi saltaron del papel.

Confirmamos que la bomba es real y ya está fabricada. Capacidad de destruir ciudades. El

enemigo busca la forma de detonarla en Elendel. Es hora de evacuar la ciudad.

39



Marasi estaba ante una sencilla casa de ciudad perteneciente a la larga hilera de edificaciones que se extendía por toda la calle, cada cual de un color distinto y con una forma algo diferente. En cada jardín crecía una variedad distinta de árbol. Era el ideal de Bilming: individualidad producida en masa.

Marasi titubeó en el umbral. Ruina. ¿Estaba preparada para conocer al Superviviente en persona? ¿A un hombre al que la habían educado para venerar desde su infancia, a un hombre que había trascendido incluso de la tumba? ¿Que había ostentado el poder de Conservación un tiempo, antes de entregárselo a la Guerrera Ascendente? ¿Y que luego había protegido a los pueblos del continente sureño durante años después de la recreación del mundo?

Pero Luzdeluna le había asegurado que su mentor era él de verdad. Así que ¿cómo sería conocerlo?

«Has charlado con la Muerte —pensó Marasi—. ¿Tan distinto es esto?».

A juzgar por sus nervios, sí. Sí que lo era.

Luzdeluna tocó una plaquita de metal que había en la puerta con la yema de un dedo y Marasi oyó descorrerse unos cerrojos.

—Cerradura de Identidad —comentó Luzdeluna, y abrió la puerta.

El pequeño vestíbulo al que daba era todo de madera pulida, sin cuadros ni ningún otro adorno digno de mención. Luzdeluna fue a la izquierda y entró en una gran sala con gruesas cortinas cerradas sobre las ventanas.

Las paredes estaban cubiertas de mapas, iluminados por luces eléctricas. Luzdeluna dejó caer su bolso en una mesa que había cerca de la pared del fondo, a la que estaba sentada una joven de veintitantos años, algo entrada

en carnes y con el pelo muy rubio hasta la mitad del cuello, estudiando la extraña escritura de un papel. Tenía un pequeño terrier en el regazo.

—Luzdeluna —dijo la mujer al levantar un instante la mirada—, tienes que leer esto. El acceso a Bjendal está completamente trastocado. Con este, ya van cuatro sistemas principales que no podemos visitar sin correr muchísimo peligro, contando Roshar. Llevo años diciéndolo: las perpendicularidades ya no son viables. De hecho, nunca han sido prácticas para el transporte en masa o el comercio, por mucho que lo intenten esos idiotas de Nalthis. Necesitamos otro… —Dejó la frase en el aire y se volvió en su silla, quizá por haber oído que Marasi entraba en la sala—. ¡Anda! Te has traído a una nativa.

—Marasi, te presento a Nombres-En-Código —dijo Luzdeluna—. Nombres-En-Código, esta es Marasi. Trabajamos juntas en una misión.

—Hala —dijo Nombres-En-Código. Arrojó el papel hacia Luzdeluna y se levantó de un salto, con el perrito bajo el brazo—. Sí que debes de confiar en ella.

—No creas.

—¡Pero si la has traído a la base!

—Me ha obligado.

—A ti nadie te obliga a hacer nada —dijo Nombres-En-Código antes de dar un paso brusco hacia Marasi y tenderle la mano libre—. ¡Hola! Me llaman Los-Nombres-En-Código-Son-Una-Idiotez. Es una larga historia.

La mujer tenía un leve acento, muy diferente al de Allik o al de nadie a quien Marasi hubiera conocido del continente sureño. Eso y que hubiera llamado nativa a Marasi sugería que era… ¿otra viajera? ¿Y su acento indicaba que quizá no se le dieran tan bien los idiomas como a Luzdeluna?

Marasi le estrechó la mano.

—¿El…? Hum, ¿el Superviviente está aquí?

—¿Kel? —dijo Nombres-En-Código—. Qué va. Hace una semana o así que no le veo. —Se giró de golpe hacia Luzdeluna—. ¿Qué te parece el informe? Preocupante, ¿verdad?

Luzdeluna sostenía el papel pinzado entre dos dedos.

—Nombres-En-Código —dijo—, ¿se puede saber en qué idioma está esto?

—Thayleño —respondió la joven—. Este sí que es fascinante de verdad,

Luzdeluna. ¡Tendrías que aprenderlo! Mira cómo se entrecruzan las letras en…

—Si te da igual, prefiero seguir usando trucos de Conexión para los idiomas —dijo Luzdeluna mientras extendía sobre la mesa las copias que había sacado de las láminas.

—Eso es trampa.

—Otra forma de llamar a un atajo inteligente —replicó Luzdeluna—. ¿AlmaDoble está aquí? Creo que necesitaremos unas pocas matemáticas.

—Ya vamos Lily y yo a buscarlo —dijo Nombres-En-Código, y se fue con su perrita bajo el brazo a las habitaciones del fondo.

Marasi había escuchado la conversación cada vez más perpleja, pero en lugar de centrarse en lo que no entendía, dirigió su atención a una cosa que sí. Uno de los mapas de las paredes era de Scadrial, y representaba el mundo entero. Era el mapa más detallado que había visto nunca, y se extendía mucho más allá de la cartografía oficial: hasta incluía las partes oscuras de las islas sin explorar y las masas de tierra al sur.

Y si aquello era Scadrial, ¿de qué eran los otros mapas? Herrumbres. ¿Cuántos mundos había ahí fuera?

«Siempre hay otro secreto», pensó, recordando el catecismo de su infancia, cuando estudiaba la vida del Superviviente.

Al poco, Nombres-En-Código regresó a la sala acompañada de un hombre mayor. Parecía… bueno, anciano, con su largo bigote blanco como la nieve y las manchas de edad en la piel, muy morena. Vestía un traje formal a la moda de Bilming, así que… ¿quizá sería oriundo del planeta? Pero también llevaba una barbita corta además del bigote, que Marasi no había visto nunca a ningún hombre en Elendel. Aunque caminaba erguido, en absoluto encorvado por los años, sí que parecía tener el paso algo inestable, porque se agarró al marco de la puerta para entrar.

—Ah —dijo el hombre, juntando las palmas de las manos—. ¡Una visita! Bienvenida a nuestro hogar, honorable invitada. Permitidme traeros algo de beber.

—AlmaDoble —dijo Luzdeluna—, vamos con un poco de prisa y…

—Las prisas no justifican la mala educación —afirmó AlmaDoble—. Me llaman AlmaDoble, ¿y vos sois…?

—Marasi —respondió ella.

—¡Lady Marasi, excelente! —exclamó el anciano, y se volvió al instante

hacia lo que Marasi supuso que sería la cocina—. ¿Cómo tomáis el té?

—Eh… de menta, si tenéis. ¿Con limón?

—¡Excelente! —dijo él de nuevo. Volvió al cabo de un momento con una bandeja en la que llevaba una taza y un platito con frutos secos—. Espero que os guste.

Marasi tuvo remordimientos por dejar que le estuviera sirviendo el té alguien tan anciano, pero por otra parte AlmaDoble le había ofrecido el refrigerio con una cierta rotundidad. Le recordaba un poco a su tía, que se ofendería mucho más si alguien no le aceptara una bebida. Así que Marasi cogió la taza y un puñado de frutos secos.

—Veamos —dijo AlmaDoble—. ¿Qué me traes, Luzdeluna? Cuánta curiosidad.

Fue a la mesa y echó un vistazo a los calcos mientras estiraba las manos y las apoyaba en la superficie. Marasi fue con él, interesada. Las manos del anciano tenían algo raro en lo que no había reparado antes: una línea de cristal en cada una. Incrustada en la piel, recorriendo el exterior de los dedos y las muñecas, casi como la costura de un guante. Era de un color rojizo, como el del cuarzo rosa. El hombre se inclinó más y Marasi vio otras líneas parecidas asomando bajo el cuello de la camisa, subiéndole por los lados del cuello y las sienes. Recorriendo su piel como riachuelos líquidos.

Mientras lo miraba asombrada, esos zarcillos se expandieron desde las sienes y formaron nada menos que unas gafas. Hechas por completo de cristal, con las lentes más transparentes que la montura. Entonces cobró forma un segundo par de lentes, más pequeñas, delante de las primeras, proporcionándole más aumentos.

—¿Cómo…? —preguntó Marasi, mirando a Luzdeluna—. ¿Cómo lo hace?

—Me temo —dijo AlmaDoble, acercándose un calco— que tal información no se comparte a la ligera con las personas ajenas, ni siquiera con una honorable invitada. Debo confiar en que Luzdeluna considera aceptable que lo presenciéis, pero también disculparme. No os daré más explicaciones sin permiso de nuestro líder.

—Es una emergencia —explicó Luzdeluna, apoyada en una estantería de libros con los brazos cruzados—. He tenido que arriesgarme a traerla.

Miró un momento a Marasi y pareció ocultar una sonrisa ante su evidente

asombro. «No está tan preocupada por mi visita como da a entender —pensó Marasi—. La considera una oportunidad para intrigarme».

Y estaba funcionando. AlmaDoble dispuso los papeles sobre la mesa y luego alzó el dedo índice. Crecieron dos líneas de cristal por los lados del dedo y formaron un plumín, como de estilográfica. Como si fuera lo más normal del mundo, el anciano desenroscó la tapa de un frasquito de tinta y empezó a tomar notas.

—¿Cuál es la emergencia, Luzdeluna? —preguntó.

—El programa de Autonomía está avanzando mucho más rápido de lo que creíamos —explicó ella—. Ahí tienes una tabla con explosiones, que se atribuían a la construcción de una vía subterránea. Queremos que establezcas una correlación entre eso y los focos de actividad enemiga que llevamos tiempo vigilando, para encontrar un probable punto de acceso a las cavernas.

—Entendido —dijo AlmaDoble—. Silajana dice que estará encantado de ayudar. Kaise, ¿me traes el archivador relevante?

—Claro —respondió Nombres-En-Código, y saltó a buscarlo.

Con la ayuda de Marasi, Luzdeluna acercó una mesa más larga y colocó varios calcos en ella. La mesa circular que había en el centro de la sala se quedó vacía de momento, aunque Marasi no entendía por qué.

Mientras AlmaDoble escribía, creó con gesto distraído una copa de la misma piedra de color rosado y la llenó con agua de una jarra que había a un lado. Cuando se la terminó, la dejó en un platito y la piedra se deshizo en un polvo fino, que al cabo de poco tiempo se esfumó. Poco después creó una hoja de cuchillo en un dedo y la usó para cortar una parte concreta del calco que estaba estudiando.

Cuando volvió Nombres-En-Código al poco tiempo, AlmaDoble se había sentado a la mesa, en una silla de cristal creada por él mismo. Marasi no dejaba de moverse y mirar el reloj de pared. Llevaban allí dentro casi media hora ya. No sabía cuánto tiempo les quedaba, pero, dado lo que habían descubierto, esperar era muy inquietante.

—Hum —dijo AlmaDoble, tomando más notas con su dedo pluma.

Mientras escribía le creció una línea de cristal de la otra mano que llegó hasta el pedazo que había cortado del calco. La línea formó un pequeño marco en torno al endeble cuadradito de papel. Salió una vara por detrás

que alzó el papel para que lo leyera más cómodo. AlmaDoble lo escudriñó a través de sus gafas improvisadas mientras se retorcía el largo bigote.

—Ojalá estuviera aquí mi hermano —dijo Nombres-En-Código, sentada cerca—. Haría esos cálculos sin problemas.

Parecía triste al decirlo.

—El problema no es solo matemático —respondió AlmaDoble.

Se levantó y se apartó del pequeño escritorio, dejando atrás el papelito con su marco, cuya piedra en esa ocasión no se desintegró. El anciano se sirvió una copa mucho más grande de agua antes de ir a la mesa circular y apoyar una mano en ella mientras bebía.

Creció una ciudad de cristal de la mesa.

Empezó en su mano y fue extendiéndose, como la escarcha al formarse sobre acero. Aquel cristal recordaba a Marasi a la piedra de sal rosada que había comprado Steris para decorar la cocina, solo que más oscura. Emergieron edificios de ella, las depresiones formaron calles y en unos pocos minutos había una réplica completa de la ciudad adornando la mesa, a la que en último lugar crecieron las vías del tren elevado circular de alta velocidad, a medio construir.

Marasi se quedó sin aliento y miró al anciano, que sonreía con cara de satisfacción. Parecía gustarle dar espectáculo. Quizá, si Marasi no estuviera allí, habría creado un mapa más prosaico. Pero aquello era muchísimo más impresionante.

—Eso es lo que se llama un éter —dijo Luzdeluna, acercándose por detrás—. Una entidad antigua, previa a la creación de tu mundo. AlmaDoble puede hacerlo crecer y manipularlo. ¿Querrías saber más?

—Sí —susurró Marasi.

Luzdeluna sonrió.

—Y lo sabrás. Cuando te unas a nosotros.

Marasi exhaló despacio y estiró el brazo para tocar la punta de un edificio. La notó sólida bajo la yema del dedo, más firme de lo que había esperado. El éter tenía un tacto suave, con minúsculos agujeritos aquí y allá.

—Tengo tres opciones probables que ofreceros —dijo AlmaDoble—. Las he marcado en rosaíta más oscura.

Señaló un edificio mientras le crecía entre los dedos una vara como la que usaban los profesores para señalar en la pizarra. El edificio, en efecto, tenía un tono más rojo. Era el rascacielos central de la ciudad, situado en el

mismo corazón de Bilming, mucho más alto que las estructuras de alrededor. Tenía los lados rectos en vertical hasta que empezaba a estrecharse de manera muy marcada hacia las plantas superiores, aún sin terminar.

—La Torre de la Independencia —dijo AlmaDoble—. No es ninguna sorpresa: sabemos desde hace años que los agentes de Autonomía la utilizan como cuartel general.

—¿Y hubo explosiones debajo? —preguntó Marasi.

—Las detonaciones se produjeron más al este —dijo el anciano—, pero dudo que la entrada a esas cavernas esté en el mismo centro de la explosión, por razones obvias. La Torre de la Independencia es un núcleo central en la actividad de nuestros estimados antagonistas, y pondría la mano en el fuego a que tiene un acceso a las cavernas.

—Pero estará muy vigilado —objetó Marasi—. ¿Cuáles son las otras dos opciones?

—Este edificio de oficinas que hay aquí, mi señora —respondió él, señalando una construcción más pequeña de la ciudad en miniatura.

Marasi asintió.

—Pero debo señalar que no soy una señora. Me gano la vida trabajando.

—No es más que una distinción respetuosa, lady Marasi —dijo él—. Mi pueblo las utiliza, aunque no acaban de tener buena traducción en vuestro idioma. En todo caso, el Edificio Dulouis al mismo tiempo es un hervidero de actividad del Grupo y se alza en el perímetro de una zona donde se detectaron temblores. Lo considero la opción más verosímil. —Volvió a señalar la construcción más alta.

»Como bien habéis indicado, la Torre de la Independencia está muy bien defendida. Es una verdadera fortaleza, un castillo en plena ciudad. Quebrar sus defensas se ha demostrado más allá incluso de las artes del mismísimo Superviviente.

—No porque no lo haya intentado —añadió Nombres-En-Código—. Su sistema de seguridad detecta a los fantasmas. Aún no se le ha ocurrido una forma de sortearlo.

—¿Y el último lugar? —preguntó Marasi.

—Parece ser menos relevante —dijo AlmaDoble, señalando una construcción en las afueras de la ciudad, bajo la vía elevada—. Es una vieja fábrica de neumáticos.

—¿Neumáticos? —dijo Luzdeluna, poniéndose al lado de Marasi—. ¿Como en la que trabajaba Tobal Cobre?

—AlmaDoble, ¿tendría razón al suponer que esa fábrica es propiedad de Neumáticos La Cuenca?

—En efecto —respondió AlmaDoble—. Parecéis disponer de más información que yo, mi señora.

—La empresa está involucrada —dijo Marasi—. ¿Vuestros agentes no se han fijado en nada raro de esa fábrica?

Nombres-En-Código hojeó el contenido de un archivador.

—Eh… A ver… Qué curioso. La mujer que teníamos asignada a vigilar esa posición dice que el negocio parece a punto de cerrar, porque apenas sale mercancía de la fábrica.

—¿Pero sí que entra material? —adivinó Marasi, entusiasmándose—. ¿Reciben una cantidad exagerada de entregas, para tratarse de una fábrica que casi no parece producir nada?

—Sí —dijo Nombres-En-Código—. Nuestra agente no ató los cabos, pero sí. Según los manifiestos de carga que tenemos… ¿para qué reciben tanto material, si no están fabricando nada?

—Porque no es materia prima para la fábrica —respondió Luzdeluna, cruzando la mirada con Marasi—. Son reservas de comida y armas para las cavernas que hay debajo. Ese es nuestro punto de incursión.

—Estoy de acuerdo —dijo Marasi—. En esa fábrica tiene que haber una entrada a las cavernas, y es muy posible que esté menos protegida que la torre central. Atacaremos ahí.

—En tren se llega rápido —propuso Luzdeluna—. La sección que va de aquí a la fábrica está terminada y en funcionamiento.

—Un momento —dijo AlmaDoble—. ¿Cómo de apremiante es la amenaza?

—Tenemos motivos para creer —respondió Marasi— que el Grupo ha desarrollado una bomba capaz de borrar Elendel de la faz del planeta. Armonía está cegado y sabemos que el Grupo está preparando un dispositivo capaz de lanzar la bomba a gran distancia.

—Tienen a una diosa oscura metiéndoles prisa —añadió Luzdeluna—. Les exige resultados. Debían haber puesto en marcha el plan hace semanas. Y teniendo a Marasi y sus amigos tan cerca… bueno, tienen todos los

incentivos del mundo para lanzar esa bomba nada más puedan. Podría ser en cualquier momento.

—Por el primer éter —susurró el anciano, y miró a Nombres-En-Código a los ojos, que tenía como platos—. Luzdeluna, deberíamos contactar con el maestro.

—Tienes razón —dijo Luzdeluna—. Vamos muy justos de tiempo, pero… Nombres-En-Código, ¿tu amigo especial anda por aquí?

—Está arriba —respondió la joven, correteando ya hacia la puerta—. Voy a traerlo.

—¿El maestro? —preguntó Marasi—. ¿Os referís a…?

—Sí —dijo Luzdeluna—. Es hora de hablar con Kelsier.

40



El «amigo» de Nombres-En-Código resultó ser un brillante globo de luz del tamaño de la cabeza de un niño, aunque perfectamente esférico y con un símbolo arcano en el centro.

Se acercó flotando a Marasi, osciló arriba y abajo en el aire y habló con una suave voz masculina. Marasi no comprendió las extrañas palabras.

—¿Es… alguna especie de hechizo? —susurró a Luzdeluna.

—Dice que está encantado de conocerte —tradujo Nombres-En-Código—. Y ha halagado tu pelo.

—Ah —dijo Marasi, embelesada por el orbe resplandeciente que flotaba en el aire por sí mismo, sin nada que lo sostuviera, centelleando con un fulgor de un blanco casi puro con un leve matiz nacarado.

Nombres-En-Código habló en el mismo idioma a la esfera, que osciló de nuevo antes de empezar a transformarse. Pareció fundirse hasta adoptar la forma de una cabeza humana, la de un hombre con rasgos fuertes y angulosos. Marasi se quedó estupefacta al descubrir que la mayoría de los retratos y las estatuas del Superviviente eran bastante exactos. Excepto por el clavo que le atravesaba el ojo derecho, una característica que la luz sí reprodujo, junto con el resto de la cabeza y el pelo.

—No me sorprende saber de vosotros —dijo—. Algo anda mal, ¿a que sí?

—Es posible —respondió Nombres-En-Código—. La verdad es que no estamos seguros, Kel. Pero AlmaDoble ha dicho que deberíamos contactar contigo.

—¿Está ahí? —preguntó Kelsier.

—Presente, mi señor —dijo AlmaDoble, e inclinó la cabeza ante la

reproducción del rostro del hombre, aunque Kelsier no parecía ser capaz de verlo—. También están presentes Luzdeluna y… una visitante. Llamada Marasi Colms.

La imagen del Superviviente arqueó una ceja al oírlo.

—Marasi Colms. Hemos estado observándote.

Marasi tartamudeó. Aquel hombre era el centro de su religión, alguien a quien había rezado de niña. Y aunque no era tan devota como Steris, seguía siendo… sobrecogedor conocerlo.

—Informad —pidió Kelsier.

—Disparo al Amanecer está en Bilming —dijo Luzdeluna—, y cree que el Grupo actuará pronto. Hoy mismo.

—Armonía está cegado, lord Superviviente —logró decir Marasi por fin —. Se lo ha confesado a Wax. No puede ver nada, pero… señor, está asustado.

—Maldición —respondió Kelsier—. Estoy a doce horas de distancia, avanzando deprisa en aeronave.

—Tal vez… llegues demasiado tarde, Kel —dijo Luzdeluna.

—Mi señor —intervino de nuevo AlmaDoble—, Luzdeluna ha traído una información perturbadora. Parece ser que el Grupo ha descubierto la interacción entre el armonium y el trellium. Y por si fuera poco, han estado experimentando con dispositivos de lanzamiento a largo alcance. Están preparados para hacer algo estúpido.

—No tan estúpido como desesperado —dijo Kelsier—. Saben que Autonomía ha declarado anatema el planeta entero. El Grupo lucha por su propia supervivencia del único modo que se les ocurre: intentando destruir Elendel para demostrar a Autonomía que son capaces de gobernar el planeta. Pero pensaba que teníamos más tiempo. ¿Por qué ahora?

—Ni idea —respondió Luzdeluna—. Pero se habla de una nueva lluvia de ceniza. Eso sí que no lo había oído antes. Además, tenemos aquí una foto de una ciudad destruida. Quizá… hicieron una prueba en otro sitio y fotografiaron el resultado. En todo caso, parece que hay más en juego que el bombardeo de Elendel.

—Siempre ha habido dos planes en marcha —dijo Nombres-En-Código —. Autonomía quiere hacer algo catastrófico al planeta entero, así que las lluvias de ceniza podrían ser lo que pretende. Pero el Grupo espera demostrar que puede dominar la Cuenca y que esa otra medida más drástica

no es necesaria. Como amputar un dedo para evitar que la infección se extienda.

Se hizo el silencio mientras Marasi se sentía cada vez más abrumada. Estaban hablando del fin de un planeta, *su* planeta, como de algo que llevaban tiempo sabiendo que era una posibilidad. Pero por otra parte, estaba en una conversación con el mismísimo Superviviente, así que…

—Señor —dijo—. Hum, ¿lord Kelsier? Creo que están a punto de lanzar esa bomba. Tengo intención de impedirlo, pero soy una única mujer. Me vendría bien algo de ayuda. Cualquier cosa que me ofrezca.

—No puedo permitirme el lujo de reservarme recursos —respondió Kelsier con voz más suave—. No debería haber viajado al sur. Creía que Saz pararía esto antes de que llegara tan lejos, pero… tendremos que hacer lo que él no puede. Señorita Colms, contarás con nuestra ayuda. Nombres-En-Código, ¿cuántos agentes Sangre Espectral de pleno derecho tenemos en Bilming?

—Eh… —dijo Nombres-En-Código—. Solo nosotros tres. Todos los demás están en Elendel o desplegados en algún otro lugar.

—¿Cuánto tardarían los agentes de Elendel en llegar a Bilming? —preguntó Kelsier.

—Demasiado —dijo Luzdeluna—. Están todos infiltrados, así que habrá que avisarlos con señales en los puntos establecidos. Podríamos tenerlos movilizados a media tarde, tal vez un poco antes, pero aun así les quedarán varias horas de trayecto desde Elendel.

—Enviadlos con mi hermana —pidió Marasi—. Intenta organizar la evacuación por medio del gobierno de Elendel.

Kelsier dio un leve bufido. No parecía sentir mucho respeto por el gobierno de la ciudad de Marasi.

—Nombres-En-Código, llévate a Dei-o y ocupaos de eso. Me extrañaría mucho que al equipo de campo vaya a hacerle falta una filóloga en esta misión. Avisa también a nuestros operativos por toda la Cuenca. *Shri* Prasanva, nada me duele más que sacarte de tus tranquilas tardes de estudio, pero me temo que necesitamos tu ayuda.

El anciano AlmaDoble se irguió en toda su altura y luego se inclinó ante la cabeza flotante.

—Anhelamos servir, mi señor. Silajana os saluda y desearía poder enviar a más de sus etervínculos para unirse a vuestra lucha.

—Le agradezco la intención —dijo Kelsier—. Luzdeluna y tú debéis ayudar a la señorita Colms. De hecho, creo que se impone tomar medidas drásticas. Llevaos las reservas de dor purificado. El Mandato es «Respeto». Autorizad a las otras células a acceder a las suyas también y transmitidles el Mandato.

Nombres-En-Código dio un respingo. Marasi no tenía ni la menor idea de lo que era el dor purificado, pero hasta Luzdeluna parecía impresionada.

—Haced lo que podáis —prosiguió Kelsier—. Trataré de acelerar mi llegada, pero la verdad es que no sé si podré hacer gran cosa. Estoy sobrevolando agua, así que será imposible ir mucho más rápido que ahora. Soltar cosas para empujar con acero no sirve de mucho si tienes un océano debajo.

—Impediremos que suceda, mi señor —dijo AlmaDoble—. Sea lo que sea lo que ocurre, lo detendremos. Cuando regreséis a Elendel, os recibirá una ciudad impoluta y acogedora.

—Me conformo con la ciudad sucia y gruñona de siempre, AlmaDoble —respondió Kelsier—. Marchaos. Yo veré si puedo sacar a Armonía de su estupor. Por lo menos ha enviado a Disparo al Amanecer, lo que me convence de que la amenaza es real. En estos últimos tiempos, cualquier cosa que haga actuar a Saz debe considerarse como significativa.

La cara se fundió, la esfera recuperó su forma original y la comunicación concluyó. Los tres se pusieron en movimiento al instante y caminaron en direcciones distintas. Marasi decidió seguir con Luzdeluna, que corrió a una sala cuya puerta tenía otra cerradura mística. Dentro había una armería que habría hecho delirar de gozo a Ranette. Pistolas en las paredes, estantes y más estantes repletos de viales con metales, cuchillos de cristal y bastones de duelo. Una gran ametralladora cargada a cinta y varios explosivos.

Luzdeluna pasó de largo sin mirar nada siquiera y fue derecha a una caja fuerte que había en la esquina. No tenía combinación ni ningún otro sistema de cierre visible, pero, mientras Marasi miraba por encima de su hombro, Luzdeluna puso la mano en la parte delantera y dijo:

—Respétame.

Chasqueó un mecanismo en el interior de la caja y la puerta se abrió.

—¿Es otra…? ¿Cómo se llamaba, cerradura de Identidad? —preguntó Marasi.

—No, esto es todavía más seguro —dijo Luzdeluna—. Es una cerradura

que está despierta, y distingue por tu Intención si te han dado la contraseña o la has robado.

¿Una cerradura… que estaba despierta? ¿O sea, *viva*?

Dentro solo había tres objetos, tres frascos idénticos y refulgentes, tan grandes que costaría llevarlos con una sola mano. El brillo era similar al de la esfera que se había marchado siguiendo a Nombres-En-Código, pero más intenso. Cada frasco daba más luz más que todas las bombillas eléctricas de la sala.

Luzdeluna sacó uno y, con la cara iluminada, le dio la vuelta. Asombrada.

—¿Qué es eso? —susurró Marasi.

—Investidura concentrada —dijo Luzdeluna—. Desligada de toda Identidad. Esto es una fuente de energía capaz de alimentar cosas como vuestras artes metálicas.

—Las alimentan los dioses.

—Exacto —asintió Luzdeluna—. Esta energía procede del cadáver de un dios. De dos, en realidad, entremezclados. Es excepcionalmente difícil de extraer. Lo que podrías hacer con esto… Bueno, lo que *yo* podría hacer con esto. A ti solo te serviría como sustituto hiperefectivo de tus metales. No sabéis la suerte que tenéis aquí en Scadrial, pudiendo alimentar vuestras capacidades con algo tan común.

—¿Y tus capacidades? —preguntó Marasi—. ¿Qué las alimenta?

Luzdeluna sonrió. No había reconocido tener ningún poder, pero hasta el momento Marasi había visto a un hombre que creaba objetos de cristal, a una mujer con una esfera como mascota y a Luzdeluna, que parecía ocupar un puesto bastante elevado en la organización. Por tanto, ¿qué era capaz de hacer ella?

Luzdeluna metió los tres frascos en un macuto, envueltos en tela para acolcharlos, y terminó de llenarlo con más provisiones, entre ellas unos pocos explosivos. Se echó el macuto al hombro y sacó unas pistolas de los soportes de la pared. Marasi, con su permiso, se hizo con un rifle que tenía buena pinta, una funda de aspecto inocente y munición de aluminio. Allí la tenían en abundancia.

—Electrolisis —explicó Luzdeluna al verle la cara—. En realidad el aluminio es bastante fácil de crear, una vez conoces el proceso.

—Un momento —dijo Marasi mientras correteaba tras ella hacia fuera de la estancia—, ¿se puede producir aluminio mediante electrolisis?

—Sí —respondió Luzdeluna—. Llevamos ya casi dos décadas usándolo para financiar nuestras operaciones. Diría que la mitad del aluminio que hay en la Cuenca salió de nosotros en un principio.

—¿Y me estás contando ese secreto como si nada?

—Es una muestra gratuita —dijo Luzdeluna—. Además, Decano, que es nuestro químico allá en Elendel, está convencido de que no tardaréis en descubrir el secreto y entonces su valor caerá en picado. Decano cree que muy pronto el aluminio será más barato que el estaño.

¿Mas barato que el *estaño*? ¡Conservación! Si todo criminal pudiera permitirse balas asesinas de alomantes, y si todo ciudadano pudiera llevar una banda de aluminio en el sombrero para protegerse de la alomancia emocional…

Bueno, eso cambiaría el mundo.

—Todo esto —dijo Luzdeluna— no es más que la superficie, Marasi.

—¿Por qué yo? —preguntó ella—. ¿Por qué no Wax?

—Él ya está pedido —respondió Luzdeluna—. Además, Kelsier prefiere a gente como nosotros. Los descartados, los ignorados. Y Wax es un poco… desvergonzado. La gente lo mira. Lo sigue. Le presta atención. No es nuestro estilo, por mucho que a Kel le guste estar en el candelero.

—Y además, supongo —dijo Marasi después de pensar un poco—, tener acceso a una alguacil de alto rango os sería útil.

—También están tus contactos poco comunes con los malwish —añadió Luzdeluna.

—¿Lo dices por Allik? —rio Marasi—. Es un hombre maravilloso, no me malinterpretes, pero creo que descubrirías que no está tan bien relacionado como supones.

Herrumbres. Ojalá hubiera salido de la ciudad. Marasi tenía la sensación visceral de que se marcharía si ella se lo pedía. Allik tenía un cierto pragmatismo que Marasi encontraba adorable. Tenía una autenticidad estupenda, preciosa.

El oficio de Marasi la llevaba a conocer a demasiada gente que la obligaba a poner en entredicho la naturaleza de la humanidad. Pero luego volvía a casa y encontraba en él todos los recordatorios del mundo de lo mejor que había en las personas. Y por algún motivo, Allik era todo suyo.

Cuando volvieron a la sala principal, la maqueta de la ciudad había empezado a desmoronarse. No se desintegraba tan rápido como lo había

hecho la copa: había algo que hacía perdurar a la piedra en unas ocasiones pero desaparecer al instante en otras. La silla, por ejemplo, aún parecía conservar toda la solidez.

Luzdeluna indicó a Marasi que la siguiera al recibidor. Allí vieron a AlmaDoble bajando la escalera, apoyándose con fuerza en el pasamanos, cargado con un morral a la espalda que, a juzgar por cómo se movía y por el tubo que le caía hacia delante sobre el hombro, parecía estar lleno hasta los topes de agua.

Se había cambiado de ropa y llevaba una especie de uniforme suelto con un brillante fajín amarillo a la cintura. Del fajín pendía la ornamentada vaina dorada de una espada levemente curva. Al llegar al recibidor hizo un asentimiento a Luzdeluna.

—Nombres-En-Código se queda para enviar mensajes —dijo—, y así de paso espera a esa mujer a la que has concedido asilo aquí. Nosotros tres deberíamos empezar a trabajar. ¿Has sacado el dor?

Luzdeluna dio una palmada en su macuto.

—Excelente —dijo AlmaDoble, y se volvió hacia Marasi—. Tengo orden de seguir vuestras indicaciones, mi dama. Con el permiso de Silajana y el vuestro, avancemos. Si hay peligro, juro que lucharé para protegeros.

—Esta misión… podría ser peligrosa —repuso Marasi, echando un vistazo a la adornada vaina y a lo precario que parecía el equilibrio del anciano—. Nos vendrá muy bien su ayuda, AlmaDoble, pero… no sé si debería luchar en absoluto. Quizá sea mejor idea que nos adelantemos las dos y lo llamemos cuando necesitemos sus habilidades especializadas, ¿no cree?

—Prometo que no os retrasaré, mi señora —dijo él—. Me ha encomendado ayudaros el Superviviente en persona.

Había hablado con calma y respeto, pero su postura y actitud insinuaban algo distinto: «Voy a acompañarte, jovencita. Más vale que no sigas discutiéndomelo».

Muy bien, pues. Marasi lanzó una mirada a Luzdeluna, que asintió. A pesar del conocimiento y la experiencia que tuvieran ambos, aquella era la misión de Marasi. Estaba ella al mando. Bien.

—¿Dónde está la estación de tren más cercana? —preguntó—. Tenemos que llegar cuanto antes a esa fábrica.

41



Era media tarde cuando Wax se situó en su puesto en la mansión del lord alcalde, la Casa Plateada. Aunque aún faltasen horas para el anochecer, deseó, como hacía a diario, que esa noche cayeran las brumas. Le parecía que hacía siglos que no salía en una noche brumosa. No era solo que la bruma diera la impresión de llegar menos a menudo últimamente, sino que además Wax tenía menos ocasiones de salir de noche. Las brumas le daban la sensación de ser un amigo de la juventud al que aún conocía pero con el que apenas hablaba.

Llevaba todo el día con aquello, después de abandonar Elendel unas horas antes del amanecer, pero aún parecía muy lejos de fatigarse. A las cuatro y cuarto de reloj, Wax se puso en acción. La distracción de Wayne debería estar en pleno apogeo, lo que permitió a Wax cruzar a la carrera la mullida hierba hasta la mansión del alcalde. Dejó caer una bala al suelo y se empujó hacia arriba hasta la primera planta.

Allí se agarró al alféizar y dio un rápido empujón alomántico al mecanismo interno de la ventana, que debería descorrer el pestillo. La ventana se sacudió, pero no se abrió. Rayos. Tenía cerrojo completo, resistente a empujones.

Pues nada. Wax incrementó muchas veces su peso y su siguiente empujón agrietó la ventana y dobló la cerradura, lo que le permitió forzar la ventana y pasar al interior.

Sus botas se posaron en una alfombra. El despacho estaba desordenado, pero no abarrotado de trastos. El escritorio y las mesas cercanas estaban cubiertas de montones de papeles. Un pequeño mueble bar contenía un surtido de licores con la mitad de los tapones quitados y la otra mitad devueltos de cualquier manera a la botella que no era. Había un estante con

libros, algunos bien colocados, otros con el lomo al fondo y más de una tercera parte inclinados en diagonal porque habían sacado los del final, dejando que los demás se encorvaran como guardias somnolientos en el turno de noche.

Era en muchos aspectos lo opuesto al piso de Cobre. Aquel lugar lo habían encontrado estéril, impoluto. El despacho del alcalde se utilizaba. Daba la impresión de estar lleno de secretos, porque un hombre tan importante como Gave tendría a su servicio a toda una hueste de doncellas y sirvientes que mantuvieran bien pulcra toda la mansión, pero no el despacho.

Wax no tenía mucho a partir de lo que investigar. Pero sí sabía que el lord alcalde estaba involucrado en lo que fuera que estuviese planeando el Grupo, y una implicación a ese nivel dejaría rastros. En algún lugar de aquella ciudad había una bomba apuntada hacia Elendel, y aquel despacho contenía alguna pista que llevaría a Wax hasta ella. Pero ¿dónde?

Revisó deprisa los papeles del escritorio. Supuso que Wayne estaría haciendo el truco de «La abuela ya le ha dado al vodka», su favorito para atraer la atención pero no los disparos. Por desgracia, el Grupo estaría atento a sus trucos. Si habían creado una nacida del metal diseñada a propósito para enfrentarse a Wayne, sabrían de su propensión a los disfraces.

Los papeles no le revelaron gran cosa. Unos manifiestos de carga para una fábrica en las afueras de la ciudad. Una pila de pasquines con círculos en torno a artículos críticos con Gave. Otro montón, más reciente, que ya no tenía ese problema. Wax abrió el cajón del escritorio y encontró una cantidad sorprendente de cartas procedentes de nobles de Elendel.

Reconoció varios nombres, entre ellos el de Vennis Hasting, uno de los senadores más poderosos. Leyó una carta suya por encima, pero no tocaba ningún tema incriminatorio. Aunque mencionaba negociaciones comerciales, contenía sobre todo cumplidos.

Wax frunció el ceño, metió la mano en el bolsillo del gabán y sacó otra carta, la que sí era muy incriminatoria, también enviada por Vennis Hasting, que le había dado Maraga. Se le estaba escapando alguna cosa. ¿Cuándo habían pasado de las frases de cortesía a hablar de la destrucción del mundo?

De momento, se guardó las dos cartas en el bolsillo. Gave y Vennis

estaban compinchados, pero eso ya lo sabía de antes. Necesitaba alguna pista que lo encaminara hacia la bomba. Por suerte, después de buscar un poco más dio con la veta de oro. El calendario de Gave Entrone.

La gente siempre se aseguraba de esconder los documentos y la información más importante. Guardaban bajo llave sus planos y sus estrategias, pero solían olvidarse de cosas tan sencillas como una agenda. Y para un detective bien entrenado, saber dónde había estado alguien y dónde pretendía estar podía ser muy inculpatorio. Allá en los Áridos, a menudo había tenido que recomponer los movimientos de la gente a partir de entrevistas e interrogatorios. Pero en una ciudad moderna, la gente tendía a ahorrarle ese trabajo apuntándolo todo.

El calendario que había en el escritorio era de los anchos que tenían un mes entero por página, con una casilla para cada día. Los meses anteriores estaban pasados a la parte de atrás y llenos de anotaciones con dos letras distintas: una más descuidada que, por las cartas, Wax supuso que sería la de Gave y otra más pulcra que debía de pertenecer a su secretario.

«Muchas visitas a algo llamado el laboratorio —pensó Wax—. Con el tiempo muy justo entre reuniones aquí en la mansión. Por lo que o el laboratorio está cerca o Gave tiene algún método directo de llegar a él».

Otra anotación rezaba «Pruebas de trayectoria y distancia», y estaba rodeada por varios días vacíos a ambos lados. Por tanto, Gave habría tenido que viajar para esas pruebas. Qué curioso. ¿Dónde podrían haber lanzado mecanismos de envío sin llamar la atención?

Wax alzó la mirada al oír unos gritos amortiguados. La distracción de Wayne funcionaba. Siguió buscando, a la caza de cualquier nota sospechosa, y al momento reparó en una cosa.

No había ninguna cita apuntada después de ese mismo día.

A Wax lo embargó un escalofrío mientras miraba la última anotación, escrita con la letra del propio Gave. Decía solo: «Llegan ellos». Herrumbres. ¿Qué significaba?

No había tiempo de analizarlo, así que arrancó las hojas del calendario, aunque hacerlo revelara que había estado allí, y siguió adelante. Convencido de haber descubierto todo lo posible a partir del escritorio, probó con un viejo truco de lanzamonedas: quemar acero.

De su pecho se extendieron pequeñas líneas azules hacia las fuentes de metal viables que tenía alrededor. Muchas de ellas eran muy tenues y

señalaban los clavos de las paredes y los muebles. Aparatos de iluminación, pomos de puerta, hasta los invisibles cables de la electricidad. La vida en el mundo estaba cada más rodeada de metal, y había pizcas de él que lo facilitaban todo, desde la bombilla incandescente hasta el plumín de la estilográfica en el escritorio. Wax sabía que muchos opinaban que la era de los nacidos del metal había terminado, que los avances modernos igualarían a todas las personas y reducirían las ventajas de alomantes y feruquimistas.

Y sin embargo, él había aprendido, a base de práctica, a apagar las luces de una estancia afectando a los cables de las paredes. Su versatilidad aumentaba con cada nuevo descubrimiento. A medida que sus vidas se delineaban cada vez de más metal, lograba ver más y más detalles en las habitaciones que investigaba.

No encontró compartimentos ocultos en el escritorio, pero sí la caja fuerte del despacho. Estaba escondida no tras un cuadro o una estantería, sino en el suelo bajo un sofá, lo cual era más habitual que tenerla empotrada en la pared, pese a lo que afirmara la sabiduría popular.

Wax se puso a trabajar en ella de inmediato. Por muy a broma que Wayne se tomara la distracción, estaría corriendo un grave peligro y Wax prefería no dejar que la prolongara demasiado tiempo. De hecho, empezó a oír más voces y gritos mientras movía el sofá. Cada vez más altos. El enemigo quizá estuviera persiguiéndolo ya.

La caja fuerte tenía una cerradura alomántica. No había bocallave ni combinación visible. Se abriría con empujones de acero si tenía suerte, con tirones de hierro si no. Wax entornó los ojos y escrutó las líneas metálicas. Había una enorme y azul que llevaba a la propia caja fuerte, claro. Muchos alomantes se quedarían ahí, sin darse cuenta de que si uno miraba más de cerca, si dejaba que las líneas empezaran a moverse, a separarse…

La gigantesca línea se convirtió en muchas más pequeñas, todas ellas conectando a Wax con los distintos mecanismos de su interior. Con los pernos que habría que mover en un orden concreto para abrir la cerradura. Empezó a trabajar mientras los gritos de fuera se hacían más insistentes. Aquel tipo de cajas fuertes eran seguras contra casi todo el mundo, incluso contra la mayoría de los alomantes. Pero tenían una debilidad. Con cuidado y sutileza, Wax fue empujando cada perno, moviéndolos hasta encontrar el que activaba un seguro.

Ese sería el primero. Lo empujó un poco más fuerte y lo encajó en su

sitio. Estaba de suerte: habían diseñado el mecanismo para alguien capaz de empujar, no de tirar. Debería ser capaz de abrir la caja, incluso aunque muchos lanzamonedas tendrían problemas con un mecanismo tan delicado.

Colocado el primer seguro, tanteó todos los pernos restantes hasta hallar el segundo. Fácil. Al momento localizó el tercero, le dio un empujón de acero y…

Y la cerradura volvió a su estado inicial.

Wax se quedó muy quieto, con una gota de sudor resbalándole por la barbilla. ¿Qué había hecho mal? A pesar del creciente ruido de fuera, se obligó a repetir la operación. De nuevo, la cerradura se bloqueó después de empujar el tercer perno.

Paseó de un lado a otro, frustrado, hasta que se le ocurrió el motivo. Aquella caja fuerte no estaba pensada para que la abriera alguien capaz de empujar ni de tirar. Estaba creada para alguien que pudiera hacer las dos cosas, porque el tercer perno requería un tirón de hierro.

En pocas palabras, era una cerradura que solo podía abrir un nacido de la bruma. O en aquel caso, alguien que hiciera trampa mediante la hemalurgia.

Lo cual significaba que no había suerte. No lograría abrir la caja, o al menos no sin sacarla del suelo para poder empujar desde ambos lados, y no tenía tiempo para eso. Además, fuera estaba pasando algo. Había gritos. Más alarmados, y…

¿Eso que olía era *humo*?

Herrumbres. Wax repasó a toda prisa el despacho en busca de algo más que investigar. No había…

Un momento. Aquella pauta metálica en el suelo. Tablones de madera en hileras regulares, con líneas de clavos. Exceptuando los que formaban un cuadrado bajo la alfombra.

«Trampilla», pensó, y levantó la alfombra para apartarla y tantear hasta que encontró el contorno. Entrone tenía punzones que le concedían poderes alománticos y estaba encantado con ellos, a juzgar por aquella caja fuerte. Pero no tenía la experiencia de quienes habían crecido con sus capacidades. Para un lanzamonedas experto, un cambio en el patrón de los clavos destacaba tanto como un recuadro con pintura nueva en una pared antigua.

La trampilla daba a un hueco muy angosto, con una escalera de madera. Lo más probable era que descendiera entre dos paredes de la planta baja hasta un sótano.

Al ver que el humo empezaba a entrar por las rendijas en torno a la puerta y oír que fuera se gritaban unos a otros que llamaran a los bomberos y empezaban a llegar pisadas por el pasillo, Wax decidió abandonar la caja fuerte. Bajó los pies a la escalera y cerró la trampilla sobre su cabeza. Esperó que llevara donde llevase aquel hueco, le señalara la dirección correcta.

42



A Marasi le resultaba extraño sentir tanto apremio mientras estaba sentada esperando. El ferrocarril elevado de Bilming estaba a la altura de su reputación. Su pequeño grupo viajaba en un compartimento privado, recorriendo la ciudad a gran velocidad, evitando los atascos de tráfico. El tren hacía paradas frecuentes, pero tras cada una retomaba el movimiento con una aceleración estremecedora.

Casi le daba la sensación de ser una lanzamonedas, de que cada estallido de velocidad era un nuevo empujón de acero que los lanzaba con fuerza hacia su destino. Marasi había leído sobre el Vuelo del Destino de la Guerrera Ascendente en las *Palabras de Instauración*, cuando había regresado a Luthadel en el último momento para salvar a Armonía. En las historias, Vin había recorrido una distancia milagrosa en cuestión de horas.

Era muy probable que Marasi estuviera desplazándose a esa misma velocidad. En acolchada comodidad, con un vientecillo fresco que entraba por conductos desde el exterior. Llevaban las armas ocultas en fundas o sacos, y Marasi aún vestía con los sencillos pantalones y la camisa que se había puesto para la redada. Luzdeluna iba disfrazada de alguacil de Bilming y AlmaDoble se había cubierto con un capote impermeable como los que usaban los pescadores de la zona. Al principio Marasi había temido que sus ropajes y el vistoso fajín destacaran demasiado, pero era evidente que sabía pasar desapercibido.

—Si queremos que esto salga bien —les dijo Marasi—, necesito comprender qué recursos tenemos. Eso significa, Luzdeluna, que de verdad tengo que saber de qué eres capaz.

—Crítica artística —respondió ella—. Combate, si es necesario.

Ocurrencias ingeniosas en los momentos adecuados.

—Me refería a capacidades extraordinarias —dijo Marasi.

—Sus ocurrencias son extraordinarias —intervino AlmaDoble, con los ojos brillantes—. Caramba, a veces son tan excepcionales que no acabo de distinguir qué parte de ellas se supone que es ingeniosa.

Luzdeluna puso los ojos en blanco.

—Llevo tres sellos de alma encima ahora mismo, dos universales y una marca de esencia. Crear más requiere unos preparativos y un tiempo que no tenemos, así que tendrá que bastar con esos tres. Puedo usar cada sello las veces que haga falta, pero sus efectos no duran mucho porque no se han… Ah, claro, no tienes ni idea de lo que estoy diciendo.

—Luzdeluna tiene unos sellos —explicó AlmaDoble— que reescriben la naturaleza de los objetos a los que se aplican. Uno hace aparecer una puerta donde antes no la había. El segundo repara algo que esté roto o desgastado para hacer que parezca nuevo. ¿Es correcto?

Luzdeluna asintió.

—Es una cosa en la que aún estoy practicando: sellos que funcionen en cualquier objeto. En este planeta hace falta tinta Investida, pero el proceso funciona a grandes rasgos.

—Así que puedes hacer que aparezca una puerta —dijo Marasi—. ¿Y que algo roto vuelva a estar como nuevo? ¿Cuántas veces?

—Todas las que quiera —respondió Luzdeluna—. Pero solo durante un tiempo limitado en cada caso.

—Caray —susurró Marasi—. ¿Es… magia?

—¿La alomancia es magia? —preguntó Luzdeluna.

—Claro que no —dijo Marasi.

—Pues esto tampoco. Para reparar un objeto, me limito a reescribir su pasado, a hacerle creer que siempre estuvo bien cuidado o que no se rompió. Como te decía, los sellos universales son una tecnología nueva. Aún no he conseguido que funcionen del todo bien, pero de momento bastarán.

A Marasi le parecía mágico de todos modos. La alomancia era otra cosa: tenía todo el sentido del mundo usar un metal para empujar otros metales. Pero ¿reescribir el pasado de un objeto? ¿Cómo podía afirmarse que eso no era magia?

—Si tienes tres sellos —dijo Marasi—, ¿qué hace el tercero?

—Es para emergencias. —Luzdeluna se removió en su asiento—. Los dos primeros solo funcionan en objetos que no estén vivos. El último cambia a una persona, a mí en concreto, de maneras muy drásticas. Evito utilizarlo si es posible.

Marasi miró a AlmaDoble, que negó con la cabeza como indicándole que lo dejara estar. Bueno, qué se le iba a hacer. A Marasi no le hacía ninguna gracia ir hacia una posible pelea sin conocer cuáles eran sus opciones y sus ventajas, pero al menos había averiguado algo.

El tren frenó y se detuvo, haciendo que todos se inclinaran en el asiento por la inercia. La gente se amontonó en el pasillo entre los compartimentos, esperando para salir en tropel a la estación.

—¿Y usted, AlmaDoble? —preguntó Marasi—. ¿Hay algún límite para las cosas que puede crear?

—Por desgracia —dijo él, con un golpecito a su morral, que estaba en el suelo—, en efecto hay límites muy estrictos. Solo puedo mantener los objetos de rosaíta bajo ciertos campos de Investidura. Algunos planetas los tienes por su propia naturaleza, pero el vuestro no, de modo que, fuera de nuestra base, mis creaciones de rosaíta deben mantener el contacto conmigo o se desintegran. Además, dar forma a esos objetos requiere agua extraída de mi cuerpo.

»Aparte de eso, mi capacidad de componer objetos está limitada por mi habilidad y mi comprensión personales. No puedo crear una pistola para vos, por ejemplo. Su mecánica está fuera del alcance de esta mente anciana, y sus complejidades son demasiado sutiles. Mi pericia llega a las herramientas simples, aunque Silajana se ha vinculado a otros más dotados que yo en ese aspecto.

—Si-la-ya-na —repitió Marasi, tratando de componer las desacostumbradas sílabas—. ¿Es su… dios?

—Es a la vez menos y más que un dios —explicó él—. Silajana es uno de los éteres primordiales. Son anteriores a Adonalsium, ¿sabéis?, y existen al margen de su poder.

—Son anteriores a la Fragmentación —matizó Luzdeluna—. Eso no significa que antecedan a Adonalsium.

—Para mi pueblo es un dogma sagrado —dijo AlmaDoble a Marasi, sin hacer caso a Luzdeluna—. Los éteres primordiales conceden a algunas personas un brote de su núcleo.

Levantó la mano derecha, en cuya palma había una red de piedra traslúcida incrustada, y la acercó a la ventana para dejar que la luz que entraba la atravesara. Marasi vio los huesos en su interior y tuvo la impresión de que el cristal, de algún modo, había reemplazado por completo la carne y los músculos allí.

—Este brote me conecta con Silajana —prosiguió AlmaDoble—, y por medio de él con todos sus otros etervínculos. Él es el núcleo, nosotros su red. Él es eterno, nosotros sus agentes mortales en el Cosmere.

Era… mucho que asimilar. Pero Marasi supuso que lo importante era que estaba dispuesto a ayudar.

—Gracias por luchar a nuestro lado —le dijo—. Me alegro de que Silajana se preste a ello.

—Poco más nos queda ya —respondió él, mirando por la ventana—. Hasta que podamos volver a casa…

—Yo iré contigo, Pras —dijo Luzdeluna—, si quieres intentarlo.

—Las fuerzas que hay en mi tierra natal son demasiado poderosas, demasiado letales —afirmó AlmaDoble—. Silajana dice que debemos permanecer en el exilio. Él decidirá si debemos regresar y cuándo. No quiere arriesgarse a otro exterminio.

El tren se puso otra vez en movimiento de golpe, haciendo que todos se inclinaran en dirección contraria. Solo faltaban tres paradas para que llegaran.

—Luzdeluna, ¿tu sello de puerta nos permitirá entrar en la base enemiga? —preguntó Marasi.

—Dependerá de los materiales de construcción —dijo ella—. Este sello finge que quienes construyeron el lugar pusieron ahí una puerta. Habrá que probar si funciona en cosas como la roca natural.

—Entonces podemos colarnos en la fábrica desde cualquier dirección —dijo Marasi—. Y luego buscar el acceso a las cavernas.

—Han estado recibiendo muchas provisiones —respondió Luzdeluna—. Contenedores grandes de herramientas y comida, así que dudo mucho que el acceso sea una escalera oculta.

—Es verdad —convino Marasi—. Lo más seguro es que haya un montacargas en el almacén principal. Bien pensado.

—Podríamos probar a fingir que somos miembros de su organización

haciendo una entrega —propuso AlmaDoble—. ¿Quizá apoderarnos de un camión que vaya hacia la fábrica?

—Ya lo he intentado —dijo Marasi—. No ha salido muy bien. Preferiría hacerlo con más sigilo.

—Estoy de acuerdo —asintió Luzdeluna—. Sugiero que reconozcamos la zona, busquemos una estancia vacía en la parte de atrás y creemos una puerta. Su equipo de seguridad estará desplegado en los puntos de entrada, que podemos evitar. Desde ahí iremos a los muelles de carga y localizaremos el ascensor.

Era un plan bastante razonable, aunque la ansiedad de Marasi crecía a medida que se acercaban a su destino. Al poco tiempo el tren se detuvo y los tres salieron al andén. Marasi había temido que la larga funda que llevaba para ocultar su rifle prestado llamaría la atención, pero nadie se paró a mirarla dos veces. Quizá la gente pensaba que era algún tipo de instrumento musical. Aunque era más probable que les trajera sin cuidado.

Los compañeros de Marasi no eran de ninguna etnia scadriana, pero Luzdeluna llevaba sombrero para hacerse sombra en los ojos. Era más bajita que la mayoría de los nativos del mundo de Marasi, pero no había forma de saber si era una característica común de su pueblo o su complexión particular. AlmaDoble, en cambio, era alto y muy delgado. Su tono de piel más oscuro destacaba en la calle, pero la mayoría supondría que tenía sangre terrisana, ya que sus coloraciones variaban mucho más que en los linajes procedentes del antiguo Dominio Central, como el de la propia Marasi.

Además, en aquella ciudad la gente vestía con mucha variedad. Parecían rehuir los tonos marrones oscuros y negros que tan habituales eran en Elendel. El estilo allí se decantaba más por los colores vivos, a menudo chillones. Y había más rarezas. Solo en la estación ferroviaria se cruzaron con alguien disfrazado de mascota intentando repartir folletos de una tienda de muebles, con un par de turistas malwish enmascarados y con una mujer de sangre koloss vestida con traje.

Al salir de la estación, en la plataforma con las escaleras que bajaban a la calle, distinguieron su objetivo en las inmediaciones: una antigua fábrica hecha de ladrillo con un letrero manchado en la parte delantera. Incluso aquella ciudad futurista tenía zonas menos deseables, muchas de ellas ocultas bajo las vías.

Marasi había esperado encontrar el edificio casi desierto, ya que los informes de la espía Sangre Espectral indicaban que las entregas habían sido bastante esporádicas en las últimas semanas. Pero ese día, por desgracia, era un hervidero de actividad. Había como media docena de camiones llenándose de gente y saliendo por un enorme portón lateral.

—Bueno —dijo Luzdeluna—, al menos no cabe duda de dónde está el muelle de carga. Lo más seguro es que encontremos ahí el ascensor.

—¿En el muelle que ahora mismo está lleno de fuerzas enemigas? —preguntó AlmaDoble.

—Sí.

—¿Y si entramos en el montacargas por otro lado? —propuso Marasi—. Puedes crear una puerta en cualquier pared, ¿verdad? ¿No bastaría con hacer una que dé al ascensor desde atrás?

—Es posible —dijo Luzdeluna—, aunque no me gusta nada el ajetreo que hay. Confiábamos en colarnos aprovechando la calma.

Era verdad, aunque, ahora que Marasi lo pensaba, suponer que la fábrica estaría tranquila había sido ingenuo por su parte. El Grupo sabía que estaban en Bilming y se esforzaba en detenerlos.

Marasi titubeó un momento al ver que varios camiones salían rugiendo de la fábrica en dirección a la colina donde estaban los edificios gubernamentales. Luego se descubrió sonriendo.

—Están preocupados por Wax —dijo—. Movilizan tropas, reúnen recursos… Seguro que están enviándolo todo para ocuparse de él.

—Puede —respondió Luzdeluna.

—Créeme —dijo Marasi—, allá donde va Wax, lo siguen los fuegos artificiales. Tiene preocupado al Grupo, y es muy probable que sepan exactamente dónde está. Esa manía suya de volar de un lado a otro tiende a llamar la atención.

—Si estáis en lo cierto, mi señora —intervino AlmaDoble—, es posible que no hayan previsto nuestra incursión en la fábrica. Sus ojos estarán desviados hacia Disparo al Amanecer. —Al ver que salían más camiones, AlmaDoble señaló hacia la parte septentrional de la ciudad, donde se alzaba una gigantesca columna de humo—. Eso es la mansión del alcalde. ¿Tal vez Disparo al Amanecer esté… complicándoles mucho la vida?

—Me sirve —dijo Marasi, encabezando la marcha escalera abajo—. Entremos mientras están distraídos.

43



Todos los presentes en el despacho, el kandra incluido, se congregaron alrededor de Steris para leer el mensaje que le había enviado Wax. Quizá no se fiaran de que les transmitiera toda la información, o quizá necesitaban verla con sus propios ojos.

Confirmamos que la bomba es real y ya está fabricada. Capacidad de destruir ciudades. El enemigo busca la forma de detonarla en Elendel. Es hora de evacuar la ciudad.

Saben que voy tras ellos. Espero que mi presencia no los lleve a hacer nada temerario. Nuestra investigación apunta a que sus intentos de enviar la bomba por tren y carretera fracasaron y están buscando una alternativa, tal vez algún tipo de proyectil de artillería autopropulsado. De todos modos, sugiero que bloqueéis todos los accesos a Elendel por precaución.

En el Grupo existe conflicto interno. Una parte quiere destruir Elendel, otra quizá la Cuenca entera al reactivar los montes de ceniza, a juzgar por una extraña imagen de evanotipo que hemos encontrado. Espero poder aprovechar ese cisma entre ellos. En todo caso, mi objetivo principal es neutralizar el mecanismo de envío de la bomba.

Saca de ahí a toda la gente que puedas, lo más rápido que puedas, por si no lo consigo.

Te quiero,
WAXILLIUM

Adawathwyn ordenó de inmediato que retuvieran a la joven operadora de radio y a cualquiera que hubiese podido oír la transmisión. Los demás, excepto el embajador Daal, se sentaron pesadamente en torno a la mesa y varios de ellos miraron a TenSoon.

—Deberíamos creer a Disparo al Amanecer —afirmó el kandra—. Armonía cree desde hace tiempo que el enemigo estaba trabajando en algo parecido a esto. El plazo es… mucho más reducido de lo que esperábamos. Herrumbres. Esto hay que tomárselo muy en serio.

—Muy a mi pesar, estoy de acuerdo —dijo Adawathwyn, sorprendiendo a Steris—. No tengo en gran estima a Ladrian, pero… esta noticia, confirmada por un kandra… Milord gobernador, parece que nos apuntan a la cabeza con una pistola.

El gobernador se inclinó hacia delante sobre la mesa, ceñudo.

«Por fin —pensó Steris, liberando el aliento contenido—. Por fin prestan a esto la atención que merece». Quizá ahora pudiera empezar a trabajar.

—El tiempo corre en nuestra contra —dijo el gobernador, paseando la mirada por los tres senadores y su vicegobernadora—. Si de verdad hay una bomba, debemos actuar deprisa.

—Estoy de acuerdo —respondió lord Cett—. ¿Cuánto tiempo nos llevará salir de la ciudad?

—Depende —dijo el gobernador—. Embajador Daal, ¿puedo hacer ya esa visita a su aeronave?

—Mientras las calles no estén muy llenas —dijo Adawathwyn—, en teoría una caravana motorizada puede salir de la ciudad en menos de una hora.

—¿Será lo bastante rápido? —preguntó lady Hammondess—. ¿Qué radio destructivo tiene esa arma, kandra? ¿A qué distancia hay que llegar para estar a salvo?

—Haré traer a nuestras familias —dijo el gobernador—. Pero esto hay que hacerlo con disimulo, para no desatar el pánico.

Steris cerró los ojos, con ganas de vomitar. Por una parte, comprendía sus emociones. Al fin y al cabo, ella misma había enviado lejos a sus hijos de inmediato.

Por otra parte… herrumbres, iban a huir todos, ¿verdad? Cruzó la mirada con el comisario Reddi. Estaba hundido en su asiento, con aspecto entumecido. Había jurado proteger a la gente de la ciudad y no podía hacer nada. Nada salvo quedarse allí sentado y sentir pavor por lo que venía.

En cambio, Steris no tenía por qué hacer lo mismo. Ya había superado el pavor. Ese era el propósito de sus listas. Se dio cuenta, estupefacta, de que su método funcionaba de verdad. No se notaba asustada. No se notaba ansiosa.

Podía funcionar.

Tendría que evacuar ella la ciudad.

Sacó uno de sus cuadernos más gruesos y lo dejó de golpe en la mesa.

Mientras los demás empezaban a llamar a sus asistentes para preparar la huida, Steris organizó sus pensamientos y hojeó sus notas. Tenía siete procedimientos detallados de evacuación para la ciudad. ¿Cuál sería el más adecuado para aquella situación?

Pero al cabo de unos minutos, el gobernador ordenó que cerraran de nuevo la puerta después de hacer salir a todos los asistentes. Los inquietos ocupantes del despacho se volvieron hacia él.

—Hum… —dijo—. Adawathwyn tiene una sugerencia.

La vicegobernadora había recobrado la compostura rápido y se levantó en su inmaculada túnica terrisana, con las manos extendidas en gesto de bienvenida.

—La situación es en efecto apurada. Pero he reparado en que tenemos una solución… al alcance de la mano, por así decirlo. Lord Waxillium afirma que con toda probabilidad existe algún tipo de dispositivo que arrojará la bomba sobre nuestra ciudad. Pero nosotros disponemos de nacidos del metal. La mayor cantidad de ellos en toda la Cuenca.

»Reunamos a lanzamonedas y despleguémoslos para que alejen el arma mediante empujones alománticos. Podríamos apostarlos en nuestros edificios más altos y que vigilen hasta ver llegar el arma. O mejor aún, que nuestra gente en Bilming esté atenta y nos diga cuándo se lanza.

—Disculpe, Adawathwyn —dijo Steris—. ¿Se ha visto alguna vez en una situación donde se descarguen armas de fuego modernas? ¿Ha visto la velocidad que tienen los proyectiles? Créame: si se lanza esa arma, cuando llegue a Elendel irá demasiado rápida para que la detenga un alomante.

La vicegobernadora se desanimó un momento, pero entonces se le iluminó la mirada.

—¿Y si tuviéramos a un alomante con acceso a todas las capacidades y todos los poderes del lord Legislador?

Hubo varios respingos en el despacho. Daal irguió la espalda y fijó sus ojos enmascarados en Adawathwyn.

—Es una emergencia —dijo ella—. Una auténtica emergencia. ¡La ciudad entera corre peligro! Necesitamos a alguien capaz de tener las ideas de mil personas, capaz de mover planetas y alzar montañas. Necesitamos… los Brazales de Duelo.

«Vaya, hombre».

Para empezar, los Brazales no funcionaban así. Concedían capacidades

metálicas sobrecargadas, sí, pero no contenían «todos los poderes del lord Legislador». Por desgracia, la mitología en torno a ellos y a cómo los había utilizado Wax no había hecho más que inflarse con los años.

Dicho eso, Steris ya se había planteado emplear los Brazales, dado que figuraban a menudo en sus cálculos. Una poderosa reliquia creada por el Superviviente, o quizá por el lord Legislador, que concedía inmensos poderes de nacido del metal a su portador no era algo que una pasara por alto.

—No podemos utilizar los Brazales —dijo Steris—. El pueblo de Elendel hizo una promesa. Que fundamentó un tratado.

Detrás de ellos, el almirante Daal, que había guardado silencio durante casi toda la reunión, se aproximó a la mesa.

—Los Brazales de Duelo —dijo— fueron confiados a los Inmortales sin Rostro bajo la estricta condición de que su pueblo jamás los emplearía.

Sobre el papel, los Brazales no debían utilizarse a menos que los malwish atacaran Elendel. Ese era el texto del acuerdo, cuyo objetivo era garantizar que la agresividad malwish no se desmandara.

—Sin duda, embajador —dijo Adawathwyn—, comprenderá nuestra necesidad de autoconservación. ¿Va a negarnos, en esta grave emergencia, los medios para protegernos de la calamidad? —Sin duda —replicó el embajador Daal— usted comprenderá que todo uso por parte de los habitantes de la Cuenca de esa reliquia *sagrada*, por grave que sea la situación, se considerará una declaración de guerra contra mi pueblo. ¿Acaso cree que nosotros no hemos sufrido catástrofes que habríamos deseado impedir mediante los Brazales? ¡Podríamos haberlos utilizado para salvar vidas estos últimos seis años! Pero acordamos que eran demasiado peligros para que *nadie* los utilizara. El despacho quedó en silencio. «Está jugando a algo», pensó Steris, pero no alcanzaba a comprender a qué. —Deberíamos… —dijo el gobernador, y se lamió los labios—. Deberíamos traerlos. Si un alomante con la velocidad mental mejorada puede empujar esa bomba antes de que llegue, tendremos una oportunidad de salvarnos. —No son tan poderosos como creen —afirmó Steris—. No lograrán eso que propone. —En realidad —dijo TenSoon—, hay una posibilidad. —¿Cuál? —preguntó Steris. —Hay… detalles sobre las interacciones entre poderes que no conocéis —respondió el kandra—. Yo tampoco sé mucho al respecto. Aun así, creo que quizá sea posible… alejar la bomba utilizando

los Brazales. Pero el trato que hicimos… —Sagrado —dijo el gobernador—, si la situación se redujera a perecer como ciudad o traicionar la confianza de los malwish, ¿por qué optaría Armonía? ¿Cuáles son sus deseos? TenSoon se quedó callado un momento antes de responder con voz gutural: —Traeré los Brazales.

intención —dijo Jak a una multitud de enfervorecidos admiradores— entrenar a mi querido

Más detalles al dorso:
Por qué permitió la jueza
que Jak conservara el tigre.



—Dame la brújula —le dije— y te dejaremos en el próximo saliente.

Vila echó un vistazo atrás y vio la superficie de piedra, cada vez más cercana, donde esperaba el Hombre Encantado.

Me miró con los ojos como platos, sin duda comprendiendo que, al no tener acero, no podría usar su poder de lanzamonedas. Estaba atrapada. Se sorprendió tanto que olvidó sujetarse a nada aparte de la brújula.

Eso sí que no lo había previsto.

—¡No! —chillé.

Solté de inmediato el parasol y traté de agarrar a Vila. La serendipia quiso que mi puño se cerrara en torno al encaje de su chaqueta con volantes.

—¿Me has salvado? —preguntó—. ¿No quieres que caiga?

—Por Armonía, no —dije.

Me propinó un golpetazo en la cara con la brújula, lo cual sin duda fue muy mala jugada por su parte. La solté por acto reflejo.

Mientras Vila caía, me incliné hacia delante para intentar atraparla de nuevo, pero la serendipia es veleidosa y mi mano y la suya no lograron asirse por un pelo. Horrorizada, vi cómo las brumas se la tragaban. Pero entonces, el súbito movimiento de mi peso hizo que me soltara de la zarpa.

Repentinamente ingrávida, temí que aquel fuese el final.

Entonces sentí que el aire se movía empujado por unas enormes alas. Una garra me atrapó en el aire y me dejó caer en el saliente, al lado del Hombre Encantado.

Resbalé hasta detenerme casi en el mismo borde y mis botas personalizadas Miele Jedon enviaron piedrecitas repiqueteando precipicio abajo. Bendito sea ese calzado y sus suelas a la moda pero de gran tracción. (Están a la venta en Ardenne, en la calle Novena. Mis botas son personalizadas, sí, pero los dependientes estarán encantados de ayudar a todo lector que vaya de mi parte).

Con el corazón desbocado y el aliento resollante, escruté el abismo desde la plataforma de piedra.

—¡La brújula! ¡Hay que registrar el fondo del acantilado!

Tabaar-KeSun aterrizó y abrió su otra garra. La brújula salió rodando y la recogí del suelo. Antes de que pudiera darles las gracias, el Hombre Encantado me cogió la mano y me miró con ojos intensos, desesperados. Dado su habitual gesto ceñudo,



—¿Qué ocurre? —pregunté mientras me buscaba heridas en el cuerpo. Aunque habían saltado algunos botones de mi blusa, al menos no había perdido la camisa entera, como siempre le ocurre a Jak llegado este momento en sus historias—. Estoy bien. Lo prometo.

—Casi te caes —dijo, acunándome la mejilla en una mano grande y áspera.

Noté un calor bullente manando del corazón y no pude evitar devolverle la sonrisa. ¡Cuán lejos habíamos llegado desde nuestro primer encuentro!

—No digas bobadas. No te librarás de mí tan fácilmente —repuse—. Tú y yo exploraremos juntos el Cosmere por siempre. Es lo que prometimos.

Dejé que el Hombre Encantado me acercara a él y sentí que me embargaba su familiar aroma a fuego infernal y cedro. Con el artejo de su dedo índice me levantó la barbilla para que contemplara sus ojos tempestuosos.

¿Iba a besarme? ¿Quería yo que lo hiciera? Por Armonía, sí. En ese instante comprendí que era eso lo que había deseado aquellos últimos seis años, cada vez que el Hombre Encantado aparecía y, de manera inevitable, ponía mi vida patas arriba.

—Nicelle... —dijo, con voz grave y susurrante.

—¿Sí?

Me puse de puntillas y acercuna fluida luz etérea, que se invirtió sobre sí misma con un gran estallido que sentí en el alma más que capté con los oídos.

Caí hacia delante de rodillas, ya sin la presencia del Hombre Encantado allí para sostenerme, aunque una imagen residual de él activando el aparato permaneció en el aire un momento antes de disiparse como el humo de una cerilla quemada.

El Hombre Encantado lo había conseguido. Había entrado por fin en la dimensión fantasmal.

Y lo había hecho sin mí.

El muy malnacido me había *traicionado*. Herrumbres, me había utilizado.

Ahorraré al lector los espantosos detalles del subsiguiente berrinche, aunque proferí algunas de las deliciosas maldiciones que aprendí en el tiempo que había pasado con él. Al terminar la rabieta, mi inmaculado maquillaje estaba hecho un desastre, el sombrero con plumas de cuervo era un harapo y Tabaar y KeSun de pronto habían recobrado su forma humana.

—¡Se ha ido! —grité—. ¡Y con él, la única forma de terminar el trabajo! ¡Y ahora estamos perdidos a miles de kilómetros de casa, en el hueco entre continentes!

Había creído que le importaba. Él sabía que una traición como esa me dolería, y lo había hecho de todos modos. Herrumbre y Ruina, ojalá llegara demasiado tarde para salvar el mundo. Por mí, que ardieran en el infierno él y su condenado patrono.

—Suerte tiene de que no pueda seguirlo.

Cerré el puño con tanta fuerza alrededor de la nudillera metálica que los bordes se me clavaron en la palma. Los dos Inmortales sin Rostro cruzaron la mirada y entonces KeSun asintió, como tomando una decisión. Pero fue Tabaar quien habló.

—En realidad —dijo—, hay otra manera.

Nota de Handerwym:

Han pasado dos semanas desde la última misiva de Nicelle; a estas alturas el lector ya sabe lo intermitente que puede ser su correspondencia. Debo dar por hecho que logró internarse en el dominio fantasmal y, Armonía mediante, pronto conoceremos el final de su aventura.

— ¿Continuará la próxima semana? —



44



Marasi encabezó la marcha hacia su objetivo. Les resultó fácil avanzar a hurtadillas bajo las vías de tren, porque los edificios de aquel ocaso urbano estaban apretados y las callejuelas eran estrechas. Casi como en las historias sobre los antiguos suburbios de Luthadel.

Había viviendas atestadas pegadas a las fábricas, las refinerías y los almacenes, todo ello a la sombra de las vías elevadas, un símbolo de progreso y unidad por el que irrumpía cada pocos minutos un estruendoso recordatorio: ¿verdad que era agradable vivir en una ciudad tan moderna? ¿Con aquel faro del desarrollo que era el ferrocarril de alta velocidad, proyectando aquella sombra tan avanzada?

Marasi estaba muy a favor del progreso en general, pero en demasiadas ocasiones parecía estratificar la sociedad más que unirla. Una línea rápida de ferrocarril era un avance, pero ¿se la podían permitir quienes más provecho le sacarían? Las viviendas de calidad eran estupendas, pero si construirlas relegaba a quienes no podían vivir en ellas a las tinieblas de debajo de las vías, el resultado era que perjudicaban a algunas personas al mismo tiempo que beneficiaban a otras.

La propia Marasi se había visto obligada a afrontar ese hecho al abogar por algunas reformas. Las buenas intenciones debían acompañarse de una visión realista de los efectos de todo cambio, porque de verdad que era demasiado fácil empeorar las cosas al intentar mejorarlas.

«¿Por eso me he ido concentrando más en la parte detectivesca del trabajo, con los años? —se preguntó—. Quería cambiar las cosas, pero el día a día es tan exigente y los problemas grandes son tan enormes que…».

Eran pensamientos para más adelante. Los tres se fueron acercando poco

a poco a la fábrica de neumáticos, recorriendo callejones secundarios. AlmaDoble cumplió su promesa y mantuvo el ritmo, pero en esos momentos no tenían que moverse deprisa y siempre tenía una pared a mano en la que apoyarse para mantener el equilibrio. Marasi seguía preocupada por estar llevando a un octogenario a lo que podía convertirse pronto en un campo de batalla, pero se mordió la lengua.

Cuando ya estaban cerca, a solo una calle de distancia, Luzdeluna detuvo el avance. Marasi tenía curiosidad por saber qué la había llevado a hacerlo, hasta que reparó en un aparatoso coche negro a motor, con las ventanillas tintadas, que llegaba a la fábrica.

Del vehículo descendió el lord alcalde de Bilming acompañado por varios guardaespaldas de aspecto recio. Entrone se apresuró a entrar por los portones del hangar y gritó y gesticuló a los pocos camiones que aún estaban allí para que se movieran de una vez. Marasi estaba casi segura de que oyó el nombre de Disparo al Amanecer entre sus bramidos. Al poco tiempo el alcalde se perdió de vista en el interior.

—Bueno —susurró Marasi—, él sí que está nervioso.

—No le hará mucha gracia que se le queme la casa —respondió AlmaDoble en voz baja.

Marasi asintió.

—Vamos. Su llegada parece confirmar que hemos encontrado el lugar correcto.

Empezaron a bordear el edificio y salieron un instante de la sombra que proyectaban las vías antes de regresar deprisa a ellas y seguir cruzando la penumbra hasta llegar a la fachada trasera de la fábrica. La recorrieron con sigilo hasta encontrar una vieja ventana, tapiada. Marasi había esperado poder mirar por ella y encontrar una estancia vacía, pero también tenía tablones al otro lado.

—Hum —dijo AlmaDoble, apoyando su mano avejentada y huesuda en los ladrillos. De la palma crecieron cristales que se extendieron por la superficie y entre los tablones—. Sí, deberían haber sellado esto con alquitrán.

—¿Qué ves? —susurró Luzdeluna.

—Yo no veo nada —dijo él—. Pero ¿y Silajana? Bueno, él percibe una sala pequeña abarrotada de estantes y objetos pequeños. No hay nadie dentro, y la pared a la derecha de la ventana no tiene estantería.

Separó la mano, en la pared dejando una costra de cristales que empezaron a desintegrarse y se transformaron en polvo, que a su vez se deshizo en una neblina de color rosado. Luzdeluna metió la mano en su macuto, dejando un momento a la vista los frascos resplandecientes, y sacó algo hecho de cuero. Era como una cartera muy grande, o como un portaherramientas, que abrió para revelar tres sellos de piedra.

Sacó uno, lo humedeció con una extraña y brillante tinta roja y lo alzó.

—Preparaos para moveros —dijo, y apretó el sello contra la pared.

Marasi vio sorprendida que el tampón del sello se *hundía* casi un centímetro en el ladrillo. Cuando Luzdeluna lo separó, dejando atrás una estela de bruma rojiza, había marcado en la pared una refulgente estampa roja de intrincado diseño.

Entonces la pared empezó a cambiar. Los ladrillos chirriaron un poco y luego empezaron a chasquear y rechinar mientras se retraían a los lados, repentinamente fluidos, y emergía una puerta en la pared. Fue como… como si alguien hubiera abierto una cremallera en los ladrillos y la puerta estuviera debajo. A los pocos segundos la estructura entera se había reorganizado y muchos ladrillos habían desaparecido sin más, para crear una antigua y desgastada puerta de madera con pintura amarilla descascarillada.

Luzdeluna la abrió de un tirón y les indicó que pasaran. Marasi entró la primera, evitando golpear unos cubos de pintura que habían dejado contra la pared. AlmaDoble la siguió al momento y por último llegó Luzdeluna. Estaban en una pequeña cámara iluminada por una sola bombilla eléctrica roja. ¿Por qué habría tantas palanganas sobre una mesa alargada y tantos frascos llenos de líquido? ¿Sería donde guardaban los productos de limpieza? Pero eso seguía sin explicar la bombilla roja, que daba tan poca luz que apenas merecía la pena tenerla encendida.

A su espalda, la puerta desapareció, como si la consumieran los ladrillos de los lados.

—Eso es lo más antinatural que he visto en la vida —dijo Marasi.

—Tú tienes a un amigo que vuela —repuso Luzdeluna.

—¿Y? —dijo Marasi mientras sacaba el rifle de su estuche.

AlmaDoble se quitó el capote, dejando a la vista el uniforme y el fajín amarillo, y apoyó una mano en el pomo de su espada. Marasi se acercó a la puerta de la estancia para escuchar, acompañada de Luzdeluna. Al no oír

nada en la sala contigua, Marasi abrió la puerta con cuidado y al otro lado encontró una cámara sumida en la penumbra.

La cruzaron, pasando junto a una cantidad exagerada de lo que parecían ser sillas. Sí, sillas, en hileras. ¿Qué era todo aquello? Al llegar al final de la estancia, Marasi tanteó en la oscuridad en busca de una puerta, pero sus manos rozaron lo que daba la sensación de ser una hilera de interruptores eléctricos.

Como aquella cámara estaba sin duda desierta, activó un interruptor. Lo que llegó no fue la clase de luz que se había esperado. De una pared emergió una franja de iluminación que se proyectó sobre la de enfrente, componiendo una imagen brillante.

Era la imagen de una ciudad derruida, con ceniza cayendo del cielo. Y entonces la imagen empezó a *moverse*.

45



Marasi contempló la imagen en movimiento, que representaba una ciudad a todo color, aunque los tonos eran en su mayoría apagados grises oscuros y negros silueteados contra el brillante cielo rojo. La ceniza caía sobre las ruinas humeantes. Llegaba un ruidoso sonido mecánico desde la sala que emitía la luz.

—Por el primer éter —suspiró AlmaDoble, llegando a su lado y apoyando la mano en el respaldo de una silla cercana para equilibrarse—. ¿Qué es eso? ¿Una ventana que da al futuro?

—No había visto nunca nada igual —dijo Luzdeluna desde la pared del fondo, en la que se proyectaba la imagen.

Tras vacilar un instante, Luzdeluna metió la mano en el chorro de luz y perturbó la imagen, dejando una sombra de su mano en la pared.

Marasi, por suerte, sí que había experimentado algo parecido a aquello. VenDell les había mostrado un método para proyectar imágenes de evanotipo en una pared por medio de la luz. Aquellas imágenes habían sido estáticas y en blanco y negro, pero lo que afirmó entonces el kandra había impactado a Marasi: «Armonía dice que, si esto nos parece espectacular, cuando las imágenes empiecen a moverse se nos fundirán los metales».

Por lo visto, el Grupo había descubierto ese secreto. ¿Y también habían hallado la forma de crear imágenes en movimiento de otro lugar, empleando cámaras? Lo cierto era que aquella sala daba la impresión de ser un pequeño teatro, solo que sin escenario.

Pero… ¿ese paisaje de cenizas amontonándose y ciudades destruidas era el futuro o el pasado? Por la arquitectura se parecía a Elendel, pero había tanto escombro que Marasi no podía confirmarlo.

—Venid a ver esto —los llamó Luzdeluna desde el extremo de la sala, donde había abierto otra puerta.

AlmaDoble y Marasi entraron con ella en una sala que tenía una decoración muy distinta. Estaba dominada por una mesa gigantesca que sostenía la réplica en miniatura de una ciudad. Era como el modelo que había creado AlmaDoble, pero construido con madera pintada y yeso, derribado y ruinoso, los edificios caídos como víctimas de alguna catástrofe.

Y sí que era Elendel. Marasi reconocía la distribución. Por tanto, ¿no era solo que alguien hubiera visto el futuro, sino que además había construido una maqueta de lo que iba a suceder?

Luzdeluna miró dentro de unas cajas y sacó de una de ellas un puñado de fina ceniza, que dejó escurrir entre los dedos. También había estantes con diminutos elementos de utilería: versiones en miniatura de personas yaciendo como cadáveres, caballos muertos hechos de escayola pintada, edificios destruidos, coches a motor destrozados y unas grandes láminas pintadas de rojo donde se veían nubes y un sol abrasador.

Y cámaras de evanotipo, situadas para captar imágenes de la superficie de la mesa desde muy abajo. Al verlas, de pronto encajó todo para Marasi.

—Es una falsificación —susurró aliviada—. No han viajado al futuro ni al pasado. Lo que han hecho es crear una maqueta de Elendel destruida y luego usar estas máquinas para confeccionar imágenes de un futuro que no ha sucedido. Hasta esa imagen que hemos encontrado antes… es falsa. Está tomada de esta maqueta. Han construido a propósito un engaño para convencer a la gente de que el mundo va a terminar.

—No —respondió Luzdeluna—. Han construido un engaño para convencer a la gente de que el mundo ya ha terminado. Pero ¿a quién pretenden mostrárselo y por qué?

—Si hay alguna respuesta —dijo Marasi—, la encontraremos abajo.

Señaló con la cabeza en la otra dirección, cruzando la sala de teatro hacia la puerta más grande que había en la pared cerca del aparato de proyección. Al abrirla, encontraron un pasillo iluminado con bombillas industriales protegidas por rejillas metálicas. Daba una siniestra sensación desierta, teniendo en cuenta la actividad que habían presenciado desde fuera del edificio. Luzdeluna salió al pasillo en primer lugar. Marasi fue tras ella y

encontraron una puerta doble al fondo, con mirillas en la parte superior por las que se veía el hangar de carga.

Había un grupo de hombres y mujeres armados patrullando el lugar. AlmaDoble se agachó al lado de Marasi y liberó una diminuta línea de cristales, casi invisible, que se coló por debajo de una puerta.

—Ah —dijo—. ¿Veis esa pared grande que asoma a nuestra izquierda, justo al otro lado de las puertas? Es nuestro montacargas, como bien habíais anticipado, mi señora.

Marasi distinguió la pared a la que se refería AlmaDoble, pero la parte frontal del ascensor estaría encarada en dirección contraria a ellos. Sería imposible que cruzaran a hurtadillas el despejado hangar de carga sin que los vieran. Por suerte, no les hacía falta.

Doblaron el pasillo a la izquierda hasta el lugar adecuado, una pared sin adornos tras la cual debería estar el montacargas.

—Muy bien —susurró Marasi.

Luzdeluna creó otra puerta y, al abrirla, vieron un profundo y oscuro hueco descendente. El ascensor debía de estar abajo, con toda probabilidad después de haber llevado al lord alcalde y sus guardaespaldas a las profundidades.

¿Qué iban a hacer?

—Permitidme —dijo AlmaDoble.

Cruzó la puerta y se equilibró agarrándose a una cajita que había justo al otro lado, con un pie en un estrecho saliente y el otro colgando sobre el vacío. Marasi hizo ademán de sujetarlo, pero antes de poder estirar el brazo la puerta desapareció y la pared se cerró sobre el agujero.

Luzdeluna se apresuró a sellar de nuevo la pared y abrir la puerta. Encontraron a AlmaDoble aferrado a una escalerilla sujeta a la pared, construida de piedra de rosaíta. Dio un largo sorbo de su morral lleno de agua y sonrió.

—¿Procedemos? —dijo.

—¿Y si alguien hace subir de nuevo el ascensor? —preguntó Marasi.

—Es un montacargas industrial —dijo Luzdeluna—. Mira lo ancho que es el hueco, lo gruesos que son los cables. Subirá despacio. A una malísima, podemos subirnos encima y ascender con él. Por encima hay el espacio suficiente para que no nos aplaste.

Marasi asintió y AlmaDoble empezó a descender mientras iba creando

nuevos escalones por debajo. Marasi apoyó peso en la escalerilla para comprobar su resistencia. Resultaba que AlmaDoble era una persona de lo más útil que llevar a una misión. Bajó un poco para dejar espacio a Luzdeluna. La puerta se esfumó de nuevo, pero Luzdeluna abrió un poco su macuto para que saliera algo de luz, que pintó el hueco del ascensor con un brillo blanquecino.

Empezaron a descender hacia las cavernas. Y con un poco de suerte, hacia las respuestas.

46



Wax descendió por el pasadizo oculto en la mansión del alcalde. Sí que parecía estar apretado entre dos paredes, porque ya había bajado lo suficiente para superar la planta baja y llegar al sótano. La escalerilla terminaba en una pequeña estancia con las paredes y el techo de hierro.

Había provisiones en unos estantes: alimentos secos, frascos de agua. Parecía una especie de pequeño refugio para emergencias. No tenía aspecto de estar pensado para ocuparlo a largo plazo, sino para esconderse en él a toda prisa en caso de… ¿qué? ¿En caso de disturbios? ¿O de algo más perverso, como la detonación accidental de un arma?

Con un escalofrío, Wax inspeccionó el refugio y encontró unas rozaduras en el suelo que indicaban la existencia de una puerta oculta en una pared. La abrió sin demasiadas dificultades, pese a que estaba hecha de grueso metal reforzado, y encontró un camino que llevaba a un desagüe. Entraba luz por las rejillas de arriba y el olor, aunque desagradable, no era espantoso. Aquello no era una auténtica alcantarilla, sino solo un conducto para sacar el agua de lluvia de la calle y llevarla al océano.

«Y también una buena salida de emergencia de la mansión del alcalde», pensó Wax al reparar en las muchas pisadas que había en el lodo y las marcas de barro seco en el túnel de hormigón que se abría por delante. Tras avanzar un poco, encontró un pequeño carro motorizado, sin techo, perfecto para desplazarse por aquel recinto tan angosto. Las ruedas estaban cubiertas de fango y había numerosas marcas de neumático en el barro al otro lado.

No había llaves en el carro y, aunque en teoría era posible arrancar un vehículo de aquel tipo sin ellas, Wax no había estudiado ese latrocinio en concreto. Sacó el calendario doblado del bolsillo del gabán y se fijó de

nuevo en las numerosas citas que indicaba en el «laboratorio». Idas y vueltas, en ocasiones un par de veces al día. Si Wax visitara unas instalaciones secretas con tanta frecuencia, desde luego le interesaría tener una manera encubierta de desplazarse.

Tomó el túnel a pie, pero entonces los fantasmas del pasado remoto se alzaron a su alrededor. Durante un fugaz instante, no estaba cruzando un desagüe en la ciudad más moderna de la Cuenca. Estaba en la sucia entrada de una mina, turbado por el retorcido «arte» que había creado una mente horrorosa. Luz dorada filtrándose desde arriba. Un encuentro con el destino.

«Alguien más nos mueve».

Una inspiración profunda y un momento de paz ahuyentaron a los fantasmas. Lo acompañarían siempre, pero ya no permitía que lo acosaran. Eran más bien ecos que fantasmas. Recordatorios del hombre que había sido, de la vida que había llevado, de las personas a las que había amado. Las recordaba, pero ese día tenía trabajo que hacer. Encontró una escalerilla de servicio que llevaba a la calle y salió para buscar a Wayne. Confió en que no estuviera en llamas.

Por suerte, encontró a Wayne vivo y solo un poco chamuscado, esperándolo en el punto que habían acordado. Una taberna, porque ¿cómo no, si el lugar lo había elegido Wayne?

Se sentó en el reservado junto a su amigo y Wayne le pasó un chupito de whisky, que Wax se echó al gaznate antes de dar un siseo de satisfacción. Dejaron dinero en la barra y salieron por detrás.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Wayne mientras llegaban al final del callejón trasero de la taberna.

—Unos escritos que podrían ser relevantes —respondió Wax—. Un calendario. Cartas. Pero lo más importante es un túnel secreto que espero que lleve a algún sitio importante.

—Qué bien —dijo Wayne.

—¿A ti qué te ha pasado?

—Bah —respondió Wayne—. Nada tan interesante.

Wax lo miró y se fijó en las marcas de quemadura que tenía en los pantalones.

—No he podido hacer «La abuela ya le ha dado al vodka» —explicó Wayne—. No me daba tiempo de encontrar una peluca. Así que en vez de eso he hecho el «Conejito en llamas».

—El conejito en llamas —repitió Wax sin entonación—. Por favor te lo pido, dime que no has pegado fuego a un conejo, Wayne.

—Pues claro que no. Si no tenía tiempo de buscar una peluca, ¿cómo iba a encontrar un conejo?

—No sabes lo…

—Para el «Conejito en llamas» se usa un gato, y de esos hay por todas partes.

—Wayne, ¿has pegado fuego a un gato?

—¡Diantres, no! ¿Por quién me tomas, por un sádico?

Wax se relajó un poco.

—El gato hay que tirarlo por la ventana —aclaró Wayne.

—Ay, Armonía —dijo Wax—. ¿Por qué?

—¡Para salvarlo del incendio, claro! —Wayne negó con la cabeza mientras Wax lo llevaba de vuelta al desagüe—. Se hace así. Provocas un buen incendio, corres por ahí dando voces y tiras un gato por la ventana. La gente cree que estás dedicándote a salvar mascotas.

—Y luego…

—Y luego gritas que alguien tiene que salvar al conejito —dijo Wayne—. Te llevas a gente hacia dentro para que llamen a las puertas y saquen de ahí a la gente, y todo el mundo se pone frenético y se distrae ayudándote.

Wax se detuvo en la calle y miró boquiabierto la Casa Plateada igual que todos los viandantes. Ya estaba casi engullida del todo por las llamas y se alzaba de ella una columna de humo que parecía la mismísima Profundidad.

—Tú mismo decías —señaló Wayne— que, después de un atroz incidente diplomático, lo que teníamos que hacer era divertirnos un poco.

—Eso no es lo que te he dicho.

Wax suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Wayne—. ¿Aún estás dando vueltas a lo del gato?

—¿De verdad lo has tirado por una ventana?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Dejar que se quemara? Tenía que rescatarlo, pobre.

—Rescatar al gato. De un incendio que tú mismo has provocado. Un gato al que habías secuestrado aposta con ese propósito.

Wayne sonrió.

—Ah, no te preocupes. Lo he lanzado bien fuerte hacia un árbol. Los

gatos siempre aterrizan en los árboles, si los tiras con bastantes ganas.

—¿Qué te…? ¿Qué te hace pensar que eso es verdad?

—Yo qué sé —repuso Wayne mientras Wax empezaba a caminar de nuevo—. Debí de aprenderlo en la escuela.

—Pero ¿tú fuiste a la escuela?

—¿De crío? Qué va. Pero una vez quemé una, antes incluso de desarrollar el «Conejito en llamas». A lo mejor lo de los gatos estaba allí apuntado en la pizarra, o algo.

—Un momento, ¿cuándo incendiaste una *escuela*?

—¿Remanso de West? —dijo Wayne—. Hará unos nueve años. Era una condenada escuela maligna.

Wax paró un momento en la boca de la callejuela donde estaba la escalerilla de acceso, pensando. Remanso de West, Remanso de West…

Ah, sí. Sí que era una condenada escuela maligna, sí.

—Bien —dijo Wax mientras abría la tapa de alcantarilla que llevaba al desagüe—. Sigamos adelante.

Wayne descendió. Al llegar al fondo, dio un gruñido.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Wax al llegar junto a él.

—No se lo cuentes a Marasi. Le dije que tú nunca me habías llevado a una alcantarilla. Por lo menos esta no es apestosa como… —Wayne entornó los ojos—. Mira, en realidad se parece un poco a un cañón estrecho, con toda esa luz desde arriba.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Wax.

—No, a nada.

Los dos se volvieron cuando sonaron desde arriba las campanas de los bomberos.

—Entonces —dijo Wayne—, ¿has encontrado el calendario y las cartas?

Wax asintió.

—Gave ha estado visitando un sitio llamado el laboratorio, aunque también estuvo fuera dos semanas para algún tipo de prueba de trayectoria hace un par de meses. Lo hizo pasar por unas vacaciones.

—Vaya —dijo Wayne, y señaló hacia delante—. ¿Y crees que el laboratorio está por aquí?

—Me parece probable —respondió Wax.

Hurgó un momento en su bolsillo y le pasó el calendario a Wayne. Que dio un suave silbido.

—¿No tiene citas después de hoy?

—También me había fijado.

—«Llegan ellos» —leyó Wayne.

Wax asintió y dejó a Wayne un momento más para echar un vistazo a las páginas de calendario mientras sacaba las cartas. Allí abajo no había mucha iluminación, pero la luz solar que entraba por las rejillas le bastaba para releer las dos cartas, una de lo más incriminatoria, la otra llena de cumplidos. ¿Qué era lo…?

Ay, herrumbres.

—Wayne —dijo, alzando la carta incriminatoria que les había dado la directora del periódico—, esto es una falsificación.

—¿Qué? ¿En serio? —Wayne la cogió—. ¿Cómo lo sabes?

—Antes de que empezara todo esto —dijo Wax—, dediqué bastante tiempo a una investigación que implicaba en un escándalo a Vennis Hasting, quien se supone que escribió esa carta. Demostré que había estado sobornando a otros senadores. Y para argumentarlo, Steris y yo tuvimos que verificar unas cartas suyas que habíamos conseguido. Herrumbres. Fui a ver a tres analistas de caligrafía, que resaltaron el giro distintivo que tienen los trazos de Vennis. Y esos giros no acaban de encajar en esta carta. —Sintió que se le ensanchaban los ojos—. Eso es lo que significa. *Eso* es lo que está haciendo.

—Socio —dijo Wayne—, vas a tener que explicarte un poco, porque no sé por dónde vas.

—Hablo de mi hermana —aclaró Wax—. Necesita una forma de hacerse con el control de la Cuenca y demostrar a Autonomía que es capaz de gobernarla. No me entraba en la cabeza de qué le iba a servir para eso hacer estallar Elendel.

—Le quitaría un buen montón de barreras.

—Sí, pero seguro que las demás ciudades jamás seguirían a alguien que hubiera cometido una atrocidad como esa. —Wax sostuvo en alto la carta falsa—. A no ser que Telsin pudiera afirmar que no fue ella quien voló Elendel por los aires. A no ser que tuviera pruebas, como unas cartas falsificadas, de que los propios senadores de Elendel eran quienes estaban desarrollando la bomba. Con las pruebas adecuadas, puede hacer que parezca que se hicieron explotar a sí mismos por error.

—Uuuh, qué retorcida —dijo Wayne—. Y luego además puede

«encontrar» unos planos del arma, y así Bilming, «muy a su pesar», tendrá acceso a una tecnología capaz de proteger la Cuenca de los malwish. Diablos, funcionaría. Acabas con Elendel. Unificas la Cuenca. Obtienes el dominio del planeta.

Encajó otra pieza del rompecabezas. Hasta las verdaderas cartas de Vennis Hasting que tenía Gave cobraron sentido. El Grupo necesitaría muestras de caligrafía, y de ahí las amables cartas entre el alcalde y el senador.

—¿Y lo de que no tenga citas después de hoy? —señaló Wayne—. Parece que tenemos aún menos tiempo del que nos temíamos.

—Tenemos que encontrar ese laboratorio —dijo Wax, caminando de nuevo por el desagüe—. Y esperemos que la bomba esté ahí.

Wayne asintió, echando también a andar. Gave se había reservado quince minutos a ambos lados de sus compromisos para trasladarse al laboratorio, así que no debía de estar demasiado lejos.

Mientras caminaban, Wax se descubrió cada vez más preocupado. Por lo que estaba haciendo Telsin. Por lo que significaba todo ello. De modo que fue un pequeño alivio cuando Wayne rompió el silencio.

—Entonces… —dijo—, cuando estabas en el despacho del alcalde, ¿te has fijado en si tenía un buen escritorio?

—Era bastante bueno, sí —respondió Wax—. ¿Por qué?

—¿Y te has…? —Wayne señaló hacia atrás con la cabeza, en dirección a la Casa Plateada—. Ya sabes.

—¿Si me he tirado un pedo en su silla?

—Ajá.

—Wayne, pues claro que no.

Avanzaron un poco más por el fango hasta un lugar en el que era evidente que se habían colado unos críos, a juzgar por las pintadas de las paredes: enormes patrones compuestos de uves terrisanas.

—A ver —dijo Wax al final, incapaz de dejar el tema a pesar de intentarlo con bastante ahínco—. ¿Por qué piensas siquiera que se me ocurriría hacer eso en su silla? Tú mismo no querías que lo hiciéramos, y además… ¿qué narices? ¿Quién hace esas cosas?

—Nadie, nadie —respondió Wayne—. Menos mal que no lo has hecho. Hay que tener un poco de clase, ¿sabes? Sobre todo en un momento como

este. Todo muy grave. Bombas que amenazan ciudades. Posible detonación hoy mismo. No hay tiempo para frivolidades. —Calló un momento.

»Pero… si hubiera estado yo en el despacho —prosiguió— y hubiera visto esa butaca tan cara… bueno, el caso es que me gustan mucho, ¿sabes? De esas que se reclinan un montón hacia atrás, toda de cuero, lo bastante firmes para aguantarte bien pero no tanto como para ser incómodas. ¿Sabes cuáles digo?

»El caso es que pensaría: "Caramba, menuda silla más buena". Y me preguntaría si el viejo creabrumas trasero sonaría distinto en ella. ¿Qué pasaría si liberase un poco de esencia concentrada de Wayne contra esos contornos de cuero tan perfectos? ¿Daría una sensación diferente? ¿Las nalgas me harían…?

—Ya basta. Por favor.

—Vale, vale, como quieras.

Siguieron un poco más, aunque había algo en las palabras de Wayne que… De nuevo Wax intentó quitárselas de la cabeza, pero…

—Wayne —dijo por fin, cerrando los ojos y enfadándose consigo mismo por no abandonar aquella conversación—. Yo tengo una silla igualita que esa en mi estudio del ático.

—Sí que es verdad —respondió Wayne en tono solemne—. Son como dos gotas de agua.

Diablos.

—¿Wayne, alguna vez te…?

—Wax, la ciudad entera corre peligro, ¿sabes? Tienes que empezar a centrarte un poco, socio. Primero esa fijación con que alguien a lo mejor pegue fuego a edificios oficiales, y eso que fue solo dos veces, ojo, lo cual es casualidad, no una pauta. Y ahora la fascinación esta con lo que me sale del trasero. ¿Podemos prestar atención a las cosas importantes?

—Sí, supongo.

—Como estas obras de arte —dijo Wayne, contemplando admirado unas pintadas—. Mi madre tenía razón. El sitio es precioso.

—¿Tu madre? —se sorprendió Wax—. Wayne, ¿quiero saber de qué estás hablando ahora?

—Es que esto me recuerda a un viejo cuento en el que salía un cañón —respondió Wayne, retomando el paso con él—. Una historia que me contó

mi madre. La última de todas. Así que la tengo muy presente, ¿sabes lo que digo?

—No. ¿En qué se parece este pasadizo a un cañón?

—Lo es y ya está —dijo Wayne en voz baja, alzando la mirada cuando pasaron bajo otra rejilla y la luz solar le cruzó la cara en cuadrícula—. Llevo pensándolo desde hace un buen rato. Es inevitable, ¿entiendes?

—No —respondió Wax—. De verdad que no, Wayne.

—Pues lo es y punto —dijo él—. Aunque tú no lo entiendas. Eres el héroe, Wax, y tienes una misión. Barm, el peor monstruo que haya vivido jamás. Vas a detenerlo y… —Wayne titubeó—. Cuidado, porque en este cañón podría haber serpientes.

—Es un desagüe —insistió Wax—, y nunca he visto una serpiente en la ciudad.

—Ya, porque se les da muy bien esconderse —repuso Wayne—. Y hablando de serpientes, el Grupo ya debe de saber que lo de la mansión ha sido cosa nuestra.

—Sin duda —dijo Wax—. Habrán entrado en el despacho del alcalde para llevarse documentos delicados. No he podido volver a tapar la trampilla con la alfombra, así que sabrán que he encontrado el túnel.

—Ah, estupendo.

—¿Estupendo?

—Se supone que en el cañón te encuentras a un malo —explicó Wayne —. Si la historia va como debe, al menos.

—Wayne —dijo Wax—, no estamos en un cañón del cuento de tu madre. Estamos en un desagüe de Bilming, intentando encontrar y detener un artefacto explosivo. Tenemos que…

Lo interrumpió un disparo desde poco más adelante, que resonó en el angosto túnel, y una bala que impactó estruendosa en el hormigón cerca de la cabeza de Wax e hizo saltar una lasca.

Los dos se arrojaron de inmediato a los lados, se agacharon y vieron unas sombras moverse por delante en el pasadizo, al doblar un recodo. Wax distinguió dos figuras acuclilladas tras la curva del túnel: el lanzamonedas contra el que había combatido antes y una mujer más baja que llevaba bombín.

—Anda, fíjate —dijo Wayne—. Malos y serpientes, todo en uno.

47



El equipo de Marasi se acercó al fondo del hueco del montacargas sin incidentes, bajando con cautela por la escalerilla de rosaíta que había creado AlmaDoble. El polvo entre rojo y rosado caía desmoronándose a su alrededor mientras Marasi ralentizaba el descenso y veía las motas evaporarse en el aire por debajo. Lo más seguro era que le hubieran espolvoreado el pelo y estuvieran humeando allí, como minúsculas ascuas pero sin el calor.

Encontraron el enorme ascensor aposentado al fondo del hueco. AlmaDoble extendió su escalera a los lados para que los tres pudieran terminar de descender en paralelo. Entonces Marasi comprobó el techo del montacargas con la punta de la bota. Era metal sólido, robusto. Le apoyó peso con cautela y ni siquiera se combó. Hizo un asentimiento a los demás, que bajaron también al techo.

—Y ahora, ¿qué? —susurró Luzdeluna.

—Trampilla de servicio —dijo Marasi, que acababa de localizarla en la esquina opuesta.

La levantó poco a poco. Las puertas frontales del montacargas estaban abiertas, pero no se veía gran cosa desde ese ángulo. Hizo un gesto a AlmaDoble para que se acercara.

—¿Puede mirar si hay alguien vigilando abajo?

Una pequeña línea de rosaíta les proporcionó la respuesta.

—Silajana ve a dos guardias —susurró AlmaDoble—. Un hombre y una mujer, armados con fusiles. Están delante de la puerta abierta del ascensor, cerca de una pared de piedra natural. Da la sensación de que, en efecto, hemos llegado a un complejo de túneles y cavernas.

»Los guardias no parecen muy atentos, y en estos momentos están mirándose entre ellos, no al ascensor. ¿Queréis que intente enviarlos a los éteres, donde sus almas meditarán sobre las malas decisiones tomadas en esta vida concreta?

—Marasi quiere hacer esto con disimulo, AlmaDoble —dijo Luzdeluna—. Lo que propones sería pasarse.

—Puedo ocuparme yo —susurró Marasi—. Aunque vendría bien que me bajara usted un poco por ese hueco, AlmaDoble, para poder ver.

El anciano obedeció creando una pequeña red de cristales que sostuvieron a Marasi mientras bajaba la cabeza al interior del montacargas, con el pelo colgando hacia el suelo. Los dos vigilantes estaban en medio de varios contenedores de buen tamaño, mirándose apoyados en dos grandes cajas distintas. AlmaDoble estaba en lo cierto: no prestaban atención. De hecho, parecían estar coqueteando. O al menos, el hombre se reía de sus propios chistes y la mujer fingía no estar impresionada.

Marasi metió la mano en el saquito que llevaba a un lado, sacó una granada alomántica e hilo de pescar y ató la granada a un extremo del hilo. La cargó, esperó y vio recompensada su paciencia cuando el hombre por fin dijo algo que hizo reír a la mujer. Con ambos distraídos, Marasi arrojó la granada, que se activó de inmediato al entrar en contacto con el suelo. Con un poco de suerte, centrados uno en el otro, los guardias no se darían cuenta de que el tiempo a su alrededor se había ralentizado.

—Muy bien —dijo Marasi, sosteniendo el hilo de pescar—. Vamos.

Se dejó caer dentro del ascensor de golpe. Luzdeluna la siguió con más sigilo y avanzó en postura baja nada más aterrizar. AlmaDoble descendió majestuoso encima de un poste de rosaíta con una pequeña plataforma encima. Al bajar, tropezó y apoyó la mano en la pared del montacargas para equilibrarse.

Los tres comprobaron si había más guardias en el túnel, lo encontraron vacío y salieron, con cuidado de no tocar el borde apenas visible de la burbuja de lentitud, que titilaba como el aire encima del asfalto caliente.

Los dos guardias seguían paralizados en su interior. La mujer tenía los ojos cerrados, riendo, y el hombre sonreía con la mirada fija en su compañera. Con un poco de suerte, no captaría los borrones de movimiento con el rabillo del ojo. Marasi se escondió con los demás en un túnel

perpendicular cercano, tiró del hilo para levantar la granada del suelo y recuperarla y la burbuja se deshizo.

Atrapó la granada en el aire mientras la risa de la vigilante resonaba entre los contenedores. Marasi esperó, tensa. ¿Los habían visto? ¿Alguno de los dos había oído el golpe de la granada al caer en la piedra entre el sonido de las risas?

Siguieron conversando como si no hubiera pasado nada. Marasi asintió mirando a sus compañeros, aliviada, y se internaron un poco más en el túnel. Estaba iluminado por una sucesión de bombillas de mina conectadas por un grueso cable que recorría la pared, creando secciones más oscuras que se alternaban con otras brillantes.

—Muy bien ejecutado —susurró Luzdeluna mientras Marasi volvía a enrollar el hilo de pescar—. Por ahora solo tenemos un camino abierto: este túnel.

Marasi asintió.

—Aquí estamos expuestos —dijo AlmaDoble en voz baja—. Podríamos encontrarnos a más vigilantes.

Marasi pensaba lo mismo, pero poco podían hacer al respecto. Siguieron avanzando por el pasadizo, muy parecido a los que había recorrido con Wayne unos días antes. Roca lisa, antigua, con escombros aquí y allá revelando que habían caído pedazos del techo durante las pruebas del arma explosiva. Aunque quizá algunas detonaciones no habían sido experimentales, sino para conectar túneles y cavernas.

Resonaban voces desde más adelante. Marasi echó un vistazo atrás al pasadizo largo y expuesto y luego señaló hacia delante, en dirección a una sección oscura en la que creyó ver unos escombros más grandes. AlmaDoble se quedó atrás, pese a su promesa, mientras Marasi y Luzdeluna se internaban corriendo en las sombras.

Aún no veían a quienes estuvieran hablando, porque el túnel se curvaba más adelante. Marasi se acuclilló tras unos cascotes, acompañada de Luzdeluna. Los trozos de piedra apenas le tapaban las rodillas estando agachada, pero eran mejor que nada. Hicieron señas ansiosas a AlmaDoble, que hizo lo que pudo, llegó tropezando y cayó de rodillas cerca de ellas.

Entonces empezó a crecer piedra de su mano. Se arqueó hacia arriba alrededor de los tres, con una tonalidad más oscura que su rosaíta habitual. Aunque no dejaba de ser rosada, la sombra ocultaba el color. Dio un largo

sorbo de su morral para restaurar el agua de su cuerpo y luego les indicó que se agacharan todo lo que pudieran para que la rosaíta creciera sobre los tres, aunque dejó una zona más clara por delante para que pudieran ver lo que sucedía fuera.

Una patrulla de soldados llegó por la curva del túnel. Eran solo cinco, pero Marasi se alegró de estar a cubierto mientras se detenían un momento para comentar la visita del lord alcalde antes de separarse y seguir en direcciones opuestas. Un grupo fue hacia el montacargas, pasando justo al lado de su escondrijo. Ni siquiera bajaron la mirada hacia ellos.

Aun así, el corazón de Marasi no dejó de martillearle en el pecho hasta que el túnel volvió a quedar en silencio, momento en el que se aventuró a susurrar:

—Desde luego, sois muy útiles los dos.

—Gracias, mi señora —respondió AlmaDoble.

—Esto es solo una fracción de los talentos que poseen los miembros de los Sangre Espectral —señaló Luzdeluna—. Te fascinarán las cosas que te mostraremos.

—Si termino uniéndome —dijo Marasi—. En realidad no sé qué sois ni lo que hacéis.

—Bueno, eso es fácil de explicar —respondió AlmaDoble—. Tenemos tres principios generales.

—Proteger Scadrial —dijo Luzdeluna, levantándose mientras el cascarón de rosaíta empezaba a desintegrarse.

—Pero ninguno de los dos sois de aquí —susurró Marasi.

—Cierto —asintió AlmaDoble—, pero mi tierra natal es inhabitable para los míos de momento. Me uní a lord Kelsier por la oportunidad de obtener aliados y recursos para mi futura lucha contra el éter oscuro. Pero mantener este planeta a salvo e incorrupto es un objetivo digno por sí mismo.

—¿Y tú? —preguntó Marasi a Luzdeluna—. ¿Tampoco puedes volver a casa?

—No puedo —dijo ella—, pero tampoco es que me preocupe demasiado. Estoy vigilando a un enemigo concreto de los Sangre Espectral. Eso y que me gustan los secretos.

Luzdeluna les indicó que siguieran adelante. Después de asomar la cabeza por el recodo y confirmar que no llegaba nadie más, Marasi susurró a Luzdeluna:

—¿Cuáles son los otros dos principios?

—Compartimos entre nosotros lo que sabemos —dijo ella—. En un equipo no hay secretos. Si le preguntaras a Kelsier, hasta él te contaría lo que planea. Pero está absolutamente prohibido revelar ningún secreto a alguien externo a la organización sin su permiso.

—¿Y el último?

—Confiamos los unos en los otros —respondió AlmaDoble—. Somos un equipo. Una familia. Si te unes a nosotros, harás solemne juramento de no actuar en contra de ningún otro Sangre Espectral. No hay rencillas internas. No hay traiciones. No hay sabotajes entre nosotros. No hay riñas por los recursos ni los favoritismos.

—Nos lo tomamos muy en serio, Marasi —dijo Luzdeluna—. Y tu forma de comportarte, tu actitud como miembro de un equipo es uno de los principales motivos por los que acudimos a ti.

Y no a Wax, parecía insinuar. Siguieron adelante mientras Marasi daba vueltas a aquellos principios. El último le resultaba fácil de digerir. ¿No actuar unos en contra de otros? ¿No sabotear la misión ni los objetivos de los demás miembros del grupo? Sonaba maravilloso. Marasi había topado más de una vez con las ambiciones de algún otro alguacil, que le dificultaban hacer las cosas bien.

Sin embargo, aquel principio… ¿No compartir información con nadie de fuera? Eso le sentaba como una patada en el estómago. Marasi era agente de la ley de la ciudad de Elendel. Unirse a los Sangre Espectral sería como… como jurar lealtad a otro país.

Pero los secretos que conocían… las cosas que estaban haciendo… Marasi dudaba mucho que, en caso de incorporarse a los Sangre Espectral, tuviera que volver a perder el tiempo jamás en lidiar con delincuentes de poca monta.

Apartó de su mente todo aquello, por el momento, cuando llegaron a una intersección. El camino de la derecha estaba mucho mejor iluminado que el otro. Allí habían construido dos estructuras estrechas y alargadas a ambos lados del amplio túnel. El camino seguía entre ellas, como si fuesen tiendas en una calle.

Al asomar la cabeza para mirar por ese pasadizo, Marasi vio que uno de los dos edificios estaba protegido por hombres de gruesos brazos. Los

guardaespaldas del lord alcalde. Pero los dos hombres estaban distraídos, hablando con alguien en el interior. Lo cual daba una oportunidad a Marasi.

Abrió el paso, doblando la esquina agachada, y cruzó la escasa distancia que la separaba del edificio de la derecha. Los demás llegaron con ella mientras los guardias terminaban de hablar, cerraban la puerta y adoptaban una postura vigilante.

En aquel lado corto de la construcción donde se habían escondido había una ventana, lo que permitió a Marasi echar un vistazo rápido al interior. Y allí estaba, muy cerca de la ventana. El lord alcalde en persona, vestido como para una cena de gala, con el pelo echado hacia atrás por algo grasiento, sentado a una mesa. Además de él, había otros dos guardias situándose junto a la cara interna de la puerta. Y cerca de la mesa de Gave había cuatro personas más con bata de laboratorio, una sirviéndole algo de beber.

Marasi frunció el ceño al fijarse en la postura encorvada del alcalde. Parecía… agotado, mucho menos imponente y engreído que cuando había hablado con ellos en comisaría.

Gave negó con la cabeza.

—¿Qué probabilidad le dais de que haga volar esa bomba? —preguntó, con una voz que llegaba amortiguada pero inteligible desde dentro—. ¿De que salve la situación?

—Ese no es mi departamento, señor —respondió un científico—. No soy ingeniero.

—No puedo creer que hayamos llegado a esto —dijo Gave con voz más suave—. No pensaba… cuando acepté… ¿Están aquí?

—Casi —dijo otra científica.

—¿Cuántos son? —preguntó Gave.

—Muchos —respondió la mujer—. Un ejército de soldados con la piel dorada y ojos rojos brillantes. Señor, ¿es cierto? ¿Son…?

Gave descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Se supone que aquí mando yo! ¡Que ella fracasará y yo ocuparé su lugar!

—Y lo hará, señor —respondió un científico—. Si ella no logra que la bomba funcione, Autonomía la matará.

—Y entonces invadirá la herrumbrosa Cuenca entera —dijo Gave, y

Marasi vio que se llevaba las manos a la cara—. Quizá todo el mundo. Maldición. Esto no tenía que salir así.

El alcalde se bebió el chupito de un trago y se puso en pie. Marasi cruzó la mirada con sus compañeros. Ya sabían que Autonomía proyectaba algún tipo de ataque decisivo si Telsin no conseguía demostrarse capaz de controlar la Cuenca. Por lo que estaban diciendo, ¿era posible que la misión asignada a Gave fuese facilitarlo?

«Sería conveniente para él —pensó Marasi— tener estas cavernas como refugio, si estalla una guerra abierta en la superficie. Eso también explicaría las reservas de comida».

¿Y lo de ese ejército invasor? Marasi recordó lo impresionado que había parecido Miles Cienvidas al hablar de los «hombres de dorado y rojo» mientras moría. Herrumbres.

—¿Cuántos soldados nos quedan a nosotros en el refugio? —preguntó Entrone.

—Dos contingentes —dijo la científica que parecía estar al mando, una mujer fornida en bata blanca de laboratorio.

—¿Y bendecidos por el metal?

—Ninguno —respondió la mujer.

—Esa mujer intenta dejarme sin efectivos a propósito —dijo Entrone, y empezó a caminar de un lado a otro—. Mientras yo me veo obligado a apoyarla, no vaya a ser que suceda la peor opción. No puedo creer que haya permitido que lleguemos a esto. Necesitamos algún tipo de presencia militar para acorralar a esos soldados de fuera.

—¿Es posible hacerlo? —preguntó la científica.

—No lo sé —dijo él, llevándose la mano a la frente—. Pero no quiero gobernar cenizas. Herrumbres, los planes de Edwarn siempre fueron mejores. Tendríamos que haber optado por ellos y no por esta idiotez de la bomba de Telsin.

—Sí, lord alcalde —respondió Batablanca—. Hablando de los planes de Edwarn, ¿quiere… proceder con el experimento?

Gave le indicó que lo hiciera y Batablanca envió a sus dos asistentes al fondo de la estancia, contra la pared de piedra del túnel. Marasi no se había fijado en que había una gruesa puerta incrustada en la roca, hecha de madera dura, con recios cerrojos en la parte de fuera.

Los ayudantes los descorrieron, abrieron la puerta y revelaron a unas

veinte personas acurrucadas en la oscuridad. Llevaban todo un surtido de prendas diferentes, algunas caras, otras sencilla ropa de trabajo. Todas estaban mugrientas y arrugadas. Pistola en mano, los dos asistentes escogieron a una mujer delgada con un vestido de noche raído y la cara llena de franjas de maquillaje. La prisionera apenas se resistió: parecía demasiado exhausta para hacer más que un ademán de protesta.

Los asistentes cerraron de nuevo la puerta y amarraron a la mujer bocabajo sobre una mesa. Entonces uno sacó un punzón plateado, largo y fino. Marasi tuvo un escalofrío y al momento sintió náuseas. ¿Aquello era…?

Oh, Ruina. ¿Iban a crear una alomante? Había leído sobre el proceso en el libro que le había dado la Muerte, pero jamás había querido verlo con sus propios ojos.

Batablanca sacó un cuaderno.

—Creemos haber aislado la técnica que perseguía Edwarn —dijo—. De hecho, la hemos refinado. El procedimiento se basa en un clavo muy fino y, lo más sorprendente de todo, lord alcalde, en la mentalidad adecuada.

—¿Mentalidad? —preguntó él.

—Hay que saber lo que se hace y por qué —explicó la mujer—. Susurrar un Mandato mientras se trabaja ayuda, pero hemos descubierto que no es una condición necesaria. Que el sujeto sufra de un trauma también resulta útil.

Batablanca asintió y sus ayudantes insertaron el largo punzón a través de la piel de la parte superior de la espalda de la mujer, casi como si hicieran punto con una aguja de quince centímetros. La pobre mujer dio un gemido de dolor y el asistente que estaba llevando a cabo el procedimiento musitó algo entre dientes antes de sacar de nuevo la punta de la aguja a través de la piel, como si quisiera hacerle dos agujeros para algún tipo de pendiente. La mujer chilló con más fuerza mientras el procedimiento concluía.

En el instante en que la aguja se separó de su piel, los agujeros empezaron a sangrar. La mujer se quedó callada y el ayudante lavó el clavo ensangrentado y se lo entregó a Batablanca, que se apresuró a sumergirla en una disolución conectada a un aparato y examinar la lectura que daba.

—Está Investida más o menos en un cinco por ciento —informó a Entrone—. Y como puede ver, la sujeto sigue con vida. Lo que hemos

hecho es, en esencia, extirparle un pedazo del alma y almacenarlo en el metal.

Un momento.

¿Habían creado un clavo sin matar a la mujer?

En teoría era imposible. De acuerdo, Marasi no había estudiado el libro de la Muerte tan a fondo como Wax, pero estaba bastante segura de que la hemalurgia siempre mataba al sujeto.

—¿Y qué? —dijo Entrone—. No sé si te has fijado, pero me da bastante igual si esta gente vive o muere. Crear punzones sin matarlos es irrelevante. Necesitamos una multitud de nacidos del metal. Eso sí que impresionará a Autonomía. Eso sí que hará que comprenda que este planeta es un recurso, no algo que debe arrasarse.

—Sí, milord —repuso la mujer—, pero es que esta mujer *no* es nacida del metal. Acabamos de Investir un clavo, por poco que sea, utilizando a una persona normal y corriente. Todos los habitantes del planeta estamos Investidos por Ruina y Conservación; forma parte de nuestra misma composición básica. Y tenemos un poquito más de Conservación, con el que nos bendijeron las Esquirlas al crearnos. Estamos extrayendo una parte de eso.

»El porcentaje obtenido depende de la persona. Creemos que podría tener que ver con lo probable que era, en términos genéticos, que resultaran ser nacidos del metal. Pero esa Investidura adicional no les hace falta si los poderes no se han manifestado en ellos. Es algo vestigial. Nosotros nos limitamos a extirpársela y utilizarla en un punzón. Investir uno por completo requiere entre veinte y treinta personas.

—Pero ¿podéis crear alomantes a partir de esos clavos? —preguntó Entrone—. Esa es la parte importante.

La científica lanzó una mirada a sus subordinados.

—Señor, es un resultado excelente. Un gran paso adelante en…

—¿Podéis crear alomantes para mí? —exigió saber el alcalde—. Ya. Hoy mismo. Para enseñárselos a Autonomía.

—No —reconoció Batablanca—. Creemos que hay que codificar el clavo de cierto modo para que conceda la bendición de un arte metálico específico. Estamos trabajando en ello. Hemos logrado que unos pocos obtengan un poder durante un tiempo usando un punzón como este, pero lo pierden al cabo de poco.

—Maldición —farfulló Entrone—. Eso significa que el proyecto de la Comunidad de Edwarn que tenemos aquí sigue siendo valioso. —Se cruzó de brazos, de nuevo con aspecto abatido—. Pero ahora mismo no tenemos nada que enseñar a Autonomía. Me va a tocar a hacerlo. Tendré que dejar pasar a su ejército. Llama a todos los miembros leales que nos quedan, los que no trabajan directamente para Telsin, y que regresen a las cavernas.

—Pero… —empezó a protestar Batablanca.

—Esperaremos —la interrumpió él— a que Telsin ponga en práctica su plan. Le daremos todas las oportunidades. Pero luego… si no funciona…

—Sobreviviremos —dijo Batablanca.

—Sobreviviremos. —Entrone asintió para sí mismo—. Voy a la Comunidad para ocuparme de la perpendicularidad. —Señaló la celda del fondo de la estancia—. Todos estos han visto y oído demasiado. Podrían darnos problemas. Ejecutadlos.

—Por supuesto, milord —dijo Batablanca.

Entrone se marchó, dejando dentro a los dos guardias pero haciendo un gesto a los dos de fuera para que lo acompañaran. Cerró de un portazo que sacudió la endeble estructura. Por suerte, al salir giró y siguió más hacia dentro del complejo en vez de pasar junto a Marasi y los suyos.

—Traedme unas cápsulas de gas invel —ordenó Batablanca a los asistentes, en el interior—. Será un final indoloro para los cautivos. Fion, diles a nuestros partidarios que se retiren a las cavernas. Pueden traer a su familia, pero nada más. Orden de evacuación de prioridad uno. Esto no es un simulacro.

Un asistente salió corriendo a toda prisa, también internándose en el complejo. El otro empezó a buscar en unas vitrinas que había a un lado. Marasi y los dos Sangre Espectral se agacharon en la sombra.

—Tenemos que llevar esta información a Kelsier —susurró Luzdeluna—. Una forma nueva de crear clavos podría cambiarlo todo.

—No deja de ser brutal —respondió Marasi en voz baja—. ¿Robar una parte del alma de alguien? Es mejor que asesinarlo, pero dudo mucho que sea un procedimiento ético.

—No lo entiendes —dijo Luzdeluna—. Si están aunque sea cerca de forjar nacidos del metal a partir del poder en crudo de las almas, si han hecho experimentos que resultaron en alomantes, por fugaz que fuera el

poder… Marasi, ese camino podría llevarnos a crear clavos utilizando Investidura pura en vez de almas.

Dio una palmada en su macuto, que contenía los frascos refulgentes.

Ruina. ¿La capacidad de crear clavos de manera mecánica? Incluso el proceso mediante el que los malwish producían sus medallones requería de nacidos del metal. Si lo que sugería Luzdeluna era cierto, de verdad lo cambiaría absolutamente todo.

—De momento —dijo AlmaDoble—, Silajana quiere recordarnos que el mismísimo planeta corre peligro. Llevar la información a lord Kelsier será irrelevante si tiene lugar esa invasión. Debemos seguir a Entrone y ver si podemos frustrar los planes de Autonomía.

Marasi asomó la cabeza por la esquina de la construcción y escrutó túnel abajo. Podrían pasar desapercibidos entre los edificios. Pero estaban a punto de ejecutar a la gente de aquella caverna.

—Tenemos que ayudar a los prisioneros —dijo.

—Ahora mismo unas cuantas vidas no tienen importancia —respondió Luzdeluna—. Tenemos que seguir adelante. Es nuestra manera de actuar.

—No es la mía —afirmó Marasi—. Yo soy agente de la ley. No puedo dejar aquí a esa gente para que la asesinen. Además, Entrone dice que han oído demasiado. Sabrán algo que nos sea útil.

Luzdeluna y AlmaDoble se miraron.

—Voy a ayudarlos —dijo Marasi—. Solo hay dos guardias. Deberíamos poder reducirlos sin problemas.

—Si algo sale mal —protestó Luzdeluna—, quizá alerte a todo el mundo ahí abajo. Un solo disparo y…

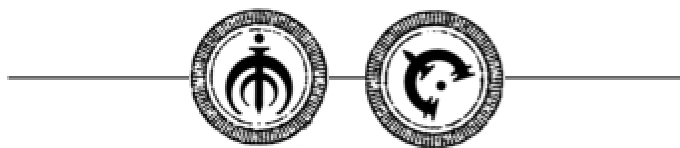
Marasi titubeó, sopesando los peligros. Podía ser una necedad por su parte, eso lo reconocía, pero no se había hecho alguacil para dejar que asesinaran a gente. Se irguió en toda su altura.

—Asumo el riesgo. ¿Estáis conmigo o tendré que hacerlo sola?

Los otros dos se levantaron.

—Que sea rápido, entonces —dijo Luzdeluna.

48



Steris había oído que en caso de incendio, a menudo las ratas eran las primeras criaturas en salir del edificio. Olían el humo antes de que las llamas se descontrolaran y por eso, en algunas ocasiones, las ratas que huían proporcionaban un aviso temprano del inminente peligro.

Y a eso estaba atenta en esos momentos, a la vez que organizaba sus ideas y escuchaba a los demás senadores preparar sus rutas de escape. Observaba a lady Gardre, la mujer que Steris estaba casi segura de que pertenecía al Grupo. Mientras Gardre permaneciera en la ciudad, les quedaba tiempo.

Pero a medida que transcurrían los minutos, esperando a que TenSoon regresara con los Brazales, empezaron a asaltarla las dudas. Quizá no era Gardre. Quizá el verdadero agente fuese algún asistente y ya hubiera huido. Quizá resultara que el Grupo no tenía a nadie infiltrado en el círculo interno gubernamental. Quizá…

Un ayudante irrumpió en el despacho y fue hasta lady Gardre para susurrarle al oído.

—Ah, tengo que ocuparme de esto —dijo la senadora. Se levantó y se alisó la chaqueta—. Volveré enseguida.

Steris sabía que no iba a regresar. Su partida significaba que la ciudad estaba en peligro inmediato. Gardre pasó al salir junto a TenSoon, que llamó la atención del resto. Pero no se daban cuenta de lo que ocurría.

—Muy bien —dijo Adawathwyn, rodeando la mesa con paso firme en dirección a TenSoon—, a ver cómo funciona esto. Deme los Brazales. ¡Permítame recorrer el Camino de Armonía y salvar la ciudad! Soy nacida del metal, una ferrin de la mente. ¡Puedo empujar cualquier bomba que

envíen hacia aquí con la fuerza de un planeta! ¡O volar hasta Bilming y llevar la justicia a esos malhechores!

El embajador Daal dio un paso adelante, su rostro oculto por la máscara.

—Esto debe negociarse. Nos prometieron que los Brazales no iban a utilizarse.

—Sin duda comprenderá la necesidad, embajador —dijo Steris—. No esperará que nos dejemos matar sin más cuando esto podría salvarnos.

—Y sin duda los norteños comprenderán el significado de la palabra «promesa» —replicó él, mirándola a través de los agujeros de su máscara—. Dispongo de la autoridad para negociar su devolución a nosotros.

Se inclinó hacia delante, con las manos en la mesa, y clavó la mirada en el gobernador, que apartó la suya mientras se le ensanchaban los ojos.

—Si los utilizan —prosiguió Daal—, exijo que a continuación se nos devuelvan, para emplearlos en una catástrofe de nuestra propia elección. Un acuerdo, ¿sí? En caso de que deseen evitar la guerra y al mismo tiempo utilizar estos Brazales, es la única solución. Ustedes tienen esta oportunidad. Nosotros también tendremos la nuestra. ¿Trato hecho?

Todos los ojos del despacho giraron hacia TenSoon. Los kandra habían validado el tratado y pasado a ser los guardianes de la reliquia. Al parecer, los demás pensaban que podría aceptar esas condiciones, y Steris supuso que era lo más parecido a un juez que tenían.

—Armonía está preocupado —dijo TenSoon—, pero nos queda poco tiempo. De modo que lo aceptaré si los humanos también lo hacen. La Cuenca puede utilizar los Brazales ahora mismo, pero luego volverán a los malwish.

—Adelante —confirmó el gobernador—. Si así salvamos la ciudad, estoy de acuerdo.

No era la mejor situación posible para negociar, y Steris se preguntó en qué medida estaban cayendo en una trampa. Daal debía de considerar que aquella era la oportunidad perfecta para obtener lo que quería. En todo caso, seguía sin comprender por qué TenSoon creía que el plan podía funcionar. Sí, los Brazales convertían a alguien en un poderoso nacido del metal, pero Daal se comportaba como si pudieran ganar guerras por sí mismos… y TenSoon tenía una extraña expresión distante. El kandra la miró a los ojos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Creemos —susurró TenSoon— que existe una forma de transportar

objetos a larga distancia empleando una confluencia de poderes nacidos del metal. Es algo que Armonía todavía no comprende bien. Pero me pregunto… si alguien dotado del poder trascendental de los Brazales… podría resolver el acertijo.

Fascinante. Steris tomó nota en un cuaderno.

TenSoon abrió la caja que contenía los Brazales, que tenían la forma de una gran punta de lanza, hecha de múltiples franjas de distintos metales. El gobernador hizo un asentimiento a Adawathwyn para que los tomara. La terrisana extendió el brazo y los tocó, con los ojos brillantes. Los levantó, los sostuvo un momento y frunció el ceño.

—¿Cómo…? —dijo—. ¿Cómo se activan?

—A Wax le salió por instinto —respondió Steris, acercándose.

Tocó los Brazales con cautela y no sintió nada. Se los pasaron para que todos los presentes lo intentaran. Por último llegaron a TenSoon, que tenía el rostro crispado, pensativo. A esa expresión la reemplazó una de horror.

—Están vaciados —susurró—. Ha pasado algo. ¿Cómo…?

Sin su poder, los Brazales de Duelo eran a grandes rasgos un pesado pedazo de historia. Como el brazo partido de una estatua.

El gobernador dejó escapar un gemido desesperado y se reclinó en su silla, cerrando los ojos con fuerza. La salvación acababa de escurrírseles aleteando como una mariposa. Steris no pudo evitar preguntarse qué se le escapaba. Aquello sí que no lo había anticipado. ¿Era posible agotar los Brazales? ¿Por parte de quién? ¿Y cómo?

Daal avanzó y tocó la punta de lanza con un dedo.

—Es cierto —murmuró—. ¿Qué han hecho? ¿Los han estado utilizando en secreto?

—¿Cómo? —dijo Adawathwyn—. ¡No! ¡Hacía años que no los veíamos, desde el tratado!

Daal levantó los Brazales con una mano.

—Los devolveré a mi pueblo.

—Espere —dijo Steris, levantándose—. Ese no era el trato.

—¿Cómo que no? —repuso él—. Han tenido su oportunidad de utilizarlos, aunque les hayan resultado inútiles. Ahora nos corresponde a nosotros una oportunidad. Tal vez sea la devoción lo que hace que funcionen, ¿sí? O quizá tenga yo razón y lleven desde el principio

utilizándolos sin decírnoslo. Nuestros eruditos lo sabrán si intentan colarnos una falsificación.

Steris lo miró y tuvo la nítida impresión de que aquello era… ¿un discurso preparado? Sí. Ella pensaba por adelantado incluso palabras que emplear en conversaciones corrientes. Los gestos del embajador daban la sensación de estar practicados, ensayados. Pero tenían que ser imaginaciones suyas. Era imposible que Daal hubiera previsto aquello, ¿verdad?

A menos que ya supiera que los Brazales estarían agotados. A menos que hubiera llegado a Elendel en busca de una crisis que los obligara a recurrir a los Brazales, para poder hacer su oferta. Y entonces…

—No sé si puedo permitirlo —dijo el gobernador.

—No sé si podemos negarnos —respondió TenSoon con un gruñido—. Has aceptado el trato.

—Vaya —dijo Daal—, quizá sus Inmortales sin Rostro de verdad puedan ser imparciales, ¿sí? Qué curioso. Jamás lo habría pensado.

Daal tomó la caja de los Brazales de manos de TenSoon, que dio un gruñido grave y peligroso pero la soltó.

Steris lo observaba todo sintiendo una extraña desconexión. Aquello era… era algún tipo de ardid de los malwish, completamente independiente de las tensiones en Bilming. Lo cual lo convertía en un problema para más adelante, cuando no estuvieran amenazados de extinción. Los Brazales no serían la solución ese día. Pero allí había un secreto que en algún momento le gustaría desentrañar.

El embajador anduvo hasta la puerta, pero se detuvo allí, con los Brazales bajo el brazo.

—Le he prometido pasaje, gobernador. Si la ciudad de veras está condenada, como opinan todos, entonces… quienes lo deseen pueden acompañarme. Los llevaré a un lugar más seguro.

—Yo voy —respondió Adawathwyn al instante, y recogió sus cosas de la mesa.

—Tal vez… —dijo el gobernador—. Tal vez estemos en un error. Tal vez nos equivoquemos sobre este peligro.

—¿A usted le gusta apostar, gobernador? —preguntó Reddi—. Porque a mí sí. Y he aprendido a no apostar nunca contra un hombre concreto. Si Disparo al Amanecer dice que viene una bomba hacia aquí, es que viene.

—Tenemos que evacuar la ciudad. —Steris clavó el pulgar en sus cuadernos—. Tengo los planes aquí. Proyectos de emergencia para toda la ciudad, en previsión de distintas categorías de desastre. Tuve algo de tiempo libre hace unos veranos y estaba aburrida.

—¿Eso es lo que hace para divertirse? —preguntó Reddi.

—Bueno, ya tenía preparados los impuestos de la casa para el año siguiente —dijo Steris—. Tenga. Este proyecto es el más adecuado para nuestra situación. Es el que saca de la ciudad a más gente y más deprisa. Cuanto más tiempo haya, a más salvamos. Es una de mis creaciones más efectivas. —Alzó la mirada hacia el gobernador—. Por favor, no podemos marcharnos. Tenemos que proteger la ciudad.

—¿Viene o no? —espetó Daal desde la puerta.

Quizá buscara el honor, y la moneda de cambio política, de haber salvado al gobernador. Varlance pasó la mirada de él a Steris, y luego a Adawathwyn, cuya túnica ondeó mientras desaparecía por la puerta. Los otros senadores se apresuraron a seguirla.

—Usted es el capitán de esta ciudad —dijo Steris con suavidad al gobernador—. De toda la nación. El pueblo lo eligió para que los representara. Necesitaré su autoridad para salvar a cuantos sea posible. Luego ya habrá tiempo para que escape usted, pero de momento, ayúdeme a salvar la ciudad.

—¿De verdad… tiene un plan? —preguntó el gobernador. Se limpió el sudor de la frente—. ¿Un proyecto de evacuación?

—Sí. Podemos hacerlo, Varlance.

El gobernador asintió. Un movimiento de cabeza breve, vacilante, asustado.

—Quiero intentarlo. ¿Por dónde empezamos?

49



No había ni la menor cobertura en aquel cañón, así que Wayne tuvo que ser listo y convertirse en ella. Se colocó delante de Wax, que estaba agachándose y retrocediendo por la esquina. Demasiado lento, pero por suerte los siguientes disparos del enemigo dieron a Wayne e hicieron que gruñera. Las balas dolían como el demonio. Supuso que para eso estaban, pero algunas otras heridas eran tan grandes que al cuerpo se le iba un poco la cabeza y decidía no sentir el dolor, por lo menos al principio. Como si dijera: «¡Hala! Esto va a ser un horror. Mejor respiremos hondo».

Pero las balas no le provocaban conmociones ni nada. Así que dolían y punto. Como los mismos ojos de la Muerte.

En todo caso, impidió que dieran a Wax. Los dos retrocedieron juntos por la curva del pasadizo, ocultos a sus enemigos. Esperaron allí, Wax con sus pistolas desenfundadas, listo para disparar. Estarían a unos treinta metros del lugar donde habían visto a los dos doppel-cretinos bloqueándoles el paso por el túnel.

Wayne movió el hombro en círculos mientras las heridas de bala sanaban, vaciándole un poco más las mentes de metal. En los últimos días estaba usando sus reservas bastante deprisa. Menos mal que en la mayoría de su trabajo como compañero de Marasi no había necesitado demasiada curación. Las misiones con ella no solían implicar, por ejemplo, arrojar a Wayne por una ventana como si fuese un herrumbroso gato.

—¡Eh! —llamó la que no era Wayne desde más adelante en el túnel—. ¡No podemos dispararos si os escondéis! ¡Salid para que nos pongamos en faena de mataros, socios!

Uf, menudo espanto. La mujer se esforzaba demasiado y el acento que le

salía no era en absoluto de los Áridos. Era de barrio de inmigrantes de los Áridos en la ciudad, con un poco de teatro de clase alta añadido, casi seguro procedente de su instructor de dicción. El acento resultante era ridículo, justo lo bastante próximo al habla natural de Wayne para sonar como viejos clavos oxidados rechinando contra una pizarra.

—Pero ¿se puede saber qué les pasa a esos dos? —susurró Wayne.

—Sospecho —respondió Wax— que el Grupo comprendió que tendría que enfrentarse a nosotros, después de que les reventáramos los planes hace unos años. Así que eligieron a un par de miembros, les pusieron punzones con poderes como los nuestros y los entrenaron para luchar contra nosotros.

—Esa de ahí no solo intenta luchar contra mí —dijo Wayne—. Intenta *ser yo*. ¿El tuyo te da la misma impresión?

—No. Aparte del traje, solo parece ser un lanzamonedas competente con unos clavos adicionales. Ten cuidado con él, Wayne. Puede quemar todo su acero en una única oleada temible, sobrecargando el empujón a niveles extremos. Pero también puede drenarte las capacidades si te agarra.

—Mientras le queden metales —dijo Wayne.

—El Grupo tiene muchos recursos, Wayne —repuso Wax—. Seguro que le dura más el cromo que a ti el bendaleo.

—Eso ya lo veremos. —Wayne entornó los ojos y echó un vistazo por el recodo del pasadizo—. La que se cree que es como yo está haciéndolo fatal. Yo no soy tan molesto ni de lejos.

Wax cargó unas balas en su revólver con calma.

—Eh —añadió Wayne—, ni una palabra.

—Yo no he dicho nada. —Wax cerró el tambor con un giro de muñeca—. Por desgracia, el tiempo juega a su favor, así que tendremos que pasar a la ofensiva.

—Aquí abajo no hay mucho sitio, socio —dijo Wayne—. Mal asunto para los empujones de acero. Y será fácil quedarnos encerrados en tiempo lento si se coordinan para atraparnos.

—A ver si puedes meternos a los cuatro juntos en una burbuja de velocidad —propuso Wax—. Es verdad que no hay mucho espacio, pero tampoco para ellos.

—Ella puede crear su propia burbuja —dijo Wayne—, hasta dentro de la nuestra. Pero seguro que no sabrá darle forma como hago yo. No debería haber problema, si estamos todos muy cerca.

—Exacto —asintió Wax—. Si nadie puede aprovechar las burbujas de velocidad ni echar a volar con empujones de acero, es posible que nuestra habilidad y nuestro adiestramiento se impongan a sus capacidades robadas. Intentemos sacar a ese lanzamonedas de la burbuja y paralizarlo. Pero no dejes que te toque, o te dejará sin poderes.

Era una táctica bastante decente, supuso Wayne. Buscó en el bolsillo la bolsita forrada de aluminio que le habían dado sus contables y sacó unas cuentas de bendaleo. Lo llevaba en bolitas pequeñas, fáciles de tragar.

Se las echó al coleto. Wax asintió y Wayne creó una burbuja de velocidad tan grande como pudo. La cruzaron corriendo, salieron por el otro lado y siguieron a la carrera por el túnel. Era como un enorme tubo de hormigón de más de tres metros de diámetro, con una franja de fango al fondo que tendría medio metro de anchura, a medio secar por la reciente falta de lluvia.

Los gemelos malvados tuvieron ocasión de hablar entre ellos dentro de una burbuja de velocidad mientras Wayne y Wax avanzaban, pero no podrían hacer mucho desde su interior aparte de situarse en la posición óptima cuando la burbuja se viniera abajo. Así que en el mismo instante en que Wayne vio movimiento por delante, se arrojó al suelo y rodó en el barro. Wax hizo lo mismo.

Las balas surcaron el aire sobre sus cabezas, por el lugar donde habían estado un momento antes. Wayne cruzó a la carrera los últimos metros que los separaban de ellos y lanzó una burbuja de velocidad enorme, de casi cinco metros, para atraparlos a los cuatro dentro. Con los bastones de duelo en las manos, fue directo hacia su doble maligna, fintó un golpe mientras esquivaba a la derecha y atacó con el bastón izquierdo para atizarle en la cocorota. La mujer logró bloquear el golpe a duras penas y deslizó su bastón contra el de Wayne en la clásica maniobra para darle en los dedos.

Wayne la empujó hacia atrás y arremetió de nuevo, en una sucesión de ataques que parecieron un redoble de tambor, palo de madera contra palo de madera. Logró acertar un golpe, pero la mujer casi ni se inmutó mientras sus mentes de metal la curaban. Devolvió el golpe, que Wayne encajó con apenas un leve quejido. Se le partieron las costillas, pero sanaron casi al instante.

—¡Oye! —exclamó ella en su exagerada parodia del acento de Wayne—. ¡Eso es trampa!

—No eres yo —gruñó Wayne—. No finjas que sí.

La mujer sonrió mientras resbalaba por el barro en un movimiento que había que reconocer que fue hábil, pasó junto a él y esquivó su siguiente ataque mientras le descargaba un golpe en el brazo lo bastante fuerte para partirle el hueso. Wayne hizo una mueca y movió la mano hacia el lado para alinear el hueso mientras sus músculos lo colocaban en su sitio.

Desvió el siguiente ataque con un brazo mientras el otro sanaba, permitiendo que la mujer lo obligara a retroceder. En ese momento, Wax pasó volando entre ellos y se estrelló contra la pared del túnel con un gruñido. Arrojó un puñado de balas al aire y se agachó, engañando a no-Wax para que les diera un empujón alomántico a ellas en vez de a él. Entonces Wax regresó deslizándose por el suelo y descargó sus pistolas hacia el lanzamonedas.

Wayne y la mujer que no era él lo vieron todo con perpleja vacilación, y al momento Wayne recogió su segundo bastón de duelo del fango. Los dos volvieron a enfrentarse e intercambiaron unos cuantos golpes más.

—Qué horror, hacer esto sobria —dijo no-él—. Tendríamos que ir a echar una cerveza y luego ponernos otra vez con la cabeza como debe estar.

—Ni hablar —respondió Wayne—. Yo bebo con cabrones, idiotas y mentirosos. Pero el límite lo pongo en la gente como yo.

—¿Lo estoy haciendo bien, entonces? —preguntó ella mientras trababan los bastones, enzarzándose de nuevo—. ¿Soy tú?

—Eres algo muchísimo peor —murmuró él—. Eres alguien que quiere ser yo.

—¡Ja! —rio ella.

La mujer se zafó del bloqueo y empujó a Wayne de lado, haciéndolo resbalar casi hasta el centelleante borde de la burbuja de velocidad. Una vez las creaba, ya no se movían con él. Las burbujas se quedaban ancladas en su sitio y aguantaban hasta que Wayne las deshiciera o saliera de ellas.

Sacudió los brazos. Maldición, su enemiga era fuerte. Tenía pinta de ser por entrenamiento puro y duro, cosa que Wayne nunca tenía tiempo de hacer. La mujer embistió contra él para apresarlo y el impacto arrancó un gruñido a Wayne.

—Espero que al viejo Dumad le esté yendo bien —dijo ella, señalando a su compañero con el mentón—. El caso es que le he afanado unos viales de metales sin decírselo.

—Yo no afano cosas —masculló Wayne.

—¡Ay, es verdad! Los he cogido prestados.

—¡Ni tampoco cojo nada prestado! ¡Y el acento se te ha caído de barrio de los Áridos en la ciudad a banda callejera del sur de Elendel! ¡Puf! ¡Lo estás haciendo fatal!

—Me encanta que te preocupe más que te imite mal que el hecho de que intento matarte —repuso ella, levantando la cara justo al lado de la suya. Wayne no la había visto soltar el bastón de duelo, pero la mujer intentó apuñalarlo en el pecho con un cuchillo de cristal—. ¡Es muy propio de ti, Wayne!

—Tú no me conoces —gruñó Wayne.

Logró darle una patada en la pierna y hacerla resbalar un poco. La mujer aflojó la presa, permitiendo que Wayne se zafara y se moviera en torno a ella, pero el cuchillo le hizo una raja en el pecho.

Herrumbres. Podía curarse la herida con la salud acumulada en su brazalete, que desde hacía un tiempo llevaba insertado en la carne del muslo. Pero lo inquietaba la cantidad de salud que su adversaria estaba obligándolo a utilizar. Supuso que era lo que pretendía.

—Ay, Wayne —dijo ella, volviéndose hacia él—. Sí que te conozco. ¡Llevo años estudiándote! El desenvuelto Wayne, siempre con un chiste en la boca. Trincando todo lo que encuentra, persiguiendo a las chicas. Viviendo la vida sin consecuencias. ¡Buscando solo la diversión y la bebida!

—¿Ah, sí? —murmuró él—. ¿Y el dolor?

—Bah —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Al final te acostumbras a explotar de vez en cuando, ¿no?

—No digo ese dolor —susurró Wayne.

Se enfrentaron de nuevo, pero estaba clarísimo que a ella se le daba mejor que a él la parte de pelear. Sí, Wayne era bueno con los bastones. Pero también era verdad que vivía la vida. Y al hacerlo, había descuidado el entrenamiento: salía a mascar chicle detrás del edificio en vez de seguir practicando hasta la puesta de sol. Siendo compañero de Marasi, tampoco pasaba tanto tiempo como antes dejándose partir la cara.

En cambio, aquella criatura… bueno, había estado entrenando cosa mala. Concentrada por completo en aquel día, aquel encuentro, aquel combate. Wayne no se las veía con una matona callejera cualquiera, ni siquiera con

una nacida del metal habilidosa que hubiera reclutado el Grupo. Se enfrentaba a una asesina a la que habían diseñado con el propósito concreto de matarlo a él.

Era más fuerte que él. Más rápida que él. Más joven que él. Mejor con los bastones. Y hasta mejor utilizando los poderes de Wayne; de eso estaba convencido. Pero en un espacio cerrado como aquel, tampoco tenía tanta importancia. Al cruzar golpes con ella, al encajarlos y verse obligado a curarse, Wayne… bueno, estaba recibiendo más que daba. Herrumbres, ¿sería así como se sentía Wax, ahora que empezaba a acusar los años?

Rodó a un lado por el cieno del fondo del gigantesco tubo en el que estaban. La maniobra lo llevó al borde opuesto de la burbuja de velocidad y lo sacó a medias de ella, aunque, por suerte, mientras aún la tocara con cualquier parte del cuerpo se le seguirían aplicando sus efectos.

Un movimiento en la zona donde luchaba Wax hizo que Wayne se agachara. El propio Wax pasó volando junto a él de nuevo, y en esa ocasión salió por completo de la burbuja de velocidad. Maldición. Era justo lo que ellos pretendían hacer al otro hombre.

Wax se quedó paralizado al instante, flotando con una mueca en la cara, su pistola soltándose de los dedos y pendiendo en el aire por delante de él, las tiras de su gabán de bruma ondeando a su alrededor.

«Oh, oh», pensó Wayne

Una ráfaga de monedas perforó el cuerpo de Wayne un segundo después.

—Venga ya, Dumad —dijo no-Wayne, volviéndose—. Con lo bien que me lo estaba pasando. Se supone que a él me lo cargo yo.

—Eres ineficiente, Getruda —replicó Dumad—. Te dedicas a jugar con él, cuando solo tienes que darle un golpe tras otro hasta que se le termine la salud.

Subrayó la frase empujando contra la cara de Wayne otro puñado de monedas, que lo derribaron al suelo.

Herrumbres. Mal asunto. Wayne se curó los golpes, pero despacio. Sus reservas de salud empezaban a estar peligrosamente bajas y, por tanto, tenía que racionarlas.

—Escucha, Muerte —musitó—. Me juego cincuenta óbolos a que sobrevivo a esto.

Era buen momento para apostar. Porque en una situación como aquella, Wayne tenía que arriesgarse a intentar algo de lo más desesperado.

La verdad.

Se levantó a trompicones y apoyó la espalda en la pared redondeada del túnel.

—¿Creéis que me conocéis? —susurró Wayne—. ¿Creéis saber por lo que he pasado?

Dumad lo miró y dio un empujón alomántico. Y herrumbres, aquel tipo era tan fuerte que podía afectar al metal dentro del cuerpo de Wayne. Fue una experiencia estrambótica. Wayne notó que lo echaban hacia atrás las monedas que aún tenía en su interior. Herrumbre y Ruina, era un poder que, según decían, había tenido la mismísima Guerrera Ascendente.

Aquellos dos de verdad estaban haciendo trampas. Normal que Wax hubiera perdido su combate. Normal que Wayne a grandes rasgos hubiera perdido el suyo, o al menos la parte de los bastones de duelo. Pero si lograba conservar su atención…

Recibió el empujón con un gruñido. Luego dio un paso adelante de todas formas, sintiendo que las monedas le rasgaban las entrañas. Dio otro paso, inclinándose hacia el empujón.

No-Wayne titubeó y bajó los bastones. Wayne la miró a los ojos.

Y sonrió.

—No podéis hacerme daño —susurró, cambiando el acento—. No hay nada que pueda herirme más de lo que ya lo ha hecho la vida. No podéis matarme. Ya estoy muerto. Llevo años muerto, hermana.

Dio otro paso adelante. Casi nadie reparaba en los cambios de acento como el que había hecho. En las pequeñas matizaciones al tono de las palabras. Pero la gente sacaba conclusiones basándose en ellas de todos modos. El cerebro asignaba un significado al acento.

Dumad frunció el ceño, con aspecto turbado, y entonces levantó la mano y empujó más fuerte. Wayne resbaló en el barro y las monedas se le incrustaron más en el cuerpo. Dio otro paso adelante y cambió más su acento. Compuso su cara más enloquecida y emocionada. Retorció la voz para convertirla en algo antinatural. Algo horripilante. Algo salido de una pesadilla. Hizo encajar su acento con el que tenía aquel no-Wax, pero en terrible.

Era el mismo acento que había oído a sus padres y sus parientes. Solo que roto. Wayne no necesitaba ningún sombrero para que le saliera aquella voz.

—Lo que hacéis vosotros dos es fácil, porque os da igual —gruñó Wayne, abriendo incluso más los ojos—. Es fácil mientras podáis fingir. Pero el auténtico dolor llega cuando te das cuenta de lo que eres. De lo que has hecho. Cuando despiertas cada mañana sabiendo que no vales nada. *Eso* es dolor. ¿Y todo lo demás? ¿Todo lo que podáis hacerme vosotros? Bueno, eso es solo un ratito divertido.

—Estás… —Dumad dejó la frase en el aire mientras la sonrisa de Wayne se ensanchaba.

—Gracias —dijo Wayne— por sacar a Wax de aquí. Así tengo un momento a solas con vosotros dos.

Las monedas por fin salieron rasgando la espalda de Wayne, permitiéndole arrojarse de pronto hacia delante. Y mientras lo hacía, se dejó caer al suelo. Porque en pleno discurso, cuando tenía la atención plena de sus enemigos, Wayne había deshecho la burbuja de velocidad. Y ellos no se habían dado cuenta.

Desde el lado, Wax disparó una bala mataneblinos directa a la cara de no-Wayne. La detonación secundaria se produjo al cabo de un segundo y voló medio cráneo de la mujer. El siguiente disparo de Wax acertó a Dumad en el pecho mientras giraba y salió con otra explosión por su espalda.

Por increíble que pareciera, el lanzamonedas no cayó. Peltre. ¿Aquel tipo era capaz de quemar peltre para imponerse a las heridas? Pero ¿cuántos clavos llevaba, y por qué no habían permitido que Armonía tomara el control de él?

Por desgracia, además de no caer, el otro hombre esquivó las siguientes balas. Quemó acero para empujar una reja del techo, dejando entrar la luz del sol, y entonces agarró a la ensangrentada no-Wayne y se empujó hacia arriba contra una moneda.

Los dos salieron despedidos fuera del túnel. Uno con un agujero en el pecho que no parecía herirlo tanto como debería y la otra con media cabeza menos. Quizá hubiera muerto, pero Wayne no podía saberlo seguro. Los disparos a la cabeza tenían su aquel. Podían acabar contigo, pero dependía del daño que hubieran hecho.

A lo mejor Wax debería haber seguido disparándoles mientras huían, pero el pobre también parecía bastante hecho polvo por la pelea. Jadeaba y se dejó caer sentado contra la pared del túnel. Habían estado cerca de perder aquel combate. Muy cerca.

Wayne se levantó con torpeza, dolorido por todas partes, y usó la sanación acumulada para cerrar las heridas de las monedas. Pero seguían escociendo. Tuvo que obligarse a dejar de sanar para conservar los últimos resquicios de jugo en su mente de metal. Herrumbres.

Se volvió y fue trastabillando hacia Wax, con la ropa hecha un desastre y llena de sangre y fango. La de Wax, aunque costara creerlo, estaba bastante bien, casi sin ningún pringue del suelo.

—¡Eh! —exclamó Wayne—. ¿Cómo narices no estás cubierto de barro? Te he visto rodar por él.

—He empujado contra una bala al hacerlo —respondió Wax. Se llevó una mano al hombro y dio un leve gemido—. La distracción te ha salido muy bien. —Miró a Wayne a los ojos—. ¿Eso que has dicho era en serio?

—Qué va, claro que no.

Wayne apartó la mirada. Herrumbres, estaba agotado. Y chirriante. Como un suelo por el que hubieran andado tanto que le bailaban todos los tablones.

—Wayne…

—No es el momento, socio. —Wayne se sentó en el suelo—. Herrumbres, me siento viejo. Y no debería sentirme viejo. ¡Yo soy el juvenil de los dos!

Wax fue a sentarse a su lado en una parte seca del hormigón.

—Tienes treinta y nueve años, Wayne. Al final los acabas notando.

—Lo que pasa es que me has contagiado —gruñó Wayne—. ¡Cuando trabajaba con Marasi, no me sentía viejo!

—¿Te he contagiado ser viejo? —preguntó Wax.

—Ya lo creo que sí.

—Eso es absurdo hasta viniendo de ti.

—Qué va a ser absurdo. Empezaste a pensar que eras viejo y al final se me ha metido a mí también en la cabeza. —Wayne se dio un golpecito en el cráneo—. Las ideas son contagiosas, Wax. Más que las enfermedades.

Se quedaron un poco más recobrando el aliento, pero, por desgracia, no podían perder el tiempo.

—Saben seguro que hemos encontrado este túnel —dijo Wayne—. Si hay algún laboratorio al otro lado, estarán limpiándolo ahora mismo.

Wax asintió y se levantó de nuevo con esfuerzo. Tendió una mano a Wayne para ayudarlo.

—Tenemos que hablar —dijo Wax—. Sobre ti. Sobre cómo estás últimamente.

—Claro. Sin problema. Me gusta hablar. Pero luego.

Luego siempre era mejor. Siguieron juntos hacia delante.

—A la mujer le he dado de lleno —dijo Wax—. ¿Crees que la habré matado?

—Depende. ¿Cómo andas de suerte en estos tiempos?

—Fatal —reconoció Wax—. Pero al menos sabemos que vamos por buen camino. O no se habrían esforzado tanto en detenerlos.

—Sí, está claro —dijo Wayne—. Me alegro de que hayamos terminado con el cañón, pero lo más difícil aún está por llegar. La meseta, que se te tragará. Acuérdate de asfixiarla desde dentro.

—Se hará lo que se pueda.

50



Marasi trazó un plan rápido, que era el único tipo que podían permitirse. Luzdeluna y AlmaDoble se quedaron cerca de la ventana, preparados para entrar. Marasi fue a la parte frontal del edificio con la intención de colocar una granada junto a la puerta. La burbuja de lentitud atravesaría la pared y atraparía a los dos vigilantes que montaban guardia dentro. Sin embargo, mientras cargaba la granada, Luzdeluna dobló la esquina de la estructura rectangular y se acercó a ella.

—Los guardias acaban de moverse —susurró—. Están sacando máscaras de gas de un arcón que hay cerca de los científicos.

Herrumbres. No podían permitir que liberaran el gas.

—Entraremos ya —siseó Marasi—. Apoyadme si la granada falla.

Luzdeluna asintió y Marasi abrió la puerta de una patada y arrojó la granada hacia el grupo de personas que había en la esquina izquierda, cerca de la ventana por donde habían estado espiándolos.

«Lo siento, AlmaDoble», pensó, sabiendo que la granada lo alcanzaría a él también. Había apuntado bien y la cajita metálica rebotó sobre una mesa de laboratorio y cayó al suelo cerca de los guardias y los científicos.

Los dos guardias saltaron de inmediato para alejarse. Uno resbaló por encima de la mesa y el otro echó a correr hacia la parte delantera. También había una científica un poco más hacia fuera que, por desgracia, se apartó sorprendida.

Así que, cuando la granada se activó, atrapó solo a dos científicos, que ya llevaban puestas las máscaras de gas. Por suerte, uno era el que sostenía una lata con etiquetas de advertencia, que Marasi supuso que contendría las tabletas de veneno.

La granada de Marasi los mantendría paralizados, pero aún le quedaba ocuparse de los demás sin que dieran la alarma. La científica que aún podía moverse estaba encogida a un lado de la estancia, así que Marasi corrió hacia delante y dio un golpe con la culata del rifle en el brazo de un guardia, que estaba desenfundando una pistola. Luzdeluna llegó tras ella y con un poco de suerte se ocuparía del otro guardia, porque el hombre al que Marasi había atacado decidió embestir contra ella y la empujó de espaldas contra una mesa llena de matraces.

Gruñó cuando el guardia le agarró su propio fusil y se lo apretó casi contra el cuello. El cristal empezó a hacerse añicos contra el suelo a su alrededor y una parte de Marasi montó en pánico. Era la misma parte que, incluso después de tantos años, seguía preocupada de no ser lo bastante buena y no encajar como alguacil.

Esa parte de ella montaba mucho menos escándalo que antes. Porque Marasi sí que encajaba. Aquella era su operación. Y aunque aquel hombre tenía más fuerza que ella, no era más que un bruto del montón. El entrenamiento derrotaba a la fuerza.

Se movió, soltó el rifle y sacó la pierna izquierda para apoyarla, haciendo cambiar el peso del hombre… y la fuerza que aplicaba. El guardia tropezó y Marasi se libró de su presa, pasó a su espalda y le estampó la cara contra la mesa.

Recuperó el fusil y lanzó una mirada hacia Luzdeluna, que estaba pasándolo mal. Había conseguido desarmar al guardia al que se enfrentaba, pero el hombre la tenía retenida contra la pared. Mientras Marasi asimilaba la situación, la pared se distorsionó y una puerta cobró existencia detrás de Luzdeluna.

Marasi apenas atisbó el sello que había en la mano de Luzdeluna mientras la puerta se abría y ella caía hacia atrás por el vano, sorprendiendo al guardia, que dio un grito cuando Luzdeluna tiró de él para derribarlo también. Luzdeluna le soltó un codazo en la boca para interrumpir el grito, así que Marasi acabó de eliminar la amenaza de su propio guardia con un culatazo en la cara y se volvió para encargarse de la científica, que estaba…

¿Destruyendo pruebas? Marasi maldijo, corrió hacia la mujer y la apartó de un tirón de la papelera a la que había pegado fuego. Volcó la papelera de un puntapié y cayeron de ella papeles y cuadernos chamuscados.

—¡Marasi! —gritó Luzdeluna.

Herrumbres. La científica había encontrado un cuchillo grande y avanzaba hacia Luzdeluna, quien seguía forcejeando con el guardia que intentaba apresarla. La científica levantó el cuchillo.

Marasi tomó una decisión rápida, se echó el rifle al hombro, disparó a la científica y la mató de un balazo certero. El ruido resonó por los pasadizos como un chillido de condena. Sin duda alguien lo habría oído.

Luzdeluna acabó con el guardia usando su propio cuchillo y entonces se perdió de vista cuando la puerta que había creado desapareció. Marasi se sentó en el suelo y dejó escapar un suave gemido, a menos de medio metro del titilante límite de su burbuja de lentitud. Había aceptado el riesgo para salvar a gente. Sabía en qué se estaba metiendo. Pero ahora la misión corría peligro.

«Pues que no sea en balde», pensó levantándose. Mientras su burbuja de lentitud caía, apuntó con el rifle a los dos científicos.

—Como muevas un dedo para abrir esa lata —dijo—, te mato. Estoy teniendo un día de los muy malos, así que yo no me pondría a prueba en tu lugar.

El científico que llevaba la lata de tabletas de gas venenoso la dejó en el suelo con cautela y luego los dos levantaron las manos y se apartaron hacia atrás. Luzdeluna entró un momento después y empezó a atarlos. AlmaDoble llegó a trompicones detrás de ella y se agarró al marco de la puerta para no caer al suelo.

—Parece que he sido víctima de vuestros poderes, mi señora —dijo a Marasi.

—Sí, lo siento —respondió ella.

—Veo a dos guardias inconscientes —señaló él— y a una científica muerta. Deduzco que la operación ha ido bien.

—Marasi ha tenido que hacer un disparo para salvarme —dijo Luzdeluna —. Lo he echado todo a perder.

—No —repuso Marasi—. Ha sido culpa mía por no llegar lo bastante rápido.

—Lo hecho, hecho está —dijo AlmaDoble—. Deberíamos ocuparnos de los prisioneros y asegurar una salida. ¿Qué son esas páginas quemadas?

—Se han puesto a destruir pruebas —respondió Marasi—. Supongo que sobre lo que estaban consiguiendo con la hemalurgia. No he podido salvarlas, así que…

Luzdeluna olisqueó.

—Eso de ahí parece la cubierta de un libro. Sí que la has salvado.

—Pero el texto ha ardido —dijo Marasi.

—Después lo haré retroceder con un sello. —Luzdeluna recogió los restos quemados y se los guardó en el macuto—. Pero AlmaDoble tiene razón. Deberíamos empezar a huir de aquí, porque ese disparo hará que venga gente.

—¿Huir? —preguntó Marasi—. Entrone ha dicho que iba a ayudar a que atacara una fuerza invasora. Luzdeluna, ¿de verdad es posible que lleguen tropas enemigas desde… otro mundo?

—Lo más probable es que vengan a través de Shadesmar —dijo Luzdeluna—. Es una dimensión que se superpone a la nuestra. Es como llegamos aquí AlmaDoble y yo.

—Autonomía tiene acceso a… tropas muy especializadas —añadió AlmaDoble—. Difíciles de controlar. Peligrosas de desplegar. Conozco en persona su poder destructivo y, aunque me da más miedo esa bomba, una invasión de las huestes de Autonomía también podría ser catastrófica. Por suerte, la perpendicularidad del planeta, el portal por el que llegar a este mundo, se halla muy al sur y vigilada con esmero.

—¿No hay ninguna otra forma? —preguntó Marasi.

Los dos Sangre Espectral se miraron.

—En algunos planetas —dijo Luzdeluna—, Autonomía ha creado portales como ese inesperadamente, y contra toda explicación de su mecánica. No me extrañaría que hubiera hecho lo mismo aquí, o que estuviera a punto de hacerlo. De abrir un camino para que sus ejércitos ataquen.

Por tanto, si Wax conseguía detener la bomba, llegaría una invasión. Marasi respiró hondo. Más motivo para no escapar de allí, por lo menos hasta que supieran qué pasaba con ese ejército. Pero de momento, abrió el cerrojo y tiró de la puerta de la celda, iluminando a los desarrapados prisioneros. Se escabulleron de la luz como espectros de la bruma en plena noche.

—Soy Marasi Colms —dijo, sacando sus credenciales del bolsillo—. Agente de la ley de Elendel.

—¡Gracias al Superviviente! —exclamó un hombre, que avanzó trastabillando y le cogió la mano.

Iba vestido con un traje que en tiempos había sido elegante, y tenía unos mechones de pelo en su cabeza por lo demás calva. ¿A Marasi le sonaba de algo?

—Usted es un político de Bilming —dijo—. Trabajaba como consejero en el Senado.

—E-eso es —tartamudeó él—. Pielle Fromed. Era el líder del partido de la oposición en el Consejo de Bilming. O aún lo soy… creo…

La mayoría del resto parecían ciudadanos normales y corrientes, pero al fondo había una terrisana con el pelo mugriento. Era… Sí, era la propietaria de un periódico importante, ¿verdad? ¿La directora del *Estaciones*? Sus reporteros habían entrevistado a Marasi un año antes. Era un pasquín comprensivo con los intereses de Elendel.

¡Conservación! Entrone no solo había estado experimentando con sus ciudadanos: había estado haciéndolo con la oposición política. Era un atrevimiento escandaloso. ¿Cómo había hecho desaparecer a aquella gente sin que nadie se diera cuenta?

La directora del *Estaciones* aceptó la ayuda de Marasi mientras Luzdeluna hacía salir a los presos a la sala principal.

—Escuche —dijo la mujer—, ¡creo que tienen algún tipo de ejército! He estado… tomando notas.

La terrisana casi se desmayó al levantarse apoyándose en Marasi. Pero le puso un cuaderno en las manos.

—No es mucho. Pero tiene que creerme.

—La creo —respondió Marasi—. Hemos venido a impedirlo.

—Localicen un lugar llamado la Comunidad —dijo la directora—. Creo que es donde tienen el cuartel general.

—Los detendremos —le prometió Marasi, llevándola con los demás. Miró a AlmaDoble—. Hay que sacar a esta gente de aquí ahora mismo.

Entre los tres empezaron a hacer que los prisioneros se movieran. Se movían despacio, cansados y hambrientos como estaban. Les costó una preocupante cantidad de tiempo sacarlos a todos al túnel. Y mientras Marasi se preparaba para llevarlos de vuelta hacia el ascensor, oyó ruidos procedentes de esa dirección.

Se le cayó el alma a los pies al ver que más de dos docenas de guardias —o de soldados, mejor dicho, con toda probabilidad los que habían estado

protegiendo el edificio de encima— llegaban en tropel doblando el recodo del túnel.

Aquello había pasado de ser una infiltración sigilosa a convertirse en guerra abierta.

51



Los soldados del Grupo, al ver a Marasi y sus compañeros, se organizaron de inmediato en el túnel utilizando su curva natural como cobertura. Por suerte, con ello concedieron a Marasi y los demás unos momentos valiosísimos. El enemigo no sabía a qué se enfrentaba, así que había adoptado una actitud defensiva.

Marasi llevó a los presos recién liberados de vuelta al laboratorio, aunque la endeble pared de yeso ofrecería escasa protección contra las armas de fuego.

AlmaDoble, entretanto, se arrodilló y puso las dos manos en el suelo.

—Luzdeluna —dijo—, necesitaré más combustible. El agua no será suficiente para esto.

La mujer se apresuró a sacar un frasco brillante y lanzárselo. Una línea de cristal se extendió desde AlmaDoble en torno al frasco y le quitó la tapa. Sus cristales empezaron a crecer más deprisa y en cuestión de segundos había creado un muro de rosaíta delante de ellos que les llegaba al pecho.

Sonaron disparos desde el otro lado del túnel, que hicieron gritar a los presos mientras se amontonaban, de nuevo en el laboratorio. Rifle en mano, Marasi se arrojó contra la fortificación improvisada que había creado AlmaDoble, al lado de Luzdeluna. Se arriesgó a asomar la cabeza por encima del montículo de rosaíta, que el anciano había hecho opaco, quizá para revelar menos información al enemigo.

Volvió a agacharse al instante mientras una bala hacía saltar astillas del lienzo delantero del muro. Era evidente que AlmaDoble tenía que estar concentrado para mantener alzada una barrera tan enorme. Se había sentado con las piernas cruzadas y los puños cerrados, nudillos contra nudillos por

delante de él, la cabeza gacha. La piedra cristalina le había crecido sobre los brazos de una manera extraña. Marasi se volvió hacia Luzdeluna.

—¿Puedes crear una puerta en el suelo? —le preguntó—. Es posible que haya otros túneles debajo.

Luzdeluna negó con la cabeza.

—Aunque los hubiera, el grosor de la piedra sería demasiado para mi sello.

—Creo, mi señora Marasi —dijo AlmaDoble—, que deberíais permitir que me lleve a las personas que hemos liberado y las escolte hasta la salida. Parece que estos soldados estaban vigilando el hangar de carga arriba. Si los supero, los civiles estarán a salvo.

—Nos interesaría —convino Luzdeluna—. Así Marasi y yo escaparemos al interior del complejo de túneles mientras el enemigo está tan concentrado en ti y en tu huida que no se fijará en nosotras.

—No puedo permitirlo —respondió Marasi mientras las balas silbaban por encima—. AlmaDoble, ahí debe de haber casi treinta soldados. No podrá con ellos usted solo. No se ofenda, pero apenas es capaz de recorrer un pasillo sin apoyarse.

—No me ofendo —dijo el anciano, con la voz amortiguada por la rosaíta que seguía creciendo hacia arriba y, por algún motivo, alrededor de él—. Mas no os ofendáis vos tampoco, mi señora, si os digo que quizá estéis subestimando a Silajana.

La rosaíta lo envolvió por completo, formando un peñasco casi transparente en torno a él. Con la cabeza baja y su fajín formal todavía en su sitio, era visible por completo en su postura de piernas cruzadas a través de la piedra tintada de rosa. Marasi frunció el ceño mientras el cristal seguía expandiéndose a toda velocidad. El tamaño y la velocidad de su creación parecía necesitar la ayuda de la sustancia refulgente del frasco, que iba reduciéndose a medida que la rosaíta crecía.

Se formaron dos bultos a los lados del peñasco, que parecían… ¿otros peñascos más pequeños? Solo que alargados. Luego cobraron forma otros dos en la parte de abajo, por detrás. Marasi ladeó la cabeza, con la espalda contra la fortificación y el rifle sobre las rodillas. En realidad, añadiéndole el peñasco más pequeño que empezaba a crecer encima, la estructura que rodeaba a AlmaDoble casi estaba adoptando la forma de… de un…

En los abultamientos de los lados salieron unos gruesos dedos de piedra,

y entonces los inmensos brazos de rosaíta se extendieron, con el chirriar de piedra contra la piedra del suelo, mientras en la parte inferior aparecían rodillas y pies. Con AlmaDoble en su centro, aquel gigante pétreo de tres metros y medio de altura se puso en pie. El cristal no se combaba, pero había desarrollado juntas como las de una armadura.

Era un hombre hecho de roca, como una criatura mitológica, con cabeza en lo alto, amplios hombros y piernas como troncos de árbol. AlmaDoble estaba sentado en su interior a la altura del corazón, cruzado de piernas, con los puños firmemente apretados uno contra el otro por delante. Pero su cabeza se alzó y los ojos se le abrieron de golpe, emitiendo un tenue brillo, mientras su creación se arrancaba a sí misma de las líneas de rosaíta que lo habían conectado al suelo.

El muro empezó a desintegrarse al instante, pero la atención de los soldados estaba centrada por completo en aquella monstruosidad de piedra que avanzaba hacia ellos, rascando con la cabeza el techo del túnel. Intensificaron el fuego y sus balas impactaron con estruendo haciendo saltar lascas de piedra. A AlmaDoble apenas pareció importarle. Se situó delante de Marasi y movió hacia delante las manos del ser que había construido mientras hacía crecer algo de ellas.

—¡Contemplad! —exclamó, y de algún modo su voz retumbó atronadora por todo el túnel—. Por la gracia de Silajana, Suna, Vishwadhar y los Doce Éteres Primordiales, soy Sanvith Prasanva Maahik va Sila, gran etervínculo de los doce reinos, rajá de la Corte del Cilantro. Y estas personas están bajo mi protección.

Como puntuando sus palabras, una maza colosal terminó de cobrar forma a partir de la rosaíta en sus dedos de piedra, con un bulbo enorme en el extremo, como el de un tulipán. AlmaDoble dejó que golpeara la roca a sus pies, haciendo temblar el suelo.

Algunos soldados siguieron disparando. Otros se levantaron y salieron corriendo. No dejaban de saltar astillas de piedra, pero los huecos en el gigantesco ser se rellenaban al instante. El frasco de Investidura pura, que aún seguía medio lleno, estaba cubierto de rosaíta en la parte trasera de la enorme figura de piedra y su brillo iluminaba a AlmaDoble desde atrás.

—Silajana me exige que os lo advierta —anunció—. Se os concedió este renacimiento para bendecir, alentar e impulsar a quienes os rodean. Vuestros actos demuestran que ese don fue en vano. Si hoy quedáis

destruidos al oponeros a mi defensa de estos inocentes, será porque rechazáis esa magnífica bendición, y quizá no se os vuelva a conceder el renacimiento hasta dentro de muchos siglos. Rendid las armas y abridnos paso o sufriréis mi ira.

Desde luego se le daba bien hablar. Luzdeluna agarró a Marasi del hombro y le indicó que se retiraran más allá del edificio donde se escondían los civiles. Pero Marasi se quedó plantada en el sitio un momento, fascinada por la visión del constructo de AlmaDoble alzando su maza.

—Parece que rechazáis mi oferta —afirmó el anciano—. Yo, en cambio, acepto la vuestra de conflicto. ¡Preparaos!

Y dicho eso, cargó pasillo abajo, sacudiendo el suelo con cada pisada.

Marasi por fin permitió que Luzdeluna tirase de ella. Entraron en la endeble estructura entre la cacofonía de disparos, chillidos e impactos de piedra contra piedra para decir a los cautivos que se armaran y siguieran a AlmaDoble hacia la salida.

Luego Marasi y Luzdeluna salieron y echaron a correr por el túnel principal hasta que encontraron un pasillo sombrío a un lado por el que escabullirse. Con un poco de suerte, así evitarían a los refuerzos que pudieran llegar por el corredor más amplio.

—¿Crees que podrá sacarlos de aquí? —susurró Marasi.

Siguieron avanzando por el complejo de pasadizos a la luz de uno de los dos frascos que les quedaban. Marasi vio un letrero que indicaba el camino hacia LC.

—AlmaDoble es la mejor oportunidad que tienen —respondió Luzdeluna —. Creo que puede conseguirlo. Tiene la Investidura pura y, mientras le quede, será casi invencible. Puede reducir y agrandar su gigante según lo necesite, para recorrer los pasillos más estrechos. Si cortaran la electricidad, hasta podría empujar el montacargas hasta arriba o crear uno nuevo de rosaíta.

Llegó más ruido de disparos desde atrás. Marasi deseó que fueran los civiles recién armados abriendo fuego para cubrir su retirada. Estaba segura de oír más pasos y gritos procedentes del túnel principal.

Luzdeluna miró atrás y sonrió.

—No te preocupes —dijo—. No le pasará nada. Y esto es justo lo que necesitamos. Prasanva es un verdadero artista llamando la atención cuando se lo propone.

—¿Tú estás dispuesta a seguir adelante? —preguntó Marasi.

—Si de verdad hay una perpendicularidad aquí —respondió Luzdeluna —, entonces… estoy dispuesta. Por mucho que quiera marcharme con esta información, proteger el planeta tiene que ser lo primero. —Vaciló un momento—. Soy nueva en esto de pensar a gran escala. Pasé mucho tiempo preocupándome solo de mí misma y de mis propios objetivos. Lo siento si he dado la impresión de ser muy cortante, o de tener demasiadas ganas de retirarme.

Marasi asintió mientras reparaba en que más adelante había luz. Siguió avanzando con sigilo y Luzdeluna guardó de nuevo el frasco en su macuto. Se acercaron juntas a otro pasadizo, iluminado por bombillas de minería. El túnel natural se perdía de vista a su derecha, pero la piedra de la izquierda tenía un aspecto distinto. Marasi señaló las partes escarpadas de roca en el techo y las paredes.

—Aquí hubo explosiones —susurró—. Este sector lo excavaron y lo ampliaron.

Luzdeluna le indicó otro letrero. La Comunidad, fuera lo que fuera, estaba en esa dirección. Marasi no perdía la esperanza de que Gave y el Grupo no fuesen tan fanáticos como para dejar entrar a las tropas de Autonomía. El alcalde había sonado algo indeciso, al menos. Por muy arribista que fuera aquel hombre, hasta él debía de darse cuenta de que aquello era demasiado. Pero a Marasi también le había dado la impresión de estar bastante abatido. Como si no creyera poder luchar o resistirse.

Mientras seguían a hurtadillas por el túnel abierto mediante explosivos, algo sacó a Marasi de sus cavilaciones. ¿Esos sonidos llegaban por el pasadizo desde detrás de ellas? ¿Había algo siguiéndolas?

Luzdeluna también pareció oírlos, porque se volvió y echó un vistazo en esa dirección. Cruzaron la mirada y apretaron el paso, confiando en mantener la delantera a lo que quiera que fuese.

52



Mientras llegaba con Wayne hasta el final del desagüe, Wax se dio cuenta de que su amigo se sorbía la nariz y empezaba a quedarse atrás. A la luz que entraba por los agujeros de una tapa de alcantarilla bajo la que pasaron, Wax vio que a Wayne le habían salido unas repentinas ojeras.

—No creo que sea el mejor momento para acumular salud —susurró Wax.

—Me queda poca —farfulló Wayne—. Tengo la impresión de que necesitaré toda la que pueda almacenar. O eso, o moriré alguna de las veces que alguien me dispare. Y eso da un miedo horrible. No sé cómo lo soportáis todos. —Calló un momento—. Si hay pelea, pararé. Solo tengo que exprimir un poquito más en los descansos, ya sabes.

Wax no dijo nada. Wayne estaba haciéndolo más por estar tranquilo que porque resultara práctico. No podría almacenar mucha salud en el tiempo que tenían. Un feruquimista tardaba meses en acumular salud para llenar por completo una mente de metal.

Las marcas de neumáticos terminaban al final del túnel, donde el enorme tubo de hormigón se abría al exterior por encima del océano. Wax estaba acostumbrado a las aguas relativamente resguardadas y tranquilas de los muelles de Elendel, cuyas olas eran tan plácidas que daban la impresión de estar ante un gran lago. En cambio allí, en el promontorio sobre el que se alzaba Bilming, el agua saltaba y se arremolinaba, estrellándose una y otra vez contra el puerto. No era de extrañar que la armada de Bilming estuviera compuesta de aquellas inmensas monstruosidades metálicas. Había una hilera de ellas visible a poca distancia, seis terroríficos buques de guerra con motor de petróleo, cada uno más enorme que el anterior.

Era extraño pensar que, incluso combinados, la amenaza que suponían era insignificante comparada con la bomba que estaba buscando Wax. Todo el trabajo que había costado crear aquellas armas de guerra, invalidado por un solo descubrimiento.

Fue hacia una última serie de peldaños incrustados en la pared, coronados por una trampilla que debía de llevar hacia el laboratorio. En el momento en que Wayne y él salieron a una calle de la zona portuaria, oyeron que una puerta se cerraba de golpe cerca. Wax giró sobre sí mismo, escrutando los almacenes.

—Ahí —dijo Wayne, señalando—. El tercero por la izquierda. Además, había alguien de guardia en la ventana.

Cruzaron la mirada y al instante se pusieron a cubierto mientras estallaban disparos desde la ventana del almacén. Tanto las balas como las pistolas eran convencionales, le dijo su vista de acero.

«No llevan armas de aluminio —pensó Wax—. Han enviado a esos alomantes a intentar ocuparse de nosotros, pero no les ha dado tiempo a preparar nada más. Puede que por fin estemos ganándoles terreno».

Incrementó su peso decantando su mente de metal y empujó la siguiente ronda de disparos, haciendo que las balas regresaran a través de las paredes de madera y las ventanas de cristal. Llegaron maldiciones, que les dieron a Wayne y a él la oportunidad de acercarse al edificio. Wayne asintió y Wax incrementó aún más su peso y golpeó el almacén entero con un poderoso empujón de acero, anclándose por detrás.

La pared se sacudió y una parte salió arrancada por los clavos y el armazón de una ventana. Wayne entró de un salto por el hueco y derribó a los pocos pistoleros que había dentro. Wax fue tras él con *Vindicación* alzada, y tres disparos precisos acabaron con los matones a los que Wayne no había llegado. Mientras los hacía, un camión arrancó el motor y salió acelerando por el otro lado del almacén con un chirrido de neumáticos. Wax alcanzó a ver que por delante iban otros dos camiones. Una pequeña caravana que huía hacia el atardecer.

Un vistazo rápido a aquella espaciosa estancia le contó toda su historia. Mesas y maquinaria de laboratorio, despejadas y desmontadas a toda prisa. Escombros en el suelo. Esquinas rasgadas de papeles todavía grapadas a la pared, de donde habían arrancado gráficas o diagramas sin miramientos.

Unas cadenas que colgaban del techo le revelaron que allí habían estado construyendo algo, en un espacio en el centro entre las mesas.

No habían esperado que Wax se atreviera a registrar la Casa Plateada ni que encontrara el túnel. Ya solo iba un paso por detrás.

Wax se lanzó tras el camión, haciendo decrecer su peso y echando a volar por los enormes portones abiertos mientras el vehículo chirriaba al doblar otra esquina, a punto de volcar por la velocidad.

Wayne se ocuparía de los rezagados. Wax necesitaba saber qué había en esos camiones.

Se apresuró a ganar altura y vio que el último de los tres camiones regresaba hacia el centro de la ciudad. Wax llevaba todo el día corriendo para ponerse al día, para desentrañar tramas que llevaban años desarrollándose. Estaba cansado de medias respuestas, de sentir que iba cien pasos por detrás de su hermana.

En ese momento tenía soluciones a la vista. En aquellos camiones había verdaderas respuestas, quizá incluso la misma bomba. Antes se condenaría por toda la eternidad a un pozo de ceniza que dejar que escaparan.

Se empujó contra una tapa de alcantarilla y ganó más altura. Desde allí, las farolas, que empezaban a encenderse a medida que el sol descendía hacia el horizonte, se convirtieron en sus anclajes, como piedras en las que apoyarse para cruzar un lago. Empujó contra dos a la vez para conservar la altura y el impulso y luego empezó a utilizar los edificios como inmensos anclajes. Luego aprovechó un coche en movimiento para proporcionarse más velocidad, tomando prestado su impulso.

El aire se convirtió en un silbido y después en un fragor en torno a él, mientras las tiras de su gabán de bruma ondeaban y chasqueaban. Ese ritmo furibundo le permitió acortar distancia con los tres camiones, aunque estuvieran avanzando a gran velocidad por la autopista. Casi había alcanzado al último de ellos cuando se abrió una rendija en la puerta trasera y asomó por ella la punta de varios fusiles automáticos, de aluminio.

Los hombres que huían se habían reservado las armas buenas. Llegó una andanada de balas de aluminio. Wax se movió por instinto. Hasta el momento su vuelo de persecución había sido demasiado directo, convirtiéndolo en un blanco fácil.

Esquivó a un lado mientras las balas hendían el aire. Se apartó de la autopista sobrevolando coches llenos de sorprendidos civiles y se internó

entre dos edificios para cubrirse de los disparos. Entonces aterrizó y resbaló hasta detenerse, sus botas contra el asfalto, las tiras del gabán cayendo quietas a su alrededor.

«Aquí falla algo», pensó. Su trayectoria en persecución de los camiones había sido evidente, pero la ruta que habían tomado ellos por la autopista aún lo era más. ¿Era posible que estuvieran engañándolo otra vez? Se elevó por los aires empujando contra una bala y ganó velocidad usando como anclaje los edificios a los lados, haciendo temblar ventanas y agrietando algunas al deformar sus armazones metálicos.

En Elendel, Wax tenía que contenerse. Moderar sus actos para minimizar los daños a la propiedad. Pero Armonía lo había enviado a Wax a aquella misión, y no se sacaba a Disparo al Amanecer de su retiro para que se anduviera con chiquitas. Había millones de vidas en juego.

Estaba dispuesto a romper unas cuantas ventanas para impedirlo. Qué diablos, estaba dispuesto a romper unos cuantos cuellos. Ascendió sobre los coches, haciendo caso omiso a los gritos alarmados de los peatones mientras avanzaba en paralelo a la autopista elevada, tratando de ganar la suficiente velocidad para alcanzar al camión enemigo pero preocupándose de tener edificios en medio. En el momento adecuado abandonó la cobertura, destrozando ventanas, cruzó la autopista a toda velocidad y encontró el tercer camión en el punto exacto donde había esperado que estuviera.

Vio que lo rodeaba un grupo de vehículos civiles, así que se alejó de nuevo tras unos edificios y lo siguió en paralelo durante otro minuto. Voló por la calle secundaria sintiéndose… vivo. Impulsado por acero, una bala en movimiento. Tal vez fuese porque llevaba demasiado tiempo sin hacerlo y se le había olvidado la emoción que se sentía, pero se notaba más controlado que nunca antes.

«Hay que detener ese camión despacio —pensó—. Por si lleva la bomba». Suponía que el dispositivo no podía detonarse por una simple sacudida, ya que su experimento del otro día había demostrado que la verdadera explosión requería de una intervención mecánica concreta, pero aun así era mejor ir con cuidado.

En la siguiente intersección echó un vistazo a la derecha y vio lo que esperaba: que el camión, con las prisas por sacarle ventaja, había dejado

atrás el grupo de vehículos civiles tomando un carril más despejado de la autopista.

Wax viró hacia él por encima del borde de la carretera e incrementó su peso diez veces. Al hacerlo se ralentizó en el aire, y entonces golpeó el lado del camión que pasaba con un empujón de acero que lo envió rechinando contra el murete lateral de la autopista. El camión se sacudió más de lo que Wax habría querido, pero perdió velocidad.

Wax cambió de trayectoria y se mantuvo a la altura del camión, sin dejar de empujarlo contra el murete hasta que al vehículo le estallaron los neumáticos y se detuvo. Aterrizó cerca de la puerta trasera rota y divisó a tres pistoleros inestables en el interior. Acabó con ellos y luego envió una bala a través de la pared delantera del camión, que alcanzó al conductor en la nuca. Pero aparte de esas cuatro personas, el camión estaba vacío.

Sí que era un señuelo.

¡Maldición!

Se lanzó al aire de nuevo, empujando contra el camión, doblando y retorciendo su techo combado mientras ganaba altura. Había un límite a la distancia que podía recorrer con un empujón como ese, ya que cuanto más se alejaba de su anclaje, con menos fuerza podía empujar contra él.

Llegó al cénit de la trayectoria que alcanzaba a proporcionarle el camión y giró sobre sí mismo, escudriñando la ciudad que se extendía por debajo, buscando…

«Ahí está». El segundo camión aceleraba por la autopista más adelante. Wax estuvo a punto de lanzarse directo hacia él, pero…

«Tres camiones. Al menos un señuelo». Vio otro aún más por delante, poniendo pies en polvorosa. Aquello era demasiado fácil. Allí en la autopista los vehículos eran demasiado visibles. Estaban distrayéndolo, alejándolo de…

Se quedó allí flotando, sin dejar de empujar, manteniéndose erguido, pero el viento empezó a llevarlo a un lado y le trastocó el anclaje. Mientras empezaba a perder altitud…

… lo avistó. Un cuarto camión con las mismas marcas pintadas que los otros tres, serpenteando por las calles secundarias perpendiculares a la autopista. Iba hacia el interior, en dirección al centro de la ciudad. Apenas llegó a atisbarlo antes de que desapareciera detrás de unos edificios.

Ese era el que tenía que atrapar. Se olvidó de los otros camiones,

confiando en que su instinto acertara, y se dejó caer hacia el interior de la ciudad. Redujo la velocidad con un empujón contra el techo de un automóvil aparcado, rompiéndole el parabrisas con su peso, y luego le abolló el capó al aterrizar en él. Se lanzó hacia delante cruzando un parque, espantando a una bandada de cuervos, y luego ascendió por la fachada de un edificio y apenas logró llegar al tejado cuando su empujón ya remitía.

Había una emoción vigorizante en aquellos movimientos. La ciudad estaba repleta de metal, rebosante de obstáculos. En una persecución, cualquiera de ellos podía ser una ventaja. Wax podía sobrevolar edificios, ganar altura, seguir al vehículo… y ganarle terreno, ya que el camión tenía que seguir la carretera y lidiar con el tráfico.

Se dejó caer por el lado de un edificio y se impulsó entre otros dos con la fuerza de un nadador contra la pared de la piscina al principio de una carrera. Doblaba esquinas como una exhalación y hasta parecía capaz de flotar sobre los gritos de la gente de abajo, como un pájaro planeando en las corrientes termales del desierto.

Las persecuciones en los Áridos tenían su propio encanto. Pero allí no había nada que pudiera competir con lo emocionante que era aterrizar en el interior de un edificio entrando por el balcón, cruzarlo a la carga y salir por el otro lado para encontrar su presa justo debajo. La barandilla de otro balcón le hizo de trampolín y las estructuras cercanas le permitieron afinar el descenso.

En la ciudad volaba como nunca había sido capaz de hacerlo en aquella tierra de polvo y piedra. Y desde que Wax había dejado ir su pasado, podía reconocerlo. No, podía abrazarlo.

La gente que iba en el camión abrió también una ranura en la puerta trasera. Wax apuntó con *Vindicación*, pero no hacia el hueco, sino hacia la puerta en sí.

La alcanzó con una bala mataneblinos, de las que estallaban una segunda vez para destrozar el cuerpo a un hemalurgo. La explosión convirtió la puerta en metralla y abrió de par en par el camión por detrás. Mientras los pistoleros retrocedían trastabillando, Wax miró el interior. No había bomba, pero sí un montón de cajas, archivadores y documentos.

Tendrían que bastarle. Wax dejó que el camión se alejara mientras los pistoleros abrían fuego. Incrementó su peso y empujó contra una rejilla que

tenía debajo en la calle, doblándola, retorciéndola y apartándola de su camino para caer a través del hueco al desagüe de debajo.

Rodó encogido en el aire, envió dos balas por el túnel hacia atrás y se empujó contra ellas y contra los restos de la rejilla que se había hundido en el barro para lanzarse volando a toda velocidad justo por debajo de la calle.

Emergió un segundo más tarde, haciendo saltar por los aires una tapa de alcantarilla. Tomó tierra con un pie a cada lado del hueco abierto e incrementó su peso varios centenares de veces, agotando por completo su mente de metal. Entonces empujó.

Los pies le resbalaron unos centímetros por el asfalto.

El camión se aplastó como si se hubiera empotrado contra un muro de hormigón armado y su parte delantera se plegó como papel de envolver, haciendo cosas desafortunadas al conductor. La parte de atrás del camión se elevó de sopetón del suelo y volvió a caer pesadamente, dejando escapar papeles sueltos. Una rueda se salió del todo y rodó a través del escaparate de una tienda cercana. Una licorería, se fijó Wax con una mueca en el rostro. A Wayne no iba a hacerle ninguna gracia.

La calle quedó en silencio mientras los demás coches paraban y sus conductores se encogían en el asiento o, con más frecuencia, miraban boquiabiertos. Wax respiró hondo unas cuantas veces, notando el pulso acelerado, el cuerpo eléctrico, la mente…

Centrada en su misión. Respiró de nuevo y se sorprendió de lo calmado que estaba. Una parte de él… se había preocupado por regresar al trabajo de campo. Había temido que, al experimentar aquellas emociones, luego su vida normal le pareciera prosaica, insuficiente.

Pero no iba a ocurrir. Podía hacer persecuciones como aquella por la ciudad cada vez que quisiera, en Elendel, siempre que no se desentendiese tanto de los daños a la propiedad. Hasta podía llevar consigo a Max y tener a alguien con quien compartir el deleite. No le hacía falta aquello, no como en otros tiempos.

Confirmarlo era una sensación maravillosa. Wax respiró hondo otra vez y rodeó el camión.

53



A Marasi y a Luzdeluna les estaban dando caza.

Había algo allí atrás, algo que no parecía humano del todo. Hacía un ruido como de uñas o zarpas raspando la piedra, acompañado de unos rugidos antinaturales. Marasi se apresuró por el túnel excavado por detonaciones, acompañada de Luzdeluna, ambas intentando controlar la velocidad a la que avanzaban. Si apretaban demasiado el paso, podrían topar de frente con una patrulla. Pero si no corrían lo suficiente, lo que fuese que las perseguía quizá las alcanzara.

Así que se movían a ráfagas, cruzando a la carrera la distancia a la que les permitían ver las lámparas de minería y luego deteniéndose a examinar el siguiente tramo a recorrer. En aquella sección del complejo de túneles se veía bastante más la mano del hombre que en la anterior, y tenía muchos más giros. Pero pudieron seguir las indicaciones de los letreros y no dejar de aproximarse a la Comunidad. Pasaron por más estancias hechas de paredes de yeso, algunas sin duda ocupadas, y tuvieron que buscar cobertura improvisada varias veces al cruzarse con grupos de personas que pasaban a toda prisa.

Pero al menos no eran soldados. Sobre todo se veía a trabajadores y científicos. A juzgar por sus conversaciones susurradas, Entrone había ordenado que todo el mundo regresara a sus aposentos. La gente daba una sensación de inquietud frenética, pero también de una cierta ansiedad obsesiva que resultaba conveniente, ya que así no prestaban demasiada atención a su entorno.

Escondida con Luzdeluna de uno de esos grupos tras unas cajas, Marasi temió que lo que las perseguía terminara alcanzándolas. Y sin embargo,

aquella cosa se movía despacio, sin correr. ¿Era posible que también estuviera ocultándose?

Al cabo de un tiempo Luzdeluna susurró a Marasi que esperase un momento y se metió en una construcción que, mirando por la puerta entreabierta, parecía desocupada. Salió poco después con dos batas de laboratorio y, a partir de entonces, empezaron a recorrer el pasadizo como si tuvieran todo el derecho a estar allí. No eran unos disfraces muy elaborados, pero nadie las miró dos veces, a pesar del rifle de Marasi.

Una voz resonó por el túnel.

—Mantengan la calma. No se preocupen. Estoy en la Comunidad haciendo los preparativos para recibir a nuestros invitados. Quiero que todos esperen tranquilos en sus habitaciones. Esto es lo que teníamos previsto y estamos preparados.

Era Gave Entrone hablando a través de unos altavoces situados a lo largo del pasadizo. Era una tecnología que se había popularizado desde su invención unos años antes.

Oír la voz del alcalde acabó por fin con la esperanza que había albergado Marasi de que Gave se opondría a la invasión. El complejo subterráneo, las provisiones… todo lo que tenía alrededor le sugería la verdad. Aquello era un refugio, el punto inicial de un ataque a gran escala y también un lugar para que los escogidos por Entrone sobrevivieran a la aniquilación que llegaría.

Y una insistente inquietud le susurraba que aquello era solo una vertiente del problema. Marasi debía detener a Entrone, pero hacerlo no protegería Elendel de la bomba que Telsin pretendía detonar en la ciudad. Tendría que confiar en que Wax y Wayne estuvieran cumpliendo su parte de la misión. El deber de Marasi era ocuparse de aquel ejército que llegaba. De los hombres de dorado y rojo.

El túnel terminó abriéndose y dando paso a una inmensa caverna. Pero lo curioso era que la pared del fondo era toda de madera, desde el suelo hasta el techo. Daba la impresión de que dividía en dos la cámara abierta mediante explosivos, que, a juzgar por la inclinación del techo, era descomunal. Había varias estancias a oscuras construidas contra la pared de madera, y de hecho la caverna entera estaba en silencio y sumida en la penumbra, alumbrada solo por unas pocas bombillas de emergencia.

Marasi y Luzdeluna se detuvieron en la boca del túnel. ¿Sería aquello la

Comunidad? ¿Por qué partir en dos la caverna de ese modo? Fuera cual fuera el motivo, la orden de confinamiento estaba obedeciéndose y, al parecer, cualquier soldado que pudiera haber por allí se había marchado para ocuparse de AlmaDoble. Eso permitió que Marasi y Luzdeluna entraran solas en la caverna.

A los pocos momentos, volvieron a oír aquellos sonidos desde atrás. Marasi agarró a Luzdeluna por el hombro y la llevó entre dos de las construcciones erigidas contra la gran pared de madera. Desde aquel exiguo refugio vio que algo llegaba a la caverna por el túnel. Avanzaba sobre cuatro patas esbeltas y tenía el cuello desconcertantemente largo y una cabeza que no era del todo canina. Algunos rasgos de la criatura, incluso ensombrecidos como estaban, evocaban una imagen que era… demasiado humana. El hocico era de perro, o de algo similar, pero tenía ojos humanos más centrados bajo la frente.

No llevaba ropa, pero tampoco tenía pelo en la piel. De sus hombros asomaban dos cabezas de clavo. Marasi había oído hablar de cosas como aquella: Wax había encontrado un ser parecido en los túneles subterráneos de Elendel. Después de estudiar el libro que le había dado Muerte, sabía lo que era. Una monstruosidad hemalúrgica.

Una aplicación de la hemalurgia era crear nacidos del metal. Pero el lord Legislador también había empleado ese arte para forjar versiones retorcidas de seres humanos. Los kandra se habían originado de ese modo, igual que los koloss. La creación de ambos había requerido un uso muy preciso de los clavos, el conocimiento de un dios. Si alguien intentara reproducir el proceso, lo más probable sería que matara al sujeto de su experimento. O que diera por casualidad con algún tipo de criatura a medio desarrollar, con una mutación retorcida que dejara el alma del ser mutilada por los punzones.

Por lo visto, el Grupo había encontrado una modificación que era viable pero grotesca. La criatura olisqueó el aire antes de entrar con cautela en la caverna. Sabía que estaban allí. Se detuvo en el mismo lugar donde Marasi y Luzdeluna habían inspeccionado su entorno, a menos de treinta metros de donde estaban escondidas. La abominación emitió un aullido que resonó por la caverna, y otras voces, decenas de ellas, respondieron.

Luzdeluna agarró el hombro de Marasi y señaló. Había creado una puerta en la cara lateral de la estructura junto a la que se habían ocultado, y la

cruzaron para llegar a una estancia sombría construida contra la pared de madera que dividía en dos la inmensa cámara. Había dos ventanas que daban al otro lado.

Marasi no tenía ángulo para mirar por ellas desde la esquina donde estaba con Luzdeluna. La puerta desapareció y poco después algo rascó la pared que acababan de atravesar. Se hizo el silencio y luego hubo un golpe en la puerta de la estancia. Resistió, de momento.

Marasi se soltó el rifle del hombro, lanzó una mirada a Luzdeluna y señaló las ventanas con el mentón. ¿Podrían escapar por ellas? Se acercó para echar un vistazo y encontró lo que parecía… ¿un pueblo?

Vio pulcras hileras de casas delimitando calles dentro de una inmensa caverna, más grande en ese lado que antes de la pared de madera. Estaba iluminada desde arriba por focos. Alguien había pintado flores y hierba en amplias zonas del suelo, y erigido esculturas que pretendían imitar árboles. Había gente ataviada con ropa de diario —faldas, pantalones, vestidos de tonos claros—, caminando por las «calles», aunque Marasi no vio ningún caballo ni automóvil.

—En nombre de Conservación, ¿qué es esto? —susurró—. Debe de ser… la comunidad que han construido para escapar de la destrucción en la superficie, ¿verdad?

Frunció el ceño. Hasta hacía poco, quizá hubiera teorizado que el propósito de aquel lugar era resistir la segunda lluvia de ceniza, pero ya estaba casi convencida de que aquello era un engaño. Las verdaderas amenazas eran la bomba y el ejército invasor.

Detrás de ellas, la abominación dejó de raspar la puerta. Marasi no estaba muy segura de que fuese buena señal. Tal vez aquel ser hubiera ido a buscar ayuda.

—En todo esto hay algo que no encaja nada —dijo Luzdeluna. Dio unos golpecitos en la ventana—. Creo que el cristal solo es transparente desde este lado. Fíjate en el tinte. ¿Y esa gente de la cámara de al lado? No parecen haberse enterado de la orden de confinamiento ni de la lucha. Están demasiado tranquilos.

—Podríamos escapar hacia ese lado.

—Esas cosas retorcidas nos perseguirían —respondió Luzdeluna—. La raza que ha desarrollado el Grupo puede rastrear como un sabueso, pero pensar casi como una persona.

—¿Y si nos enfrentamos a ellas? —propuso Marasi, comprobando su munición.

—No soy… soldado por naturaleza —dijo Luzdeluna—. Sé defenderme si hace falta, pero…

Miró hacia la puerta con expresión preocupada. Oyeron gritos en el exterior. Llegaban tropas.

—Tienes otro sello —recordó Marasi—. El que dijiste que te transforma a ti.

—En otra persona —dijo Luzdeluna—. En alguien con un pasado distinto, con formación distinta, con… talentos distintos.

—¿Y esa persona puede combatir?

Luzdeluna respiró hondo.

—Sí. Pero sabe hacer algo mejor que combatir: debería ser capaz de esfumarse. Esconderse. Pero la persona en la que me convertiría… no sería yo. Siempre he querido probar esta transformación concreta, Marasi, y por eso tengo el sello. Pero es peligroso. Sus efectos no se pasarán tan rápido como los de los otros. Serán permanentes hasta que decida dejar de mantenerlos. Y cuando soy otra persona, cuando me sello a mí misma, no pienso igual. Alguna vez cambiaré y ya no regresaré nunca. Pero sí, con el frasco de Investidura como fuente de energía… puedo intentarlo. De verdad puedo intentarlo.

Luzdeluna sacó el sello y lo contempló con la misma expresión que Marasi había visto en Wax cuando limpiaba sus revólveres.

—¿Y vas a decirme que transformarte en otra persona no es magia? —preguntó Marasi.

Luzdeluna hizo una mueca.

—De acuerdo, reconozco que estos sellos sí que tienen un aire más místico. En realidad, tiene todo el sentido del mundo si comprendes el dor, pero…

Marasi echó un vistazo por la ventana y luego desvió la mirada hacia la puerta de la construcción. Se oían cada vez más voces convergiendo fuera. Herrumbres, sonaban como un buen montón de soldados. Marasi alzó el rifle y entonces vaciló.

—Esos monstruos persiguen a su presa por el olor. ¿Y si creas una puerta en esta pared y yo paso al otro lado? Entonces podrías distraerlos, darles

guerra y luego esfumarte, como has dicho. A lo mejor no se paran a pensar en qué ha pasado conmigo y dan por sentado que hemos huido las dos.

—Es buena idea —dijo Luzdeluna. Respiró hondo—. Muy bien, la verdad es que sí que quería probar con esto. Hasta tenía pensado convencer a Kel de que me diera un poco de esa Investidura para poder hacerlo. Pero nunca creí que me sellaría en plena misión. En esa otra forma seré capaz de luchar contra ellos, pero tendré que dejarte sola.

—No puedo escapar sin más, Luzdeluna —respondió Marasi—. Es culpa mía que hayamos atraído a esas tropas. Y además, la Cuenca es mi hogar. No puedo dejarla en manos de Entrone y sus planes.

Luzdeluna hizo un asentimiento brusco.

—Hagámoslo. Jugaré con ventaja, porque es muy posible que vengan a por mí con porras y bayonetas. Demasiados disparos perturbarían lo que sea que estén haciendo en esa Comunidad. Te habrás fijado en que el Grupo no ha hecho lo más práctico, que sería acribillar esta habitación entera desde donde están.

—Vamos allá, entonces —dijo Marasi.

Luzdeluna sacó algo de su macuto, un pequeño aparato del que leyó unos números.

—Si te pregunto, dame la distancia de dos mil setecientos sesenta y tres y la inclinación de doce grados. Y enséñame este mapa. —Levantó una libreta—. No hay tiempo de explicarte por qué. —Abrió la tapa del frasco de Investidura y empapó su sello en la luz antes de aplicarlo a la pared y crear la puerta para Marasi—. Con esto, debería durar más de lo normal. —Sostuvo el otro sello sobre su muñeca—. Había esperado tener a Kelsier conmigo para que me sacara si la cosa se torcía. Es posible que te haga falta volver a explicarme por qué tengo que luchar contra esos soldados.

—¿Por qué lo dices?

—Puede que no conserve todos mis recuerdos —respondió Luzdeluna—. Esto va a reescribir mi pasado por completo. Mi alma creerá que mis padres se mudaron a un reino distinto en mi planeta natal y que yo nací y me crie allí. La personalidad va a cambiarme por completo. Lo tengo todo escrito, pero… bueno, nunca estoy muy segura de cómo funcionará una marca de esencia hasta que la pruebo.

—Un momento —dijo Marasi—. No habías mencionado esa parte de…

Luzdeluna se apretó el sello contra la muñeca.

Y empezó a transformarse.

54



Al contrario que AlmaDoble, quien había decantado la Investidura como de un barril, extrayéndola despacio a medida que la necesitaba, Luzdeluna se bebió el frasco entero de un metafórico sorbo, metiendo la mano en el fulgor y absorbiéndolo todo. El pelo se le encogió a la altura de los hombros y se volvió *luminoso*. Pero lo más sorprendente fue que su piel se las ingenió para brillar incluso más, resplandeciendo desde dentro como si su núcleo estuviera en llamas. Un fuego blanco que de algún modo era mucho más puro que cualquier ardor mundano.

El poder se arremolinó en torno a Luzdeluna, que hasta pareció elevarse del suelo, aunque en realidad solo estaba de puntillas. Dio un suspiro largo y satisfecho y se volvió hacia Marasi. Refulgente como una divinidad legendaria. Un ser de radiante energía. Sonrió con unos labios demasiado perfectos, bendecidos desde el interior por su brillo natural.

El resplandor empezó a desvanecerse casi de inmediato, pero Luzdeluna se arrodilló en el suelo y empezó a dibujar con el dedo. Consultó el mapa con anotaciones que le enseñó Marasi. Asintió y la luz manó de ella, dejando una imagen trazada en el suelo de la estancia. Se parecía un poco al mapa de la libreta: un bosquejo rápido de la Cuenca, pero con una extraña runa en el centro.

Cuando hubo terminado, su luz se estabilizó y luego ganó brillo. Luzdeluna suspiró satisfecha de nuevo y se puso de pie en el centro de aquel resplandeciente dibujo circular. Solo entonces se dirigió a Marasi.

—¡Ah! —exclamó, con la voz un poco más aguda que antes—. ¡Una mortal! ¿Cómo estás, muchacha? —Miró a su alrededor sin esperar respuesta—. Parezco hallarme en un lugar inesperado.

—Estás en Bilming —dijo Marasi—. Bajo tierra.

—No lo reconozco.

—¿La Cuenca de Elendel? —dijo Marasi, y obtuvo una mirada inexpresiva—. Acabas de dibujar su mapa en el suelo.

—Oh —respondió Luzdeluna, mirando hacia sus pies—. Eso he hecho. Qué curioso.

Juntó las manos a la espalda y empezó a canturrear para sus adentros. Cuando reparó en que Marasi la miraba boquiabierta, sus ojos se desviaron a un lado y luego al otro.

—Ah. ¿Tenías algún deseo que solicitar de mí, muchacha? ¿Algo que pueda hacer por ti?

—Fuera hay soldados —dijo Marasi, señalando mientras la puerta empezaba a recibir golpes y agrietarse—. Nos quieren muertas.

—Qué incordio —respondió Luzdeluna.

Empezó a mover las manos, trazando una compleja red de líneas que permaneció flotando brillante en el aire. Acabó con una floritura y las líneas se diluyeron en la pared, que dejó de resquebrajarse a pesar de la gente que la aporreaba.

—¿Quiénes son? —preguntó Luzdeluna—. ¿Malvados del Imperio Rosa? ¿O algún otro grupo de fieles del wyrn, que pierden el tiempo intentando luchar contra sus superiores?

—Esto… —dijo Marasi—. Son solo gente mala. Teníamos pensado…

—¿Quiénes?

—Tú y yo, antes de que cambiaras.

—Yo siempre he sido Shei-ai —dijo la mujer—, bendita de la shei-od.

«Aaajá. Entendido».

—Oh, bendita —dijo Marasi, probando otro enfoque—, vuestro poder es increíble y vuestro ser una divinidad. Por favor, ¿querríais concederme un deseo?

—¡Cómo no! —respondió ella, animándose—. ¡Qué respetuosa eres! Una cualidad muy poco frecuente en los mortales.

—Tengo que escapar por esa puerta —dijo Marasi, señalando la que había en la pared de atrás—, que desaparecerá pronto. Necesito que la gente de fuera crea que he huido de otro modo. Con vos. Tengo entendido que sois capaz de esfumaros.

—¿Esfumarme? Emplearé el aon Tai-ei —le aseguró Luzdeluna—. Pero

lo que me pides que haga es toda una gesta. Necesitaría saber la distancia y la inclinación para…

—Ah —dijo Marasi—. Dos mil setecientos sesenta y tres, inclinación doce grados. Pero ¿de verdad podéis desaparecer y…?

—Bien, bien. El problema es que, si ahora huyes por esa puerta, me encontrarán a mí sola aquí dentro. Una solución imperfecta, urdida por alguien con escasa capacidad de planificación. Veamos.

Dio un golpecito a Marasi en la frente y se puso a dibujar símbolos en el aire con la otra mano. Un segundo después apareció nada menos que un duplicado de Marasi, creado con parte del poder de Luzdeluna. Empezó a moverse, aunque cuando Marasi probó a tocarlo, sus dedos atravesaron el duplicado. Eso lo hacía incluso más inquietante.

—¿Aún estás aquí? —preguntó Luzdeluna—. Venga, venga, ve saliendo. She-ai tiene todo controlado, muchacha. Me ocuparé de esa gente y luego daré un gran espectáculo al esfumarme. Tú asegúrate de hacer las ofrendas adecuadas por el don que con tanta magnanimidad te he concedido y muéstrate devota en el trato con tus dioses.

—Ajá —dijo Marasi—. Devota. Me mostraré devota.

Dio un paso hacia la puerta, pero entonces se detuvo al fijarse en el último frasco de luz que quedaba en el macuto. Lo levantó del suelo para llevárselo, ya que parecía contener más material útil aparte del frasco, pero entregó a Luzdeluna el cuaderno quemado y el estuche de cuero con sus sellos.

—Os interesará tener estas cosas más adelante, oh, grandiosa —dijo Marasi—. Son objetos muy importantes. Por favor, llevadlos con vos y protegedlos.

—Bien, bien —respondió ella, y ahuyentó a Marasi con una mano mientras con la otra señalaba las grietas que estaban formándose en la pared, aporreada con fuerza—. Date prisa. Ya casi han entrado.

Marasi sopesó el macuto y, lamentándolo mucho, dejó el fusil. Debía pasar desapercibida, así que tendría que bastarle con la pistola que había guardado en el macuto. También dejó la bata de laboratorio, confiando en que la ropa que llevaba, la que se había puesto para hacer la entrega esa misma mañana, pensada para infiltrarse entre los matones que trabajaban para el Grupo, le permitiría disimular allí dentro.

Cruzó la puerta. Mientras la cerraba, vislumbró a Luzdeluna de pie junto

al duplicado de Marasi, trazando líneas de luz en el aire con las dos manos mientras la pared delantera se combaba y empezaba a derrumbarse.

Marasi se alejó de las ventanas, que en efecto eran opacas por ese lado y estaban disimuladas formando parte de un patrón cuadriculado en la pared de madera. Se echó el macuto al hombro y se internó en el pacífico vecindario, esperando que aquella extraña versión de Luzdeluna se ciñera al plan.

55



En la parte trasera del camión Wax encontró un revoltijo de papeles y material. Y tres cadáveres. Con una adusta sensación de propósito, Wax subió y empezó a comprobar los cuerpos uno tras otro, por si acaso estaban fingiendo. Se detuvo antes de llegar al último. La mujer estaba ensangrentada pero aún respiraba, y cuando abrió los ojos Wax vio que tenían un tenue brillo rojo.

—Ah —dijo con voz rasposa—. Sí que se te dan bien estas cosas. Creíamos haber tomado las suficientes precauciones. Y sin embargo, aquí estás. Pisándonos los talones. Qué ímpetu. Qué individualismo. Lástima que Armonía te encontrara primero.

Wax retrocedió, apuntando a la mujer con el revólver.

—Este cuerpo expirará pronto —dijo la criatura—. No hace falta que te preocupes.

—¿Qué eres?

—Ya sabes lo que soy —susurró ella.

—Trell.

—Tu hermana se transformará en Trell —siseó aquella cosa—. Adoptará el nombre y la mitología que preparé para ella. Pero aún no lo ha logrado. Y yo no soy Trell. Es raro que hable directamente con alguien como estoy haciendo contigo.

—Autonomía —dijo Wax con un hilo de voz.

—Sí. Perforada por mi metal. Su alma abierta a mi influencia…

Wax retrocedió aún más, sin saber muy bien qué pensar. La mujer sonrió, con sangre en los labios.

—No tienes nada que temer de mí. No intervendré contra ti ni

obstaculizaré tus esfuerzos. Eso es lo que no comprende tu hermana, Espada de Armonía. Me suplica que actúe, sin darse cuenta de que solo a través de la lucha por la supervivencia una persona, un pueblo, puede alcanzar su potencial.

—Esta ciudad —respondió Wax—. Todo lo que hay en ella. Esto es culpa tuya.

—Es culpa de quienes anhelan más —dijo Autonomía—, y de sus logros que los honran. En todo caso, no creo que tu hermana entienda todavía la naturaleza de la verdadera autonomía. Sus intentos tienen una… originalidad artificial, forzada. No son las heridas abiertas del verdadero individualismo.

»Aprenderá. Cuanto más tiempo ostente el poder, cuanto más se convierta en un avatar de mi naturaleza, más verá y comprenderá. Si es que sobrevive. Deberías estar orgulloso de ella. Aunque juguetea con su propia destrucción, sus esfuerzos han mantenido con vida este mundo. Habría atacado hace años de no ser así.

Wax frunció el ceño y se acercó un poco.

—¿Dónde está la bomba?

—Aaah. No es la bomba lo que debería preocuparte, sino la destrucción que he enviado por si esa bomba fracasa.

—Creo que vas de farol —dijo Wax.

—Cree lo que quieras. Pero tú mismo conoces la fuerza, la capacidad, que embargan a uno en esos momentos previos a la muerte. Es cuando el alma se ve forzada hasta el límite cuando se manifiesta la auténtica excepcionalidad. Y, por tanto, el fracaso debe tener unas consecuencias tan definitivas y terribles como la muerte.

—¿Y qué tenemos que hacer para que nos dejes en paz de una herrumbrosa vez? —preguntó Wax.

Los labios sanguinolentos de Autonomía sonrieron.

—Demostrar que lo merecéis.

Cerró los ojos. Y el cuerpo dejó de respirar.

Herrumbres. ¿Podía creer una sola palabra de lo que había dicho Autonomía? ¿Podía arriesgarse a no hacerles caso? De todas formas, lo habían dejado más alterado que la persecución entera.

Con todo, empezó a hojear los papeles que había en el camión. La

mayoría estaban hechos trizas y empapados con el agua de unos cubos. Habían intentado impedir que Wax obtuviera la información que contenían.

Por suerte, encontró un cuaderno que solo estaba mojado hasta la mitad y empezó a leer sus anotaciones, registros de lanzamientos de prueba. Herrumbres, aquellos «cohetes autopropulsados» podían recorrer cincuenta o sesenta kilómetros. ¿Cómo podían haberlos lanzado sin que nadie se diera cuenta?

«Los barcos —comprendió Wax—. Para eso construyeron la armada, para hacer pruebas armamentísticas en el océano». Las anotaciones lo confirmaron. Wax comprobó la fecha del último experimento.

Coincidía con las «vacaciones» de Gave. Habían zarpado al océano para hacer pruebas. Pero los cohetes habían fallado, o al menos no habían cumplido las expectativas que tenían. No llegarían hasta Elendel, aunque el cuaderno estaba lleno de ideas para añadirles el poco alcance que les faltaba.

Wax reunió todo lo que consideró de utilidad y lo metió en una bolsa de lona que encontró cerca de un rincón. Tenía muy poco tiempo para interpretar todo aquello, pero no le cabía duda de que en aquel desastre habría algún indicio de dónde estaba la bomba.

Se echó la bolsa al hombro y bajó del camión. Había empezado a congregarse gente, entre ellos el pobre propietario de la licorería. Wax lo vio allí fuera, lamentándose por su escaparate destrozado.

Aunque debería marcharse de inmediato, titubeó un momento y luego se acercó y puso algo de dinero en las manos del hombre.

—Lo siento —dijo—. Intento impedir una catástrofe.

El hombre miró el dinero boquiabierto, pero antes de que pudiera responder, Wax distinguió algo en el interior del escaparate hecho añicos.

—Oiga —dijo—, ¿eso es una caja de Brillaleño?

Poco más tarde, Wax tomó tierra en el laboratorio donde había dejado a Wayne. Como esperaba, su amigo se había ocupado de los adversarios y hasta había atado a unos pocos. Wayne estaba sentado con un pañuelo en la mano que tenía las iniciales de otra persona, sonándose la nariz. Tenía un aspecto lamentable.

Wax nunca había tenido que almacenar salud, así que solo podía imaginarse lo que se sentía, sobre todo en medio de un trabajo. Y ahora que había remitido la emoción de la cacería, se notaba cansado. Herrumbres, no debería apuntarse a investigar nada sin haber dormido. Ya no tenía veinte años.

Fue en dirección a Wayne, que alzó la mirada parpadeando. Entonces Wax le enseñó dos botellas de Brillaleño, una cerveza que se fermentaba en los Áridos, la mejor de todas.

—Herrumbres, Wax —dijo Wayne—. ¿De dónde las has sacado?

—Es increíble lo que se encuentra uno en cumplimiento del deber —respondió él, pasándole una a Wayne.

—Hace años que no me tomo una Brillaleño. —Wayne tenía los ojos inundados de lágrimas—. Es… Herrumbres, socio, de verdad te importo, ¿verdad?

—Creo que ha llegado el momento —dijo Wax— de tomarnos un pequeño descanso.

—¿Nos lo podemos permitir?

—Tengo que repasar las cosas que he encontrado —respondió Wax—. Y como sigamos metiéndonos en peleas así de agotados, al final van a matarnos. Creo que podemos parar media horita o así. ¿Te suena bien?

—¿Bien? —preguntó Wayne—. ¡Me suena de herrumbrosa maravilla!

56



Recorrer inadvertida aquella extraña caverna resultó imposible para Marasi. Los focos del techo hacían pocas concesiones a la sombra y las casas estaban construidas alrededor de un parque central, con hierba falsa hecha de trocitos de madera pintados de verde. Allí nada destacaría tanto como alguien intentando ser furtiva.

De modo que Marasi, sintiéndose expuesta del todo y casi esperando oír disparos en cualquier momento, recorrió una pintoresca hilera de casitas tratando de fingir que estaba donde debía. Tras el apremio de estar corriendo de una pelea a otra, le dio una sensación surrealista.

Nadie en aquella caverna parecía tener ni idea de las batallas que se libraban fuera. Se cruzó con parejas que paseaban de la mano. Un hombre trabajaba en un armazón en el patio de una casa mientras sus hijos esperaban ansiosos a que le pusiera los columpios. Otro hombre con uniforme blanco iba calle abajo repartiendo frascos de comida por las casas, tarareando una melodía.

Era estrambótico. Allí había demasiada paz, demasiada normalidad… y ni una pizca de metal. Los marcos de las ventanas eran de madera. Los edificios estaban construidos con ladrillos o arcilla, sin necesidad de clavos. En la calle no había luces ni farolas.

No pudo dejar de verlo desde el instante en que se fijó. De hecho, el único metal que alcanzó a vislumbrar era el de los focos, en las alturas del techo. Saberlo hizo que fuese incluso más consciente del macuto que llevaba. Aparte del frasco brillante, Marasi tenía algo de munición y unas pocas cargas explosivas pequeñas, además de vendajes, dinero, ganzúas y

otras herramientas. Luzdeluna era la clase de mujer a la que le gustaba estar preparada.

Marasi se apretó más el macuto contra el hombro. Por desgracia, empezaba a llamar la atención. La gente se volvía para mirarla al pasar. Las parejas dejaban de conversar al cruzarse con ella. Se sentía el blanco de todas las miradas, como si fuera la única persona que se hubiera olvidado de ponerse el uniforme en día de revista.

Quizá lo mejor fuese apresurarse a cruzar aquel barrio tan extraño, a ver si había alguna salida al otro lado. Pero ¿le serviría de algo hacerlo? Según la información de que disponía, al portal se llegaba por la Comunidad. Tenía que encontrarlo.

«El lord alcalde ha dicho que venía a la Comunidad —pensó Marasi—. Podría estar aquí, en alguna parte. Si lo encuentro, ¿me llevará al portal?».

Dos mujeres con vestidos holgados que pasaban por la calle deprisa, a paso enérgico, lanzaron varias miradas disimuladas a Marasi. Su postura… los instintos de Marasi le dijeron que iban a contarle a alguien que la habían visto.

Esos mismos instintos la urgieron a marcharse en dirección opuesta. Pero tenía que encontrar a la gente que estuviera al mando. Estuvo a punto de preguntarle a Wayne qué opinaba y al pensarlo se sintió tonta. Con los años se había acostumbrado a apoyarse en él. No tenerlo a su lado… bueno, le daba una sensación rara.

Tras pensárselo medio segundo, se puso al trote para seguir a las dos mujeres. Vio que entraban a toda prisa en una casa de dos plantas con pequeñas planchas de madera incrustadas en la fachada por las que trepaban cuerdas pintadas como enredaderas.

Marasi miró por la puerta abierta y vio a las mujeres hablando no con soldados ni oficiales, sino con otra mujer rubia de porte majestuoso y mediana edad. Llevaba un elegante vestido gris y azul: chaquetilla corta y falda larga con un poco de miriñaque, a la moda de hacía más o menos una década. La mujer de aire señorial cruzó la mirada con Marasi, fue corriendo a la puerta e hizo ademán de cogerla por el brazo.

Marasi estuvo a punto de esquivarla por instinto, pero no era un gesto amenazador.

—Corre, corre —dijo la mujer a Marasi—. Pasa dentro. Ya te ha visto demasiada gente, querida. ¡Drenya, cierra las cortinas!

Confundida, Marasi dejó que la mujer la llevara a la sala de estar bien amueblada mientras Drenya cubría las ventanas. La tercera mujer encendió una lámpara de aceite que había sobre la mesa. A Marasi le resultó… pintoresco ver aquello después de que la electricidad llevara años infiltrándose inexorable en todas las casas y apliques de iluminación.

—Fialia —dijo la mujer majestuosa—, trae a los demás. Kessi querrá conocerla, por supuesto. Y también Abrem, que ha estado llevando la cuenta. ¡Corre, corre! —Dio unas palmaditas a Marasi en el brazo con gesto distraído—. ¿Cómo estás, querida? ¿Tienes hambre? ¿Sed? Seguro que lo has pasado fatal. Eres una superviviente. Me alegro por ti.

Drenya se puso a mirar por entre las cortinas cerradas, vigilando. Era una mujer más joven y apocada, con un vestido al que le iría bien un poco más de color.

—Creo que Gord no la ha visto, bendito sea el Superviviente.

—Acabará enterándose —dijo Fialia, deteniéndose ante la puerta—. Y entonces irá derecho al alcalde.

—Ya me ocuparé yo de lord Entrone —repuso la mujer rubia mientras ofrecía una silla a Marasi—. ¡Vete!

Fialia se marchó y Marasi dejó que la sentaran, intentando comprender lo que sucedía. Si aquellas mujeres no querían que el alcalde descubriera su presencia, ¿significaba que había disidentes en el Grupo? Pero la ropa que llevaban, las casas, aquel lugar…

Y esa mujer. La rubia majestuosa dio unas palmaditas a Marasi en el dorso de la mano antes de salir de la habitación. ¿Hacia la cocina, tal vez? Marasi estuvo a punto de salir huyendo. ¿Estarían distrayéndola para impedir que frustrara los planes del alcalde Entrone? Pero entonces la mujer rubia regresó con galletas y una taza de té.

Marasi se quedó boquiabierta, patidifusa por la idea de parar a merendar en plena incursión peligrosa en territorio enemigo.

—Mírala, pobrecilla —dijo Drenya desde la ventana—. Seguro que hace años que no ve comida de verdad.

—No pasa nada —intentó tranquilizar a Marasi la mujer rubia, ofreciéndole las galletas—. No tengas miedo. Aquí tenemos de todo, como en los viejos tiempos. ¿Los recuerdas?

—¿Los… viejos tiempos? —preguntó Marasi.

—Sí, antes del desastre —dijo la mujer rubia—. Antes de las lluvias de

ceniza. Aquí abajo estamos a salvo.

—Esto se construyó para protegernos —añadió la otra mujer, acercándose a la mesa—. Qué fuerte tienes que ser para haber sobrevivido ahí arriba y encontrar el camino hasta aquí.

«Ahí arriba».

Ay, herrumbres. Marasi por fin ató cabos. Había dado por hecho que los evanotipos de ceniza cayendo, la extraña imagen en movimiento creada a partir de las maquetas que había visto formaba parte de una conspiración para amenazar al mundo exterior. Pero no. No estaban preparando aquel engaño para emplearlo en el futuro, sino que lo estaban poniendo ya en práctica. Con aquella gente.

Herrumbres. Esas mujeres creían que el mundo estaba destruido. Y que a ellas las habían protegido de la devastación.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí abajo? —preguntó con un susurro.

—Siete años ya —dijo la mujer rubia, dándole más palmaditas en la mano—. Aunque al principio vivíamos en cavernas mucho más pequeñas. Este pueblo, al que llamamos Peregrino, se fundó hace unos cinco años.

—Costó muchísimo construirlo —añadió la otra mujer—, pero no veas lo agradable que es. Recuerda a los viejos tiempos, ¿a que sí? ¿Con su cielo y su luz solar? ¿Con sus árboles y sus plantas?

Marasi, aturdida, cogió una galleta y le dio un mordisco, en parte para que la mujer rubia dejara de ofrecérselas con tanta insistencia. Estaba buena, pensó una pequeña parte de su mente mientras el resto se esforzaba en comprenderlo todo. A aquella gente… la habían engañado para que creyera que el mundo llegaba a su fin. Los habían obligado a vivir en un refugio subterráneo. Pero ¿por qué? Sin duda al Grupo no le faltarían colaboradores voluntarios para sus maquinaciones, así que ¿por qué mantener a algunos tan a oscuras? ¿Y qué relación guardaba aquello con la inminente llegada del ejército y con la bomba?

Al poco tiempo llegaron unas personas más acompañando a Fialia. Tres mujeres y un hombre, fornido y con un cinturón lleno de herramientas de piedra.

—Nada de metal —murmuró Marasi.

—Naturalmente —dijo la mujer rubia—. Los mutantes del metal pueden percibirlo. El único metal que nos atrevemos a utilizar es un poco de aluminio para las luces y los altavoces del sistema público de avisos.

Los otros cuatro se amontonaron en torno a Marasi, sin dejar de mirarla. ¿De verdad tenía tanto aspecto de haber sobrevivido a un apocalipsis? Supuso que llevaba la ropa un poco raída, después de tanto tiroteo y de pasarlas tan canutas. Añadiendo a eso el macuto y que no había tenido ocasión de lavarse…

Bueno, era posible que sí.

—Pobre gente —susurró Marasi.

—Está conmocionada —dijo la apocada Drenya.

—¿Puedes contarnos cómo está la cosa ahí arriba? —pidió el hombre del cinturón de herramientas, dando un paso adelante con un gorro de tela en las manos—. ¿Las lluvias de ceniza siguen siendo fuertes? Ya hace un año desde el último forastero que vimos.

—¿Ha habido otros? —preguntó Marasi, confusa.

—De vez en cuando alguien de arriba consigue cruzar los túneles y nuestras protecciones y llega al pueblo —explicó la mujer rubia, sin dejar de darle palmaditas en las manos—. No paro de decirle al alcalde que no nos hace falta toda esa protección, que podemos acoger a mucha más gente de la que tenemos ahora mismo. Pero Gave Entrone es un cabezota. Se empeña en que los forasteros son demasiado peligrosos.

—¿Gave es… vuestro alcalde? —preguntó Marasi.

—Sí, aunque procede de otras cavernas —dijo la mujer—. Las que hay debajo de Elendel. Existen varios complejos, y de vez en cuando alguna gente de allí se viene a vivir aquí.

—Entrone es un tirano —afirmó el hombre de las herramientas—. No nos deja ayudar al mundo de arriba. No nos deja buscar supervivientes. Ni siquiera permite que exploremos las cavernas. Y cuando llega alguien como tú…

La mujer rubia le lanzó una mirada furibunda.

—Está bien —dijo Marasi—. Necesito saberlo. Por favor, aquí hay secretos que no comprendéis.

—Bueno —repuso ella—, cuando llegan forasteros como tú… los envían a alguna otra caverna. Nunca podemos hablar mucho con ellos.

—¿Y esa gente… os habla del mundo de arriba? —adivinó Marasi, conectando los indicios.

—Un mundo de cenizas —respondió otra mujer—. Una tierra destruida y llena de terribles mutantes del metal.

—Una vez vi a uno —dijo el hombre—. Un ser horrible y retorcido. Pobrecillo. Se coló aquí dentro y la fuerza de seguridad del alcalde lo mató.

«Una abominación hemalúrgica —supuso Marasi—, soltada aquí dentro a propósito para meter miedo a esta gente».

—Los recién llegados —dijo la mujer— no pueden evitar contarnos lo mal que están las cosas, pero luego se los llevan enseguida. Creemos que el lord alcalde no quiere que nos asusten.

—Más bien al contrario —repuso Marasi—. Son actores. Los traen aquí para que confirmen sus mentiras.

Marasi miró a su alrededor en la sala y vio sus ojos afectados. Se preocupaban por ella. No tenían ni idea. La mujer rubia dio palmaditas en la mano de Marasi una vez más.

—No perdemos la esperanza de recibir noticias de que la gente a la que conocíamos… ha sobrevivido.

—Yo tenía tres hijas —dijo el hombre de las herramientas—. En Bilming. Desde que me salvaron, me reconcome no saber qué les pasó. Por favor, señorita, ¿sabe de algún grupo de supervivientes allí arriba? El último refugiado que llegó nos dijo que la ciudad entera era un erial, arrasada por completo. Pero… seguro que alguien debe de haber sobrevivido…

Marasi frunció el ceño.

—Un momento, ¿a ti te salvaron? ¿Cómo acabaste aquí abajo?

La mujer rubia le puso otra galleta en la mano y cruzó la mirada con los demás.

—Fue por sorteo —respondió por fin—. Los científicos que descubrieron que iban a volver las erupciones sabían que solo podían salvar a unos pocos. Así que tomaron una decisión imposible y seleccionaron a gente al azar.

—No fue del todo al azar —matizó otra mujer—. Ponderaron el sorteo a favor de mujeres en edad de tener hijos, por motivos obvios. Y también a favor de alomantes o descendientes de alomantes, por motivos igualmente obvios.

—No nos dejaron traer a la familia —dijo el hombre, bajando la mirada—. Al despertar aquí, intentamos convencerlos. No sabe lo mucho que nos esforzamos por hacer entrar en razón a los directores. Pero… con el tiempo… sentimos temblar la tierra y supimos que…

—Entonces llegó el lord alcalde —dijo la mujer rubia—, y estableció

unos protocolos más estrictos.

—Tirano —murmuró el hombre.

—Aún sentimos las sacudidas de vez en cuando —dijo otra mujer, mirando hacia arriba—. Por las explosiones de los montes de ceniza. Ahí fuera debe de ser ensordecedor. A veces nos permiten echar un vistazo a tu mundo, pero no a menudo. Es demasiado peligroso. Yo misma he visto cómo son las cosas ahí fuera. La ciudad hecha escombros en la lejanía, el sol rojo, la ceniza asfixiante. Como una mortaja.

—¿Cómo veis esas cosas? —preguntó Marasi.

—En una sala de observación —explicó la mujer—. Se llega por una escalerilla al final de la caverna.

Esa escalerilla no podía llevar a la sala del proyector que había visto Marasi, porque estaban demasiado lejos de allí. Sospechó que aquella sala sería para hacer pruebas y que a aquella gente le enseñarían algo de aspecto más realista, sin un haz de luz y un proyector tan evidentes.

En todo caso, por fin sabía cuál era el propósito de aquel engaño. De aquella ilusión reforzada por actores, a los que llevaban allí y luego enviaban «a otra caverna» para que no revelaran la verdad en un descuido. Mientras no se permitiera salir a ningún sujeto del experimento, nadie lo sabría jamás.

Pero ¿por qué? ¿Para qué tanto esfuerzo?

Solo podía ser por los… alomantes.

—¿Algunos de vosotros sois alomantes? —preguntó Marasi.

—Sí —dijo la mujer rubia—. Yo soy encendedora, aunque ni siquiera mi familia sabía de mis poderes. Fialia es atraedora y Kessi aplacadora.

—Mis dos padres eran alomantes —añadió el hombre—, pero yo no tengo poderes. Hay otros muchos como yo.

Ahí tenía la última pieza. Marasi por fin sabía lo que estaba ocurriendo. Y mientras terminaba de componer el rompecabezas, la asaltó otra revelación. Ya conocía de antes a la mujer rubia. Con razón le resultaba familiar.

Era prima lejana de la propia Marasi: Armal Harms, una mujer a la que habían secuestrado Miles Cienvidas y los Desvanecedores hacía siete años, durante el primer caso de Wax después de su regreso a la ciudad.

57



Marasi debería haberse marchado de inmediato. Poco más podría averiguar de la gente atrapada en el experimento del Grupo. Pero las implicaciones la lastraron en su asiento. Así que se quedó en la silla acolchada con una galleta, sintiéndose abrumada, rodeada de gente a la que habían mentido durante años.

Wax había sido el primero en darse cuenta de que todas las personas secuestradas tenían alomancia en su árbol genealógico. Al principio habían pensado que eran todas mujeres, pero algunos otros secuestros misteriosos en la misma época habían resultado ser de hombres.

Marasi y Wax habían buscado a esa gente durante años, a intervalos. Temían que el Grupo les hubiera hecho cosas espantosas, pero nunca habían imaginado algo como aquello. ¿Encerrarlos a todos en un refugio subterráneo? ¿Convencerlos de que el mundo había acabado?

Uno de los objetivos principales del Grupo a largo plazo era obtener acceso a los poderes alománticos, y el hecho de que dispusieran de tantos clavos indicaba que una parte de los secuestrados había tenido un final atroz. Pero aquella gente encerrada, añadida a que de momento solo los miembros más importantes del Grupo llevaban punzones hemalúrgicos sugería un proyecto mucho más a futuro. Allí abajo tenían un criadero literal de niños con grandes probabilidades de ser nacidos del metal, excelentes para reclutarlos o para crear clavos. Pensarlo hacía que a Marasi se le revolviera el estómago, sobre todo cuando se le ocurrió observar a las mujeres de la sala y reparó en que dos podrían estar embarazadas.

Los columpios que estaba construyendo el hombre de antes de pronto adoptaron un tinte más tenebroso. Y sin embargo… aquella gente no

parecía aterrorizada por la idea de que les arrebatarían a sus hijos. Era posible, muy posible, que Marasi los hubiera encontrado a tiempo. No a tiempo de evitarles todo el trauma, por desgracia, dado que ya los habían arrancado de su familia y su vida para encerrarlos allí abajo, pero al menos el Grupo todavía no los había convertido en clavos.

«El lord alcalde ha dicho que la Comunidad era el proyecto de Edwarn», pensó. Todo aquello lo había urdido del tío de Wax como un método a largo plazo de proporcionar poderes alománticos al Grupo. Marasi sospechaba que, tras su muerte, gran parte de la infraestructura que había creado pasó a otras manos cuando Telsin se puso al mando y Autonomía empezó a meterles prisa. Una caverna cuyo único propósito había sido albergar un experimento de eugenesia alomántica se había ampliado para convertirse en refugio de los partidarios del lord alcalde. Los sucesivos experimentos con los punzones estaban llevando a distintas innovaciones.

Pero aquel antiguo experimento perduró, como también lo hizo la gente atrapada en él. Marasi se había topado con la solución a uno de sus misterios sin resolver más inquietantes. Podía rescatar a aquellas personas. Suponiendo que antes salvara el mundo en sí.

—Te conozco —dijo Marasi a la mujer rubia—. Te llamas Armal Harms, ¿verdad?

—Bueno, antes me apellidaba Harms —respondió la mujer—. Antes de casarme aquí abajo. ¿Tú y yo nos… conocíamos?

—Solo he visto retratos —dijo Marasi—. Soy Marasi Colms, la… prima de Steris.

Era la mentira que siempre habían contado, antes de que su padre estuviera dispuesto a reconocer en público su infidelidad.

—¿Steris? —preguntó Armal, animándose—. ¿Está…? O sea…

—Está viva —dijo Marasi—. Armal, todos están vivos. Os han contado a todos una mentira tremenda. No sé cómo explicártelo con más delicadeza. No hubo ninguna lluvia de ceniza. La Cuenca no está destruida. Es todo un engaño. —Hizo una mueca—. Os secuestraron unas personas horribles.

Los presentes en la sala se miraron unos a otros.

—Es el mal de la ceniza —dijo otra mujer.

La mujer apocada asintió y dio una palmada a Marasi en el hombro.

—Estás desorientada y tienes delirios, querida.

Marasi suspiró. ¿Cómo no se le iba a ocurrir al Grupo una excusa como

aquella? Querrían tener una explicación de reserva por si alguien se colaba entre las defensas.

—Ahora mismo no puedo demostrároslo —dijo Marasi—, pero encontraré la forma. Por favor, tened presentes mis palabras. Suavizarán el golpe cuando debáis afrontar la verdad. Soy agente de la ley de alto rango en Elendel. —Sacó sus credenciales—. Llevaba años intentando encontraros a vosotros, a los secuestrados por una organización misteriosa llamada el Grupo. Tienen otras conspiraciones en marcha, incluso más peligrosas que esta, de modo que no puedo quedarme. Pero la verdad, Armal, es que se te llevaron porque querían alomantes. Y están dispuestos a esperar para obtenerlos.

Armal alzó la mirada mientras unos pies pequeños recorrían el piso superior y la risa de niños bajaba flotando.

—Reconocerás que es muy raro —añadió Marasi— que te secuestraran unos hombres armados durante un robo.

—Tuvieron que actuar así —dijo Armal—, para esconder lo que hacían. Para evitar que cundiera el pánico.

—¿Haciéndose pasar por una banda de ladrones? —preguntó Marasi.

—Funcionó en las *Palabras de Instauración* —respondió ella—. El mismísimo Superviviente fingió ser un ladrón.

Marasi no tenía tiempo de seguir discutiendo.

—Necesito encontrar a Gave Entrone —dijo—. ¿Sabéis dónde puede estar?

En ese preciso instante, como si lo hubiera decretado Armonía, una voz atronó desde los altavoces de fuera. Retumbó por toda la caverna a través del sistema público de avisos. Era Gave Entrone, el lord alcalde.

—Pueblo de Peregrino, estad alerta —dijo en una voz metálica, retransmitida—. Se ha visto a una peligrosa forastera recorriendo los túneles exteriores, con toda probabilidad viniendo hacia aquí. Es muy posible que esté armada y sabemos que sufre un caso muy grave del mal de la ceniza.

»Consideradla extremadamente peligrosa e informad de cualquier avistamiento sin demora al agente de tranquilidad de vuestro barrio. No entabléis contacto con ella. No le dirijáis la palabra. Ya ha matado en otras ocasiones y volverá a matar si se le da la oportunidad.

Todos los reunidos miraron hacia arriba y Marasi se tensó. ¿Cuánta

amabilidad iban a mostrarle después de aquello?

—Diablos —espetó Armal—, tenemos que esconderla.

—La han visto entrar —dijo el hombre de las herramientas.

—Revolveremos la sala —dijo Armal— y explicaremos que nos ha amenazado y ha salido corriendo. —Miró a Marasi—. Estás confusa y tienes el mal de la ceniza, pero… ¿recuerdas cómo marcharte de aquí? ¿La ruta por las cavernas?

—Olvídate de eso —dijo la mujer apocada con repentina ferocidad—. ¿Tienes armas? ¿Algo que nos sirva para derrocar a Entrone?

—¡No vamos a derrocarlo! —exclamó Armal—. Solo tenemos que hacer lo que planeábamos: escabullirnos al exterior, encontrar supervivientes y traerlos aquí. Demostrar a todo el mundo que somos capaces de ayudar. Eso decantará al lord alcalde a favor de nuestros razonamientos.

Era una filosofía noble. Y también imposible por completo. Pero Marasi no tenía tiempo de seguir convenciéndolos.

—¿Dónde está Entrone? —preguntó mientras se levantaba.

—Tiene una mansión nueva en las afueras del pueblo —dijo Armal—. Muy grande, con la emisora de radio dentro. Es peligroso porque necesita metales para que funcionen sus aparatos, así que en caso de invasión mutante irán a por él en primer lugar.

—Qué valiente por su parte —repuso Marasi, y fue en dirección a la ventana haciendo que los demás se apartaran—. Seguro que también tiene un bonito túnel a la superficie. ¿Habéis visto esa pared exterior plana? Tiene cristales que son transparentes desde el otro lado. Los usan para observaros.

—El mal de la ceniza —susurró una mujer.

—¿Hay…? —Marasi se detuvo a pensar cómo formular la pregunta—. ¿Hay algún tipo de portal por aquí? Herrumbres, no sé ni qué aspecto se supone que debe tener. ¿Algún tipo de gran construcción, tal vez? ¿O alguna zona a la que esté prohibido el acceso?

Se quedaron todos mirándola, confundidos. Si Entrone estaba creando un portal para que cruzara el ejército de Autonomía, ¿por qué iba a hacerlo allí, con tanta gente cerca? ¿Por qué no en algún sector más aislado del complejo de cavernas, lejos de sus sujetos de prueba? Pero aun así, había concretado que iba a ir a la Comunidad para abrir el portal.

Marasi miró a Armal, que sostenía en alto sus credenciales con el ceño

fruncido.

—¿Por qué ibas a molestarte en llevar unas credenciales falsas? —preguntó la mujer—. Si hasta llevan un cuño falso con fecha de este año.

—Debe de estar muy grave —dijo una de las otras.

Armal cruzó la mirada con Marasi y se le acentuó el ceño.

—Es porque estoy diciéndoos la verdad —respondió Marasi—. Y ahora tengo que encontrar a Entrone y detenerlo.

Armal negó con la cabeza.

—Marasi, podemos ayudarnos entre nosotras. No te precipites. Aquí tampoco nos gusta el lord alcalde, pero no queremos que haya violencia. Ya hemos sufrido demasiada muerte. Si te escondemos, podremos hablar, planificar.

—No hay tiempo para planificar —replicó ella, cruzando la sala a toda prisa para recoger su macuto—. Empezad ya a revolver esta sala. Decidles lo peligrosísima que soy, contádselo con pelos y señales. A lo mejor eso los retrasa un poco.

Sacó la pistola del macuto y todos se quedaron mirándola sorprendidos. Todos menos Armal, que puso cara de decepción.

—Escuchadme —les dijo Marasi—, la situación va a volverse muy peligrosa y muy confusa aquí dentro. Mis amigos ya se han ocupado de una gran cantidad de soldados, así que a lo mejor puedo enfrentarme a Entrone en solitario. Pero si no vuelvo, tendréis que derrocarlo. Es muy posible que millones de vidas dependan de ello.

—No podemos —repuso Armal—. Aunque quisiéramos, no tenemos armas.

—*Sois* armas —dijo Marasi—. Solo hay que conseguiros…

«Metales». Por eso no había ninguno allí abajo. El Grupo había apresado a un gran número de personas que o bien tenían capacidades extraordinarias o bien era probable que dieran a luz a quienes las poseerían. Telsin y el resto sabían que, si no tenían cuidado, caerían derrotados ante sus propios cautivos. De ahí la ausencia de metales y el cuento sobre unos «mutantes» capaces de percibirlos.

¿Cómo se mantenía preso a un puñado de gente peligrosa? Convenciéndola de que en realidad no estaba presa.

Marasi se volvió y miró a Armal a los ojos.

—¿Por dónde se va a casa del alcalde?

—Eh…

Marasi le sostuvo la mirada hasta que Armal bajó los ojos a las credenciales que había estado examinando y luego los apartó a un lado.

—Lo sabes, ¿a que sí? —preguntó Marasi—. Que os estoy diciendo la verdad. O como mínimo lo sospechas. Siempre has sabido que algo no encajaba.

—Tengo familia —dijo Armal—. Hijos y un marido al que quiero.

—Si Entrone se sale con la suya —replicó Marasi—, están todos condenados a vivir en la oscuridad. Armal, el alcalde pretende llevarse a tus hijos. Tenéis que procuraros metales y resistir con todas vuestras fuerzas.

—Procurarnos metales —bufó una mujer—. ¿Y cómo quieres que lo hagamos? ¿Lamiendo piedras y esperando que tengan una pizca de hierro?

—No sé si te creo o no —dijo Armal—. Y no… no voy a luchar, ni aunque tuviera armas. Quizá te lleve hasta donde vive Entrone, pero nada más.

«¡Serán imbéciles!», pensó Marasi apretando los dientes. Pero entonces se sintió estúpida. No eran unos imbéciles por estar asustados. Habían abusado de ellos, les habían mentido, los habían encerrado lejos del sol.

Marasi no debería reprochárselo a ellos. De hecho, al avergonzarse de haberlo hecho, tuvo un extraño momento de claridad. Aquella gente, y quienes eran como ellos, eran el motivo de que hiciera lo que hacía. La razón de que Marasi fuese alguacil. Era su trabajo rescatarlos.

—Llevadme hasta Entrone —les pidió—. Encontraré la forma de ocuparme de él.

Levantó el macuto para llevárselo al hombro.

Se detuvo de pronto al oírlo tintinear.

58



Wayne vio cómo Wax levantaba las botellas por encima de su cabeza y hacía saltar la chapa con un breve empujón alomántico. Mira qué práctico. Cuando Dios creó la alomancia, ¿se le habría ocurrido que los lanzamonedas serían buenos abridores de botellas?

Wax tendió una a Wayne, que se limpió los mocos de la nariz con el pañuelo antes de cogerla. Suspiró, con la cabeza palpitando, con el cuerpo dolorido. Maldición, qué horrible era acumular salud. Hacía que uno se sintiera como eso que sale entre los dedos de los pies cuando se llevan puestos los zapatos demasiado tiempo.

Se reclinó contra el soporte que recorría en horizontal la parte delantera del enorme cartel. Habían subido a él volando, cómo no, porque a los lanzamonedas les gustaba estar en el cielo. Eso y que a Wax le gustaba ser descarado. ¿Y qué había más descarado que tomarse una cerveza delante de aquel estúpido cartel propagandístico de la ciudad?

El trasto tenía una repisa en la parte de delante, así que se estaba bastante cómodo allí sentado. Wayne supuso que la repisa estaba para que los operarios colocaran el cartel en sí, que en ese caso era una nauseabunda imagen de un tipo mirando hacia el cielo, con líneas de luz extendiéndose detrás de él. INDEPENDENCIA POR MEDIO DEL ESFUERZO COMPARTIDO, decía. Wayne podría haberse comido la etiqueta de la botella de cerveza y al día siguiente soltar un mojón que tuviera más sentido.

El dichoso cartel estaba muy alto, encarado hacia el interior de la ciudad desde un lado de la autopista principal. Hacia el rascacielos central, la Torre de la Independencia, a la que llamaban el Shaw. Por el viejo Kredik Shaw.

Wax estiró el brazo con la botella y Wayne se inclinó para hacer

entrechocar los cuellos. Luego echó la cabeza atrás y bebió, agradeciendo el sabor fuerte. Lupulado, amargo. Como debía ser una buena cerveza. Allá en los Áridos lo tenían claro. ¿Para qué limpiarla tanto y hacer que supiese como algo distinto a lo que era? Las cervezas de la ciudad… eran para gente a la que en realidad no le gustaba la cerveza.

Los posos le sentaron bien en la garganta, que siempre se le ponía rasposa cuando almacenaba salud. Era como si estuviera enfermo siempre, a todas horas, pero en general no lo notara porque a su cuerpo se le daba bien disimularlo. Pero en el momento en que empezaba a acumular salud, la enfermedad pasaba a un primer plano.

Wax dio un largo sorbo a su cerveza y pareció que el sabor lo relajaba, que su mirada se perdía en la lejanía. Satisfecha.

—¿Te acuerdas de cuando fuiste a abrir las botellas pero yo antes les había dado un golpe contra la mesa? —preguntó Wayne—. Te chorrearon por toda la cabeza.

—¿A qué vez te refieres? —dijo Wax.

—Je. Esa broma nunca se hace rancia.

—Porque ya olía a moho la primera vez que me la gastaste.

Wayne sonrió de oreja a oreja.

—Justo pensaba en esa primera vez, después de que atraparas a Gélido Ben Oldson. Ya sabes, cuando tenías de ayudante al Parpadeos.

—Me acuerdo.

—No puedo creer que trabajaras con ese tipo —dijo Wayne, dando otro trago—. Era un patán disparando.

—Tenía otras habilidades —respondió Wax—. Y cabe resaltar que tú también eres un patán disparando.

Era cierto. Pero eso no quitaba que Wax tuviera un gusto horrible eligiendo ayudantes.

—Recuerdo la primera vez que me pillaste con el truco de agitar las botellas —dijo Wax, y dio un sorbo a su cerveza—. La recuerdo bien. También fue la primera vez que pareciste sonreír de verdad.

—Ya, bueno —dijo Wayne—. Soy bueno fingiendo ser cosas que no soy, ¿sabes? Al final acabé averiguando cómo fingir que soy una persona que vale algo. Es una buena mentira. Aún consigo creérmela. —Dio otro sorbo —. Casi todo el tiempo.

—Wayne…

—No me hace falta un discurso, Wax. —Wayne apoyó la cabeza de nuevo en el soporte de metal y cerró los ojos—. Estaré bien. Solo tengo que ponerme el sombrero.

—Te sientes peor últimamente, ¿verdad? —preguntó Wax. Qué molesto era lo perceptivo que podía ser—. Esto no es solo por MeLaan.

Wax se encogió de hombros, con los ojos aún cerrados.

—Venga, suéltalo —dijo Wax—. Te he invitado a una cerveza. Me debes una respuesta, son las normas.

Ruina, el muy herrumbroso se sabía las normas.

—Es solo que he estado pensando. —Wayne bajó la voz—. Recordando a mi familia, y la vergüenza que tendría mi madre si me viera convertido en asesino. Llevo todos estos años intentando compensarlo, pero no hace que me sienta mejor. Así que supongo que he empezado a opinar que a lo mejor nunca podré hacer el suficiente bien para contrarrestar el mal que hice. A lo mejor nunca valdré nada.

—No puedes compensarlo, Wayne —susurró Wax—. Eso sí que es verdad.

Wayne abrió los ojos.

—Durkel, ese hombre al que mataste —añadió Wax—, no dejará de estar muerto. Nada que hagas cambiará ese hecho. No hay los bastantes buenos actos que lo traigan de vuelta ni te ganen el perdón.

Wayne apartó la mirada, sintiéndose enfermo, y no solo por estar acumulando salud.

—Ya sé que he dicho que no necesito un discurso, Wax. Pero tampoco hace falta que me lo restriegues.

—Lo bueno —dijo Wax— es que no necesitas ningún perdón, Wayne.

—Eso sí que es una bobada.

—En absoluto. —Wax se inclinó hacia delante y señaló con la botella—. Wayne, ¿volverías a hacerlo, si tuvieras ocasión? ¿Atracarías a un hombre para robarle cuatro arquillas mal contadas? ¿Le dispararías si la cosa se torciera?

—¿Cómo? ¡Claro que no!

—Pues entonces —dijo Wax— no necesitas ningún perdón. Porque tú no eres el hombre que mató a Durkel. Ya no. El hombre que lo hizo… bueno, está muerto. Enterrado bajo dos metros de la arcilla y la piedra que pasan por tierra en los Áridos. Hace años que no eres él.

—No creo que funcione así —replicó Wayne.

—¿Por qué no? —preguntó Wax, y dio otro sorbo a su botella—. ¿Para qué está todo esto, si la gente no puede cambiar? Si tú no tienes remedio, Wayne, entonces no lo tiene nadie. Ya puestos, disparemos a la gente la primera vez que hacen algo malo, porque total, no van a cambiar, así que ¿qué más da?

—Eso no es justo.

—Tú no eres justo —dijo Wax—. No contigo mismo. Te he estado observando, Wayne. No te hiciste mi ayudante porque buscaras la redención. No sigues luchando a mi lado porque necesites que se te perdone. Lo haces por el hombre en el que te has convertido. Lo haces porque quieres hacer del mundo un lugar mejor.

—Puede que te equivoques —repuso Wayne—. No sabes lo que tengo en los sesos, Wax. A lo mejor sí que soy corrupto, de cabo a rabo. Ya sabes cómo me pongo cuando hay bronca. A lo mejor hago todo esto porque así tengo la oportunidad de pelear y matar a gente. Porque me gusta.

—Qué va —dijo Wax. Se terminó la cerveza y sostuvo la botella por delante, colgando entre dos dedos—. No me lo trago, Wayne. Te conozco. Y te respeto. Te admiro. Hay veces que querría ser tan buen hombre como tú.

Wayne enderezó la espalda y lo miró con ojos entornados.

—Un momento, ¿hablas en serio?

—Ya lo creo.

—Socio, hoy mismo he quemado un edificio. Y no era de los que se supone que incendias, como una escuela. Era un edificio importante y grandote.

—Ya, ¿y qué has hecho después de encender el fuego? —preguntó Wax—. ¿Te has largado corriendo?

Wayne se encogió de hombros.

—No, has sacado a todo el mundo —dijo Wax—. De hecho, te has llevado a un grupo de personas para llamar a las puertas y asegurarte de que la gente escapaba. Has incendiado el edificio porque te hacía falta, pero luego no has parado hasta que… —Vaciló, comprobó que de verdad tenía la botella vacía y luego miró a Wayne frunciendo el ceño—. Wayne, no se supone que haya que incendiar las escuelas. Que lo hicieras una vez no significa que esté bien.

—No, escucha —respondió Wayne, y se terminó también la cerveza—. Al final lo entendí. Sí que hay que incendiar las escuelas. ¿Te imaginas que eres un crío y un día despiertas y resulta que la escuela ha volado? ¡Caray, sería el herrumbroso mejor día de tu vida!

Wax suspiró.

—Yo creo —continuó Wayne— que por eso el ayuntamiento no para de construir más escuelas. ¿Te has fijado en la cantidad que hay ahora? El gobierno se las guarda por si algún día tienen que hacer feliz a algún niño. Entonces las quemarán.

Wax le clavó la mirada. Así que Wayne sonrió y le guiñó un ojo, informándole de que tal vez aquello fuese una historia de las suyas en plan exagerado.

Wax se reclinó.

—A veces contigo no hay forma de saberlo.

—Y ahí está el problema, ¿verdad? —dijo Wayne—. ¡Porque hago cosas horribles! Ranette me explicó que, por lo visto, ir a ver a la hija de Durkel es lo peor que podría hacer. ¡Llevo un montón de años haciendo su vida un infierno y ni me daba cuenta!

—¿Y te importa? —preguntó Wax.

—¡Claro que me importa!

Wax inclinó la cabeza hacia él.

—Pues ahí lo tienes. Eres buena persona.

—Ya ves de qué sirve si no paro de fastidiarlo todo, socio. Aún afano cosas de vez en cuando, hasta cuando no es a mis amigos ni tampoco en broma. No me paro a pensarlo hasta más tarde. Y entonces me doy cuenta de que igual a ese tipo le gustaba mucho su caja de puros.

—Fastidias mucho menos de lo que arreglas, Wayne. No puedes negarlo. Eres buen hombre.

Wayne se quedó callado. Porque… porque le caía bien Wax. No solo eso: confiaba en Wax. Wax tenía razón sobre las cosas.

¿Podría… tener razón sobre aquello?

Wax se inclinó hacia delante.

—No puedes seguir desenterrando el cadáver de quien eras antes, Wayne. No puedes seguir cargando con él de un lado a otro. Déjalo enterrado. Plantéate quién *eres*, no a quién dejaste atrás. Es lo que he aprendido estos últimos años. Y para mí ha sido toda una diferencia.

Pues vaya con los tópicos. Qué fácil era decir esas cosas. Pero Wax no decía las cosas porque sí. Nunca lo había hecho. Wax decía lo que quería decir.

Quizá… quizá sí fuese el momento de enterrar ese cadáver. Porque herrumbres, últimamente le estaba pesando un montón. ¿Cómo sería la vida si no cargara con él? Tal vez una parte de él estaba preparada, y lo estuviera desde hacía años. Había dejado de temblar cuando empuñaba una pistola. Su cuerpo estaba dispuesto a pasar página. ¿Se lo permitiría su mente?

Contempló la ciudad, con la cabeza palpitando por acumular salud. Los coches se afanaban allí abajo, representantes de un mundo nuevo, con los elegantes edificios proyectando largas sombras mientras el sol empezaba a ponerse. La Cuenca entera estaba cambiando.

¿Por qué no cambiar con ella?

Se permitió dejar de acumular salud. La verdad era que no iba a servirle de mucho. Se le aclaró la cabeza y remitieron los dolores.

—Muy bien, pues —dijo irguiendo la espalda—. Tenemos que solucionar esto, Wax. Llevo todo el día con la espina clavada de que seguimos una pista que se ha enfriado demasiado para mi gusto.

—Estoy de acuerdo —asintió Wax, y acercó dos bolsas de lona—. Mira ahí dentro, a ver qué nos ha preparado Steris.

Empujó hacia Wayne la primera bolsa, su reserva de municiones, que había recogido de un tejado. Wayne abrió los cierres y la cremallera mientras Wax metía la mano en la otra bolsa y sacaba unas páginas, que sostuvo en alto. El cartel tenía unas luces eléctricas para que se viera de noche, que servirían a Wax para leer las páginas. Vaya. A lo mejor Wax había tenido un buen motivo para elegir ese sitio, a fin de cuentas.

Wayne empezó a contar la munición de las pistolas de Wax y a dividirla en bolsitas.

—A ver —dijo—, ¿estaban haciendo pruebas con una bomba voladora ahí fuera, en el océano?

—Solo experimentaban con el dispositivo de envío —respondió Wax, pasando papeles—. No llevaba la bomba aún. Sería demasiado peligroso. Además, aún no la tenían preparada. Aquí hay unos diagramas de la bomba y hasta hace poco les estaba costando crear una batería lo bastante grande para hacerla portátil.

—Pero ¿ya lo han resuelto?

—Por desgracia —dijo Wax, pasándole el diagrama como si a Wayne fuera a servirle de algo—. Mira ahí. Al final la han terminado, portátil pero demasiado grande. Eso es lo que los lleva de cabeza. Tienen unos cohetes capaces de volar cincuenta o sesenta kilómetros, pero no con una carga tan pesada. —Pasó más páginas y entregó otra a Wayne—. Ese diagrama es de un dispositivo para impedir interferencias . Uno de lo más malvado. No quieren que nadie desarme ese trasto. Y esto de aquí es el diseño de un cohete mucho más grande. Quizá sea un último intento de que la bomba funcione, pero temen que no llegue lo bastante lejos… y que la explosión afecte también a Bilming o a otras ciudades, no solo a Elendel.

Wayne gruñó y se guardó los papeles en el bolsillo. Luego hurgó más en su propia bolsa y encontró un bocadillo.

—Madre mía —dijo, desenvolviéndolo. ¿Era de ternera ahumada? Doble madre mía—. Menos mal que no me hiciste caso y te quedaste con esa mujer. Es un partidazo.

Wax le lanzó una mirada inexpresiva.

—Me equivocaba con ella, ¿vale? —dijo Wayne, sacando un segundo bocadillo y pasándoselo a Wax—. Me equivoco mucho con la gente. Puede que hasta conmigo mismo.

Wax sonrió y atacó el bocadillo. Wayne lo imitó, y hasta ese momento no se había dado cuenta del hambre que tenía. Ayudaron a bajar la comida con el contenido de unas cantimploras, que por desgracia era solo agua. A Wayne le habría encantado tomarse otra cerveza. Pero no, tenían trabajo que hacer. Una botella los mantendría flexibles. Más serían peligrosas.

Wayne sacó una mente de metal de repuesto para Wax, llena de peso adicional, y se la lanzó. A continuación salieron unos viales llenos de copos de metal, dentro de un pequeño estuche. Faltaban ocho, quedaban otros ocho.

—No son de los que sueles usar.

—Me los envió Armonía —explicó Wax—. Dice que son especiales.

—¿Ah, sí?

Wayne se fijó en el último de la hilera, que tenía el corcho rojo. Los dejó aparte y sacó una pequeña bolsa de metales con su nombre bordado. Aquella herrumbrosa mujer hasta le había preparado un poco de bendaleo.

—¿Y dónde tenemos que ir, Wax? Dices que estaban construyendo un último cohete, el más grande de todos. ¿Dónde lo tienen?

Wax repasó las notas.

—Están preocupados, Wayne. Entre la espada y la pared. Al final hay unas anotaciones escritas hoy mismo. Están aterrorizados de que Autonomía les suspenda el proyecto entero… con violencia. Así que se las ven y se las desean para mantenernos apartados, y para tener una última oportunidad de triunfar. Pero ¿dónde? ¿Cómo?

Wayne siguió hurgando en su bolsa de lona y sacó una extraña bola de mimbre con un peso en el centro.

—¿Esto te lo ha hecho Ranette?

Wax sonrió e indicó a Wayne que se la lanzara. Al recibirla, la hizo ascender por los aires con un empujón de acero.

—Max ha debido de ayudar a Steris a preparar la bolsa. Me ha enviado un regalito.

La siguiente vez la hizo subir más. Y luego más aún.

Entonces la atrapó y se quedó muy quieto.

—¿Qué pasa? —preguntó Wayne.

—Sé dónde está la bomba —dijo Wax—. Necesitan altura. La altura es lo primero, y luego ya puedes lanzar algo para que llegue lejos. Además, tenían que construir un cohete grande en algún lugar donde la gente no pudiera meter las narices. Toda la altura posible, y en una posición segura…

Wayne dejó de contener el aliento y los dos se volvieron hacia el centro de la ciudad. Hacia el Shaw, la enorme torre… cuya cima estaba en obras, en teoría para añadirle unas cuantas plantas más. ¿O quizá era un proyecto de construcción distinto del todo?

—Maldición —dijo Wayne, reparando en la cantidad de luces que había en los pisos superiores del rascacielos y en los focos que tenía encima—. Esta noche están atareados. Entre la espada y la pared, ya lo creo que sí. —Miró a Wax—. Es la meseta. Ese edificio *es* la meseta.

—¿Qué meseta?

—En el cuento de mi madre —respondió Wayne—, todo terminaba en la meseta. La única altura en el centro de un terreno llano.

Wayne miró a su amigo para ver si protestaba diciendo que no estaban en esa historia. Porque en eso, Wax se equivocaría. Sí que estaban en ella, o por lo menos recorriéndola en paralelo. Porque Wayne había decidido que así era, y así era y punto.

—Conque una meseta, ¿eh? —Wax dejó colgar una pierna por el borde

de la repisa—. Sí que lo veo, sí.

—Nunca entendí del todo lo que ocurría después —dijo Wayne—. En el cuento, el vigilante de la ley iba a la meseta para encontrar al malo, Descarado Barm, el peor villano que ha existido jamás. Pero Barm *era* la meseta.

—¿Ese hombre… era la meseta?

—Sí, era como que se había transformado en ella —explicó Wayne.

—No tiene mucho sentido.

—Desde luego que no —respondió Wayne—. No sé por qué mi madre me contó la historia así.

—A lo mejor no significa nada —dijo Wax—. Puede que se le ocurriera eso porque en las historias tienen que pasar cosas.

—Quita, quita —replicó Wayne—. Tú no conociste a mi madre, Wax. Era buena contando historias. Buenísima. Sí que significaba algo. —Wayne respiró hondo—. Si tenemos que llegar arriba del todo, será un ascenso duro. No hay ningún otro edificio cerca con una altura ni parecida. No podrás empujarnos hasta el tejado.

—Nos expondríamos a francotiradores si lo intentáramos, de todos modos —dijo Wax, escrutando los focos que se distinguían en lo alto del Shaw—. Tendremos que subir por dentro. Ruina, Wayne, tienes razón. Va a ser duro.

El pie de Wayne dio contra algo que había en la bolsa de la munición. Frunció el ceño, se arrodilló y sacó una caja de madera que encontró al fondo. Tenía el símbolo de Ranette grabado en la tapa.

Wax exhaló despacio, casi con actitud reverente.

—Steris me la ha puesto en la bolsa.

—¿Qué es? —preguntó Wayne, y abrió la tapa.

Era un arma de fuego. Aparatosa, con un cañón que tendría más de diez centímetros de ancho. No se parecía a nada que Wayne hubiera visto.

—Algo especial —dijo Wax mientras la levantaba.

Después de la pistola, sacó otras piezas de la caja y montó algo que se parecía un poco a una escopeta de un solo cañón, solo que de un calibre mucho mayor. Tenía un gran tambor para la munición, casi como si se tratara de un revólver gigantesco, cargado con balas más grandes que vasos de chupito.

Wayne dio un silbido.

—La llamamos el *Pistolón*, sin más —dijo Wax—. Esperaba no necesitarla. No es arma para un vigilante de la ley. Es el arma… de una espada.

En la lejanía, el sol por fin se sumergió bajo el horizonte oceánico, como un enorme pegote de masa cayendo al aceite para freírse bien crujiente. Wayne contuvo otra vez el aliento. Entonces las brumas empezaron a arremolinarse en el aire. Crecieron como enredaderas saliendo de agujeros invisibles y se extendieron por la ciudad.

—Vaya —susurró Wax—, qué alegría verlas. —Miró el arma que tenía en las manos—. Lo que viene ahora será sangriento, Wayne. ¿Cuánta curación te queda?

—No mucha —reconoció Wayne—. Resistiré un balazo o dos y se acabó.

Wax respiró hondo.

—Voy a pedirte que te quedes atrás. Que me dejes hacer lo que Armonía ha decidido que debo hacer. —Amartilló su extraño revólver, poniendo una enorme bala en la recámara—. Vamos a subir a ese edificio y detener el lanzamiento. —Hizo una pausa—. Qué cosas. No sé si podría haber hecho algo así hace unos años. Pero ahora sé quién soy, contra qué peleo y por qué. Hay una cierta paz en eso, por muy mal que sepamos que van a ponerse las cosas.

—Herrumbres —dijo Wayne con un nudo en la garganta—. Ojalá me sintiera igual. Wax, después de todo este tiempo, aún me cuesta metérmelo en la cabeza. Mato a un hombre y me arruino la vida. Y luego voy y me uno a ti, y tengo que seguir matando a gente. Pobres desgraciados, ¿sabes?

Wax se apoyó la extraña arma en el hombro y puso la otra mano en el brazo de Wayne.

—Sí. Lo sé. Pero a lo mejor tu madre tenía razón en que el malo sea una meseta. En que sea la misma tierra. Igual era lo que intentaba decirte, Wayne: que es el mundo lo que debe preocuparnos. Sí, las personas individuales… pueden ser malvadas. Pero tendríamos que centrarnos más en el propio mundo que las hace así.

—¿A qué te refieres?

—Dime, ¿crees que habrías terminado con los Chicos del Tablón si tu madre no hubiera muerto en ese accidente?

—Desde luego que no —respondió Wayne.

—Casi todos los hombres a los que me ha tocado disparar tenían un

pasado como el tuyo. Es de lo que siempre está hablando Marasi. Hay que detener a los Descarado Barm del mundo, sí. Pero si puedes cambiar el mundo para que haya menos chavales creciendo solos… en fin, a lo mejor tendrás a muchos menos Descarado Barm con los que enfrentarte en el futuro. Puede que eso fuese lo que decía tu madre.

Anda.

—Sí —dijo Wayne—. Sí, me encaja.

Se quedó de pie en el borde de la repisa del cartel, encarado con Wax hacia el rascacielos. Wax se guardó el último de aquellos viales de metal que le había dado Armonía en la funda recubierta de aluminio que llevaba en el cinturón. Wayne sacó unos pocos del estuche también.

—Wayne —dijo Wax—, ¿recuerdas cómo empezó esto? ¿Esta nueva vida, después de los Áridos? Me había rendido después de la muerte de Lessie. Tú viniste a buscarme a Elendel, y me sacaste de ahí, Wayne. Yo me dedicaba a quedarme sentado, regodeándome en mis propias cavilaciones. Y entonces te presentaste y me agarraste. Me dijiste que estaba habiendo unos robos misteriosos en vagones de tren. Me pusiste en el camino de perseguir a Trell.

—Supongo que sí —respondió Wayne—. No significa que sea el héroe.

—Tonterías. —Wax le lanzó una mirada—. Eso es lo que eres. Y no vas a cambiarlo por mucho que protestes, por muchos restos de remordimiento que te queden, por muchas vocecitas susurrantes y embusteras que te digan lo contrario. «Estás hecho para ayudar a la gente», Wayne. «Es lo que haces».

Wayne ladeó la cabeza.

—¿Eso era… una cita o algo?

—Es lo que me dijiste tú a mí hace siete años. Cuando la gente me necesitaba pero tenía demasiado miedo para coger una pistola.

—¿Y te acuerdas? —preguntó Wayne—. ¿Sabes exactamente lo que dije?

—Claro que sí. Esas palabras me cambiaron la vida.

Wayne soltó una carcajada aullante.

—Madre mía, Wax. ¡Pero si yo digo cosas porque sí! ¡Se supone que no tienes que prestarles atención!

—¡Tenía un significado!

—Ja. ¡Mira que escucharme a mí! Ya puestos, graba las cosas que digo

en una placa o lo que sea. «Estás hecho para ayudar a la gente. Y recuerda también que nadie ha lamentado nunca darle una sacudida de más, pero te garantizo que todo hombre lamenta darle una de menos».

Se miraron mientras las brumas empezaban a arremolinarse a su alrededor y los faros de los coches iluminaban la carretera de debajo como un río de luz que fluía hacia el Shaw. Entonces los dos asintieron.

—¿Estás preparado para esto? —preguntó Wax.

—Hagámoslo —respondió Wayne.

59



Armal y su grupito de lugareños insistieron en acompañar juntos a Marasi. Recorrieron deprisa lo que llamaban una «calle secundaria» de Peregrino, un sendero jalonado de árboles falsos que simulaba ser un parque.

Salió bien. Los «agentes de tranquilidad» del Grupo iniciaron una búsqueda puerta por puerta detrás de ellos, por la calle principal, pero tenían que mantener las apariencias de ser una patrulla vecinal amistosa. Marasi pudo ocultarse en el sendero y escabullirse de ellos.

La casa de Entrone, levantada a lo largo del último año, era tan grande que Marasi notó resentidos a los demás. El alcalde tendría que haber sido listo y construirse una vivienda modesta, ya que con toda probabilidad tampoco pasaba demasiado tiempo en ella. Pero al parecer el ego de ese hombre exigía algo ostentoso, que incluía un segundo piso con grandes ventanales en todos los lados. Mientras se acercaban, Marasi decidió que debía de ser otro puesto de observación. Quizá tendría unas pocas habitaciones falsas por si subía alguien.

—Muy bien —dijo Marasi a Armal y los demás—, pensad en lo que os he contado. Por favor.

Se apiñaron entre los árboles y los arbustos falsos. Herrumbres. Marasi no estaba nada convencida de que fuesen a ayudarla mucho. De todos modos fue con paso vivo hacia el edificio, que se alzaba sobre una pequeña colina de piedra.

La vio gente que se había congregado fuera de sus casas, en deliberado desafío a las órdenes de Entrone. Algunos señalaron. Bueno, de todos modos el tiempo para el sigilo ya había pasado. Sintiéndose muy sola, Marasi usó las ganzúas de Luzdeluna para forzar la cerradura de la puerta trasera de la mansión y pasó dentro. Dejó atrás una cocina que daba la

impresión de estar demasiado limpia y tardó poco en hallar otra puerta con varios cerrojos de seguridad. Esa no podría abrirla con ninguna ganzúa.

Respiró hondo. Ya sabía que podrían salirle mal muchas cosas en aquel plan. Pero estaba quedándose sin recursos y sin tiempo, así que pensó que de vez en cuando había que hacer las cosas a la manera de Wayne.

Fijó un explosivo de Luzdeluna a la puerta, se cubrió detrás de un armario y la voló. Al cabo de un segundo irrumpió por el humeante vano con la pistola preparada. Las dos personas que había dentro se habían arrojado al suelo cuando la puerta estalló, aunque la pequeña carga, pensada para ese uso concreto, no había hecho mucho daño en la sala. Habían estado manejando unos aparatos de radio. Había una puerta cerrada al fondo de la sala, más hacia el interior de la mansión, por debajo de la que salía una extraña y brillante luz.

—Quietos ahí —dijo Marasi, con el arma apuntada hacia los operadores de radio.

No parecían estar armados y no hicieron ademán de desobedecer. «Equipo de radio», pensó Marasi mientras cruzaba la sala, ponía en pie a la mujer y señalaba los aparatos.

—¿Esto sirve para emitir por los altavoces del pueblo? ¿Usando estos micrófonos?

—S-sí —respondió la mujer.

—Enciéndelo —ordenó Marasi.

La mujer se apresuró a activar unos interruptores. Cuando hubo terminado, Marasi hizo salir a los dos técnicos por la puerta que había volado y los atrapó en una burbuja de lentitud de una granada cargada. No tenía tiempo de hacer más que eso.

Cuando volvió a entrar en la sala de radio, la puerta del fondo se había abierto y estaba entrando gente para ver a qué venía tanto escándalo. Y herrumbres, uno de ellos era el propio Entrone, que parecía cansado, con ojeras y una palidez que le daba aspecto de cadáver, vestido para el funeral con su elegante traje y su sombrero formal.

A espaldas del alcalde, la sala contigua brillaba con una poderosa luz blanca. Marasi entrevió una espaciosa cámara de suelo blanco, que era la fuente de la luz, pero no tenía tiempo de fijarse más en ese momento. En vez de eso, apuntó con el revólver a Entrone, pero al instante sus guardaespaldas se situaron delante de él.

—Ya se lo había dicho, caballeros —afirmó Entrone desde detrás de ellos—. La rata a la que perseguíamos no se esconde en la oscuridad. Bastaba con esperar lo suficiente para que viniera a nosotros.

—Por la autoridad de las fuerzas del orden de Elendel —dijo Marasi—, os ordeno que depongáis las armas y los metales y os sometáis al arresto.

Entrone dio un sufrido suspiro, como si su hijo de tres años acabara de ordenarle que se fuese a la cama. Así que Marasi disparó. Derribó a un guardaespaldas, pero el otro devolvió el fuego.

Marasi retrocedió agachada a la cocina, evitando por poco los disparos.

—¡Piénsatelo bien, Entrone! —exclamó Marasi para que se la oyera desde la sala de radio—. ¿De verdad estás dispuesto a matar a tanta gente? ¿Puede haber algo que justifique un acto tan terrible?

El alcalde no respondió. Herrumbres. Marasi había esperado hacerlo hablar. Intercambió unos disparos más con el guardaespaldas que quedaba y luego recargó.

Mientras lo hacía, oyó pasos. Esquivó hacia atrás por instinto y evitó por los pelos quedarse atrapada en una burbuja de lentitud. No una creada por ella, sino una que se había extendido a través de la pared. La distinguió por el tenue titilar del aire.

Miró por la puerta y vio al guardaespaldas paralizado en el interior de la burbuja de lentitud, justo al otro lado del umbral. Entrone estaba a salvo fuera de su límite. Pero ¿cómo…?

«Ese guardaespaldas tiene mi mismo poder alomántico —comprendió—. Quería atraparme en la burbuja, pero la ha lanzado un pelín demasiado tarde». Si Marasi no hubiera esquivado, estaría dentro de la burbuja mientras el tiempo se aceleraba alrededor del guardaespaldas y ella. Dando a Entrone tiempo de sobra para traer refuerzos.

Era una táctica que ella misma había empleado en varias ocasiones. Tuvo un escalofrío al pensar que casi había caído en la misma trampa. La burbuja de lentitud abarcaba parte de la cocina y casi todo el hueco de la puerta que daba a la sala de radio.

Entrone estaba paseando de un lado a otro, separado de ella por el tiempo ralentizado. Disparar no serviría de nada, así que solo podían fulminarse con la mirada entre ellos. Marasi no tenía buen ángulo para ver qué había en la habitación del fondo, pero ese fulgor… le recordaba a algo.

El alcalde se sentó en una silla.

—¿Por qué, Entrone? —preguntó Marasi—. ¿Por qué tienes encerrada así a toda esta gente? ¿Por qué finges que el mundo ha acabado?

Teniendo una esquina de la puerta fuera de la burbuja, la voz de Marasi debería llegar hasta él. Por desgracia, siguió negándose a morder el anzuelo y se limitó a reclinarse en la silla.

«Igual debería probar otro enfoque —pensó Marasi—. No tiene intención de contarme nada. Pero ¿y si creyera que soy yo quien está revelándole cosas?».

—Wax y Wayne han detenido el lanzamiento —mintió, arriesgándose—. Elendel está a salvo. Estás atrapado aquí y este sitio se llenará de alguaciles muy pronto.

Entrone no se rio de ella al instante, lo cual era buena señal. Marasi esperó que intentara sonsacarle más información.

—No me creo ni una palabra —dijo el alcalde—. Es…

Entonces se interrumpió. Porque su voz resonaba fuera del edificio, proyectada al pueblo entero. Desvió la mirada hacia la radio y vio que estaba encendida. Lanzó a Marasi una mirada inexpresiva.

—Lo que sí creo —prosiguió— es que está usted muy enferma del mal de la ceniza, joven. Por favor, deje que la ayudemos.

Y dicho eso, estiró el brazo y apagó la radio.

Maldición.

—Muy lista —le dijo después—. Pero ¿qué cree usted que ocurriría si los habitantes de la Comunidad supieran la verdad? Son un puñado de civiles asustados. Llevan siete años presos aquí, sin saber lo que ocurre en realidad. Sin preocuparse de saberlo. ¿En serio cree que la ayudarían?

Marasi hizo una mueca. Adiós a esa estratagema.

El guardia seguía inmóvil entre ellos. Con el tiempo se daría cuenta de que no había atrapado a Marasi y desharía la burbuja. Pero podía tardar bastante, allí dentro. Marasi conocía muy bien la sensación.

—Entrone —dijo—, no tienes por qué seguir con esto.

—¿Con qué, exactamente? —preguntó él.

—Vas a abrir un portal para permitir que el ejército de Autonomía invada nuestro mundo. Sé cuál es el plan.

El alcalde gruñó y se encorvó un poco. Seguía siendo una serpiente, como demostraba la calma con la que había ordenado ejecutar a aquellos

cautivos, pero también saltaba a la vista que estaba superado por los acontecimientos. A lo mejor Marasi podía sacudir sus convicciones.

—¿Por qué? —le preguntó, con auténtica curiosidad—. Sabes que no vienen a gobernar el mundo, sino a destruirlo. A arrasarlo.

—Porque si no lo hago —respondió él—, Autonomía los enviará de todos modos, y entonces yo seré uno de los que mueran. No podemos combatirlos. Aniquilarían nuestras fuerzas.

—¿De verdad? —dijo Marasi—. Por lo que tengo entendido, Autonomía nos tiene miedo. Teme que acabemos superando a los suyos en tecnología. Si pudiera destruirnos tan fácilmente, lo habría hecho ya, ¿verdad?

—Crear un portal de estos requiere unas circunstancias especiales —explicó el alcalde—. Incluso para ella. No puede ser en cualquier sitio, ni en cualquier momento. —Volvió la cabeza y miró hacia atrás—. Esas circunstancias nos impusieron un plazo límite.

Herrumbres. La sala que Entrone tenía detrás… era donde iba a abrirse el portal, ¿verdad? Marasi había supuesto que se parecería a algún tipo de puerta, pero lo que refulgía allí era el suelo. Quizá el alcalde no había querido construirse una gran mansión solo por orgullo. Quizá la habían levantado allí para ocultar el hecho de que aquel portal, fuera lo que fuese, iba a aparecer justo en ese lugar.

—La posición… —dijo él, mirando de nuevo a Marasi—. Creo que la posición se debe a esta gente, por raro que parezca. A tantos nacidos del metal juntos. Y se nos exigió que trajéramos un extraño poder, una luz brillante. También es importante.

—Pero…

—¿Es usted supervivencialista, agente?

—Sí —respondió Marasi.

—Entonces conoce nuestro primer principio —dijo él, alzando la mirada y cruzándola con ella—. El que nos enseñan desde pequeños.

—Sobrevivir —susurró ella.

Entrone asintió.

—Pero no así —añadió Marasi—. No a costa de los demás. Kelsier no se rindió sin luchar. No se limitó a aceptar lo que exigía el lord Legislador. Nos enseñó a sobrevivir a pesar de los obstáculos, no a dejarnos machacar poco a poco solo para ganar un par de minutos más respirando.

—Interprételo como desee, alguacil —dijo Entrone, frotándose la frente

—. Yo creo que esas tropas vendrán incluso si Telsin se sale con la suya. Para ayudar a supervisarnos, en ese nuevo mundo. En ese mundo en el que servimos a Autonomía.

—Eso es una excusa barata —espetó Marasi—. Peor que eso: es cobardía. Eres el alcalde de esta ciudad. Tu deber es para con el pueblo, Entrone.

El hombre se echó a reír y se levantó.

—No me creo que sea usted tan idealista.

Marasi se sonrojó.

¿Lo era?

Sí que lo era. Y orgullosa de serlo.

«Tengo que encontrar la forma de cerrar ese portal», pensó, mirando a través de la burbuja de tiempo ralentizado hacia la sala de la luz. De nuevo pensó que le resultaba familiar. Era una luz blanca, con un leve matiz nacarado. Sí. Era como la Investidura pura de los frascos de Luzdeluna. Habían excavado el suelo y lo habían llenado con aquello, creando una especie de estanque en el hueco.

—Mucho poder concentrado en un solo sitio… —musitó.

Allik decía siempre que no era conveniente almacenar demasiado armonium en un mismo lugar, o «pasan cosas raras, ¿sí?». Marasi no sabía cuáles eran esas cosas. Pero juraría que distinguía una distorsión en el aire de aquella sala. De algún modo, el líquido estaba alimentando el portal.

Entrone se había acercado al límite apenas visible de la burbuja de lentitud. Era más pequeña que las que creaba Marasi, más cercana en tamaño a las burbujas de velocidad de Wayne. Entrone miró al guardia atrapado y negó con la cabeza.

—Usted es como él, si no recuerdo mal —dijo, echando a andar hacia el lado—. Una pulsadora, capaz de crear burbujas de tiempo ralentizado.

Marasi no respondió. Entrone siguió paseando hacia el lado, cerca de la pared que separaba la sala de radio de la cocina, donde Marasi dejó de verlo por la puerta abierta. La burbuja llenaba casi toda la sala de radio, pero había zonas contra las paredes que no estaban afectadas. El alcalde siguió hablando al cabo de un momento.

—¿No se avergüenza nunca de un poder tan inútil, agente? Sé que su hermana es una vergüenza para su padre, pero al menos a ella la reconoció.

Entrone había investigado a Marasi. Y unos años antes, esa pulla quizá la

hubiera afectado. Pero en ese momento Marasi la reconoció como lo que era: un intento de desequilibrarla. Se concentró en el estanque refulgente. La superficie empezaba a ondularse. ¿Habría alguna otra forma de acceder a…?

En ese momento, Entrone atravesó la pared bordeando la burbuja de lentitud. ¡Herrumbres! Había sonado tan exhausto que Marasi lo había subestimado. El alcalde irrumpió en la cocina a través del yeso y la madera, partiendo listones como si fuesen ramitas.

Marasi le disparó en el pecho, pero las heridas sanaron de inmediato. Más deprisa que las de Wayne. Entrone le dedicó una sonrisa adusta.

Marasi le descargó el tambor entero, pero las balas le hicieron poco más que unos agujeros en el traje. Entrone la asió por el cuello de la camisa y la levantó en vilo. Le cayó polvo de yeso de la ropa mientras se acercaba a Marasi hasta la cara. Todavía apresada con los pies en el aire, Marasi le golpeó en la sien con la culata de su revólver. Entrone se limitó a sonreír. Marasi había logrado quitarle el sombrero de la cabeza, eso sí.

—Ahora soy un dios, pequeña bastarda —le dijo el alcalde—. ¿Qué fuerza tienes tú para oponerte a mí? ¿Tu alomancia? Patética. ¿Tus armas? Risibles. No tienes ningún poder con el que amenazarme.

Se volvió y la arrojó por la ventana con un estruendo de cristal roto, de vuelta a la caverna principal.

Le hizo daño. Un dolor agudo y cegador recorrió el cuerpo entero de Marasi. Cortes y rajas, seguidos por un brutal golpe en la cabeza y el hombro antes de frenar raspando contra el suelo y detenerse hecha un ovillo. Con los ojos llenos de lágrimas, imponiéndose al dolor, Marasi distinguió la sombría silueta del alcalde saliendo por la ventana tras ella.

—El ejército va a venir —dijo, con voz más suave mientras avanzaba poco a poco, con la elegante chaqueta desaliñada—. Había imaginado que sería un gran señor, gobernando en un mundo nuevo. Pero supongo… supongo… que todos tenemos que hacer lo necesario para sobrevivir.

Bajó el brazo para agarrarla de nuevo. Marasi intentó retroceder mientras reparaba en otro grupo de siluetas que salían de la sombra del edificio. ¿Armal y los demás la habrían seguido hasta la mansión?

Había esperado que oyeran a Entrone reconociendo la verdad por radio. Pero quizá… quizá su curiosidad los aproximara lo suficiente para oírlo hablar en esos momentos.

«Por favor, por favor, decidme que lo habéis oído».

Gave Entrone se cernió sobre ella.

—Tienes razón sobre mis poderes —dijo Marasi, y tosió—. Les he encontrado algún uso, pero no son de donde proviene mi fuerza. No en realidad.

Entrone la agarró.

—Mi fuerza —susurró Marasi— nunca ha estado en la alomancia. Herrumbres… Esa lección la aprendí de niña. Tampoco está en las armas, ni siquiera en las credenciales que llevo.

«Por favor…».

Entrone la alzó de nuevo en el aire mientras sonaba un nítido tintineo. El alcalde se detuvo y se volvió hacia Armal. El sonido había llegado del frasco que la mujer acababa de dejar caer el suelo. Antes lleno de luz. Ahora vacío.

Un sustituto de los metales, había dicho Luzdeluna. Pero hiperefectivo.

—Soy alguacil, Entrone —susurró Marasi—. Mi fuerza no está en mí misma. Procede de la gente.

Una inflamación, cargada con el poder de mil alomantes, arrolló las emociones de los dos como una oleada física de fuerza.

60



La vergüenza golpeó a Marasi como una pared sólida.

Era el arte de los encendedores. Elegían una emoción y la proyectaban al interior de una persona en modo automático. A los alomantes emocionales les resultaba más fácil enfocar sus poderes en una dirección en vez de hacia un individuo específico.

La oleada alcanzó a Entrone, a juzgar por cómo trastabilló, pero también impactó en Marasi con una sensación de no valer nada. Con el conocimiento inequívoco de que era un ser irrelevante, insignificante. Burbujearon recuerdos de su alma: sus fracasos, las veces que no había dado la talla. ¿Acaso no había fracasado alguna vez? ¿Acaso no había sido una inútil en alguna ocasión?

Había pasado toda la infancia escondida por un padre que sentía vergüenza de ella. Había pasado toda la juventud soñando con leyendas de tierras lejanas, solo para quedar como una absoluta imbécil cuando una de esas leyendas entró en su vida. Aunque los sentimientos románticos de Marasi por Wax llevaban mucho tiempo abandonados, el sofoco de haberse arrojado a sus brazos para que él la rechazara era opresivo.

Dio un respingo y rodó para ponerse de rodillas, con la cabeza gacha y el hilo de sangre de un corte en el cuero cabelludo bajándole por la mejilla.

Marasi no era nada. Nunca había sido nada.

Wax le había permitido unirse a él porque le daba pena. Marasi había vivido en su sombra durante años. Al no poder encontrar compañero propio como alguacil, había tenido que tomar prestado el suyo. Era incapaz de resolver los casos importantes sin su ayuda.

El peso de todo ello la abrumaba, le recordaba todo lo que no era. Y todo

lo que jamás sería. Y…

Y no era nada nuevo.

Ya lo había sentido todo antes. Con menos intensidad, sí, pero nada de todo aquello era novedoso para ella. Llevaba toda la vida sintiendo algunos de esos miedos. Otros los había superado a lo largo de su carrera profesional. Eran ilógicos.

La lógica no importaba. Solo la emoción. Pero Marasi era capaz de sobrellevar esa emoción. Respiró hondo, susurró que se le pasaría pronto y se encaró contra ello.

Podía soportarlo.

Entrone no era tan capaz. Estaba acurrucado en el patio de piedra pintado de verde y emitía suaves gimoteos. Ni todos los poderes de regeneración del mundo le servirían de nada si no podía moverse, y al haber perdido su sombrero forrado de aluminio, estaba completamente a merced del control de Armal.

Llegaron soldados corriendo, pero otro habitante del pueblo se ocupó de ellos mediante lo que parecía ser un aplacamiento alomántico. Al parecer, Armal había repartido la Investidura como Marasi le había sugerido.

Al final, su plan había funcionado. Marasi había cumplido su misión principal: dotar de poder a la gente. Por fin podía descansar y esperar a que se pasara el encendido emocional.

Solo que…

Solo que el portal todavía estaba abriéndose. La fuerza invasora todavía estaba llegando.

Aquella preocupación, aguda, concentrada, que atravesó su vergüenza como un cuchillo, la llevó a concentrarse. Porque Marasi…

Marasi *podía* funcionar.

Empezó a moverse, teniendo la sensación de estar arrastrándose hacia fuera de todo aquello: de su dolor, de su pena, de su vergüenza. Con cada esforzado centímetro notaba que iba recuperando la fuerza. Que se sacudía de encima las mentiras. Que aceptaba a la persona en quien se había convertido. La mujer a la que le daba igual a la sombra de quién estuviera siempre que se hiciese el trabajo. La mujer a la que le daba igual que su padre, o la sociedad, se avergonzara de ella siempre que Marasi confiara en sí misma.

La mujer que era capaz, con dolor pero también con determinación, de

pasar al lado de Entrone aovillado en el suelo. Y capaz, con un suspiro de alivio, de salir del campo de fuerza direccional en el que Armal estaba proyectando su alomancia. Las emociones se desvanecieron como humo en un día ventoso. Marasi dio otro largo suspiro, pero no tenía tiempo de relajarse.

—Tened cuidado —dijo a un lugareño que se acercaba a ella—. Entrone es nacido del metal. Puede sanar y tiene una fuerza increíble.

Marasi no estaba muy segura de cuánto tiempo duraría el poder de Armal, pero parecía que se le habían concedido capacidades excepcionales, igual que cuando Vin había absorbido las brumas según las escrituras.

Herrumbres. ¿Era posible que aquella luz brillante fuese el cuerpo de un dios, como lo habían sido las brumas? Marasi regresó cojeando al interior de la mansión. Hizo caso omiso al guardia paralizado. Para él, todo aquello habría sucedido en cuestión de segundos. Quizá todavía estuviera reaccionando a que Marasi hubiera logrado esquivar su burbuja, o quizá fuese solo que Entrone le había ordenado bloquear el acceso a la sala de radio.

Por suerte, el lord alcalde le había abierto un camino nuevo. Marasi pasó a través de los restos destrozados de la pared, dejó renqueando a un lado la emisora de radio y llegó trastabillando al umbral que daba al portal. Resultaba que casi toda la mansión era de pega. La inmensa mayoría del espacio lo ocupaba aquella enorme estancia del suelo resplandeciente. Alguien había vertido luz radiante en un hueco de unos seis metros de ancho, y esa luz estaba empezando a arremolinarse. A ganar brillo. A iluminar las paredes de un blanco fantasmagórico.

Marasi no tuvo que devanarse mucho los sesos para comprender las implicaciones mitológicas de aquel lugar. Herrumbres. Aquello era poder en crudo, concentrado. Un solo frasco había permitido a AlmaDoble crear un cuerpo pétreo de tres metros y medio de altura, el segundo había transformado a Luzdeluna en otra persona, y el tercero había concedido a Armal el poder de encender emociones como si fuera el mismísimo lord Legislador.

En aquel estanque habría el poder equivalente a miles de frascos. Marasi dio un paso adelante y entonces tuvo la más espantosa de las premoniciones. Estaba lo bastante cerca para verlos con sus propios ojos, en un lugar de cielo oscuro y terreno neblinoso. Millares de soldados

inhumanos, con la piel dorada y unos resplandecientes ojos rojos. Estatuas vivientes. Llevaban unos fusiles de diseño avanzado y su mirada pareció taladrar agujeros en la mente de Marasi. Los hombres de dorado y rojo habían llegado. Portadores del último metal, los había llamado Miles. Destructores.

Marasi se apartó dando tumbos del estanque, atemorizada, mientras empezaban a avivarse los dolores de la pelea, los cortes y las magulladuras que se había hecho al arrojarla Entrone por la ventana.

Pero ante la llamada de ese poder, su dolor le resultaba lejano. Intrascendente. Hacía ya un tiempo, había renunciado a los Brazales de Duelo. No necesitaba ostentar un poder como ese.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. Marasi no necesitaba un poder como ese, pero el deber no consistía en lo que una necesitara. Consistía en lo que se necesitara de una.

Siglos atrás, el Último Emperador, Elend Venture, había tenido que enfrentarse a un problema similar: ¿cómo deshacerse de una enorme cantidad de poder? Marasi supo lo que tenía que hacer.

Al momento salió a la carrera del edificio hacia un grupo de hombres y mujeres de la Comunidad que estaban hablando con los guardias, tranquilizándolos. Armal había terminado de atar a Entrone. El alcalde se resistía pero, por extraño que pareciera, era incapaz de liberarse.

—Macil es una sanguijuela —dijo Armal, señalando a una mujer que estaba cerca—. Puede que Entrone aún pueda sanar, pero le hemos extraído toda la fuerza.

Marasi asintió, apretando los dientes para resistir el dolor y los ecos del encendimiento que había superado.

—Necesito que todos los alomantes de la caverna vengan aquí. Ahora mismo.

—¿Por qué? —preguntó Armal, caminando hacia ella.

—Hay un pozo de poder en una habitación de ahí dentro, y está abriendo un portal para que venga algo terrorífico —dijo Marasi—. Vamos a impedirlo a la antigua usanza. Quemando todo ese poder con nuestras capacidades.

61



Con Wayne agarrado a su espalda, Wax se impulsó por la ciudad en dirección al Shaw. Dio un último salto desde la cumbre de un rascacielos cercano, la mitad de alto que el Shaw, y los lanzó a Wayne y a él hacia el destino mientras las brumas se arremolinaban a su paso.

Había unas terrazas a media altura de la torre, justo dentro del alcance de un lanzamonedas poderoso. Si el enemigo tenía la más mínima capacidad de previsión, se habría preparado para repeler incursiones en esas terrazas. Aun así, eran su mejor opción. Cuanto más alto llegara Wax, menos terreno tendría que recorrer por el interior del Shaw, donde lo más probable sería que cada centímetro le costara sudor y sangre.

Ajustó el ángulo hacia una amplia terraza con dos grandes y oscuros ventanales que daban al interior del edificio. El empujón alomántico de Wax, contra un anclaje demasiado lejano, apenas bastó para llevarlos hasta allí, y aterrizaron con un toque ligero entre unas macetas pequeñas.

—Venga, hombre —dijo Wayne, dejándose caer de su espalda—. ¡Tendríamos que haber entrado atravesando esa ventana, en plan teatral!

—Sería un método excelente para acabar hecho pedazos —respondió Wax mientras se echaba a un lado, fuera del campo de visión de las ventanas—. Yo no puedo sanar. Tú apenas puedes. Y tenemos una puerta ahí mismo.

—La Guerrera Ascendente lo hizo —protestó Wayne.

—¿Cuándo?

—Justo antes de matar al lord Legislador.

—¿Desde cuándo sabes tú de esas cosas?

—Sale en un libro infantil que leemos Max y yo a veces —dijo Wayne—.

Está bastante a mi nivel.

Wax probó a abrir la puerta que había en la pared a la izquierda de los ventanales. Pero tenía el cerrojo echado.

—¿El asesinato del lord Legislador? —preguntó Wax—. ¿No es un poco demasiada violencia para un libro infantil?

—Socio —dijo Wayne—, si es religión, no se considera violencia. ¿Es que no sabes nada?

—Se ve que no —respondió Wax—. Creía…

Se interrumpió cuando alguien encendió unos focos dentro del edificio, haciendo que su luz se proyectara por los ventanales con cegadora intensidad. Wax se apretó contra la pared, al lado de Wayne. Aventuró un vistazo hacia dentro y vio siluetas tras los focos y entre ellos, levantando armas.

Los disparos retumbaron como truenos e hicieron añicos las ventanas.

—Maldición —dijo Wayne mientras el fuego remitía—. Esos de ahí son soldados, socio. Bajé a la Cuenca hace un montón de años por un caso interesante y pequeñito sobre unos asaltos raros a trenes. Por el mismísimo nombre de Ruina, ¿cómo he acabado enredado con diosas oscuras, ejércitos, bombas para destruir ciudades y…? Y fantasmas, Wax. Aún no hemos hablado de los fantasmas.

Wax desenganchó el *Pistolón* del interior de su gabán, donde llevaba las armas más voluminosas mientras volaba.

—¿Puedes distraerlos mientras yo intento flanquearlos?

Wayne sonrió.

—¿«Árbol siniestro»? ¡Podemos hacer el «Árbol siniestro»!

—¿Tienes bastante salud acumulada para el «Árbol siniestro»?

—Socio, no necesito salud para el «Árbol siniestro» —respondió Wayne—. Ahora lo verás.

Wax asintió, se quitó el gabán de bruma y se lo dio a Wayne acompañado de una pistola de reserva, que Wayne aceptó con sorprendente calma. Lo normal era que tuviera que arrojar unas balas al fuego o usar alguna treta parecida para hacer el «Árbol siniestro».

Wayne empezó a disparar el arma desde el lado del ventanal hacia el interior mientras a su alrededor ondeaban las tiras del gabán de bruma, haciéndose pasar por Wax. Hasta soltó un par de frases imitándolo con inquietante precisión.

La gente siempre se obsesionaba con Wax. Se les estrechaba la visión cuando pensaban en combatir al infame vigilante lanzamonedas. Era incluso peor en los últimos tiempos, con el relato de sus hazañas exagerado por los pasquines. Supuso que encontrar y utilizar los Brazales de Duelo tampoco había perjudicado su reputación.

Mientras todo el mundo estaba fijándose en Wayne, Wax abrió el cerrojo de la puerta con un empujón rápido desde el lado. Al mirar antes por el ventanal, había reparado en que una pared separaba la estancia donde estaban los soldados del lugar al que llevara esa puerta. Abrió una rendija y vio un pequeño pasillo.

Si estaba en lo cierto, sus enemigos no tardarían en cruzar ese pasillo para llegar a la terraza. Así que pasó dentro y se empujó hasta el techo pegado a la puerta del otro extremo. Se quedó allí, usando como anclaje los clavos del suelo. Y como había anticipado, un grupito de hombres armados entró en el oscuro pasillo, acompañados por la luz de los focos de la otra sala. Que los dejaría cegados.

En los viejos tiempos los alomantes, y sobre todo los nacidos de la bruma, tenían fama de ser sombras. O de ser las propias brumas. Sigilosos, ocultos, casi amorfos. Wax pudo entender a la perfección cómo se habían originado esos mitos cuando los tres soldados pasaron apiñados por debajo de él. Se dejó caer al suelo y se ocupó de ellos como en esos viejos tiempos: con unas monedas lanzadas al aire y enviadas sin hacer ruido al interior de sus cerebros desde atrás. No hubo disparos. No hubo gritos de dolor. Solo el topetazo de los cuerpos contra el suelo.

Se habían dejado la puerta abierta, así que Wax echó una mirada a la sala principal. Habían puesto ruedas a los focos en preparación de un asalto como aquel. Lo más probable era que hubieran apostado centinelas esperando a ver a Wax saltando sobre los edificios de abajo y luego hubieran tendido su emboscada en el lugar por donde pensaban que entraría.

La distracción de Wayne estaba funcionando. Los soldados habían colocado los focos en una hilera que cruzaba el centro de la sala y se habían situado en los huecos entre ellos para disparar balas de aluminio.

Como bien había dicho Wayne, aquella gente no era como los delincuentes callejeros comunes a los que se habían enfrentado antes, con su ropa basta y su armamento dispar y desgastado. Esos hombres llevaban

uniforme rojo y relucientes fusiles modernos. Estaban arrodillados en postura bien entrenada y disparaban con cuidado. Algunos avanzaban despacio por el lado izquierdo de la sala buscando el ángulo para acertar a Wayne.

Por desgracia para ellos, habían descuidado sus propios flancos. Y aunque los rifles de aluminio fuesen inmunes a los empujones de acero, los enormes focos no lo eran. Wax decantó peso para ganar solidez y empujó hacia el interior de la sala, haciendo que los focos se estrellaran unos contra otros y aplastando a los soldados que se habían apostado entre ellos.

Estampó todo aquel desastre contra la pared del fondo y entonces redujo su peso y resbaló por el suelo, usando como anclaje los clavos de la pared trasera. Al llegar al otro extremo, se situó y dio otro empujón alomántico que envió parte de los restos contra los soldados que quedaban. Tanto ellos como las luces rotas salieron despedidos por la ventana a las brumas.

Un momento después Wayne entró paseando en la oscurecida sala y arrojó a Wax su gabán de bruma.

—Perdona por los agujeros de bala.

—Unos pocos agujeros no van a… —Wax se interrumpió al darse cuenta, a la tenue e intermitente luz eléctrica que llegaba desde el techo, de que el gabán tenía bastantes más de dieciséis agujeros, algunos incluso en las tiras —. ¿Cómo has conseguido que no te dieran?

—No estando donde iban las balas —dijo Wayne.

Wax se puso el gabán de bruma. Llevaba tres armas encima. El *Pistolón* en la mano izquierda. El *Superviviente de Acero*, hecho de aluminio pero cargado con balas normales de plomo. Y *Vindicación*, con munición de aluminio en las cámaras normales del tambor y dos balas mataneblinos para ocuparse de los nacidos del metal.

—¿De verdad vamos a subir por dentro? —preguntó Wayne.

Wax asintió. Para escalar por el exterior del edificio necesitarían equipo especializado, incluso si no hubiera francotiradores del Grupo en los edificios circundantes.

Wayne sacó un bastón de duelo. Wax lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Pero… —dijo Wayne.

—Armonía lo vio claro —dijo Wax con suavidad—. Sabía en lo que iba a tener que convertirme.

Parecía que podían permitirse un momento de calma, aunque sin duda ya vendrían más enemigos de camino. Así que Wax metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña astilla de metal. Se la puso en la oreja y luego, con toda meticulosidad, como si de un ritual se tratara, empezó a comprobar el tambor de *Vindicación* para confirmar que no había ninguna cámara vacía.

Al igual que la vez anterior, sintió una tenue desconexión procedente del pendiente de trellium. Pero en esa ocasión no tuvo visiones. Sintió que la atención de Telsin empezaba a pasar a él y entreoyó lo que estaba haciendo en esos momentos. Daba órdenes. Sonaba frenética.

Estaba en el edificio, encima de ellos. Arriba del todo. Wax podía sentirlo.

—*Waxillium* —dijo Telsin en su mente—. *Tendrías que haberte ido de la ciudad, como te he recomendado antes*.

Wax hizo rodar el tambor a la siguiente cámara.

—He venido —respondió— para arreglar el desastre que ha provocado nuestra familia.

—*Qué dramático* —dijo ella—. *Eres…*

—No me obligues a hacerlo. No me fuerces, Telsin.

Al principio su hermana no respondió. Solo se oía el chasquido del revólver al pasar de una cámara a otra.

—*Todavía eres solo un niño asustado, Waxillium* —dijo ella—. *Después de todos los años que han pasado, aún no eres capaz de asumir riesgos. Sigues sin ver más allá de lo que te permite tu mentalidad limitada. Voy a transformarme en algo increíble*.

—Antes te veré muerta —le aseguró Wax en voz baja.

—*Wax, estás a treinta pisos de distancia de mí y hay cientos de soldados de la Guardia Oculta entre nosotros. Los mejores que tengo. Los que me había reservado para detenerte aquí*.

Wax cerró a *Vindicación* de golpe.

—*Ay, Wax* —siguió diciendo ella—. *Nunca lo has entendido. No puedes derrotarme. Jamás tuviste la visión suficiente para hacerlo. Intentes lo que intentes, siempre iré por delante de ti*.

Wax guardó a *Vindicación* en una pistolera y se bebió otro vial de acero, uno de los que le había enviado Armonía. Por último, sopesó el *Pistolón* en una mano. Ranette le había advertido lo que era capaz de hacer esa arma.

Así que Wax quemó acero y alzó su escudo alomántico, aunque estaba convencido de que las fuerzas enemigas irían armadas con aluminio.

—Tiene gracia, Telsin —dijo—, que afirmes ser la que tiene visión cuando siempre me has subestimado. Si de verdad te anticiparas a los acontecimientos, me habrías matado cuando regresé a la ciudad hace siete años.

—¿*Antes de que pudieras enterarte de lo que estaba haciendo*?

—Antes de que llegara a apreciar las cosas que pretendes destruir.

Se quitó el pendiente de la oreja y lo tiró a un lado antes de salir al pasillo y mirar hacia el interior del edificio, donde desembocaba en otro perpendicular. Allí había una puerta con un letrero que rezaba ESCALERA, tras la que sonaban pasos y voces. Enmudecieron un momento después.

—Socio —dijo Wayne mientras llegaba junto a él—, ¿estás seguro de esto?

Wax alzó la pistola con las dos manos y echó a andar a zancadas.

—Quédate atrás. Sígueme cuando haya terminado, pero no te enfrentes al enemigo. Ha llegado la hora de que la Espada de Armonía haga su trabajo.

62



Wax fue hacia la puerta de la escalera y desenfundó el *Superviviente de Acero*, cargado con balas corrientes de plomo. Disparó dos veces y empujó ambas balas, que hicieron sendos agujeros en la madera a los lados de la puerta. Le llegaron los gritos de dolor de los soldados que había escondidos tras la pared.

Telsin daba por sentado que apretujar los suficientes soldados entre su hermano y ella bastaría para ralentizarlo. Pero Wax era lanzamonedas. Cuanto más hubiera entre él y su objetivo, más escombros estaban dejándole para convertir en armas.

Descolgó un extintor de incendios de la pared que tenía al lado, lo arrojó, le dio un empujón alomántico hacia delante con su peso incrementado y el impacto arrancó de sus goznes la puerta de la escalera y la estampó contra los hombres que esperaban detrás. Como era de esperar, irrumpieron otros soldados por el hueco e intentaron dispararle. Wax los derribó a todos con balazos en la cabeza.

Entonces disparó al extintor, con lo que provocó un estallido de humo y productos químicos al otro lado del vano de la puerta. Por último, niveló el *Pistolón* con la mano izquierda y lanzó un proyectil. La enorme carcasa detonó entre el humo blanco y la metralla regresó también por el pasillo alrededor de Wax y se desvió por el empujón alomántico de su escudo. Cruzó la tormenta de acero intacto.

Era el arma perfecta para él: un lanzagranadas diseñado para maximizar la cantidad de metralla. Y a quienes no mataba, señalaba. Wax cruzó la puerta como una exhalación mientras seguía las líneas azules de su vista de

acero a través del caótico espacio, y derribó a las sombras que intentaban apuntar hacia él entre el humo.

Alzó la mirada y encontró una moderna escalera de rascacielos. Un camino directo hacia la cima, suponiendo que lograra superar a todas las tropas. Cayeron hombres y mujeres a los peldaños mientras su pistola destellaba. Al igual que los soldados a quienes se había enfrentado antes, llevaban elegantes uniformes rojos y ni un ápice de metal encima. Pero Wax tenía material de sobra que utilizar de todos modos. La barandilla de la escalera era metálica y ascendía curvándose sobre sí misma, dejando un hueco en el centro. Wax estuvo a punto de echar a volar por él sin más, pero no podía permitirse dejar enemigos a su espalda. Además, tenía que abrir camino a Wayne.

Así que Wax disparó otra granada hacia arriba por el hueco de la escalera, que estalló liberando otra explosión de metalla y chillidos. Se elevó un trecho siguiendo la trayectoria del disparo y empujó hacia fuera, haciendo salir despedida la barandilla en círculo contra las paredes, llevándose consigo a los soldados que seguían en pie. Otro destacamento abrió fuego desde más arriba hacia su posición general, así que Wax se dejó caer y evitó por los pelos la andanada de balas de aluminio. Otra granada disparada por el hueco y detonada en el lugar preciso gracias a un medido empujón alomántico reemplazó los disparos por maldiciones.

Wax voló escalera arriba sobre los peldaños, sin perder fuelle, usando como anclaje una caja de fusibles y luego un letrero metálico que indicaba el número de planta. Disparaba, sí, pero también se valía de los pedazos de metal destrozado como armas. Avanzó adusto, sin posarse nunca en los escalones, y construyó por delante de él un muro de metal compuesto de casquillos de bala, metralla y escombros mientras seguía empujando, sin dejar de resituarse, elevándose por la escalera y sobrevolando cadáveres.

En una ocasión, Wax había rehuido su destino. Había rechazado un deber que no solo requería de él que encontrara respuestas, no solo que resolviera problemas, sino que le exigía transformarse en algo terrible. En algo que Armonía, restringido por los poderes de Conservación, no era capaz de hacer por sí mismo.

Esa noche Waxillium aceptaba ese deber. Se había convertido en la destrucción encarnada. Porque venerar a Armonía no era solo venerar a Conservación, sino también venerar a Ruina, con todo lo que ello

implicaba. Había momentos para la cautelosa prudencia y la empatía. Y había momentos en los que alguien apuntaba un arma capaz de matar a millones de personas directa a su hogar, a su familia, a sus conciudadanos.

Wax ascendió por la escalera como una tempestad, sin dejar de abrirse paso. Hacia el falso cielo de un dios monstruoso. Y mientras lo hacía, se fijó en que la bruma descendía por los peldaños, procedente de las pequeñas rejillas de ventilación que había a la altura de cada piso. Pequeñas, pero suficientes para que la sangre de Armonía se derramara en la escalera. Era muy infrecuente que las brumas entraran en los edificios, pero esa noche bañaron la escalera como un líquido fantasmal.

Hubo un tintineo de metal. De un metal que Wax no alcanzaba a ver. Retrocedió esquivando por instinto, y un segundo después otra explosión sacudió el hueco de la escalera. Wax se descubrió sangrando por heridas de metralla a lo largo de un brazo. El enemigo también tenía granadas. Pero cuando las fuerzas de defensa avanzaron contra él, lo encontraron todavía bastante vigoroso.

Vindicación hizo gala de puntería y repartió su muerte de aluminio. El enemigo se amontonó con escudos de madera y muebles para impedirle el paso, pero Wax lanzó una granada contra la muralla y luego utilizó la madera, incrustada de fragmentos de acero, y un empujón alomántico para enviarlos hacia atrás. Cuando cayeron, Wax se posó en los peldaños tras la barricada y oyó gritos que venían de arriba. Aprovechó el respiro para recargar el *Pistolón* con otras seis granadas. Cerró el enorme tambor del arma y apretó los dientes.

Aquellos soldados quizá hubieran creído que estaban preparados. Tal vez hasta hubieran combatido antes contra algún lanzamonedas.

Pero nunca habían combatido contra Waxillium Ladrian.

Tuvo que beberse otro vial de acero mientras avanzaba. Estaba quemándolo más deprisa de lo que había esperado. Dejó caer el vial vacío mientras los gritos de arriba se revelaron proferidos por soldados que estaban tendiendo cables y redes de un lado a otro del hueco de la escalera para impedirle volar por él.

Wax siguió ascendiendo, implacable. Pesado como un camión en ocasiones, liviano como una bala en otras, se empujó hacia arriba. La alomancia hizo temblar la escalera, ya que el hormigón estaba reforzado con barras de acero que Wax podía sentir y utilizar. Se combaron sometidas

a su voluntad, agrietando el hormigón, y la escalera se quebró desequilibrando e impidiendo apuntar a quienes intentaban dispararle.

El tiempo pareció ralentizarse mientras embestía hacia la siguiente remesa de soldados. Evitó las balas que volaban hacia él y entonces incrementó su peso, incrustó una bala en el cráneo de uno y lo estampó contra los demás de un empujón. Luego derrumbó por completo los peldaños bajo los pies del siguiente grupo.

Aquello no tenía nada que ver con un caso. Nada que ver con un misterio. Nada que ver con preguntas. Wax no podía parar. No podía permitirse parar. Si lo hacía, sería el fin de la vida. Luchó con granadas, balas y acero. Luchó como la espada, puesta donde debía estar. Por mucho que le repugnara que fuese necesario hacerlo.

Por fin, con una estela de bruma y otra de muerte a su paso, coronó la escalera. Llegó a su final. No parecía haber un acceso a la azotea desde allí, pero Wax estaba a la altura del último piso. Casi jadeando, echó un vistazo hacia abajo por el hueco de la escalera y vio que la intermitente electricidad iluminaba hormigón roto y derruido, destrozado como a cañonazos. Vio barandillas retorcidas y cubiertas de cascotes.

Unos gemidos que recordaban al aullido hueco de los condenados resonaban desde abajo. La cabeza de Wayne se asomó al hueco y miró a Wax desde la planta inferior. Estaba cubierto de polvo y esquirlas de los escalones quebrados.

—¿Sabías que sucedería esto? —susurró Wax a Armonía—. ¿Es lo que tenías en mente cuando me hiciste volver a Elendel? ¿Es por lo que hiciste que Lessie me vigilara? ¿Lo sabías desde el principio?

No hubo contestación, por supuesto. En esos momentos Wax no tenía la carne perforada por el metal adecuado, así que no podía comulgar con Dios. Aun así, tuvo la sensación de que Armonía intentaba imponerse, intentaba ver. Combatía la influencia de Trell.

—No vuelvas a pedirme que haga esto —musitó Wax, apartando la mirada de la carnicería que había dejado más abajo—. Esto no ha sido una aventura. Ha sido una masacre. Terminaré el trabajo, pero no me lo pidas otra vez. Búscate otra espada. No sabes lo que se siente.

Recibió en respuesta una nítida impresión. Casi como un recuerdo implantado de golpe en su mente, el de un hombre exhausto y abrumado

yaciendo abatido en una calle cenicienta, ante el portón resquebrajado de una muralla. Rodeado de muerte.

Wayne llegó un momento después, subiendo con esfuerzo los últimos peldaños agrietados.

—Socio —dijo en voz baja, volviendo la mirada escalera abajo—. No lo… O sea… *Caray*.

—Aún no se ha acabado —respondió Wax mientras abría la puerta del piso superior.

Entraron los dos en un amplio vestíbulo de mármol, con columnas talladas y una mullida alfombra roja. Estaba congregándose otra fuerza enemiga en el extremo opuesto, ante una ancha puerta doble. Wax y Wayne se cubrieron tras una ancha columna, pero sus adversarios los flanquearían en el momento en que avanzaran.

Por suerte, aquella última resistencia parecía estar formada por los restos de las fuerzas enemigas. La vista de acero de Wax le reveló pocas armas de aluminio, si es que había alguna. Captó pistolas de otros metales, las cremalleras de la ropa, llaves en bolsillos. Aquel grupo iba de uniforme, pero no era el mismo que llevaban los anteriores. Parecían más bien agentes de seguridad que soldados.

Wax se echó al gaznate otro vial, recargó deprisa y… Herrumbres, cómo dolían los cortes que le había hecho la metralla. Sacó del bolsillo un vendaje con adhesivo y se envolvió el brazo con él como pudo. Confió en que las heridas no fueran demasiado graves, porque la mano aún le funcionaba bien.

—No van bien armados —dijo a Wayne en voz baja—, pero sí que son muchos. Diría que son el equipo de seguridad del edificio. Voy a…

—Para —lo interrumpió Wayne, sujetándole el brazo.

—¿Cómo? —susurró Wax.

—Estos de aquí no le echan ganas —dijo Wayne. Al ver que Wax fruncía el ceño, añadió—: ¿Sabes esos otros, los de antes? Esos nos querían muertos. Querían demostrar su valía. Querían luchar. Pero ¿estos pobres mamones? Estos son la última defensa. Y *no* le están echando ganas.

—Quizá tengas razón —respondió Wax—, pero tenemos que seguir avanzando. Telsin podría lanzar el cohete en cualquier momento.

Wayne asintió.

Y se puso a dar voces.

63



Eh! —gritó Wayne a pleno pulmón, y la exclamación resonó por el vestíbulo de mármol—. ¡Vosotros, los de ahí! ¡Os conozco!

Wax lo fulminó con la mirada, pero Wayne no le hizo caso. Wax sabía un montón de cosas. Pero esa noche se había transformado en Ruina hecho carne. Wax no se equivocaba. Pero eso tampoco significaba que por fuerza tuviera razón.

—¡Os conozco! —bramó Wayne, más alto.

El vestíbulo quedó en silencio excepto por el tintineo de las armas y el raspar de botas contra el suelo. Wax asomó un momento la cabeza por su lado de la columna de piedra, tal vez pensando en usar la voz de Wayne como distracción, así que Wayne agarró el brazo de su amigo y negó con la cabeza.

—Os conozco —repitió Wayne a viva voz, alzando la mirada hacia el techo—. Sí. Sé cómo os sentís. Sois guardias. Vigilantes. Gente contratada para proteger este edificio. No sabéis nada de todos estos disparates, de ciudades destruidas, de dioses oscuros. Vale, habéis visto cosas siniestras, pero no estáis aquí por eso. Estáis aquí para ganaros la vida en un trabajo honesto.

»Se suponía que esta noche ibais a iros a casa. Abrazad a vuestros hijos. Cenar algo, puede que frío, pero que os llenaría la panza. O se suponía que saldríais a beber con los amigos, o que dormiríais vuestras ocho horas del tirón por una vez.

»Pero no, aquí estáis. Pistola en mano. Preguntándoos cómo habéis llegado a esto. Sí, os enfrentáis a solo dos hombres. Pero acabáis de oír lo que ha pasado más abajo. Igual no distinguíais mucho con tanta

escandalera, pero lo habéis oído. Y sabéis que antes había cien o doscientos soldados entre esos dos hombres y vosotros. Ahora ya no queda ninguno.

Wayne dejó que esa idea calara. Había tanto silencio en el vestíbulo que se habría oído a alguien amartillar un revólver a cien pasos. Wayne cerró los ojos con fuerza, recordando. Sintiendo. Entonces continuó, en voz más baja.

—Sí, aquí estáis —dijo—. La mano os resbala en la culata de la pistola. El corazón parece que quiera salirse del pecho y largarse corriendo. Pero pensáis: «No tengo elección. Es mi trabajo. Tengo que disparar».

»Es mentira. *No* tenéis que hacer esto, socios. Al infierno con lo que dijisteis que haríais. Al infierno con todo. Estáis donde no toca, y lo sabéis.

»Hay una puerta a vuestra derecha. No sé dónde lleva, pero por lo menos no es aquí. Dentro de un momentito, Disparo al Amanecer y yo saldremos a matar. Si os quedáis y lucháis, a lo mejor tenéis suerte. A lo mejor os matamos, y así no tendréis que pasar lo que os queda de vida lamentando lo que habéis hecho esta noche. Disparar a vigilantes de la ley y luego enteraros de que hay una ciudad entera destruida, llena de críos, de familias, de gente que solo quería vivir, igual que vosotros.

»Pero a lo mejor no tenéis suerte. A lo mejor apretáis el gatillo y nos dais a uno de los dos. Y si lo hacéis, será malo. Peor que malo. Os perseguirá toda la maldita vida. —Calló un momento—. En fin, solo quería deciros lo que pienso. Espero que al menos alguno me haga caso. Cuando salgamos, si tenéis la pistola guardada y estáis yendo hacia esa salida en la confusión… en fin, no seréis los primeros a los que apuntemos.

Miró a Wax, que se tensó el vendaje y asintió con la cabeza. Había dejado caer el *Pistolón*, porque ya no le quedaban balas para él. Pero levantó su revólver normal, cargado y preparado.

A veces hacía falta lo que él había hecho. Hacía falta una espada. Pero Wayne opinaba que en ocasiones lo necesario era otra cosa. ¿Un escudo? Igual estaba poniéndose demasiado poético. Wayne no sabía mucho de poesía.

A veces lo que hacía falta era alguien que ya hubiera pasado por aquello.

Los dos salieron agachados de detrás de la columna, con las armas en las manos, y vieron a toda una hueste de guardias empujándose y forcejeando para salir por aquella puerta. Wax bajó el revólver, perplejo, y Wayne sonrió de oreja a oreja mientras hasta el último de ellos se marchaba. De acuerdo, al final unos pocos miraron atrás, preocupados, como si estuviesen al

mando de aquella gente y no quisieran dejar su puesto. Pero cuando el ejército te dejaba solo para enfrentarte a dos nacidobles con muescas que ya iban por las tres cifras…

A los pocos segundos el vestíbulo de mármol se había vaciado. Wax cruzó la mirada con Wayne, fueron juntos hasta la gran puerta doble del fondo y la abrieron, revelando una inmensa escalinata que ascendía hacia una especie de pista de baile con una claraboya en el techo. Allí los esperaban un hombre trajeado y una mujer que llevaba bombín, tenía la cabeza curada del todo, hacía rodar un bastón de duelo en una mano y se esforzaba al máximo, pero fallaba cosa mala, en imitar la sonrisa de Wayne.

—¿Estos imbéciles otra vez? —suspiró Wayne—. Muy bien, yo me ocupo de la del sombrero y tú…

—No —dijo Wax en voz baja.

—¿No?

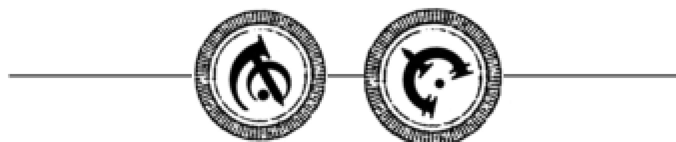
—No —repitió Wax—. Los crearon y los entrenaron para derrotarnos. Ese hombre sabe muy bien cómo luchar contra mí.

—Entonces… —Wayne sonrió—. ¿Yo voy a por el hombre y tú a por ella?

—Exacto —dijo Wax, sonriendo también—. Recuerda que es una sanguijuela. No te acerques mucho, o te dejará sin tu poder alomántico.

—Socio —respondió Wayne—, cuento con ello. Vamos allá.

64



Las granadas alománticas que Marasi tenía en las manos vibraban con tanta fuerza que creyó que iban a separarle la carne de los huesos. Los alomantes de la Comunidad estaban reunidos alrededor del brillo del estanque, que iba menguando a marchas forzadas. Tenían las manos metidas en el fulgor, absorbiéndolo. La piel les brillaba al llenarse de poder.

Marasi se había metido en el mismo centro. Y alcanzaba a percibir aquellas tropas al otro lado, en un lugar que de algún modo era a la vez lejano e increíblemente próximo a la vez. Los soldados esperaban.

Necesitaba que aquella energía desapareciera. Ya. Marasi siguió absorbiendo poder, cargando sus granadas. No tenía ni idea de cuál era su capacidad máxima. Nunca había podido acceder a una fuerza de aquella magnitud.

—¡Es demasiado poder! —exclamó un hombre—. ¿Qué hago con él?

—¡Quémalo! —gritó Marasi—. ¡Úsalo!

—¿Para qué?

—¡Da igual! —vociferó Marasi—. ¡Lo que queremos es librarnos de él!

Unas oleadas de alomancia la inundaron cuando Armal usó sus poderes para encender emociones. El metal de la sala de radio vibró y se rasgó. Los alomantes que había en la estancia estaban canalizando toda la energía que eran capaces.

El estanque se redujo aún más. Entre una acometida y otra de confianza enviada por Armal, Marasi creyó sentir que las tropas del otro lado se inquietaban. Entonces captó algo diferente. Algo que *emergía*. Estaban empezando a cruzar. Tuvo un súbito fogonazo de comprensión: había que *querer* pasar al otro lado del portal. Había que ordenarle que se abriera para ti. Y al otro lado estaban iniciando el proceso.

«De eso ni hablar», pensó. Soltó las dos granadas y utilizó la misma orden mental para que el portal se abriera para ellas.

El movimiento al otro lado cesó. Los soldados se quedaron petrificados en el tiempo mientras alrededor de Marasi los alomantes seguían extrayendo energía del estanque, con los ojos desorbitados. Drenando aquel poder tremendo hasta que, por fin, el brillo se disipó. De pronto, la cámara volvió a ser un salón de baile normal y corriente, con una oquedad tallada en el suelo de piedra que tendría un metro de profundidad.

Le llegó una última impresión desde el otro lado. Estupor. Teniendo en cuenta la cantidad de energía que había introducido en aquellas granadas, el ejército aún tardaría un tiempo en descubrir lo que había ocurrido.

Los demás alomantes flaquearon unos contra otros, agotados. Marasi nunca habría creído que usar los poderes alománticos desgastara tanto, pero lo cierto era que ella también se notaba exhausta. No solo por lo que habían hecho allí, sino por todo, sucediendo tan deprisa.

Llegó cojeando al borde del estanque vacío y se dejó ayudar para salir.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Armal.

—Ahora —dijo Marasi, tumbándose en el suelo de piedra— confiamos en que mis amigos lo hayan tenido más fácil que yo.

65



Qué cosas —pensó Wayne, corriendo escalera arriba—. Wax quiere que me enfrente a su doble malvado y se queda el trabajo fácil para él. Seguro que mi gemela maligna se ha pasado media tarde bebiendo. Estará chupado acabar con ella». Y más sabiendo que le habían volado media cara por los aires ese mismo día.

Los peldaños ascendían hasta una extensa pista de baile, enmoquetada de rojo y sin muebles. La claraboya cerrada impedía que entraran las brumas, y a grandes rasgos la cámara era un gran espacio abierto con el techo alto y sin obstáculos. Ni cobertura alguna tampoco. Los dos imitadores retrocedieron un poco mientras Wayne y Wax cargaban escalinata arriba y Wax volaba dando un brinco asistido por acero al final, porque cómo no iba a hacerlo.

Wayne mantuvo la mirada fija en la mujer, fingiendo que pretendía entablar combate contra ella. Pero en el momento en que estuvo lo bastante cerca, quebró a la izquierda y embistió contra el lanzamonedas. El hombre dio un grito de sorpresa cuando Wayne se abalanzó sobre él y los derribó a ambos a la moqueta.

«Herrumbres, qué peste echa la colonia que lleva».

El hombre forcejeó para liberarse, pero Wayne lo impidió aferrándose a la levita del traje. Wayne sabía cómo luchar junto a Wax, lo que significaba que también sabía cómo luchar contra él. Nunca había que dejar espacio a Wax, o haría algo inteligente como elevarse por los aires y dispararte hasta que murieras a balazos.

El lanzamonedas gruñó, intentando zafarse de Wayne, al parecer desconcertado por la experiencia de estar luchando cuerpo a cuerpo en el

suelo. Al cabo de un momento puso la mano en la cara de Wayne y usó su poder de sanguijuela, haciendo que el bendaleo le desapareciera del estómago.

Wax siguió aferrándose a él y probó a inmovilizarle la cabeza, pero ese hombre era fuerte. Demasiado fuerte.

—¿Sabes? —dijo Wayne—. Eres demasiado guapo para ser una copia de Wax. Tendrías que hacerte una cicatriz o algo.

El lanzamonedas trató de agarrarle una mano y quitársela de encima, pero Wayne dejó que la apartara y lo agarró con la otra, sonriendo, manteniéndose bien cerca.

—¡Serás maleante! —gruñó el hombre—. Vete a luchar con Getruda, como te corresponde. ¡Yo debo batirme en duelo con Ladrian!

—¿Por qué? —preguntó Wayne mientras intentaba rodear el cuello del lanzamonedas con un brazo y, aprovechando la distracción, se llevaba una bolita de bendaleo a la boca—. ¿Por qué tenéis los dos esa obsesión tan absurda con copiarnos?

—La supervivencia del más apto. —El hombre dio un gruñido—. Trell exige que sus siervos demuestren su valía. Contra la adversidad. Contra la sociedad. Contra el papel que se nos asigna. Y cuando hay varios que encajan en un mismo puesto de la vida… bueno, solo el más fuerte puede sobrevivir y recibir su recompensa.

—Herrumbres —dijo Wayne—, eso es de lo más desquiciado que he oído en la vida, compadre.

No-Wax se quitó de encima los dedos de Wayne con una fuerza mejorada por el peltre.

—Así es como actúa Autonomía. Para ocupar nuestro lugar en el venidero panteón de gobernantes, debemos ser la mejor versión de nosotros mismos. No es que os estemos copiando, sino que vosotros pretendéis ocupar el lugar que nos corresponde por derecho.

Wayne cambió de posición, pero entonces notó que algo se movía en la parte delantera de la levita de su adversario. Rodó para apartarse mientras un botón de la prenda, por supuesto metálico, se liberaba y salía disparado como una bala.

—Vaya —exclamó Wayne mientras terminaba de rodar—. ¿Ese truco del botón se lo has robado a Wax?

El hombre se levantó y miró con odio a Wax mientras desenfundaba un

revólver.

—Pues claro que se lo has robado —dijo Wayne—. De verdad estás intentando convertirte en él. Creía que no eras tan raro como esa no-yo de ahí, pero lo único que pasa es que lo haces con más clase, ¿eh?

El lanzamonedas abrió fuego, pero Wayne levantó una burbuja de velocidad. Con ganas de ver la cara de sorpresa que ponía al descubrir que Wayne conservaba su alomancia, cambió de posición.

Wax sabía que la clave para derrotar a no-Wayne estaba en mantenerse lo bastante cerca de ella para que no pudiera aprovechar sus burbujas de velocidad. Así que cuando Wayne se lanzó a la izquierda, Wax fue a la derecha y sorprendió a la mujer bajita y rechoncha del bombín.

—¡Oye! —exclamó ella—. ¡No es justo! ¡Lucha contra alguien de tu mismo tamaño! ¡O al menos contra alguien que eche la misma peste!

Getruda lanzó una burbuja de velocidad momentos antes de que Wax se hubiera aproximado lo suficiente para entrar en su perímetro. Desde el punto de vista de Wax, la mujer se convirtió en un borrón de movimiento. Por suerte había pasado el suficiente tiempo con Wayne para saber qué hacer. Cambió de trayectoria y disparó una bala corriente al suelo. Cuando la mujer recobró la forma y saltó hacia él, Wax esquivó con un empujón alomántico y evitó el golpe del bastón de duelo.

—¡Eh! —gritó ella—. ¡Quédate donde estás para que pueda apalearte como es debido, herrumbroso capullo!

—¿Es lo mejor que sabes hacer? —preguntó Wax retrocediendo, esquivando sus ataques pero pegándose a ella lo suficiente para quedar dentro de una burbuja de velocidad si la creaba—. En serio, esperaba encontrarte más dura que esto.

—Deja de repetirme lo que decía anoche tu esposa —espetó la mujer—. ¡Y lucha contra mí!

Lanzó otra burbuja de velocidad con Wax dentro, lo que hizo que pareciera que Wayne y el lanzamonedas se quedaban paralizados en pleno combate. Por algún motivo, Wayne estaba forcejeando con su enemigo.

Él vería. Wax disparó a la mujer mientras se le acercaba, pero ella apenas

se encogió. Parecía tener mucha salud acumulada, lo cual tenía sentido si había empezado a prepararse hacía años para luchar contra Wayne y él.

Saltó hacia atrás y flotó con un leve empujón de acero hasta el borde de la burbuja de velocidad, donde el aire titilaba. Tenía que separar a la mujer de sus mentes de metal. Wax activó la palanca que ponía una bala mataneblinos en la recámara de *Vindicación*, aunque Getruda había logrado curarse de la última que le había disparado.

«¿Dónde apunto?». Wax había memorizado el libro sobre hemalurgia que les había proporcionado Muerte, pero sería difícil arrancarle clavos con una explosión, porque los llevaría muy profundos. En cambio, su poder de sanación procedía de sus mentes de metal, y muchos feruquimistas se operaban para implantárselas en los brazos o las piernas. Era más fácil recuperarse de una punción en los huesos del brazo que en los del pecho, y también era más práctico reemplazarlas estando ahí si hacía falta.

La mujer gruñó, deshizo la burbuja de velocidad y atacó, a todas luces con la intención de que Wax se alejara demasiado al esquivar. Pero los años que había pasado junto a Wayne le habían proporcionado un instinto visceral sobre la distancia exacta que guardar, lo cual por desgracia significaba que debía exponerse demasiado a sus peligrosos ataques. En su siguiente salto para esquivarla, no pudo ganar la suficiente altura y la mujer le atizó un buen golpe en la pierna. No le rompió nada, menos mal, pero herrumbres si dolía.

Getruda lo vio y compuso una sonrisa malvada.

—Oh, ese dolor… Ese dolor es delicioso. Vente para acá, que solo era un aperitivo.

Wayne actuó con cautela y levantó una burbuja de velocidad para observar cómo el lanzamonedas intentaba apuntarle con su revólver. Ese truco del botón lo había dejado preocupado. La salud que aún tenía acumulada le valdría para sobrevivir a un impacto o dos, pero poco más. Se sentía expuesto del todo.

«También habrá que vigilar por si usa el supermetal ese que tiene —se dijo Wayne—. O ahora que lo pienso… en realidad puede ser la mejor manera de vencerlo».

Después de estimar la dirección en la que el hombre movía el brazo al apuntar, Wayne cambió de posición y deshizo la burbuja. Sonó una sucesión de detonaciones y los disparos del lanzamonedas fallaron. Entonces Wayne se abalanzó sobre él desde la otra dirección e intentó derribarlo de nuevo, pero esa vez el hombre logró seguir de pie.

Wayne gruñó.

—¿Sabes, Apestoso? Por cierto, ¿puedo llamarte Apestoso? El caso es que hasta llegaría a respetar esto que hacéis. ¿Meteros en la cabeza de alguien para descubrir cómo derrotarlo? Buena táctica. Pero…

El hombre hizo desaparecer el bendaleo de Wayne, le dio un empujón y se lio a puñetazos, poniéndose rojo de ira. Wayne esquivó los golpes, saltó hacia delante y lo agarró otra vez.

—Pero ¿no os preocupa contagiaros? —prosiguió—. Lo digo porque Wax no es un absoluto desperdicio de carne. Y está clarísimo que tú sí. Por tanto, al fingir que eres él, podrías acabar haciendo algo útil sin querer.

El lanzamonedas rugió, apartó a Wayne de lado e hizo unos disparos. Wayne encajó uno —au—, pero entretanto pudo comerse otra bolita de bendaleo. Ahí estaba el truco. La gente esperaba que a alguien como él se le acabara enseguida un metal tan caro.

Pero el pobre no lo sabía. No estaba limitándose a luchar contra Wayne, el bribón amistoso. Luchaba contra Wayne Terrisano, el asqueroso ricachón arrogante con dinero más que de sobra para despilfarrar.

—Sabes que puedo sanar, ¿verdad? —dijo Wayne al salir de la burbuja de velocidad que había utilizado para esquivar—. Dispararme viene a ser una idiotez.

—No si te hago daño —restalló el hombre.

Pero dejó de disparar. Menudo error, dejar que Wayne lo convenciera. Vale que no podía saber que Wayne andaba escaso de salud, pero en general a un hacedor de sangre se lo derrotaba haciendo que agotara sus mentes de metal.

El lanzamonedas metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecían ser unas esposas de aluminio. Wayne tuvo que tragarse la ocurrencia que iba a soltarle, porque había que reconocer que era buena idea. Si forcejeaba con Wayne el tiempo suficiente para esposarlo a algo y se apartaba, estaría en condiciones de acribillarlo con toda la calma del mundo. La única salida que le quedaría a Wayne sería amputarse la mano.

Mientras Wayne meditaba sobre aquello, el hombre meneó las esposas en el aire, un gesto innecesario aunque la postura en que lo hizo fuese admirable, y liberó una oleada terrible de fuerza alomántica que arrancó la moqueta del suelo por las grapas y envió a Wayne trastabillando hacia atrás.

Herrumbres. Hasta sus mentes de metal, insertadas bajo la piel de los muslos, acusaron el estallido. Aun así, Wayne se lo había esperado. De modo que fingió quedarse aturdido, pero observó con atención mientras el lanzamonedas sacaba con disimulo una petaca de aluminio del bolsillo interior de la levita y le daba un sorbo. Wax había dicho que cada vez que el tipo usaba aquel superempujón tenía que reponer su acero.

«Y ahora sé dónde llevas esa petaca, amigo mío».

Wayne lanzó otra burbuja de velocidad para acercarse. El hombre dio un gemido cuando Wayne se aferró a él de nuevo.

—Eres un mamón de lo más molesto —le soltó el hombre.

—Ay, socio —dijo Wayne—. Pobre inocente. —Se acercó más a él—. Ni siquiera has empezado a darte cuenta de lo molesto que puedo ser.

—Por lo visto, tendría que gustarme el dolor —dijo la mujer, danzando en círculo alrededor de Wax mientras él intentaba alejarse lo suficiente para no recibir golpes, pero no tanto como para dejar que retrocediera y creara una burbuja de velocidad—. Es una cosa que no sabía de él. Me he enterado hace poco, ¿sabes? Antes, en el túnel. Le gusta el dolor. Así que a mí también debería gustarme. Tengo que disfrutar del miedo. Saborear la desgracia.

Wax no respondió, concentrado en atinar la distancia.

—¿Sabes por qué es? —preguntó ella, fintando un avance y haciendo que Wax saltara hacia atrás—. Yo al principio no lo entendía. ¡Estaba volviéndome loca! No lo había visto en él. Pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Pues claro que le gusta el dolor. Si no, habría acabado con todo hace mucho tiempo. Es la única explicación razonable.

Se abalanzó hacia él y Wax esquivó un poco demasiado, porque la mujer hizo un quiebro y se lanzó en dirección contraria, rodó por el suelo y se emborronó. Wax maldijo y se alejó con movimientos ágiles, pero entonces

vio algo con el rabillo del ojo que lo animó a seguir retrocediendo. Al momento, su espalda topó con la de Wayne.

—¿Qué tal te va? —preguntó Wayne.

—Podría ir mejor —dijo Wax.

—Ya somos dos —gruñó Wayne mientras alzaba una burbuja de velocidad—. ¿Quieres probar algo nuevo? ¿Darle un meneo a la situación? —preguntó mientras movía el bastón de duelo que llevaba en la mano.

—Claro que sí.

Wayne lanzó el bastón al aire y Wax le pasó a *Vindicación*, cargada con balas de aluminio.

—Si puedes, evita usar las recámaras de balas mataneblinos —dijo Wax mientras atrapaba el bastón en el aire—. Pero se activan con la palanquita de arriba.

La burbuja cayó y Wax se enfrentó a Getruda bastón contra bastón, con un chasquido de madera casi tan sonoro como los disparos de *Vindicación* que hizo Wayne a Dumad.

Wax sonrió al oírlos. En algunos aspectos, era ridículo alegrarse de que su amigo estuviera disparando la pistola. Pero no era el acto en sí lo que importaba, sino la herida que por fin había sanado.

Detuvo la siguiente andanada de golpes de bastón de duelo. Su adversaria era mejor que él con ellos, pero era obvio que el cambio de arma la tenía confundida. Getruda adoptó una táctica más defensiva y Wax pudo contener sus ataques hasta descargarle él un bastonazo en la pierna. Estaba buscando dónde tenía insertada la mente de metal bajo la piel, fuera del alcance de los alomantes.

«No está en ningún muslo», pensó al acertar otro golpe. Al igual que Wayne, a aquella mujer no parecía importarle recibirlos. De hecho, los ojos se le iluminaban con el dolor de encajarlos y la sonrisa se le ensanchaba. Sin embargo, no expresaba el placer desbocado que Wax había visto en algunas personas que de verdad disfrutaban con el dolor. Estaba intentando entrenarse a sí misma por la fuerza para pensar como creía que lo hacía Wayne.

Y en cierto modo, eso era incluso más perturbador.

La mujer fue mostrándose más agresiva y Wax, después de recibir un golpe en el costado que quizá le magullara una costilla, se obligó a

retroceder. Aún le dolía el brazo por la metralla de antes, y encima… herrumbres, empezaba a cansarse.

Así que cuando Wayne pasó por el lado, Wax le lanzó el bastón y recuperó su revólver. Wayne había disparado toda la munición excepto las balas mataneblinos.

—¿Seguirás esquivando y dándome algún golpe que otro? —preguntó la mujer a Wax, y simuló un bostezo—. Tampoco es que me moleste, porque me gusta ver cómo te retuerces. Pero preferiría que esto no nos llevara toda la noche.

Wax tenía que intentar algo distinto. Así que usó la vista de acero para localizar un trozo de metal adecuado, el tope de una puerta que había cerca. Saltó hacia él, lo agarró y se volvió de nuevo mientras la mujer avanzaba emborronada hacia él.

Era el momento de probar a hacer las cosas a la antigua usanza.

Wayne atrapó al lanzamonedas con otra presa. El hombre había renunciado a disipar los metales de Wayne e intentó algo inteligente. Echó a volar, obligando a Wayne a aferrarse a él mientras colgaba en el aire. El lanzamonedas se empujó directo hacia la claraboya y la destrozó al salir tirando de Wayne al aire oscuro y brumoso. Una esquirla de cristal le hizo un corte horroroso en el brazo.

«Vaya, vaya —pensó Wayne sin soltarse—. Qué cosas pasan».

La herida no estaba sanando. Su adversario no era hacedor de sangre. Lo cual significaba que sí había un límite a la cantidad de punzones que el Grupo podía clavar en alguien. O igual lo que pasaba era que Trell/Telsin no quería que nadie se hiciera tan poderoso como para desafiarla.

Estar en el aire era un gran impedimento para que Wayne controlara el combate. Tenía que agarrarse al lanzamonedas con todas sus fuerzas, porque si caía desde aquella altura… bueno, tendría que gastar toda la salud que le quedaba para curarse del golpe. Al estar aferrado con las dos manos, su enemigo logró cerrar las esposas alrededor de una muñeca de Wayne. Herrumbres.

Aun así, Wayne pudo captar un atisbo del aparato que habían montado en la azotea, entre los andamios de las obras. Destacaba en lo alto un arma

alargada y brillante que recordaba muchísimo a… bueno, a una salchicha. Y las salchichas se parecían a la minga de un hombre.

Tenía que ser el cohete, y aún no lo habían lanzado, lo cual era muy buena señal. La hermana de Wax estaba allí rodeada de ingenieros, vestida con chaqueta y pañuelo al cuello, y la bruma se mantenía alejada de ella, como si Telsin ocupara el centro de una burbuja invisible de cristal. Que estuviera esperando con las manos entrelazadas a la espalda y la mirada perdida en la oscuridad… parecía mala señal.

El lanzamonedas permitió que descendieran un poco y luego dio un empujón alomántico contra un andamio para sacudirse hacia delante y otro para enviarse hacia atrás. Wayne no logró seguir sujeto y cayó a la azotea con un gruñido de irritación. No desde tanta altura como para necesitar mucha curación, pero aun así, menudo incordio.

Maldición, maldición, *maldición*.

En fin, si el lanzamonedas quería jugar sucio, Wayne podía hacer lo mismo. Era cierto que Wayne jugaría sucio de todos modos, pero le daba incluso menos remordimientos hacerlo en momentos como ese. Corrió hacia la claraboya rota con la intención de dejarse caer y ayudar a Wax a pelear contra Getruda.

Wax utilizó el tope de puerta a modo de cachiporra, empujándolo hacia la mujer. Getruda esquivó por instinto, ya que un objeto tan grande como aquel le haría más daño que una bala.

Saltó por encima mientras ella daba una voltereta y empujó de nuevo el tope hacia ella. Le dio en el antebrazo y le partió los huesos. La mujer rugió, su fachada rota por el dolor atroz. El golpe la hizo tropezar y moverse más despacio mientras esperaba a que sanara, lo que permitió a Wax cambiar de posición y empujar el tope de puerta directo a su pie, donde también rompió huesos.

El objeto rebotó a un lado y Wax voló en esa dirección, lo recogió del suelo y lo disparó otra vez. Para entonces Getruda ya estaba curada y logró apartarse, pero aquella arma la obligaba a esquivar sin tregua. Cada vez que la mujer tenía un respiro o que el tope caía demasiado lejos para que Wax pudiera recuperarlo de inmediato, sostenía una bala entre los dedos y la

empujaba contra ella. No se entretuvo recargando el revólver. Siguió atacando sin cesar.

La mujer había dejado de soltar ocurrencias. Wax recogió un trozo de metal de la claraboya rota y lo utilizó también. Siguió arrojando cosas contra ella, implacable, en una ráfaga de acero que Getruda no tenía más remedio que esquivar si no quería que la ralentizaran el dolor y la curación. Al poco tiempo ya parecía más furiosa que otra cosa, y no dejaba de buscar la forma de enfrentarse a él más de cerca.

Wax no se lo permitió. Hizo un corte a la mujer en un costado. Luego en el otro. A continuación le incrustó una bala en el brazo… y entrevió un destello metálico. La herida sanó al instante, pero Wax sabía lo que había visto. Su mente de metal.

Un momento después, Wayne cayó desde arriba, resolló y murmuró entre dientes. Wax estiró el brazo y puso los dedos en el lugar adecuado para entrar en la burbuja cuando apareció. Como bastaba con que cualquier parte del cuerpo tocara el perímetro para estar bajo los efectos de una burbuja de velocidad, aquel leve roce en las yemas de los dedos le sirvió para entrar en ella.

—Socio —dijo Wayne—, luchar contra ti es herrumbrosamente difícil.

—Lo mismo digo —respondió Wax.

—Es divertido, eso sí —comentó Wayne—. Lo tengo cabreadísimo.

—Bueno —dijo Wax—, reconozco que más de una vez he buscado una excusa para disparar a alguien bajito, con acento exagerado y un bombín en la cabeza.

Wayne le lanzó una mirada.

—De verdad que es muy raro —añadió Wax—. No sé muy bien por qué me pasa. Instinto, supongo.

—Que conste que el sombrero que llevo yo es de cochero —gruñó Wayne sacudiendo la mano, donde llevaba cerrada una anilla de unas esposas—. No es lo mismo. —Respiró hondo y señaló hacia el cielo, donde Dumad se ocultaba entre las brumas—. Tengo que hacer que vuelva aquí a abajo. ¿Empezamos?

Wax asintió con la cabeza y, cuando la burbuja de velocidad cayó, se lanzaron los dos hacia la mujer. Al hacerlo llamaron la atención del lanzamonedas, que no podía permitir que atacaran juntos a su aliada. El hombre aterrizó de nuevo en la moqueta y liberó una ráfaga de balas

empujadas. Wax arrojó un pedazo de metal a Wayne y le aplicó un cuidadoso empujón para separarlos a ambos. Las balas surcaron el espacio abierto entre ellos.

Wax se volvió hacia la mujer, ya que su empujón lo había enviado más cerca de ella. Getruda estaba recuperada de los golpes que había recibido, pero parecía moverse más despacio, le faltaba el aliento y estaba empapada en sudor. Wax conocía la sensación. A él le dolía en una docena de sitios, y hasta la adrenalina del combate estaba capitulando ante el agotamiento de todo un día corriendo de un lado a otro contra el tiempo.

Levantó a *Vindicación*, con una bala mataneblinos en la recámara.

—¿Al menos me contarás por qué? —pidió—. ¿Por qué te empeñas tanto en imitar a Wayne? Esto va más allá de intentar conocer a tu enemigo.

Getruda inhaló una bocanada entrecortada.

—¿Alguna vez no has sido nada, Disparo al Amanecer? —Negó con la cabeza antes de que Wax pudiera responder—. No. Tú siempre has sido alguien. Si hasta tenías dos nombres. Incluso cuando escapaste, contabas con dinero… con conocimiento… con toda una vida sabiendo que estabas a cargo de ti mismo. Escapar era un lujo para alguien como tú. —Calló un momento, lanzó al aire un bastón de duelo y lo atrapó—. Pues resulta que no todos tenemos esas cosas. Hay gente a la que le toca aceptar las oportunidades que le dan. Y además, convertirte en alguien que no eres… bueno, es tentador.

Wax siguió apuntando hacia ella.

—Vete. No te conozco, pero te prometo una cosa: te han mentido. Trell, el Grupo. Te han dicho una mentira. Sí que eres alguien. Y hay gente ahí fuera que te echa de menos.

Ella sonrió.

—Ya nos avisaron de que intentaríais engatusarnos. ¡Nos lo dijeron! Pero el caso es que soy más lista de lo que crees. Os he engatusado yo a vosotros antes.

Echó a correr hacia él. Wax giró a *Vindicación* una fracción de grado y apretó el gatillo. La bala mataneblinos se hundió en el hombro derecho de Getruda y la detonación secundaria llegó un momento después.

Le arrancó el brazo de cuajo.

Getruda dio tumbos hasta detenerse, mirando boquiabierta la herida. No sanó, porque el brazo que ya no tenía era donde estaba la mente de metal

que almacenaba su capacidad de curación. Quizá tuviera alguna otra mente de metal implantada —lo más lógico era no depender solo de una—, pero en ese caso Wax la había obligado a curarse lo suficiente para agotarla. Porque la herida no estaba cerrándose.

Era una lesión espantosa, pero no tanto como cabría imaginar. Las heridas en la cabeza sangraban mucho, pero cercenar un miembro… aunque no dejaba de ser horrible, siempre había menos sangre de la que uno se esperaba.

La mujer lo miró, con expresión casi suplicante, pero volvió a correr hacia él. Así que Wax, con un suspiro, tiró una bala al aire y se la incrustó en la cabeza con un empujón quirúrgico.

El cadáver cayó al suelo. Wax suspiró de nuevo, sintiéndose agotado.

A ver, ¿dónde se había metido Wayne?

El lanzamonedas alzó la mano en dirección a Wayne, preparándose para repetir su truco del superempujón.

Wayne se preparó y plantó los pies en el suelo, pero salió despedido hacia atrás de todos modos y apenas le dio tiempo a alzar una burbuja de velocidad. Miró arriba y vio que una bala cruzaba lenta el aire a un dedo de distancia del borde de la burbuja. Rodó a un lado mientras el proyectil penetraba en la barrera, se desviaba y pasaba zumbando cerca de él.

Muy bien. Vale. Apretó los dientes y se abalanzó hacia delante, deshizo la burbuja y cargó contra su enemigo. No-Wax se lo esperaba, claro. Wayne le había hecho esa misma jugada muchas veces. El lanzamonedas arrojó unas balas contra él, que Wayne esquivó.

Resignado, no-Wax levantó una mano para empezar a forcejear con Wayne.

Y él le atizó en toda la cara con un bastón de duelo y le aplastó la nariz. El hombre soltó un reniego y retrocedió, ensangrentado.

—Ajá, mejor así —dijo Wayne—. Ya no eres tan guapo.

El lanzamonedas aulló y levantó la pistola.

Wayne le cerró la anilla libre de las esposas en la muñeca. El hombre, sangrando por la cara y el brazo, las miró sorprendido. Entonces, después de proferir un bramido de ira y frustración, los elevó a ambos por los aires

con un poderoso empujón. Justo como Wayne había deseado que hiciera, aunque el impulso estuvo a punto de dislocarle el brazo.

Se quedó un momento colgando del lanzamonedas y entonces lo agarró y empezó a trepar por su cuerpo mientras ganaban más y más y más altitud. Atravesaron las brumas por aquel increíble empujón de acero, multiplicando por mucho la altura que habría logrado alcanzar Wax valiéndose de ese mismo poder. Aquel supermetal —¿duraluminio, se llamaba?— era de aúpa.

—¿Sabes una cosa? —gritó Wayne para hacerse oír sobre el fragor del viento—. ¡Tu problema es que te especializaste demasiado!

El hombre agarró a Wayne por el cuello, dejándose de historias con las pistolas. Siguieron ascendiendo hasta emerger por encima de las brumas a un terreno bañado por la luz de las estrellas.

—Hiciste todo lo posible por aprender a enfrentarte a Wax —dijo Wayne —, pero no entrenaste para derrotarme a mí. Lo cual significa que te obsesionaste demasiado. ¡Tendrías que buscarte alguna afición o lo que sea!

Por fin alcanzaron el cénit del empujón y empezaron a descender. Mientras entraban de nuevo en la bruma, el lanzamonedas se zafó de Wayne y lo dejó colgando de las esposas. Con la otra mano, no-Wax buscó en el bolsillo interior de su levita.

Y sacó un pañuelo amarillo con un conejito bordado en la esquina.

—¡Te recomiendo el arte del carterista! —exclamó Wayne—. ¡No sabes lo herrumbrosamente útil que es!

Dicho eso, Wayne arrojó la petaca de aluminio llena de metales a la oscuridad.

El lanzamonedas la vio desaparecer con los ojos ensanchándose de terror. El viento arreció de nuevo mientras caían. El hombre se retorció en el aire, palpándose frenético todo el cuerpo.

—¿No tienes más? —gritó Wayne—. ¡Qué pena!

No-Wax intentó agarrar a Wayne mientras los dos se precipitaban hacia el suelo, con los ojos inyectados de sangre y furia.

Pero caer era algo que ocurría deprisa. Cada vez más rápido, cuanto más lo hacías. Wayne siempre se había preguntado por qué.

—¡Oye! —dijo—. Cuando te encuentres con la Muerte…

Atravesaron la claraboya y se estamparon contra el suelo con un sonoro crujido.

Todo se volvió negro.

Unos minutos más tarde, Wayne abrió los ojos y gimió. La sanación que tenía almacenada había bastado. Apenas. Rodó y miró el cuerpo doblado y roto del lanzamonedas.

—Vaya, hombre —murmuró—. Caíamos demasiado rápido. No he podido terminar la frase tan genial que tenía preparada.

Encontró la llave de las esposas en el bolsillo del cadáver y se soltó. Ruina, cómo le dolía todo el cuerpo. Tendría unos moratones de no te menees por la mañana. La mente de metal había reparado primero los peores daños para impedir que muriera, pero había sido suficiente para nada más que una curación de baratillo, y estaba agotada por completo.

—Cuando te encuentres con la Muerte —dijo Wayne, dando un puntapié en el costado al cadáver—, dile que me debe cincuenta óbolos.

Fue hacia donde estaba Wax, que acababa de extirpar la mente de metal del brazo desmembrado de la mujer que no era en absoluto un clon de Wayne. Sacarla de ahí era lo que había que hacer. Corrían rumores de hacedores de sangre componedores que habían regenerado un herrumbroso cuerpo entero a partir de una extremidad arrancada.

—Habría que quitarles también los clavos —dijo Wayne—, por si acaso.

—Antes detengamos la bomba.

—Tu hermana está ahí arriba —le advirtió Wayne—. Con el cohete ese, listo para salir disparado.

—Pues vamos —dijo Wax.

Cruzaron la pista de baile hasta la claraboya.

—¿Por qué luchabas contra ella tan de cerca? —preguntó Wayne—. Tendrías que haber volado. Es la mejor manera de enfrentarte a alguien que tal vez se parezca un poquito a mí en los aspectos más superficiales.

—Imposible. Se habría dedicado a hacerme perder tiempo. He tenido que acercarme y obligarla a enfrentarse a mí.

Vaya. Bueno, a lo mejor esa vez los dos habían querido que el asunto fuese personal. Se colocaron en el centro del salón para que Wax agarrara a Wayne y los elevara a ambos por la claraboya abierta hacia las brumas, que parecían verterse sobre la azotea como una catarata fantasmagórica.

Pero entonces Wax se detuvo.

—¿Socio? —preguntó Wayne.

Sin dejar de mirar hacia arriba, Wax se metió la mano en el bolsillo y

sacó un pequeño pendiente. Tenía forma de clavo torcido. Era un símbolo religioso de los caminantes, pero para Wax significaba mucho más.

Se lo ponía muy pocas veces, solo cuando de verdad lo necesitaba. Esa noche se lo clavó en la oreja y susurró algo.

66



Yo he cumplido con mi parte —susurró Wax—. Me he convertido en tu espada. Ahora quiero que tú cumplas con la tuya.

Mi parte, respondió Armonía en su mente, *consistía en situarte donde…*

—No —lo interrumpió Wax, todavía con la mirada fija en las brumas—. No basta con eso. No es suficiente ni de lejos, Sazed. Yo puedo matar a gente. Se me da demasiado bien. Pero no puedo matar a un dios. Si Autonomía interviene, voy a necesitarte.

Autonomía no intervendrá. No solemos hacerlo, porque nos deja expuestos. Ha Investido a tu hermana, pero sobre todo para permitir que Telsin se comunique con sus seguidores y visualice los planes con una complejidad superior a la de un ser humano ordinario. No va a luchar contra ti. Lo que viene ahora no lo superarás a balazos.

—¿Puedo matar a Telsin?

Cuento con que lo intentes. Pero… no estoy seguro. Tal vez esté tan Investida que te resulte imposible. Si se da ese caso, la única manera de que Telsin muera es que Autonomía le retire su poder.

—Aun así, querré tu ayuda.

Eh…

—¿Qué *puedes* hacer?

No… no lo sé. Quizá sea capaz de aturdirla. De interrumpir unos instantes su Conexión con Autonomía. Tal vez.

—Prepárate, entonces —dijo Wax.

Levantó la pistola recién recargada con una mano y agarró a Wayne del brazo. Wayne asintió y se aferró a él. Wax se empujó contra los clavos de la moqueta y los alzó a los dos entre la bruma hasta llegar a la azotea.

Empezó a sentirse mejor en el preciso instante en que entró en la bruma. Su fatiga se evaporó, los dolores remitieron. La bruma era algo antiquísimo, más viejo que Armonía. Había visto a la Guerrera Ascendente y al Último Emperador impedir el fin del mundo. Había visto alzarse al lord Legislador antes que eso, había protegido, y quizá también amenazado, al mundo en sus inicios.

Me has hecho algo, pensó Wax dirigiéndose a Armonía mientras se empujaba de lado para posarse en la azotea del edificio. *Están pasándome cosas raras todo el día. ¿Es una secuela de haber utilizado los Brazales*?

No, respondió Armonía. *Es otra cosa. Pero no ha funcionado como esperaba*.

Las brumas envolvieron a Wax mientras cruzaba la fría azotea para enfrentarse a Telsin. Los ojos de su hermana resplandecían con un brillo rojo, tiñendo de sangre la bruma a su alrededor, que no se acercaba a ella. A Wax le recordó a un perro manteniéndose fuera del alcance de un hombre que le hubiera dado patadas alguna vez.

—Tenías razón —dijo Telsin—. Es verdad que te he subestimado.

Wax se detuvo a cierta distancia, con Wayne al lado. Detrás de Telsin había un artilugio descomunal con el cohete encima de todo. Oculto a la vista de toda la ciudad por las «obras» en el perímetro de la azotea y bañado por la luz de los focos. Unos ingenieros trabajaban a destajo en el arma, lanzando alguna mirada nerviosa a Wax de vez en cuando.

—Wayne —susurró Wax, con la pistola apuntada hacia Telsin—, ocúpate de que esos ingenieros se tomen un descanso para cenar.

—Encantado —respondió Wayne.

Fue hacia ellos al trote y no le costó demasiado acorralarlos en un rincón. Wax se quedó donde estaba, sin dejar de apuntar a Telsin, sintiéndose… desconcertado. Había logrado llegar hasta allí. Había encontrado el cohete. Con eso ya estaría, ¿verdad? Pero ¿qué iba a hacer a continuación?

«No dejes que vuelva a pillarte por sorpresa —pensó—. Hace seis años consiguió engañarte. Hoy también debe de tener algo preparado, así que no piques».

—Pues nada —dijo Telsin mientras el brillo de sus ojos se acrecentaba—, aquí estamos. Ahora vas a dejar que destruya Elendel.

—Eso ni lo sueñes —gruñó Wax.

—¿A qué estarías dispuesto a renunciar, Waxillium, por salvar un

planeta? —preguntó ella—. ¿A cuántas personas sacrificarías para hacer lo que debe hacerse?

Telsin dio un paso hacia él. Wax amartilló a *Vindicación* y estiró más el brazo. Herrumbres.

—A Autonomía le gustas —continuó Telsin—. Dice que eres una obra maestra. Yo discrepaba, pero lo cierto es que aquí estás, de modo que tendré que darme por convencida. Armonía sabe que es cada vez más impotente, que Discordia se aproxima, y por eso te creó a ti. Creó una espada. Capaz de actuar cuando él no puede.

Su hermana dio otro paso adelante, sin hacer caso a *Vindicación*. ¿Y por qué iba a hacérselo? Armonía acababa de decirle que la pistola no le serviría de nada. La sonrisa que Telsin le dedicó mientras avanzaba recordó a Wax cuando se había vuelto contra él. Lo que había sentido al verse traicionado por su última pariente viva.

Ese momento. Ese espantoso momento en el que había comprendido que al salvarla no solo había hecho que le dispararan a él, sino que había puesto en peligro también la vida de Steris, la de Marasi y la de Wayne.

Ese terrible momento seguía vivo en su interior. Como un suplicio cristalizado al fondo de su alma. Un último vínculo con su antigua vida. Wax necesitaba vencer ese vínculo tanto como a ella.

—¿Crees que Armonía sería capaz de hacerlo? —preguntó Telsin señalando el cohete—. ¿Si esta fuese la única manera de proteger a los habitantes de este mundo? ¿Podría sacrificar una ciudad para salvar al resto? ¿O se quedaría paralizado por la indecisión, como un alguacil su primer día en el cuerpo?

Herrumbres. No parecía preocupada en los más mínimo por la llegada de Wax y Wayne. Algo iba mal. Algo iba verdaderamente fatal.

—Bueno —añadió Telsin—, pues yo sí soy lo bastante fuerte. Yo sí voy a hacerlo.

Herrumbres, herrumbres, *herrumbres*. Aquello no encajaba en absoluto. ¿Una conversación tranquila en una azotea? ¿Un dispositivo capaz de destruir una ciudad, en apariencia inutilizado? Y sin embargo, Telsin se mostraba herrumbrosamente confiada.

«No solo eres una espada, Wax —pensó—. Eres detective. Esa es la vida que escogiste. Sé la persona que decidiste ser, no la que tiene un papel asignado que cumplir».

Wax enfocó la mente, apartando el dolor de la traición. «Piensa. Has encontrado esas tablas de lanzamientos y ninguno llegaba lo bastante lejos, así que...».

Bajó el revólver.

—No funciona.

Telsin se detuvo en seco.

—El dispositivo de lanzamiento —dijo Wax—. Después de todo este tiempo, aún no puede enviar una bomba así de grande, ¿verdad? La habrías disparado ya si pudiera.

Telsin se encogió de hombros.

El detective que había en Wax tanteó en busca de conexiones. Si Telsin de verdad creía que el mundo iba a acabar a menos que destruyera Elendel, lanzaría el cohete de todos modos. Con la esperanza de que funcionara. Porque si fracasaba, de todas formas sería el final, así que ¿por qué no intentarlo?

Con un escalofrío, Wax levantó la mano e incrementó su peso. Empujó contra el cohete. La construcción entera se vino abajo y la enorme arma, la bomba, cayó al suelo con un tañido resonante y *hueco*.

Era un señuelo.

Los ojos de Telsin se ensancharon.

Wax se volvió y contempló la ciudad, cubierta por la suave manta de la bruma que la desdibujaba como si fuera un sueño. Allí, entre las brumas, podía pensar, podía hacer las conexiones que se le habían escapado durante todo el día. ¿Dónde estaba la bomba?

El Grupo llevaba años planeando aquello, esperando a que el dispositivo de lanzamiento estuviera listo. Construyendo la plataforma en un lugar elevado para maximizar el alcance. Esos eran los hilos verdaderos. Wax había seguido las pistas correctas.

El problema era que al final no habían logrado que funcionara. Así que al llegar Wax a primera hora del día, habían montado en pánico. Habían trasladado la bomba a otro sitio. Pero ¿dónde? Estaba claro que no iban a enviarla en tren ni por carretera. Demasiado evidente. Además, Wax había pedido a Steris que bloqueara ambos accesos a la ciudad. Entonces, ¿qué? Habían tenido que mover la bomba e instalarla en otro aparato de lanzamiento. Así que…

«El puerto —comprendió Wax al colocarse las piezas en su sitio—. De

veras estaban sorprendidos cuando he localizado el túnel que salía de la mansión. ¿Por qué montar su laboratorio ahí fuera, cerca de los embarcaderos, en vez de tenerlo protegido en esta torre o en alguna caverna? Porque tenían otro método de envío, uno de reserva. Por si el cohete no llegaba a funcionar. Y cuando he llegado a Bilming han pasado a la acción y se han llevado la bomba de aquí a...».

Giró sobre sí mismo, escrutando la oscuridad, y de algún modo fue capaz de ver a través de la bruma. Como si clarease para él. Lejos, más allá de la ciudad, distinguió las luces en movimiento de algo en mar abierto. Un enorme buque de guerra, un acorazado modelo Peltrenauta que había estado todo el día amarrado en el puerto. Una demostración de fuerza, había pensado al verlo.

Pero también era la manera más rápida de llevar algo voluminoso hacia Elendel. Un método que no podía detenerse cerrando las vías de ferrocarril o las carreteras.

La bomba iba en ese barco.

—Ella pensaba que lo descubrirías —susurró Telsin—. Creo que te prefiere a ti que a mí. No estoy… muy segura de cómo me hace sentir.

Wax pensó a toda velocidad. ¿Cómo detenerlo? Corrió hasta el borde de la azotea y miró entre las varas de acero de los falsos andamios.

—¿Wax? —dijo Wayne, acercándose deprisa—. Casi me da un infarto cuando has tirado esa bomba. ¿Qué está pasando?

—El cohete no funciona —murmuró él—. No lo bastante bien.

—Autonomía quería resolver el problema —dijo Telsin desde atrás—. Pero resulta que la balística avanzada y los cohetes autopropulsados están un poco fuera de nuestro alcance. Lo más curioso es que, con este poder, llego a… vislumbrar indicios de lo que está por venir. Pero ¿los mecanismos? Bueno, eso requiere experimentación, aprendizaje, repetición…

Herrumbre y Ruina. Wax no podía llegar a ese barco. Estaba ya demasiado lejos en el océano, muy fuera del alcance de un empujón de acero. Se quedaría sin anclaje y caería a las profundidades.

—¿Socio? —dijo Wax con cara de preocupación—. ¿Wax? ¿Qué pasa?

¿Podría llegar a Elendel lo bastante rápido? Dudaba mucho que pudiera superar a ese acorazado. Y aunque lo lograse, ¿qué iba a hacer cuando llegara? Casi con toda certeza, el barco detonaría la bomba en el momento

en que tuviera una parte lo bastante grande de la ciudad dentro del radio de la explosión.

—Venga, ríndete, Wax —dijo Telsin mientras se acercaba—. Reconoce que tengo razón. ¿Sabes qué es lo que más me irrita de ti? De jóvenes, siempre te invitaba a unirte a mí, pero lo que hacías tú era juzgarme. Siempre te has creído demasiado bueno para mí.

Wax se volvió, sorprendido por el veneno que había en su voz.

—Pasé décadas enteras odiándote —siseó Telsin, con los ojos palpitando en un tono rojo incluso más intenso—. Porque nunca fuiste capaz de reconocerlo. Pues hoy soy yo quien hace lo que debe hacerse. Y tú vas a quedarte mirando. Vas a echarte a llorar. Y yo ascenderé.

¿Cómo?

¡Tenía que haber alguna manera!

—Hoy empieza un nuevo mundo —dijo Telsin—. Un mundo que emergerá de las ruinas humeantes de Elendel. La Cuenca guardará lealtad a una nueva diosa, una que no es débil. Que no está dividida.

»Llevas todo el día dándome caza. Pero ahora eres tú el que está atrapado, y el barco navega libre. La bomba va de camino. No puedes detenerla. Adelante, prueba. ¡Arrójate a la noche, Wax! Terminarás nadando en la bahía.

»O a lo mejor volverás corriendo a Elendel para unirte a todos los que morirán en la explosión. La bomba tiene un mecanismo que la hará estallar si el barco se detiene o recibe impactos de armas. Es demasiado tarde. Ya he ganado. Voy a…

Ataca a mi hermana, Armonía, pensó Wax. *Aíslala. Ahora mismo*.

Telsin dio un respingo. Trastabilló un momento mientras el brillo de sus ojos se desvanecía y sus labios se separaban, y entonces cayó inmóvil al suelo.

Su cuerpo está forzado más allá de su límite, dijo Armonía en la mente de Wax. *Lo único que la sustenta es el poder, Waxillium. Haz que Autonomía se retire. ¡Detén ese barco*!

Wax miró a Wayne a los ojos, suplicantes, preocupados. La solución. ¿Cuál era la solución?

Bajó la mirada por la claraboya destrozada, por la que entraba la bruma como agua en una alcantarilla.

Apenas distinguía el cadáver que había abajo.

67



Steris estaba en la estación central viendo a la gente amontonarse para subir a un tren, de mercancías, porque en ellos cabían más personas. Hizo unas anotaciones en su lista. Otro distrito despejado.

Los pasquines estaban empezando a fijarse en los esfuerzos de Steris. ¿Octantes enteros evacuados? ¿Unas misteriosas fugas de gas a modo de explicación? Había cada vez más gente huyendo en coche, pero Steris ya lo había tenido en cuenta. Formaba parte de sus previsiones para la evacuación.

Saludó con la cabeza a TenSoon, que llegaba merodeando hacia ella todavía con el cuerpo del alguacil.

—Daal y los senadores han huido de la ciudad —informó el kandra—. La noticia de su marcha está extendiéndose.

—Es una pena —respondió Steris—, pero irrelevante para nuestras necesidades actuales.

La expresión de TenSoon se volvió distante.

—Sí, pero se han llevado los Brazales. No debería haberlos traído, no debería haberlos dejado escapar. Llevo demasiado tiempo apartado de la política humana. —El kandra la miró—. No lo sabía, Steris. No sabía que su poder estaba agotado. Tengo la sensación de que hemos sido víctimas de alguna argucia. Ya no se me da demasiado bien ser… humano.

—Ya nos ocuparemos del problema de los Brazales —dijo ella—, si por un casual sobrevivimos a lo que viene.

TenSoon gruñó con suavidad, pero parecía más un suspiro que una expresión de discrepancia. Los dos se volvieron al ver acercarse al gobernador Varlance, que se secaba la frente con un pañuelo. Había

empezado las reuniones del día llevando maquillaje blanco en la cara, pero ya quedaba poco de él, apenas un par de zonas en las mejillas.

Su presencia confería una gran autoridad a las órdenes que daba Steris. La gente se sentía reconfortada al verlo a él, al gobernador, dirigiendo la evacuación. Solo quedándose cerca de ella, era muy probable que Varlance hubiera salvado miles de vidas.

Lo difícil había sido impedir que hablara y echara a perder el efecto siendo… bueno, siendo él mismo.

—¿Cómo lo lleva? —le preguntó, haciendo una marca en el cuaderno mientras otro tren salía de la estación—. ¿Quiere otro café?

—No, gracias —dijo él. Calló un momento y siguió hablando en voz más baja—. ¿A cuántos cree que podemos salvar?

—Dependerá por completo de cuánto tiempo tengamos.

—Supongamos que no es mucho —respondió él, bajando incluso más la voz—. Lady Ladrian, acabamos de recibir un informe de nuestros operativos de inteligencia en Bilming. Ha ocurrido algo.

Steris sintió que se helaba en lo más profundo de su ser.

—¿Lanzamiento de artillería?

—No —dijo el gobernador—. Un barco de guerra ha zarpado desde Bilming hacia Elendel. A velocidad máxima.

Un barco de guerra. Steris se volvió y levantó la mano en dirección a Reddi, que estaba ordenando a sus alguaciles que organizaran las filas de gente que iba a subir a los próximos trenes. El comisario llegó correteando.

—Bilming ha enviado un barco de guerra —le dijo Steris.

—¿Un solo barco? —preguntó Reddi—. Podemos ocuparnos de él, hasta sin tener una armada propia.

—Exacto —convino el gobernador.

¿Solo un barco? ¿A velocidad máxima?

«Oh, no».

La respuesta era evidente para ella.

—Ese barco *es* la bomba —dijo, ensanchando los ojos—. Wax iba a tratar de impedir un lanzamiento de artillería, según su mensaje. Así que en vez de eso han enviado un barco a toda velocidad, cargado de explosivos.

—Bendito Conservación —susurró Reddi, y miró la enorme estación todavía llena de gente. Todos ellos, sumados a las personas que ya estaban

evacuadas, formaban solo una pequeña parte de la población de la ciudad —. ¿Podemos hundirlo?

—¿Y detonar la bomba? —replicó Steris—. No habrían elegido ese mecanismo de envío si destruir el barco bastara para impedir la explosión.

—Entonces, Disparo al Amanecer ha fracasado —dijo el gobernador, flaqueando de lado contra una columna—. Elendel está perdida.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Steris.

—¿A toda máquina desde Bilming? —dijo Reddi—. No mucho. Horas como máximo. Casi seguro que menos que eso.

—Podemos estar lejos si nos marchamos ahora mismo —propuso el gobernador—. ¡Tenemos que subir a ese tren!

Steris se quedó allí plantada, entumecida. Los demás senadores ya habían huido. Estaban más que dispuestos a despotricar todo el día contra ella diciendo que se equivocaba, pero había bastado con un olorcillo a humo para que escaparan derribando puertas a su paso.

Pero ella sabía que estaba en lo cierto. Lo *sabía*.

Dio una fuerte palmada en su cuaderno, sorprendida de su propio ímpetu, e hizo vacilar el pánico del gobernador.

—Ese barco —dijo Steris— no llegará a esta ciudad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Varlance.

—Porque mi marido, Waxillium Ladrian, va a impedirlo.

—¿Y si no lo hace? —dijo el gobernador.

Steris pasó páginas de su cuaderno hasta llegar a las previsiones que había hecho para distintos desastres, en concreto a una llena de cálculos sobre los peligros de un terremoto marino.

—Lo hará —les prometió Steris—. Pero tenemos que evacuar la zona más próxima a la bahía por si acaso. Y prepararnos para la posibilidad de un tsunami. —Pasó a la página donde había trazado un mapa de la ciudad y señaló con el dedo—. Las siguientes zonas a evacuar son estas de aquí, por si acaso lo más que logra hacer mi marido es detonar la bomba antes de tiempo.

—Pero… si Disparo al Amanecer fracasa…

—No fracasará —insistió Steris. Cogió al gobernador por el brazo—. Necesito su ayuda. No se vaya. Quédese. Sea un héroe, Varlance.

—Pero…

—Mi marido detendrá ese barco.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó él.

Cerca de ellos una locomotora liberó un chorro de vapor y se oyó el último aviso de pasajeros al tren. El gobernador Varlance dio un paso hacia él, pero entonces miró a Steris.

—En la vida hay cosas —dijo ella con suavidad— que no pueden planificarse. A mí me costó mucho aprenderlo, Varlance. Pero hay una cosa que siempre se cumple: ocurra lo que ocurra, Waxillium Ladrian llegará sin duda al lugar donde debe estar. De algún modo.

68



Marasi abrió el último cerrojo y levantó con esfuerzo la pesada trampilla metálica. Aún le dolían el brazo y la pierna, pero había superado el agotamiento.

No había aparecido ningún ejército. Los soldados de Peregrino, al ver a Entrone capturado, se habían rendido. Casi todos los demás habitantes de la Comunidad, por órdenes del propio lord alcalde, se habían confinado en sus casas.

La gente esperaba a ver qué sucedería a continuación.

—Tendríamos que habernos dado cuenta —susurró Armal, desde más abajo en la escalerilla—. Según ellos mismos, todo este metal habría atraído a esos «mutantes». Esta trampilla no estaba para impedir que entraran, sino para impedirnos salir a nosotros, para que nunca fuéramos a la sala de observación por nuestra cuenta.

Marasi terminó de subir la escalerilla y llegó a una estancia que, en efecto, era diferente a la sala de proyección que había visto antes. Aquella era una simple cámara redonda con una pared plana, la supuesta «ventana» por la que se veía una ciudad destruida y ceniza cayendo del cielo. Al parecer, abrir la trampilla activaba el sistema.

Sabiendo lo que sabía, Marasi percibió el parpadeo de la imagen como demostración de su naturaleza falsa, aunque para alguien que nunca se hubiera topado con nada similar, resultaría asombrosamente convincente. De algún modo, la imagen aparecía en la pared del fondo sin un proyector arrojando una luz a través de la sala que pudiera bloquearse.

Marasi ayudó a Armal y los demás a subir a la sala. Los cuatro se quedaron absortos al instante con la imagen. Encontraron el proyector en

una estancia contigua, colocado para enviar la luz a la parte trasera de una lámina y crear la imagen en la sala principal.

Mientras los cuatro exprisioneros observaban el aparato y pasaban la mano entre él y la lámina, Marasi encontró y abrió otra pequeña puerta, que daba al exterior. La bruma empezó a colarse dentro y Marasi comprobó que estaban en un edificio pequeño y anodino, situado en una zona de almacenes. Por la puerta se salía a una calle y desde ella se veía buena parte de la ciudad al fondo, centelleante con sus luces eléctricas.

Armal y los demás se congregaron alrededor de ella, mirando con los ojos como platos. Marasi no podía ni imaginarse lo que estarían sintiendo. Habían confiado en su palabra lo suficiente como para enfrentarse a Entrone y el Grupo, pero ver aquello, saber lo que se les había robado…

—Lo siento —dijo Marasi—. No…

—¿Los has apreciado? —susurró Armal.

Marasi frunció el ceño mientras la mujer seguía contemplando la ciudad.

—Estos siete años —exclamó Armal—. ¿Los has aprovechado? ¿Los has apreciado? Yo los pasé deseando tener aunque fuese un solo día más de mi antigua vida. Poder enseñar a mis hijos un mundo de luces y vida, en vez de uno de piedra y sombra. Por favor, dime que has vivido bien esos años de libertad.

—Eh… —dijo Marasi.

¿Lo había hecho? Había pasado buena parte de ese tiempo con Allik, lo cual había sido maravilloso. Y había logrado mucho en su carrera profesional. Pero ¿era eso lo que quería, en última instancia?

O mejor dicho, ¿era eso *todo* lo que quería?

Marasi había visto y aprendido mucho. Y sin embargo… allí estaba esa pobre gente, retenida en las sombras. ¿Cuánto tiempo antes podrían haberlos salvado si Luzdeluna y su gente hubieran sido más abiertos con la información que poseían? Marasi y los Sangre Espectral llevaban años trabajando con el mismo objetivo y en ningún momento lo había sabido.

La gente sufría cuando la verdad se convertía en una mercancía con la que especular.

Por el momento, se limitó a mirar hacia arriba, a escrutar entre la bruma en dirección a unos focos que brillaban en las alturas. ¿Sería… la azotea del Shaw, en la lejanía? ¿Iluminada con tanta potencia entre las brumas que resplandecía como una especie de almenara mítica?

Mientras lo observaba, algo destelló ahí arriba y la explosión hizo que las luces se apagaran.

69



Wellid había tardado demasiado en decidir que aborrecía el océano. Se había presentado voluntario para aquella misión, tripular el Peltrenauta A-16 en la travesía de Bilming a Elendel, porque había pensado que sería el sitio más seguro donde estar. ¿Un barco gigantesco hecho de acero? ¿El más grande que el mundo había visto nunca? ¿Protegido por su grueso casco de las balas enemigas?

Había supuesto que por lo menos, cuando estallara la guerra, estaría a bordo del barco más indestructible jamás construido. De acuerdo, iban a enfrentarse a Elendel, pero Wellid había preferido eso que quedarse en Bilming, donde estaba aquel vigilante loco volando de un lado a otro.

Y allí estaba, con el familiar resplandor de Bilming retrocediendo en la distancia. Le habían ordenado montar guardia en cubierta mientras el motor de vapor los impulsaba por el agua picada. ¿Montar guardia para qué? Allí no había nada más que espuma revuelta y bruma. Si hasta estaban apagando las luces del barco, después de abandonar la bahía y dejar atrás cualquier otra embarcación con la que pudieran chocar.

Wellid había creído que surcar el océano sería una experiencia plácida, pero esa noche no lo era. Estaba el golpeteo de las olas, el zumbido de los motores. Y otros… sonidos fantasmales que llegaban desde algún lugar allí fuera. Salpicaduras que no coincidían con el flujo del agua. Chillidos lejanos que podrían haber sido gaviotas, pero ¿qué gaviota graznaba de noche?

Asustado por los ruidos, abrió la pantalla del farol que llevaba en la mano. Por desgracia, solo sirvió para iluminar la bruma, creando un halo refulgente alrededor de Wellid. Apenas distinguía nada en el agua, porque

la cubierta del barco estaba muy alta por encima de la superficie. Al presentarse voluntario no se había dado cuenta de lo aterrador que iba ser mirar hacia abajo. Era como estar en el tejado de una casa de tres plantas, con el mar allá abajo, bien lejos.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó una voz severa desde atrás.

¿Era Gabria? La marinera, mayor y más experta que él, le asió el brazo y se apresuró a cerrar la pantalla del farol.

—¿No te ha llegado la orden? Fuera de la bahía, navegamos a oscuras. ¿O quieres que las defensas de Elendel puedan apuntarnos?

—Me ha parecido oír algo —dijo Wellid, soltando el brazo de la mano de Gabria—. Estoy de guardia. ¿No tengo que vigilar por si pasa algo?

—Si oyes algo sospechoso —respondió ella—, informa. No abras el farol a menos que sea absolutamente necesario. ¿No estabas escuchando en la reunión?

—Claro que sí —dijo él, aunque lo cierto era que tendía mucho a distraerse.

—¿Por qué llevas chaleco salvavidas? —preguntó la marinera—. No nos lo han ordenado.

—Más vale prevenir —respondió él—. Eh, Gab, ¿qué vas a hacer tú con la recompensa?

Al tener el farol cerrado, Wellid no le veía la cara en la oscuridad. Pero Gabria pareció quedárselo mirando tanto tiempo que hasta se le hizo incómodo. ¿Había algo que Wellid no entendía?

—¿Recompensa? —dijo ella.

—Claro —respondió Wellid—. La gran recompensa que nos prometieron. Por apuntarnos a esta misión, ¿te acuerdas?

—Wellid, ¿qué crees que estamos haciendo aquí?

—Transportar una carga —dijo él—. A Elendel. Es un arma, ¿verdad? Tenemos que dejarla y marcharnos de allí.

Otra pausa incómoda.

—Sí —respondió ella al cabo—. Marcharnos de allí. Eso es. Pero yo no lo hago por la recompensa.

Wellid tendría que habérselo esperado. Los demás eran… bueno, un poco más industriosos acerca de todo aquello. Trell. La inminente guerra contra Elendel. Seguro que se habrían presentado voluntarios aunque la misión no fuese a bordo de un acorazado monstruoso e indestructible.

—Ten ese farol cerrado —dijo Gabria—, y ven a buscarme si oyes o ves algo sospechoso. Ojo, sospechoso y creíble.

Se alejó por la cubierta, dejando a Wellid solo con la fría bruma y las indiferentes aguas. En teoría tendría que estar patrullando, pero no le habían dado ninguna ruta concreta. Así que, después de escuchar un rato aquellas olas y tener la impresión de que oía a la oscuridad vigilándolo, echó a andar en la dirección por la que se había ido Gabria. Estaba claro que no debía alejarse mucho de…

¿Qué había sido eso?

Seguro que el golpe contra el casco que había oído eran imaginaciones suyas. Estaba cerca del culo del barco —estooo… de la popa del barco, señor— y el sonido había llegado desde más atrás. Avanzó muy despacio hacia allí, sosteniendo el farol con una mano temblorosa. Hasta con la pantalla echada, dejaba escapar una mínima pizquita de luz que le permitió distinguir la baranda trasera del barco.

«No ha sido nada», se obligó a decirse a sí mismo. Cuando había bruma, se oían cosas. Lo sabía todo el mundo. No debería ir a informar, porque Gabria le había…

Una mano emergió de la oscuridad y aferró la baranda. La siguió una silueta, negra como el carbón, vagamente humana, que se izó a cubierta. Tenía *tentáculos* que ondeaban detrás de ella, un centenar de tentáculos que se enroscaban como las brumas. En aquella sombra Wellid entrevió una forma descabellada. Una figura que no era humana, que no podía ser humana. La bruma parecía saberlo, porque aunque jugueteaba con los ondulantes tentáculos, se apartaba de la figura. Aquel ser repelía las brumas.

Era un espectro de la bruma, Wellid estaba seguro. Un terror salido de las profundidades, una reliquia de tiempos antiguos. Una entidad llegada desde las historias y las leyendas que había acudido a reclamar su alma.

Por fin logró chillar. Con dedos torpes abrió de sopetón la pantalla del farol, bañando la cubierta de luz. Y revelando…

A un hombre. Alto, de prominentes patillas, con el chaleco y el pañuelo asomando bajo un grueso guardapolvo y las tiras del gabán de bruma extendidas hacia atrás por el viento.

Disparo al Amanecer estaba allí. A bordo del barco.

Gabria se volvió desde más lejos en la cubierta.

—Wellid, ¿por qué has…?

Se quedó callada al ver a Disparo al Amanecer allí. Boquiabierta el tiempo suficiente para que un segundo hombre subiera por encima de la baranda, se dejara caer a los tablones con un golpetazo y se calara un empapado bombín.

—¡No! —exclamó Gabria por fin—. ¿Cómo es posible?

Disparo al Amanecer se abrió el gabán de bruma, revelando algo que había sido invisible un momento antes: un gran punzón de metal que le asomaba de la parte inferior del pecho, clavado allí a través de la ropa entre dos costillas.

Telsin recobró poco a poco la conciencia.

Descubrió que aún estaba en la azotea, cerca de su señuelo fallido. Incluso antes de que llegara Wax, había estado preocupada. El límite del plazo que le había concedido Autonomía era esa misma noche. A lo mejor habría podido conseguir más tiempo, el suficiente para que el cohete funcionase, de no ser… de no ser por él.

Con un leve gruñido, rodó un poco sobre sí misma y encontró a una ingeniera sacudiéndole el brazo. ¿Qué había pasado? Su Investidura por parte de Autonomía debería haber impedido que se desmayara así. Se notaba… exhausta. El pecho frío, los brazos doloridos de arañar el suelo de la azotea, la piel empapada. Herrumbres. Casi se sentía mortal de nuevo.

¿Qué sucede?, preguntó a Autonomía.

Que tú, respondió la voz desde lejos, demasiado lejos, *me estás fallando*.

No. ¡La bomba está de camino! No estoy… No te…

Entonces fue consciente de los escombros que tenía alrededor. Un tejado derrumbado. Vigas de acero combadas. Los restos destrozados de su construcción para lanzar el cohete.

—¿Qué es… lo que ha pasado? —siseó en voz alta.

—Han sacado los clavos de los cadáveres —respondió la ingeniera, señalando—. Clavos de los normales, no los que están hechos de tu metal. Pero uno concedía el… duraluminio.

«Oh, no».

Telsin se puso en pie con un esfuerzo atroz y fue dando tumbos hasta el

borde de la azotea para mirar en dirección a la bahía. La fuerza del empujón alomántico de Wax había doblado y aplastado hasta las vigas internas del rascacielos, dejando el suelo agrietado y en pendiente.

Tu fracaso comienza, dijo Autonomía con una voz cada vez más lejana. *No eres digna*.

El fuego que había ardido dentro de Telsin murió. El poder que la había calentado durante tantos meses estaba extinguiéndose. Su piel empezó a volverse gris.

¡*No*!, protestó en silencio. ¡*No! Es imposible detener la bomba. Si interfieren, se destruirán a sí mismos y la ciudad*.

Quizá las dos ciudades. Herrumbres.

Eso… ya lo veremos…

Telsin ahogó un grito, cayó de rodillas e intentó recobrar la compostura. Era típico de Wax. Había sido un incordio desde que eran niños, pero en realidad nunca había impedido nada que ella hubiera puesto en marcha. De hecho, lo más probable era que ni siquiera hubiera llegado al barco. Un salto como ese era casi imposible y Wax no tenía *tan* buena puntería.

¿Verdad?

Wax se bebió un vial de metales que sacó del cinturón, para reponer el acero. Aquel salto había sido increíble, con Wayne a su espalda, la repentina ráfaga de viento y un poder que le recordó a cuando había blandido los Brazales de Duelo. Casi no había logrado alcanzar el barco después de ralentizar el acercamiento final mediante la alomancia, y al final habían aterrizado en un pequeño saliente cerca de unos ojos buey, escasos metros por debajo de la cubierta superior. Seguro que Wayne le echaría la bronca por hacerlo trepar hasta arriba.

Una marinera echó mano a su pistola y Wax la imitó. Pero antes de que ninguno de los dos desenfundara, Wayne soltó un puñado de balas por los aires y les dio un empujón alomántico que las envió directas contra la mujer, que se derrumbó.

—Herruuumbres —dijo Wayne—. ¿Esto siempre ha sido así para ti? ¡Pero si está chupado! —Lanzó una mirada a Wax—. Siendo sincero, te echa un poco a perder la reputación, socio. Si la gente supiera lo fácil que es

ser un lanzamonedas, dejarían de pasarse el día diciendo lo asombroso que eres.

Wax negó con la cabeza y apuntó con *Vindicación* al segundo marinero, el que temblaba y llevaba el farol en la mano. Cómo no, Wayne se había empeñado en ponerse también un clavo. Ruina. Wax esperaba que lo que habían hecho no fuera una blasfemia demasiado grande.

No, dijo la voz de Armonía en su mente. *No es blasfemo, Waxillium. Es más bien… una reutilización diligente*.

—Bueno es saberlo —murmuró Wax.

No sé dónde está la bomba, le dijo Armonía. *Solo alcanzo a ver lo que vosotros hacéis. No sabía que el barco era el mecanismo de entrega, pero me temo que el dispositivo tendrá redundancias y medidas para evitar interferencias. Ten cuidado. No podemos permitirnos detonar la bomba por accidente. Es muy posible que, incluso a esta distancia, resulte letal para un gran número de inocentes*.

Qué raro. Wax había recorrido el círculo completo hasta encontrar reconfortante otra vez la voz de Dios en su cabeza. Wayne agarró del brazo al marinero del farol, lo retuvo y lo miró a los ojos, aunque el hombre ya parecía más que intimidado.

—La bomba —dijo Wax—. ¿Dónde está?

—¿La… la carga? —farfulló el hombre, y entonces señaló una puerta que había cerca—. En la bodega de municiones. Eh… abajo del todo. Hay que seguir las líneas rojas pintadas en… en las paredes.

Wax cruzó la mirada con Wayne y asintió.

—¡No podéis entrar ahí! —exclamó el marinero—. ¡El arma es muy frágil y puede estallar, así que solo se permite tocarla a los expertos! ¡Volaréis por los aires el barco entero!

—En ese caso, amigo —dijo Wayne arrastrando las palabras—, te recomiendo buscar la forma de no quedarte en el barco. Bien deprisa.

Wayne lo soltó. El hombre, nervioso, miró a Wax, luego a Wayne y entonces, con cara de pánico, se arrojó por la borda a las aguas arremolinadas, llevándose consigo el farol y dejándolos a los dos en la oscuridad.

—Maldición —dijo Wayne—. Me refería a que buscara un bote salvavidas o algo.

—La gente de este barco serán fanáticos —afirmó Wax—, teniendo en

cuenta que van en una misión suicida.

Llegaron gritos desde más hacia delante en cubierta y se abrió la pantalla de otros faroles, indicando que alguien se había percatado de lo que pasaba.

Con creciente apremio, Wax encabezó la marcha hacia la puerta de metal que les había indicado el hombre. Un empujón alomántico la abrió de par en par y reveló una escalera que descendía a las cubiertas inferiores. El golpetazo de la puerta sorprendió a varios marineros que subían, armados con rifles. No tuvieron ocasión de disparar antes de que Wax acabara con ellos. Descendió flotando al rellano. El barco entero estaba hecho de metal, los peldaños incluidos. Eso facilitaba mucho…

Wayne se estrelló contra el suelo a su lado, a consecuencia de un torpe empujón de acero. Se puso en pie de nuevo.

—Esta parte es más difícil de lo que parece —reconoció Wayne—. ¿Estás seguro de que me has puesto el clavo donde toca, socio?

—Pasé muchos años estudiando el libro del lord Nacido de la Bruma, Wayne —dijo Wax—. Si te hubiera puesto mal el clavo, estarías sufriendo un dolor inhumano.

Wax gruñó y recogió el rifle de un marinero caído. Asintió mirando a Wax, siguieron adelante y, a pesar de que ofrecieron la rendición a los marineros que fueron encontrando, tuvieron que disparar a unos cuantos mientras descendían. Siguiendo las líneas rojas llegaron a una puerta en un pequeño rellano con un letrero que rezaba DEPÓSITO DE MUNICIÓN.

«De verdad que alguien tendría que explicar a la gente —pensó Wax, abriendo la puerta y guardándose la llave en el bolsillo— que dejar fuera a un guardia con la llave es una idea horrible». Pasó por encima del cadáver del guardia y Wayne y él observaron la estancia.

Era cuadrada, de unos diez por diez metros, y cerca del centro había tres enormes artilugios con toneles cubiertos de cables, de bastante más de un metro de altura y separados entre ellos por metro y medio de distancia. Había otro aparato en la pared del fondo, también con cables que lo conectaban a los tres toneles. No se veía ningún temporizador, ni paneles de control, ni nada parecido. Lo cierto era que Wax estaba desconcertado.

—Ándate con ojo, socio —dijo Wayne mientras estudiaba el dispositivo—. Ándate con muchísimo ojo.

—Parece una especie de sistema de seguridad —aventuró Wax—. Esos tres barriles son los artefactos explosivos, cada uno con su propia fuente de

alimentación. Si desarmas uno, envía una señal por medio de la pared del centro que detona los otros dos. Wayne, dime que aún tienes esos diagramas.

—Claro que sí —respondió Wayne, hurgándose en el bolsillo—. Aquí dentro tengo un montón de material interesante.

Sacó los diagramas que le había dado Wax y los desdobló en el suelo.

Tienes razón, dijo Armonía en la mente de Wax, asimilando la información mucho más rápido de lo que él era capaz. *De hecho, es peor de lo que crees. El aparato de control está enviando una pulsación cada veinte segundos a los tres toneles, diciéndoles que no exploten. Si esa pulsación no llega, lo harán. Y además de ese dispositivo de hombre muerto, hay un mecanismo para evitar que se desarme la bomba. Si a algún tonel le pasa algo, los otros dos estallarán. Aunque fuerais tres personas, cada una desarmando un tonel a la vez, no funcionaría. Es un sistema demasiado preciso para el ser humano. Terminaríais detonando dos de las tres bombas*.

—¿De cuánto poder destructivo estamos hablando? —preguntó Wax mientras doblaba de nuevo el diagrama de la bomba—. ¿Y si colocamos una carga, nos vamos de aquí y dejamos que vuele por los aires en pleno océano?

Waxillium, Wayne, dijo Armonía, y Wayne alzó la mirada, al parecer oyendo también su voz. *Este es un nuevo tipo de explosivo, consistente en la transformación directa de materia en energía. No creo que ni Autonomía ni sus agentes comprendan lo potente que es. Viéndolo, y estimando la cantidad de metal que habrán utilizado, sospecho que han subestimado en gran medida lo poderosa que es esta bomba*.

Si estuviéramos hablando solo de hacer explotar el armonium al combinarlo con agua, prosiguió Armonía, *entonces sí: sería posible detonarlo sin daños graves aquí fuera, en el océano. Pero la explosión que provocará dividir el armonium mediante el trellium… amigos míos, no tengo ni la más remota idea de cuánta energía liberará. No alcanzo a estimar lo que ocurriría si se activa algo tan poderoso. Podría incendiar la mismísima atmósfera*.

Y aunque no lo hiciera, es muy posible que la explosión no solo vaporice Elendel y Bilming, sino también muchas otras ciudades cercanas. Tu hermana está desesperada y Autonomía es despiadada. Dudo que hayan

probado nada de este tamaño ni a esta escala en las cavernas. No podemos permitir que esto explote. Pero… tampoco se me ocurre ninguna forma de desarmarlo.

Wayne dio un suave silbido. Wax retrocedió con cautela, sin tocar ningún cable. La única solución segura sería llevar aquel barco, y todo lo que contenía, tan lejos de la civilización como fuese posible.

—Total —dijo Wayne—, que vamos a tener que robar un barco, ¿eh? Eso sí que es una novedad.

70



A Steris le faltaba tiempo por todas partes.

Pero había aprendido, tanto de la contabilidad como de los contratos, a no dejarse abrumar nunca por la escala. Ocuparse de sumas de dinero en las seis o siete cifras no hacía menos valioso un millar de arquillas. Del mismo modo, ser incapaz de evacuar por completo la ciudad, o una zona considerable de ella siquiera, no hacía decrecer el valor de cada vida individual.

Así que dejó que el comisario general Reddi se ocupara de la evacuación principal y se desplazó a toda prisa con el gobernador al puerto. Según su plan maestro mucha gente debía abandonar la ciudad por barco, lo que significaba que había toda una multitud apelotonada en los muelles. Si la bomba explotaba cerca, correrían todos un grave peligro. Además, Steris estaba preocupada por las inundaciones. No había muchos datos al respecto de esa posibilidad en los estudios que había leído, pero lo poco que sabía era suficiente para alarmarla.

Tenía que corregir ese error de cálculo. Alejar a tanta gente de aquella zona como pudiera. El gobernador se puso al mando de los estibadores por medio de sus capataces. Siguiendo las instrucciones de Steris, los envió a hacer que la gente se replegara hacia el interior de la ciudad.

Steris colocó sus cuadernos abiertos junto a un farol en la mesa de un secretario y se sentó bajo el oscuro cielo nocturno, en el paseo marítimo que dominaba la bahía, inquieta por los escasos recursos de que disponía en aquel distrito.

—¿Steris Ladrian? —llamó una voz desde atrás.

Se volvió y encontró a un grupo de ocho hombres y mujeres con ropa

poco destacable.

—Nos han comunicado —dijo el hombre que los encabezaba— que le vendría bien nuestra ayuda.

—¿Los ha hecho venir el gobernador? —preguntó ella.

—En realidad…

Lo interrumpió el gobernador Varlance, que llegaba al trote seguido de varios trabajadores.

—Usted —dijo Steris, arrancando una página y poniéndola con brío en manos de un hombre—. ¿Es maquinista? Necesito que toda esta gente suba a esos trenes de mercancías. Usted. —Steris señaló a otro—. Es operario de grúa, ¿verdad? Quiero que mueva esos contenedores para bloquear todas estas calles, de forma que contengan y ralenticen la avalancha de agua si se produce un maremoto.

»Obreros de la construcción, enhorabuena. Ahora son todos alguaciles. Pónganse el mejor sombrero y el mejor chaleco que tengan y lleven a la gente de estos tres sectores tierra adentro, lejos del puerto. Les he indicado la ruta aquí. No llegarán muy lejos, pero es imprescindible que haya edificios entre ustedes y el océano.

»Estibadores, necesito cuerdas. Todas las que haya. Vamos a establecer puntos de anclaje estables desde los que organizar cadenas humanas que rescaten a cualquiera a quien se lleve el agua en caso de inundación. ¡Deprisa! Nuestra preocupación principal es una explosión en la bahía. La secundaria son las trombas de agua.

La mayoría de los capataces echó a correr entre las brumas, llamando a sus subordinados a voz en grito. Fue bastante gratificante la celeridad con que la estaban obedeciendo. Steris no estaba acostumbrada a que la gente se limitara a cumplir sus órdenes: en el pasado siempre había necesitado grandes dosis de persuasión.

—He señalado las estructuras que creo que son lo bastante resistentes para soportar una detonación o la fuerza del agua —dijo Steris al gobernador—. Deberíamos evacuar a la gente de este otro sector a las plantas intermedias y congregarla lejos de las ventanas.

—Esto… —respondió el gobernador, mirando los diagramas y los esquemas—. ¡Esto es increíble! ¿Por qué no había compartido nada de ello?

—Sobre todo lo hice por diversión —reconoció Steris—. O por ansiedad.

—Qué desperdicio —dijo él, levantando una página—. Creía que su

proyecto de evacuación era exhaustivo, pero estos planes lo son incluso más. Son una genialidad. ¿Tiene previsiones como estas detalladas para otros desastres?

—Solo para incendios, terremotos, huracanes, invasiones repentinas, tormentas de arena, sequías, hambrunas y ruptura en masa de canalizaciones. Hay otros siete a los que aún no he llegado.

El gobernador se quedó mirándola con los ojos como platos mientras varios otros capataces se apelotonaban alrededor del escritorio y asentían a medida que iban comprendiendo los mapas, las instrucciones y los planes de Steris.

—Sus talentos —susurró el gobernador— estaban desperdiciándose hasta ahora, lady Ladrian.

¿Qué…? ¿Qué era aquella emoción?

¿Estaba sintiéndose *valorada*? Ya había tenido la impresión de que Wax la valoraba, sí, y de vez en cuando también Marasi. Pero verlo en los ojos de gente a la que apenas conocía, notar que consideraban su exceso de planificación como un talento y no un estrambótico defecto…

Por el Superviviente, qué calidez notaba en su interior. ¿Aquello era lo que se sentía al estar orgullosa de la persona que era? ¿En vez de preocuparse por estar avergonzando a quienes la rodeaban?

Era algo milagroso.

—¿Qué viene ahora? —preguntó el gobernador—. ¿Qué más podemos hacer?

—Quiero hundir esos barcos —dijo Steris, señalando los cargueros que esperaban en las aguas de la bahía a que los llamaran para recibir pasajeros —. Después de sacar a los marineros sanos y salvos, por supuesto.

—Disculpe —repuso un capataz que aún estaba allí—. ¿Hundirlos?

—Creo que hacerlo ralentizaría el agua —explicó Steris—, en caso de tsunami. ¿Alguien ha leído lo que pasó en la isla de Alicogo hace tres años? ¿No? Bueno, da igual. Ustedes piensen en los baches reductores de velocidad. Un carguero grande en la superficie se deslizará sobre el agua o, en el peor de los casos, se verá arrastrado por ella y caerá sobre la gente en el puerto. Si lo hundimos hasta el fondo de la bahía, proporcionará resistencia y reducirá la fuerza de la ola si es que viene.

De nuevo, en vez de poner pegas o protestar, los capataces aceptaron sin

más su explicación… y sus órdenes. Solo uno parecía preocupado. Titubeó mientras los demás empezaban a marcharse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Steris.

—Su excelencia el gobernador —contestó el hombre— nos ha dicho que no queda mucho tiempo. Hundir esos barcos llevará horas, mi señora. Habrá que ir hasta ellos en remolcadores, porque muchos cargueros aún no llevan radio, explicar la situación a los capitanes y seguramente discutir con ellos. Y luego, enviar un barco a pique… no es tan fácil como parece. Yo diría que hundir todos esos nos costará cuatro o cinco horas. Como mínimo.

Herrumbres. Era demasiado tiempo.

Alguien carraspeó detrás de ella. Ah, sí, una de las ocho personas que se habían dirigido a ella al principio. Steris seguían sin saber quién las había enviado, y hasta quiénes eran.

—Tal vez podamos ayudar —dijo el hombre que las encabezaba—. ¿Me garantizan que es legal sumergir naves privadas en masa?

—Sí —respondió el gobernador—. Bajo mi autoridad. Si tenemos la suerte de estar exagerando, el gobierno de la ciudad compensará las pérdidas a los capitanes.

—¡Caramba! —exclamó Steris, inclinándose hacia él—. Varlance, eso ha sonado de lo más heroico.

—¿En serio? —preguntó él, entusiasmado—. ¿Heroico?

—Resolutivo —asintió ella—. Muy propio de un líder.

El cabecilla de los ocho desconocidos hizo un asentimiento en dirección a Steris y echó a volar por los aires.

¡Anda, pero si eran alomantes! Steris tenía a todos los que conocían trabajando en la evacuación principal. Pero que hubiera unos cuantos más allí para hundir barcos sin duda sería conveniente. Y luego podría pedirles que ayudaran a transportar a los heridos y los enfermos con empujones de acero.

Los demás siguieron a su cabecilla uno tras otro, hasta que solo quedó uno de ellos. Inclinó la cabeza en dirección a Steris, que distinguió en el dorso de su mano un tatuaje rojo apenas visible.

—Su hermana le envía recuerdos —dijo el hombre, y salió volando detrás de los otros.

Esa había sido la última acción significativa que podía emprender Steris. A partir de allí, solo le quedaba asegurarse de que se ejecutaran sus planes.

Todo lo demás dependía de Waxillium. Nada de todo aquello importaría si la bomba llegaba a la ciudad.

«Más vale que estés en ese barco, Wax», pensó.

71



Despejar el barco resultó ser todo un calvario. Peor todavía que la vez que Wax había decidido enseñar a Wayne «el valor del trabajo duro» obligándolo a limpiar una cuadra él solito. Sí, ese día Wayne había aprendido el valor del trabajo duro: tres óbolos. O al menos, eso era lo que le había cobrado Jeffy a cambio de hacerlo en su lugar.

En esa ocasión no había nadie más para quitarle el trabajo de encima. Después de cerrar con llave el almacén donde estaba la bomba, salieron a apoderarse del barco. Wayne se quedó la llave en el bolsillo, por si acaso Wax tenía que enfrentarse a otro lanzamonedas.

Pero no encontraron a ninguno. El barco tenía solo una tripulación mínima. Por lo visto, se habían reservado la mayoría de las tropas para proteger el Shaw. De todos modos, les costó un tiempo abrirse paso combatiendo hasta el puente de la nave, ya que tuvieron que registrar hasta el último rincón y hacer salir a la gente que intentaba tenderles emboscadas. A Wayne le dio la impresión de que hasta el último tripulante del barco había recibido la orden de tratar de detenerlos.

Cuando al cabo de más de media hora Wax por fin echó abajo de un empujón alomántico la puerta reforzada del puente, encontraron una visión perturbadora. Había cuatro personas, tres mujeres y un hombre, muertas en el suelo por disparos autoinfligidos. Todas llevaban uniforme de oficial. Habían optado por suicidarse antes que dejar que las apresaran.

—Vaya —dijo Wayne, apoyándose el fusil en el hombro—, creía que toda la gente rara estaría en los Áridos, ¿sabes? Se suponía que los urbanitas eran personas instruidas. Y… y refinadas. Y no unos condenados fanáticos.

Wax comprobó los cuerpos para asegurarse y luego fue hacia los mandos

del acorazado. Eran un confuso batiburrillo de palancas alrededor de un enorme timón de barco que parecía estar trabado en una dirección fija. El barco seguía avanzando a velocidad máxima por las brumas, y herrumbres, a Wayne le pareció distinguir el resplandor de Elendel en el horizonte. Estaban acercándose.

Wax se detuvo ante los mandos y maldijo en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Wayne.

—Esto está conectado al mismo sistema —dijo Wax—. Armonía, ¿nos lo confirmas?

Sí, por desgracia, respondió el dios. *Con la visión que me proporcionáis, es evidente que los controles están conectados a la bomba*.

—Si quitamos las trabas de los mandos, el barco explotará —dijo Wax—. Tendría que haberlo previsto. Hemos perdido el tiempo subiendo hasta aquí.

—Escucha… —empezó a decir Wayne.

—Por brutal que sea, tiene sentido —lo interrumpió Wax—. Han traído el barco hasta aquí y han fijado el rumbo antes de suicidarse. El barco explotará en el momento en que se detenga, cuando llegue a tierra. No estamos en un acorazado normal y corriente. Esto es un cohete, como el que construyeron para enviarlo volando a Elendel. Es autopropulsado. No necesita mandos. Está preparado para detonar cuando impacte.

—Socio —insistió Wayne, y señaló por el cristal delantero—. Veo luces.

Os quedan unos veinte minutos, les dijo Armonía en voz baja, *a la velocidad que lleváis*.

—Tenemos que arriesgarnos a desactivar la bomba —afirmó Wax, y echó a correr de vuelta a la cubierta.

Wayne fue tras él y tropezó con los cadáveres.

—¡Espera! ¡Has dicho que si lo intentábamos, era casi seguro que lo haríamos volar por los aires!

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—Puede —dijo Wayne, deteniéndose junto a la regala mientras las brumas fluían como un río en el cielo.

Wax se detuvo en seco y se volvió hacia él.

¿A Wayne se le ocurría alguna idea mejor?

La verdad… la verdad era que sí. Contempló el océano y se dio cuenta de una cosa. Aquel barco en el que iban… bueno, se parecía mucho a una

meseta solitaria. Encajaba mucho mejor que el Shaw. Sí, una única elevación en el centro de un paisaje llano…

Y tenía que tragarse al héroe.

—Sabemos que esta bomba explotará a lo bestia si se detona como es debido —dijo Wayne—, pero una parte de ella está hecha de ettmetal, ¿verdad?

—De armonium, sí —confirmó Wax—. ¿Por?

—Porque ese material es tan inestable que estalla con solo que lo toque el agua. Pero la explosión sería más pequeña, ¿no? Haciéndolo así no arrasaría ciudades y demás, ¿verdad?

—Seguiría siendo malo —dijo Wax—, pero no catastrófico. El problema es que si trasteamos con un dispositivo echándole agua para detonar el ettmetal, los otros dos saltarán.

—A no ser que utilizáramos una burbuja de velocidad —repuso Wayne—. Está ese aparato de la pared, ¿verdad? Si trasteamos con una bomba, ¿ese cacharro es el que hace explotar las otras dos?

—Eso es —dijo Wax.

—Entonces, ¿qué pasa si lanzamos una burbuja de velocidad que deje fuera el aparato de la pared? Podríamos ponernos a trabajar en un tonel y detonar el armonium que tiene dentro para impedir la verdadera explosión. Cuando esté hecho, sacamos ese tonel de la burbuja de velocidad. Enviará su aviso a los otros dos toneles, pero esa señal tendrá que recorrer los cables por fuera de la burbuja para llegar a la caja de la pared. ¡Así la señal se quedará paralizada en el tiempo y no podrá volver! Durante ese tiempo, nos ocuparemos de los otros toneles.

—Wayne —dijo Wax—, ¿tienes la menor idea de lo rápido que se mueve la electricidad? Aun suponiendo que pudieras hacer algo tan increíble como acelerar el tiempo en un factor de un millar, no sería ni por asomo lo bastante rápido para superar una señal eléctrica.

Vaya.

Un momento, les dijo Armonía. *Sí que podría funcionar. Tengo una solución. Wax, te envié un vial con el corcho pintado de rojo*.

—Aún lo tengo —respondió Wax.

Metió la mano en su estuche de viales. Frunció el ceño y sacó… un pañuelo.

—Casi sin usar —dijo Wayne.

—Wayne…

Wayne sonrió, pasó el rifle a Wax y hurgó en sus bolsillos.

—He pensado que era mejor tenerlo en un lugar seguro. Así que he hecho un pequeño intercambio.

—Armonía —dijo Wax—, si logramos que esto funcione, el barco explotará de todos modos, ¿verdad?

Sí.

—Wayne, provocar esas detonaciones menores matará a cualquiera que esté en ese almacén. Una explosión de ettmetal no es algo a lo que puedas sobrevivir, ni aunque tuvieras las mentes de metal llenas.

—Ah —dijo Wayne mientras el barco atravesaba una ola y el agua salpicaba por la borda—. Eso ya me lo imaginaba. Solo necesitaba saber si es posible que la idea salga bien. Y también necesitaba confirmar otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Wax.

—Que tú no haces falta para esto, socio —dijo Wayne, y empujó.

Usó su nuevo poder alomántico para lanzar a Wax, mediante el cañón del rifle que sostenía, fuera del barco entre las brumas. Wayne se sintió orgullosísimo de ese empujón. Lo hizo igual que Wax, agachándose antes para darle un poco de elevación.

Su amigo le lanzó una mirada de indignación… y quizá de arrepentimiento… antes de esfumarse en la neblinosa penumbra sobre las aguas.

—Espero que no te hagas daño al caer, socio —susurró Wayne—. Y que sobrevivas.

Se quitó el sombrero y sacó el vial de corcho rojo.

—¿Qué narices es esto, por cierto?

A principios de semana hicisteis un experimento, dijo Armonía. *Intentabais dividir el armonium*.

—Es el mismo experimento que nuestros enemigos deben de haber hecho más de cien veces.

Sí, pero esa vez fue distinta. No tengo ni idea de lo que ocurrió, pero Wax hizo algo diferente *a todo lo demás que se había intentado. Porque no solo hizo explotar el laboratorio. También creó algo. Algo asombroso*.

Wayne sostuvo en alto el vial y contempló el polvo metálico depositado al fondo.

Eso de ahí, dijo Armonía, *contiene una cantidad minúscula de lerasium,*

Wayne. Un metal legendario. El metal que Vin encontró en el Pozo de la Ascensión, el metal que utilizó para transformar a Elend Venture en nacido de la bruma. Un metal que llevaba siglos sin existir y, que yo sepa, milenios sin crearse. *Si te bebes ese vial, serás un nacido de la bruma, capaz de utilizar todos los metales. También hay un poco de todos ellos ahí dentro*.

—¿Por qué no has hecho que Wax se lo bebiera antes?

No quería revelar lo que había sucedido, porque no sé ni por qué ni cómo. No sé lo que hizo Wax. Y además… es posible que él ya tomara una dosis, inhalada durante la explosión.

Anda. Eso explicaba algunas cosas.

Wayne se echó el vial al gaznate. Esperó. No ocurrió nada.

—Un poco decepcionante —murmuró.

Tienes que quemar el lerasium, Wayne.

Ah, claro. Wayne buscó y encontró una nueva reserva de metal. Qué bien. Extendió la mente hacia ella y la quemó.

Un fogonazo de luz.

Un fuego en sus venas.

Una sensación parecida a una patada en la cara.

Maldición.

—¿De qué nos sirve esto? —preguntó.

Ahora puedes quemar duraluminio.

—¿Ese metal tan raro que no-Wax usaba para hacer sus enormes explosiones de empujar con acero?

Exacto.

—Pero a mí no me hace falta empujar nada.

Wayne, usar el duraluminio quema todos los metales que llevas dentro a la vez. Hasta la última pizca. Cuanto más tengas, más poderoso es el efecto. Y no solo funciona con el acero. Sirve para cualquier metal alomántico.

Wayne se quedó un momento callado mientras el barco se mecía y entonces silbó flojito, comprendiéndolo.

—Te refieres a…

¿*Cuánto bendaleo te queda*?

Wayne sacó una bolsa llena de bolitas del bolsillo.

Hum. Puede que baste para…

Sacó otra del otro bolsillo.

Muy bien, y…

Y el saquito que llevaba dentro del calcetín. Incómodo, pero práctico.

Wayne, ¿cuántas bolsas tienes?

—Diecisiete —dijo él—. Ahora soy un ricachón sofisticado. ¿Serán suficientes?

Oh, Wayne. Sí. Creo que lo serán.

Wayne se volvió, bajó los peldaños a toda velocidad y le quitó una cantimplora a un cadáver. Empezó a tragarse bolitas de metal a dos carrillos mientras corría, atiborrándose de bendaleo. Unos ruidos le advirtieron que había dos marineros intentando entrar por la fuerza al almacén para detonar la bomba, pero no tenían la llave. Wayne se ocupó de ellos y regresó a la sala de los toneles. Las luces eléctricas titilaban en las paredes y se oía el runrún de los motores en algún lugar más hacia el interior del barco.

Y de pronto no estaba solo. Había una figura casi transparente del todo de pie a su lado, un hombre alto y calvo. Terrisano. Y había otro tipo detrás de él, más oscuro. No por el tono de piel ni nada. Era como si… como si ese otro fuera una sombra. Imitó el gesto de Armonía, que estaba tendiendo las manos hacia Wayne.

—Sabía que debía llevar a Wax a Elendel —dijo Armonía con suavidad—. Es posible ver las necesidades futuras. Comprendía que sería bueno tomar esa decisión, aunque uno no siempre sabe por qué. Ni siquiera siendo un dios. —Vaciló un instante—. Creía que solo necesitaba a Wax. Parece ser que me equivocaba.

Wayne lanzó una burbuja de velocidad para que el tiempo no avanzara tan rápido. Le hacía falta un momento para recobrar la compostura.

—Debería ser Wax —dijo Wayne—. Él es quien arregla los desastres como este.

—No —respondió Armonía—. Tú llevas toda la vida practicando con las burbujas de velocidad, Wayne. Wax sería un novato con ellas. Es muy posible que seas la única persona en el mundo capaz de hacer esto.

—Suena un poco deprimente —dijo Wayne, volviéndose hacia Armonía—. ¿En serio soy lo mejor que has encontrado? ¿Tú no eres Dios?

Los ojos de Armonía se llenaron de amabilidad.

—Wayne, no eres lo mejor que he encontrado. Eres lo mejor que *existe*. Y ningún ser, ni dios ni mortal, podría desear más que alguien como tú.

Wayne quería rechazar esa idea. Pero herrumbres, si era Dios quien lo

decía… quizá… ¿quizá Wax tenía razón? ¿Sobre Wayne?

Maldición. ¿Wax había tenido razón desde el principio?

—No estás obligado a hacerlo —susurró Armonía—. Nunca volveré a forzar a nadie en una decisión como esta. Por desgracia, es la única solución segura que se me ocurre, y eso que pienso a una velocidad excepcional. Este remedio conserva, pero también… destruye.

—La única solución segura —repitió Wayne—. ¿Eso significa que hay otra?

—Es posible, aunque muy improbable, que con tus nuevas capacidades puedas empujar lo bastante fuerte contra las fuentes de metal a las que nos acercamos para contener el barco, flotando sobre el agua entre él y la ciudad, y ganar tiempo con el que pensar en otra cosa. Sería excepcionalmente difícil, pero posible.

—Tú ves el futuro —dijo Wayne—. ¿Funcionaría?

—Yo veo probabilidades —lo corrigió Armonía—. Veo lo que podría suceder. En ocasiones resulta frustrante.

—¿Y… qué probabilidad hay de que esa otra opción salga bien?

—Una entre cien, tal vez.

¿Una entre cien? Un uno por ciento de probabilidades para la supervivencia.

Y un noventa y nueve de fracasar. En cuyo caso un montón enorme de gente acabaría vaporizada.

Maldición. Menudo día para haberse dejado en casa su sombrero de la suerte.

—Hay una familia que perdió al padre por mi culpa —dijo Wayne, dando un paso adelante—. ¿Cuidarás de ellos?

—Por supuesto.

—¿Wax sobrevivirá a lo que vamos a hacer?

—Lo normal sería que fuese imposible —dijo Armonía—, teniendo en cuenta lo peligrosas que son las explosiones en el agua. Por suerte, esta se canalizará sobre todo hacia arriba, y además ahora Wax tiene peltre. Si quema los metales que hay en los otros viales que le envié, debería sobrevivir a la detonación. Haré… lo que pueda para ayudar a conservarlo. Pero Wayne, por ti no podré hacer nada. Esta explosión será demasiado grande.

Wayne asintió y entonces vaciló, mirando hacia Armonía.

—¿Y esto… me ganará el perdón?

—Ay, Wayne —respondió Armonía—. Esto ya se lo has oído decir a Wax. Necesitas oírmelo a mí también, creo. No puedes hacer esto porque buscas el perdón. No necesitas ningún perdón, ahora ya no.

Y… tenía razón.

Wayne no iba a hacer aquello buscando el perdón, ni tampoco por vergüenza, ni por ninguna necesidad de demostrarse nada a sí mismo. Lo cierto era que ya no era el hombre que había sido cuando Wax lo sacó de su escondrijo. Era alguien distinto.

—Wayne, ¿sabes quién eres? —preguntó Armonía.

—Sí, sé quién soy —dijo Wayne—. Por el maldito Dios que soy. El. HÉROE. —Calló un momento—. Perdón.

—Dadas las circunstancias, lo comprendo —dijo Armonía sonriendo—. Cada uno de esos toneles tiene un agujero en la tapa, para que entre aire cuando se inicie la explosión. El armonium ya ha salido de su contenedor con aceite y está calentándose en estos momentos. Eso significa que si echas agua dentro, hará que detone. La explosión destruirá el mecanismo que dispara la bomba e impedirá la detonación prevista, mucho mayor. Cuando metas el agua, usa la alomancia para empujar el tonel fuera de la burbuja de velocidad.

—Entendido —respondió Wayne—. Voy a necesitar tu sombrero.

—¿Mi… sombrero?

—Tengo que esculpir una burbuja de velocidad con la forma exacta —dijo Wayne—, y empujar con todo lo que tengo. Quemar tanto bendaleo en un momento que me quemará desde dentro, ralentizar tanto el tiempo que hasta las señales eléctricas se atonten.

—No llevo sombrero.

—Eres Dios. Improvisa alguna cosa.

Armonía pensó un momento y luego tocó a Wayne en la cabeza. Dio la sensación de que le empezaba a brillar, como si le hubieran encajado algo encima. Y también había pendientes. Wayne sintió unos pendientes como los que llevaba un verdadero terrisano. Cosa que quizá él siempre había sido, solo que en secreto.

No era nada mágico, pero cuando Wayne llevaba el sombrero de alguien, le parecía que podía comprenderlo. ¿Y quién había mejor para comprender que el mismísimo Dios?

—Bien —dijo Wayne, adoptando el acento correcto. Anticuado pero terrisano. Como Armonía. Deshizo la burbuja de velocidad y empezó a acumular poder—. Agárrate la túnica, mi querido amigo. Esto no va a parecerse a nada que hayas visto antes, creo.

Marasi caminaba con paso firme hacia la comisaría de Blantach, seguida por Armal y algunos amigos suyos, recorriendo una ciudad a oscuras satisfecha de ocuparse de sus propios asuntos. Ajena a la crisis.

Entonces sintió algo en las brumas. Wax siempre hablaba de ellas como de algo sobrenatural, aunque a Marasi rara vez se lo parecían.

Sin embargo, esa noche daban la impresión de estar conteniendo el aliento.

Steris se detuvo de golpe en el puerto. Los trabajadores y los alguaciles seguían ocupados haciendo lo que les había pedido, pero ese preciso momento tenía algo… ¿raro? Se volvió hacia el agua y miró sobre el neblinoso mar.

Con una mano cerrada en torno a la pequeña lanza de plata que llevaba al cuello, pronunció una oración.

—¡Ahora! —exclamó Armonía.

Wayne creó la burbuja de velocidad perfecta. La mayoría de los alomantes con su mismo poder no eran capaces de cambiar la forma de una burbuja. Pero claro, el bendaleo era tan caro que la gente no podía permitirse practicar.

Él sí. Lo más probable era que hubiera lanzado más burbujas de velocidad que cualquier otra persona viva. Y en ese momento había creado una burbuja que contenía los tres aparatos de los barriles, pero tenía un agujero que dejaba fuera el dispositivo de la pared que coordinaba las explosiones.

Entonces quemó duraluminio y *empujó*.

La gente no solía referirse a las burbujas de velocidad y las de lentitud con los términos «empujar» y «tirar», al contrario que cuando hablaban de empujones de acero y tirones de hierro. Pero era lo mismo. Lo que hacía Wayne era empujar la misma realidad. Distorsionarla, meterla hacia dentro, deformarla.

Ese día empujó más fuerte que ninguna otra persona en la historia. Empujó como un dios, gracias a que llevaba el sombrero del mismísimo Sazed. Gracias a aquel metal tan extraño, y gracias a que Wayne era el héroe. El tiempo se estrujó a su alrededor, se comprimió como el carbón al crear un herrumbroso diamante. Más y más apretado, mientras todo un maldito estómago lleno de bendaleo se quemaba en un periquete.

El propio Dios se quedó paralizado. Inmóvil. La burbuja cristalizó formando una esfera visible. Las luces, que habían estado fallando intermitentes, se detuvieron a medio encenderse. Pasaron cosas curiosas incluso a la visión de Wayne, que se le puso toda rara hasta que se tragó otro vial de los metales de Armonía y quemó el acero para ver de ese modo.

Adelante.

Cantimplora en mano, Wayne echó agua en la primera bomba. Saltó hacia atrás mientras el agua caía y dio un empujón de acero al tonel que lo sacó de la burbuja de velocidad mientras comenzaba la explosión. Se quedó un momento absorto por el fuego y la luz que erupcionaban en el barril, silueteado por aquellas extrañas líneas azules. Era como si el tonel estuviera liberando su alma a la ultratumba.

Empezaron a aparecer grietas en la burbuja de velocidad cristalizada. Maldición. Wayne llegó de un salto al segundo barril, decantó la cantimplora y lo empujó también fuera de la burbuja. El dispositivo envió advertencias eléctricas por los cables, pero la caja que controlaba la detonación estaba atrapada en tiempo lento y las señales se movían como la melaza.

Herrumbres, ¿a qué velocidad estaba moviéndose? Y él pensando que los años estaban volviéndolo lento. ¡Ja!

Llegó al tercer tonel y vació toda el agua que quedaba en su interior. Le dio un empujón alomántico y entonces se volvió para contemplar los tres toneles que flotaban inmóviles en el tiempo. Wayne iba tan deprisa que solo el primero había empezado a explotar, y eso porque era el que más había

tardado en enviar fuera de la burbuja. La detonación estaba detenida por completo.

Liberó el aliento que había estado conteniendo y soltó la cantimplora. A Wayne se lo habían tragado, era cierto. Pero cuando pasaba eso, había que asfixiar al monstruo desde dentro.

Su burbuja de velocidad cristalina se hizo añicos.

Y todo se convirtió en luz roja y fragoroso fuego.

72



Wax estaba pasándolo mal en las oscuras aguas.

Entonces algo hizo erupción a su derecha. Un fogonazo de luz, intensa y cegadora. Seguido por una onda de choque en el aire y otra en el agua. Mientras las sentía le pareció vislumbrar un atisbo, fugaz en la omnipresente luz, de una figura que atenuaba la oleada justo ante él. La silueta de un terrisano erguido en calma sobre la superficie del agua, con una mano extendida hacia delante.

Luego volvió la oscuridad. Wax parpadeó, los ojos cegados por la explosión. Llovieron escombros a su alrededor. Cayeron salpicando contra las olas agitadas.

En cuestión de segundos, a Wax empezó a costarle mantenerse a flote. Se había dado un buen golpe contra el agua al caer y creía tener rota al menos una pierna. ¿Qué hacía Wayne intentando salvarle la vida? Ese hombre era frustrante, irritante…

… maravilloso.

—Adiós, amigo mío —susurró Wax con un nudo en la garganta—. Qué herrumbrosamente increíble eres. Gracias.

El mar se encrespó y Wax tuvo que moverse con más ahínco. Se obligó a imponerse al dolor, a la tristeza y a la fatiga para no hundirse, o al menos no mucho. Quemó su acero y a continuación… otra cosa. Algo que tenía muy al fondo y que le dio calor.

A pesar de ello, seguía perdido en la oscuridad, y hasta la bruma guardaba la distancia. Con una pierna inútil, el gabán tirando de él hacia abajo y el agotamiento de las esperanzas de una nación lastrándolo, notó que empezaba a quedarse sin fuerzas. Empezaba a perder su combate contra el agua. Empezaba a…

¿Qué era eso?

Una luz diminuta, que se aproximaba poco a poco. Tenue, pero firme entre las brumas. Cobró la forma de… ¿un farol? ¿En una barca? ¿Cómo…?

La lancha a motor llegó junto a él y un hombre vestido de cochero y con guantes blancos se levantó y tendió la mano a Wax.

—Carruaje para usted, señor —dijo Hoid.

73



La onda de choque alcanzó a Steris como un trueno. Dio un respingo de sorpresa y los oídos empezaron a pitarle por el estruendo de la detonación. Herrumbres.

Después de su trabajo en el puerta, al gobernador y a ella los habían transportado unos alomantes un gran trecho hacia el centro de la ciudad, cerca de su puesto de mando original para la evacuación. Pero saltaba a la vista que no había sido la suficiente distancia para escapar del todo. Alrededor de Steris, las ventanas temblaron. Si hubiera estado aunque fuese un poco más cerca del agua, las habría visto romperse. Y los edificios más cercanos a la explosión…

Por suerte, el único efecto adverso que sintió, en lo alto de un edificio y tan lejos como estaba del estallido, fue aquella onda de choque. De modo que, tras el pánico inicial, se quedó mirando cómo iba desapareciendo aquella brillante luz en la lejanía.

Solo un momento antes, la explosión había sido como un sol efímero en el horizonte, portentoso y siniestro a la vez, fulgurante entre las brumas. Y sin embargo, al cabo de unos segundos lo único que quedaba de él era una mancha persistente en la visión y un tenue pitido en los oídos.

El gobernador asomó la cabeza sobre el antepecho de piedra de la azotea, tras el que se había agachado al producirse la explosión. Luego se levantó del todo.

—Lo ha conseguido, ¿verdad? ¡Conservación! ¡Lo ha logrado! ¡Ha detonado la bomba antes de tiempo! ¡La ciudad está a salvo!

Steris asintió y exhaló un prolongado aliento. Wax había estado en el lugar exacto donde ella había deseado que estuviera. Pero después de ver aquella luz y de sobrevivir a la explosión, la asaltó una nueva inquietud.

«Más vale que no estuvieras en ese barco cuando ha volado por los aires, Waxillium Ladrian —pensó—. Seguro que… que… que ya no estabas, ¿verdad?».

—¿Llegará el tsunami? —preguntó el gobernador.

—Sí —dijo Steris—. Y no tardará.

—Hemos… hum… —El gobernador se alisó el pañuelo que llevaba al cuello—. Hemos ayudado en algo, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—. El puerto y sus alrededores serán zona catastrófica durante unas semanas y habrá que reconstruir. Pero creo que hemos evacuado a casi todo el mundo del sector más peligroso.

El agua estaba retirándose a marchas forzadas de los muelles bajo la atenta mirada de Steris. Era el retroceso previo a un tsunami. Con un poco de suerte, no sería muy grande. Los estudios que había leído no eran muy concluyentes al respecto de cómo reaccionaría el agua a una explosión.

—Gracias al Superviviente —dijo el gobernador—. Me… alegro de que haya permitido usted que volviéramos hacia aquí. Temía que insistiera en quedarnos en el puerto.

—No hay necesidad de caer con la ciudad —respondió Steris—, si la ciudad no va a caer.

Varlance asintió con entusiasmo. En realidad era un hombre bastante afable. Lo cual tenía sentido. Lo habían elegido personas que querían manipularlo. Personas que jamás habrían esperado que echara mano al timón y tomara el control.

Steris parpadeó, con la imagen residual de aquella explosión todavía en los ojos.

«Ojalá… estés a salvo —dijo sin mover los labios a aquel punto de luz lejano, ya extinto—. Por favor».

74



Wayne flotaba.

Flotaba en algún lugar muy alto. Maldición, ¿eso de ahí abajo era el mismísimo planeta? Sí que era esférico, como decía todo el mundo. Él siempre había esperado que tuviese como forma de rosquilla, o algo así. Para que se quedaran pasmados todos aquellos listillos.

Era un poco raro estar allí arriba tan alto, en la oscuridad. Se inclinó hacia delante y sintió que se desorientaba, que debería estar cayendo. Se notaba mareado, inestable.

Caray, ¿quién iba a pensar que estar muerto se parecería tanto a ir borracho? Podría escribir un libro sagrado entero sobre aquello, desde luego que sí.

Había una figura flotando a su lado. Inmensa. Su túnica era de los infinitos colores de la creación, su esencia parecía expandirse a la oscuridad del mismo espacio. Pero en su núcleo tenía la apariencia de un terrisano calvo con el rostro amable.

—Oye, Dios —dijo Wayne—. ¿Qué tal va… hum… la creación? ¿El tiempo y el espacio? ¿La realidad? Ya sabes, esas cosas.

—Van bien —respondió Armonía—. Gracias a ti.

—Eh, un momento —dijo Wayne—. No voy a convertirme en fantasma, ¿verdad?

—No. Estabas Investido al morir, así que perdurarás un tiempo breve, pero no tardarás mucho en ir al Más Allá.

—Vale, bien.

—¿No te preocupa esa idea?

—¡Qué va a preocuparme! —exclamó Wayne—. Ya he hecho lo de

morirme. Era la parte que me daba miedo que doliera. —Miró boquiabierto el planeta de abajo—. Qué grande es.

—Sí, Wayne —dijo Armonía—. Comprendo que la gente pueda intimidarse al ver algo como esto. Al ser consciente de la inmensidad sobre la que ha vivido. Es mucho que asimilar, creo. No es de extrañar que haga a la gente sentirse pequeña, insignificante y…

Wayne sonrió de oreja a oreja.

—¡Y yo he salvado el condenado asunto entero!

Armonía calló un momento.

—Bueno, supongo que sí. Con cierta ayuda de Marasi y Waxillium.

Armonía hizo un gesto hacia una neblina roja que se arremolinaba alejándose del planeta, como por un embudo, hasta desaparecer en la distancia. Wayne sintió algo procedente de ella. Una especie de respeto furioso. Reacio. Su avatar estaba derrotado, de modo que Autonomía estaba retirando su influencia en el planeta.

—¿Se acabó, entonces? —preguntó Wayne.

—Por ahora —dijo Armonía—. Autonomía estaba intentando abarcar demasiado para derrotarnos deprisa, creo. El fracaso de Telsin y el Grupo es un revés enorme para ella, y Marasi ha sido rápida en derrumbar el portal hacia este planeta. Mi visión regresa, y procuraré no dejarme pillar por sorpresa otra vez.

—¿Es posible que suenes asustado? —dijo Wayne, ladeando la cabeza.

—Nervioso —respondió Armonía con expresión distante—. Veo piezas moverse en el Cosmere. Alinearse. Apuntando hacia nosotros. No estamos libres de su influencia. Pero ahora tenemos… tiempo. Para prepararnos. Gracias a ti, Wayne.

—A mí —dijo Wayne—. He salvado el maldito mundo entero. Es muy posible… ¡que sea el mejor herrumbroso alguacil que haya vivido jamás!

—Bueno, eh… Supongo que Vin, Elend y los demás no eran alguaciles, así que…

—Wax nunca ha salvado el mundo entero. ¿Y casi todos los de la comisaría del octante? Esos no podrían salvar ni la distancia hasta la taberna, ni dándoles un cupón de cerveza gratis. Dichoso hombre jirafa kandra. Wayne, el mejor pasma del condenado mundo. ¡Ja! ¡Chúpate esa, Reddi! ¡Chúpatela con salsa picante y llora!

Pero Wayne sintió que ocurría algo mientras lo decía. Una especie de…

elongación. Como si estuvieran tirando de él hacia algún sitio. ¿Un sitio… calentito?

—Antes de que te vayas —dijo Armonía—, ¿hay alguna cosa que quieras saber? En verdad no soy omnisciente, pero mi conocimiento sí que supera con mucho el de los mortales. Algunos tienen una última pregunta que hacerme antes de marcharse. ¿Te gustaría que te respondiera a algo, Wayne?

Huy. ¿Podía hacerle cualquier pregunta? Difícil elección. Wayne meditó un momento.

—Vale —dijo—. Antes de irse, MeLaan me dijo que era el mejor amante que había tenido jamás, y estaba preguntándome si…

—Wayne —lo interrumpió Dios—, ¿qué te dice siempre Ranette?

—¿«A ver si esquivas esto»?

—No, lo otro.

—¿Que no fastidie el momento con mis comentarios de mal gusto?

—Sí, eso.

—Bien, de acuerdo —dijo Wayne asintiendo—. Tienes razón, es verdad. Se nota que eres listo, puede que tanto como Ranette. Supongo que tiene sentido y tal.

Siguió pensando, aunque aquella sensación de estiramiento… estaba haciéndose más intensa. ¿Qué podía preguntar? ¿Qué…?

Entonces sonrió. Eso era *perfecto*.

—Voy a suponer que Wax y los demás están bien —dijo Wayne—. Ya me lo has prometido, así que no pienso desperdiciar mi pregunta con ellos. Y no vas a liarme para que lo haga. Cuidarás de ellos. Sé que lo harás.

—En todo lo que permitan mis capacidades —respondió Armonía.

—Bien. Entonces dime una cosa, Dios. —Wayne lo señaló con el dedo—. ¿Esta ha sido la condenada explosión más gorda que haya provocado jamás una persona?

Armonía enarcó una ceja.

—¿Esa es tu última pregunta? ¿La petición final que haces a Dios antes de pasar a la eternidad?

—¡Ya lo creo! Digo yo que, ahora que he muerto, las otras respuestas me llegarán bien pronto. No vas a engatusarme para que te haga una pregunta inútil. Venga, dime. ¿Lo ha sido?

Armonía sonrió.

—En fin, Wayne. Supongo que la mayoría de las otras cosas que podrían

rivalizar con ella, como las detonaciones de los montes de ceniza, se clasificarían como actos de Dios. Por lo tanto, declaro que lo ha sido. Sí, Wayne, te has hecho estallar a ti mismo en la *condenada* explosión más gorda que haya provocado jamás una persona en la historia de nuestro planeta.

—Asegúrate de que Steris lo sepa —pidió Wayne, sonriendo—. Siempre se queja de que hago explotar cosas, ¿no? Pues esta vez le he salvado el pellejo al hacerlo. ¡Y eso que he hecho la explosión más pequeña de lo que iba a ser! Eso va a dejarla loca. La he hecho más pequeña, y aun así ha sido la más gorda que ha habido nunca.

Ya notaba que de verdad estaba marchándose. Así que tendió una mano a Dios. Quien, sonriendo, se la estrechó.

—Sabía que brillarías —dijo Wayne, y le guiñó un ojo.

Y con eso, Wayne se extendió hacia otro lugar, hacia otro tiempo. Se extendió hacia el viento. Y hacia las estrellas.

Y hacia todo lo interminable.



EPÍLOGOS

Marasi



DIEZ HORAS DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

De algún modo, el sol ya estaba saliendo de nuevo cuando Marasi bajó del tren dando tumbos en Elendel. Casi había esperado que los vagones estuvieran vacíos, teniendo en cuenta los desastres —tanto evitados como disminuidos— que habían protagonizado la noche anterior.

Pero el tren estaba a rebosar. Había quienes viajaban para prestar ayuda a los habitantes de la inundada y destruida sección noroeste de Elendel. También quienes iban a ver cómo estaban sus parientes. Y otros regresaban a casa después de la evacuación, anhelando un lugar reconfortante en aquellos tiempos extraños.

Marasi dejó que pasaran alrededor de ella, quieta en el andén de la estación, sintiéndose deshilvanada. Fuera de lugar. En parte se debía a la fatiga. Habría dormido como mucho dos horas allá en Bilming, después de coordinarse con la capitana Blantach, que por fin había aceptado las pruebas que demostraban los crímenes de Entrone. Los testimonios de las personas a las que habían salvado Marasi y sus compañeros, en particular los periodistas y políticos a quienes AlmaDoble había escoltado al exterior, resultarían cruciales.

No le había gustado mucho dejar al lord alcalde y los cómplices que le quedaban en manos de un departamento policial que hasta hacía muy poco obedecía sus órdenes. Pero lo cierto era que Marasi no estaba muy segura de qué otra cosa habría podido hacer. Que Elendel invadiera Bilming no era factible, con las catástrofes que habían sucedido y la situación política

actual. Así que solo le quedaba confiar en que los testimonios, la explosión y la abrumadora cantidad de pruebas físicas bastaran para obligar a los alguaciles de Bilming a hacer su trabajo.

Como mínimo, parecía que Wax y Wayne habían dejado hecha trizas la estructura organizativa del Grupo, y también sus fuerzas militares. Los agentes de Bilming habían encontrado a la hermana de Wax muerta en la azotea del Shaw. Grabadas por la propia uña de Telsin en la extraña piel gris de su otro brazo estaban las palabras: «Habéis demostrado vuestra valía. Por ahora».

La manera en que su diosa había dejado a Telsin evocaba un espeluznante parecido con cómo habían encontrado a la Guerrera Ascendente y al Último Emperador al final del Catacendro. Con una extraña expresión de paz y…

Y herrumbres, a Marasi se le iba la cabeza. Allí de pie, confusa como una pueblerina de los Áridos que llegaba por primera vez a la ciudad. Se obligó a echar a andar, uniéndose a los últimos pasajeros rezagados que salían del tren. Necesitaba darse un baño. Necesitaba comer algo. Y necesitaba…

Una frenética figura enmascarada emergió de entre la multitud por delante de ella, después de abrirse paso contra la marea humana. Marasi no sabía cómo habría logrado convencer a los empleados de taquilla para que lo dejaran pasar, pero por fin se permitió sentir un cierto consuelo cuando Allik se estrelló contra ella en un poderoso abrazo.

«Esto —pensó mientras Allik la apretaba contra él—. Por esto lo hemos hecho». Por aquello y por un millón de otras personas. Y sin embargo, para ella… había sido sobre todo por aquello.

Allik se apartó un poco y se levantó la máscara. Había estado llorando.

—No pasa nada —dijo Marasi, secándose sus propias lágrimas con la mano—. Allik, estoy bien, te lo prometo. ¿No habías salido de la ciudad?

—He sido de los primeros en volver —explicó él—. Y estas lágrimas no son por ti, amor. Hemos intentado contactar contigo, pero… todo era un caos, y las líneas estaban ocupadas, y…

El mundo de Marasi empezó a resquebrajarse.

—¿Quién? —susurró.

—Wayne —dijo él.

No. Era imposible.

Wayne era prácticamente inmortal. Era como… como un pedrusco. De los que se te meten en el zapato y no hay forma de sacarlos.

No. No, en realidad era de los pedruscos en los que una podía apoyar la espalda. Cuando necesitaba un punto estable. Wayne era…

Era su compañero.

Marasi sabía que su trabajo era peligroso. Sabía que arriesgaban la vida a diario. Y aun así, había dado siempre por sentado que sería ella la que… la que…

—¿Wax? —logró decir a través del nudo en la garganta.

—Sano y salvo —la tranquilizó Allik—. Bueno, tiene una pierna rota, ¿sí? Pero se curará. —Hizo una mueca—. Dice que… que Wayne se quedó atrás. Que detonó él la bomba. Para salvar la ciudad.

Entonces Marasi lo rodeó con los brazos, porque el temblor en la voz de Allik casaba con el que ella sentía en su interior y le hacía falta aferrarse a algo. Mientras se abrazaban, sintió que el dolor se acumulaba para destruirla.

Pero no… no iba a aceptarlo. No iba a creer que Wayne hubiera muerto. Su compañero… había sobrevivido a cosas peores. Un día iba a llegar a casa y se lo encontraría sentado en la cocina, zampándose su chocolate.

¿Y si nunca sucedía?

«No puedo afrontar esto ahora mismo —pensó—. No con dos horas de sueño».

Permitió que el autoengaño permaneciera. Para que el tiempo fuese erosionándolo, como las olas a una roca.

Allik la sujetó por los hombros.

—Tienes todo el aspecto —declaró— de necesitar cantidades ingentes de repostería. Servidas con una premura que rivalice con la de un caudillo de guerra en batalla, ¿sí?

—Sí —dijo ella abrazándolo de nuevo—. Mil veces sí, Allik.

Una hora después, atiborrada de pasteles y galletas exóticas, Marasi se acurrucó en la butaca tapizada de su pequeño piso. Por fin se había cambiado de ropa, pero no se había puesto un pijama, sino su uniforme. Falda larga, blusa, chaquetón de alguacil.

Allik la había mirado un poco raro antes de salir a la calle, con sus características disculpas, para comprar una botella de vino. El caso era que,

por muy cansada que hubiera estado Marasi, había otra sensación que se imponía a esa. Una incongruencia. La certeza de que había algo que no encajaba.

Le costaba mucho aceptar la idea de que Wayne había muerto. La mayor parte de su mente se negaba a creerlo, por su propia cordura. Eso formaba parte del problema, pero había algo más. La impresión de que quedaba algo por terminar, de que aún había una pregunta pendiente. Una que debía responder antes de que por fin se le concediera un descanso.

Por eso no se sorprendió mucho cuando, a los pocos minutos de marcharse Allik, alguien llamó a la puerta. Era una recadera muy joven, del tipo que aceptaba encargos en la ciudad sin problemas a cambio de unos pocos óbolos. Se conocían todos los entresijos de las numerosas viviendas, los apartamentos y las sinuosas calles de los octantes mejor que casi cualquier cartero.

La chica le entregó un sobre pequeño antes de marcharse a toda prisa. Dentro había una tarjeta con el símbolo de los diamantes entrelazados. Los Sangre Espectral. Había una dirección al dorso.

Marasi comprobó que lo llevaba todo. Credenciales en el bolsillo. Revólver en la pistolera del costado. Insignia en la chaqueta. No cogió el rifle. Ese día no necesitaba tanto ir armada como estar bien equipada.

Dejó una nota rápida para Allik en la que prometía que volvería pronto y salió a la ciudad. A su ciudad.

Marasi adoraba Elendel. La inmensa variedad de sus gentes. Que sus pasquines ya estuvieran contando la historia de la detonación. Algunos la consideraban una advertencia de las ciudades exteriores, otros un intento deliberado de provocar una inundación, como si volar la ciudad por los aires no hubiera sido una opción más efectiva. Era sorprendente la cantidad de periódicos que informaban de los hechos correctos.

DISPARO AL AMANECER Y SU AYUDANTE
RESUELVEN LA SITUACIÓN.

¡OSADA PERSECUCIÓN FRENÉTICA
PARA SALVAR ELENDEL!

¡LA BOMBA DE BILMING, DETONADA ANTES DE TIEMPO
POR EL ALGUACIL AGUERRIDO!

Marasi se preguntó qué dirían cuando se enteraran de su historia. ¿Una caverna oculta llena de personas secuestradas a las que utilizaban para intentar crear nacidos de la bruma? ¿Evanotipos en movimiento y monstruos hemalúrgicos? Eran la clase de cosas que proporcionarían material para artículos de pasquín durante décadas.

Fue dando un paseo hacia la dirección que le habían enviado. Saboreó los olores, buenos y malos pero siempre potentes, los sonidos, la sensación de una ciudad tan viva que ni una hecatombe podía detenerla.

La base de los Sangre Espectral en Elendel era más ostentosa que la de Bilming. Una inmensa y anticuada mansión, con cristal tintado y terrenos bien cuidados. Hicieron pasar a Marasi sin que tuviera que llamar a la puerta siquiera y la llevaron a una sala poco iluminada. Supuso que tendría que sentarse allí a esperar, pero entonces reparó en que había alguien al fondo. Estaba sentado en una butaca cómoda pero envolvente, que solo dejaba brillar la luz en sus zapatos de buena calidad y sumía su rostro en la sombra. Pero había algo que saltaba a la vista: el clavo que le atravesaba el ojo derecho.

Era el Superviviente en persona.

Marasi había conocido a la Muerte, charlado con varios kandra, oído a Wax hablar de Armonía. No era ninguna novedad para ella que una figura legendaria emergiese de las sombras para entrar en su vida. Pero aun así, aquello era distinto, de algún modo. Tenía delante al hombre que lo había empezado todo. Al hombre que había sobrevivido a su propio asesinato. Al hombre a quien Marasi había aprendido desde niña a venerar con reverencia.

Y allí estaba. Era la experiencia más intimidatoria que había tenido en la vida. Marasi intentó hablar, pero descubrió que tenía la boca seca.

Se abrió otra puerta y llegó AlmaDoble, que tuvo que apoyarse en el pomo para conservar el equilibrio. Aunque Marasi lo conocía desde hacía poco, siguió pareciéndole adecuado ir a darle un abrazo, que al anciano le devolvió.

—Me alegra ver que estáis bien, mi señora —le dijo AlmaDoble—. Y oír de vuestros logros.

—¡Ah! —exclamó Marasi—. AlmaDoble, ¿Luzdeluna está…?

—Nos han llegado noticias —dijo AlmaDoble—. ¿Se vio… obligada a usar su sello?

—Sí —confirmó Marasi.

—Será difícil de recuperar —intervino Kelsier desde las sombras—. Es muy posible que haya perdido a mi mejor agente para siempre por culpa de este fiasco.

El primer instinto de Marasi fue disculparse sin demora, pero se mordió la lengua.

—¿Habrías preferido que permitiéramos la invasión?

Kelsier se inclinó hacia delante y a Marasi le pareció entrever un atisbo de sonrisa en sus labios. Quizá fuesen ciertas las historias que afirmaban que el Superviviente tal vez fuese despiadado, pero no severo. ¿Cómo saberlo? ¿De verdad se podía confiar en unas historias que tenían cientos de años de antigüedad? Y si las historias fuesen verosímiles, la gente por fuerza tenía que cambiar después de vivir —o mejor dicho, no quedarse muerta— durante cuatro siglos.

—Adelante, AlmaDoble —dijo Kelsier.

—Marasi Colms —entonó el anciano—, es para mí un orgullo ofreceros un puesto en los Sangre Espectral. Si lo aceptáis, me honraría pasar a ser vuestro mentor, en cumplimiento de nuestra tradición. Podréis acompañarme en mi próxima misión, que consistirá en localizar a Luzdeluna y tratar de restaurar en ella su personalidad natural.

—La oferta va acompañada del acceso a todo lo que sabemos los Sangre Espectral —añadió Kelsier—. No guardamos secretos entre nosotros.

—¿Ni siquiera tú, Superviviente? —preguntó Marasi con curiosidad—. ¿Tú guardas secretos?

Kelsier no respondió. Pero sí que sonrió de nuevo.

—Disponemos de una sabiduría y unos conocimientos —dijo AlmaDoble— que os deleitarán y os impresionarán, mi señora. Nuestro deber nos lleva a lugares fascinantes, en pro del mismo objetivo que tenéis vos misma: proteger Scadrial.

—No es una invitación que hagamos a la ligera —afirmó Kelsier.

Ahí lo tenía. Esa era la cuestión. ¿Iba a aceptar? En los últimos tiempos le habían entrado unas ganas enormes de hacer algo más. Todo destello que lograba vislumbrar de los conflictos que los envolvían, del Cosmere que los

envolvía, la hacía desear verlo en su totalidad. Era como una mujer atisbando una puesta de sol por una rendija en la pared.

Y aun así…

—¿Cuánto hace que sabíais de la existencia del Grupo? —preguntó—. ¿Desde cuándo erais conscientes de lo que intentaban hacer, de quién era Trell?

Silencio.

—Proporcionamos las respuestas *después* de los juramentos, mi señora —dijo AlmaDoble—. Es nuestra manera de proceder.

—¿Compartisteis la información con Armonía? —preguntó Marasi.

—Saz está… algo errático últimamente —dijo Kelsier—. Se está macerando un problema en él. Un problema que mucho me temo que hará que incluso los acontecimientos de anoche parezcan triviales en comparación. Por desgracia, debemos operar en secreto. Todavía somos demasiado pequeños, demasiado débiles. A plena luz del día, las fuerzas presentes en el Cosmere nos aniquilarían.

Marasi no se oponía a esa actitud, no del todo. Toda alguacil comprendía la necesidad de trabajar en las sombras de vez en cuando.

Y sin embargo…

Marasi giró entre los dedos la tarjeta que le habían enviado, la sostuvo en alto y miró los diamantes entrelazados, rojos como la sangre.

¿De verdad era aquello lo que anhelaba? A veces su trabajo la había dejado insatisfecha. Pero ¿acaso había algún empleo que no diera disgustos de vez en cuando? Mientras volvía a girar la tarjeta, recordó lo que la había llevado a hacerse alguacil. No era solo resolver delitos, sino resolver problemas. Hacer del mundo un lugar mejor, no limitarse a protegerlo.

Y eso no podría hacerlo desde las sombras, ¿verdad? Quizá otras personas fuesen capaces, pero Marasi… tendría que mentir a demasiada gente. Eso incumplía los votos más fundamentales que había hecho.

«¿Los has apreciado?», le había preguntado Armal sobre los últimos años. Marasi aún seguía dando vueltas a esa pregunta.

—Una vez —dijo—, hace unos siete años, creí que todo lo que deseé jamás me había caído del cielo. Creía tener muy claro lo que quería. Y entonces él me dijo que no. Ese rechazo fue de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

—¿Mi señora? —preguntó AlmaDoble.

—Supongo —prosiguió Marasi— que es difícil saber lo que quieres. Nunca tenemos toda la información. Solo nos queda hacer lo mejor que podamos con lo que sí tenemos. —Miró a Kelsier al ojo ensombrecido—. Si me uno, ¿me dejaréis compartir lo que descubra con las fuerzas de la ley?

—¿Tú qué crees? —dijo Kelsier.

—Creo —respondió Marasi— que mi trabajo es servir a la gente. —Fue a dejar la tarjeta en la mesita que había junto a la puerta—. Que todo poder o autoridad que tenga procede de ellos. Y la manera de servirlos no es con oscuridad y mentiras, por muy bienintencionadas que sean.

—Ten cuidado —le advirtió Kelsier antes de que Marasi soltara la tarjeta—. ¿Estás completamente segura de que esto es lo que quieres?

—No —dijo ella—. Mi trabajo no es estar segura. Mi trabajo es hacer lo mejor que pueda. Incluso teniendo una información limitada.

Soltó la tarjeta.

Todavía necesitaba encontrar algo. Una respuesta para sí misma. Pero aquella no lo era.

—Yo sirvo al gobierno —dijo Marasi—, y a la ley. Cosas con las que tú, según creo, has tenido problemas a lo largo de la historia, Superviviente. Os agradezco vuestra ayuda en esta misión. Y volvería a aceptarla en el futuro. —Negó con la cabeza—. Pero no encajo bien con vuestra organización. No guardaré secretos si la verdad puede salvar vidas.

Necesitaba saber lo que había allí oculto… pero para algo era una detective. Hallaría las respuestas sin vender su alma. Ni siquiera al Superviviente en persona.

Kelsier no parecía ser la clase de hombre que llevaba bien el rechazo. Pero al cabo de un tiempo indicó su aceptación con un asentimiento. Marasi estrechó la mano a AlmaDoble, se ofreció a ayudarlo con Luzdeluna de todos modos y se marchó.

De vuelta a la ciudad.

De vuelta al pueblo de Elendel.

Y mientras caminaba entre ellos, escuchando sus preocupaciones, sus miedos, sus incertidumbres, recordó cosas que había perdido al estancarse en el trabajo cotidiano. Proyectos para su propia vida que había seguido durante años, pero que con el tiempo había acabado dejando atrás.

¿Estaba volviendo a ellos, entonces? ¿Siendo más sabia, más comprensiva, más sutil?

Fue entonces, agotada física y emocionalmente pero victoriosa, cuando comprendió lo que quería.

Ya solo necesitaba un plan.

AlmaDoble, es decir, Prasanva, la vio marcharse y negó con la cabeza. Qué lástima. Y también qué excepcional. Le gustaba ver que la gente defendía sus códigos personales. Los éteres, a fin de cuentas, habían creado a toda la gente para que cada cual pensara de forma distinta.

Mientras se cerraba la puerta principal en el vestíbulo y Marasi Colms se marchaba, Dlavil salió de entre las sombras tras el asiento de Kelsier. El hombre de baja estatura llevaba una máscara elaborada y temible, de madera pintada, pero cuando habló su acento no era el de los scadrianos del sur. Era el de Luzdeplata.

—Tendremos que ocuparnos de ella —dijo en voz baja.

—Es una mujer íntegra —repuso AlmaDoble—. No permitiré que sufra daño alguno.

—Conoce nuestros secretos —dijo Dlavil—. Conoce esta base. Ha visto lo que podéis hacer Luzdeluna y tú. Ha vislumbrado los mapas, los poderes, el conocimiento. Ahora es un peligro para nosotros.

—Le ofrecimos esas cosas por voluntad propia —replicó AlmaDoble—. Y aunque nos haya rechazado, nunca nos ha robado nada. Maese Kelsier, refrenad a este hombre.

—Ya basta, Dlavil —dijo Kelsier, encendiendo la luz antes de reclinarse de nuevo en la butaca—. AlmaDoble tiene razón. Colms no sabe nada que no pudiera haber averiguado con una exploración superficial del Cosmere. A lo mejor nos toca cambiar de base, pero será culpa nuestra y de nadie más. Luzdeluna estaba segurísima de que se uniría.

Dlavil guardó silencio, sus ojos inescrutables tras aquella condenada máscara. A AlmaDoble no le gustaba nada no ser capaz de interpretar sus expresiones, pero Dlavil, al igual que su hermana, que andaba descontrolada en Roshar, llevaba una máscara que no se quitaba jamás. La tenía tan incrustada que ya casi formaba parte de su piel.

—Hablo en serio, Dlavil —insistió Kelsier—. No actuarás contra ella, ni contra nadie de esta ciudad, sin mi permiso. ¿Lo has entendido?

—Sí, lord Kelsier —respondió Dlavil, y se retiró por la puerta trasera.

Kelsier dio un suspiro audible y se levantó de su asiento. Fue con AlmaDoble a la ventana y ambos contemplaron la ciudad.

—Buen trabajo ayer —le dijo Kelsier—. Muy buen trabajo, viejo amigo. Estuvimos a punto de perderlo todo.

AlmaDoble inclinó la cabeza, aceptando el elogio. Sentaba bien.

Estás bendito, dijo Silajana en su mente, *y mereces el reconocimiento*.

Eso le sentó incluso mejor.

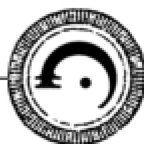
—Esto no tendría que haber llegado tan lejos —dijo Kelsier—. A Sazed de verdad le pasa algo. Y está empeorando.

—¿Qué haremos, mi señor? —preguntó AlmaDoble.

Kelsier entornó el ojo.

—No me quedará más remedio —susurró con suavidad— que mantener una conversación difícil con «Dios».

Steris



DOS DÍAS DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

El segundo día en que la ciudad se recuperaba, Steris por fin pudo llevarse a Waxillium a casa desde el hospital. Salieron con torpeza del coche conducido por Hoid, Wax con muletas, y alzaron la vista por la fachada del enorme rascacielos en cuyo ático vivían. Wax se quedó mirándolo, con los ojos un poco afligidos.

—¿Piensas en el Shaw? —le preguntó Steris en voz baja.

Wax asintió.

—En esa azotea, Wayne se empeñó en que le pusiera un clavo. Si no le hubiera hecho caso, no habría podido enviarme al agua de un empujón.

—¿Y qué habrías hecho entonces? —dijo ella—. ¿Quedarte a morir con él? Wayne sabía lo que tenía que hacer.

Wax la miró, y Steris vio en sus ojos el mismo dolor de la segunda muerte de Lessie. Atemperado en esa ocasión, pero turbador de todos modos. Aborrecía ver sufrir a Wax. Ocurría demasiado a menudo.

—Por lo menos debería haberme despedido —susurró Wax—. Wayne salió de los Áridos por mí.

—Y vivió porque tú le diste una segunda oportunidad —dijo Steris. Mientras Wax seguía contemplando el rascacielos, aprovechó para consultar con disimulo sus notas tomadas de los libros sobre el trauma que había estado leyendo—. No fue culpa tuya, Waxillium. Tienes que concederle a Wayne que ejerciera su voluntad, que tomara su propia decisión. Los dos

sabemos que tú te habrías sacrificado por la ciudad sin dudarlo, así que acepta que él optara por eso mismo.

Wax se quedó callado un momento y Steris intentó, ansiosa, deducir lo que sentía. ¿Ese rostro crispado era de irritación o de dolor? Ruina, ¿había empeorado las cosas?

—Tienes razón —dijo él con voz suave, y parpadeó por las lágrimas en los ojos—. Tienes razón, Steris. Tengo que dejar que Wayne fuese el héroe, ¿verdad? Armonía… de verdad ha muerto.

Steris se guardó el cuaderno en el bolsillo y abrazó a su marido, borrando de su mente el mundo que los rodeaba. Atenuó todo lo demás, como en una vieja lámpara de gas con regulador. Lo redujo hasta que solo quedaron ellos dos. Hasta que solo importaron ellos dos.

Wax se aferró a ella y luego inhaló una bocanada larga y profunda.

—Marasi todavía no se cree que haya muerto —dijo—. Cree que aparecerá como si nada dentro de unos meses, con sombrero de paja y contándonos lo buenas que están las bebidas con zumo de fruta en el Consorcio Malwish. Pero se equivoca. Esta vez se acabó de verdad.

—Sí —susurró Steris—. Ha muerto. Pero no se ha acabado nada, Wax. Dijiste lo mismo cuando murió Lessie. No era cierto entonces y tampoco lo es ahora. Te llevará un tiempo creerlo, pero te aseguro que sucederá.

Wax le apretó la mano.

—Vuelves a tener razón. ¿Cómo te has vuelto tan buena en esto, Steris?

—Aprendiendo de Wayne.

—¿Sobre… ayudar a la gente a lidiar con el dolor?

—No —dijo ella, y sacó el cuaderno—. Sobre hacer trampas.

Wax sonrió. Fue la primera sonrisa auténtica que Steris le veía desde el incidente. Entonces le pasó las muletas y dejó caer un casquillo de bala al suelo.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Seguro que es buena idea?

—Estaré haciéndome mayor, pero no soy frágil —dijo Wax, y la agarró por la cintura—. ¿Preparada?

—Siempre —dijo ella, sintiendo un exquisito cosquilleo en anticipación del vuelo y apoyándose en él.

Wax los impulsó hacia arriba y las instalaciones metálicas que había añadido al edificio le proporcionaron los anclajes adecuados. Fue un ascenso veloz, estimulante, durante el que el viento revolvió el pelo de

Steris y el insignificante mundo se hizo aún más diminuto. Hasta que solo quedaron ellos dos y el cielo.

Su marido los posó con cuidado en la plataforma exterior de la vivienda. Mientras Wax recuperaba las muletas, Steris sacó su cuaderno.

—Creo —dijo Wax— que voy a estar bien.

—Me alegro —respondió ella, pasando unas páginas—. Tengo una cita de Wayne adecuada para la ocasión.

—¿Una qué?

—Se me ha ocurrido —explicó Steris— que tener a mano unas cuantas frases suyas sería buena manera de recordarlo. ¿Es muy… macabro? Sí que es macabro, ¿verdad? Lo siento.

—No —respondió él—. O sea, puede que sí, pero a Wayne le parecería bien.

Steris sonrió.

—Oye, tú —dijo Steris—. ¿Llevas tan lejos a una chica, socio, y no le agarras el culo ni un poquito?

—Esa te la acabas de inventar.

Steris le tendió el cuaderno y señaló la línea apuntada.

—Pues nada —asintió Wax—, habrá que hacer lo que dice.

—Es la única forma adecuada de honrar a los muertos.

Wax le pasó el brazo por la cintura y la atrajo para besarla, mientras la figura de Steris se esculpía contra la de él y lo apretaba en todos los lugares correctos. Fue una sensación asombrosa, como si sus cuerpos estuvieran líquidos, alineados, vivos, en llamas.

Y sí, también hubo un buen agarrón de culo. Estuvo que punto de derribarlos a los dos de lado, al desequilibrar el peso de Wax sobre la pierna buena. Dejaron de besarse antes de provocar un accidente, pero se quedaron cerca.

—Gracias —susurró Wax—. Por ser tú.

—Es lo único que se me da bien —dijo ella—. Aparte de tirar vacas encima a la gente.

Wax frunció el ceño.

—Wayne lo decía de vez en cuando —añadió Steris.

Su marido alzó la mirada hacia el cielo.

—Gracias, Wayne, dondequiera que estés. Por hacer posible que tenga esto. Por hacerme vivir.

Entonces Steris lo obligó a pasar dentro y sentarse. Wax no debía apoyar peso en la pierna mala, llevara escayola o no. Aunque pudiera hacer trampa volviéndose más ligero.

Por desgracia, Kath había sido un poco más rápida de lo esperado y los niños ya habían vuelto de la finca de los Harms en el sur de la Cuenca. Así que Wax, haciendo caso omiso a los consejos médicos, se agachó y recogió a Max en un abrazo.

—¡Papi! —exclamó el niño—. ¡Lo has conseguido! ¡Kath dice que lo has conseguido!

—¿Conseguir qué? —preguntó él.

—¡Parar a los malos! ¡Salvar el mundo!

—Supongo que sí que he hecho un poco de las dos —dijo Wax—. Pero Wayne me ayudó mucho.

—Mi amigo Jennid de la escuela —siguió diciendo Max— me contó que cuando salvas el mundo, también te llevas a la chica. Pero esa parte es una bobada. A mí no me gustan las chicas.

—¿Cómo? —preguntó Wax—. ¿Ni siquiera mami?

—Papá —dijo Max con una exagerada expresión sufrida, como si aquello fuera lo más evidente que un chico hubiera tenido que explicar nunca—, mami no es una chica. Es una mamá.

Steris sonrió y fue con Kath mientras Wax subía a la pequeña Tindwyl, la abrazaba y dejaba que le estirase de las patillas.

—Ha llegado esto para usted —dijo Kath en voz baja, sacando una carta de su bolso—. Hace muy poco. Parecía importante.

—Gracias.

Steris cogió la carta, que en efecto iba dirigida a ella, y reparó en que llevaba el sello del gobernador. Montó en pánico al instante. Ya se había temido que sucediera aquello. Hasta había tomado nota de la posibilidad, pero seguro que no iba a… no podía ser que…

Rasgó el sobre con unas manos que le temblaban de terror. Varlance iba a necesitar una nueva vicegobernadora, después de despedir formalmente a Adawathwyn, pero sin duda no sería…

Mi apreciada Steris Harms Ladrian:

Me gustaría reunirme con usted para tratar un posible nombramiento en mi gobierno. Dado que considero que prestó un servicio inestimable durante la reciente crisis…

Oh, no. Oh, *no*. Eso no.

… he decidido pedirle que acepte el puesto de responsable de preparativos para desastres de la ciudad. Tendría asignado un asiento en el consejo municipal y le proporcionaría un equipo de trabajo para garantizar que la ciudad está preparada y equipada ante cualquier desastre potencial u otros peligros relevantes. Le ruego que me comunique a vuelta de correo en qué momentos le viene bien que nos sentemos a hablar.

A un nivel más personal, querría ofrecerle mi más sincero agradecimiento. Se me está aclamando como un héroe y un líder decidido. No merecería ninguno de esos elogios sin su intervención.

¿Responsable de… preparativos para desastres?

Steris parpadeó.

Vaya, eso no era aterrador en absoluto.

Hasta podría resultar divertido.

Wax dejó a Tindwyl en brazos de Kath y fue cojeando junto a Steris, asintiendo distraído mientras Max le explicaba con todo detalle los nuevos juegos de canicas que había aprendido. Leyó la carta que Steris aún tenía en las manos y la agarró del codo.

—Steris —dijo—, qué maravilla.

—No me lo merezco —respondió ella—. Al final el maremoto no fue tan grave como había temido.

—Amor mío —dijo Wax—, sí que te lo mereces.

Steris se volvió para mirarlo a los ojos.

—He pensado que, en vez de citar a Wayne —dijo él en voz baja—, deberíamos honrarlo de otra forma. ¿Y si hacemos el esfuerzo de permitirnos ser felices? ¿Qué opinaría usted de eso, lady Ladrian?

—Opino, lord Ladrian, que me gustaría muchísimo.

Y ya empezaba a imaginarse una lista entera de planes para asegurarse de que sucediera.

Allriandre



CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

Allriandre subió los peldaños uno por uno. Los pies le pesaban como el plomo. Las piernas como el hormigón. Tenía la espalda encorvada, como si cargara con barrotes de acero. La ropa cenicienta que llevaba tenía marcas nuevas de las fraguas, que le tiraban chispas al pasar aunque su trabajo no fuese manejarlas, sino seleccionar los pedazos de metal que iban a fundirse.

Cuando llegó a la sexta planta donde vivía de un edificio sin ascensor, ya se oían los gritos de la señorita Coussaint. Pese a lo agotada que estaba, Allriandre avivó el paso. Llegó casi corriendo a la puerta y la abrió de golpe para encontrar a su hija Ruri, de tres años y aún pequeña para su edad, acurrucada en las mantas. Aterrorizada de nuevo.

—¿Cómo se te ocurre usar la pasta de dientes para dibujar? —chilló la señorita Coussaint.

Era una mujer con una jerarquía de papadas, la última y más hinchada de las cuales ejercía su dominio sobre las otras como una terrible regente. Alzó la mirada al entrar Allriandre y sostuvo en alto el frasco de pasta de dientes.

—¿Has visto lo que ha hecho ahora?

—Lo siento —dijo Allriandre, agotada, pero recogió a Ruri cuando llegó corriendo a sus brazos para escapar—. Gracias por cuidar de ella.

Coussaint miró a Allriandre de arriba abajo, fijándose en la cara sucia, el pelo desaliñado, la ropa quemada.

—¿Y el alquiler? —preguntó imperiosa—. Ya pasan tres días.

—Nunca se había retrasado en un pago —dijo Allriandre refiriéndose a

Wayne, el hombre que había asesinado a su padre—. Seguro que no tarda en aparecer.

—Tengo que hacer unas reformas —dijo Coussaint—. A lo mejor cuando venga podrías...

—Gracias, señorita Coussaint —dijo Allriandre, apartándose de la puerta para que la mujer pudiera salir—. Por cuidar de la niña. No sabe cuánto me ayuda.

La casera dio un bufido, pero salió al pasillo y empezó a bajar la escalera con paso pesado. Allriandre abrazó a su hija y pensó un momento en las decisiones que había tomado. En que llevar a la niña a la mejor escuela de la ciudad significaba poco si estaba endeudada con quienes no debía. En cómo algo tan preciado para ella como la niña que tenía en brazos podía ser también un recordatorio de uno de los mayores errores que había cometido jamás.

Estaba exhausta, pero dejó a Ruri en el suelo y se pusieron las dos a pintar en la pared con pasta de dientes hasta que la niña rio de nuevo. Hasta que Ruri comprendió que los errores podían convertirse a veces en cosas asombrosas, espléndidas, apreciadas. Con la perspectiva correcta.

Llamaron a la puerta.

Allriandre se quedó muy quieta un momento y luego se apresuró a limpiarse las manos con un trapo. No esperaba visita de nadie. Herrumbres, apenas conocía a nadie. Todos sus amigos de la universidad se habían casado, tenían trabajo de oficina y dedicaban las noches a socializar. Su familia aún vivía en los Áridos y Allriandre se había preocupado de que no supieran lo que le había pasado. Porque tenían sus propios problemas.

Abrió la puerta con recelo y vio que fuera había dos hombres trajeados, uno alto y otro bajito. Se le cayó el alma a los pies. ¿Serían los nuevos cobradores de Bleaker? Lo normal era que se presentaran una semana *después* de que Allriandre hubiera recibido su pago mensual.

—¿Señorita Allriandre? —dijo el hombre de menor estatura—. Soy el señor Call y este es el señor Daring, de la Gestoría Contable e Inmobiliaria Call e Hijo e Hijas. ¿Podemos pasar? Debemos tratar con usted un asunto de cierta relevancia.

—Todavía no tengo el dinero —se apresuró a responder ella—. No podré pagarles hasta que lo tenga. Aquí dentro no hay nada que valga la pena llevarse.

Los dos hombres se miraron y luego el más bajo hizo un gesto. Allriandre los dejó entrar de mala gana.

—Como hagan daño a mi hija… —susurró Allriandre.

—No somos quienes parece creer usted —dijo el más alto con aire animado, mirando la pared cubierta de pasta de dientes y el destartalado mobiliario—. Somos los representantes fiduciarios de maese Wayne Terrisano, residente en la calle Noción, 662.

—Ah. —Allriandre sintió una oleada de alivio—. Él. Un momento. ¿Por fin le ha entrado el sentido común y ha dejado de empeñarse en que nos veamos en persona?

—Es correcto —dijo el hombre más alto, dejando su bombín en la mesita que había junto a la puerta.

Allriandre hizo una mueca al fijarse en el pegote de puré de manzana que se le había caído a Ruri allí. La niña fue con ella y estiró los brazos para que Allriandre la cogiera en brazos. Los desconocidos la ponían nerviosa.

—¿Por qué se han retrasado esta vez? —preguntó Allriandre—. Los pagos llegan siempre el primer día del mes.

El más alto carraspeó.

—¿No se ha enterado? ¿No lee los pasquines?

—¿Tengo pinta de que me dé tiempo a leer ningún pasquín? —replicó ella—. Si traen el pago, estupendo. Me vendrá bien. Pero de verdad que necesito acostarme, así que…

—Señorita Allriandre —dijo el hombre más bajo—, maese Wayne falleció la semana pasada. Una defunción de lo más espectacular, dado que fue él quien detonó la bomba. ¿De eso sí que se enteró?

Había oído hablar del tema en las fraguas. No del papel que había tenido Wayne, sino de la inundación y las evacuaciones y… Un momento.

—¿Está muerto? —preguntó.

Los dos asintieron.

Herrumbres. ¿Cómo la hacía sentir eso? ¿Feliz? El hombre que había asesinado a su padre por fin estaba muerto. Allriandre debería estar exultante, ¿no?

Pero en vez de eso, se sentía confusa. Un poco furiosa todavía, sí. Eso jamás la abandonaría. Y también había una pizca de alivio. Pero sobre todo… lo lamentaba. Lamentaba cómo habían salido las cosas. Lamentaba que unas heridas embotadas hacía tanto tiempo siguieran dándole punzadas

de vez en cuando. Lamentaba los errores. Porque los errores no siempre se convertían en algo mejor, eso ni por asomo. Pero Allriandre ya alcanzaba a comprender cómo sucedían. Hasta los más graves.

El hombre más alto dejó una gran carpeta en la única otra mesa de la sala.

—¿Procedemos? —propuso.

—¿Procedemos a qué? —preguntó ella.

—Señorita Allriandre —dijo el más bajo—, es usted la principal heredera de maese Wayne.

—¿Y de cuánto es esa herencia? —preguntó ella—. ¿De tres chicles y una cuenta de taberna sin pagar?

—En la actualidad —dijo el alto— son veinte millones de arquillas líquidas, además de participaciones mayoritarias en distintas propiedades y empresas importantes, que ascenderían a otros cien como mínimo.

La sala quedó en silencio salvo por Ruri sorbiéndose la nariz, situación que resolvió limpiándosela en el mono de trabajo de Allriandre, que apenas se dio cuenta.

—¿Me está diciendo que son… *ciento veinte millones*? —susurró.

—Por ahí andará, en función del mercado —dijo el hombre alto—. Maese Wayne hizo buenas inversiones. Brillantes, de hecho, aunque contravinieran la sabiduría más tradicional, y utilizando una considerable cantidad de aluminio para respaldarlas. Resulta que la electricidad, la industria y la energía eran los lugares perfectos donde inyectar capital hace seis años.

El hombre bajo acercó una silla para ella.

—Por favor, siéntese —pidió con suavidad—. Tenemos que hablar de algunas cosas.

—Ciento veinte millones —repitió ella con los ojos como platos, casi incapaz de pensar. Las deudas de su fallido estudio de arte apenas llegaban a las diez mil arquillas.

—Sí —dijo el más alto, sacando unos papeles—. Según mis estimaciones, acaba de convertirse en la cuarta persona más rica de la ciudad. —Alzó la mirada—. No dispondrá de su totalidad, sin embargo. Hay unas cuentas que maese Wayne dejó aparte para otras cosas, pero ascienden a menos de quinientas mil arquillas en total. Todo lo demás… bueno, ahora le pertenece a usted.

Allriandre se dejó caer en la silla.

El hombre más bajo le pasó una nota sobre la mesa. Escrita a mano y con una mancha de algo.

—Maese Wayne quería que recibiera esto.

La nota solo rezaba: «Lo siento».

Como si dos palabras pudieran explicar todo aquello. Abrumada, Allriandre cogió el papelito y lo sostuvo contra el pecho. Con ese dinero, podría traer a su familia a Elendel. Resolver sus problemas. Darles la vida que les había prometido cuando juntaron todo el dinero que tenían para enviarla a la ciudad.

Ruri le quitó la nota de las manos y la puso perdida de pasta de dientes.

—¿Para qué son esas otras cuentas? —preguntó Allriandre—. No es que me queje, ¿eh? Es simple curiosidad.

Los dos hombres se miraron.

—Distintos asuntos —respondió el más bajo—, cada uno con su… naturaleza particular.

Kelsier



TRES SEMANAS DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

A Kelsier, el Superviviente, le gustaban las alturas. Por suerte para él, de un tiempo a esa parte la ciudad tenía lugares altos para dar y regalar.

Era de los pocos que aún recordaban la época en que las grandiosas fortalezas de Luthadel se consideraban imponentes con sus decenas de metros de altura. En la actualidad resultarían pintorescas en comparación con los rascacielos que dominaban la ciudad, con aquellos monolitos modernos.

Kelsier no veía del todo igual que en otros tiempos. Un ojo suyo veía como mortal, el otro como inmortal. El clavo que le perforaba uno de ellos no solo fijaba su alma a sus huesos, sino que también le proporcionaba una incesante capa superpuesta de azul que le permitía ver el mundo como lo haría un ser como Sazed. No delineaba únicamente los metales, sino todo. Los mismos ejes que componían la materia tenían su propia polaridad, influenciable mediante empujones de acero en las circunstancias adecuadas.

Un ojo perteneciente a los dioses. Un ojo perteneciente al hombre normal y corriente. Como Kelsier siempre había intentado percibir el mundo.

Tenía una vista espectacular desde la azotea de aquel rascacielos. Kelsier aún recordaba el deleite, la *libertad* que había sentido tantos años antes cuando coronó las brumas por primera vez y contempló las estrellas. En los tiempos recientes, esas mismas estrellas podían observarse a simple vista casi todas las noches. Y aunque hubiera brumas, no era muy difícil

encontrar un edificio más alto que ellas desde cuya cima contemplarlas desnudas. Estrellas. Soles. Planetas.

Cada uno de ellos una posible amenaza.

Una figura se acercó caminando por el borde de la azotea del rascacielos hacia Kelsier. Armonía no llegaba acompañado de su doble oscuro, de aquella versión sombría que aparecía de vez en cuando últimamente. De la representación de su otro yo.

—Marsh seguirá con vida —dijo Sazed, sentándose al lado de Kelsier.

Si no lo mirabas directamente, casi era posible pasar por alto el hecho de que su esencia se extendía a la eternidad. Sazed hablaba como lo había hecho siempre, aunque se había transformado en un dios. Kelsier no sabía muy bien si era porque Armonía optaba por presentarle una personalidad conocida para él, con objeto de no incomodarlo, o si el hombre que antaño había sido amigo de Kelsier de algún modo seguía siendo de verdad la misma persona.

—Marsh seguirá con vida —repitió Kelsier, pensativo—. ¿Eso significa que volvemos a tener atium, o es que has encontrado alguna otra manera?

—Los kandra encontraron polvo de atium en el laboratorio destruido de Waxillium —dijo Sazed—. Parece ser que si uno detona armonium contra trellium, o bavadinium, supongo que había que llamarlo, se genera una pequeña cantidad de atium como subproducto.

—¿Y lerasium? —preguntó Kelsier.

—Lo siento. Queda aniquilado por completo en la explosión. Ya hemos hecho varias pruebas.

Maldición. Otro callejón sin salida.

—De todas formas, no funcionaría contigo —dijo Sazed—. No en tu estado actual.

—Eso da igual, Saz —respondió Kelsier—. Necesitamos alomantes, verdaderos alomantes como en los viejos tiempos, para enfrentarnos a lo que viene. Este problema con Trell no habría llegado a afectarnos si hubiéramos tenido nacidos del metal como deben ser.

—Entonces, ¿coincides con el Grupo? —preguntó Sazed—. ¿Estás de acuerdo con sus monstruosos proyectos en aras de crear nacidos del metal?

¿Lo estaba? Era difícil saberlo con certeza. A veces para preparar una tortilla había que cascar unos pocos cráneos. A Kelsier no le gustaba lo que el Grupo había hecho a personas inocentes, y nunca justificaría tales actos.

Pero si era necesaria la hemalurgia, siempre había alguien por ahí que era lo estrictamente opuesto a un inocente.

—No sabes a qué podrían haber llevado los experimentos del Grupo —dijo Sazed—. Hasta el mero acto de intentar criar alomantes… conduce a la oscuridad, Kel. ¿Tratar de crear las personas perfectas mediante el entrecruzamiento forzado? No hay que ser terrisano para encontrar la idea repugnante.

—Pues a lo mejor Ruina y Conservación tendrían que haberlo pensado un poco antes de conceder poderes con base genética a solo una parte de la población. Mi objetivo es democratizarlo. Arrebatar el poder a los pocos y entregárselo a los muchos.

El lerasium habría sido el camino más fácil para eso, pero parecía que Kelsier tendría que seguir buscando. Sin embargo, aquello le daba esperanzas para sí mismo. El lerasium no habría funcionado con él y la hemalurgia se había demostrado ineficaz en aquello en lo que se había convertido. Mantenía juntos su cuerpo y su alma, pero nada más.

Tenía que haber otra manera. Kelsier tenía esperanzas. Siempre tenía esperanzas. La esperanza de poder controlar de nuevo los metales. La esperanza de volar otra vez. La esperanza de ser capaz de tocar los metales que no dejaba de ver a su alrededor en el mundo.

Los dos se quedaron sentados en silencio un rato. Cada vez lo hacían más en sus esporádicas reuniones. Quizá porque ambos sabían que era mejor eso que discutir.

—Me gustan las alturas —terminó diciendo Kelsier—. Más que cuando era mortal del todo. A lo mejor es que una parte de mí aún guarda rencor al suelo, y a lo que me hizo en esas cuevas. A lo mejor es que intento alejarme todo lo posible de él. —Calló un momento—. Explosiones para crear atium. Me pregunto si alguna vez habrá una forma de conseguirlo que no sea traumática.

Sazed no respondió.

—¿Cómo pudiste dejar que llegara tan lejos, Saz? —preguntó Kelsier al cabo de un tiempo—. Esto casi ha sido el final.

—Lo tenía controlado.

—A otro con esos cuentos. Suerte tienes de que ese vigilante de la ley aún pudiera funcionar después de lo que le hiciste pasar hace seis años. Suerte tienes de que el otro fuera un deslizador. Aún no he llegado a

entender cómo se las apañó para provocar esa detonación parcial en la bodega del barco.

—La suerte es una cosa distinta para un dios capaz de ver futuros, creo —respondió Sazed con suavidad.

—Irrelevante. Esto ha ido de un pelo. Tendrías que haber detenido a Trell hace años, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

La mirada de Sazed se perdió en la ciudad. Más allá de ella. En cosas que Kelsier no alcanzaba a ver, ni siquiera con el ojo de un dios.

—No eres capaz de proteger este mundo, Saz —dijo Kelsier—. Tenemos que afrontarlo. Te está pasando algo.

—Lo tengo controlado.

—¿En serio? ¿De verdad me lo dices?

Sazed se quedó allí, sentado, sin abrir los ojos. Y maldición, mirarlo era mareante. En la superficie estaba su amigo, el apacible terrisano. Pero se extendía. De algún modo, también era la piedra en la que estaban sentados. La ciudad. El planeta. Y más que eso.

Y había una oscuridad en su interior. Un rostro diferente del que mostraba. Los poderes estaban desequilibrados. Ruina siempre había sido más fuerte.

—¿Qué querrías que hiciera? —preguntó Sazed.

—Ahí fuera hay aliados potenciales —dijo Kelsier—. El mundo de Luzdeluna, quizá. O la tierra de los éteres. Qué narices, puede que hasta Mythos. Necesitamos una forma de llegar a ellos.

—Shadesmar…

—No es nada fiable —lo interrumpió Kelsier—. Sé que tú mismo apenas consigues enviar a los kandra fuera, al Cosmere. Shadesmar no es apto para el viaje a gran escala. Además, recorrerlo ahora es como ponernos en manos de los diversos dioses que nos quieren muertos del todo. Tiene que haber un método mejor.

—¿Qué propones? —preguntó Sazed.

—Llévanos a una nueva era tecnológica —dijo Kelsier—. Ayúdanos a encontrar formas de defendernos, y quizá de lograr incluso más. Autonomía siempre está compartiendo con su gente las cosas que pueden lograr mediante la electricidad y la industria. Tú no.

—La gente debería descubrirlo por sí misma —afirmó Sazed—. En caso contrario, hay consecuencias sutiles. Deberíamos dejar que pasen las

décadas, que se acumulen en siglos, y que la humanidad halle su propio camino al Cosmere.

—No —dijo Kelsier—. No podemos esperar siglos. Apenas podemos esperar décadas. Si no haces algo al respecto, sí que terminaremos descubriendo la tecnología por nuestra cuenta: cuando lleguen ejércitos enemigos empuñándola para destruirnos. Guíanos a una revolución, Saz. Llévanos a un mundo nuevo.

—¿Este al que hemos llegado no progresa lo bastante deprisa?

—¿A ti qué te parece? —preguntó Kelsier—. Unas pocas semanas más y habrían hecho funcionar bien ese cohete, ¿verdad que sí? Lo habrían enviado directo al corazón de Elendel, habría vaporizado a millones de personas… y nunca habríamos sabido que era posible. Bueno, nadie excepto tú.

Sazed bajó la mirada.

—Me lo… plantearé.

—¿Te lo plantearás? —dijo Kelsier—. Todo esto va a empeorar a no ser que podamos plantar cara a los forasteros. Sí, su ejército se retiró de Shadesmar, y de nada por la ayuda de mi gente en eso, por cierto, pero solo porque Autonomía está reagrupando sus fuerzas.

»Volverán, y tenemos que estar preparados. Con tecnología. Pero sobre todo con nuestro recurso más poderoso. *Necesitamos* alomantes y feruquimistas. ¿Existe algún modo de ampliar nuestro acceso a los nacidos del metal? Tienen la simiente en su interior, ¿verdad? ¿El corazón de Conservación?

—No lo sé —susurró Sazed.

—¿Estás mintiendo?

—¿Alguna vez te he mentido, viejo amigo?

Sazed abrió los ojos y cruzó la mirada con Kelsier, mostrándole el infinito en aquellas profundidades.

—Yo voy a proteger a nuestra gente —dijo Kelsier—. Cueste lo que cueste. Por favor, dime que nunca tendré que protegerlos de ti.

—Eso depende —respondió Sazed— por completo de ti, viejo amigo.

Ranette



SEIS MESES DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

La luna de miel de Ranette había sido horrorosa. Había rebosado de relajación y de leer libros y de ver los paisajes de Malwish. Ni una sola arma. Apenas había tenido permitido dibujar diagramas y diseños.

—Espero que me lo agradezcas —gruñó a Jaxy mientras el coche se acercaba a su casa en Elendel.

—Te ha gustado —dijo Jaxy, dándole un codazo en las costillas—. No finjas que no te ha gustado.

—Divertirse se hace aburrido demasiado rápido —masculló Ranette.

—Tú piensa en lo fresca que vuelves —respondió Jaxy—. ¡En la cantidad de ideas que han fluido al no tener que preocuparte por plazos límite ni fechas de entrega!

—Me gustan las fechas de entrega —dijo Ranette.

Jaxy le lanzó una mirada.

—Muy bien —dijo Ranette—. No ha sido horrible. Hasta casi lo he disfrutado. Aunque ese sitio sea rarísimo. Ojalá Wax no lo hubiera descubierto. Así a lo mejor habríamos ido a los Áridos.

—A los Áridos —repitió Jaxy—. Para nuestra luna de miel.

Ranette se encogió de hombros.

—Eres tú a la que le gusta ese restaurante tan tonto.

Jaxy puso los ojos en blanco mientras el coche sorprendía a Ranette al no parar delante de su casa. Siguió calle abajo.

—Un momento —protestó Ranette, volviendo la cabeza para mirar atrás.

—Hay una cosa que tienes que ver —dijo Jaxy.

—Esto no será más «diversión», ¿verdad? Estoy tan atiborrada de esa porquería que tengo ganas de vomitarla toda entera.

—Pero qué romántica eres —dijo Jaxy, cogiéndola del brazo.

Ranette soltó un bufido. En fin, ya había ido con cuidado para no estropear la luna de miel en sí con ese tipo de actitud. Había estado maja, y divertida, y animada.

Vale, bien. Animada no. Pero tampoco gruñona. Casi nunca. Y había que reconocer que el continente sureño de verdad era algo especial. Aunque las tensiones estuvieran… bueno, tensándose. No dejaban de hablar de cerrar las fronteras a los norteños. Parecía que al turismo le quedaban cuatro días mal contados.

En todo caso, habían vuelto a casa. Se suponía que era su momento de refunfuñar. Así funcionaban las relaciones. Empujar y tirar, como con acero y hierro. Ella había cedido. Ahora podía imponerse un poco. Ahora podía…

—¿Se puede saber qué es esto? —preguntó mientras el coche se detenía delante de su taller.

Era una construcción pequeña en un terreno pequeño… que de algún modo se había expandido para convertirse en una construcción gigantesca en un terreno pequeño.

—Un regalo de bodas —dijo Jaxy.

—¿Y cómo diantres has podido pagar esto? —preguntó Ranette, abriendo la puerta del coche para salir trastabillando.

—No lo he pagado. El regalo no es mío.

Ranette miró atrás.

—Aparecieron unos hombres muy amables —explicó Jaxy—, que traían cierta suma que me dejó Wayne. Después de… ya sabes. Los hombres me dijeron que la idea era hacer algo bonito para ti, pero luego en la nota ponía muy claro: «Que no sea nada cochino». Wayne sugería renovarte el taller.

Ranette no pudo contener una sonrisa al oírlo. Se había sorprendido por lo mucho que echaba de menos a Wayne. Después de que aprendiera —por extraño que pareciese, la gente podía aprender— a no ser un baboso, hasta se habían hecho amigos.

Aunque claro, Wayne había muerto en la explosión más increíble de la historia, así que Ranette tampoco se había abatido tanto. Si había que morir, esa era una buena forma, qué narices.

Aún seguía dándole vueltas a la cuestión de cómo echar mano a explosivos como esos. Las cosas que podría construir con algo que tuviera esa clase de pegada…

—Te dejó una nota —dijo Jaxy, entregándosela.

Escrita con lápiz de cera, rezaba:

> Eh, qué hay. Tengo delante a dos tipos trajeados diciendo que me ponga a escribir esto y a tomar decisiones sobre este asunto, por si acaso. Por lo visto, creen que mi trabajo es de «alto riesgo». Yo les he dicho que si quieren que trabajos también sean de alto riesgo, que prueben a apretarme más para que haga idioteces.
>
> Pero… bueno, supongo que si estás leyendo esto es porque he estirado la pata. Estoy en el hoyo, o puede que quemado, o a lo mejor se me han comido. Vete a saber. Sea lo que esa, ojalá haya sido culpa de Marasi, porque siempre está dándome la lata con que terminaré metiéndola en líos y, por una vez, me gustaría que ese sombrero lo llevara ella.
>
> En todo caso, quiero darte las gracias. Por haber sabido separar el Wayno de la Waynaia, no sé si me explico. Disfruta del regalo. Construye algo genial de verdad.

—Maldición —dijo Ranette, poniendo los brazos en jarras—. Sí que echo de menos a ese pequeño maleante.

Jaxy sonrió y se apoyó en ella cogiéndole el brazo.

—Ranette, eso ha sido casi amable.

—En serio te lo digo, lo echo de menos. —Ranette sonrió—. Nunca he conocido a nadie a quien me divirtiera más disparar.

MeLaan



DIECINUEVE MESES DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

El mensajero se marchó aleteando sobre el oscuro océano de Shadesmar, envuelto en un tenue resplandor. MeLaan estaba sentada en una barca que se mantenía a flote gracias a algún tipo de sustancia brillante impregnada en el casco. La negrura de abajo era como un líquido, más viscosa que el agua. En teoría debería haber sido transparente por completo. Se decía que si una persona acababa en ella y se hundía, se la veía caer y caer y caer.

—¿Qué se supone que son esos mensajeros? —preguntó MeLaan.

—Entidades Investidas —dijo su guía—, capaces de leer la Conexión para encontrar a cualquiera en cualquier sitio.

—Eso es… un poco inquietante.

Su guía, Jan Ven, se encogió de hombros. Era una criatura de cuatro brazos, piel blanca como la tiza y ojos grandes, casi reptilianos. Tenía el pelo blanco, ancho y plano, como briznas de hierba. Al parecer los sho del resultaban difíciles de encontrar allí fuera, pero eran unos guías excelentes, como demostraba la suya. Era algo relacionado con que tuvieran línea directa con sus dioses.

El sobre estaba sellado con las palabras MERCANTIL LUZDEPLATA. Dentro había una nota de Armonía. Breve, concisa, empática. Wayne había detenido el ataque a la ciudad. Y había muerto en el proceso.

Se le trabó la respiración. Se descubrió temblando.

Herrumbres. Se suponía que no debía rebajarse a aquello. Era inmortal. Estoica. ¿Por qué no podía ser como los demás?

Ya sabía que nunca volvería a ver a Wayne. Pero ¿aquello? MeLaan había querido que encontrara a otra persona. Por su propio bien. Y si tenía que ser sincera, también por el de MeLaan. Porque Wayne hacía que olvidara lo que era. Porque el mundo con él era demasiado interesante y MeLaan perdía de vista lo que era inteligente hacer.

¿Muerto? Wayne…

Se suponía que había sido una mera aventurilla. Había que ver lo mal que se le daba a MeLaan ser inmortal. Dobló la carta con pulcritud y se la guardó con cuidado en la chaqueta.

—¿Malas noticias? —preguntó Jan Ven, remando con suavidad por aquella infinita extensión negra.

—Sí —susurró MeLaan.

—¿Quieres que espere un poco antes de llegar a tierra?

MeLaan se volvió. Sí que se veía tierra más adelante. Y unas luces que parecían demasiado vivas para ser el frío fuego de aquel lugar tan raro. La gente se amontonaba a centenares, vestida con extraños ropajes, y muchos de ellos tenían un sorprendente cabello rojizo. Estaban perdidos.

Esa era su misión. Salvar a aquella gente.

—No —respondió MeLaan, poniéndose en pie—. Tengo un deber que cumplir.

A fin de cuentas, podía recrear, reconstruir y regenerar su corazón. Era lo que hacían los suyos.

Waxillium



DOS AÑOS DESPUÉS DE LA DETONACIÓN

Lo más difícil que había tenido encargar la estatua de Wayne había sido decidir qué sombrero debía llevar. Al final, la solución había sido evidente. Tenían que hacerlo intercambiable.

Y así fue como Wax y Steris se encontraron contemplando una reproducción notablemente exacta de Wayne en bronce que llevaba una versión extraíble, también en bronce, de su sombrero de la suerte. Estaba hecha a escala mayor que la real y tenía una sonrisa astuta y una mano extendida. Seguro que para robarte la cartera con la otra mientras estabas distraído, pero la mayoría de la gente pensaría que estaba ofreciéndose a ayudar.

Habían pensado que reemplazarían el sombrero una vez al año. Así mantendrían la estatua fresca, interesante. Aún no era su inauguración oficial, pero el artista había permitido que Wax y Steris fuesen a verla. Unas vallas impedían que otros se acercaran mientras ellos dos paseaban por el Campo del Renacimiento, en el mismo centro de Elendel. El montículo del que había emergido la primera gente después de la recreación del mundo.

Las estatuas de la Guerrera Ascendente y el Último Emperador estaban a la distancia justa para que, en caso de que Wayne viviese, pudiera tirarles alguna piedra de vez en cuando a la coronilla. Parecía adecuado.

Steris se arrodilló para leer la inscripción en voz alta.

—«Estás hecho para ayudar a la gente».

Entonces Steris se fijó en una segunda placa, más pequeña, situada en la

parte de abajo, cerca de la base. Wax hizo una mueca mientras su esposa leía también esa inscripción.

—«Nadie ha lamentado nunca darle una sacudida de más, pero te garantizo que todo hombre lamenta darle una de menos» —leyó Steris en voz alta—. No me puedo creer que hayas usado esa cita.

—La plaquita de abajo es extraíble —se apresuró a responder Wax—. También la cambiaremos de vez en cuando. Pero… bueno, esa cita fue una cosa que pidió él de manera explícita.

Steris se levantó y negó con la cabeza, pero Wax le notaba que ya estaba pensando que sería un buen lugar para exponer algunas citas más selectas de Wayne que tenía apuntadas.

Wax siguió allí de pie, con la mirada alzada hacia el semblante de su amigo. El dolor embotado aún perduraba. Siempre lo haría. Pero Wax se había dedicado a vivir su vida. Steris, los niños y él estaban preparándose para hacer otra gira por los Áridos. Sería un viaje político, para fomentar el apoyo a su intención de convertirse en provincia de la cambiante Cuenca.

Había costado dos años de duro trabajo impedir la guerra civil. El verdadero progreso por fin había llevado a una asamblea nacional que gobernaba las ciudades de la Cuenca. Lo siguiente eran los Áridos. Había gente allí empecinada en ser un país independiente, pero Wax esperaba convencerlos de que estarían mejor unidos.

La portezuela de la valla se cerró de golpe y al poco tiempo Marasi llegó caminando a la estatua, con el verdadero sombrero de la suerte de Wayne en la cabeza. Wayne se lo había dejado en herencia. Un añadido de última hora al testamento, les habían dicho. Al principio Wax había creído que Wayne no le dejaba nada concreto a él. Más tarde, ciertos objetos habían empezado a… aparecer.

Sostuvo en alto el último para enseñárselo a Marasi.

—¿Una rana disecada? —preguntó Marasi.

—Embalsamada —dijo Wax—. Estaba en el bolsillo de mi gabán esta mañana. Junto con una nota de disculpa. Por lo visto, las instrucciones detallaban que debía ser una rana *viva*, pero quien me trae las cosas no se hacía a la idea de obedecerlas al pie de la letra.

—¿No has llegado a descubrir a quién pagó para que haga esto? —preguntó Marasi, cogiendo la rana por una pata.

—Imagino que serán los hombres que llevan su testamento —dijo Wax

—, por lo educadas que son las notas de disculpa. No me he hecho el ánimo de obligarlos a confesar.

—Deberías dejar que siga pasando —terció Steris.

Wax frunció el ceño mientras su esposa llegaba junto a ellos.

—¿No te parece asqueroso? La última vez fue medio bocadillo.

—Por supuesto que es asqueroso —dijo—. Pero… bueno, muestra una capacidad de previsión extraordinaria por parte de Wayne. Estas cosas las deberíamos incentivar.

—Está muerto —señaló Marasi.

—Estas cosas las deberíamos respetar, entonces —dijo Steris.

Marasi observó la rana.

—Dicen que al hacer regalos, lo que cuenta es la intención. Así que… hum… ¿cómo hay que tomarse esto?

Wax suspiró.

—Seguro que llegarán pronto al final de la lista.

Las dos mujeres lo miraron.

—Pero ¿tú conocías a Wayne? —le preguntó Marasi—. En vida, ¿dejó alguna vez que una broma cayera en el olvido?

En eso… llevaba razón. Y por lo que habían descubierto de las notables finanzas de Wayne, tenía el dinero suficiente para mantener aquella broma en marcha durante muchísimo tiempo. Y en fin, las cosas como la rana eran irritantes. Y adorables. Al mismo tiempo.

Tal y como había sido el propio Wayne.

—¿Estás preparada para ese viaje tuyo, Marasi? —preguntó Steris.

Marasi torció el gesto.

—¿En lo físico? Sí. Tenemos las maletas hechas. Pero ¿en lo mental? ¿En lo emocional?

—Lo harás estupendamente —dijo Steris—. ¡Vas a ser la mejor herrumbrosa embajadora que la maldita Cuenca haya tenido jamás!

Marasi ladeó la cabeza.

—Es lenguaje respetuoso —explicó Steris, alzando la mirada a la estatua de Wayne—. Teniendo en cuenta dónde estamos.

—Steris tiene toda la razón —dijo Wax a Marasi—. Eres justo lo que necesitamos. Una mujer de la Cuenca con un compañero malwish. Una distinguida empleada pública con justificada fama de ser justa pero dura. Los líderes de las naciones sureñas te escucharán.

Marasi asintió con expresión firme.
—Siendo sincero —añadió Wax, abordando el tema—, me extraña un poco que dejes atrás las fuerzas de la ley. Una parte de mí creía que nunca dejarías de ser alguacil. Era tu sueño.
—No —replicó ella—. Mi sueño era hacer más. Siempre lo ha sido.
—Supongo que podrás hacerlo como embajadora —dijo Wax.
Marasi sonrió, cruzada de brazos. Wax se alegraba de ver la confianza en sí misma que tenía en los últimos tiempos.
—Planeas algo —dijo Wax, descubriéndose divertido—. ¿Qué es, Marasi?
—Me di cuenta hace un tiempo de que hay una cosa que quería hacer, algo que quería lograr —respondió ella—. Pero necesitaba una experiencia que aún no tenía. Creo que hacerme embajadora me vendrá bien.
Wax frunció el ceño, intentando deducir a qué se refería. Pero antes de que pudiera hacer más preguntas, Steris habló.
—Espero que calmes un poco las tensiones —dijo—. Si alguien puede conseguir que empiecen a comerciar otra vez con nosotros, esa eres tú.
Wax estaba de acuerdo. No había estado presente en la reunión durante la que habían sacado los Brazales y los habían encontrado agotados, pero le olía a chamusquina. Por desgracia, desde los acontecimientos en torno a la detonación, las relaciones con los malwish no habían dejado de tensarse. La Cuenca opinaba que era injusto que los malwish se hubieran llevado los Brazales, y los malwish afirmaban que la Cuenca había cometido un acto de agresión por el mero hecho de plantearse utilizarlos.
Pero los Brazales eran un mero símbolo. Formaban parte de una jugada ofensiva más envolvente. Había una facción nueva entre los malwish, la que estaba al mando de su unificación, que insistía en que los desastres norteños les habían provocado enormes adversidades a lo largo de los siglos, y advertía de que el descubrimiento de esas bombas no era más que el siguiente paso. Veían el norte como una región caótica, impredecible.
Haciendo caso a ese grupo, el Consorcio Malwish había vetado actividades como el turismo y hasta la mayoría de las formas de comercio entre continentes. Lo más importante de todo era que habían prohibido toda transferencia de armonium a intereses norteños.
Y no disponer de armonium implicaba no disponer de aeronaves. Ni de bombas de Investidura, aunque el trellium era el componente más escaso de

ese dispositivo en particular. Por desgracia, la Cuenca tenía escondida la suficiente cantidad de ambos metales como para ser peligrosa. Y a pesar de sus argumentaciones en contra, la Cuenca se había interesado por desarrollar armas utilizando esos restos.

Habían entrado en una nueva era. La guerra era uno de los principales desastres contra los que Steris debía dedicar tiempo a preparar la ciudad. No llegaría a tanto. Con un poco de suerte. Si Wax lograra averiguar tan solo quién había vaciado los Brazales…

«No vayas por ese camino», pensó.

Pero si no hacía esa clase preguntas, ¿qué era él? ¿Vigilante? ¿Padre? ¿Senador?

Las preguntas formaban parte de su ser. Solo desearía saber con certeza que la elección era suya. Aunque mientras pensaba en eso, sus viejos instintos empezaron a trabajar por él y se le ocurrió que quizá lograría resolver el enigma de lo que pretendía Marasi. A partir de cómo miraba atrás, hacia la hilera de pancartas políticas alzadas allí cerca, en la hierba. A partir de cómo había optado por la estrategia de aceptar un nombramiento tan sonado.

Acababa de decir que necesitaba experiencia. En negociar, tal vez. En apaciguar egos. En intentar que la gente se llevara bien y…

—¡Herrumbres! —exclamó señalándola—. Vas a terminar presentándote a gobernadora.

Marasi se sobresaltó al oírlo. Entonces se sonrojó. Y *entonces* alzó la barbilla y asintió.

Wax miró a Steris, que estaba sonriendo.

—¿Tú lo sabías?

—Me pidió ayuda con la planificación —dijo su esposa—. Pero no era mi secreto para contártelo.

—Tenía que decidir con conocimiento de causa —explicó Marasi—. Tenía que saberlo por mí misma, Wax. Necesito experiencia. Necesito saber si tengo madera para este tipo de trabajo. Pero… sí.

Caray.

—Descubrí que no era capaz de contentarme con el trabajo de alguacil —prosiguió Marasi—, después de lo que había visto y averiguado. Necesitaba ser capaz de cambiar las cosas. Cambiarlas de verdad. —Alzó los ojos hacia él—. ¿Crees que estoy haciendo el tonto? Pasé años, de joven, pensando

que a lo mejor estaban preparándome para entrar en política. Y hui de eso, pero ahora…

Trabaron la mirada. Y Marasi pareció darse cuenta, por primera vez, de lo que estaba diciendo. Y de a quién se lo decía. Sí, Wax comprendía esa sensación. Asintió mirando a Marasi y luego leyó de nuevo la cita que había en la placa de Wayne. Las palabras que le había dicho, hacía años ya. «Estás hecho para ayudar a la gente».

Se les acercó otra figura, vestida con una larga capa negra y sombrero. Llegó junto a ellos y observó la estatua con ojos atravesados por clavos.

—Tiene buen aspecto —dijo Muerte.

—¿Cómo es que te paseas por ahí sin llamar la atención? —le preguntó Marasi.

—Alomancia emocional —respondió él, distraído.

—Te veo mejor —dijo Marasi—. El tratamiento está funcionando.

—Gracias —respondió el recién llegado—. Prefiero no llegar a degustar mis propias ofrendas. Parece que no tendré que hacerlo durante un tiempo. —Se volvió hacia Wax—. Saludos, hermano.

Wax se palpó la parte baja del pecho, donde llevaba su propio clavo. Aunque le habían asegurado que el hecho de que gente como los kandra o Muerte lo llamaran «hermano» no significaba que fuese inmortal, seguía incomodándolo. Se había unido a las filas de un grupo de lo más perturbador. Los clavados.

—Me he planteado quitármelo —dijo Wax.

—Te ayudaré si así lo deseas —respondió Muerte—. Pero no todos pueden retirarse. Una vez estuve a punto de perder uno que habría acabado conmigo. Aún me parece increíble que sobreviviera.

—Tal vez lo lleves en la sangre —dijo Steris.

—Tal vez sí. —Muerte titubeó—. Armonía quiere que te dé recuerdos suyos.

Dios podría haber hablado a la mente de Wax gracias al clavo. Pero, a petición de Wax, se había comprometido a no hacerlo nunca a menos que él se lo pidiera. Armonía le había asegurado que ni siquiera lo observaría.

No obstante, el clavo seguía perpetuando un problema. ¿Quién era Wax? ¿Padre, vigilante, senador? ¿O ninguna de las tres cosas? Una parte de él aún temía, después de tantos años, que en realidad fuese otra cosa muy distinta. Un peón.

—¿Ojos de Hierro? —dijo Marasi—. ¿Wayne… de verdad murió? O sea, ¿estamos seguros del todo?

Muerte sonrió.

—No fui a recibir su alma, Marasi. Eso lo hago solo a veces, cuando Saz me Inviste con el poder. Creo que le gusta la idea de que haga justicia a las historias que la gente decidió contar sobre mí. Él… es así.

»El caso es que no vi a Wayne mientras se marchaba. Eso lo hizo Armonía en persona. Sí, tu amigo ha muerto. —Señaló la estatua con el mentón—. Un parecido extraordinario. Hubo que intervenir para que la de Vin quedara bien. Pero esta la han clavado al primer intento.

Inclinó la cabeza ante el grupo antes de pasar una pequeña nota a Wax y retirarse. Wax no se tragaba la explicación de que utilizaba la alomancia emocional para ocultarse. Allí estaba pasando algo más.

Dio la vuelta a la tarjeta que le había entregado Muerte. Era de Armonía.

> Ha llegado a mis oídos, Waxillium Ladrian, que te angustian ciertos asuntos. Me gustaría prometerte una cosa. Con toda la esencia de mi ser, hasta mi último eje, declaro lo siguiente:
>
> Nadie te manipula.
>
> Tu vida te pertenece.
>
> Y te ofrezco mis más sentidas disculpas por haber contribuido a hacerte creer lo contrario.

Wax sostuvo la tarjeta en la mano durante mucho tiempo. Luego se la guardó en el bolsillo. Cogió la mano de Steris y miró de nuevo la estatua.

¿Quién era Wax? Supuso… bueno, supuso que sería quien quisiera ser. Ninguna decisión lo había obligado jamás a escoger un papel y rechazar los otros, y ser uno de esos hombres no le impedía ser también los demás. Siempre cometía ese mismo error, pero en ese preciso instante juró dejar de cometerlo. Juró escuchar a su esposa, a su corazón y al propio Armonía.

Padre, vigilante, senador. Podía ser las tres cosas, y más.

Siempre que ayudara a la gente.

Fin de la Segunda Era
de Nacidos de la Bruma

Ars Arcanum

GUÍA RÁPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMÁNTICO	PODER FERUQUÍMICO	HEMALURGIA
Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula peso físico	Roba fuerza
Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física	Roba alomancia física
Estaño	Incrementa los sentidos	Acumula sentidos	Roba sentidos
Peltre	Incrementa las capacidades físicas	Acumula fuerza física	Roba feruquimia física
Cinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental	Roba fortaleza emocional
Latón	Aplaca emociones	Acumula calor corporal	Roba feruquimia cognitiva
Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos	Roba fortaleza mental
Bronce	Revela los pulsos alománticos	Acumula desvelo	Roba alomancia mental
Cadmio	Ralentiza el tiempo	Acumula aliento	Roba alomancia temporal
Bendaleo	Acelera el tiempo	Acumula energía	Roba feruquimia espiritual
Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud	Roba feruquimia híbrida
Electro	Revela el futuro propio	Acumula determinación	Roba alomancia de mejora
Cromo	Elimina las reservas alománticas del objetivo	Acumula fortuna	Quizá robe destino
Nicrosil	Mejora el siguiente metal quemado por el objetivo	Acumula Investidura	Roba Investidura
Aluminio	Elimina las propias reservas alománticas	Acumula Identidad	Elimina todos los poderes
Duraluminio	Mejora el siguiente metal quemado	Acumula Conexión	Roba Conexión e Identidad

METALES DIVINOS

Atium	Revela el futuro de otras personas	Acumula juventud	Roba cualquier poder
Lerasium	Concede todas las capacidades alománticas	Desconocido	Roba todas las capacidades
Armonium	Desconocido	Desconocido	Desconocido
Trellium	Desconocido	Desconocido	Desconocido

Nota: Los metales externos están representados en *cursiva*. Los metales de empuje están representados en **negrita**.

LISTA DE METALES

ACERO: Los brumosos que queman acero, llamados «lanzamonedas», pueden empujar fuentes cercanas de metal. Los empujones deben darse directamente desde el centro de gravedad del lanzamonedas. Los ferrins «mensajeros de acero» pueden acumular velocidad física en una mente de metal de acero, lo cual los ralentiza durante el almacenamiento activo, y luego decantarla para incrementar su velocidad.

ALUMINIO: Un nacido de la bruma que quema aluminio metabolizará instantáneamente todos sus metales sin producir ningún otro efecto, agotando por completo sus reservas alománticas. Los brumosos capaces de quemar aluminio se llaman «mosquitos de aluminio» por lo inefectiva que es esta capacidad por sí misma. Los ferrins llamados «genuinos» pueden almacenar su sentido espiritual de la identidad en una mente de metal de aluminio. Es un arte del que rara vez se habla fuera de las comunidades terrisanas, e incluso en ellas todavía no se comprende bien. El aluminio y algunas aleaciones suyas son alománticamente inertes: no pueden ser empujados ni tirados, y se pueden emplear para escudar a un individuo de la alomancia emocional.

BENDALEO: Los brumosos llamados «deslizadores» queman bendaleo para

comprimir el tiempo en el interior de una burbuja creada en torno a sí mismos, haciendo que pase más deprisa dentro de la burbuja. Esto hace que los acontecimientos exteriores a la burbuja transcurran a ritmo glacial desde el punto de vista del deslizador. Los ferrins llamados «incorporadores» almacenan nutrición y calorías en una mente de metal de bendaleo: pueden comer en grandes cantidades sin sentirse llenos ni ganar peso, y luego pasar periodos sin necesidad de alimentarse mientras decantan la mente de metal. Puede utilizarse una segunda mente de metal de bendaleo para regular la ingesta de líquidos.

BRONCE: Los brumosos «buscadores» queman bronce para *oír* los pulsos emitidos por otros alomantes al quemar metales. Cada metal produce un pulso diferente. Los ferrins llamados «centinelas» pueden acumular desvelo en una mente de metal de bronce, lo que los adormila mientras están almacenando activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para reducir la somnolencia o amplificar su estado de alerta.

CADMIO: Los brumosos llamados «pulsadores» queman cadmio para estirar el tiempo en el interior de una burbuja creada en torno a sí mismos, haciendo que pase más despacio dentro de la burbuja. Esto provoca que los acontecimientos exteriores a la burbuja transcurran a velocidad cegadora desde el punto de vista del pulsador. Los ferrins «resollantes» pueden acumular aliento en una mente de metal de cadmio, lo que los obliga a hiperventilar durante el almacenamiento activo para que el cuerpo obtenga el suficiente aire. El aliento puede recuperarse más tarde, eliminando o reduciendo la necesidad de respirar mediante los pulmones mientras se decanta la mente de metal. También pueden oxigenar enormemente su sangre.

CINC: Los brumosos «encendedores» queman cinc para encender (inflamar) las emociones de individuos cercanos. Puede dirigirse a un solo individuo o a una zona general, y el encendedor puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins «chispeantes» acumulan velocidad mental en una mente de metal de cinc, nublando su capacidad de pensar y razonar

mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para pensar y razonar con más rapidez.

COBRE: Los brumosos «nube de cobre» (también conocidos como «ahumadores») queman cobre para crear una nube invisible a su alrededor, que impide a un buscador detectar a los alomantes cercanos. Además, quemar cobre protege al ahumador de los efectos de la alomancia emocional. Los ferrins «archiveros» pueden almacenar recuerdos en una mente de metal de cobre, llamada mentecobre. El recuerdo desaparece de su cerebro mientras está almacenado y se puede recuperar con absoluta precisión en un momento posterior.

CROMO: Los brumosos llamados «sanguijuelas» que queman cromo mientras tocan a otro alomante anulan las reservas de metal de ese alomante. Los ferrins «hiladores» pueden acumular fortuna en una mente de metal de cromo, volviéndose desafortunados durante el almacenamiento activo, y decantarla más tarde para aumentar su suerte.

DURALUMINIO: Un nacido de la bruma que quema duraluminio consume al instante cualquier otro metal que también esté quemando al mismo tiempo, liberando un enorme estallido del poder de esos metales. Los brumosos capaces de quemar duraluminio se llaman «mosquitos de duraluminio» por lo inefectiva que es esta capacidad por sí misma. Los ferrins «conectores» pueden acumular conexión espiritual en una mente de metal de duraluminio, reduciendo la consciencia y la amistad de los demás hacia ellos durante el almacenamiento activo, y decantarla más tarde para forjar rápidamente relaciones de confianza con otros.

ELECTRO: Los brumosos llamados «oráculos» queman electro para tener una visión de los posibles rumbos que puede tomar su futuro. Suele estar limitada a unos pocos segundos. Los ferrins «pináculos» son capaces de acumular determinación en una mente de metal de electro, adoptando un estado depresivo durante el almacenamiento activo, y decantarla más tarde para entrar en fase maniaca.

ESTAÑO: Los brumosos «ojos de estaño» que queman estaño aumentan la sensibilidad de sus cinco sentidos. Todos se incrementan al mismo tiempo. Los ferrins «susurravientos» acumulan la sensibilidad de uno de los cinco sentidos en una mente de metal de estaño, y deben utilizar una mente de metal diferente para cada sentido. Mientras se almacena, la sensibilidad de ese sentido se reduce, y luego se amplía al decantar la mente de metal.

HIERRO: Los brumosos «atraedores» que queman hierro pueden tirar de fuentes cercanas de metal. Los tirones deben darse directamente hacia el centro de gravedad del atraedor. Los ferrins «ajustadores» pueden acumular peso físico en una mente de metal de hierro, reduciendo su peso efectivo durante el almacenamiento activo, y luego decantarla para incrementar su peso efectivo.

LATÓN: Los brumosos llamados «aplacadores» queman latón para aplacar (enfriar) las emociones de los individuos cercanos. Puede dirigirse a un solo individuo o a una zona general, y el aplacador puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins «alma de fuego» son capaces de acumular calor corporal en una mente de metal de latón, enfriándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para calentarse.

NICROSIL: Los brumosos «nicroestallantes» que queman nicrosil mientras tocan a otro alomante hacen que se agote al instante y por completo cualquier metal que esté quemando ese alomante, liberando un enorme —y a veces inesperado— estallido del poder de esos metales. Los ferrins llamados «portaalmas» pueden almacenar Investidura en una mente de metal de nicrosil. Es un poder acerca del que muy poca gente sabe nada; de hecho, estoy convencida de que el pueblo de Terris en realidad no sabe lo que hace cuando utiliza estos poderes.

ORO: Los brumosos «augures» queman oro para tener una visión de un yo pasado o de cómo serían ellos mismos en caso de haber tomado opciones distintas en el pasado. Los ferrins «hacedores de sangre» son capaces de acumular salud en una mente de metal de oro, lo cual reduce su salud

mientras almacenan activamente, y luego decantarla para sanar rápidamente o curarse más allá de las capacidades habituales del cuerpo.

PELTRE: Los brumosos «brazo de peltre» (también conocidos como «violentos») queman peltre para aumentar su fuerza, velocidad y resistencia física, aumentando también la capacidad de su cuerpo para sanar. Los ferrins llamados «brutos» pueden acumular fuerza física en una mente de metal de peltre, reduciendo su fuerza mientras almacenan activamente, y decantarla más tarde para aumentar su fuerza.

SOBRE LAS TRES ARTES METÁLICAS

En Scadrial existen tres manifestaciones principales de la Investidura. Localmente se conocen como «artes metálicas», aunque también reciben otros nombres.

La **ALOMANCIA** es la más común de las tres. Es de fin-positivo, según mi terminología, lo cual significa que quien la practica extrae su poder de una fuente externa. El cuerpo entonces lo filtra para darle sus diversas formas. (Esta transformación del poder no la elige quien lo practica, sino que está imbuida en su redespíritu). La clave para extraer este poder tiene la forma de diversos tipos de metales, para los que se requieren unas composiciones específicas. Aunque el metal se consume en el proceso, el poder en sí no procede del mismo. El metal es un catalizador, podría decirse, que inicia una Investidura y la mantiene en marcha.

En realidad, la alomancia no es muy distinta de las Investiduras basadas en la forma que se hallan en Sel, donde la clave radica en la forma concreta. En Scadrial, sin embargo, las interacciones son más limitadas. Con todo, no puede negarse el poder en crudo de la alomancia. Es instintivo e intuitivo para quien la practica, en oposición a la gran cantidad de estudio y precisión requeridos en Sel para las Investiduras basadas en la forma.

La alomancia es brutal, basta y poderosa. Hay dieciséis metales básicos que funcionan, aunque otros dos, llamados «los metales divinos» en Scadrial, pueden emplearse en aleaciones para crear sendos grupos de

dieciséis completamente distintos. Dado que estos metales divinos ya no resultan nada fáciles de encontrar, los otros metales no tienen un uso amplio.

La **FERUQUIMIA** todavía se conoce y se utiliza por la población general de Scadrial en este punto de su historia. De hecho, podría decirse que está más presente en la actualidad que en muchas eras pasadas, cuando estaba confinada en la lejana Terris o bien oculta a la vista por parte de los guardadores.

La feruquimia es un arte de fin-neutral, lo que significa que no se gana ni se pierde poder. Este arte también necesita del metal como foco, pero, en vez consumirse, el metal actúa como medio por el que las capacidades de quien la practica se trasladan en el tiempo. Se Inviste el metal en un momento dado, se retira el poder en otro. Es un arte bien redondeado, con unos elementos en lo físico, otros en lo cognitivo, e incluso algunos en lo espiritual. Estos últimos poderes están siendo sometidos a intensiva experimentación por parte de la comunidad terrisana y no se mencionan a los forasteros.

Debería advertirse que el entrecruzamiento de los feruquimistas con la población general ha diluido el poder en algunos aspectos. Ahora es corriente que la gente nazca con acceso a solo una de las dieciséis capacidades feruquímicas. Se especula que, si pudieran crearse mentes de metal con las aleaciones de los metales divinos, quizá se descubrirían nuevas capacidades.

La **HEMALURGIA** es menos conocida en el mundo moderno de Scadrial. Quienes sobrevivieron al renacimiento de su mundo guardaron sus secretos con recelo, y los únicos practicantes conocidos hoy en día son los kandra, quienes en su mayor parte sirven a Armonía, y algunos clanes koloss dispersos.

La hemalurgia es un arte de fin-negativo. Se pierde algo de poder al practicarla. Aunque a lo largo de la historia muchos la han difamado como un arte «malvado», ninguna Investidura lo es en realidad. En el fondo, la hemalurgia consiste en retirar capacidades (o atributos) a una persona y concedérselas a otra. Su foco principal está en lo relativo al Reino Espiritual, por lo cual me resulta del mayor interés. Si hubiera que asignar una gran relevancia para el Cosmere a alguna de estas tres artes metálicas, sería a la hemalurgia. Creo que hay numerosas posibilidades para su uso.

COMBINACIONES

En Scadrial es posible nacer con la capacidad de acceder tanto a la alomancia como a la feruquimia. Esto es algo que suscita en mí un interés especial de un tiempo a esta parte, puesto que la mezcla de distintos tipos de Investidura surte unos efectos peculiares. Solo hay que fijarse en lo ocurrido en Roshar para confirmarlo: dos poderes, combinados, a menudo producen una reacción casi química. En lugar de obtener exactamente la suma de lo que se ha introducido, aparece algo nuevo.

En Scadrial, quien posee un poder alomántico y otro feruquímico recibe el nombre de «nacidoble». Aquí los efectos son más sutiles que cuando se mezclan potencias en Roshar, pero estoy convencida de que cada combinación única genera también algo exclusivo. No solamente dos poderes, por así decirlo, sino dos poderes... y un efecto. Se requiere más estudio acerca de esto.

SOBRE LOS CLAVOS Y LA COMPOSICIÓN

Está ocurriendo algo extraño con la naturaleza de los clavos y la hemalurgia en Scadrial, de particular interés para todo arcanista que estudie la naturaleza de la Intención y la Conexión. Tras arduos y largos esfuerzos, he logrado entrevistarme con Marsh, conocido como Ojos de Hierro en Scadrial. (A modo de apunte, es curiosa la forma en que las noticias sobre su naturaleza están extendiéndose a otros mundos. ¿Es rumorología normal y corriente o se trata de algo más sobrenatural?).

Estoy en condiciones de confirmar, en la medida en que esto es susceptible de atestiguarse, que Marsh es completamente capaz de componer para prolongar su vida. Habla de temas pertenecientes al pasado, como el deterioro hemalúrgico o la factura que pasa al cuerpo llevar tantos clavos. Los inquisidores de su época dormían muchas horas, me atrevo a postular que como efecto secundario de la enorme carga impuesta a sus almas por la naturaleza de sus horribles transformaciones.

Las almas modernas, en cambio, parecen limitarse a rechazar los punzones si se aplican en tales cantidades. Se requiere más investigación, pero me inclino a creer que este hecho guarda alguna relación con que Ruina esté subordinado a Conservación en el actual recipiente que comparten, conocido como Armonía. El nivel de corrupción de un alma que era posible en tiempos antiguos ya no resulta viable: si se añaden demasiados clavos, el alma deja de obtener poderes. Marsh opina que no es una decisión deliberada por parte de Armonía. Coincido con él al creer que esto supera las capacidades conscientes que pueda poseer incluso una Esquirla.

De hecho, pienso que se debe a la naturaleza del alma (entendida como la parte Investida del conjunto de una persona) y su equilibrio con el Cosmere. En la antigüedad, Ruina empujaba con fuerza contra el mismo tejido de Scadrial, infiltrándose en las redespíritus por cualquier método posible. Provocó que las almas se deterioraran más rápido, que aceptasen más clavos de los que deberían ser capaces de resistir, con lo que la persona afectada se veía cargando con más de lo que era razonable.

En todo caso, el resultado final es un límite a la cantidad de punzones que puede llevar una persona sin intervención externa. Y lo más relevante de todo, la composición parece estar fuera del alcance de cualquier hemalurgo creado en esta era más moderna. Descubrir el secreto de por qué sucede así, y el de cómo eludir esa limitación, podría tener una importancia capital para quienes vigilan la hemalurgia por su (supuesto) peligro para el Cosmere en su totalidad.


MAPA DE LA
CUENCA DE ELENDEL
Y LOS
ÁRIDOS DEL NORTE
POR EL CANTÓN DE
LA CARTOGRAFÍA
MAR TIRIO
CALLINGFALE
COVINGTAR
RECODO DE ISAEUC
EROSIÓN
ASENTAMIENTO PESOESTAÑO
FELTREL
VERDADERO MADIL
LEJANO DOREST
ÁRIDOS DEL NORTE
FARADANA
CORDILLERA DE CHAMHEREL
CORDILLERA DE FALEASI
PUERTO SECO
TATHINGDWEL
MYCONDWEL
CUENCA DE ELENDEL
ALENDEL
DAZARLOMUE
WYLLION
RASHEKIN
MAR DE YOMEND
PUERTOSECO
RÍO PUERTA DE HIERRO
ELENDEL
STEINEL
VINDIEL-CAMEUX
BILMING
DOXONAR
DORIEL
TARIER
ELMSDEL
GARMET
CORDILLERA DE SERAN
DEMOUX
NUEVA SERAN
ÁRIDOS DEL SUR
MAR DE LENNES


LA VIEJA TERRIS
LEJANO
TORINOST
KALLING
HATHSIN
MORAG
CHANNEREL
MAR TIRIO
CRECIENTE SEPTENTRIONAL
LAS ISLAS AMORTAJADAS
ZERINAH
ÁRIDOS DEL NORTE
CUENCA DE ELENDEL
FALEAST
LAS ISLAS MERIDIONALES
MAR DE YOMEND
MAR DE LENNES
ÁRIDOS DEL SUR
DORIEL PERDIDO
CRECIENTE MERIDIONAL
MALWISH
EL CONSORCIO
EL
COLECTIVO CARTOGRÁFICO DE ELENDEL
PRESENTA UN
MAPA DE LA CUENCA
Y EL CONTINENTE SUREÑO
BASADO EN MAPAS MALWISH OBTENIDOS
LEGALMENTE, ENTRE OTRAS FUENTES

El metal perdido es el séptimo libro de Nacidos de la Bruma (Mistborn), la saga de fantasía épica que ha conquistado el mundo y parte imprescindible del Cosmere, el universo destinado a convertirse en la serie más extensa y fascinante jamás escrita en cualquier género



Waxillium Ladrian, vigilante de la ley convertido en senador de la gran ciudad, lleva años intentando dar caza a la sombría organización llamada el Grupo -entre cuyos líderes se cuentan su difunto tío y su hermana-, desde que empezaron a secuestrar a personas con el poder de la alomancia en su linaje. Cuando la detective Marasi Colms y su compañero Wayne encuentran un almacén ilegal de armas con destino a la ciudad exterior de Bilming, se abre ante ellos una nueva pista. El conflicto entre Elendel y las ciudades exteriores favorece al Grupo, que ya extiende sus tentáculos hasta el Senado de Elendel -cuya corrupción pretenden destapar Wax y Steris-, y la ciudad de Bilming está incluso más implicada de lo que creían.

Después de que Wax descubra un nuevo tipo de explosivo capaz de desatar una destrucción sin precedentes y comprenda que el Grupo ya debe de tenerlo, un kandra inmortal al servicio del dios de Scadrial, Armonía, le revela que Bilming ha caído bajo la influencia de otro dios: Trell, venerado

por el Grupo. Pero Trell no es el único factor que interviene procedente del amplio Cosmere, puesto que a Marasi la reclutan unas personas de fuera del planeta dotadas de extrañas capacidades, que afirman que su objetivo es proteger Scadrial... a toda costa

Wax deberá decidir si deja a un lado las dificultades de su relación con Dios y se convierte de nuevo en la espada que Armonía lo ha estado preparando para ser. Si nadie da el paso y actúa como el héroe que Scadrial necesita, el planeta y sus millones de habitantes sufrirán una repentina y calamitosa ruina.

Brandon Sanderson (Lincoln, Nebraska, 1975) es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI y el autor más prolífico del mundo. Desde que debutara en 2006 con su novela Elantris, ha deslumbrado a diecisiete millones de lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sanderson es autor de la brillante saga *Nacidos de la Bruma* (Mistborn), formada por *El Imperio final*, *El pozo de la ascensión*, *El héroe de las eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad* y *Brazales de duelo*. Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* una magna y descomunal decalogía, El Archivo de las Tormentas, que continuó con *Palabras radiantes*, *Juramentada* y la presente *El Ritmo de la Guerra*. Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso e impresionante jamás escrito en fantasía épica.

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.



Título original: *The Lost Metal (Mistborn 7)*

Primera edición: noviembre de 2022

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Marc Simonetti

ISBN: 978-84-1803-774-0

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: penguinebooks
Twitter: @NovaCiFi
Instagram: @PenguinLibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.**»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice